
La Guerrera
de la
Luz
Emma G. Fraser

© Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del C*opyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático, sea esta electrónica, mecánico, por fotocopias, por grabación y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo del autor.

Título: La guerrera de la luz.

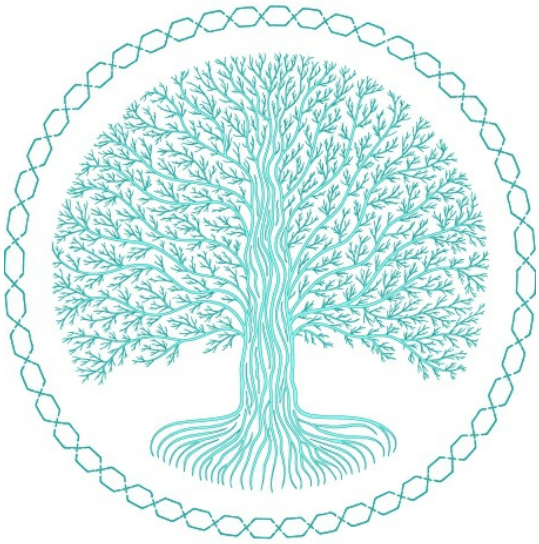
©Emma G. Fraser, 2024.

Diseño de la portada: Ana B. López.

Corrección del texto y maqueta: Ana B. López.

LA GUERRERA
DE LA
LUZ

LA GUERRERA DE LA LUZ



EMMA G. FRASER

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

Tierras del clan MacNab, año 1560

El murmullo latente de viejas voces pronunciando uno de los hechizos más poderosos que conocían era lo único que rompía el silencio del bosque aquella última noche del invierno. Y a pesar de que parecía ser la reunión de dos brujas invocando al mal, aquel hechizo estaba siendo pronunciado en nombre de la luz para llevar por fin la verdad y la paz a esas tierras.

La guerra en el clan MacNab se había desatado de tal manera que hasta los propios habitantes del clan estaban comenzando a dividirse en dos grupos diferentes. El viejo Laith MacNab, tras la muerte inesperada de su esposa, había comenzado a empeorar de salud, provocando que apenas pudiera llevar a cabo sus labores como laird, por lo que había decidido reunir a sus dos nietos, Ruairi y Thane, junto a él para comunicarles que pensaba dejar la jefatura en uno de ellos, ya que su hijo murió años atrás, cuando sus nietos eran apenas unos infantes.

Sin embargo, cuando uno de esos nietos viajaba al castillo principal para la reunión con su abuelo, ocurrió una desgracia. Thane, su esposa Ella y sus tres hijos, Broc, Olivia y Eve (estas últimas, gemelas), sufrieron un terrible accidente en el que murieron todos, excepto el primogénito, Broc. Debido a esto, la jefatura del clan recayó directamente sobre Ruairi, que apenas pudo disfrutar de la jefatura del clan durante un par de años, muriendo después de forma misteriosa y dejando el liderazgo del clan en manos de su primogénito, Blair.

Ese hecho desató una guerra interna, en la que ambos bisnietos del gran jefe Laith MacNab se acusaban de haber sido responsables de las muertes de sus respectivos padres debido a que corría la idea de que el viejo Laith pretendía dejar la jefatura en manos no de su nieto primogénito, Ruairi, sino en el siempre mesurado y paciente Thane, cuya gente del clan solía quererlo más que a su hermano Ruairi. Eso hizo que tanto Blair como Broc, primos que anteriormente habían sido como uña y carne, iniciaran la guerra para hacerse con el clan, gritando a los cuatro vientos tanto uno como otro que eran el verdadero laird.

Debido a esto, los habitantes del clan se habían dividido en dos grupos. Unos se habían quedado a vivir cerca del castillo del laird Blair mientras que otros se habían marchado a vivir en los alrededores del castillo de Broc, convirtiéndose así en exiliados de su propio clan que solo buscaban la restauración del que ellos consideraban el verdadero laird.

Las traiciones, ataques, lluvia de flechas, muertes y demás se daban por doquier y en muchas zonas de las tierras MacNab mientras ambos primos hacían que el odio que corría por sus venas aumentara hasta límites insospechables.

Por ese motivo, esa última noche de invierno, en la que la tierra parecía dales un respiro en cuanto al tiempo tan frío, dos de las mujeres más poderosas del clan MacNab se reunieron en el bosque para llevar a cabo uno de los rituales que habían aprendido de sus abuelas y que pensaban que jamás llevarían a cabo, debido a que se trataba de un extraño y poderoso ritual en el que pondrían en juego piezas de un puzle que ni siquiera pertenecían a ese tiempo. Pero no les importaba sacrificar una parte de su poder para intentar arreglar lo que la codicia había destruido entre la gente a la que amaban.

Esa noche de equinoccio había sido la elegida debido a que, según sus abuelas, era una de las noches mágicas del año, en la que se abría una especie de portal en el tiempo para llevar a cabo las peticiones más importantes que de verdad sintieran en el corazón. Sus abuelas les habían contado que, si hacían ese ritual en esa noche tan especial, aquello que pidieran se les concedería,

pero la vida de una persona cambiaría para siempre. Ambas mujeres habían dudado muchísimo sobre si de verdad valía la pena intentarlo, y cuando llegaron a la conclusión de que era más importante cambiar la vida de una sola persona que la de un clan entero, decidieron reunirse para el ritual.

—No podemos fallar, Miryam…

La aludida miró a su amiga y sonrió.

—Estoy segura de que va a funcionar. Tiene que hacerlo. Si no, será la destrucción de este clan, Bella.

Esta asintió y suspiró antes de llevar la mano a una alforja que había llevado para ocultar una de las cosas más importantes que hacían falta esa noche. Antes de salir del castillo de su laird, había entrado a robar una de las joyas más importantes de la familia de Blair, pues hacía falta para el ritual.

—¿Lo has podido traer? —preguntó Miryam.

Bella sonrió.

—Han estado a punto de descubrirme, pero lo he conseguido.

De la alforja sacó un collar de rubíes y esmeraldas que había pertenecido a la bisabuela de Blair, Bethany MacNab, y que había pasado de generación en generación hasta llegar a manos del actual laird. Bella sabía que a partir de la desaparición del collar echarían la culpa a alguno de los mercenarios de Broc, pero no importaba, pues la persona que resolvería el conflicto lo llevaría de nuevo a sus manos.

—Es precioso… —murmuró Miryam—. Es una pena que la codicia de una persona haya provocado esta cruenta guerra entre los habitantes del clan.

Bella asintió.

—Pero llegará a su fin.

Bella se introdujo en el círculo de piedras al que habían acudido en medio del bosque. Esas piedras llevaban ahí miles de años y sabían que los antiguos druidas las habían utilizado para hacer sus rituales, el mismo que iban a repetir ellas en ese momento.

Bella llevó el collar al centro del círculo y lo depositó sobre la hierba. Después suspiró y se incorporó para mirar a Miryam, que se había colocado justo frente a ella y se mostraba ligeramente nerviosa con una daga en la mano.

Antes de comenzar, Bella miró hacia el cielo y vio que la luna llena estaba en lo más alto de este, rodeada de nubes que amenazaban tormenta, pero alumbrando y dando luz a un ritual que, esperaban, funcionara para traer a la persona correcta que solucionara y diera fin a esta cruenta guerra.

—Es el momento… —murmuró.

Miryam asintió e hizo un corte en la palma de su mano con la daga que sostenía en la otra. Después, se la pasó a Bella, que hizo lo mismo que ella. Tras esto, ambas unieron sus manos ensangrentadas y cerraron los ojos al tiempo que guardaban en su mente la imagen del collar que había a sus pies y murmuraban un hechizo entre dientes y en una lengua que hacía demasiados años que había dejado de utilizarse a lo largo de las tierras celtas.

—Por el poder que nos ha sido otorgado a lo largo de milenios de generación en generación y

que corre por nuestras venas, solicitamos a los dioses y al universo la energía suficiente para que este objeto que tenemos a nuestros pies viaje al lugar idóneo donde pueda ser encontrado por la única mujer que sea capaz de solucionar el conflicto en el clan MacNab. El futuro nos traerá a una increíble y bella mujer, cuya valentía, fortaleza y dureza pondrá fin a nuestro dolor.

En un momento dado, el viento comenzó a levantarse con fuerza a su alrededor, moviendo las vestiduras de ambas, aunque apenas eran conscientes de lo que pasaba, pues acababan de entrar en una especie de trance al tiempo que las esmeraldas y los rubíes del collar comenzaban a brillar.

—Será la hija del "Oso", una Wallace, la que dará fin a esta guerra —murmuró Miryam cuando Bella calló y abrió los ojos para mirarla sin verla—. Ella y solo ella será la que hará que el verdadero laird ocupe el cargo después de destruir al enemigo del clan. Ella será capaz de derribar a aquel que intente alejar del cargo al laird que el universo quiere, alejando al demonio de estas tierras.

Bella entonces sintió algo extraño en su interior, como si una fuerza extrema apretara todo su ser y el interior de su cuerpo, provocando que no pudiera respirar con facilidad. Y fue en ese instante cuando vio lo que el universo al que habían invocado le mostró lo que debía ocurrir, por lo que comenzó a ponerlo en palabras.

—El camino de esa extraña mujer no será fácil. Deberá sobrevivir a tres pruebas en las que verá a la muerte de cerca y acabará rendida a los encantos del laird, del que se enamorará para acabar con su terrible y negro enemigo.

La voz de Bella, como surgida de las profundidades del averno, calló por fin y ambas salieron del trance en el que estaban sumidas, pudiendo respirar con normalidad al cabo de unos segundos.

Mientras se miraban fijamente a los ojos, seguían sosteniendo sus manos y cuando Miryam sonrió levemente, supieron que el hechizo había funcionado. De soslayo, ambas dirigieron su mirada hacia sus pies, donde antes había permanecido el collar y que ahora había desaparecido. Miraron a su alrededor para comprobar que el viento no lo hubiera movido, pero ya no estaba entre ellas. Bella y Miryam sabían que había viajado a un lugar lejano, aunque no tanto, donde lo encontraría la joven que más de una vez ambas habían visto en sus sueños.

Dejaron caer sus manos alrededor de su cuerpo y, sin molestarse a curar sus heridas, recogieron sus cosas en silencio y se alejaron de allí sin ser conscientes de que un par de ojos habían visto el ritual y había escuchado a la perfección lo que aquella profecía les enviaría en algún momento de sus vidas. Había visto cómo sustraían esa pieza y sin saber muy bien por qué, había seguido a la mujer en lugar de detenerla. Y hora poseía una información de vital importancia para su señor, su verdadero señor.

En completo silencio, el hombre se alejó con una sonrisa, sabiendo que tal vez tendrían una oportunidad para vencer aquella guerra.

CAPÍTULO 1

Glasgow, 2024

Freya se frotaba las sienes intentando calmar su malestar ante la indiferencia del comisario de policía que había al otro lado de la mesa, porque de seguir así, acabaría detenida ese mismo día. Hacía ya más de un mes que sus padres habían desaparecido sin dejar ni un solo rastro y los policías de Glasgow tan solo se habían limitado a rastrear la zona más cercana a la ciudad sin molestarse en pedir ayuda a los policías de otros lugares de Escocia. Y ese era el día número diez en el que el comisario le preguntaba si sus padres habían pensado en desconectar de todos a su alrededor para estar a solas, como si las desapariciones fueran algo de otro mundo que no pertenecía al tiempo en el que vivían. Y eso la sacaba de quicio, pues no sabía ya cómo decirle que sus padres tenían planeado un viaje al que pretendían acudir, ya que lo habían estado pensando durante mucho tiempo. Y lo peor de todo era que ella misma se lo había preparado como sorpresa por su aniversario de bodas.

Un mes sin tener noticias de ellos. Un mes desde que habían partido hacia la zona más norteña de Escocia para pasar allí unos días con unos parientes a los que hacía más de diez años que no veían. Y cuando esos parientes avisaron a Freya de que sus padres no habían aparecido, dio la voz de alarma, ya que su padre era un hombre muy recto al que le gustaba llegar a los sitios a la hora concretada.

Pero lo peor no solo era la desaparición de sus padres, sino el hecho de que sus hermanas pequeñas, Morag y Fiona, le echaban la culpa de lo que había pasado. Ellas vivían en Edimburgo y a pesar de ese malestar en ellas por la desaparición, no se habían molestado en acudir a Glasgow para poner orden en la comisaría, como ella hacía día tras día, pero sí hacían leña del árbol caído culpándola por haberles regalado ese viaje.

—Si no tuvieras la necesidad de tenerlos comiendo de tu mano, nada de esto habría pasado —le repetía Morag una y otra vez.

Freya estaba comenzando a sentirse terriblemente mal, pues desde un principio sabía que no era culpa suya, pero tras escuchar a Morag tantas veces, estaba comenzando a creerlo, y eso que sabía que no era precisamente la hija favorita de sus padres. Ella nunca había querido llamar la atención de estos, pues era una joven autosuficiente desde muy pequeña, y ese viaje no era para conseguir nada, sino que tenía un dinero ahorrado y quiso hacerles ese detalle. Un detalle que ni sus hermanas se habían molestado en hacer cuando llegó el día del aniversario de sus padres. Tan solo Freya fue la única que se acordó de él.

Pero en ese momento se dijo que no debía acordarse de sus hermanas, sino centrarse en la conversación que había mantenido con el policía durante días.

—Me estoy empezando a cansar de que nos diga cómo tenemos que hacer nuestro trabajo, señorita —dijo el comisario.

Freya lo miró fijamente con cara de auténtico asco mientras bajaba las manos de sus sienes. Nunca había destacado precisamente por tener un carácter dócil y sosegado, sino más bien al contrario. Había tenido innumerables problemas por su rebeldía y orgullo, y sabía que esa ocasión no sería diferente, aunque acabara entre rejas.

—Señor… le digo por décima vez que mis padres no han desaparecido por su propia voluntad —respondió intentando hablar de forma calmada—. Yo misma les pagué ese viaje al norte para

estar con sus familiares y le aseguro que les hacía muchísima ilusión.

El comisario apoyó los codos en la mesa y la miró fijamente mientras la observaba con ojos penetrantes.

—Entonces, ¿no tendrá usted algo que ver en esa desaparición, señorita? Es la única que sabía a dónde iban y por qué lugares…

Freya arrugó la frente, incrédula ante sus palabras, y necesitó apretar con fuerza los brazos de la silla para evitar saltar sobre él y apretar su cuello hasta que le pidiera perdón por sugerir tal cosa. La joven respiró hondo, apretando aquellos labios gruesos en un rictus que solía mostrar cuando estaba en desacuerdo con algo y enfadada.

—¿De verdad está preguntándose si yo misma he hecho que mis padres desaparezcan?

—No sería la primera hija que lo hace para heredar…

Freya dejó escapar una risa incrédula.

—¿Heredar? Tengo mi propio trabajo en la universidad al tiempo que sigo estudiando. Le aseguro que no me hace ni puñetera falta el dinero de nadie.

—Quién sabe… —siguió mirándola a los ojos.

Al cabo de unos segundos, Freya rio amargamente.

—Sugiere que he matado o hecho desaparecer a mis padres para heredar, ¿no? —El comisario asintió con media sonrisa. No podía evitarlo, pero le encantaba sacar de quicio a todo el mundo —. Y yo, después de matarlos, vengo a comisaría para denunciar su desaparición como una auténtica gilipollas. ¿Es eso lo que dice?

El comisario, que rondaba los cuarenta años y cuyo rictus era siempre irónico, la observó largamente.

—Yo lo único que he dicho a lo largo de estos días es que no hemos encontrado nada.

—¡Pues investigad en otros lugares, joder! —vociferó Freya dando un manotazo en la mesa y llamando la atención de toda la comisaría.

Sin importarle las miradas de los demás policías, Freya resopló y siguió mirando fijamente al comisario.

—¿Qué mierda de policía hay en esta maldita ciudad que no levanta el culo de sus sillas para buscar a alguien?

La paciencia de la joven había llegado a su fin, por lo que se levantó vociferando y encarando al resto de policías que no perdían detalle de ni uno solo de sus movimientos mientras intentaba recuperar la respiración suave y tranquila.

El comisario, con gesto adusto, se levantó de su asiento, rodeó la mesa y llevó una mano a las esposas que pendían de su cadera. Después se las mostró con indiferencia y cuadró los hombros.

—Señorita, ha colmado usted mi paciencia. Ya le he dicho que no sabemos nada de sus padres, así que, si no quiere acabar entre rejas durante una larga temporada, espero que salga de nuestras dependencias en dos minutos. Cuando sepamos algo más, la llamaremos.

Freya apretó con fuerza los puños y lo encaró. Durante unos segundos necesitó morder su propia lengua para no armar un escándalo, por lo que tras dirigir una mirada de auténtico odio hacia el comisario y el resto de policías, se giró y se dirigió hacia la puerta mientras murmuraba.

—Ya haré yo lo que vosotros no queréis hacer… —dijo antes de salir por completo dando un sonoro portazo.

Freya se dirigió hacia su coche directamente intentando aguantar las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Y cuando por fin estuvo dentro, no pudo evitar llorar para soltar la amargura de su corazón. Se sentía terriblemente mal consigo misma y atada de manos frente a algo que, a sus veinte años, se le quedaba grande.

Al cabo de unos segundos, levantó la mirada al retrovisor y miró sus ojos verdes y normalmente expresivos para descubrir que ahora parecían estar sin vida y tristes. Su nariz estaba roja por el llanto y su boca, redonda y grande, mostraba el mismo rictus de antes, contrariado por la situación.

Freya resopló y atusó su cabello negro, revuelto por el viento con el que se había levantado la ciudad de Glasgow ese día. Las ondas que este formaban a lo largo de su espalda hacían que su rostro, ovalado, pareciera más dulce de lo que en realidad era, pues el carácter de Freya pecaba de ser bastante rebelde.

—¡Maldita sea! —vociferó aferrando con fuerza el volante.

La joven bajó la mirada hacia sus manos, pero sus ojos verdes fueron directamente hacia su cuerpo. Siempre había presumido de tener un cuerpo voluptuoso y exuberante, pero desde que sus padres habían desaparecido había perdido peso y estaba demacrada.

En el momento en el que Freya llevó su mano a la llave para arrancar, su móvil comenzó a sonar. Al instante, estuvo a punto de colgar directamente al ver que al otro lado de la llamada estaba su hermana Morag. No estaba de humor para aguantar una charla de su parte, pero tampoco podía evitarla eternamente. Por ello, descolgó y cerró los ojos un instante mientras contestaba.

—Hola, Morag —dijo con voz cansada.

Al otro lado del teléfono escuchó un resoplo.

—¿Cómo que "Hola, Morag", Freya? ¿Por qué no nos llamas para comunicarnos los últimos avances en la investigación?

Freya abrió los ojos mientras se llevaba la mano a la sien. Le dolía terriblemente la cabeza y preferiría ser ella la desaparecida para evitar tener que dar explicaciones a nadie, además de molestarse por ir a comisaría.

—Si hubiera algo que contar, te habría llamado… —respondió intentando aparentar calma en la voz—. Acabo de salir de comisaría y no tienen nada.

—¿Cómo que no? ¡Ha pasado un mes, por Dios! ¿De verdad no tienen algo por donde buscar?

—No. Y no parece que tengan muchas ganas de seguir buscando.

Morag resopló de nuevo.

—¡Eso es porque no insistes demasiado, Freya!

La aludida enarcó una ceja y miró al móvil con intención de abrir la puerta del coche y tirarlo a la basura más cercana.

—Que no insisto demasiado… ¡El comisario ha estado a punto de detenerme precisamente por insistir, joder! ¡Son mis malditos padres! —vociferó sin poder calmarse por más tiempo—. ¿De verdad crees que tengo la suficiente sangre fría como para no hacer nada como Fiona y tú? ¡Qué

fácil es ver las cosas desde otra ciudad mientras otros hacen el trabajo sucio por vosotras! ¡No os habéis molestado en venir a Glasgow a investigar, así que ahora no vengas a echarme en cara nada porque estoy a punto de mandaros a todos a la mierda! ¡No aguanto más esto, Morag, no lo aguanto!

Y tras el último grito, Freya colgó la llamada y se aferró con fuerza al volante mientras volvía a llorar. No podía más. Sentía que el peso de su espalda aumentaba a cada segundo y le impedía respirar. Se sentía tan culpable que creía que jamás podría volver a disfrutar del sol que ese día iluminaba, raramente, el cielo de Glasgow. Siempre había disfrutado de la primavera, pero ese año no podía soportarla, ya que sentía que el invierno seguía en su corazón. Sus padres desaparecieron el mismo día de la entrada de la primavera y desde entonces, no había podido levantar cabeza.

Sin nada mejor que hacer, y para mantener la mente ocupada en otra cosa que no fuera en sus padres, decidió poner rumbo a la universidad. Estaba terminando un trabajo importante para una de las asignaturas del tercer año de Historia y en la que quería especializarse en historia escocesa. Al mismo tiempo, y puesto que era una de las mejores alumnas de la universidad, uno de los profesores la había contratado para ayudarlo en algunos trabajos y así poder sacarse un dinero para sus gastos personales, algo que aceptó de inmediato para no tener que depender del dinero de sus padres.

A medida que se acercaba a la universidad y aparcaba en el aparcamiento colindante, Freya se distrajo pensando en ese trabajo que había empezado para intentar aumentar su ya extraordinaria nota. Ese trabajo trataba la historia de la cruenta guerra entre los primos MacNab que era conocida en cada rincón de Escocia por la virulencia de sus ataques y del final de la misma, en la que Blair MacNab había logrado matar de una forma cruel a su primo Broc, tan sanguinario que muchos huían cada vez que escuchaban su nombre. Toda la información que había logrado recolectar era gracias a su padre, pues este conocía la historia demasiado bien gracias a su abuelo, que se la contó desde niño.

Por lo que sabía, Blair MacNab era un hombre educado, prudente, afable y campechano, aunque tan duro con sus enemigos que logró ganarse el corazón de los que lo siguieron, mientras que Broc MacNab era un hombre oscuro, bruto, maleducado, sanguinario y de alma negra que mataba a todos los que estaban en su contra.

Freya se sentó en la mesa que su profesor le había dejado a un lado de la suya propia y miró toda la información de la que disponía, pero no podía concentrarse. No dejaba de darle vueltas a los folios donde guardaba todo su trabajo, pero no veía lo que había en ellos. Y sabía que pronto acabaría el curso, por lo que debía investigar algo más si quería aumentar la nota y conseguir la mejor de toda la universidad.

Con un suspiro, se levantó de la silla media hora después. Estaba demasiado enfadada con todo como para encerrarse a trabajar, por lo que miró hacia su móvil antes de tomarlo entre sus manos y llamar a su mejor amigo.

—¿Tom?

—¿Freya? ¿Hoy no trabajas?

La joven resopló y se dejó caer contra el alféizar de la ventana más próxima a ella.

—Sí, pero no puedo pensar con claridad. Voy a volverme loca en cualquier momento… ¿Estás libre para pasar el día conmigo?

Al otro lado del teléfono escuchó la sonrisa de Tom, y no pudo evitar sentirse mejor. Su amigo tenía esa tremenda capacidad, que no era otra más que relajarla en los momentos de mayor tensión.

—Estoy en mi año sabático, querida, tengo todo el tiempo del mundo… ¿Te apetece una escalada?

Freya esbozó una amplia sonrisa.

—No sabes cómo deseaba escuchar eso. Me paso a recogerte en diez minutos.

Escalar. Desde hacía varios años había descubierto ese fantástico deporte que practicaba con Tom cada vez que tenían tiempo libre. A pesar de la negativa de sus padres, por los peligros, Freya siempre actuaba con cabeza y no escalaba lugares demasiado empinados, pero sí lo suficiente como para sentir el viento rugiendo a su alrededor y la adrenalina corriendo por sus venas.

Por eso, Freya recogió su mochila, abrió la puerta del despacho del profesor, miró a un lado y a otro y al comprobar que no la vería nadie, se marchó por la puerta de atrás para evitar ser vista por cualquiera de los profesores de la universidad, pues no quería fallarles también a ellos, como había hecho con sus padres.

Freya corrió hacia su coche de nuevo, lo arrancó y recorrió las calles de Glasgow en busca de su amigo. Con una sonrisa más calmada en los labios y su rostro más encendido que antes, Freya logró comenzar a sentir de nuevo la libertad que siempre había sentido corriendo por sus venas. No solo le gustaba practicar escalada, sino que con Tom también practicaba esgrima, un deporte que, para su sorpresa, se le daba bien y le gustaba desde el primer día.

La sonrisa de Freya se hizo aún mayor cuando vio aparecer a Tom de la puerta de su casa en las afueras de la ciudad. Su porte alto, musculoso y su amabilidad habían hecho que el interés de la joven recayera sobre él y, aunque ninguno deseaba una relación seria, en más de una ocasión habían acabado en la cama.

—No intentes sonreír, Freya. Con esas ojeras pareces una muñeca diabólica.

—¡Oye! —se quejó la joven dándole un suave puñetazo en el hombro—. Si vuelves a insultarme, te tiraré por el precipicio cuando terminemos de escalar.

Con una carcajada, Tom se abrochó el cinturón y se acomodó. Ya más tranquila a su lado, Freya comenzó a conducir hacia una de las carreteras que los llevaría a un lugar donde solían practicar escalada y que estaba hacia el oeste.

—¿Te ha ido mal con la policía?

Freya sonrió amargamente.

—Han estado a punto de detenerme… No te digo más. No hacen bien su trabajo, Tom. ¿Cómo van a encontrar a mis padres si apenas han salido por los alrededores de Glasgow? Les dije que fueron al norte y no han avisado a otras patrullas. Nada. No quieren trabajar. Y ya no sé qué hacer.

Su amigo alargó una mano y la apoyó con total confianza en su muslo.

—Tranquila. Estoy seguro de que los encontrarás. Si quieres, puedo ayudarte.

Freya suspiró.

—Ojalá tuviera tiempo suficiente como para ir de un lado a otro, pero tengo que seguir con la

investigación del trabajo. Mañana tengo que ir a los castillos MacNab para intentar descubrir algo más entre las ruinas que pueda ayudarme a comprender esa guerra. De momento, no puedo hacer nada más por mis padres. Tan solo esperar a que la policía encuentre algo.

Tom asintió y centró su mirada en la carretera.

—De todas formas, sabes que estoy aquí.

Freya sonrió y lo miró de soslayo. Su rostro tallado en piedra estaba más serio de lo normal y sabía que estaba preocupado por ella. Por lo que tomó la mano de Tom entre sus dedos y lo apretó ligeramente para agradecerle su compañía. Y entonces se obligó a pensar únicamente en ese momento, en descargar adrenalina, frustración y rabia, y cansarse tanto que cuando llegara la noche apenas pudiera pensar en nada más que en dormir mientras el peso de la culpa volvía a intentar aplastarla.

Tres horas más tarde, ambos terminaban de ducharse en la casa de Tom. Este le prestó algo de su propia ropa mientras la de Freya se lavaba.

—Reconoce que te he dado una buena paliza…

La joven sonrió.

—Me has hecho perder la concentración. He estado a punto de caer…

—Exagerada…

Freya dejó escapar una sonora carcajada mientras se atusaba el pelo con una de las toallas que Tom le había prestado.

—Supongo que no quieres salir a cenar con esas pintas… —le preguntó su amigo.

Freya enarcó una ceja y se miró a sí misma al tiempo que negaba.

—Creo que estaría bien que pidiéramos algo.

Tom asintió y se sentó a su lado, aunque dejó el móvil a un lado en lugar de llamar a algún lugar para pedir algo de cena. El joven la miró de soslayo y tomó su mano con fuerza.

—Creo que antes de cenar me gustaría hacer otra cosa —murmuró con voz ronca—. No te imaginas lo sexy que estás con mi ropa.

Freya sonrió y se volvió hacia él.

—¿Lo dices en serio? —preguntó en un susurro.

A pesar de lo que sentía en su corazón, tenía la extrema necesidad de sentirse querida en ese momento. Por ello, alargó una mano y la llevó a la barba de varios días de Tom. Lo acarició y acortó la distancia para besarlo. Este la aferró de la cadera y la empujó contra él. La colocó sobre su cadera y se dedicó a acariciarla, intentando hacer que olvidara la amargura que ahora tenía en su vida mientras la desnudaba poco a poco y la acariciaba en los lugares más profundos de su cuerpo, llevándola al éxtasis que su cuerpo tanto necesitaba.

Al día siguiente, cuando su ropa se había secado y antes de que Tom se despertara de un sueño profundo y reparador, Freya lo besó y se marchó, dejándole una nota de agradecimiento por todo lo que había hecho por ella no solo desde el día anterior, sino desde que se conocían. En la nota le escribió que debía marcharse para seguir con su investigación, por lo que iría a los castillos

MacNab para intentar averiguar algo más.

Antes de dirigirse hacia su destino, Freya decidió ir a su casa para comprobar si sus padres habían regresado por sorpresa, aunque estaba segura de que no era así. De todas formas, pasó por allí, cogió otra de sus mochilas, más grande, para meter un par de leggins, camisetas y chaquetas cómodas por si pasaba la noche fuera, ya que no solo conduciría hasta las antiguas tierras MacNab, sino que intentaría tomar el camino que sus padres podrían haber seguido para llegar a las tierras del norte.

En su mochila también metió parte de sus anotaciones para la investigación y rezó para encontrar algo que le hiciera ganar la nota máxima de la universidad. Después, se cambió de ropa. Se puso unos leggins cómodos de color negro, una camisa larga de cuadros, unas botas y una chaqueta de cuero negra que acentuaba la belleza de su rostro, como siempre le había dicho su padre cada vez que la veía con ella puesta.

Con una sonrisa triste, miró el teléfono móvil, deseando que en ese momento la llamara la policía para darle noticias positivas de sus padres, pero no fue así. Con un largo suspiro, Freya se colgó la mochila a la espalda y salió de su casa, rumbo de nuevo al coche. Tras tirar la mochila sobre el asiento del copiloto, Freya arrancó el coche y puso rumbo al norte.

Desde Glasgow, las antiguas tierras MacNab estaban a poco más de media hora. Decidió que iría primero al castillo de Broc MacNab, pues el de Blair, y antiguo laird del clan, se encontraba en el camino más cercano a la carretera que seguramente habrían tomado sus padres, por lo que después iría por allí para intentar adivinar qué pasó por la mente de su padre y a dónde pudo ir.

La joven tomó el desvío de la carretera que la llevaría al castillo del sanguinario primo del laird MacNab. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en todas las muertes que llevó a cabo ese guerrero tan solo por codicia y tomar la jefatura del clan para él. Al cabo de media hora se encontraba frente a las ruinas del castillo.

Las paredes de este se encontraban casi rodeadas por una gran trepadora que casi se había hecho de las ruinas. Freya admiró ese castillo, pues en tiempos antiguos tuvo que ser un lugar enorme con una gran cantidad de sirvientes correteando de un lado a otro para servir a un hombre oscuro, cuya alma estaba vendida al diablo. Sin duda.

—Esto da escalofríos… —susurró mientras se bajaba del coche.

Freya tomó su mochila entre sus manos y la colgó de su espalda. Cerró el coche y se acercó a las ruinas. El silencio la abrumó, pues ese lugar parecía estar tan maldito que ni siquiera los pájaros merodeaban cerca de él, como si presintieran una fuerza oscura a modo de fantasma que recorría las pocas habitaciones que habían quedado en pie con el paso del tiempo.

Sabía por su padre que ese castillo había tenido tres plantas y amplias y fuertes torres en cada esquina del castillo que protegían el resto de la fortaleza. Lo que parecía ser el resto de un enorme balcón de piedra descansaba a los pies de Freya en ese momento. La joven lo miró con atención y durante unos segundos deseó haber tenido la oportunidad de ver la belleza de ese lugar tal y como estaba en tiempos de los MacNab.

Un viento gélido se levantó en el momento en el que puso un pie sobre el primer escalón que daba paso a la enorme puerta del castillo. El portón estaba caído a un lado, por lo que tenía acceso completo a sus ruinas. Tomando una linterna de su mochila, que siempre solía llevar dentro por si le hacía falta, Freya alumbró cada rincón del castillo en busca de ratas que pudieran mordisquear sus botas negras. Sin embargo, no había absolutamente nada. Todo estaba en

completo silencio y una extraña nube de polvo se extendía por los pasillos.

Freya tenía que sortear los numerosos montones de piedras que había a un lado y a otro y que obstaculizaban su paso mientras seguía avanzando por el pasillo. Intentó abrir varias puertas, sin éxito, pues parecían estar atrancadas desde dentro, por lo que no pudo averiguar gran cosa en su primera hora de investigación. Al cabo de un rato, descubrió lo que parecían ser las cocinas del castillo. Estas eran tremendamente amplias, algo que la sorprendió, por lo que se dijo que tal vez daban de comer a una gran multitud de personas, puede que a la enorme cantidad de guerreros que tuviera Broc MacNab para enfrentarse a su primo.

Un escalofrío la recorrió cuando tomó entre sus manos una de las antiguas sartenes que había permanecido intacta con el paso del tiempo. En sus labios se dibujó una sonrisa mientras sacaba el móvil de su mochila y hacía numerosas fotos del lugar.

—Interesante… —murmuró.

Sus dedos recorrieron la poderosa encimera sobre la que prepararían los incontables platos para los habitantes del castillo.

—Háblame… —murmuró de nuevo a la nada—. ¿Qué pasó aquí?

Y en ese momento, como si hubiera invocado algo, creyó escuchar el susurro varonil de alguien que logró erizar su vello. Freya miró a un lado y a otro, pues estaba segura de haberlo escuchado con claridad, pero a pesar de salir de las cocinas y asomarse al pasillo, no vio absolutamente nada. Y todo volvió a quedar en completo silencio.

Con la idea de abandonar el castillo y correr hacia el coche, Freya se dio ánimos para seguir adelante. Por lo que aferró con fuerza la linterna en su mano y el móvil con la otra mientras seguía haciendo fotos a un lado y a otro. Sus pies la llevaron hacia una de las pocas estancias cuya puerta logró abrir. Sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando descubrió que se trataba del despacho del antiguo dueño del castillo.

—Esto sí que es una sorpresa.

La gran mayoría de los libros estaban tirados por el suelo, mientras que otros permanecían aún sobre las viejas y podridas estanterías. Se preguntó cómo era posible que nadie hubiera rescatado aquellos libros tan valiosos de ese lugar, pues algunos de ellos eran realmente antiguos. La joven se aproximó a una de las estanterías y tomó entre sus manos uno de los libros tras dejar la linterna sobre una repisa. Comenzó a hojearlo y descubrió que se trataba de un libro de cuentas de 1563, año en el que el dueño del castillo no era otro que Broc MacNab. Descubrió que, a pesar de encontrarse en guerra contra su primo, poseía una de las mayores fortunas que había encontrado jamás en esa época. Sus ojos se abrieron desmesuradamente al ver algunas de las cuentas sobre los gastos, que no eran pocos. Al leer otras páginas, descubrió que tenía una gran renta, por lo que estaba segura de que había mucha gente que seguía a ese hombre tan sanguinario.

Freya dejó el libro sobre la enorme mesa central para llevárselo a casa e investigar algo más sobre el clan, ya que estaba segura de que entre aquellas páginas encontraría información relevante para su trabajo.

Con una sonrisa en la cara, Freya miró más entre aquella increíble biblioteca que parecía llamarla en susurros. ¿Por qué nadie se había preocupado de rescatar todas las pertenencias de los MacNab? ¿Acaso Broc no había dejado descendencia antes de que su primo Blair lo matara? Pensó que tal vez después de la muerte del señor del castillo, sus seguidores fueron asesinados

por traición o tal vez abandonaron esas tierras para siempre para evitarse problemas. Y el paso del tiempo y la dejadez de Blair hicieron que aquellas maravillas estuvieran allí para ella en ese preciso momento.

Sus manos acariciaron algunas de las portadas de libros antiguos que desconocía y deseó poder llevarse todo con ella a casa, ya que era una biblioteca increíble y de ensueño: primeras ediciones de novelas que conocía de la época, libros que tal vez habían sido prohibidos después por la Inquisición, libros que ni siquiera los ingleses tras Culloden habían querido rescatar, dejándolos allí como memorial silencioso de una época y un castillo que, de no ser por las ruinas, parecía haberse quedado como estaba tras la muerte de su dueño.

Uno de esos libros llamó poderosamente su atención, pues no se encontraba en las estanterías, sino en una pequeña mesita junto a la mesa principal. A pesar del polvo y la carcoma, Freya se sentó en la mesa que había pertenecido a Broc MacNab para leer ese libro. La silla crujió bajo su peso y cuando descubrió que no iba a caerse al suelo, lo abrió para ver lo que era. Gran parte del libro se encontraba en blanco, pero en las primeras páginas podía leerse, escrito del puño y letra de alguien, lo que había sucedido tras la muerte de Broc.

1 de agosto de 1563

Ha pasado una semana desde que nuestro líder fuera asesinado en la última batalla contra su primo Blair. Ha sido una guerra muy dura. Hemos perdido a muchos de nuestros hombres y ahora que nos hemos quedado sin líder no sabemos qué hacer con nuestras vidas. Ahora estamos escondidos en este castillo, deseando que Blair no venga a comprobar si hay alguien más a quien poder matar.

Estamos cansados, hambrientos y tristes. No sabemos cuánto tiempo más vamos a poder aguantar escondidos hasta que vengan a por nosotros. Nuestro ardor de batalla no se ha calmado. Desearíamos poder buscar a los hombres de Blair y acabar con ellos rajándoles sus gargantas como hasta ahora, pero somos muy pocos.

Hasta cuándo podremos estar así…

Freya entornó los ojos para intentar deletrear el nombre de la persona que lo había escrito, pues parecía estar emborronado por el paso del tiempo o tal vez se mojó en algún momento. No lo sabía, pero al hojear el libro vio que había más escritos como el anterior. Por ello, tomó ese libro y el anterior que había visto de cuentas y los metió en su mochila. No quería perderse ningún tipo de información valiosa que ese castillo le ofrecía.

Miró alrededor de la mesa y descubrió una especie de cofre que estaba entre papeles y libros, como si estuviera mal escondido. Freya frunció el ceño y se acercó a él. Apartó todo lo demás para verlo mejor e intentó abrirlo, sin éxito. Se trataba de un cofre pequeño de madera con decoración en bronce que formaba el escudo de los MacNab. La curiosidad pudo con ella y volvió a intentar forzarlo, pero estaba cerrado con llave. Freya miró a su alrededor en busca de algo para abrirlo, pero no había nada.

—Mierda… —murmuró.

Tras un fuerte resoplo, la joven movió ligeramente el cofre y descubrió que había algo dentro. Algo le decía que aquello era realmente importante, por lo que lo puso en el suelo, se incorporó y, dando un fuerte pisotón, logró romper la caja en uno de sus lados. Con una sonrisa, Freya se agachó de nuevo y se sentó en el sucio suelo, apartó la madera y sus ojos se abrieron desmesuradamente al ver lo que había en su interior.

—No puede ser…

La temblorosa mano de Freya sacó un collar de rubíes y esmeraldas del interior del cofre. A pesar de que debía de tener muchísimos años de antigüedad, parecía estar conservado a la perfección. Sus manos lo sujetaron con sumo cuidado por temor a romperlo.

—¿Qué demonios hace esto aquí? —preguntó a la nada.

Su corazón comenzó a latir con fuerza mientras admiraba aquella joya realmente preciosa. La joven carraspeó y se dijo que debía enviarlo a algún lado para que lo estudiaran. Por eso, lo guardó en su mochila para llevárselo al profesor que la tenía contratada en la universidad. Y en el momento en el que cerró la cremallera tras guardar el precioso collar, volvió a escuchar el murmullo de un hombre en el castillo, como si una fuerza oscura hubiera despertado.

Freya sintió un escalofrío. Cogió su linterna, guardó su móvil en el bolsillo de su chaqueta de cuero y, temblando, se asomó al pasillo. Este estaba vacío y, sin embargo, tenía la sensación de que estaba lleno de gente. Con el alma en un puño, la joven se pegó a la pared de piedra y recorrió el pasillo hacia la salida. Necesitaba escapar de allí cuanto antes y volver al coche para conducir hasta el otro castillo, el que había pertenecido al laird del clan. Con la sensación aún en el cuerpo de que alguien oscuro la observaba, dio los pasos necesarios hacia la puerta de salida y cuando por fin la luz del día le dio de lleno en el rostro, Freya logró soltar el aire contenido en sus pulmones.

—Pero ¿qué ha sido eso…? —preguntó a la nada mirando de nuevo hacia el interior oscuro del castillo.

Intentando recuperar la respiración sosegada, Freya caminó con paso rápido hacia el coche. El día empeoró desde que entró en la fortaleza hacía ya una hora, y había comenzado a lloviznar. La joven cerró los ojos un instante y miró al cielo, dejando que las gotas de lluvia mojaran su rostro, logrando así calmar los rápidos latidos de su corazón.

Mientras abría la puerta del coche, Freya no pudo evitar mirar de nuevo hacia el castillo, concretamente, hacia una de las pocas ventanas que quedaban casi intactas desde que había comenzado a ser poco más que una ruina. Y en ese preciso instante, creyó ver una figura negra que la observaba desde el interior de aquella habitación. Lo que creía que eran unos ojos profundamente negros, peligrosos y misteriosos parecieron jurar una maldición o promesa de venganza por haberle arrebatado aquella joya que había estado guardada entre aquellas paredes. Esos ojos negros dictaron su sentencia. Lo sabía desde el primer momento en que lo vio…

Y cuando Freya se dio cuenta de que estaba siendo absorbida por el pánico, montó rápidamente en el coche, arrancó y se marchó sin mirar atrás mientras sus temblorosas manos intentaban cambiar las marchas del coche para conducir lo más deprisa posible y alejarse de ese lugar que más que un castillo parecía ser la entrada a los más profundos y oscuros infiernos.

Casi una hora después, Freya entraba en el terreno cercano al castillo de Blair MacNab, pero este no parecía ser tan oscuro como el anterior. Después de varios minutos donde el pánico casi la había ahogado, Freya logró recuperar la calma. El resto del camino lo pasó pensando en la posibilidad de volver a ir a la comisaría a preguntar por sus padres cuando regresara a Glasgow, pero se repitió una y otra vez que no podía hacer más de lo que ya hacía. Se dijo que cuando saliera de ese castillo, marcharía al norte en busca de alguna pista que le indicara dónde podían estar sus padres, pero ahora debía centrarse en encontrar algo más para su trabajo.

Lanzando un suspiro mientras se aproximaba al castillo, descubrió que había más gente allí, por lo que torció el gesto, ya que no tendría la soledad e intimidad que en el otro. No obstante, tras lo ocurrido, no le importó que hubiera alguien más, así no tendría ese mismo pánico.

A medida que se acercaba, miró las ruinas. Esa fortaleza no estaba tan destruida como la otra, pero no parecía haber sido conservado muy bien por los sucesores de Blair MacNab, y le sorprendió que no hubieran seguido usándolo tras su mandato. De forma fortuita y casual, Freya miró al coche que había aparcado en un lugar distante de la entrada del castillo y durante un segundo, sintió que su corazón dejaba de latir. La joven pisó el freno de golpe, provocando que estuviera a punto de dar con la cara contra el volante, pero ni siquiera fue consciente de ello. Antes no se había percatado, pero ahora que lo miraba bien, sintió que todo a su alrededor se movía.

—No puede ser… —murmuró para sí entrecerrando los ojos en la distancia.

Su corazón comenzó a latir con demasiada fuerza. Su cuerpo, a temblar. La joven aferraba con tanto ímpetu el volante de su coche que parecía que iba a arrancarlo en cualquier momento. No podía ser. Simplemente debía de ser una terrible casualidad. Para comprobarlo, pisó el acelerador con fuerza hasta que logró llegar al coche en cuestión y salió del suyo como una exhalación.

—¡Papá! —vociferó mirando a un lado y a otro del castillo—. ¡Mamá!

Sus gritos lograron escucharse en todo el parador alrededor del castillo, pero nadie respondió a su voz. Freya corrió hacia el coche para comprobar que no estuviera equivocada y vio con horror, sorpresa y miedo que, efectivamente, aquel era el coche de sus padres.

—¡Papá! —volvió a gritar con desesperación.

Freya intentó abrir el coche de sus padres y, para su sorpresa, no se encontraba cerrado. Allí vio las gafas que ella misma le había regalado a su padre en su último cumpleaños, además de una libreta que se había comprado su madre para hacer trazos del paisaje, como siempre hacía cuando salían de casa.

—¡Mamá! —exclamó, desesperada.

Freya fue hacia atrás y vio que la maleta de ambos estaba allí y que nadie había abierto nada para robar, por lo que no podían haber sido secuestrados o matados para llevarse sus pertenencias, pues incluso el bolso de su madre estaba en el asiento de atrás. Eso le confirmó que después de que desaparecieran, tampoco había ido nadie al castillo para visitarlo.

Freya se separó del coche y miró a su alrededor intentando adivinar dónde podían haber caído sus padres, ya que tal vez podrían haber dado un mal pie en algún lugar y haber tenido una mala caída que los hubiera herido de alguna manera.

—¡Papá! —gritó Freya desgañitándose la garganta.

La joven corrió hacia las ruinas del castillo y entró. Con desesperación y prisas, corrió de un lugar a otro, abrió cada habitación, buscó en cada rincón, pero no había ni una sola pista de que sus padres hubieran estado allí hacía ya más de un mes. Freya necesitó apoyarse contra una de las paredes de piedra del pasillo. Apenas era consciente de cómo había sido el castillo y cómo estaba ahora, pues su mente solo estaba decidida a encontrar a sus padres. Las piernas le temblaban con demasiada fuerza.

—¿Dónde estáis? —preguntó con ojos llorosos—. ¡Papá!

Pero el silencio fue la única respuesta que recibió. Con desesperación, Freya dejó escapar un

grito de frustración que logró escucharse por todo el castillo. Y cuando todo volvió a quedar en completo silencio, de repente tuvo la sensación de que escuchaba el grito de su padre.

Freya abrió los ojos de golpe y se incorporó mirando a un lado y a otro del ruino pasillo. La joven sorteó las piedras y maderas caídas por el paso del tiempo y corrió hacia el otro extremo del pasillo, mucho más oscuro que el resto, donde había una puerta que no había abierto aún.

—¿Papá?

Sin embargo, el silencio fue lo único que escuchó. Freya tragó con fuerza mientras levantaba una mano para llevarla al viejo pomo de la puerta. Un escalofrío recorrió su espalda, como si detrás hubiera una especie de demonio que sería liberado tras abrirla. Pero aquella sensación no la paró. No obstante, cuando intentó empujar la pesada puerta, esta no se movió ni un ápice. Con un rugido de frustración y rabia, Freya intentó empujarla con su hombro, haciendo toda la fuerza posible. Pero no consiguió nada.

—¿Papá? —volvió a gritar.

Sin embargo, nadie respondió. Freya se apartó de la puerta y le dio una patada para intentar abrirla, pero no consiguió moverla. Y en ese preciso momento, mientras buscaba otra alternativa para abrirla, del techo cayeron dos vigas de madera que, de no ser porque se movió deprisa, habrían caído sobre ella.

Lanzando un grito, Freya se lanzó contra la pared más cercana y vio cómo las vigas caían a menos de un metro de sus pies. Con el corazón desbocado, la joven vio que esas maderas habían taponado la entrada a lo que fuera que había detrás de esa puerta, por lo que se dijo que debía pedir ayuda. Estaba segura de que había escuchado la voz de su padre en algún lugar, y teniendo en cuenta que había descubierto el lugar donde estaba su coche, no iba a quedarse de brazos cruzados. Debía avisar a la policía para que fueran a investigar allí.

Con sumo cuidado, Freya sorteó las vigas de madera y corrió hacia el exterior. La lluvia, aún más fuerte que antes, le dio de lleno en el rostro, pero no le importó. Corrió hacia su coche, lo arrancó y puso rumbo a Glasgow. Debía llegar cuanto antes a comisaría. Ya se pasaría por la universidad para dejar el collar. A medida que avanzaba por el camino y se alejaba del castillo, Freya miró de soslayo hacia su mochila, que descansaba sobre el asiento del copiloto.

Algo extraño en ella parecía llamar su atención sobre el collar de piedras preciosas, por lo que con una mano lo extrajo con cierta dificultad de la mochila al mismo tiempo que conducía. Cuando por fin logró tenerlo de nuevo entre sus manos tuvo la extraña sensación de que las piedras del collar estaban demasiado calientes.

Freya frunció el ceño y estuvo a punto de parar en el arcén para comprobarlo, no obstante, siguió conduciendo. La joven, no sin dificultad, logró ponérselo junto al colgante de espada que siempre llevaba, pues algo dentro de ella la incitaba a hacerlo, como si quisiera comprobar cómo le quedaría a ella. En ese momento, la lluvia arreció y apenas podía ver con claridad la carretera, sin embargo, lo que la hizo girar el volante hacia un lado y otro de la carretera no fue la lluvia, sino una fuerza extraña que comenzó a surgir de lo más profundo de su interior. De repente, el collar que se había puesto comenzó a brillar justo en el momento en el que la joven se salía de la carretera y daba varias vueltas de campana mientras sus gritos y el sonido de los cristales quebrantándose era lo único que rompía el precioso sonido de la lluvia.

CAPÍTULO 2

Clan MacNab, 1563

Aquella había sido la peor sensación de toda su vida. Ni el mayor de sus terrores cuando era pequeña podía llegar al inmenso pánico que había sentido a medida que su coche daba vueltas fuera de la carretera. En todo momento pensó que iba a morir, pues sintió a la perfección cuando su cabeza chocó contra el marco de la puerta del coche. Enseguida sintió cómo corría la sangre por su frente. Recibió numerosos golpes en todo su cuerpo, pero lo que le hizo perder la conciencia fue otro golpe que recibió en su frente cuando el coche paró de dar vueltas.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero de lo que sí estaba segura era de que parecía que nadie había pasado por allí desde que había tenido el accidente, pues no había otros coches parados para intentar ayudarla. Cuando Freya abrió los ojos tras un gemido de dolor y vio que estaba bocarriba estuvo a punto de lanzar un suspiro, pues al menos el coche no se había quedado con las ruedas hacia arriba. Le dolía terriblemente la cabeza y sentía cómo un fino hilo de sangre corría por su mejilla desde su frente.

Respirando con fuerza, Freya intentó moverse, no sin mascullar una maldición por el dolor. Comprobó que llevaba aún puesto el collar, por lo que se lo quitó enseguida, aferró su mochila y cogió el móvil. Tras marcar el número de emergencias, comprobó que allí no había cobertura.

—Mierda… —susurró una queja.

Lanzando un resoplo, se dijo que debía pedir ayuda donde fuera, por lo que salió del coche con el collar aún en la mano. Sabía que debía guardarlo a buen recaudo en algún bolsillo, pero por alguna extraña razón necesitaba llevarlo en la mano, sentir su tacto aún ardiente. Recordó, mientras se bajaba del coche, que había brillado con fuerza antes del accidente, pero estaba segura de que solo había sido su imaginación.

Freya se apartó ligeramente para ver el coche destrozado. La joven murmuró una maldición y se colgó la mochila al hombro.

—Esto no lo arregla nadie… —se quejó con un gemido al ver que el tobillo derecho le dolía un poco al caminar.

Cojeando, Freya miró a un lado y a otro y frunció el ceño. Se alejó aún más del coche para comprobar dónde demonios estaba la carretera de la que se había salido, pero a pesar de observar todo, no la vio por ningún lado. Se preguntó si tal vez había dado demasiadas vueltas, pero ella estaba segura de recordar que habían sido cinco, pues su instinto la obligó a contarlas.

Sin saber dónde demonios había quedado la carretera, se obligó a orientarse por el sol. A pesar de las nubes que había, pues había dejado de llover, logró saber dónde estaba el sur. Debía llegar a Glasgow cuanto antes, pues sabía que sus padres necesitaban su ayuda. Cuando comenzó el camino, miró sus manos, donde tenía varios cortes por los cristales del coche. La joven llevó una mano a su frente y, tras un gemido de dolor, miró la sangre que había entre sus dedos, aunque no era demasiada.

Se aferró la pierna derecha con fuerza, pues el pie le dolía, aunque por suerte no parecía ir a más. Poco a poco, comenzó a caminar y se dio cuenta de que todo estaba demasiado extraño. Donde debía estar la carretera no había absolutamente nada, ni siquiera un camino por el que transitar, así que fue campo a través para llegar a su destino.

Freya volvió a intentar llamar a emergencias y a Tom, pero no había cobertura. Con mala cara, metió el teléfono en la mochila y siguió caminando.

Intentando no llegar a la conclusión de que todo estaba más diferente que horas antes, Freya fijó su atención en el bosque que atravesaba en ese momento. Se preguntó a qué distancia estaría de Glasgow, pero lo que sí sabía era que había recorrido una buena distancia desde el castillo del antiguo clan MacNab.

Respirando hondo, Freya miró el collar que sostenía en su mano. Durante un segundo estuvo a punto de tirarlo, pues lo consideraba culpable de su accidente. De no haber tenido esa innegable necesidad de ponérselo y tenerlo cerca de ella, no se habría distraído y no habría acabado fuera de la carretera.

—Solo yo tengo la culpa, por distraerme… —murmuró para sí.

Hacía ya un buen rato que se había internado en bosque cuando por fin logró escuchar algo cerca de ella. El silencio había sido su único acompañante durante la hora que llevaba caminando, por suerte cada vez menos coja, hasta que el sonido de lo que parecían ser unos cascos contra el suelo llamó poderosamente su atención.

Freya paró en medio del bosque y miró a un lado y a otro. El sonido estaba cada vez más cerca de ella, por lo que salió de entre los arbustos que la escondían para llamar la atención de quien fuera que se aproximaba.

—¿Hola? —levantó la voz.

Rodeada de altos árboles, Freya miró a un lado y a otro, hasta que de repente, notó que el sonido provenía de su espalda. Lentamente, se giró y comprobó, entre asombrada y temerosa, que un grupo de diez jinetes se acercaban a ella. Tragando saliva con fuerza, Freya aferró el collar contra su mano, como si ese simple gesto pudiera ayudarla. En sus rostros, hieráticos y antipáticos, vio algo que, de no ser porque le dolía el pie, habría salido corriendo en contra.

La joven carraspeó y dio un paso atrás. El estruendo de los cascos de los caballos hizo temblar el suelo que pisaba y se dijo que tal vez estaba inmersa en un lugar donde practicaban equitación.

—¿Hola? —se atrevió a hablar—. ¡Necesito ayuda!

Pero a pesar de levantar la mano para llamar su atención, los diez jinetes se acercaban directamente a ella. Y a medida que acortaban distancia, Freya no pudo evitar fruncir el ceño al ver sus ropas. Como si de una película se tratara, parecían vestir de forma antigua. El kilt no parecía ir a la moda de 2024, ya que daba la sensación de que eran de otra manera. Las camisas, los chalecos, las botas… Pero las que más llamaron su atención fueron las largas espadas que pendían de sus caderas.

Dudando sobre si debía haberse escondido al escuchar el sonido de los cascos, Freya aferró con fuerza el collar en su mano y con la otra sujetaba la mochila a su espalda. El dolor de su cuerpo parecía haber pasado ligeramente, aunque si debía correr para escapar de esos hombres, sabía que jamás lograría recorrer ni diez metros.

Los hombres pararon cuando llegaron hasta ella y, para su sorpresa, la rodearon. Incómoda bajo su atención, Freya intentó mantenerse erguida para evitar mostrar debilidad ante ellos. La joven los miró uno por uno y descubrió la ira, el rencor y la sed de sangre en sus miradas. Sabía que se había metido en un buen lío, aunque desconocía en cuál.

Finalmente, dirigió su mirada hacia el que parecía ser el líder de ellos, que tenía la mirada tan

fija en ella que Freya estuvo segura de que podía leer sus pensamientos. Carraspeó y pasó la lengua por sus labios, que sentía terriblemente secos por el miedo, y dio un paso hacia él.

—Disculpad, he tenido un accidente y creo que me he perdido. ¿Cómo puedo llegar a Glasgow?

El hombre frunció el ceño, aunque sin responder a su pregunta. Freya comenzó a ponerse entre enfadada y nerviosa. No le gustaba sentirse observada ni en peligro, por lo que su mal humor estaba a punto de aparecer si en cuestión de segundos no cambiaban las expresiones de su rostro. No obstante, se obligó a mantenerse serena y tranquila. Por ello, volvió a preguntar con excesiva amabilidad, pues tal vez así la dejarían en paz enseguida:

—¿Podríais indicarme el camino a Glasgow? Me están esperando para algo importante.

El líder del grupo entrecerró los ojos y bajó su mirada hacia la mano de Freya que sostenía el collar. Al instante, la joven miró de soslayo su mano y volvió a levantar la mirada hacia él. Casi podía oler el peligro que rezumaba de cada poro de la piel de aquellos hombres que parecían salidos de una película de época.

—¿Me entendéis o no?

Al no obtener respuesta de ninguno de ellos, Freya se giró, dispuesta a romper el círculo que habían hecho a su alrededor, para marcharse. Sin embargo, los hombres cerraron más las posibles salidas. Enfadada, pues odiaba sentirse vulnerable, Freya se giró hacia el líder, el cual bajaba en ese momento de su caballo sin apartar la mirada de la joven.

La joven no entendía qué demonios estaba pasando. Necesitaba volver cuanto antes a Glasgow para intentar ayudar a sus padres, además de que debía dejar en un lugar seguro la joya que tanto parecía llamar la atención de aquellos hombres. El que desmontó de su caballo se acercó a ella. Freya estuvo a punto de dar un paso atrás, pues era tan alto y musculoso que sintió verdaderamente miedo de él.

—¿Por qué no dejáis que me vaya? —se atrevió a preguntar dejando salir a flote su mal humor —. No os he hecho nada.

El hombre señaló la joya y después volvió a clavar con firmeza su mirada en sus ojos verdes.

—Me parece que tienes que darnos esa joya, muchacha…

La voz ronca y poderosa de ese hombre logró hacerle dar un respingo. De repente, sintió un frío terrible. Iban a robarle. Estaba segura. Y para colmo, querían robarle algo que ni siquiera era suyo y tal vez tenía un valor incalculable. No obstante, no estaba dispuesta a dejarse robar tan fácilmente. Ella era historiadora y su deber era proteger precisamente los objetos antiguos. Y saber que estaba a punto de ser atacada por ladrones, alteró su humor aún más.

—Estás muy equivocado si crees que voy a dártela. No es tuya.

El hombre sonrió de lado.

—Tampoco es tuya…

Freya frunció el ceño. ¿Cómo lo sabía? ¿Tanto se notaba? La joven la aferró con más fuerza y se mantuvo quieta cuando vio que el hombre volvía a acercarse a ella.

—Sois unos ladrones. Y no pienso dejar que me arrebatéis esto —dijo alzando la joya.

—¿Ladrones? Me parece que estás muy equivocada, muchacha. Esa joya nos pertenece a nosotros más que a ti.

Freya lo observó detenidamente. En sus ropas no parecía indicar nada sobre su procedencia, pero sí descubrió que no se trataban de malas telas, además de que parecían estar aseados. El hombre que había frente a ella tenía el pelo ligeramente rubio y los ojos de un azul tan claro que en la distancia parecían ser blancos. No obstante, su mirada era peligrosa. De eso estaba segura. La mano del hombre descansaba sobre la empuñadura de la espada, como si estuviera a punto de desenvainarla para clavársela y llevarse la joya.

La joven tragó saliva y negó con la cabeza.

—¿Y quiénes sois?

—Somos guerreros del clan MacNab. Servimos a nuestro laird, y te aseguro que esa maldita joya le pertenece a él. De hecho, fue robada… Tal vez debas responder a eso.

Freya frunció el ceño y volvió a recorrerlos con la mirada. Una idea demasiado loca cruzó por su mente, pero no podía ser. No era cierto. Era imposible. No obstante…

—Yo no he robado nada. Me la encontré —aseguró sin contar dónde para evitarse problemas —. ¿Cómo se llama vuestro laird?

El hombre sonrió e irguió la espalda.

—Blair MacNab.

Freya no supo si su corazón se había desbocado o se había parado de golpe, pero lo que sí sabía era que había escuchado perfectamente el nombre de esa persona. Y por lo que sabía, en 2024 no existía ningún Blair MacNab, laird de ese mismo clan. De repente, sintió las manos demasiado sudorosas, las piernas le temblaban y su mente recorría una y otra vez lo que había sucedido para poder explicar lo que estaba pasando.

—No puede ser… —susurró, incapaz de creerlo—. Este collar ha sido encontrado y debo llevarlo a un lugar seguro. Ahora pertenece al estado.

E incapaz de creer que el laird MacNab pudiera estar vivo, dijo:

—Además, no creo que a Blair MacNab le haga falta allá donde esté —dijo con burla, convencida de que estaba muerto y que solo querían engañarla.

En ese preciso momento, los diez hombres desenvainaron sus espadas, provocando que diera un respingo de auténtico terror. Freya tragó saliva. Sí, estaba metida en un buen lío. Y tan peligroso que no estaba segura de si iba a poder escapar con vida. ¿Qué clase de juego se había inventado el destino? ¿Quería volverla loca? ¿Tan fuerte se había golpeado en la cabeza que ahora creía estar en la época de Blair MacNab? No. Imposible.

—Estas son las tierras de los MacNab. Nuestro laird es Blair y tenemos la orden de arrestar a cualquiera que las atraviese sin permiso. Especialmente si esa persona ha robado algo que pertenece a la familia de nuestro jefe de clan.

Freya apretó los labios.

—Yo no he robado nada. Me lo he encontrado por casualidad.

—¿Trabajas para Broc? —le preguntó el hombre directamente—. Solo alguien como él enviaría a una mujer para robarnos.

Freya vio cómo acortaba aún más la distancia, quedándose a dos pasos de ella. Si el hombre alargaba la mano, podría aferrarla e impedirle que pudiera escapar.

—No sé de quién me hablas —mintió.

No. Se negaba a creerlo. Eso no existía. Los viajes en el tiempo solo podían darse en las películas o series. No en la realidad. No podía ser. Freya se llevó una mano a la frente, justo donde tenía la herida, y lanzó un gruñido de dolor. No estaba dormida. Si había dolor era porque estaba despierta. Pero lo que veía no era real.

La joven vio cómo el hombre sonreía de lado de nuevo, con una seguridad que no podía ser teatral.

—Tienes dos opciones, muchacha. La primera de ellas es darnos la joya y venir con nosotros por las buenas.

—¿Y la segunda? —preguntó ella con arrojo fingido.

El hombre rio suavemente, al igual que sus compañeros.

—En esa opción soy yo quien te arranca la joya de las manos y te vienes con nosotros igualmente… por las malas.

Freya agarró con más fuerza el collar y negó con la cabeza.

—No pienso ir con vosotros a ninguna parte. Así que, si no queréis problemas con la policía de Glasgow, apartaos de mi camino y dejad que me vaya. De lo contrario, acabaréis en la cárcel.

El hombre la miró sin comprender.

—¡Y dejad de fingir de una maldita vez! ¡Blair y Broc MacNab no existen!

Freya vio cómo la miró de arriba abajo por primera vez, como si no se hubiera fijado en el detalle de su ropa desde un principio. En aquellos ojos azules vio incredulidad, sorpresa y… ¿esperanza? Sí, esperanza. Por extraño que le pareciera, había algo extraño en sus ojos. Pero ella no estaba dispuesta a quedarse allí para comprobar lo que pasaba en ese momento por su mente.

Freya aprovechó ese momento de confusión del guerrero para girarse e intentar sortear los caballos. Sin embargo, no llegó a dar tres pasos cuando el hombre que había hablado con ella se adelantó y la aferró con fuerza del brazo. La giró con tanto ímpetu que acabó chocando contra su musculoso pecho. Freya estuvo a punto de caer al suelo de no ser porque el guerrero la aferró de ambos brazos con fuerza.

—Que conste que te he dado a elegir entre ambas opciones. Has sido tú la que ha elegido la segunda.

Con el terror reflejado en los ojos, e intentando soltarse de sus fuertes dedos, que se clavaban en su carne, Freya le dio un puntapié en la pierna, pero no logró soltarse.

—¡Suéltame! ¡No pienso ir con vosotros, desgraciado!

A pesar de que sujetaba con fuerza el collar, el hombre se lo arrebató de las manos y se lo tendió a otro de los guerreros.

—¡Eso no es vuestro! ¡Tendréis que dar explicaciones a las autoridades!

El hombre la atrajo hacia él, quedando su rostro a milímetros del suyo. Aquellas perlas azules la miraban con seriedad e inquina.

—Me parece que la que tiene que dar explicaciones eres tú, muchacha. Te vienes con nosotros.

Freya negó con la cabeza, queriendo soltarse. Gimió cunado los dedos del guerrero se clavaron aún más en su dolorida carne por el accidente. Incapaz de poder soltarse, vio cómo este le sacaba la mochila de la espalda, donde tenía el móvil para poder llamar y pedir ayuda. Miró hacia el

guerrero que la cogió en volandas y la ató a sus propias alforjas. Con lágrimas de frustración, Freya intentaba soltarse, lanzando patadas a diestro y siniestro, pero sin llegar a hacer daño al hombre.

—¡Suéltame, cabrón!

A su alrededor escuchó risas procedentes del resto, pero el que la sujetaba aferró su rostro con fuerza y la acercó tanto a él que pudo sentir contra su nariz el aliento de su boca.

—Vuelve a insultarme y tener que darle explicaciones a nuestro laird será la menor de tus preocupaciones —le espetó entre dientes.

Freya sintió que todo su cuerpo se quedaba tenso y casi sin poder moverse. Con horror comprobó cómo sacaba una cuerda de su *sporran* y le ataba las muñecas, dejándola sin posibilidad de poder moverse con libertad.

En cuanto la tuvo atada de manos, la arrastró hacia su propio caballo. A pesar de su negativa, Freya se vio obligada a montar delante de él, pues este subió enseguida y se puso tras ella. El hombre pasó las manos por su cintura, tomó las riendas del caballo y dirigió una orden al resto de guerreros.

—¡Volvemos al castillo!

A pesar de la mirada suplicante de la joven, los demás asintieron y los siguieron. Cuando el caballo comenzó a moverse y a alejarse del lugar, Freya supo que estaba alejándose del único lugar que podría llevarla de vuelta a su tiempo. Y si era cierta la loca idea de haber viajado en el tiempo por alguna extraña razón, fue consciente entonces de que estaba metida no solo en un buen lío, sino también en medio de una cruenta guerra que haría morir a muchos de los que la rodeaban en ese momento.

Empezaba a ser consciente de que era cierto que había viajado en el tiempo cuando llegó la noche y el líder del grupo ordenó parar para pasar la noche en medio de… la nada. ¿Por qué demonios habían tardado tanto en transitar un camino que ella en coche había recorrido en poco más de media hora? Era cierto que la lluvia había hecho que los caminos estuvieran tan embarrados que, de no ser por la pericia de su secuestrador con el caballo, habrían dado con sus huesos en el suelo. Pero de ahí a pasar la noche en medio de la nada con ellos… La idea de llegar al castillo que debía de estar en ruinas tampoco era la mejor del mundo, pero los rostros de aquellos hombres no los hacían los mejores acompañantes como para dormir bajo las estrellas esa noche.

Por lo que pudo escuchar de una conversación, estaban a poco más de una hora de camino hasta el castillo, pero el camino estaba tan malo en ese momento que prefirieron pasar la noche allí en lugar de llegar a la fortaleza.

—Blair estará esperándonos, pero es mejor quedarnos aquí a pasar la noche… —sugirió el hombre con el que cabalgaba.

Freya frunció el ceño y giró levemente el rostro para encontrarse con el del guerrero a pocos centímetros del suyo, pero no se achantó, sino que lo encaró.

—¿Por qué demonios no dejáis ya lo de vuestro laird? Ese hombre está muerto y enterrado. Dejad ya esta pantomima. ¿Quiénes sois realmente? Estoy comenzando a hartarme.

El hombre enarcó una ceja y miró a su compañero más cercano.

—¿Acabas de decir que Blair está muerto? Eso quiere decir que lo conoces…

—Claro que sí. Toda Escocia lo conoce. Así que dejad el teatro que estáis haciendo y decidme quiénes sois.

El guerrero sonrió y negó con la cabeza.

—No estamos fingiendo nada, muchacha. Nuestro laird está vivo. No sé por qué dices eso. ¿Has perdido la razón?

—No. Estoy muy cuerda —respondió de malas formas.

Sin hacerle demasiado caso, el guerrero desmontó de su caballo y la ayudó a bajar. En cuanto sus pies estuvieron en el suelo, Freya se apartó de él e intentó, como en otras ocasiones, sacar las muñecas de entre las cuerdas, sin éxito.

Freya miró al hombre mientras este la conducía al centro del grupo, donde habían comenzado a llevar ramas para hacer una hoguera.

—Será mejor que te sientes y no intentes escapar, muchacha.

—Deja de llamarme así —se quejó—. Tengo un nombre. Y supongo que tú también tendrás uno… O debo llamarte guerrero antipático.

El aludido sonrió y se encogió de hombros.

—Tu nombre no me interesa de momento —respondió—. El mío es Ossian.

Freya hizo un gesto con el rostro que aumentó la sonrisa de los labios del guerrero. Después, este se marchó para ayudar al resto de sus compañeros y a raíz de ese momento no volvieron a hablar con ella. Tan solo, al cabo de un rato, le ofrecieron un trozo de queso para cenar, que devoró en cuestión de segundos debido a que no había vuelto a comer nada en todo el día.

Tras comérselo y levantar la mirada hacia ellos, Freya suspiró. Estaba segura de que Tom la estaría buscando por algún lado, pues no se había despedido de él directamente y tras no saber nada de ella en todo el día, seguramente la habría llamado en varias ocasiones. Y lo peor de todo era que estaría preocupado por ella al creer que habría desaparecido como sus padres.

Con gesto cansado y dolorida de pasar tanto tiempo en el caballo, Freya suspiró y llevó las manos al tobillo, pues aún le dolía ligeramente tras el accidente. La joven subió sus leggins, gesto que llamó poderosamente la atención de los guerreros, que llevaron sus ojos hacia su poca piel desnuda. Freya se quedó sorprendida ante aquellas miradas, pues fueron otro de los gestos que le confirmaron que no estaba en su tiempo, ya que estaba segura de que en esa época no era muy común ver un simple tobillo como el suyo.

Tragó saliva e intentó no hacer caso de sus miradas y se vio el tobillo ligeramente inflamado, por lo que se dio un masaje para intentar calmar el dolor y para que al día siguiente ya no tuviera nada. Necesitaba estar completamente bien para intentar escapar en algún momento en el que estuvieran distraídos con otro menester.

Cuando terminó de masajear su tobillo, volvió a bajar los leggins y levantó la mirada. Al descubrir que la estaban observando todos los del grupo, se sintió incómoda, por lo que miró a Ossian y le preguntó:

—¿Los prisioneros tenemos derecho a dormir o no?

Un destello de diversión cruzó por su mirada, pero acabó asintiendo.

—Claro que sí. Justo ahí detrás podrás dormir, pero si yo fuera tú, no intentaría escapar

durante la noche. Los hombres de Broc nos atacaron hace unos días y probablemente estén cerca de nuevo. No me quiero ni imaginar qué podrían hacer a una mujer como tú…

Freya sintió un escalofrío ante la mención de ese guerrero tan sanguinario y rezó para no cruzárselo jamás. Sin embargo, intentó no mostrar miedo.

—Vosotros tampoco sois mejores que ellos… Habéis secuestrado a una inocente.

Los guerreros rieron.

—¿Una inocente? —dijo uno de ellos—. Has robado una joya de nuestro laird. No eres tan inocente.

Freya abrió la boca para responder, pero otro guerrero la cortó.

—Además, si nosotros fuéramos como los hombres de Broc, o como él mismo, te habríamos violado nada más verte. Y te hemos respetado a lo largo de todo el día. ¿O acaso te hemos hecho daño?

Freya tuvo que tragarse sus propias palabras para acabar negando con la cabeza. Era cierto. Había escuchado infinidad de historias sobre Broc MacNab, y la verdad era que esos guerreros de Blair habían sido amables a pesar de las circunstancias. Por ello, suspiró y se levantó para alejarse un par de metros. Sin nada con qué taparse, simplemente se tumbó sobre la fría hierba y se dejó vencer por el sueño. Tan cansada estaba que no fue consciente del momento en el que Ossian la tapaba con su propio manto.

Fue un puntapié en su trasero lo que la despertó. Freya abrió los ojos de golpe y estuvo a punto de lanzar un gemido de frustración al ver que todo lo ocurrido el día anterior no formaba parte de un maldito sueño. La joven intentó moverse, pero le dolía todo el cuerpo terriblemente, no solo por el accidente, sino también por la cabalgada del día anterior, que duró casi todo el día.

A pesar de sus reticencias a despertarse tan temprano, pues el día apenas estaba despuntando, Freya se incorporó al ser consciente de que los guerreros a su alrededor parecían estar nerviosos.

Con gesto extrañado, la joven miró al manto que la cubría y al observar a su alrededor descubrió que el único que no llevaba el suyo sobre su hombro era Ossian. Con dificultad, pues aún llevaba las manos atadas, Freya se levantó y dejó el manto a un lado para devolvérselo después a Ossian.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja a uno de los guerreros más cercanos.

Sin embargo, no hubo tiempo para responder, ya que un silbido cruzó muy cerca de su oído y acabó clavándose en el hombro derecho del mismo guerrero al que le había preguntado. Freya dio un respingo y de sus labios escapó un grito de advertencia al ver la enorme flecha clavada.

El poco rastro de sueño que quedaba en su cuerpo desapareció de golpe y miró a un lado y a otro del claro en el bosque. Los MacNab se pusieron en guardia e hicieron un círculo alrededor de la pequeña hoguera y de ella misma. Las manos de la joven temblaban al no saber qué estaba pasando. Bueno, sí lo sabía. Estaban siendo atados, pero no sabía por quién. Y aunque en su mente se dibujó un nombre, no quiso creerlo. Su cabeza intentaba una y otra vez negar lo que veía, lo que vivía, lo que sentía. Se decía que todo era mentira, un sueño que acabaría pronto, pero el olor al miedo era tan real que solo podía confirmar que era verdad que había viajado en el tiempo.

—Esto tiene que ser una broma del destino… —murmuró justo en el momento en el que varios

guerreros vestidos de negro impoluto salieron de entre los árboles y se lanzaron contra ellos.

El grupo recién llegado parecía ser más amplio que el MacNab y a pesar de que estos parecían ser buenos con la espada, no pudo evitar dudar sobre si lograrían matarlos. Y en caso de que así fuera, ¿qué sería de ella? Estaba secuestrada por los hombres de Blair, pero ¿y si era cierto que los recién llegados eran aún peor?

Desde su posición, miró a los guerreros de negro. Al no llevar distintivo en sus ropas no pudo saber a qué clan pertenecían, pero algo en su interior le dijo que eran del mismo clan, aunque pertenecientes a otra rama, la de Broc MacNab. Aquellos ojos negros, la fiereza de sus movimientos con la espada, los insultos que se lanzaban los unos a los otros y la sed de venganza reflejada en cada poro de su piel fue lo que se lo confirmó. Y si era cierto que ellos luchaban por Broc, si ella caía en sus garras, estaría muerta en cuestión de segundos.

Temblando como una hoja a punto de caer de su árbol, Freya sintió que la valentía que a veces había podido sentir, la abandonaba en medio de ese claro. A su alrededor todo era destrucción. Los gritos de lucha y de dolor rompían el silencio que habían tenido durante la noche y a pesar de ser una historiadora a la que le encantaba el pasado, jamás creyó que podría vivirlo, y menos en una época tan convulsa como esa.

En un momento dado, los guerreros de Blair dejaron el círculo roto en uno de sus lados, por lo que Freya se dijo que, si quería escapar, era el momento perfecto para ello. Con paso lento para evitar llamar la atención de cualquiera de los guerreros, la joven se dirigió hacia esa zona libre de lucha y poco a poco se alejó del centro del claro. Sin dejar de darle la espalda a la disputa, Freya clavó su mirada en los guerreros al tiempo que caminaba hacia atrás con pasos cortos, pero seguros.

Sabía que, por mucho que viviera, jamás iba a olvidar esa escena. Cerca de ella, uno de los guerreros MacNab cayó al suelo gritando de dolor cuando otro guerrero de negro atravesó su vientre con la espada, sacando gran parte de sus tripas fuera del cuerpo. Intentando frenar las ansias por vomitar, Freya desvió la mirada. Acababa de descubrir hasta dónde podían llegar los guerreros de Broc para conseguir el ansiado poder sobre el clan.

La joven sabía que con dos pasos más podría desaparecer entre los arbustos que cubrían aquella parte del bosque, sin embargo, no hubo dado ni uno cuando sintió cómo algo le pinchaba en la espalda. Al instante, paró en seco con la mirada horrorizada y negando casi imperceptiblemente con la cabeza. Durante un segundo cerró los ojos y rezó para que solo se hubiera pinchado con una zarza. Sin embargo, cuando escuchó una respiración fuerte detrás de ella supo que no era una planta contra lo que había chocado, sino que se trataba del filo de una espada, y la voz que escuchó se lo confirmó:

—¿Blair tiene una nueva invitada?

Freya sintió un escalofrío ante aquella voz potente, fría como el hielo y poderosa, como si no perteneciera a este mundo.

Lentamente, comenzó a girarse intentando aparentar calma y una valentía que realmente no sentía en ese momento. Tras ella se encontraba la muerte hecha hombre. Aquellos ojos negros reflejaban la ira, la sangre, la tristeza y el rencor en tan solo milímetros, pero supo que dentro de aquellos ojos vivía la muerte. Jamás habría encontrado palabras para describir a semejante hombre. Su altura, la musculatura de todo su cuerpo, su mirada penetrante… todo en él rezumaba peligro. El guerrero la miraba por encima de su brazo, que estaba alargado con la espada en la mano presionando su filo contra ella.

Freya apretó los puños entre las cuerdas de sus muñecas al ver a la muerte tan de cerca. El hombre la miraba fijamente, provocando que las piernas de la joven se convirtieran en gelatina y estuviera a punto de caer de rodillas frente a él. Sabía que iba a matarla, y aunque intentara hacerse la valiente, el miedo la haría morir de rodillas mientras temblaba como una hoja.

La respiración de la joven se hizo más rápida y a pesar del terror que atenazaba su garganta, dijo:

—Deja que me vaya. No tengo nada que ver en esto…

El guerrero torció ligeramente la cabeza para mirarla desde otro ángulo. Una mirada de sorpresa se reflejó en sus ojos cuando recorrió su figura de arriba abajo y vio aquella extraña ropa con la que vestía y cuando volvió la mirada a esos ojos verdes que lo miraban suplicantes, esbozó una sonrisa ladina.

—Interesante… —murmuró con voz ronca.

El guerrero levantó un poco más el filo de la espada y lo posó sobre la garganta de Freya, que cerró los ojos con fuerza al pensar que le cortaría el cuello. No obstante, al segundo, escuchó un silbido y un grito.

—¡Retirada!

Freya dio un respingo cuando dejó de sentir sobre su cuello la espada del guerrero. Abrió los ojos y los posó sobre él. Este la miró con una amplia sonrisa, que no dejaba de provocarle escalofríos.

—Nos volveremos a ver, preciosa —le dijo antes de desaparecer entre los arbustos, al igual que el resto de guerreros.

Freya se quedó temblando y mirando hacia el lugar donde había desaparecido el guerrero, preguntándose qué habría querido decir con eso. Tenía la sensación de que iba a caer al suelo de rodillas, y no podía moverse para volver al centro del claro. Tan solo pudo moverse cuando alguien la aferró del brazo por detrás y la giró con brusquedad. Se dio de lleno con Ossian, cuyo rostro estaba salpicado de sangre.

—¿Intentabas escapar, muchacha?

Freya abrió y cerró la boca varias veces sin decir nada, hasta que logró acertar a negar con la cabeza, pues aún se sentía abrumada por lo sucedido.

—Yo… solo me he apartado para evitar que alguna espada me alcanzara.

Ossian la miró largamente intentando adivinar si lo que decía era verdad o no y cuando al cabo de unos segundos no descubrió nada, acabó por asentir levemente.

—Ya has visto lo salvajes que son los hombres del primo de nuestro laird. Obedece o muere bajo su yugo.

Freya estuvo a punto de decirle que no deseaba obedecer a nadie, ni a ellos ni a cualquiera con el que se cruzara mientras estaba en esa época, pero logró contener su lengua, pues aún estaba algo impresionada por lo sucedido. Ossian la empujó de nuevo hacia la hoguera y en ese momento vio cómo dos guerreros se inclinaban hacia el que había visto caer con las tripas fuera. La amplia espalda de uno de ellos lograba tapar aquella visión, pero al ver cómo intentaban calmarlo en sus últimos segundos de vida, logró sentir cierta lástima por él. Y cuando el cuerpo del guerrero dejó de moverse, desvió la mirada al frente. Sí, tenía un problema. Y era tan grande que no estaba segura de poder sobrellevarlo. Ella no estaba preparada para vivir en una época así.

Era un espíritu libre, le gustaba vestir ropa ajustada, escotada, era respondona, rebelde y orgullosa. Nada bueno para una vida larga en esa época.

Mientras Ossian la llevaba hacia los caballos para marchar cuanto antes al castillo, Freya se dijo que no iba a aguantar ni una sola semana en ese lugar. Iba a acabar muerta. Y después de lo que había visto, tal vez fuera la mejor opción.

Apenas había sido consciente del viaje hasta el castillo del laird MacNab. Tan solo levantó la vista cuando de soslayo vio las altas paredes de un castillo que debería estar en ruinas. Freya entornó los ojos y frunció el ceño ante aquella visión. No era algo irreal. No. Era bastante real. Era tan real que a pesar de parpadear varias veces e incluso clavarse las uñas en las palmas de las manos no despertó.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente a medida que se aproximaban y aunque intentaba convencerse de que no era el mismo castillo que ella había visto en ruinas el día anterior, aquellos muros, los que habían sobrevivido con el paso del tiempo, le confirmaron que sí. Por ello, giró levemente la cabeza, sin apartar la mirada de la fortaleza, y le preguntó a Ossian.

—¿Qué castillo es ese? —Necesitaba una ratificación por su parte.

A su espalda escuchó la risa del guerrero.

—Es el castillo del laird MacNab, nuestro hogar. El lugar al que nos dirigimos.

Freya apretó las manos.

—No es cierto… Debería ser una ruina —murmuró en apenas un susurro.

—¿Cómo dices?

La joven giró la cabeza en su dirección y lo miró a los ojos.

—Nada.

Enseguida fijó su atención de nuevo en el frente. El día anterior, ese castillo no eran más que unas pocas ruinas que poco tenían que ver con lo que había ante ella. Alrededor del castillo, fuera de la muralla, había un pequeño pueblo, cuyas chimeneas humeaban, indicando que vivían personas. La majestuosidad del castillo era increíble. Tres pisos hacia arriba coronados por sendas torres en cada esquina, en cuya altura parecía haber guerreros vigilando los alrededores, al igual que en la muralla. En un segundo, Freya desvió la atención hacia el centro de las casas que había fuera de las murallas y recordó que ella misma había dejado el coche en esa zona, al igual que el coche de sus padres, que se había quedado allí sin que ahora nadie pudiera ayudarlos.

Su corazón se encogió de preocupación al pensar en ellos. ¿Cómo iba a poder sacarlos de donde fuera que estuvieran si ahora había viajado en el tiempo? Freya maldijo en voz baja y no perdió detalle de absolutamente nada mientras se acercaban al enorme portón de madera que coronaba la muralla y que se abrió con un crujido.

Freya apretó los puños contra la montura del caballo mientras lo atravesaban, pues sabía que una vez estuviera dentro, no podría escapar fácilmente. Cuando este se cerró tras ellos, no pudo evitar un respingo, pues tuvo la sensación de que sonaba como la puerta de una cárcel. Así se sentía.

Cuando llegaron a las caballerizas, Ossian desmontó a su espalda y la ayudó a bajar. Al

instante, las garras que tenía por dedos la aferraron con fuerza del brazo.

—Dame su alforja —le pidió a uno de los guerreros.

Freya vio cómo tomaban su mochila y se la tiraban a Ossian. Estuvo a punto de pedir que tuvieran cuidado, pero en ese momento se sentía terriblemente pequeña y desconcertada. ¿Qué iban a hacer con ella ahora que habían llegado a su destino? ¿Qué haría con ella Blair MacNab? Su fama no era como la de su primo, pero sabía que tampoco era un ángel. Se dijo que debía mantenerse callada, al menos de momento, y se dejó guiar por Ossian, aunque también escoltada por el guerrero que había tomado entre sus manos el collar que le había traído esos problemas.

Los tres cruzaron el umbral de la puerta del castillo, ese mismo que ella había traspasado el día anterior y a pesar de lo que ella recordaba, las vigas del castillo estaban en su sitio. Asombrada, Freya miró al techo y vio que todo estaba en orden, al igual que los pasillos, que estaban limpios, sin una sola piedra caída de sus fuertes paredes. Mientras se veía arrastrada hacia otro de los pasillos que había recorrido, Freya cerró los ojos, volviendo a pensar que no era real, pero cuando los abrió de nuevo, todo seguía igual.

Por el pasillo se cruzaron con una sirvienta que llevaba una bandeja en la mano. Al verla, el contenido de la bandeja tembló y Freya estuvo a punto de gruñir ante el escrutinio de su ropa. Sí, era ropa demasiado ajustada para esa época; una ropa que marcaba claramente sus piernas y se ajustaba tanto a su exuberante pecho que lograría arrancar suspiros de sorpresa en todo el mundo. Tom siempre la había comparado con Lara Croft, pues era tan curvilínea como ella, pero Freya siempre se reía de sus ocurrencias.

Ossian paró frente a una enorme puerta. El otro guerrero se encargó de abrirla y fue el primero en entrar, dejándoles paso para después cerrarla a sus espaldas. Freya se dio cuenta de que se trataba de un enorme salón donde se encontraban desayunando otros guerreros como los que ya conocía. La joven tragó saliva y miró a su alrededor. Las cinco mesas estaban repletas de gente y todas las conversaciones que habían mantenido hasta entonces acabaron de golpe.

—Por Dios, no puede ser cierto… —murmuró.

Todas las miradas se dirigieron hacia ellos. Ossian volvió a empujarla, pues se había quedado petrificada en el sitio y fue entonces cuando una de las sillas se arrastró por el inmaculado suelo, llamando su atención. Freya levantó la mirada al frente y fue entonces cuando lo vio. Jamás en toda su vida se había cruzado con un hombre parecido, algo que le hizo preguntarse de nuevo si no era un sueño.

En el centro del salón, en la mesa principal la observaba un hombre alto y fornido, cuyo pelo castaño y corto caía ahora como una cascada sobre su frente, ocultando ligeramente sus ojos. No obstante, logró ver con claridad el color de estos, pues eran tan azules y penetrantes que convirtieron en gelatina sus piernas. Su rostro, tranquilo y sereno, permaneció hierático mientras la observaba con cierta sorpresa. Una nariz recta mostraba el camino hacia una boca dura y firme. Su kilt, perfectamente colocado, con su manto al hombro, mostraba un broche que indicaba que él era el laird de ese clan. Él era Blair MacNab. Él era el hombre que había estado estudiando sin saber que era tan atractivo como un antiguo Dios forjado en bronce. ¿Cómo era posible que en esa época hubiera un hombre así?

Freya lo vio rodear la mesa, colocándose frente a esta y esperando a que terminaran de cruzar el salón. Entonces fue cuando se dijo que debía desviar la mirada, pues sabía que se había quedado embobada ante semejante aparición.

Ossian apretó aún más su mano sobre su brazo y, para su sorpresa, cuando llegaron frente a Blair, la empujó contra el suelo, haciéndola caer de rodillas. La joven dejó escapar un gruñido de dolor, pero no dijo nada, sino que fijó su mirada en el suelo, preguntándose en qué momento desenvainarían la espada para matarla.

—¿Qué significa esto, Ossian? —preguntó la potente voz de Blair.

Freya estuvo a punto de levantar la mirada para averiguar qué transmitían sus ojos en ese momento, pero prefirió seguir mirándose las manos atadas y el suelo.

El guerrero del laird dio un paso adelante con la joya en la mano que le había pedido a su compañero.

—Hemos encontrado el collar que había desaparecido.

—¿Dónde estaba?

—Mejor dicho, quién lo tenía… —siguió Ossian señalando con la cabeza a la joven.

Esta apretó los dientes con fuerza y a pesar de que era real lo que estaba viviendo, Freya se atrevió a seguir negando la realidad, diciendo:

—Esa joya no es tuya. —Levantó la cabeza de golpe, hacia Blair, e intentó evitar quedarse sin aliento ante la visión de su belleza.

El laird la miraba con atención. Se acercó a ella lentamente, midiendo cada paso, y cuando estuvo a menos de un metro, paró. Freya tuvo que levantar más la cabeza para poder mirarlo a los ojos, unos ojos que prometían demasiadas cosas, y ninguna buena.

—Esta joya ha pertenecido a mi familia durante generaciones.

—No te creo… —respondió la joven con firmeza.

Mejor dicho, no quería creerlo. Imposible.

—¿Por qué la tenías en tu poder?

Freya tragó saliva. No podía contar la verdad. Si les decía que había estado en el castillo de su enemigo, aunque este no fueran más que ruinas, le cortarían el cuello sin preguntar nada más. Por ello, decidió mentir:

—La encontré en medio del bosque donde ellos me secuestraron. En la distancia vi un pequeño cofre y, al abrirlo, estaba dentro. Ni sabía a quién pertenecía ni pretendía quedármela.

—¿Pensabas venderla?

Freya frunció el ceño.

—¿Una joya tan… bonita? —Estuvo a punto de decir “antigua”, pero logró darse cuenta a tiempo—. Pretendía darla a las autoridades.

—¿Qué autoridades?

La policía, estuvo a punto de decir, pero al saber que no la entendería, murmuró otra cosa:

—Los hombres del rey. Quién mejor que él para saber lo que debía hacer.

Blair sonrió fugazmente, haciendo que de repente su rostro pareciera iluminarse. Freya apartó la mirada, pues no quería seguir mirándolo, no obstante, Blair volvió a llamar su atención.

—¿Cuál es tu nombre, muchacha? Me gustaría saber cómo se llama la mujer que pretendía alejar de mis tierras la joya de mi bisabuela.

Freya carraspeó y estuvo a punto de espetarle que no le importaba, pero acabó respondiendo:
—Mi nombre es Freya Wallace.
Y en ese momento, numerosos murmullos de sorpresa rompieron el silencio a su alrededor.

CAPÍTULO 3

Para su sorpresa, Blair volvió a observar su ropa de nuevo, haciendo que se sintiera insegura y desnuda bajo su atenta mirada, lo cual no sabía con exactitud si la hacía sentirse mal o excitada. Era consciente de que cada persona allí presente estaba anonadada ante su nombre. ¿Es que acaso había alguien en esa época que se llamaba igual que ella? ¿O tal vez la conocían de algo? No lo sabía, pero lo que sí tenía claro era que su nombre no les había sido indiferente, ni siquiera a Ossian, que había escuchado cómo contenía el aliento ante la mención de su nombre.

—¿Una Wallace? —preguntó Blair al cabo de unos segundos de silencio.

Freya dirigió su mirada hacia él y asintió.

—Esta joya no la encontraste por casualidad. ¿Por qué la tenías?

La joven frunció el ceño.

—Sí, es cierto que la encontré.

—¿La encontraste en el castillo de mi primo?

El corazón de Freya se paró de golpe, y estaba segura de que en sus ojos se reflejó el miedo y la sorpresa, algo que no pasó desapercibido a Blair, que dio otro paso hacia ella, provocando que los pliegues de su kilt casi rozaran el rostro de la joven.

—No, fue en el bosque —repitió su mentira en un hilo de voz.

Freya vio cómo Blair tragaba saliva con dificultad.

—¿Eres una espía de mi primo?

La joven enarcó ambas cejas y negó con la cabeza repetidas veces.

—¿Cómo voy a ser su espía si ni siquiera lo conozco? —le espetó mirando a su alrededor—. Estáis todos locos, por Dios. Esto no puede estar pasando. Esto es un sueño y voy a despertar en cualquier momento.

La joven hablaba para sí y negaba con la cabeza.

—Estoy soñando y no es real…

Segundos después, sintió cómo Ossian se movía ligeramente, desenvainaba la daga y la aferraba con fuerza del cabello, tirando de él hacia atrás. Freya gritó de dolor e intentó levantar las manos atadas para apartar su mano, pero no lograba llegar. Al instante, la punta de la daga de Ossian se posó sobre su garganta, provocando que los ojos de la joven se abrieran desmesuradamente de auténtico pánico al creer que iba a degollarla.

—¿Crees que esto es real o forma parte de un sueño? —le preguntó cerca de su oído.

Freya gimió de dolor y en ese preciso momento, Blair levantó una mano hacia Ossian para que se contuviera.

—¿Eres la primogénita de aquel al que llaman “Oso”?

La joven lo miró como pudo, asombrada por que él supiera el apodo por el que conocían a su padre todos sus amigos.

—¿Conoces a mi padre? —preguntó de repente con la esperanza de que también estuviera allí.

Blair negó con la cabeza.

—No —fue su simple respuesta.

Freya abrió la boca para preguntar algo más cuando Ossian tiró más de su cabello.

—Suéltala, por favor, y corta las cuerdas de sus muñecas —soltó Blair de repente.

Con gesto sorprendido, Freya vio cómo le cortaban las cuerdas con cuidado y después, el propio Blair la ayudaba a ponerse en pie. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Había algo que se escapaba a su entendimiento, algo de lo que todos eran conscientes, pero no decían. Estaba segura. ¿Cómo era posible que de un momento a otro pasara de ser una ladrona de joyas y espía de Broc MacNab a tener las manos libres y a que la actitud de todos cambiara por completo?

—Me temo que mis hombres han sido demasiado rudos contigo.

Freya no supo qué responder. Estaba tan cerca de Blair que tenía la sensación de que no podía pensar con claridad. Aquellos ojos azules habían cambiado también de expresión y la miraban con… ¿amabilidad? Sí, era amabilidad. Sus manos aún seguían en sus brazos tras ayudarla a ponerse en pie y allí donde tocaban sus dedos, de repente sintió calor. Un calor diferente al que cualquier otro hombre había provocado en ella. Era un calor que parecía acercarse al hogar. Y no estaba segura de que eso le agradara.

Con cierto reparo, Freya se soltó de su mano y dio un paso atrás para mirarlo un poco alejada, pues si seguía mirando tan de cerca aquellos ojos tan azules como el cielo, comenzaría a temblar de nuevo, y esta vez no sería de miedo.

—Déjame decirte, Freya, que aquí estás a salvo.

La joven tragó saliva y negó con la cabeza, que era un hervidero de pensamientos tan rápidos que empezaban a agobiarla.

—No sé qué está pasando ni qué es esto —comenzó diciendo ella—, pero tengo que regresar a mi casa cuanto antes, por favor.

Blair torció el gesto y chasqueó la lengua, haciendo que los nervios de Freya aumentaran de nuevo, pues no sabía si seguía siendo una prisionera o no.

—Me temo que ahora mismo los caminos que hay en mis tierras no son precisamente los más seguros.

Ossian respiró hondo y dio la razón a su laird.

—De hecho, esta misma mañana nos han atacado los hombres de Broc.

Creyendo que ella no sabía nada de la guerra desatada contra su primo, Blair suspiró, mostrando derrota en su rostro.

—Desde hace unos años, el hombre al que yo consideraba mi mejor amigo, mi primo Broc, nos ha traicionado a todo el clan y quiere hacerse con la jefatura que por ley me corresponde.

Freya no quiso decirle que ya lo sabía, que conocía mucho más de lo que seguramente iba a contarle, pero se limitó a asentir para no levantar sospechas sobre ella y que siguieran considerándola una espía.

Blair sonrió levemente. De repente, le brillaban los ojos y parecían pertenecer a un ángel caído del cielo.

—Creo que es mejor que descanses unos días hasta que podamos solucionar los ataques de mi primo.

Las cejas de la joven se arquearon por la sorpresa. ¿Unos días? Si no recordaba mal, gracias al libro que había tomado del castillo de Broc, la guerra se extendería unos meses más, hasta la muerte del propio Broc. ¿Cómo iba a quedarse allí hasta finales del verano? Freya tragó saliva. Necesitaba marcharse de allí cuanto antes para poder encontrar a sus padres y seguir con su vida, después de olvidar, si es que podía, ese episodio de su vida que bien podría ser parte de una película de ciencia ficción.

—Pero… insisto. Creo que es mejor que me marche —dijo con voz suave, intentando no parecer desesperada.

Blair volvió a sonreír, esta vez más ampliamente. Un gesto que Freya no pudo obviar, pues su cuerpo reaccionó al instante. Nunca se había considera hermosa, y así se lo habían hecho creer en el colegio, por lo que los chicos atractivos de su clase jamás se habían fijado en ella para otra cosa que no fuera reírse de sus curvas. Y aunque a sus veinte años era delgada, seguía poseyendo unos pechos prominentes y unas caderas llamativas. Por ello, el hecho de que alguien tan atractivo y atrayente como Blair la mirara de esa manera y le sonriera con esa amabilidad hizo que su cuerpo reaccionara, calentando cada fibra de su ser.

—Soy yo el que insisto, muchacha. Me sentiría terriblemente mal si le ocurriera algo a una mujer tan bella como tú.

Freya puso todo su empeño en que nadie notara lo que esas palabras habían provocado en ella. Por lo que dio un paso atrás, carraspeó para aclararse no solo la garganta, sino también su mente, y acabó asintiendo.

—Está bien.

Había muchos motivos por lo que acabó aceptando aquella proposición, y uno de ellos era únicamente por descubrir algo más sobre ese instante de la historia de Escocia que tanto había llamado su atención desde pequeña y que tenía la "suerte" de poder vivir desde dentro. Freya se dijo, mientras seguía mirando aquellos ojos azules, que si el destino la había llevado hasta ese lugar y en ese tiempo era por algo, y debía sacar toda la información posible para hacer el mejor trabajo de la historia en la universidad de Glasgow, aunque sabía que iba a costarle muchísimo adaptarse a las costumbres de ese tiempo.

Al cabo de unos segundos, en los que todo el mundo seguía en completo silencio, expectantes ante lo que sucedía, Freya se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Soy una prisionera?

Las cejas de Blair se arquearon al mismo tiempo.

—¿Prisionera? ¡No! Eres nuestra invitada. Además, me has devuelto algo que pertenecía a mi bisabuela, así que debo darte las gracias.

Freya se encogió de hombros sin saber qué decir. Ese era el día más extraño de toda su vida y no sabía cómo reaccionar a cada momento. Todo le parecía tan raro que cualquier argumento para explicarlo se liaba en su mente y le impedía pensar con claridad, agobiándola, por lo que optó por quedarse callada y esperar a escuchar qué decían los demás.

La joven vio cómo Ossian se acercaba a ella con una sonrisa en los labios y una expresión de disculpa en el rostro.

—Te pido disculpas por haber tirado de tu pelo, muchacha. No era mi intención hacerte daño.

Freya no pudo evitar mostrar una expresión de sorpresa en sus ojos.

—La verdad es que has tirado a conciencia.

Ossian volvió a sonreír.

—Bueno, decías cosas demasiado raras.

—Creo que mis palabras no son lo más raro de estos dos últimos días —terció la joven bajando la voz.

Blair sonrió y se apartó un poco para señalar la mesa en la que hasta hacía pocos minutos había estado desayunando.

—Estoy seguro de que tendrás hambre.

La verdad era que, hasta ese momento, Freya no era consciente de que su estómago rugía como un león. No había comido nada desde el día anterior y tenía un hambre voraz en ese momento. Al despertarse y ser atacados, se le había cerrado el estómago, además de que los guerreros habían partido en cuanto terminaron la lucha contra los hombres de Broc. Por ello, cuando vio la mesa principal llena de frutas, gachas y demás, la joven estuvo a punto de saltar sobre los platos. Sin embargo, asintió comedidamente y dejó que Blair la guiara hasta la silla que había justo al lado del laird.

—Espero que no te importe que te tutee, muchacha —le dijo Blair cuando ambos se sentaron —. Me temo que no soy un hombre muy dado a los formalismos.

Freya sonrió levemente y negó con la cabeza.

—Sigue haciéndolo, por favor —le pidió—. Sería demasiado raro escuchar el trato formal.

Y era cierto. Sabía cómo solían tratarse en esa época, y para ella ya era demasiado extraño estar allí como para tener que aguantar también esa clase de formalismos. Siempre se había tuteado con todo el mundo, por lo que al menos eso sería algo que le recordaría a su verdadero mundo, su tiempo.

Blair asintió y le señaló la comida.

—Por favor, toma lo que desees.

Freya asintió y Blair, al ser consciente de su incomodidad, desvió la mirada hacia Ossian que se había sentado a su lado.

—¿Qué nuevas traéis? Has dicho que os han atacado…

El guerrero asintió mientras terminaba de masticar y tragar un trozo de manzana.

—Han sido los hombres de Broc. Me ha dado tiempo a reconocer a algunos.

—¿Quiénes eran?

Ossian resopló.

—Farlan, Mungo, Colin y otros… Y entre los árboles creo haber visto a Thomas.

El rostro de Blair se tornó lívido de repente.

—¿Thomas?

Ossian asintió.

—No lo puedo asegurar, pero juraría que así era. Él no ha entrado en la lucha, pero miraba desde los árboles.

—¿Ese tal Thomas es el que tiene cara de demonio? —preguntó Freya sin haber podido evitar

escuchar la conversación.

Los rostros de ambos guerreros se giraron hacia ella.

—¿Lo conoces?

—Bueno, tanto como conocerlo… Me alejé de la lucha por temor a que me alcanzaran —mintió de nuevo— y ese hombre me amenazó con la espada. Tenía una mirada… aterradora.

Blair asintió y suspiró, dejándose caer contra el respaldo de la silla de forma cansada.

—Thomas es el mejor guerrero de mi primo. Es aún más sanguinario que Broc. Actúa como si no tuviera miedo a la muerte, como si fuera la propia muerte en persona. Es muy cruel con aquellos a los que toma con rehén.

—¿Y por qué? —preguntó la joven—. ¿Por qué todo esto? ¿Por qué no hablar las cosas para acabar con la guerra?

A su lado, Ossian resopló y negó con la cabeza. Blair dejó escapar el aire lentamente, como si estuviera ordenando sus pensamientos. El guerrero aprovechó para llenar de vino el vaso que había junto a la joven, pues descubrió que ella no se había servido. Freya descubrió en ese momento que aquella guerra estaba haciendo realmente daño a ese hombre. Su bello rostro parecía haberse oscurecido al pensar en su primo y la joven supo que se trataba de un buen hombre que sufría por la codicia de los demás.

—Ojalá fuera tan fácil, muchacha. Pero no es así. No conoces a mi primo. Todo esto lo ha causado él por su odio y sus ansias de poder. Yo siempre intento decirme a mí mismo que hace años se instaló en él un poder oscuro que le ha hecho creer que soy culpable de lo que le pasó a sus padres y a sus hermanas.

Freya frunció el ceño. ¿Cómo? Ella desconocía que Broc había tenido hermanas y que les había ocurrido algo.

—¿Y qué les pasó? —preguntó intentando no parecer ansiosa por saber la respuesta.

Blair suspiró con tristeza.

—Hace años, mi bisabuelo, que estaba a punto de morir, mandó llamar a mi padre y mi tío. Se decía que pretendía dejar la jefatura del clan en alguien más joven. Mientras mis tíos y mis primos viajaban hasta aquí tuvieron un accidente y su carruaje se despeñó por un terraplén. Excepto Broc, los demás murieron. Mi primo estuvo a punto de morir. Lo curamos en este castillo y cuando despertó, un mes después, y descubrió lo que había sucedido, nos culpó de ello. Se volvió loco. Empezó a decir que habíamos sido nosotros los que habíamos provocado ese accidente para matarlos y quedarnos con la jefatura del clan, que recayó en mi padre. Pero jamás habríamos hecho algo así. Eran mis tíos y mis primos, por Dios. Crecí con Broc. De hecho, esta cicatriz me la hizo él un día que nos metimos en un buen lío.

Blair sonrió al llevar a su mente de nuevo aquel recuerdo. Freya miró su nariz y descubrió una pequeña cicatriz que apenas se veía de no ser porque él la había señalado. La joven lo miró largamente en silencio. En sus ojos podía verse el sufrimiento por la guerra contra alguien a quien realmente había amado.

—Mi primo era como un hermano para mí. De hecho, crecimos como tal. Es muy duro estar en guerra con él. Me encantaría hablar para solucionarlo, como sugieres, pero es imposible. Se ha convertido en una persona totalmente diferente. No queda nada de lo que fue. Es un demonio. Jamás creí que sería capaz de matar a su propia gente, a los que lo vieron crecer, con los que jugó

un día… Ojalá todo esto fuera un sueño, pero no lo es.

Sin saber por qué ni en qué momento pensó hacerlo, Freya alargó la mano para tomar la del guerrero, que la miró con sorpresa. Cuando Tom le contaba algo, siempre lo tomaba de la mano para intentar reconfortarlo, y en ese momento no iba a ser menos. Vio el sufrimiento de ese hombre en sus ojos y solo pudo odiar a ese guerrero que, por una locura, hacía daño a todo un clan.

Para su sorpresa, el propio Blair puso su otra mano sobre la de la joven y le sonrió tristemente, agradeciendo su comprensión.

—Lamento mucho todo esto. Lo que me cuentas es… muy duro. Estoy segura de que lograréis acabar con él —le dijo recordando lo que había leído en el libro encontrado en el castillo de Broc.

—Ojalá y el destino se ponga de nuestra parte. No queremos hacer daño a nadie. Tan solo quiero llevar la jefatura del clan lo más tranquila posible y hacer aliados y reforzar amistades con el resto de clanes. No somos un clan demasiado grande, pero esta guerra está mermando nuestras fuerzas. Hace solo unos días atacaron una aldea cerca de las fronteras de su castillo.

Blair suspiró.

—Murieron mujeres y niños…

—El muy cabrón quiere ponernos en contra de todo el clan —refunfuñó Ossian a su lado mirando fijamente a los ojos de Freya.

Blair asintió y tomó de nuevo la cuchara entre sus manos.

—Tengo que pedir disculpas por eso. Creo que no es el mejor momento para contar estas cosas. Sigue desayunando, por favor.

En silencio, Freya asintió y volvió a mirar la comida. Tenía mucha hambre, pero en parte había pasado debido a la historia que había descubierto minutos antes. Jamás le habían dicho nada del accidente sufrido Broc MacNab y su familia. Esa historia no había pasado de generación en generación para ser contada y sabida por todos. No. Simplemente se contó que pretendía hacerse con el poder. Y al saber que había sido capaz de matar a mujeres y niños por esa ansia sintió un odio tremendamente profundo hacia él. ¿De verdad valía la pena jugar de una forma tan sucia para conseguir algo que no te ha sido concedido?

La joven suspiró largamente y levantó entonces la mirada hacia el frente. Allí se encontraba seguramente gran parte de los guerreros de Blair. Todos habían vuelto a sus conversaciones y algunos reían y brindaban entre ellos por algo que no lograba escuchar, pero que realmente le causó cierta pena. Tal vez en unos días algunos de ellos estarían muertos, como ese guerrero asesinado en el bosque por los hombres de Broc. Y aunque sabían que podían morir próximamente, en ese instante disfrutaban de la comida y la compañía de sus amigos y familiares. Y una parte de ella envidió esa camaradería entre ellos. Jamás había sentido algo parecido con nadie. Ni siquiera con Tom. Eran muy amigos y escalaban y practicaban esgrima juntos, pero nada que ver con esa cercanía tan profunda como la que veía en ese momento entre los guerreros MacNab.

Freya tuvo dificultades para tragar el bocado de manzana que tenía en la boca y que había masticado tanto que no era más que papilla. A cada instante que pasaba y que fijaba su mirada a su alrededor era más consciente de que había viajado a un tiempo difícil, pero donde la lealtad y los valores estaban tan arraigados que nada tenía que ver con lo que ella había vislumbrado en el

futuro. Esa gente no tenía las comodidades que ella en su época, pero aun así reían y se divertían de una forma diferente, sin echar de menos un teléfono, internet, un coche… nada de eso que ella sí conocía. ¿Sería ella capaz de poder vivir sin eso durante el tiempo que estuviera en ese lugar? Esperaba que fuera poco tiempo, pues necesitaba regresar para buscar a sus padres, pero ahora debía pensar en ella, en su propia seguridad y en no hacer algo para descubrirse, ya que no estaba segura de cómo la tratarían en caso de descubrir que había viajado en el tiempo.

En ese instante, escuchó una voz cerca de ella, pero no hizo caso, pues estaba tan metida en sus pensamientos que le resultaba imposible escuchar nada más que no fuera su propia preocupación.

—¿Estás bien? —escuchó más de cerca.

Freya dio un respingo y giró la cabeza en dirección a Blair, que era quien le había hablado. Lo encontró demasiado cerca de ella, tan cerca que fue capaz de ver con claridad las pequeñas motas de color miel en el iris azul de sus ojos. De repente, sintió un poderoso calor de atracción hacia él, pero se dijo mentalmente que estaba allí de paso y que no podía fijarse en nadie, y menos en él.

La joven carraspeó y asintió.

—Sí, lo siento. Estaba pensando en todo lo que me has contado sobre la guerra con tu primo.

Blair asintió y volvió a colocarse en la silla para llevar a su boca un buen puñado de gachas.

—¿Qué pasó para que él, después de despertar del accidente, pensara que era culpa vuestra?

Blair suspiró.

—La verdad es que no lo sé. Supongo que pensó en muchas cosas. Él amaba con locura a sus hermanas y supongo que, al descubrir que estaban muertas, necesitaba un culpable. Y para él, éramos nosotros. Pensaba que le habíamos quitado la jefatura a su padre.

—Pero ¿vuestro bisabuelo pensaba dársela a tu tío?

Blair negó con la cabeza.

—El broche de laird siempre se traspasa a los hijos primogénitos. Ese será quien lidera el clan a la muerte del laird que esté en el mando. Mi abuelo había muerto antes de tiempo, por lo que la jefatura del clan recaería sobre mi padre, que era su primogénito. Y mi bisabuelo así lo estableció. Pero para Broc era diferente.

El guerrero se encogió de hombros y apartó su plato de delante de él, pues ya había terminado.

—No sé… Cuando Broc despertó quise hablar con él, pero estaba fuera de sí. Incluso atacó a varias sirvientas vociferando que él era el líder del clan, que no debía ser al contrario. Y pocos días después, a medianoche, se marchó. Después nos enteramos de que se había hecho con la simpatía de mucha gente del clan, por lo que regresó a su castillo con ellos e hizo un ejército propio. Mis informantes me han dicho que tiene tantos hombres como nosotros, pero son mucho más salvajes y no tienen sentido del honor, pues atacar a personas indefensas no es digno, al menos para mí.

Freya asintió, guardando cada palabra en su mente. Le parecía todo tan loco que le costaba entender que una persona cambiara radicalmente de carácter por algo así. La joven suspiró y se dejó caer contra el respaldo de la silla. A pesar de ser por la mañana, se sentía terriblemente cansada. No había dormido bien durante la noche en el frío suelo del bosque y aún le dolían ciertas partes del cuerpo por los golpes tras el accidente. Y a pesar de que la cabeza comenzaba a dolerle y necesitaba estar en silencio, miró a Blair y le preguntó:

—¿Y no habría alguna manera de que yo pudiera volver a…? —¿A dónde debía decir?—. ¿… mi hogar?

Blair sonrió.

—Claro que sí, pero después de asegurarme de que los caminos vuelven a ser seguros no solo para ti, sino también para mis hombres. He pedido muchos por culpa de las fuerzas de mi primo, y no me gustaría ver que eres atacada de nuevo por ellos. No quiero imaginar lo que harían contigo entre sus garras.

Freya sintió un escalofrío al pensar en ello. La imagen del tal Thomas apareció de nuevo en su mente. Había visto la muerte reflejada en sus ojos, y no precisamente una muerte serena y en paz, sino que era el reflejo de una promesa de una muerte lenta. *Nos volveremos a ver, preciosa*, le había dicho el guerrero. Y lo peor de todo era que lo había soltado con tanta seguridad en su voz que temió que así fuera.

—¿Por qué vistes de esta manera tan extraña? —preguntó Blair, sacándola de sus propios pensamientos.

Freya levantó la cabeza en su dirección y lo miró sin saber qué decir. Con disimulo, y para ganar tiempo, llevó su mirada hacia su ropa. Sí, era extraña en aquella época: chaqueta de cuero negra, leggins que claramente marcaban sus torneadas piernas y su trasero, camisa ceñida al cuerpo que también dejaba entrever el volumen de sus pechos y unas botas militares que no eran precisamente la moda en 1563. La joven tragó saliva y esbozó una sonrisa mientras volvía a mirarlo.

—Soy una persona a la que le gusta viajar —comenzó diciendo sabiendo que iba a mentirle mirándolo a los ojos—. He estado en varios lugares del continente, y en el sur visten así.

Blair le devolvió la sonrisa y la miró con atención.

—¿En el sur?

Freya carraspeó.

—Sí, cerca del Imperio Otomano. Las mujeres allí son guerreras y sirven a su pueblo como los hombres. Vi sus vestimentas y decidí vestir así. Es muchísimo más cómodo que un vestido.

Blair asintió mientras que Ossian la miraba con una ceja enarcada.

—Pues aquí en Escocia esa vestimenta simboliza marcar demasiado tu cuerpo. No es decente.

Me importa un bledo la decencia, gilipollas, estuvo a punto de decir. Sin embargo, se obligó a sonreír y le devolvió a la mirada a Ossian.

—Lo sé, pero es mi forma de vestir. Además, no tengo nada más que ponerme. Tan solo una muda en mi mochila, y esa ropa es igual a esta.

Ossian abrió la boca para responder de mala gana, pero fue Blair quien se interpuso antes de que aquella conversación diera paso a otra guerra.

—En la habitación de mi hermana sigo conservando su ropa, así que tal vez hay algo que puedas ponerte mientras estás con nosotros… —sugirió—. Estoy seguro de que te gustarán sus vestidos.

La joven intentó no mostrar su sorpresa al escuchar la palabra “hermana”. Estaba comenzando a darse cuenta de que apenas sabía nada de aquellos dos hombres que la habían llevado a hacer un trabajo. Se limitó a asentir, aunque la curiosidad pudo con ella y le preguntó:

—¿Tienes una hermana?

La expresión en el rostro de Blair cambió por completo, mostrando frialdad.

—La tuve —respondió con cierta sequedad—, pero no está por culpa de Broc.

Freya frunció el ceño, sorprendida.

—¿La mató?

—Él pensaba que nosotros habíamos acabado con su familia, así que… —dijo en un tono que indicaba que le costaba hablar de ello.

—Lo siento. No pretendía meterme en esos asuntos.

Blair carraspeó e intentó sonreír.

—No pasa nada. Le diré a las sirvientas que te lleven algunos de sus vestidos. Estoy seguro de que podrás ponerte alguno.

Freya asintió de nuevo y apartó su plato de ella.

—Si has terminado, tal vez te gustaría descansar en el dormitorio de invitados. Siempre lo tengo preparado por si aparece alguien sin avisar —dijo Blair—. Allí podrás bañarte, descansar y cambiarte de ropa. Nadie te molestará.

Freya sonrió y asintió.

—Sí, por favor. Necesito darme un baño —respondió recordando la sangre seca de su rostro.

Blair asintió y se levantó.

—Te acompañaré yo mismo para evitar que te pierdas —dijo con amabilidad.

—Gracias —contestó la joven levantándose también.

Blair miró entonces a Ossian y le dijo.

—Esperadme todos en el patio de armas. Debemos hablar para reforzar nuestra seguridad.

El guerrero asintió casi sin mirar y cuando Blair volvió a mirarla, señaló con la mano el camino.

—Después de ti.

Ambos salieron del gran comedor intentando no mirar a ningún lado. El hecho de que la joven se hubiera puesto en pie hizo que las conversaciones volvieran a apagarse. Justo cuando se alejaron de la mesa principal en la que habían desayunado, Freya tomó entre sus manos su mochila, sintiéndose segura de nuevo con ella colgando en su espalda, y al ver que Blair no le decía nada, suspiró aliviada.

Cuando el salón quedó atrás, Freya cerró los ojos un momento. Había sido su primera toma de contacto con ese lugar y aunque había comenzado mal, estaba segura de que había podido engañar sobre su verdadera procedencia y sobre el collar. No obstante, le sorprendió que Blair no insistiera más sobre cómo había logrado conseguirlo. Se dijo que ya debía darle igual, que pronto volvería a casa.

—No quiero que pienses que eres una prisionera —comenzó diciendo Blair mientras caminaban uno al lado del otro por el silencioso pasillo.

Freya lo miró de reojo y asintió.

—Puedes salir cuando quieras del castillo e ir a donde desees. Eso sí, con protección. Temo

que el salvaje de mi primo se acerque demasiado al castillo.

—Lo agradezco infinitamente porque la verdad es que no me gusta sentirme atrapada en un lugar.

Blair sonrió y aquel gesto volvió a parecerle abrumador, pues levantaba en ella tantos sentimientos que no quería reconocerlos. El guerrero la condujo a través de los pasillos hasta las escaleras, las cuales subieron en completo silencio, algo que en parte agradeció, pues se limitó a ver la decoración de la fortaleza. Las paredes estaban repletas de cuadros que daban un aspecto acogedor al lugar, además de varios telares en los que las escenas de caza se repetían. La escalera era tan grande que de una esquina a otra había un par de metros por lo que no se rozaron a medida que subían. Y cuando llegaron al piso superior, una enorme vidriera los recibió. Freya intentaba que en su rostro no se viera reflejada la sorpresa y admiración, pero creía estar en un cuento de hadas.

—El castillo es precioso.

Blair sonrió.

—Mi bisabuela lo hizo así. La antigua decoración era inexistente, y ella misma prefirió decorarlo para darle un aspecto más acogedor.

Freya sonrió.

—Pues acertó.

Blair asintió con caballerosidad y señaló una de las puertas.

—Este es el dormitorio de invitados. El mío está tres puertas más a la izquierda, cerca de las escaleras, y los de Ossian y Leathan son esos de ahí. Ellos son mis guerreros más cercanos. Ya conocerás a Leathan. Si tienes algún problema, puedes contar con ellos. Y, por supuesto, conmigo.

Freya asintió.

—Gracias.

Blair hizo una pequeña reverencia mirándola fijamente a los ojos.

—Ahora informaré a las sirvientas para que traigan una bañera. Descansa.

Freya entró en el dormitorio y cuando por fin estuvo sola, dejó escapar el aliento contenido desde que era consciente de que había viajado al pasado. Lo soltó de golpe, como una especie de rugido frustrante en el que por una parte sentía que estaba viviendo una aventura, pero por otro, era una auténtica pesadilla. ¿Cómo iba a sobrevivir allí sin que en algún momento pidiera algo que aún no existía? ¿Cómo iba a poder contarles que ella era del futuro? ¿Debía decirlo o mejor callarse para evitar ser tratada como una bruja? Muchas preguntas se agolpaban en su mente mientras se apoyaba contra la dura, enorme y pesada puerta del dormitorio. Este era precioso, con una decoración tan rica como todo lo demás, pero aun así no podía evitar sentirse fuera de lugar. Ella no era de ese tiempo, y lo peor de todo era que viviría de cerca la guerra que tanto le había quitado el sueño.

CAPÍTULO 4

El día anterior había decidido quedarse encerrada en el dormitorio que le habían asignado, pues aún necesitaba de esa soledad para adaptarse a esa nueva vida. No se había sentido capaz de salir y enfrentarse de nuevo a ese mundo hostil en el que se había visto obligada a viajar. Se había dado un baño y descansó el resto del día, haciendo las comidas allí mismo, en la enorme mesa que había como tocador.

Le sorprendió el increíble y grande balcón que tenía ese dormitorio, desde donde podía asomarse a ver el patio del castillo y más allá de la muralla, aunque no se había dejado ver durante el día.

Una de las sirvientas arrastró un baúl lleno de vestidos hacia allí por petición del laird, por lo que pasó gran parte de la tarde admirando aquellas vestimentas que solo había visto expuestas en los museos de historia antigua. Se trataban de unos vestidos tan bonitos que le daba pena ponérselos por temor a romperlos. Sin embargo, sabía que no era buena idea vestir como ella en esa época.

En un momento dado, cuando la noche se alzó sobre el castillo, Freya abrió su mochila y miró su teléfono móvil. Intentó llamar de nuevo, pero claramente no había cobertura. Por ello, y para ahorrar batería, lo apagó. Rezó para tener la oportunidad de usarlo de nuevo y que, por casualidad, tuviera cobertura para llamar. Y cuando se metió en la cama, ya tarde, deseó que al despertar estuviera de nuevo en su tiempo.

Al día siguiente abrió los ojos temprano, descubriendo que seguía en el mismo lugar. Freya torció el gesto, contrariada, y apartó las sábanas de golpe. La luz del día apenas entraba por la enorme ventana, por lo que hacía poco tiempo que había amanecido. Vestida con uno de los camisones que encontró en el arcón que le habían llevado, Freya miró a través del balcón. Los guerreros MacNab estaban apostados en la muralla y caminaban de un lado a otro en busca de algún indicio que mostrara que iban a ser atacados en cualquier momento.

Recordó el ataque en el bosque y comenzó a sentir que se asfixiaba. Aquella era una época convulsa, algo a lo que no estaba acostumbrada. Siempre se había quejado de que su vida era aburrida, pero de ahí a meterse en medio de un conflicto así era demasiado. Corría peligro, tanto como los habitantes de ese castillo, y la promesa del guerrero de Broc seguía suspendida en el aire. No quería volver a verlo, ni a él ni tampoco conocer al que deseaba ser el laird de ese clan. No. Allí se sentía ligeramente segura, y aunque eran rudos, era cierto que los guerreros de Blair no la habían tocado y la habían tratado con respeto.

En busca de un poco de aire fresco que mitigara su desasosiego, Freya abrió el balcón. En ese instante, una bocanada de viento frío del norte acudió a ella y entró en el dormitorio, pero no le importó. Lo deseaba. Salió en camisón al balcón y dio varios pasos hasta que recordó que ese era el balcón que había visto en las ruinas. Una sonrisa se dibujó en sus labios y se apoyó en la balaustrada para disfrutar del viento, que lograba alejar a los demonios de su mente.

Se dijo que tenía que aceptar cuanto antes su presencia allí. Y cuanto antes lo hiciera, mejor para ella. Unas suaves gotas cayeron sobre su rostro. Freya respiró hondo y soltó el aire lentamente, hasta que cerca de allí escuchó una exhalación. La joven abrió los ojos y bajó la mirada hacia el suelo, un piso más abajo. En el patio se encontraba Blair, completamente solo y ajeno a su mirada. El guerrero había desenvainado su espada y practicaba con ella simulando luchar contra alguien. Para Freya, parecía seguir con sus movimientos el ritmo de los tambores

de una canción antigua, como si de un verdadero Dios se tratara.

La joven sintió que se le cortaba la respiración. No era la primera vez que veía a un hombre entrenando con una espada, pero sí era la primera vez que veía a uno hacerlo con una espada de ese tamaño y entrenando para luchar de verdad. Y lo peor de todo era que le resultó tan excitante que no podía apartar la mirada de él. Blair seguía luchando. Se había remangado la camisa, mostrando la enorme cantidad de músculos trabajados en sus antebrazos. En sus oídos podía escuchar el sonido de su corazón, como si de un tambor se tratara y eso, unido al soplo del viento, hizo que todo su ser vibrara ante esa visión.

Freya tenía la sensación de que se le había secado la boca al tiempo que un intenso y poderoso calor manaba de su cuerpo. Blair se alejó ligeramente del edificio, blandiendo la espada en alto, provocando que su cuerpo comenzara a sudar y brillar. Aunque el suyo no era el único, sino que a pesar de tener puesto tan solo un fino camisón, Freya sentía cómo una gota caía por su espalda y rodaba, en una danza sensual, hasta su trasero.

Y cuando sintió que todo ese calor se concentraba en su entrepierna, se apartó del balcón y volvió a entrar en el dormitorio. La joven cerró el balcón con un sonoro portazo. Jamás en su vida se había sentido tan atraída por nadie, y mucho menos al día siguiente de conocerlo. Pero el guerrero rezumaba tanta fuerza y poderío en todo su cuerpo que no había podido evitar excitarse al pensar en cómo sería acariciar su piel, sentir aquellos músculos bajo el tacto de su mano…

—Pero ¿qué demonios te pasa, Freya? —se preguntó en voz alta dando con la cabeza contra el cristal de la puerta del balcón—. Estás loca. Él es un guerrero del siglo XVI, y tú perteneces a otro tiempo. No puedes fijarte en él.

Pero estaba tan cerca. Y había sido tan excitante observarlo... Freya resopló y se apartó del balcón para acercarse de nuevo a la cama. Se tumbó sobre esta y respiró hondo, hasta que la excitación de su vientre pasó y solo volvió a sentir el frío que había entrado al abrir el balcón.

—Esto es una locura… —susurró llevándose las manos al cuello, allá donde había palpitado de calor—. ¿Qué haces, Freya?

Con un suspiro, se levantó de nuevo y se vistió con un vestido simple de color azul que hacía resaltar el color negro de su pelo. Necesitaba olvidar cuanto antes la visión de ese guerrero y su cuerpo tenso mientras entrenaba, no podía pensar en eso jamás. Por Dios, si solo llevaba allí un día… ¿Qué haría cuando llevara diez? ¿Acostarse con él?

—Esto me va a matar… Lo sé —murmuró mirándose al espejo con el pelo completamente suelto y ondeando a su espalda.

Había que en esa época era común llevarlo atado en una trenza o recogido, pero deseaba llevarlo suelto, un signo de rebeldía respecto a ese tiempo y su verdadera procedencia.

Cuando estuvo lista y se sintió capaz, salió del dormitorio y recorrió el pasillo lentamente. Y en el momento en el que pasaba justo por delante del dormitorio de Blair miró hacia la puerta. Sacudió la cabeza cuando el recuerdo de su cuerpo volvió a aparecer en su mente, y siguió su camino, pero cuando estaba a punto de llegar a las escaleras, escuchó cómo la puerta se abría.

Tras ella apareció el guerrero que había estado a punto de provocarle un infarto, y frunció el ceño. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que lo vio hasta ese momento? Se había quedado tendida en la cama y luego había tardado un rato en vestirse, pero no sabía exactamente cuánto tiempo, aunque estaba claro que el suficiente como para que Blair hubiera ido a su dormitorio para lavarse y cambiarse de ropa. Y ahora, aseado y limpio, se acercaba a ella con paso decidido.

Freya tuvo que apartarse cuando este paró a un metro de ella, pues aún estaba demasiado fresco el recuerdo del balcón. Tragó saliva y lo miró a los ojos, unos ojos que mostraban la misma amabilidad del día anterior.

—Buenos días. Espero que hayas descansado —le dijo el guerrero.

Freya asintió, intentando que el calor no volviera a subir por su cuerpo.

—Sí, gracias. Es todo muy acogedor.

Blair asintió y le dedicó una sonrisa mientras bajaban por la escalinata.

—Me gustaría invitarte a dar un paseo por los alrededores del castillo.

Freya lo miró una vez estuvieron en el piso inferior.

—Seguro que tendrás muchas cosas que hacer… —comenzó diciendo—. Eres el laird del clan.

Blair asintió, conduciéndola hacia el salón para tomar un desayuno.

—Sí, pero eres mi invitada, y como buen anfitrión debo enseñarte todo esto. Si te apetece mi compañía…

Freya lo miró a los ojos, quedándose parada en medio del pasillo. Se sintió incómoda bajo la atenta mirada del guerrero, especialmente tras lo sucedido antes en el balcón. La joven apretó los puños con fuerza. Por un lado, deseaba estar un rato con él, conocerlo mejor para así hacer un trabajo más exhaustivo para la universidad, pero por otro, tenía la sensación de que era peligroso estar con él teniendo en cuenta lo que lograba despertar en ella con su sola presencia. Tan solo recordaba que una vez en su vida, el primer año de universidad, conoció a un chico en una discoteca que logró despertar un deseo irrefrenable en ella, pero no llegó a hacer nada con él, pues tenía la sensación de que no podría hacer nada con un hombre nada más conocerlo. Y, sin embargo, si hacía tan solo unos minutos Blair la hubiera besado, lo habría arrastrado a la cama.

El guerrero llamó su atención con un carraspeo. Volvió a mirarlo y descubrió que la observaba con una sonrisa amable.

—Está bien. Saldremos a dar un paseo —aceptó devolviéndole la sonrisa.

Blair asintió y sonrió ampliamente, momento en el que su rostro pareció iluminarse. ¿Cómo era posible que un hombre fuera tan bello como él? Freya carraspeó para evitar quedarse embobada bajo esa sonrisa y entró con él en el salón para tomar un desayuno.

Al cabo de una hora, ambos salían de entre los muros del castillo. El buen tiempo y la calma tras el aire frío del amanecer dio de lleno en su rostro. Aquella era su estación favorita, pues por fin podían dejar a un lado los pesados abrigos y las bufandas para disfrutar de un tiempo más calmado. Y a pesar de estar en otra época, le encantó descubrir que también era así allí.

—Me alegra ver que la ropa de mi hermana te queda bien —le dijo el guerrero—. Estás hermosa.

Freya lo miró ligeramente avergonzada ante el cumplido, por lo que siguió mirando al frente.

—¿Cómo se llamaba? Tu hermana…

—Edith. Era más pequeña que yo y siempre andaba detrás de ella, protegiéndola. Pero fallé al no poder protegerla de Broc.

Freya alargó una mano y la posó sobre su brazo, gesto del que se arrepintió al instante, pues

sintió como si una corriente de alta tensión la atravesara al sentir bajo la palma de su mano sus músculos, los mismos que antes había visto al desnudo y había deseado tocar.

El propio Blair también se sobresaltó ante su contacto, pero reaccionó enseguida para evitar que apartara la mano, posando la suya libre sobre ella.

—Siento mucho lo de tu hermana. Yo… he perdido a mis padres recientemente y sé lo duro que es.

Blair la miró fijamente.

—Yo también lo siento. ¿Cómo se llamaban?

—Bearnard y Lili. Me sorprendió mucho cuando ayer me preguntaste si era la primogénita del "Oso". Así llamaban a mi padre en su círculo de amigos.

Blair sonrió y se encogió de hombros, restándole importancia.

—Supongo que fue casualidad. No lo tengas en cuenta, por favor.

Freya asintió y se soltó de su mano para continuar caminando. Los guerreros del clan abrieron el portón para que pudieran salir de entre los muros, unos muros que no lograrían permanecer en el tiempo y acabarían derruidos en el futuro.

—¿Puedo preguntarte algo? —rompió el silencio al cabo de unos minutos.

Blair asintió sin mirarla.

—Sé que no es asunto mío, pero ¿qué has hecho con la joya?

Una pequeña carcajada escapó de la garganta del guerrero.

—La he guardado en un lugar seguro…

—No voy a robarla —le afirmó.

Blair la miró con la diversión dibujada en sus ojos azules.

—Lo sé.

—¿Puedo preguntar cómo la robaron?

—Eres muy curiosa —dijo en voz baja—. Yo la guardaba en mi despacho. La verdad es que nunca nadie la ha usado desde que murió mi bisabuela. Y estaba bien escondida, pero alguien la robó. Supongo que mi primo sabía de su existencia y envió a alguien para que la robara. Lo que no entiendo es cómo acabó en medio del bosque.

Freya notó cómo su corazón se sobresaltaba. No había pensado en la posibilidad de que era una historia sin cimientos que caería por el peso de su propia mentira. Sin embargo, se encogió de hombros y negó.

—No lo sé.

Blair asintió y suspiró. El guerrero tomó uno de los caminos de ida al pueblo que había alrededor del castillo. A medida que se acercaban podían escuchar los ruidos de cada casa, en las calles y en las afueras.

—Es un lugar muy bonito —dijo la joven—. Una pena que quieran destruirlo.

—No lo conseguirán —aseveró el guerrero con gesto firme y decidido—. No voy a consentir que la locura de mi primo irrumpa en este lugar para poner patas arriba la vida de mi gente. Jamás se saldrá con la suya.

Freya sonrió y asintió.

—Lo sé. Quiero decir… que estoy segura de que lo conseguirás.

Blair asintió con seriedad.

Freya miró a su alrededor y no le sorprendió ver que las casas estaban hechas de barro, cuyos techos no eran más que paja, por lo que eso le confirmó el hecho de que en el futuro no hubiera ni un solo rastro de aquel poblado alrededor del castillo. La joven sintió un escalofrío cuando pasaron por el mismo lugar en el que había dejado su coche. ¿Seguiría allí aparcado?

En su paseo se cruzaron con varias personas del pueblo que saludaron con respeto a su laird y continuaron su camino. En sus rostros vio la seriedad y el miedo ante la idea de que el primo del laird irrumpiera en su pueblo y en sus vidas para sembrar el terror. Pero, aun así, parecían tranquilos en ese momento y hablaban unos con otros con total normalidad. Una normalidad que Freya no sentía. Ella no era de allí y no estaba segura de poder sentirse de esa misma manera, aunque viviera durante años en el castillo, algo que esperaba no fuera así.

—Tengo una duda respecto al conflicto que tiene el clan —comenzó la joven tras repasar mentalmente todo lo que habían hablado.

—Adelante.

Freya lo miró.

—Si tu primo vive en el mismo lugar donde vivía con sus padres, está en tierras MacNab…

Blair asintió, sin comprender a dónde quería llegar.

—Si es así, ¿por qué no lo expulsáis del clan? He oído casos de personas a las que, por alguna razón, se debían exiliar de un clan.

Las cejas de Blair se alzaron al tiempo que torcía el gesto.

—Ojalá fuera fácil. No podemos. Broc tiene a mucha gente de su lado. Si lo expulsamos a él, habría que hacer lo mismo con los demás, y entre ellos no solo hay guerreros, también mujeres y niños. Son como otro pequeño clan dentro de este. Y, a diferencia de ellos, nosotros no los matamos.

Blair se desvió para alejarse del pueblo y del castillo en dirección norte hacia un pequeño bosquecillo que había cerca de allí.

—Hemos perdido a muchos pequeños por culpa de Broc, especialmente en estas últimas semanas. Ha perdido el juicio por completo. Ni siquiera es capaz de tener piedad por los más débiles.

—La verdad es que yo no vi ese sentimiento en los ojos de ese hombre, de Thomas.

Blair puso los ojos en blanco.

—Siempre estuvieron juntos esos dos. Cuando éramos pequeños y Broc no jugaba conmigo, lo hacía con Thomas. Siempre han sido uña y carne. Los mismos gustos, las mismas mujeres, los mismos vicios… Todo. Así que cuando Thomas siguió a mi primo en el momento en el que este enloqueció, no me sorprendió en absoluto.

Freya suspiró mientras dirigía su mirada hacia los árboles de alrededor. Pequeñas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre su rostro, pero no le importó. Le agradaba la compañía y el paseo. Tenía la sensación de que era como una especie de calma después de haber viajado en el tiempo, como si su alma comenzara a sosegarse tras el susto inicial.

—Y cuando todo acabe y logréis dar caza a tu primo, ¿qué haréis con él y con los demás?

—Están condenados a muerte por traición. Todos los clanes tenemos nuestras propias normas, aunque dependamos de las reglas generales de la corte. Y nosotros, una traición así, la pagamos caro, pues no solo ha traicionado al laird, sino a su propia familia y gran parte del clan. La traición de Broc no puede quedar impune. Cuando lo cacemos, a él o a sus hombres, morirán.

Freya carraspeó, incómoda por la naturalidad con la que hablaba de dar muerte a una persona. Nunca había estado de acuerdo con la pena de muerte, pero sabía que el tiempo en el que se encontraba tenía unas normas muy alejadas de las suyas y la vida no parecía tener tanto valor como en el futuro. Se mataba con más libertad y, en algunos casos, impunemente. Pero a pesar de eso, no pudo evitar sentir un escalofrío en el momento en el que su mente inventó la imagen de Blair blandiendo su espada para cortar la cabeza de su primo o del hombre que la apuntó con la espada en medio del bosque, ya que a pesar de la fiereza que vio en aquellos ojos, no dejaba de ser una persona con el alma envenenada.

La joven acabó asintiendo y dirigió su atención al lugar al que la estaba llevando. En sus ojos se formó una expresión de incredulidad. Jamás habría pensado que ese lugar escondía un lugar tan idílico. Se preguntó si en el futuro ese pequeño estanque con aquella minúscula cascada seguía existiendo, pues ella no la había visto nunca.

En sus labios se dibujó una sonrisa, que Blair siguió desde su principio sin perder detalle, hasta que carraspeó y desvió la mirada hacia el agua. Sin saber por qué, Freya se sintió avergonzada y se sonrojó tras aquella mirada, por lo que se aproximó a la orilla del estanque y metió las manos en el agua fría. Esa sensación calmó en parte el calor que había subido a su cuerpo la mirada azul de Blair. No entendía qué le estaba pasando con ese hombre. Era un rudo guerrero de otro siglo y, sin embargo, algo en él parecía ser amable y caballeroso. Y cuando su mente se desvió del camino y se preguntó si sería igual de caballeroso en la cama, tragó saliva y clamó al cielo para que apartara aquella imagen que se había formado en su mente.

De soslayo vio cómo Blair se sentaba, despreocupadamente, sobre una piedra sin dejar de observarla. Por ello, Freya se sentó sobre la hierba y levantó la mirada hacia él:

—Me has contado muchas cosas de tu primo. ¿Aún sigues pensando que soy una espía?

Blair lanzó una carcajada y negó con la cabeza.

—No lo creo. Hice esa apreciación porque debía hacerlo, como hago con todos. Lamento todo lo sucedido ayer. Reconozco que últimamente no confío en nadie, y al saber que te habían encontrado con el collar de mi bisabuela, fue lo primero que pensé.

Freya sonrió tímidamente al tiempo que cruzaba las piernas para ponerse más cómoda, postura que no pasó desapercibida para Blair, que no dudó en recorrer sus piernas con la mirada.

—No pasa nada… —se obligó a responder, pues se le había secado la boca bajo esa atenta mirada.

Blair frunció el ceño y carraspeó, desviando la mirada, como si se avergonzara de repente por haberla mirado así.

—Solo busco proteger mis tierras y vencer a mi primo. Él no fue elegido como laird, y debe entenderlo.

Freya suspiró.

—Si en algún momento reúnes a los hombres suficientes, tal vez puedas ir a su castillo a

plantarle cara… —sugirió al cabo de unos segundos.

—Ya, pero yo no busco guerra. Además, sus hombres son demasiado buenos, y una batalla en su terreno significaría la pérdida de muchos de nosotros.

Blair volvió a mirarla y lo hizo tan fijamente que Freya sintió cómo se perdía en aquel iris azul, como si de un mar en calma se tratara.

—Me gustaría contarte otro de los motivos por los que quiero que te quedes aquí.

Freya notó cómo su corazón de repente se sobresaltaba frente a esas palabras y se rebulló, incómoda, mientras tragaba saliva.

—¿A qué te refieres?

Blair suspiró y se atusó el cabello, igual de incómodo que ella.

—Hace tiempo nos llegó la confirmación por parte del propio Broc que alguien de su círculo había entrado en el castillo y se había llevado la joya que encontraste.

Freya tragó saliva y comenzó a temblar.

—Estoy seguro de que tiene espías o gente cerca de mí que le informa de muchos de nuestros movimientos. Por ello, sé que le van a informar de que estás aquí y que has traído la joya, por lo que te considerará una enemiga más e irá a por ti al creer que has entrado en su castillo y la has cogido.

Y así fue…, estuvo a punto de confesar al tiempo que todo su cuerpo comenzaba a temblar al considerarse un blanco más para Broc. Si esas palabras eran ciertas, su vida allí corría peligro, y las palabras de Thomas volvieron a su mente de nuevo. ¿Acaso ya sabrían que ella se había llevado la joya? ¿Tal vez por eso el guerrero le prometió que volverían a verse? ¿Puede que ese fuera el motivo por el que la miró con los ojos de la muerte? Y al ver su temblor, Blair se levantó de su asiento y se agachó junto a ella. Alargó las manos para aferrarla de los brazos.

—Pero no temas. Mi deber es devolverte el favor. Aquí estás protegida de sus garras.

Freya asintió, no muy convencida. Y cuando el laird se aproximó al agua y la tocó, se deleitó con su cuerpo para apartar aquellos malos pensamientos. Los músculos de sus brazos parecían estar a punto de romper la tela de su camisa blanca. El chaleco con el que cubría su torso también estaba lleno, y estaba segura de haber escuchado protestar a las costuras del mismo cuando se agachó. El manto que cubría uno de sus hombros, sobre el que pendía el broche de laird, le daba un aspecto fiero y protector, como así le habían confirmado sus palabras. Y a pesar de que siempre se había tenido por una persona autosuficiente y sin necesidad de ser protegida por nadie, saber que él estaría ahí con su espada alerta para defenderla no pudo sino excitarla.

—He pensado en hacer una fiesta en tu honor —dijo el guerrero para romper el silencio— por haber recuperado la joya. Un pequeño triunfo contra Broc.

—No hace falta —se negó la joven con el rostro rojo por el rumbo de sus pensamientos.

Blair sonrió y se incorporó para mirarla.

—Claro que sí. Además, mis hombres y mi clan lo necesitan. Será dentro de tres días.

CAPÍTULO 5

La noticia sobre la fiesta que daría Blair en su honor recorrió el ancho y largo de las tierras MacNab y a pesar de que después de esos días Freya veía a Blair más tranquilo, no podía evitar preocuparse, pues si Broc aún no sabía nada de que ella había rescatado la joya, ahora sí tendría pleno conocimiento, por lo que iba a convertirse en su blanco más próximo.

Durante esos tres días su relación con Broc parecía haberse fortalecido. Habían pasado mucho tiempo juntos, hablando de muchas cosas e intereses comunes, ya que el propio guerrero había dejado a un lado algunas de sus funciones como laird para estar a su lado, algo que Freya agradeció, pues no estaba segura de que la gente del castillo quisiera pasar tiempo con ella.

La joven había participado y ayudado en lo que le habían permitido mientras no estaba con Blair, pero no podía evitar sentirse sola cuando no estaba con el guerrero. Este parecía proporcionarle una serena calma que hacía que momentáneamente olvidara su regreso al futuro, a su verdadera vida. Junto a él parecía tener un mundo aparte de la realidad en el que le gustaba estar, pues nunca se había sentido tan escuchada como en los momentos que pasaba con él.

A pesar de no ser su tiempo, Freya había logrado sentirse tranquila y acogida. Nadie la miraba de forma extraña, ni le hacía preguntas incómodas en las que tuviera que mentir, por lo que se había habituado a esa vida antes de lo que pensaba, aunque sin olvidar que su objetivo era regresar en cuanto tuviera oportunidad.

Ese día apenas había visto a Blair, por lo que tuvo tiempo más que suficiente para prepararse para la fiesta. Se sentía un poco nerviosa ante la perspectiva de ser protagonista en una celebración así. Desconocía cómo eran las fiestas en ese tiempo y, aunque deseaba de corazón participar en una de ellas, temía hacer algo que incomodara a los demás o que confesara de alguna manera que ella no pertenecía a ese tiempo y empezaran a juzgarla.

Freya dirigió su mirada hacia la cama, donde descansaba uno de los vestidos más bonitos que había visto nunca. Lo había encontrado en el arcón que le habían prestado de la hermana de Blair, por lo que cuando hablaron de la fiesta se había detenido a buscar uno bonito, y por Dios que lo había encontrado. Se trataba de un vestido de color rojo intenso con mangas abullonadas que acababan a pico y que poseían unos bordados increíblemente preciosos en color oro. El escote, cuadrado, también tenía los mismos bordados, además de un estrecho filo de encaje que haría resaltar sus pechos. Desde la cintura y hasta el bajo del vestido, este se abría para mostrar una segunda falda de color blanco con bordados de rosas rojas que resaltaban sobre fondo. Un cinturón largo de color amarillo colgaba de la cintura, cerrando y entallando el vestido aún más a esa altura del cuerpo. Cuando se lo pusiera, sabía que llamaría la atención de muchos hombres, pero algo dentro de ella deseaba llamar a Blair. El guerrero la atraía más a cada momento que pasaba con él y aunque lógicamente no pudieran tener una relación, pues ella se marcharía de allí en cuanto pudiera, tenía la imperiosa necesidad de sentirlo sobre su cuerpo.

En el momento en el que sus pensamientos formaban imágenes demasiado calientes con la imagen de Blair desnudo, alguien llamó a la puerta del dormitorio. Freya dio un respingo al creer que la habían descubierto con esos pensamientos lujuriosos. Y cuando dio paso a quien fuera que estuviera detrás y este abrió, la joven lanzó un suspiro de alivio al ver que se trataba de tres sirvientas que llevaban una tina y sales para el baño.

—El señor nos ha pedido que la traigamos para que vayáis preparándoos, señorita —dijo la

sirvienta sin mirarla a la cara.

Jamás se acostumbraría a eso. Ese trato tan formal y que no se atrevieran a mirarla a la cara la ponía tan nerviosa e incómoda que no pudo evitar acercarse a la mujer mientras las demás dejaban la tina al lado de la chimenea.

—Por favor, tutéame. No soporto ese trato.

La mujer levantó ligeramente la mirada, sorprendida.

—No puedo, señorita. Sois la invitada del laird y merecéis un respeto.

—Ya me lo das al hablarme normal.

—No puedo. Lo siento.

Freya suspiró y se encogió de hombros.

—Está bien. Son vuestras costumbres… —murmuró alejándose de ella.

Tras una inclinación, las sirvientas se retiraron, dejándola sola y con el aroma de lavanda flotando en toda la habitación. Con una sonrisa, Freya comenzó a desnudarse. Tenía el vestido ligeramente manchado de esa misma mañana cuando ayudó a cortar algunas de las flores que pidió que pusieran a modo de decoración en los jarrones. Tras haber recorrido parte del jardín, se había manchado la falda, así que cuando se quedó completamente desnuda, suspiró de alivio y deseo por quitarse el polvo y sudor del cuerpo.

Caminó hacia la bañera y se metió en ella mientras daba un suspiro. La joven se acomodó y dejó que sus brazos reposaran dentro del agua mientras dejaba que esta la envolviera y relajara sus músculos.

En ese instante, comenzó a pensar en lo que había leído de Blair MacNab desde que había comenzado su investigación sobre esa guerra. Lo que sabía era que se trataba de un hombre frío y sin sentimientos que había logrado vencer a su primo tras una larga guerra de varios años. Y, sin embargo, lo que ella había descubierto a lo largo de esos cinco días era a una persona totalmente diferente. Había estado demasiado cerca de él como para conocerlo mejor, por lo que pudo apreciar que se trataba de una persona amable, educado, simpático, sonriente y campechano, nada que ver con la imagen que fue pasando de generación en generación. Y eso que Blair podía haberla juzgado cuando llegó con la joya de su bisabuela… Pero desde entonces la había tratado como a una mujer más del clan, casi mejor, pues pasaba tiempo con ella y le hablaba de cosas que, de añadirlas a su investigación, nadie creería.

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras pasaba la mano por sus brazos para quitarse el polvo del día. Cada vez que su cuerpo se rozaba contra el de Blair sentía algo dentro de ella que la hacía explotar y desear tenerlo en su cama. Años atrás, cuando conoció a Tom, su amistad había prevalecido por encima de cualquier otra cosa, pero tras una noche en la que ambos se lamentaban de una mala experiencia en el amor, decidieron acostarse para alimentar el deseo de sus cuerpos, y desde entonces volvían a hacerlo cuando les apetecía, sin romper la amistad que poseían. ¿Y si el destino hacía que Blair y ella acabaran también en la cama? Desde que había estado con Tom no había vuelto a sentir el placer de un buen orgasmo y al tener a alguien como Blair tan cerca de ella…

Freya lanzó un gemido mientras se mordía el labio y cerraba los ojos unos instantes. Apoyó la cabeza contra la bañera mientras en su mente aparecían numerosas imágenes con ese dios tallado en piedra. No obstante, cuando su cuerpo comenzó a calentarse y exigía la necesidad de un alivio

por su parte, Freya tuvo una extraña sensación, algo que ya había sentido desde que estaba allí. La joven abrió los ojos y miró a su alrededor, pero no había nadie con ella. Estaba completamente sola y, sin embargo, el vello erizado de su piel le indicaba que tenía la sensación de que había alguien que la observaba desde algún punto de la estancia.

Sus ojos recorrieron la pared de un lado a otro, pero no había nada… Y desde luego no existían aún las cámaras para grabarla mientras se bañaba. No obstante, aunque siguió con el baño, la sensación no pasaba.

Al cabo de unos minutos, cuando logró quitarse el sudor y el polvo, salió de la bañera. Enseguida, tomó una de las toallas que las sirvientas habían dejado por allí y cubrió su cuerpo para acercarse a la chimenea y calentarse. Seguía teniendo esa maldita sensación, por lo que quería vestirse cuanto antes. Cuando por fin secó su pelo al cabo de unos minutos, se acercó a la cama y dejó la toalla tirada en el suelo, mostrando su cuerpo desnudo.

Cogió el vestido entre sus manos y se lo puso, no sin dificultad, pues apenas llegaba a los cordones traseros para atarlo. No obstante, al cabo de unos minutos, logró hacer el nudo final. Se aproximó al tocador, tomó un cepillo y peinó lentamente su cabello. Siempre lo llevaba suelto, y ese día no sería diferente, por lo que dejó que las ondas del mismo cayeran libres por su espalda, aunque tras ver una corona con pequeñas flores sobre el tocador, pensó en ponérsela.

Tras esto, se aproximó al espejo y se miró en él. No pudo evitar esbozar una sonrisa irónica. Tenía la sensación de estar disfrazada para acudir a una fiesta o a una feria medieval, pero no. Era real. Ese vestido antiguo era real y lo llevaba puesto para una fiesta en el siglo XVI.

Respiró hondo y soltó el aire lentamente. La noche ya comenzaba a caer sobre el castillo, por lo que la fiesta daría comienzo en cuestión de minutos, y no deseaba llegar tarde. Con los nervios a flor de piel, Freya se dirigió hacia la puerta y salió. Y al igual que otros días, Blair salió de su dormitorio al mismo tiempo que ella.

Al verla en medio del pasillo, esbozó una sonrisa y en su rostro se dibujó una expresión de auténtica sorpresa y admiración.

—Vaya, estás preciosa —le dijo.

Freya sintió que sus mejillas se tornaban rojas por el cumplido y sonrió tímidamente.

—Gracias —respondió con simpleza.

La joven admiró el atractivo del guerrero, que se había vestido con un kilt nuevo y peinado su cabello a conciencia. Si los días anteriores lo había encontrado hermoso, ese día estaba… sin palabras. Su cuerpo reaccionó al instante y cuando sintió que la tela del vestido la molestaba a la altura de sus pechos, carraspeó y apartó la vista. Freya se golpeó mentalmente por sentir algo hacia él y se autoconvenció de que se fijaba en él por el hecho de que llevaba demasiado tiempo centrada en su trabajo y estudios y no se había permitido una relación seria, alguien con quien hablar, alguien con quien pasar el tiempo, alguien con quien mirarse de la misma forma con la que se miraba en ese momento con Blair, ya que con Tom era solo sexo y alivio momentáneo.

—Te acompaño al salón —murmuró Blair.

Freya asintió y aceptó el brazo que el guerrero le tendía. Intentó que no notara su sobresalto al sentir sus músculos bajo sus dedos.

El ambiente en el castillo había cambiado por completo respecto a lo que ella había visto en los días anteriores. Desde las escaleras podía escucharse el alboroto en el gran salón y no pudo evitar

contagiarse de ese mismo sentimiento antes de poner un pie en el piso inferior.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Blair mientras terminaban de bajar las escaleras y su mirada se dirigió hacia el otro lado del pasillo.

—Hacía tanto tiempo que no escuchaba a mis hombres tan contentos que me alegro de haber continuado con la idea de la fiesta. Así podrán olvidar un poco todo lo que está pasando en el clan estos últimos años.

Freya sonrió y asintió a medida que avanzaban por el pasillo rumbo al gran salón.

—Sí. Supongo que todos necesitábamos una fiesta así.

Y lo dijo de corazón. Aunque tenía y seguía teniendo ciertas reticencias a ese evento, hacía más de mes y medio que no vivía. Desde la desaparición de sus padres, que no podía quitarse de la cabeza, tan solo había salido a hacer algo diferente cuando Tom la llevó de escalada, pero una fiesta propiamente dicha… no. Hacía demasiado tiempo que no se dejaba llevar por un ambiente así, que no perdía el control del tiempo, que no se dejaba llevar por los sentimientos más primitivos y olvidaba que debía ser una persona seria, perfeccionista y responsable. Y aunque seguía teniendo preocupaciones en su mente, Freya se dijo que debía disfrutar de ese momento, pues seguramente sería la primera y última fiesta a la que acudiría en un siglo diferente al suyo. Además, la habían montado por ella.

—¿Alguna vez has ido a una fiesta así? —le preguntó Blair, como si pudiera leer sus pensamientos.

Freya giró la cabeza en su dirección y negó.

—La verdad es que me he pasado gran parte de mi vida trabajando. —Verdades a medias.

Blair sonrió.

—Pues entonces hoy disfruta. Todos debemos hacerlo. No sabemos si será la última antes de una nueva guerra.

Freya le devolvió la sonrisa y asintió.

—Disfrutaré sí tú también lo haces y olvidas durante unos momentos que eres el laird y llevas a tu espalda el peso de todo el clan.

El guerrero dejó escapar una risa y asintió.

—Trato hecho.

Para su sorpresa, Blair le guiñó un ojo y la llevó hasta la entrada al salón. La puerta del mismo estaba abierta y apenas pudo escuchar sus últimas palabras debido al jaleo y la multitud que había dentro disfrutando ya de la fiesta. Alguien que aún no había visto tocaba una gaita mientras era acompañado por el vibrante sonido de un tambor que hacía estremecerse a su corazón, como si pudiera sentir dentro de ella esa música. Durante unos segundos, en los que se sintió abrumada por tanta gente, especialmente por sus miradas, Freya tuvo la sensación de estar en una especie de ritual druida, pues ese tambor lograba marearla.

Cuando arrancaron de su lado a Blair y lo alejaron rumbo a un grupo de sus guerreros más cercanos, Freya buscó el lugar de donde procedía el tambor, que lograba erizarle la piel. A medida que avanzaba y esquivaba los codazos de la multitud, sentía como si una especie de hilo tirara de ella. Y en el momento en el que estuvo frente a los músicos, descubrió que la persona que lo tocaba era una mujer de edad ligeramente avanzada que la miraba fijamente, como si

supiera quién era ella y qué hacía allí.

Ambas se miraron durante varios minutos en los que la música parecía aumentar, al mismo tiempo que su mareo. Freya dio un paso al frente para acercarse a ella, pero una mano sobre su brazo pareció romper el hechizo en el que se había sumido. Dando un respingo, Freya parpadeó varias veces y miró hacia atrás. Quien la había aferrado con esa fuerza era un hombre que desconocía, pero al que había visto en varias ocasiones al lado de Blair. Al instante, este le sonrió ampliamente.

—¡Así que aquí estás, muchacha!

Freya miró a su espalda, a la mujer que tocaba el tambor y, para su sorpresa, descubrió que su rostro no era el que había visto antes, sino que era una mujer joven, más o menos de su edad. Extrañada, volvió a mirar al guerrero e intentó devolverle la sonrisa.

—¿Nos conocemos?

Este negó con la cabeza, ofreciéndole una copa de whisky. Freya dudó un instante, pero al recordar que se dijo a sí misma que iba a dejar sus preocupaciones a un lado para disfrutar, la aceptó:

—Me temo que no. Mi nombre es Leathan, soy el segundo al mando de Blair. Oss me ha hablado mucho de ti, y estaba deseando tener un momento para conocerte.

Al instante, el guerrero le resultó agradable y le gustó su compañía. Tenía algo que le hacía recordar a su amigo Tom. Parecía mostrar una frescura, un carácter y un carisma que lograron cautivarla en los primeros instantes de su conversación.

—Yo también he oído hablar de ti y te he visto con el laird, pero no sabía que eras tú.

—Pues aquí me tienes para lo que sea. —Hizo una reverencia burlona que le sacó una sonrisa.

Los ojos azules del guerrero la miraban fijamente con un ligero toque encendido por el alcohol que seguramente ya habría tomado. Su rostro era parecido al de Ossian, aunque Leathan era más alto que él.

—¿Eres familiar de Ossian?

El guerrero lanzó una carcajada.

—Sí, por desgracia Oss y yo somos primos, pero yo soy más guapo, evidentemente —dijo con tono divertido—. El muy desgraciado se ha llevado los honores por traer el collar.

Freya lanzó una carcajada y volvió a beber. No era muy dada a beber whisky. Ella prefería otras bebidas cuando salía, pero en ese momento, estaba tan contagiada de la diversión y el buen ambiente del salón que se dejó llevar, terminando su copa de un solo trago.

—Vaya, te has bebido el primer trago más rápido que yo… No puedo permitir eso.

El guerrero levantó la copa, brindando por ella, y se la bebió de un trago.

—Ahora sí estamos en paz. Un segundo…

Con una sonrisa, Freya observó cómo Leathan dejaba las copas a un lado y tomaba dos más completamente llenas.

—No, por Dios… —se negó ella con una sonrisa—. No estoy acostumbrada a beber whisky. ¿Acaso quieres emborracharme?

—Un día es un día. Y esta es una celebración en tu honor por habernos devuelto el collar.

Con una sonrisa amplia, Leathan bebió de la copa, animándola a beber también. Siguiendo el ritmo del tambor con el cuerpo, Freya comenzó a beber. Con la mirada buscó a Blair, al que había perdido de vista nada más entrar. Lo vio en el otro lado del salón con Ossian y otros de sus guerreros. Leathan siguió su mirada y sonrió ampliamente.

—Me parece que no se puede competir con el encanto de nuestro laird —dijo con un tono de voz divertido.

Freya dio un respingo y negó con la cabeza.

—No sé de qué me hablas.

—Para qué hablar mientras haya whisky… —respondió Leathan volviendo a beber.

Con el mismo gesto, Freya volvió a beber. Sabía que lo estaba haciendo demasiado deprisa como para que su cuerpo lo fuera aceptando poco a poco. Y estaba segura de que se le iba a subir a la cabeza en cuestión de minutos. Sobre todo, si no comía nada, pero había tanta gente alrededor de la mesa donde había comida que no podía llegar.

—Venga, muchacha, vamos a bailar —le pidió Leathan quitándole la copa casi vacía de entre las manos.

Freya comenzó a negar y a dar un paso atrás.

—No, no. Bailo fatal.

—¿Y qué más da? —preguntó encogiéndose de hombros—. Mi primo Oss dice que yo parezco un demonio bailando, pero hay que llamar la atención de nuestro laird… ¿no?

Con las mejillas enrojecidas por la vergüenza, Freya se vio arrastrada hacia el centro del salón, donde solían estar todas las mesas para las comidas. En ese momento, la música comenzó a sonar más alto, haciendo que su corazón latiera casi al mismo ritmo que esta. Y agradeció al cielo por esas dos copas de whisky, ya que sin ellas se habría muerto de la vergüenza mientras Leathan comenzaba a bailar y tiraba de ella para que saltara con él.

Soltando una sonora carcajada, Freya intentó seguirle el ritmo justo en el momento en el que comenzó a sentir un cosquilleo en su espalda, fruto de las dos copas, pues cuando bebía tan deprisa, lo notaba enseguida y tal vez fue por eso por lo que se dejó llevar por las manos de Leathan, que la llevaban de un lado a otro mientras danzaban al ritmo de la música.

Puede que estuviera muy concentrada o puede que ya comenzara a sentirse con la mente embotada, pero fuera lo que fuera, no se dio cuenta de que Blair se había hecho un hueco entre la gente para verlos bailar tras haber escuchado un gruñido avergonzado de Ossian. Cuando todos comenzaron a dar palmas para animarlos, él también lo hizo. Su mirada penetrante azul estaba puesta sobre Freya. Esa noche estaba realmente hermosa. Hacía demasiado tiempo que no se cruzaba con una mujer como ella, tan segura de sí misma, despierta, valiente e inteligente. Desde el primer momento en que la vio olvidó el collar que Ossian le mostraba, pues la belleza de la joven frente a él llamó poderosamente su atención.

Y esa noche, con ese vestido que le había visto a su hermana en solo una ocasión, estaba increíblemente deliciosa. Su pelo ondeaba a medida que saltaba y danzaba de un lado a otro, sus pechos se alzaban en cada movimiento y la sonrisa en aquellos labios provocadores estuvieron a punto de hacerle perder la razón para cruzar el salón, tomarla de la cintura y besarla, pero logró contenerse.

A su oído llegaban las carcajadas de la joven y cuando la vio parar para recuperar el aliento,

Leathan le permitió alejarse para tomar algo más y refrescarse. Con una sonrisa en los labios, Freya se acercó a él y sin ningún tipo de vergüenza le arrebató su copa y se la bebió de un trago. Una sonrisa ladina se dibujó en los labios de Blair, que se cruzó de brazos, haciéndose el indignado por haberle robado su copa.

—Lo siento, pero tenía mucha sed.

Blair la tomó de la cintura con un movimiento rápido cuando vio que trastabillaba frente a él.

—¿Cuántas copas te ha obligado Leathan a tomarte?

—No me ha obligado. Las he tomado para divertirme. Y tiene razón: un día es un día. A la mierda todo. Si estoy aquí, voy a divertirme.

—¿Quién te ha enseñado a hablar así?

Freya sonrió pícaramente y se acercó demasiado a él. Tanto que logró sentir contra su rostro el aliento del guerrero. Ambos se miraron a los ojos durante unos segundos y la joven aprovechó para mirar fugazmente a sus labios.

—El lugar de donde vengo… Allí hablamos así. Y no somos tan recatados como aquí.

Blair lanzó una carcajada al tiempo que él también le arrebataba su copa a Ossian, que estaba a su lado, obviando su mirada iracunda.

—¿Y quién te ha dicho que aquí somos recatados?

—La historia —respondió la joven moviéndose al ritmo de la música. Pero cuando se dio cuenta de lo que había dicho, miró a Blair y vio que este lanzaba una expresión de extrañeza, le arrebató también esa copa y la bebió de un trago.

Los minutos en el salón pasaban demasiado deprisa para ella. Reconoció que se lo estaba pasando en grande, como hacía demasiado tiempo que no se lo pasaba. Sentía la música, la bebida, el buen ambiente a su alrededor. No había preocupación, dolor, miedo por sus padres o por su propio futuro. En ese momento estaba ella sola. Bueno, sola no. Blair estaba a su lado y la observaba de tal manera que logró encender todo su cuerpo, como si fuera un lobo a punto de saltar sobre su presa.

Y aprovechando que en ese momento no los miraba nadie, Freya comenzó a moverse de una forma sensual con el ritmo de la música, acercándose demasiado a Blair, que se mordió el labio inferior y refrenaba el movimiento de sus manos para evitar tocarla como deseaba. Pero Freya, que ya sentía demasiado arriba el alcohol en su sangre, levantó los brazos y los pasó alrededor del cuello del guerrero, que le sonrió abiertamente.

La música pareció ir más deprisa en ese momento, animándola a seguir adelante. Freya lo miró a los ojos y vio en ellos el mismo deseo que le corría a ella por las venas. Esa noche estaba realmente atractivo. Blair poseía una belleza salvaje digna de un highlander de película. Se sentía tan atraída por él que no le importó lo que pudiera ocurrir después. Solo pensaba en ese momento, en lo que deseaba que pasara, en lo que su cuerpo anhelaba. Sentía como si una especie de embrujo la empujara a él, como si no existiera nadie más allí en el salón. Y cuando las manos del guerrero se posaron en su cintura, no pudo evitar lanzar un gemido. Quería sentirlas en su piel desnuda, en su cadera, entre sus piernas, en sus pechos anhelantes de ser besados por alguien como él…

Pero en ese momento, Leathan tuvo la astucia de romper el hechizo con una sonrisa.

—Me acusabas de querer emborracharte y mírate, muchacha, al final lo has hecho tú sola…

Freya sonrió y siguió bailando.

—Es una fiesta. Y quiero pasármelo bien. ¿Y si mañana estamos muertos?

Con una sonrisa, Leathan asintió y levantó su copa.

—Brindo por eso, muchacha. ¿Y nuestro laird, por qué brinda?

—Me temo que me han quitado la copa y no puedo brindar.

Freya lanzó una carcajada, pero en ese momento tropezó de nuevo y estuvo a punto de caer a los pies de ambos guerreros. De no ser por la rapidez de Blair, habría dado con sus huesos en el suelo.

—Será mejor que salgamos un momento a tomar el aire.

—De acuerdo, pero después volvemos, que sigo teniendo sed…

Leathan sonrió pícaramente y vio cómo Blair arrastraba con suavidad a Freya fuera de la fiesta. Habían pasado apenas dos horas desde que habían comenzado y le sorprendió ver el estado en el que estaba la joven. La llevaba por el pasillo con la mano en la cintura y mientras ella se apoyaba contra él descubrió que le agradaba sentir ese tacto.

—Creo que Leathan no es una buena influencia para nadie —gruñó Blair entre dientes.

Freya lo miró.

—A mí me ha caído muy bien. Parece un buen hombre.

Blair torció el gesto con diversión.

—Creo que muchas madres de jovencitas del pueblo no opinan lo mismo que tú.

La joven rio y cuando por fin salieron fuera de los muros del castillo y sintió contra su rostro el aire frío de la noche, respiró profundamente. Entonces, Blair le permitió soltarse para que pudiera serenarse. Se había pasado, lo sabía. El nerviosismo que había sentido había provocado que bebiera rápidamente todo sin control, y ahora el mareo que la atosigaba parecía disminuir gracias al frío.

Pero la sonrisa de sus labios no despareció. A pesar de todo, se sentía terriblemente bien, ligera, liberada, sin juicios y cuando vio la media sonrisa de Blair, no pudo evitar acercarse de nuevo a él. Su olor la llamaba, como la danza de un animal en busca de hembra con la que aparearse. Así se sentía en ese momento y, aprovechando esa magia, Freya lo besó. Y como si una corriente eléctrica atravesara su cuerpo, Freya gimió y se pegó a él, necesitando más. Blair se mostró sorprendido por aquella valentía, y no estaba seguro de devolverle el beso, pues sabía que estaba borracha y tal vez era fruto del alcohol. Por ello, no se movió, hecho que provocó que Freya se apartara para mirarlo.

—Lo siento, no he debido hacerlo.

Blair la miró y vio la decepción en sus ojos. Sentir contra él los labios de la joven lo había provocado más de lo que quería admitir. Por ello, dio un paso a ella y la tomó rudamente de la cintura para acercarla a él.

—Eres demasiado hermosa como para no corresponder.

Y entonces la besó.

CAPÍTULO 6

No sabía en qué momento se había dormido, pues estaba tan borracha que apenas era consciente de lo que había hecho durante la fiesta. Esta seguramente se alargó durante parte de la noche, pero ella tan solo estuvo una pequeña parte de la misma. Y todo se lo debía a Leathan, que se había propuesto emborracharla desde los primeros minutos. Y lo peor de todo es que ella accedió para intentar olvidarse, durante un pequeño espacio de tiempo, de todos los problemas a los que se había enfrentado desde hacía mes y medio.

Su mente apenas recordaba vagamente ciertas cosas que habían sucedido, pero lo que no había podido olvidar, ni por todo el whisky del mundo, fue el increíble beso que Blair le había dado bajo la luna. Sabía que lo había hecho tras ser ella la primera en dejarse llevar por la música, el alcohol, el ansia de desinhibirse y el innegable atractivo del guerrero, que esa noche, especialmente bajo la luna, estaba realmente encantador.

Freya había recibido su boca como agua de mayo, abriéndose para dejar que tomara de ella lo mismo que la joven deseaba de él. Con intensidad, ambos se besaron en medio de aquella niebla en la que estaba envuelta el castillo y que les daba cierta intimidad para que ninguno de los guerreros de Blair pudiera verlos desde su puesto en la muralla.

Freya dio rienda suelta a su deseo. Tenía la sensación de que su cuerpo había tomado vida propia y respondía con ansia al beso de Blair. Este enredó su lengua contra la de ella, succionando cada suspiro que pretendía escapar de su garganta. Y aunque su mente embotada por el whisky le pedía a gritos que se apartara, que tal vez iba a arrepentirse, Freya no pudo hacerlo. No pudo apartarse de él cuando Blair llevó una mano a su cintura y la otra le sostenía la nuca para evitar que escapara de él. Y en lugar de hacer eso, Freya echó la cabeza hacia atrás ligeramente para darle un ángulo diferente y más profundo para que pudiera besarla con más profundidad.

La joven sintió cómo le temblaban las rodillas a medida que el beso aumentaba y la envolvía aún más en una espiral de pasión y deseo en la que su cuerpo clamaba por un alivio que necesitaba profundamente. Su entrepierna comenzó a palpitar, los dedos de sus manos se aferraban con demasiada fuerza a la ropa que cubría los hombros de Blair, mientras que sus pechos casi gemían de dolor al sentir la ropa contra ellos, pidiendo ser liberados.

Durante esos momentos, tan solo existieron ellos, nadie más. Ellos y la poderosa boca de Blair sobre sus labios, su cuerpo contra el suyo y cada uno de los músculos tan bien formados que se tensaban bajo la palma de sus manos. Jamás pensó que alguien como él podría provocar aquella ola de deseo que recorría su cuerpo. Toda ella gimoteaba por sentirlo dentro de ella. Había pasado tanta tensión a lo largo de esos días que estaba segura de que en el momento en el que Blair la elevara al cielo podría adaptarse mejor a todo lo que había pasado en su vida.

En un pequeño momento de lucidez, y con la vergüenza reflejada en las mejillas, Freya había intentado apartarse, pero tan solo consiguió que, con la fuerza con la que intentó alejarse, Blair acabara por empujarla contra la pared de piedra con un suave rugido. Freya correspondió a ese gemido y lo aferró con tanta fuerza del pelo que logró arrancarle un gruñido antes de que el guerrero pegara su cuerpo al de ella, momento en el que Freya pudo sentir la dureza de Blair contra su vientre. En ese instante, la joven estuvo a punto de abandonarse al placer, pues el guerrero la acariciaba con una pasión que jamás habían empleado con ella, haciéndola vibrar de emoción, placer y deseo.

Sin embargo, al cabo de unos segundos, Blair se separó ligeramente de ella, dejando su frente pegada a la de Freya, que intentaba recuperar el aliento.

—Estás borracha, Freya. No quiero aprovecharme de ti.

La joven tardó unos instantes hasta que los pensamientos de nuevo volvieron a su mente. Tardó en reaccionar, sin embargo, su cuerpo y su boca hablaron por ella.

—Te deseo, Blair —susurró—. No está bien, pero te deseo.

El guerrero sonrió contra su boca y negó con la cabeza.

—Yo también, pero no quiero que mañana te arrepientas de haberte acostado conmigo. Quiero que estés completamente lúcida cuando te meta en mi cama para poder acariciarte aquí…

La mano de Blair fue directamente a la entrepierna de la joven, que se estremeció con fuerza, gimiendo mientras cerraba los ojos. Su cuerpo ardía de placer y apretaba tanto los dedos contra los hombros del guerrero que estaba segura de que le estaba haciendo daño al clavarle las uñas.

—Y quiero que estés lúcida para hacerte gritar —ronroneó contra su cuello, haciéndole cosquillas.

A pesar del frío, Freya tenía la sensación de que una gota de sudor corría por su espalda. Movió las caderas contra la mano de Blair, pero este la apartó de golpe, dejándole un vacío que la hizo gemir de frustración.

—Un caballero no debe aprovecharse de una dama en ese estado.

Freya abrió los ojos y se apartó ligeramente para mirarlo a la cara.

—Yo no soy una dama —le espetó. Ella no era de ese tiempo. Ya no existían las damas, y si dos personas deseaban acostarse, lo hacían en el momento que quisieran, sin remilgos.

—Lo sé… —murmuró él contra sus labios—. Y estás tan receptiva…

Las manos de él se apartaron de ella para posarse en la pared hasta que, al cabo de unos segundos, optó por alejarse de ella.

—Será mejor que te acompañe a tu dormitorio —dijo con seriedad, como si nada hubiera pasado entre ellos o estuviera conteniéndose.

Y ahora, al día siguiente, y tras una noche en la que apenas había podido pegar ojo debido a la excitación que sentía, Freya resopló mientras un latido incesante no se despegaba de ella a pesar de haber pensado una y otra vez en otra cosa que no fuera en el cuerpo de Blair contra el suyo mientas le hacía el amor.

Tragando saliva, Freya apartó las sábanas de mala gana y se levantó, dispuesta a salir al balcón para intentar enfriar su cuerpo con el viento frío de la mañana. Descalza, la joven se aproximó al balcón, lo abrió y, dejando escapar un suspiro, salió respirando tan hondo como sus pulmones le permitieron.

—Tengo que volver a mi tiempo… —susurró al viento con los ojos cerrados mientras se apoyaba contra la barandilla.

Tenía la sensación de que iba a volverse loca en cualquier momento. ¿En qué momento se había atrevido a poner sus ojos sobre Blair? Era un guerrero de varios siglos atrás. Para ella, para su tiempo, ya no era real. Él ya estaba muerto, y, sin embargo, anoche le demostró que estaba muy vivo. Quizá demasiado. Su miembro contra su vientre había despertado en ella un sentimiento tan primitivo que hizo que se olvidara de que lo conocía desde hacía poco. Que,

aunque le había demostrado ser un hombre caballeroso, no dejaba de ser un guerrero, alguien a quien en el futuro catalogarían como un asesino, y aunque lo hiciera para proteger a su gente, no dejaba de ser una persona que no dudaba en blandir su espada contra alguien.

Freya resopló y abrió los ojos mientras rezaba para volver pronto a su tiempo, pues estaba segura de que la estarían buscando, o eso quería pensar. Pero se dijo al instante que no había sido una buena idea salir al balcón para intentar enfriar su cuerpo, pues el motivo que la tenía tan caliente se encontraba, como días atrás, entrenando en el patio. Al parecer, Blair había madrugado tanto como ella, incluso más que sus hombres, pues estaba completamente solo con la espada en la mano y realizando una serie de ejercicios que hacían que sus músculos se definieran a la perfección. El guerrero se encontraba sin camisa, ajeno a la mirada encendida de la joven, que no podía apartar la mirada de él a pesar de que su mente le gritaba que volviera al interior del dormitorio.

Freya se dejó caer contra la barandilla para verlo mejor, apoyando los codos en ella y llevando su cadera hacia atrás.

La imagen que ofrecía Blair le resultaba fascinante. Este se movía rítmicamente, como si la espada fuera una extensión de su propio brazo, como si formara parte de él y no pudiera ir sin ella. Los movimientos que describía nada tenían que ver con lo que ella hacía en clase de esgrima y se dijo que dejaría las clases de esta en cuanto volviera a su tiempo. Ya buscaría a alguien que le diera una buena serie de clases para manejar una espada de verdad.

—Dios santo… —susurró mordiéndose el labio.

Freya se deleitó con el cuerpo de Blair mientras este seguía con su entrenamiento. La joven deseó no ser descubierta y dio gracias al cielo por la suave bruma que cubría el castillo, pues desde las murallas nadie podría ver cómo observaba al laird.

El calor que la abrumaba en la cama pareció aumentar de intensidad, demorándose entre sus piernas, las cuales no pudo evitar abrir ligeramente mientras seguía apoyada en la balaustrada. En un momento en el que perdió toda la lucidez de su cabeza, y sobre todo la vergüenza, Freya llevó una de sus manos hacia el lugar que tanto clamaba por ser liberado. Lentamente, se descubrió a sí misma levantando ligeramente el camisón, lo suficiente como para meter su mano entre sus piernas. Sin apartar la mirada de Blair, la joven comenzó a frotar su cuerpo, ahogando un gemido de placer para evitar ser escuchada.

Freya se mordió el labio con fuerza, hasta el punto de casi atravesarlo con los dientes. Y al mismo tiempo que el guerrero resoplaba por el esfuerzo del entrenamiento, Freya dejaba escapar suaves gemidos, que eran recogidos por el viento y llevados muy lejos de allí. Y cuando los movimientos de Blair se fueron intensificando, la propia Freya aumentó también la fricción contra su cuerpo, acabando al cabo de unos segundos en un palpitante y devorador orgasmo.

El último de sus suspiros fue demasiado delatador, llamando la atención de Blair, que pudo escucharla desde el patio. Al saberse descubierta, Freya corrió al interior del dormitorio y cerró suavemente el balcón para después apoyar la cabeza contra el cristal mientras el guerrero levantaba la mirada hacia arriba. Tan solo tuvo tiempo de ver la onda que hizo el camisón de Freya al correr al interior. Y una sonrisa se dibujó en sus labios. Ese suspiro no era normal. Ese suspiro procedía de las profundidades de su cuerpo. Ese suspiro la delató, provocando que las entrañas del guerrero estuvieran a punto de rugir antes de subir y acabar lo que ambos empezaron el día anterior.

Blair no pudo evitar un respingo cuando Leathan posó su enorme mano sobre su hombro. Se había quedado mirando al balcón tan fijamente que había perdido el sentido del tiempo durante unos minutos, impidiendo escuchar los fuertes pasos de su segundo al mando.

El guerrero se volvió hacia él y descubrió que este lo observaba con una sonrisa pícara en los labios.

—Tenías una admiradora en el balcón —murmuró como si no quisiera que los demás los escucharan—. La he visto desde el otro lado del patio a pesar de la niebla.

Blair carraspeó y se encogió de hombros.

—Sería pura curiosidad.

Leathan lanzó una carcajada.

—¿Curiosidad? No lo parecía desde donde yo me encontraba.

Blair frunció el ceño y vio cómo su amigo seguía sonriendo pícaramente.

—He visto cómo levantaba su camisón para acariciarse… Y no era el cuello precisamente.

Blair sintió cómo su miembro daba un tirón bajo su kilt, pero acabó poniendo los ojos en blanco y dándole una palmada en la espalda.

—Si en un futuro quieres dejar de ser guerrero, puedes dedicarte a la poesía…

Leathan sonrió.

—No eran imaginaciones mías, amigo.

Blair negó con la cabeza y blandió la espada.

—¿Alguna noticia de mi primo?

Leathan modificó su expresión a una más seria, y acabó sacudiendo la cabeza, haciendo ondear su pelo.

—De Broc no sabemos nada, pero de un nuevo ataque sí. Me ha llegado la información hace unos minutos. Al parecer han atacado otro pueblo cercano a sus tierras y han destrozado gran parte de las casas. Hay que ayudarlos.

Blair suspiró y asintió al tiempo que envainaba la espada y se llevaba las manos al rostro. Estaba tan cansado de esa maldita guerra que solo quería olvidar todo y volver a su vida antes de que todo el peso y los problemas del clan se dejaran caer sobre su espalda.

—Mañana a primera hora saldremos hacia el pueblo para ayudarlos a reparar todo. Si Broc cree que va a salirse con la suya, está equivocado.

—¿Y te la vas a llevar?

—¿A quién?

Leathan enarcó una ceja.

—A tu invitada…

—Tal vez está bien que vea con sus propios ojos el alcance de la maldad de mi primo.

Su guerrero sonrió.

—Claro… Solo por eso…

Blair puso los ojos en blanco y desenvainó de nuevo.

—Venga, hablas demasiado.

Freya había comenzado a desayunar con el resto de habitantes del castillo cuando las puertas del enorme salón se abrieron de golpe. Blair y sus hombres más cercanos entraron como una exhalación mientras sus risas invadían el salón y lo llenaban, provocando que gran parte de los allí presentes levantara la mirada de su plato.

Pero lo que más llamó la atención de Freya no fue el simple hecho de que llegaran tarde o que hicieran demasiado ruido, sino que todos se habían presentado allí sin una camisa que tapara aquellos cuerpos cincelados en mármol.

Freya estuvo a punto de atragantarse con la cucharada de gachas que acababa de llevarse a la boca. Había estado esperando a Blair para comenzar a desayunar, pues le parecía una falta de respeto empezar sin que él y sus hombres estuvieran allí, pero tras ver que los demás optaban por tomar el desayuno, ella hizo lo propio, ya que el día anterior no había cenado nada durante la fiesta y su estómago rugía con tanta fuerza que temía que lo escucharan el resto de personas en el salón.

No sin cierta dificultad, Freya masticó y tragó las gachas de avena sin poder apartar la mirada de aquellos hombres que se acercaban a ella para sentarse con Blair en la mesa principal. Se golpeó mentalmente al darse cuenta de que estaba a punto de comenzar a babear, por lo que sacudió la cabeza de forma imperceptible. ¿Qué demonios le estaba pasando? De repente, parecía haberse convertido en la típica mirona babeante que observaba con atención a cualquier persona. Ella no era así. De hecho, había pecado de ser más bien distante y fría. Si le había gustado alguien, sí se había interesado más, pero nunca había mirado con tanta atención a los hombres. Y en parte se dijo que lo hacía porque admiraba el trabajo que habían realizado a lo largo de los años. Pero realmente lo hacía porque Blair la atraía sin remedio. Tras tocarse en el balcón como una lujuriosa, algo que jamás había hecho de una forma tan desenfrenada, se dijo que debía alejarse de él, que eso estaba mal y que en cuestión de pocos días o semanas volvería a su tiempo. No podía enamorarse de Blair. Error.

Pero ahora se presentaba el guerrero sin camisa y con el cuerpo brillando por el esfuerzo con la mirada clavada en sus ojos, como si le prometiera una noche de desenfreno. Freya tragó saliva y carraspeó, incómoda cuando él rodeó la mesa y se sentó justo a su izquierda.

—Buenos días…

La joven estuvo a punto de cerrar los ojos, pues hasta su voz parecía desprender feromonas capaces de nublar su mente y hacerle pensar únicamente en acostarse con él. La mano que sujetaba la cuchara se cerró aún más y la aferró con fuerza hasta que sintió que el calor de su cuerpo se apagaba ligeramente.

—Buenos días —le respondió.

Con una sonrisa, Blair se sentó a su lado y se sirvió un cuenco de gachas, igual que ella y el resto de sus hombres.

—¿Cómo te encuentras después de lo de anoche?

Freya no pudo ocultar un respingo y cuando Blair la miró con una sonrisa, se dio cuenta de a qué se refería:

—Me duele un poco la cabeza, pero estoy bien.

El guerrero asintió y miró de reojo a Leathan, que se había sentado frente a ellos y miraba a Freya con una sonrisa.

—Te tomaste las copas muy deprisa, muchacha —dijo el guerrero—. Pareciera que quisieras emborracharte para olvidar.

Freya lo miró y en ese momento, con más luz en el salón, afirmó lo que le dijo respecto a su parecido con Ossian. No parecían primos, sino gemelos.

—La culpa es tuya. Me dabas las copas como si me ofrecieras agua —replicó.

El guerrero lanzó una carcajada.

—Yo solo ofrecía bebida… La rapidez con las que la tomabas es cosa tuya.

—Mentiroso…

Leathan le guiñó un ojo y la expresión de su rostro logró asustarla, en parte, pues no lograba adivinar sus pensamientos, que puso en palabras justo un segundo después.

—Y dime, muchacha, ¿te alivió el viento esta mañana en el balcón?

A su lado, Blair estuvo a punto de atragantarse con las gachas, aunque logró contenerse a tiempo. Con disimulo, miró a Freya, que estaba completamente sonrojada por la vergüenza y sin saber qué responder, mientras que Leathan la miraba con una sonrisa descarada en los labios.

Freya no sabía si salir corriendo del salón, si responder con la realidad, mentir… Lo que fuera únicamente para dejar que el bochorno pudiera consumirla. La joven tragó saliva, respiró hondo y dijo:

—Desconocía que tuviera guardaespaldas.

Los ojos de Leathan en entrecerraron.

—Yo solo giraba por la esquina del castillo para acudir a mi entrenamiento cuando te he visto. Me parece que se te había subido el camisón. El viento tal vez…

Los puños de Freya se cerraron con fuerza.

—Tal vez… —respondió.

Leathan volvió de nuevo su atención a su plato mientras que a su alrededor la mesa parecía haberse sumido en un silencio incómodo. A su lado, Blair carraspeó y la miró. La joven intentó evitar su mirada, pero sabía que estaba esperando que se la devolviera para decirle algo, por lo que dejó su cuchara, ya que se le había quitado el hambre de golpe, y lo observó.

—Hoy me han vuelto a llegar noticias de que mi primo ha atacado un pueblo cercano a sus tierras.

El cambio de tema tan repentino hizo que Freya parpadeara un par de veces para poner en orden sus pensamientos. Finalmente, acabó asintiendo.

—¿Y ha habido muchos muertos?

—Por lo que sé, ha dejado sin casa a mucha gente. Debemos ir a reparar todo lo que podamos, así que me ausentaré del castillo durante un día.

Freya asintió, sin embargo, no deseaba quedarse sola allí mientras los acontecimientos se desarrollaban a su alrededor. Quería saberlo todo para hacer un trabajo excelente. Y tras lo que estaba viviendo, estaba segura de que le darían la mejor nota de la universidad. Si es que regresaba…

—¿Puedo ir con vosotros?

Blair torció el gesto.

—Tal vez sea peligroso…

Freya se encogió de hombros. La verdad es que lo necesitaba. No sabía por qué, pero la borrachera de la noche anterior parecía haberle abierto los ojos. Descubrió que había vivido tan metida en sus estudios que se había perdido muchas cosas en la vida, así que quería vivir experiencias, aunque fueran peligrosas.

—No importa. Sabré defenderme —dijo no muy convencida—. Además, llevo aquí varios días y no he hecho nada para aportar mi ayuda y así devolveros lo que hacéis por mí.

—No tienes que devolvernos nada.

—Insisto. No me siento bien sin hacer nada. Además, estoy segura de que dos manos harán más que si no las tuvierais.

Blair la miró fijamente, pasando sus ojos hacia los labios de Freya, deseando poder besarlos de nuevo. Y, finalmente, esbozando una amplia sonrisa, el guerrero aceptó.

—¿De verdad te gustaría venir?

Freya asintió.

—Ese poblado está a mediodía de aquí —le advirtió—. ¿Sabes montar bien a caballo?

Freya sintió que su corazón se encogía. La verdad era que no. Cuando la habían llevado al castillo fue Ossian quien llevaba las riendas, por lo que ella no tenía que hacer nada más.

—No sé montar —admitió al cabo de unos segundos de duda.

Pero eso pareció no importarle a Blair, que sonrió al tiempo que se encogía de hombros.

—Tiene solución… Después del desayuno iremos a las caballerizas —prometió—. Si no sabes montar, tendré que enseñarte.

Freya suspiró y negó con la cabeza.

—Seguro que tienes mejores cosas que hacer.

Blair negó con la cabeza.

—Mis deberes como laird también implican que sea un buen anfitrión. Y debo serlo con mi invitada. Y si tengo que enseñarte a montar, así se hará, pero tendrás que cambiarte de ropa.

—Gracias.

Blair le guiñó un ojo.

—Es un placer pasar tiempo contigo —susurró para que los demás no lo escucharan.

Y ella, por supuesto, lo creyó.

Una hora después, Freya se miraba en el espejo con su propia ropa. No había vuelto a ponérsela desde que le prestaron el baúl con vestidos de la hermana de Blair. Y ahora que volvía a vestir con sus leggins, que había guardado en su mochila tras lavarlos y secarlos junto a la chimenea, sentía que estaba de nuevo en su piel, como si los días anteriores no hubiera sido la misma persona.

Freya respiró hondo y, tras recogerse el pelo en una trenza, salió del dormitorio rumbo a las caballerizas. No quería hacer esperar a Blair, por lo que no perdió el tiempo y casi voló hacia el exterior del castillo.

Los sirvientes y los guerreros con los que se cruzó la miraron con extrañeza, pues su ropa seguía causando sorpresa en ellos. No pudo evitar esbozar una sonrisa al pensar en los veranos en la playa.

—Si supierais que en el futuro se hace topless… —susurró cambiando el paso hacia las caballerizas.

La joven se ajustó la cazadora. Se había levantado un viento frío que amenazaba lluvia, pues así lo confirmaban las nubes que había en el horizonte y que había visto desde el balcón mientras se cambiaba de ropa. La niebla se había levantado por completo, dejando que los ojos de los guardias de las murallas fueran más allá de unos pocos metros, temerosos de un ataque en su propio castillo.

Freya desvió la mirada hacia el interior de las caballerizas y sonrió cuando vio allí a Blair.

—Lamento la tardanza.

—Acabo de llegar —respondió el guerrero tirando de las riendas de una yegua blanca preciosa —. Creo que será mejor que comencemos con un animal dócil.

Freya llegó hasta él y fue consciente de la rápida mirada que el guerrero le dedicaba de arriba abajo, deteniéndose en sus torneadas piernas, algo que las mujeres de esa época jamás mostraban. Sabía que estaba tensando demasiado la cuerda con él, pero no le importaba. Simplemente vestía como lo hacía siempre en su verdadera vida.

La joven oyó el carraspeo de Blair, que intentaba calmar el temblor de sus manos. Se preguntó qué había pasado por su mente para que su cuerpo reaccionara de esa manera, pero se quedó callada en lugar de hacerle la pregunta.

—Es una yegua preciosa. Estoy deseando montarla —rompió el silencio.

Blair giró la cabeza en su dirección y, clavando la mirada en sus ojos, le dijo:

—Yo también deseo montarla. —Fue solo un susurro, pero tan penetrante que Freya estaba segura de que su voz había llegado a lo más profundo de su ser.

Intentando no sonrojarse por lo que realmente había querido decirle, Freya miró al animal y lo acarició con manos temblorosas. Tener a Blair tan cerca la ponía nerviosa, especialmente tras lo sucedido la noche anterior y esa misma mañana en su balcón. Si era cierto que Leathan la había visto, ¿le habría contado a Blair lo que había hecho mientras lo observaba? Esperaba que no.

La yegua, que notaba su nerviosismo, se mostró inquieta.

—Tranquila. Si estás nerviosa, ella lo nota.

—Ya, lo siento. —Esbozó una sonrisa tímida—. No puedo evitarlo.

Cuando Freya giró la cabeza para mirarlo no esperaba encontrarlo tan cerca de ella. Este le sonrió despreocupadamente.

—No pasa nada, pero es algo que debes tener en cuenta para que no te tire.

Freya asintió.

—Monta… Quiero ver cómo lo haces.

Freya tragó saliva. No estaba segura de que las palabras de Blair tuvieran un doble sentido, por lo que se separó de él. Su mente estaba tomando un camino que no estaba segura de querer recorrer. Por lo que puso un pie en la montura y, tomando impulso como solía hacerlo al escalar, logró subirse al caballo a la primera.

Las cejas de Blair se enarcaron al mismo tiempo.

—Vaya… ¿estás segura de no saber montar? Diría que me has mentido…

Freya esbozó una pequeña sonrisa.

—Bueno, he de reconocer que tengo el cuerpo acostumbrado a realizar ciertos movimientos —dijo sin saber cómo explicar que hacía escalada.

—Aún recuerdo la primera vez que Leathan, con cinco años, intentó montarse en un pony. No se lo digas, pero se cayó de culo cinco veces.

Freya lanzó una carcajada.

—¿En serio? No me lo imagino…

Blair se carcajeó mientras tiraba ligeramente de las riendas para que se moviera la yegua.

—En serio, pero antes preferiría cortarme una mano a afirmar que te lo he contado.

—Tu secreto está a salvo conmigo —le dijo la joven con la risa aún dibujada en el rostro.

Blair le guiñó un ojo y volvió a sorprenderse al ver que Freya se mantenía erguida sobre la yegua. Por ello, le tendió las riendas.

—Ahora serás tú quien la maneje.

Freya dudó, gesto que se formó en su rostro.

—No estoy segura de que poder hacerlo.

—Tú solo tienes que guiarla. Eso sí, deben ser tirones no muy fuertes o se encabritará. Si lo haces con suavidad, ambas seréis un solo cuerpo, como si la yegua fuera una extensión de ti misma.

—Como tú con la espada… —murmuró casi sin darse cuenta de su error.

Blair esbozó una sonrisa.

—Como yo con la espada… —afirmó amablemente.

Con ciertas dudas, y recordando cómo lo hacían en las películas, Freya dio un pequeño golpe de talón a la yegua, que comenzó a moverse lentamente hacia el exterior de las caballerizas. Intentando pararla, Freya tiró de las riendas, logrando hacer que el animal hiciera lo que ella deseaba. La joven no pudo evitar una sonrisa de satisfacción en el rostro, pues jamás pensó que fuera tan fácil manejar unas riendas.

Dejó que la yegua diera la vuelta y llegara hasta el otro extremo de las caballerizas bajo la atenta mirada de Blair. Durante unos segundos, volvió a sentir el deseo irrefrenable y profundo de acariciarlo. Verlo allí parado, con los brazos cruzados y una sonrisa en los labios era una imagen demasiado tentadora para su necesitado cuerpo.

Y ese sentimiento tan profundo hizo que la yegua lo sintiera y se encabritara. Sorprendiéndola, esta se puso sobre sus patas traseras, provocando que Freya no supiera qué hacer y cayera de espaldas. El grito de dolor de la joven alertó a Blair, que corrió para coger las riendas y calmar a la yegua para después meterla con rapidez en su cuadra, intentando que no perdiera el control.

En dos segundos se encontraba junto a Freya, en cuyo rostro se dibujaba una expresión de dolor al tiempo que tosía y llevaba su mano al costado.

—No te muevas. ¿Dónde te duele?

—Me siento como si me hubieran pateado toda la espalda —respondió cuando recuperó el aliento—, pero no es para tanto.

Mucho peor había sido una caída que tuvo al poco tiempo de comenzar la escalada. Sus cuerdas fallaron el agarre contra la roca y cayó en picado. Agradeció al cielo que no fueron más que tres metros y a pesar de que podría haberse roto varios huesos, tan solo logró unas pocas contusiones que a las pocas semanas desaparecieron por completo. Por lo que la caída del caballo no era tan grave.

Dejó que Blair la ayudara a incorporarse.

—Despacio… No debí dejar que montaras y fueras tan deprisa.

Freya intentó sonreír.

—No es para tanto. Soy dura.

Las manos de Blair no soltaron sus brazos ni siquiera cuando ya se encontraba de pie frente a él. Este la miraba de arriba abajo buscando alguna herida oculta que pudiera hacerle más daño. Sin embargo, parecía estar perfectamente. Sus pulgares empezaron a acariciar sus brazos con ternura mientras la expresión de su rostro volvía a serenarse. Freya lo vio tragar saliva al tiempo que acortaba la distancia con ella.

—Esto está mal —lo interrumpió ella descubriendo sus intenciones, aunque sin apartarse.

El color de los ojos del guerrero pareció cambiar, volviéndose más oscuro, más ardiente.

—¿No lo deseas? —le preguntó con la voz enronquecida.

—Mucho —suspiró la joven entrecerrando los ojos al sentirlo tan cerca.

Blair sonrió.

—Entonces no hay nada de malo en esto —respondió Blair acortando la poca distancia que los separaba.

CAPÍTULO 7

Aún podía sentirlo en sus labios. Sabía que tardaría mucho tiempo en olvidar lo que había sucedido en las caballerizas, como si una parte de ella hubiera cambiado de golpe en ese instante, como si se hubiera desprendido de su ser una pequeña parte y se mostrara ante Blair de una forma que, en otras circunstancias, le habría costado. Su corazón y su mente le pedían a gritos que se alejara de él, que no lo besara, que pronto iba a marcharse y, no obstante, dejó a un lado esa pequeña voz interior y se dejó arrastrar a una espiral que no estaba segura de querer rodearla.

En sus sueños había recordado una y otra vez lo sucedido en las caballerizas. Desde el momento en el que Blair volvió a unir los labios a los suyos, Freya sintió un mareo que le hizo olvidar por completo dónde se encontraba y con quién. Parecía que había olvidado a la joven que años atrás siempre ponía cierta distancia cuando conocía a un chico y lo llevaba a su cama, pues desde la primera vez que cruzó su mirada con Blair comenzó a soñar con sus besos.

El guerrero la había arrastrado contra la puerta de madera de la cuadra donde descansaba la yegua que había montado al tiempo que sus manos no dejaban de acariciar cada uno de los rincones de su cuerpo. Derretida entre sus brazos, Freya temblaba como nunca ante las manos callosas del guerrero. Este abandonó sus labios para recorrer sus mejillas, depositando pequeños besos que hacían subir la temperatura de su cuerpo allá donde se posaban.

Un pequeño gemido escapó de su garganta cuando sintió un ligero mordisco en la base de su cuello. Y de no ser porque se aferraba con fuerza a los hombros de Blair, habría caído al suelo sumida en la inconsciencia. Lo siguiente que sintió fueron las manos del guerrero en sus nalgas, apretándolas con fuerza contra su miembro palpitante mientras ella lo aferraba de la nuca para evitar que se alejara de ella ahora que estaba a punto de arder.

Pero al cabo de unos segundos, cuando creyó que iba a poseerla contra la pared, Blair se alejó de ella y colocó su ropa rápidamente. Freya lo miró entornando los ojos y estuvo a punto de lanzar un gemido lastimero cuando la sombra de uno de los guerreros de Blair apareció en el umbral de entrada a las caballerizas.

Y desde ese momento hasta la siguiente mañana, Freya no volvió a verlo, ni siquiera para la cena. Le habían contado que tenía cosas que hacer como laird, por lo que intentó olvidar el ardor que había arrastrado su cuerpo hasta ese momento en el que debía levantarse para marchar al pueblo donde irían a ayudar para restaurar las casas.

Con gesto cansado, pues apenas había podido dormir poco más de dos horas, Freya se vistió con la misma ropa del día anterior. Quería ir cómoda durante el viaje, por lo que se puso los leggins, sus botas, su camiseta y su chaqueta de cuero. Y si la miraban de forma extraña por su vestimenta, se dijo que no le importaba. Mientras ataba los cordones de las botas se preguntó si en algún momento podría contarle a Blair que ella no era de ese tiempo, pues se sentía mal al no explicar el porqué de sus ropas y su forma de hablar. Pero tuvo miedo de ser señalada y quemada en la hoguera por brujería.

Con un suspiro, salió del dormitorio y al tiempo que bajaba las escaleras pensó en Blair. No estaba segura por qué, pero tenía la sensación de que quería explicar su comportamiento. No quería que tuviera una idea equivocada de ella, por lo que cuando puso un pie en el piso inferior, Freya se dirigió a la primera sirvienta con la que se cruzó.

—Disculpa, necesito hablar con el laird. ¿Dónde se encuentra?

La mujer la miró de arriba abajo y Freya arqueó ambas cejas.

—Está en su despacho, señorita.

La joven intentó obviar el tono con el que había pronunciado su última palabra, pues le dejó claro que a pesar de haberla llamado "señorita" no la consideraba como tal.

Con un largo suspiro, Freya caminó hacia el lugar que le habían indicado. Sus pasos resonaron por todo el vacío pasillo y a medida que se acercaba, sentía que su determinación se hacía cada vez más pequeña. ¿Y si hacía el ridículo?, se preguntó. ¿Y si Blair tan solo estaba jugando con ella y no quería nada serio? Ella tampoco lo deseaba, la verdad, así que en esa cuestión estarían al mismo nivel.

Freya paró en medio del pasillo, animándose a girarse y alejarse de allí, pero retomó la marcha y llamó con los nudillos a la puerta del despacho. Cuando escuchó la voz de Blair al otro lado, dudó, pero finalmente abrió la puerta y entró sin molestarse en cerrarla, pues iba a marcharse pronto de allí.

—¿Ocurre algo? —le preguntó al ver su rostro preocupado.

Freya se retorció las manos. Al entrar vio que Blair miraba unos documentos con verdadero interés, y cuando levantó la mirada hacia ella, volvió a sentir que sus piernas temblaban bajo aquel cielo azul que tenía por ojos.

—Yo… bueno, el beso…

Blair entrecerró los ojos, observándola con atención, sin saber que precisamente esa mirada era la que hacía que más le temblaran las piernas.

—Ah, a la mierda —maldijo la joven moviendo una mano como si apartara una mosca cerca de su rostro—. Mira, yo no quiero que tengas una imagen equivocada de mí. Yo… no sé qué demonios me está pasando contigo, pero me siento atraída por ti. Y sé que esto en este tiem… momento no es como debo actuar, así que lo siento. No volveré a dejarme llevar.

La ceja izquierda de Blair se enarcó lentamente, como si poco a poco estuviera procesando sus palabras, hasta que dejó la pluma sobre la mesa, se incorporó y bordeó la mesa para acercarse a ella.

—Madre mía… qué bueno estás… —murmuró intentando no mirarlo directamente.

Los labios de Blair se curvaron en una sonrisa y acortó la distancia con ella. Si entendió o no lo que quiso decir, no lo mostró en la expresión de su rostro. Cuando estuvo a menos de un metro de ella, Blair levantó una mano y acarició su mejilla. La encontró tan suave que su sonrisa se ensanchó, mostrando una dentadura perfecta.

—Hablas tan extraño… —acabó afirmando—, que eso es precisamente uno de tus innumerables encantos.

—Pero… tú eres el laird de este clan y yo… yo no soy nadie. Soy una mujer que ha perdido a sus padres, que no sé dónde coño están y que les he fallado terriblemente al no encontrarlos.

Durante un instante, tuvo la sensación de que Blair mostró un tic en el ojo, aunque no estaba segura de ello.

—Mis hermanas me odian y para colmo me culpan de ello, y lo peor de todo es que en lo único en lo que sobresalgo es en mi trabajo y estudios…

Con gesto de no comprender, Blair puso un dedo en los labios de la joven.

—Me estás hablando de los demás, pero no de ti misma —afirmó con serenidad—. Yo no me he fijado en la gente que te rodea, sino en lo que tú eres por ti misma. Los demás no importan. Tan solo lo que tienes en este corazón.

Blair llevó la mano al pecho de la joven y le sonrió ampliamente.

—Me gusta estar contigo. Reconozco que no es lo que buscaba y, desde luego, no pensé que podría ocurrir, pero he descubierto que junto a ti puedo ser yo, puedo olvidar que llevo el peso de la jefatura del clan a mi espalda, puedo volver a ser un hombre común y corriente. Y eso me gusta. Nadie ha hablado de matrimonio, Freya, pero si dentro de un tiempo decides marcharte, eres libre de hacerlo. Esto no es una relación, y sé que no quieres una, pero… somos mayores como para decidir con quién pasar un rato agradable, ¿no?

Freya asintió y le devolvió la sonrisa. Blair apartó la mano de su mejilla para besarla, pero justo en ese momento, la puerta se abrió del todo, mostrando tras ella a Ossian.

—Ya está todo listo para marcharnos —dijo con un gruñido.

Blair asintió y no volvió a hablar hasta que Ossian volvió sobre sus pasos.

—No te preocupes por esto, Freya. Vive, siente…

La joven asintió y, tras un beso rápido por parte de Blair, ambos salieron rumbo al patio. Los caballos y los guerreros los esperaban. Y tenían un día largo por delante para reconstruir lo destruido por el demonio de Broc MacNab.

Estaban a punto de llegar al pueblo tras mediodía de viaje cuando Freya se removió, inquieta sobre la yegua. A pesar de su primera clase de equitación y lo mal que había acabado esta con ella en el suelo, la joven (y el propio Blair) se sorprendió de haber aguantado todo el camino sin caerse y sin quejarse por el dolor en su trasero. Pero ahora que estaban a punto de llegar sentía como si miles de agujas penetraran en su cuerpo, por lo que tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no dejar caer el cuerpo sobre el lomo de la yegua y así liberar a su trasero de parte de su peso.

El viaje había sido demasiado tranquilo, especialmente teniendo en cuenta que los guerreros de Blair llegaban todos los días con noticias sobre ataques por doquier en los caminos y pueblos. No obstante, estos se habían mantenido alerta durante todo el trayecto, y Freya pudo respirar en paz al cabalgar junto a Blair, que estaba en el centro de un círculo formado por sus propios guerreros para protegerlos.

Durante gran parte del viaje se habían mantenido en silencio, aunque ahora que estaban a punto de llegar a su destino, los ánimos parecieron encenderse y las conversaciones fluían por el grupo. Por ello, Freya miró a Blair, que seguía en silencio a su lado, mirando de reojo hacia un lado y a otro, sin perder el control de lo que pudiera pasar a su alrededor, además de que su mano no se había apartado de la empuñadura de su espada.

Y sin poder aguantar por más tiempo el silencio, Freya suspiró y le dijo:

—¿Y qué hay de ti? Cuéntame algo de tu infancia o creo que voy a morir antes de llegar al pueblo…

Blair la miró a los ojos y después se dirigió hacia su trasero.

—Te duele, ¿verdad?

—Como el puto demonio…

Blair no pudo evitar lanzar una carcajada ante aquellas palabras.

—¿Quién te ha enseñado a hablar así? Hablas como un tabernero.

Freya le guiñó un ojo y se encogió de hombros.

—He estado rodeada de gente que hablaba así, así que supongo que se me ha pegado esa forma de expresarme.

—Me gusta… No es muy común escuchar a una mujer hablar así mientras viste de forma tan extraña.

—Será mi encanto… —bromeó la joven.

Blair la miró en silencio y acabó asintiendo.

—Entre muchos otros… —terció—. ¿Y qué te gustaría saber de mí?

Todo, le habría gustado responder. Su curiosidad y sus ansias por conocer más la historia del clan MacNab la habían llevado a preguntar eso. Quería saberlo todo, y se dijo que tal vez así podría descubrir cosas que seguramente no habrían llegado a su tiempo.

—Pues no sé… Cómo fue tu infancia, ¿empezaste a entrenar desde muy pequeño para ser el laird?

Blair sonrió y negó con la cabeza, sabedor de que incluso sus hombres estaban atentos a sus palabras.

—La verdad es que no. Normalmente, si un hijo está destinado a ser laird muy joven, se le entrena desde que es pequeño con la espada, la lucha cuerpo a cuerpo… Se le enseñan las cuentas del clan, cómo manejar las situaciones para que no haya problemas en el clan… Todo eso. Pero en mi caso yo no estaba destinado a ser laird a mi edad. A diferencia de otros lairds, mi bisabuelo murió con noventa años y ostentó el cargo como laird hasta esa edad sin intención de delegar.

Blair carraspeó, como si le costara un trabajo inmenso hablar de ello.

—El cargo habría pasado a su hijo, mi abuelo. Era hijo único, por lo que no habría problema alguno, pero murió muy joven, justo después de que mi abuela diera a luz a mi tío Thane. Por ello, cuando mi bisabuelo estaba a punto de morir, nos mandó llamar a mi familia y a la de mi primo Broc. Iba a comunicarnos su decisión sobre quién sería el nuevo laird. Mi padre era el primogénito, por lo que recaería sobre él, pero mi bisabuelo quería preguntarle a mi tío si estaba de acuerdo.

—Y tras morir tu tío, estaba claro que Broc no estaba de acuerdo con esa decisión… —acabó Freya por él.

—Exacto. Cuando llegamos y nos enteramos de la muerte de mi tío, mi bisabuelo dijo que igualmente el laird sería mi padre. Y él, desgraciadamente, no duró mucho en el cargo. Es por ello por lo que tuve que aprender el manejo del clan de forma muy rápida, y la verdad es que con mi primo en contra no se me hace demasiado fácil.

Freya asintió con el rostro contrariado.

—Sí, supongo que debe de ser muy complicado.

—Y triste —siguió él—. Broc y yo jugábamos muchísimo cuando teníamos unos cinco o seis

años. Corríamos por el castillo simulando ser perseguidos por un enemigo que quería matarnos. Luchábamos con espadas de madera y nos metíamos en muchos líos.

La sonrisa que forzó Blair fue demasiado triste, y Freya estuvo a punto de acercarse a él para intentar consolarlo.

—Éramos como hermanos. Y cuando crecimos un poco más y ya nos veíamos menos, hacíamos lo que fuera para pasar más tiempo juntos. Incluso Edith y mis primas, Olivia y Eve, se venían con nosotros. Y reconozco que la culpa siempre recaía sobre ellas porque eran más pequeñas y las señalábamos como culpables de lo que nosotros dos habíamos hechos.

Freya sonrió.

—Entiendo tu dolor…

Blair la miró. Hubo una nota en su voz que llamó la atención del guerrero. En los ojos de Freya pudo leer esa misma tristeza que lo embargaba a él. Y no pudo evitar quedarse callado.

—¿Y tú? ¿Qué me cuentas de tu vida? Yo te he contado mucho sobre lo que ha sido mi vida en estos últimos años, pero no sé nada de ti.

Freya inspiró con fuerza. ¿Cómo iba a contarle su vida si para ello debía confesar que no era ni siquiera de ese tiempo? La joven tragó saliva e intentó ordenar su vida de tal manera que no tuviera que decir aquello que no deseaba.

—Bueno, la verdad es que yo no tengo mucho que contar… Me he pasado gran parte de mi vida… investigando. Desde que aprendí a leer me interesé por lo antiguo, así que me gusta mucho leer aquello que forma parte de la historia.

Blair asintió, muy concentrado en sus palabras. Pero lo que más le sorprendió a Freya era que los demás también estaban escuchando. Sus conversaciones habían acabado y estuvo a punto de esbozar una sonrisa cuando vio que habían aproximado sus caballos a ella para escuchar mejor.

—¿Y cuando eras pequeña…?

—Mi familia y yo vivíamos en Glasgow en una casa pequeña a las afueras. Teníamos un jardín fabuloso. A mi madre le encantaba cuidarlo y dejar que las rosas crecieran por todo el jardín, pero mis hermanas y yo siempre arrancábamos flores para hacer un ramo y dárselo a mi madre. Cuando ella veía lo que habíamos hecho se enfadaba, pero en el momento en el que le mostrábamos el ramo, su enfado se aplacaba.

—Entonces te llevabas bien con tus hermanas…

Freya torció el gesto.

—Bueno… se puede decir que sí, pero Morag y Fiona tienen un carácter muy diferente al mío, y supongo que eso fue lo que nos separó más cuando se marcharon a Edimburgo.

—¿Y por qué se fueron?

Para estudiar, estuvo a punto de responder. Sin embargo, pensó rápidamente una respuesta diferente.

—Para encontrar trabajo. Ellas querían uno específico que les gustara, así que hicieron lo posible por encontrarlo. A medida que se fueron haciendo mayores, el carácter de ambas comenzó a hacerse más parecido y empezaron a ser frías conmigo. Pensaban que yo convencía a mis padres para aprovecharme de ellos, pero no era así. De hecho, yo siempre he trabajado para comprar mis propios caprichos. Nunca les he pedido nada. Pero ellas no lo han visto así. Y desde

que mis padres desaparecieron…

Freya fue consciente de que Blair se ponía tenso a su lado al tiempo que una expresión de preocupación apareció en su rostro.

—Eso lo has mencionado, pero nunca has profundizado en el tema.

—Sí, bueno. Desaparecieron hace casi dos meses. Iban hacia el norte para visitar a unos amigos, y nadie los ha vuelto a ver. Yo misma había salido a buscarlos cuando… me crucé con tus guerreros.

Blair asintió con seriedad.

—Ojalá pudiera ayudarte en ello. No hemos escuchado nada acerca de viajeros cerca de aquí.

Freya sonrió. Le habría encantado decir que sus padres estaban en el futuro y que, lógicamente no habría escuchado nada acerca de ellos, pero logró contenerse. No obstante, se encogió de hombros y le dijo:

—No pasa nada. Estoy segura de que aparecerán.

Blair sonrió levemente y asintió.

—Ojalá…

Y en ese momento, el poblado al que iban a ayudar con la reforma apareció cerca de ellos. Cuando llegaron a la loma de un cerro lo vieron abajo, a pocos metros de ellos y protegido del viento del norte, pero no lo había estado de las garras de Broc. Desde allí pudieron ver con sus propios ojos lo que la fuerza de su primo había hecho en el poblado.

Pocas eran las casas que habían quedado intactas tras el ataque y desde allí lograron ver a todos los vecinos intentando ayudar no solo a restaurar sus casas, sino también las de sus vecinos. El movimiento en todo el pueblo era evidente, por lo que, a una señal de Blair, volvieron a moverse para llegar cuanto antes.

—¿Cómo han podido hacer algo así? —murmuró Freya mirando a todos lados.

—El ansia de poder es capaz de provocar lo que sea —fue la respuesta del laird.

Mientras se internaban entre las primeras casas hacia el centro del pueblo, los ojos de Freya no dejaban de mirar a un lado y a otro, totalmente apenada por esa gente. No los conocía, pero cualquiera que tuviera un mínimo de empatía sentiría la misma tristeza que ella. Esas personas habían visto cómo los guerreros de Broc quemaban algunas de sus casas, sacaban todos los muebles fuera para destrozarlos, habían hundido los débiles techos de paja… Pero al menos estaban vivos, no como otros que, aunque tal vez sus casas se habían quedado intactas, ellos habían perdido la vida.

—Qué pena… —murmuró Freya mientras Blair ordenaba detenerse.

La joven dejó que el guerrero se acercara a ayudarla a desmontar, pues de haberlo hecho ella sin ayuda, se habría caído de culo, ya que le temblaban tanto las piernas que estaba segura de que no podrían soportar su peso.

Intentando no mostrarse débil, Freya se apartó de Blair, que la miró con una sonrisa burlona, y se mantuvo erguida, o al menos todo lo erguida que podía.

—¿Ves esta desolación? —preguntó el guerrero—. Así es Broc.

—Maldito cabrón… —refunfuñó la joven.

No pudo evitar que un sentimiento de odio surgiera hacia ese guerrero, hacia la persona que había provocado tanto dolor únicamente para conseguir un poder que no le correspondía.

—Escucha, Freya —la llamó Blair—. Yo voy a ir con mis guerreros hacia la zona sur para ayudar en las casas que están peor, pero por esta zona también hace falta ayuda. Si quieres, puedes quedarte por aquí. Por lo que sé, las mujeres y los niños han dormido en esta zona más céntrica.

Freya asintió.

—Está bien. Me quedaré por aquí.

Freya se quedó mirando hacia el lugar por el Blair y sus hombres desaparecieron. Algunos de los aldeanos se aproximaron a ellos para guiarlos a través de las casas y llegar a la zona más atacada. Sabía que tenían un largo día de trabajo y que no se quedaría solo en unas simples horas. Freya sabía que tardarían varios días en volver a reconstruir ese pueblo, a pesar de que echara una mano todo el mundo.

La joven resopló con fuerza. Le habría gustado tener las facilidades del futuro, que su móvil funcionara para llamar a más gente y que todo el mundo arrimara el hombro, proporcionando materiales más resistentes, ropas para aquella gente y muebles como los que ella tenía en su propia casa. Pero era otro tiempo y tardarían días en fabricar nuevos muebles, aunque pensó que tal vez podrían aprovechar los de las casas que se habían quedado sin dueño.

Con un suspiro, Freya comenzó a caminar y alejarse de los caballos. No sabía hacia dónde debía ir para ayudar, por lo que se guio por las voces que a medida que avanzaba se escuchaban con más claridad.

—Yo no solo quiero ayudar a hacer las comidas, madre —escuchó la voz de una joven cerca de ella.

Freya caminó más deprisa y cuando giró por una de las esquinas se topó con una mujer de unos cuarenta años y una joven de quince.

—Yo quiero ir con padre a ayudar con las casas.

—Ese trabajo es para los hombres. ¿O acaso vas a subirte al tejado?

Freya intentó ocultar una sonrisa. Aquella joven rubia que ahora resoplaba y se cruzaba de brazos, enfadada, había nacido en la época equivocada. Si esa chica hubiera nacido en su siglo, sabía que habría destacado en lo que fuera. Y, sin embargo, debía aceptar las reglas de una época que estaba demasiado atrasada para sus ansias por progresar y hacer cosas que hasta entonces no estaban destinadas a las mujeres.

—No es justo, madre. Estoy dispuesta a ayudar a reparar las casas. Tal vez podríamos montar muebles. Sé que el carpintero tenía un pedido para el laird. Si este acepta, podría dejárnoslo.

La mujer abrió la boca para responder, pero al ver a Freya detrás de su hija, dio un respingo. La miró de arriba abajo, intentando ocultar su desagrado y sorpresa ante las ropas que llevaba y que eran demasiado llamativas para su gusto.

—¿Qué quieres, niña? —le espetó de mala gana—. ¿Acaso vienes a hurgar entre las pertenencias de los muertos?

Freya negó con la cabeza y levantó las manos en señal de paz.

—No, lamento interrumpir y presentarme así, pero he venido con el grupo del laird para

ayudar en lo que pueda. Ellos han ido al lado sur, donde las casas están más destruidas, y yo querría ayudaros con el interior de las casas o lo que sea.

Freya esbozó media sonrisa cuando vio que la hija de la mujer la miraba boquiabierta y mostraba interés en ella.

—¿Y el laird te deja vestir así? —preguntó la muchacha.

Su madre le dio un manotazo en el brazo y la miró con fiereza.

—No importa. Estoy acostumbrada a esas miradas. Sí, bueno, en el castillo suelo ponerme vestidos, pero me resulta más cómoda esta ropa, sobre todo, tras saber que íbamos a venir aquí. Con estos legg… pantalones voy más cómoda y tengo más libertad de movimientos.

La mujer dudó un instante, hasta que acabó por asentir.

—Está bien. Si os envía el laird…

—Por favor, tutéame. No me gusta ese trato tan formal.

—De acuerdo. Hay algunas mujeres cuidando de los niños en la siguiente calle. Aquí estamos preparando comida para todos con lo que los hombres de Broc nos han dejado.

Freya resopló.

—No he podido evitar escuchar a tu hija hablar sobre unos muebles que el laird tenía encargados. ¿Dónde está la carpintería?

—Justo en la esquina —señaló—. Pero el carpintero murió en el ataque y la casa está cerrada. No podemos abrirla.

Freya sonrió ligeramente.

—Eso tiene solución… Lamento no ayudar con la comida, no creo que sea lo mejor si queréis comer algo decente.

Y era cierto. La cocina no era lo que mejor se le daba a Freya, ya que siempre comía un sándwich o comida precalentada. Nunca se había interesado en aprender a cocinar y aunque sabía hacer algunas cosas, no era su fuerte.

—¿Te gustaría ayudarme a traer los muebles? —le preguntó a la joven.

Esta dudó y miró a su madre sin saber qué decir.

—El laird estará encantado de cederlos al pueblo. Yo me haré responsable de esa decisión.

Finalmente, la mujer asintió y dejó que su hija la acompañara.

Con paso firme, ambas se encaminaron hacia la esquina. Efectivamente, al llegar comprobó que la casa estaba cerrada a cal y canto. Le sorprendió que fuera una de las pocas que los guerreros de Broc no hubieran destruido, y aunque intentó romper las marquesinas de las ventanas, no tuvo éxito.

—El carpintero era una persona muy desconfiada —le informó la joven—. Por eso está tan bien cerrada.

Freya la miró.

—¿Cómo te llamas?

—Flora.

La joven sonrió.

—Yo soy Freya. Aunque esté bien cerrada, siempre hay formas de abrirla. —Señaló un tronco pequeño—. ¿Ves eso de ahí? Tráelo. Haremos un ariete contra la puerta.

Flora asintió y corrió hacia el tronco. No sin dificultad, lo llevó. Ambas lo tomaron después y, con fuerza, golpearon la puerta de entrada. La madera de la puerta crujió.

—Vaya, sí que era bueno este carpintero… —refunfuñó Freya al ver que la calidad de aquella puerta era casi mejor que la de su propia casa en el futuro.

Con un fuerte golpe, lograron hacer chirriar los goznes. Freya animaba a Flora a cada momento para que su fuerza no decayera. De soslayo vio cómo varias mujeres habían salido de una casa en el otro lado de la calle tras escuchar los golpes, y al verlas, la madre de Flora les explicó lo que pasaba.

—Una vez más —dijo la joven.

Flora asintió y, con fuerza, volvieron a golpear la puerta, logrando romper uno de los tablones. Y cuando Freya se dio cuenta de que la puerta cedería pronto, le pidió que se apartara y le dio una patada, logrando tirarla abajo.

Una nube de polvo se levantó del suelo, pero a Freya no le importó. La joven pisó la puerta y entró en la carpintería. Todo estaba muy ordenado, por lo que pudieron encontrar los muebles enseguida.

—No están montados… —se quejó Freya con un gemido.

—No. El carpintero suele llevar los tablones hasta la casa y allí los monta.

Freya puso los brazos en jarras y, con un movimiento de cabeza señaló hacia los tablones.

—Está bien. Nos llevará más trabajo, pero al menos no pesarán tanto para llevarlos a las diferentes casas donde hagan falta.

Tras un asentimiento, ambas se dirigieron hacia los muebles y poco a poco los fueron llevando hacia las casas que habían perdido gran parte de los suyos tras un fuego provocado por los guerreros o los habían destruido con mazas.

A medida que pasaban las horas, y aprovechando los materiales del carpintero, Freya y Flora se dividieron en diferentes casas para montarlos, por lo que el trabajo que llevaban a cabo se hacía de manera más rápida.

Sintiendo que una gota de sudor corría por su cuello y se escondía entre sus ropas, Freya terminó de montar otro de los muebles y se encaminó hacia la carpintería para buscar más tablones. Sin embargo, en lugar de parar allí, se adentró entre las demás casas y se acercó al lugar donde estaban Blair y sus hombres reparando los tejados.

Como un campesino más, el laird se había subido al tejado y colocaba con sumo cuidado la paja para evitar que las inclemencias del tiempo penetraran en ella. Desde la distancia, Freya vio que se había quitado la camisa y el manto, mostrando todo el poderío de su pecho y espalda.

Freya sintió un pequeño tirón en su vientre y deseó aproximarse a él, pero se quedó petrificada donde estaba. La joven lo miró completamente embobada, como si todo lo demás hubiera desaparecido y quedaran solo él y ella. Un intenso brillo le indicó que el guerrero estaba sudando por el esfuerzo y a su lado subió Leathan para ayudarlo, lo que provocó que Freya reaccionara de nuevo y volviera a ponerse manos a la obra.

Con el cuerpo gruñendo por el dolor y el esfuerzo físico, pues se sentía como si hubiera

escalado una montaña entera, Freya se giró para volver a su trabajo. Desconocía las horas que habían pasado desde que habían comenzado, pero apostaba lo que fuera a que quedaba poco para que el día llegara a su fin.

Y en ese momento, cuando dio tan solo un paso hacia la casa del carpintero, escuchó el grito desesperado de un hombre cerca de allí.

—¡Nos atacan!

CAPÍTULO 8

Desde la distancia vio cómo un niño corría hacia la carpintería, seguido de su madre, y cuando empezaron a escuchar los gritos, corrieron de nuevo despavoridos hacia la casa de la que ambos habían salido.

Los gritos alrededor del pueblo no tardaron en escucharse. Las mujeres y los niños que habían escuchado el grito que alertaba de un nuevo ataque estaban aterrados y sin saber qué hacer. Como ella. Freya se había quedado quieta mientras su mente analizaba las palabras y, cuando escuchó el grito de un hombre cerca de ella, se obligó a reaccionar.

La joven corrió hacia las casas donde sabía que se habían guarecido las mujeres con los niños, llevándose con ella a un niño de unos cinco años que había logrado escapar de su madre y andaba perdido. Con él en brazos, alcanzó una de las primeras casas y le entregó el niño a una mujer. Freya miró el rostro de todas y cada una de las mujeres allí reunidas. En ellos vio el auténtico terror que corría por sus cuerpos y en parte las entendió, pues si ya habían sobrevivido a un ataque de aquellos hombres que vio en el bosque cuando el grupo de guerreros de Blair fue asaltado, sabía que tal vez no tendrían la suerte de sobrevivir una segunda vez.

Sus propias manos temblaban mientras se apoyaba contra la puerta que nadie más entrara. Deseó con todas sus fuerzas que todas aquellas mujeres y niños estuvieran a salvo en las casas y los guerreros de Broc no llegaran a alcanzar esa zona del pueblo. Se preguntó, mirando hacia todas, dónde se encontrarían Flora y su madre, pues como se había alejado de la carpintería no logró saber dónde se encontraban.

Desde allí, y por encima de los llantos lastimeros de los niños, Freya lograba escuchar el sonido de las espadas luchando unas contra otras. Los gritos de los hombres luchando llenaban el espacio en el que se asentaba el pueblo y Freya no pudo evitar enviar un pensamiento hacia Blair. Lo había visto sobre el tejado sin sus armas, pues seguramente estas pesaban y las habría dejado para evitar caerse.

Freya cerró los ojos unos instantes en los que se dijo que debía mantener la calma y no dejarse llevar por el pánico que flotaba en el aire de esa casa y otras más próximas. Casi podía escuchar los llantos próximos en otras casas, pero si querían sobrevivir, no podían quedarse bloqueadas. O al menos ella no podía. Sabía que esas mujeres no tenían la misma consciencia despierta que ella, pues aún quedaban unos pocos siglos para que tuvieran voz y voto, pero se dijo que ella no podía quedarse de brazos cruzados.

Por ello, armándose de valor, Freya intentó salir de la casa, pero la voz aterrada de una mujer la paró en seco.

—¿A dónde vas, muchacha? ¿Acaso quieres que te maten?

—Los hombres de Broc son el demonio encarnado —dijo otra en voz baja, como si al nombrarlos, estuvieran en la mismísima puerta.

Freya negó con la cabeza mientras se agachaba para coger entre sus manos un palo de madera que había formado parte de una mesa antes del otro ataque.

—Solo son hombres —respondió—. Pueden morir igualmente.

Y sin quedarse para escuchar más cosas, pues su determinación no era tan fuerte, Freya abrió la puerta y salió al exterior, cerrando tras ella. Con el corazón latiendo en sus sienes y las manos temblorosas, Freya agudizó su oído para intentar descubrir si la pelea estaba más cerca de lo que

pensaba. Allí llegaban los gritos agónicos de Dios sabía quién y temió por Blair. Si lo descubrían allí, tal vez se hicieran con él para amedrentar al clan y así matarlo y hacerse con la jefatura.

—¿Qué coño hago? —se preguntó a sí misma mirando a un lado y a otro de la calle.

Esta se había quedado desierta, como si ese fuera un pueblo fantasma. Con paso dudoso, caminó calle abajo para acercarse a lo que ella pensaba que era el epicentro del ataque, que no era otro lugar más que donde se encontraban los hombres de Blair y el propio laird junto con la gente del pueblo.

Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar a la carpintería, donde horas antes había estado sacando y sacando muebles, escuchó una voz cercana.

—¿Por qué demonios hacéis esto? ¡No os hemos hecho nada!

El corazón de Freya se paró de golpe, al igual que sus pies. La joven se acercó a la esquina lentamente, intentando no hacer ruido y aferrando la barra de madera con tanta fuerza que podía sentir las astillas contra la palma de su mano.

Intentó escuchar la respuesta del que era guerrero de Broc, pero lo que llegó a sus oídos no fue sino el gorgojeo del hombre del pueblo tras haber sido atravesado por la espada del guerrero. Freya se asomó ligeramente y descubrió que la lucha estaba relativamente cerca. No podía contar con exactitud cuántos guerreros eran los que atacaban, pero estaba segura de que se trataba de una veintena, al menos los que ella veía desde allí.

Sintió un pánico terrible ante la idea de que el guerrero que ahora sacaba la espada del cuerpo muerto del campesino se dirigiera hacia donde estaba ella y la matara también, por lo que la idea de que era el momento perfecto para escapar e intentar regresar a su tiempo acudió a su mente como un tornado.

¿Y si se daba media vuelta y regresaba a Glasgow o al punto donde habría quedado su coche? Si es que seguía allí. Tal vez así descubriría la forma de viajar de nuevo, esta vez al futuro, para escapar de una muerte más que segura. Sin embargo, pensó en las mujeres que había en las casas, algunas de ellas embarazadas, en los niños y, sobre todo, en Blair. La preocupación por su estado le hizo clavar los talones al suelo y no huir. Ella no era una cobarde y se quedaría allí para ayudar y devolverles el favor por haberla cuidado esos días.

Por ello, volvió a asomar la cabeza por la esquina y descubrió que el guerrero de Broc había seguido por otro camino, algo que hizo que ella cruzara de una esquina a otra con la intención de correr hacia donde sea que estuviera Blair. La suerte estuvo de su lado y no la vio nadie correr hacia el epicentro de la lucha. Pero al llegar allí se encontró con una masacre. Varios campesinos, debido a que no estaban formados en la lucha, habían muerto y ahora sus cuerpos estaban desangrándose donde minutos antes habían estado trabajando para reconstruir su pueblo.

—Hijos de puta… —gruñó Freya dando un paso adelante.

Sin pensárselo dos veces, salió de su escondite aferrando con fuerza la barra de madera y corrió hacia donde se encontraba Blair, que no había tenido tiempo ni a ponerse la camisa, por lo que luchaba sin ella.

Todo a su alrededor era un auténtico caos y a pesar de que los atacantes parecían ser mayor en número, los guerreros de Blair los contenían con verdadera furia y presteza.

—Pero ¿qué demonios haces aquí?

El trueno en la voz de Blair llegó hasta sus oídos, por lo que Freya dirigió sus ojos hacia él,

que la miraba con una mezcla de preocupación y enfado.

—¡Vuelve con las mujeres! —vociferó.

Antes de responder, Freya le dio con la barra en la cara a uno de los guerreros, que cayó, inconsciente, en el suelo. Deseó que al menos no estuviera muerto, pues no quería ser responsable de la muerte de nadie.

—¡Necesitáis ayuda, Blair! —refutó.

El laird lanzó un rugido de rabia.

—¡Lo que necesito es no tener que pensar en tu seguridad a cada segundo, por Dios!

De una estocada, Blair acabó con uno de los guerreros atacantes.

La sangre del mismo salpicó el rostro de Freya, que dio un paso atrás al ver la fiereza en los ojos de Blair. Ella no estaba a costumbrada a eso, por lo que ver cómo lo mataba como si nada hizo que se le revolviera el estómago, y agradeció que en el futuro la gente valorara más la vida de una persona.

—¡Regresa!

Freya lanzó un rugido.

—¡Está bien, joder!

No sin cierto reparo, Freya se giró y corrió hacia un lugar fuera del epicentro de la lucha. No le costó trabajo llegar a la esquina de donde había salido, y se giró una última vez hacia la batalla.

—Ten cuidado —murmuró mirando a Blair, que no se dejaba amedrentar por la ferocidad en los rostros de los hombres de su primo.

Con las manos aún temblorosas, Freya miró al hombre al que ella había golpeado. Se encontraba con los ojos cerrados y tirado en el suelo con la ropa salpicada de sangre. Y no pudo evitar un escalofrío.

Tragando saliva con cierta dificultad, la joven volvió sobre sus pasos, no sin cuidado, pues no estaba segura de que el camino hacia las casas donde estaban las mujeres estuviera libre de enemigos. Y cuando llegó a la esquina de la carpintería, escuchó un fuerte grito de una mujer.

—¡Fuera!

Su corazón se sobresaltó y al instante reconoció la voz. Se trataba de Flora, pero no sabía dónde se encontraba, y no era seguro que gritara para buscarla, pues podrían ir a buscarla. Mirando a un lado y otro de la calle, Freya corrió hacia la casa donde ella se había escondido, momento en el que volvió a escuchar otro grito, esta vez más cerca. Por ello, corrió hacia el otro lado y vio, con horror, que un guerrero tiraba del pelo de Flora para arrastrarla fuera de la casa donde estaba escondida. La madre de la joven gritaba e intentaba tirar de ella para volver a meterla en la casa mientras el resto de mujeres ni se escuchaban, seguramente aterradas ante la presencia demoníaca de ese guerrero.

—¡Suéltame! —gritó Flora una vez más.

Freya sentía que estaba petrificada ante la imagen de ese hombre, por lo que entendía a la perfección a las mujeres. Ellas tal vez estaban más acostumbradas a la guerra. Ella jamás había visto eso ni en las películas.

Armándose de un valor que desconocía, aferró con fuerza el palo y gritó desgañitándose la

voz.

—¡Déjala en paz, maldito hijo de perra!

Al instante, como si algo lo hubiera golpeado por detrás, el guerrero soltó el cabello de Flora, cuya madre volvió a arrastrarla al interior de la casa y cerró la puerta tras de sí, y se giró lentamente hacia ella.

—Vaya, no hace falta que me ayudéis… —gruñó irónicamente.

En ese instante, los ojos negros de ese guerrero se posaron sobre ella y Freya juraría que le mostró los dientes como un perro rabioso a punto de saltar sobre una persona para morderla. Así lo vio y así lo sintió. La joven creyó que sus piernas se habían convertido en gelatina, pues comenzaron a temblar con fuerza y parecían no responder a sus ruegos para que se movieran, alejándose de allí en busca de un lugar seguro.

—Nadie que me haya llamado así ha vivido para contarlo, furcia —gruñó dando un paso hacia ella.

Freya, al mismo tiempo, dio otro atrás para alejarse de él. ¿Cuánto miedo podía vivir una persona antes de desmayarse o de, literalmente, morirse? Lo desconocía, pero estaba segura de que ella moriría de terror antes de ser atravesada por la espada que el guerrero desenvainaba en ese momento.

Sin embargo, se obligó a no mostrar miedo ante él. Si iba a morir, sería con la valentía por bandera.

—Nadie que me haya llamado así ha conservado su preciado miembro después de ello —fue su réplica.

Una sonrisa ladina se dibujó en los labios del guerrero, que se lanzó corriendo hacia ella blandiendo la espada. Un sobresalto movió los hombros de Freya, que sentía su muerte muy próxima. No obstante, ella levantó el palo de madera y, con un movimiento grácil, logró girar sobre sí misma al tiempo que el guerrero la sobrepasaba. En clase de esgrima le habían enseñado infinidad de técnicas que, aunque nada tenían que ver con la lucha de espadas en esa época, al menos le había servido para librarse de una estocada mortal.

Escuchó cómo gruñía con rabia su oponente, y cuando este se lanzó de nuevo contra ella, Freya logró parar a duras penas la estocada. Su brazo apenas pudo resistir la fuerza del ataque, pues salió despedida hacia atrás y evitó que la punta de la espada le hiciera un corte en el brazo. Freya se levantó del suelo con rapidez, antes incluso de que el guerrero se pusiera en guardia de nuevo.

—Vaya… así que una furcia como tú tiene los arrestos suficientes como para plantarme cara. A mí…

Freya resopló y dio un par de pasos hacia atrás para marcar distancia.

—No eres más que un hombre común y corriente.

—¿Acaso crees que puedes matarme?

Freya esbozó una sonrisa.

—Me parece que tienes una opinión exageradamente importante de ti mismo. Habla menos; lucha y demuestra más.

No estaba segura de haber sido ella la que pronunciara esas palabras, pero por la expresión del

guerrero se dio cuenta de que así había sido. Al instante, este se lanzó contra ella de nuevo y en cuestión de segundos, logró desarmarla. Freya sabía que ese momento iba a llegar más pronto que tarde, pues no poseía ni la fuerza ni el arma adecuada para un combate como ese, pero no dejó que el miedo la apresara y petrificara, y lanzó una patada al costado de su oponente, haciéndolo gruñir.

Freya se sentía terriblemente desnuda sin esa barra de madera y la risa del guerrero no ayudó en absoluto para que pudiera mantener aquella máscara de frialdad y valentía que se había autoimpuesto para no decaer fruto de la desesperación y el miedo.

Se acercó a ella lentamente sin apartar la mirada de sus ojos.

—¿Cómo se llama mi próxima víctima? Me gustaría conservar tu nombre en mi cabeza para deleitarme cada vez que limpie la sangre de mi espada.

Freya apretó los labios y los puños mientras caminaba hacia atrás, alejándose de él.

—No… Mejor conserva mi nombre para que sepas quién es la persona que te atormentará en sueños a partir de este momento, desgraciado. Soy Freya Wallace, y te juro por mi espíritu que pienso atormentar cada día y cada noche de tu miserable vida. Mi rostro será el último que veas antes de dormir. Será el primero que aparezca en tu mente al despertar y será el que verás en cada rincón allá donde mires.

Aunque temía que su vida acabara en ese instante, irguió el cuerpo, pero no fueron sus últimos juramentos lo que hizo que la expresión en el rostro del guerrero cambiara por completo.

—¿Wallace?

De repente, Freya recordó esa misma expresión en los ojos de Blair cuando le dijo su nombre. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? ¿Acaso la conocían? ¿O es que alguno de sus antepasados había hecho algo que era recordado por los MacNab? No estaba segura, pero las siguientes palabras del guerrero fueron realmente reveladoras.

—Me da igual que seas importante para esta guerra, hoy será tu último día de vida.

La joven estuvo a punto de abrir la boca para preguntar qué quería decir con eso, pero el hombre se lanzó contra ella. Logró empujarla con fuerza contra la pared, haciendo que su espalda chocara contra la fría piedra de una de las casas. Freya sintió cómo se quedaba sin aire al instante, y cuando intentó moverse para alejarse de sus puños, el guerrero la golpeó con fuerza en el estómago.

Freya lanzó un gemido de dolor que estaba segura de que sería escuchado por las mujeres y los niños escondidos en las casas, pero también sabía que nadie saldría a ayudarla.

El guerrero tiró de su pelo con fuerza, arrancándole un grito de dolor. En ese momento, intentó defenderse, pero solo logró golpear el aire, ya que el hombre se alejó de su puño con rapidez. Freya sintió al instante cómo su puño se estrellaba contra su mejilla derecha, haciéndola caer al suelo. Desde ahí pudo ver cómo el guerrero colocaba su ropa, como si quisiera tomarse su tiempo para matarla, ya que sabía que se había alejado del lugar de la batalla, por lo que tardarían en encontrar a la joven. Y por la expresión en el rostro de Freya, supo que ella también era consciente de ello.

Con una sonrisa reflejada en sus ojos, se acercó a ella, que comenzó a arrastrarse hacia atrás para alejarse de él. Vio cómo la sangre escapaba de su labio e intentaba recuperar el aliento. Sentir su miedo, su próxima muerte… hacía que su corazón se expandiera. Si ella estaba del lado

de Blair no podría ayudar a su verdadero laird. Por ello, debía matarla. Y no le importaba la profecía.

Y cuando se hartó de jugar al gato y al ratón, levantó su espada, acortando la distancia con ella, dispuesto a clavársela en el estómago. Sin embargo, cuando comenzó a describir un arco perfecto para ello, sintió una punzada de dolor en su propio estómago. Un gemido escapó de su garganta sin que él se diera cuenta. Y cuando se escuchó a sí mismo, frunció el ceño.

En los ojos de la mujer a la que estaba a punto de matar se dibujó una expresión de alivio, por lo que bajó la cabeza hacia su vientre. De este sobresalía la punta de una espada, que no tardó en salir de nuevo por su espalda. Sintió que las fuerzas le fallaban y que un borbotón de sangre acudía a su garganta para ser expulsado. Intentó darse la vuelta para ver quién era el culpable de su muerte y vio al mismísimo Blair frente a él. Este lo observó con gesto serio, pero triunfante. Y antes de que pudiera decir sus últimas palabras, la muerte lo sorprendió y cayó al suelo con los ojos aún abiertos, pero sin vida.

El silencio fue abrumador tras ese instante y cuando Freya vio que el guerrero que pretendía matarla estaba en el suelo con las tripas fuera, se permitió dejar escapar un suspiro de alivio. Jamás se había alegrado de la muerte de nadie, pero en esta ocasión era ella o él quien debía vivir. Y lógicamente se alegró de no ser ella la que estuviera muerta a los pies de Blair.

Este la miraba con el rostro aún cargado de ira. Cuando había girado en la esquina para buscarla y la vio tirada en el suelo intentando escapar del guerrero de su primo, algo primitivo acudió a su corazón, por lo que corrió hacia ella con la espada en alto y la clavó sin miramientos. Él era el laird de los MacNab y todo el que estuviera en su territorio estaba bajo su protección.

Las lágrimas en los ojos de Freya y el gemido lastimero de la joven lo obligaron a reaccionar, dejándose caer junto a ella para abrazarla. Su rostro se vio rápidamente mojado por el llanto descontrolado. Necesitaba soltar de su corazón el miedo que había sentido al creer que iba a ser asesinada. Sus dedos se aferraron con fuerza a la piel desnuda de Blair, que acariciaba con suavidad su espalda, intentando calmar sus hipidos.

Freya apretó los ojos, intentando no ver lo que había cerca de ella, pero también para olvidar lo que había sucedido. Había sufrido en sus carnes la brutalidad de un ataque de los que había estudiado en la universidad. Y más que nunca, deseó volver a la tranquilidad de su tiempo, aunque tuviera que lidiar de nuevo con los policías para buscar a sus padres.

Al cabo de unos minutos, cuando todo parecía volver a la normalidad, Freya se separó de él. En esos momentos, las mujeres y los niños salían de nuevo de las casas para buscar a sus maridos entre los vivos o entre los caídos.

—¿Te sientes mejor?

Freya miró a los ojos de Blair y aunque le dolía terriblemente allí donde la habían golpeado, asintió, pues al menos estaba viva. Se dejó ayudar por él para levantarse y el guerrero la apretó con suavidad para llamar de nuevo su atención.

—Lamento no haber llegado antes.

Freya se encogió de hombros.

—Has llegado justo a tiempo.

Blair esbozó una sonrisa amarga.

—Lo siento. No quería que vivieras esto. Debí dejarte en el castillo.

—Fui yo la que quiso venir a ayudar.

Leathan llegó corriendo a ellos, y la miró con una expresión de sorpresa al ver la sangre que tenía en el rostro.

—¿Estás bien, muchacha?

—Ahora sí.

El guerrero asintió y miró a Blair.

—Hemos sufrido cuatro bajas. Los demás muertos son algunos campesinos del pueblo.

Blair suspiró y se giró hacia los habitantes del lugar.

—Os ayudaremos a reconstruir esto en lo que queda de día. No puedo demorarme mucho aquí. Enviaré dinero para lo que haga falta.

Una mujer se acercó a él retorciéndose las manos y con los ojos llenos de lágrimas no derramadas por el terror.

—¿Por qué no os quedáis hoy a descansar en el pueblo, mi laird? Merecéis descansar, tanto vuestros hombres como vos.

Blair dudó un instante, pero en los rostros de aquella gente se leía la gratitud por haberlos ayudado con las casas y en el ataque, por lo que acabó asintiendo.

—Está bien, pero mañana a primera hora partiremos.

Después de ese trato, todo el mundo se volcó con las reparaciones de las casas. Se dispuso que las familias con menos miembros dentro de ella se unieran con otras familias durante las primeras noches hasta que todas las casas estuvieran terminadas.

Las horas pasaron y todo el mundo estaba tan concentrado en su trabajo que apenas repararon en que el día había llegado a su fin. Incluso Blair y sus hombres estuvieron trabajando hasta bien entrada la noche para reparar, sobre todo, los tejados de las casas.

Por otro lado, las mujeres, desde que el último rayo de luz se escondió tras la oscuridad, dejaron sus quehaceres y comenzaron a preparar la cena. Por su parte, Freya seguía montando muebles junto a Flora, a la que el susto aún la perseguía y cada vez que escuchaba una voz desconocida, se sobresaltaba.

—Todo está en orden, Flora. No te preocupes —le dijo Freya para animarla.

La joven la miró.

—¿A ti ya no te da miedo?

Freya suspiró y se encogió de hombros.

—Mucho, pero me niego a que me persiga y no me deje vivir. No hemos muerto, y eso es lo importante. Tenemos otro día para disfrutar y vivirlo.

La joven la miró y asintió, volviendo a clavar unos clavos en el armario que estaba montando. Y así pasaron el tiempo hasta que una de las mujeres encargadas de la cena las avisó, así como al resto de guerreros del clan para que acudieran a cenar a lo que era la plaza del pueblo.

Cuando estuvieron reunidos, no fue una fiesta entre todos, sino que en silencio se miraban los unos a los otros y comían tras un día demasiado largo para ellos. Las familias que habían perdido a alguno de sus miembros lloraban en silencio y no se quejaban, pues ellos seguían vivos y tenían una oportunidad más para seguir adelante.

—¿No tienes la sensación de que en cualquier momento alguien se va a volver loco y nos va a atacar?

La voz de Leathan la sobresaltó. Blair acababa de dejarla para ir a hablar con algunos de sus hombres, pero su segundo al mando, al verla sola, se acercó a ella con una jarra llena de whisky.

—No digas eso ni en broma. Y no te atrevas a llenar mi vaso.

El guerrero aguantó la carcajada.

—¿Temes volver a emborracharte?

—Temo que tú me emborraches.

Leathan sonrió y, haciendo caso omiso a su petición, le llenó el vaso.

—Venga, hay que beber y disfrutar. Estamos vivos.

—De milagro…

—Pero vivos —terció el guerrero.

Freya puso los ojos en blanco y bebió tan solo un sorbo de su vaso. Vio cómo el guerrero volvía junto a sus compañeros con paso demasiado rápido. Tanto que se tropezó y la jarra acabó rota en el suelo.

Freya rio entre dientes y se apartó del resto del grupo y de la hoguera del centro de la plaza para admirar el brillo de las estrellas. Para su sorpresa, el cielo había quedado totalmente raso y esa noche no sufrirían el típico aguacero primaveral, algo que les hizo respirar con tranquilidad, ya que algunas casas podrían mojarse debido a que quedaban aún unas pocas con el tejado sin arreglar. Por suerte, Freya y Flora habían logrado reponer los muebles rotos, habían reparado los que no quedaron tan destrozados tras el primer ataque y las otras mujeres habían vuelto a colocar sus pertenencias dentro de los cajones. Apenas quedaba ya tanto trabajo en el pueblo, por lo que, aunque ellos regresaran al castillo, solo tendrían un par de días más de trabajo para reparar lo poco que quedaba.

Con un suspiro, Freya llevó el vaso de nuevo a sus labios, pero una presencia junto a ella le hizo dar un respingo.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

La sonrisa de Blair pareció iluminar la noche, logrando relajarla instantáneamente. La joven le devolvió la sonrisa.

—Creo que tardaré unos días en olvidarlo.

—Suele pasar. Yo aún no he olvidado mi primera batalla. Es una pena ver morir a alguien y no poder hacer nada. Aunque también te sientes mal al arrancarle la vida a una persona. Pero a veces el destino nos hace plantearnos la respuesta a si debes ser tú el que muera o debo ser yo. Lógicamente, uno siempre se elige a sí mismo.

Freya asintió y terminó el contenido de su vaso. Estaba realmente cansada, y aunque le habría gustado quedarse allí durante toda la noche para emborracharse de nuevo y olvidar, se dijo que lo mejor era irse a la cama a descansar. Tras apurar su vaso, se giró y apretó el brazo de Blair con cariño, sin embargo, supo al instante que algo iba terriblemente mal.

CAPÍTULO 9

Con los ojos muy abiertos, Freya miró a Blair, que giró la cabeza en su dirección con una sonrisa que se quedó congelada al ver su rostro ceniciento.

—¿Qué pasa?

Freya abrió la boca para responder, pero solo le sobrevino una arcada y le dio la espalda para vomitar mientras se agarraba el vientre con fuerza y gemía de dolor.

—¿Freya? —preguntó Blair llevando una mano a su espalda—. ¡Freya!

La joven cayó al suelo aferrando con fuerza su cuerpo y retorciéndose mientras gritaba de dolor.

—Dios mío… —escuchó que murmuraba el laird—. ¡Dejad de beber! ¡Han envenenado el whisky!

A pesar de encontrarse a cierta distancia del resto de personas, sus hombres lo escucharon y tiraron las copas al suelo, obligando a los demás a hacerlo. Los gritos de miedo no tardaron en llegar mientras Leathan y Ossian corrían hacia él.

—¡Ayudadme! —gritó—. La han envenenado.

Leathan se arrodilló a su lado y tocó la frente de la joven, que brillaba perlada del sudor.

—Maldita sea, Blair. He sido yo quien ha rellenado su vaso.

El laird levantó la mirada.

—¿Y dónde está la maldita jarra?

—Tropecé y se me cayó. En ningún momento he olido nada raro.

Blair levantó a Freya, dispuesto a llevarla a la casa más cercana para intentar ayudarla. En sus brazos, la joven seguía gimiendo y retorciéndose como podía, clamando por una muerte que no tardara en llegar, pues el dolor que corría por su cuerpo era tan fuerte que perdió el sentido de la realidad.

—¿Tú también has bebido?

—No me ha dado tiempo a llenar la copa —explicó con gesto serio y aterrado—. He visto la jarra en una de las mesas y la he cogido.

—¿Quién la habrá puesto ahí? —gruñó Ossian de mala gana.

—Oss, manda llamar a la curandera del pueblo. Si vive en otro lugar, sácala de la cama y que venga inmediatamente.

El guerrero asintió y corrió hacia el resto de habitantes del pueblo para pedir ayuda y preguntar por la persona a la que acudían cuando se encontraban enfermos.

Mientras tanto, Blair y Leathan llegaron a una de las primeras casas más cercanas y, tras dar una patada a la puerta, el laird entró con Freya en los brazos. Casi voló hasta la cama, donde depositó a la joven mientras ambos la observaban con frustración al no poder hacer nada por ella.

—¡Mátame, Blair! —vociferó Freya retorciéndose.

El guerrero se sentó a su lado e intentó calmarla.

—Tranquila, Freya. La ayuda está en camino.

Aunque su voz intentó sonar sosegada, había algo en su timbre de voz que parecía desesperado, además de que parecía que intentaba ocultar a la bestia que vivía dentro de él y que lo incitaba a salir de allí, pero debía ayudarla primero.

—Quien sea que haya hecho esto, lo pagará caro, Blair —murmuró Leathan poniendo una mano en su hombro—. Lo siento. Me siento culpable.

Blair negó con la cabeza.

—Tú no eres culpable de nada, amigo.

Leathan rechinó los dientes.

—He visto que los demás corrían por diferentes calles, supongo que en busca de un culpable.

—No creo que lo encuentren —dijo Blair aferrando la mano de Freya, que estaba a punto de perder el conocimiento mientras no dejaba de pronunciar palabras incoherentes—. Estoy seguro de que los hombres de mi primo han envenenado la bebida durante el ataque. Gran parte de ellos ha podido escapar cuando han descubierto que podríamos vencer.

Leathan se frotó las sienes y miró a Freya, que no se movía, aunque seguía gimiendo levemente.

—¿Crees que morirá?

La cabeza de Blair giró tan rápidamente que estuvo a punto de dar un paso atrás.

—No te atrevas a decirlo de nuevo. Tiene que vivir.

—¿Te estás enamorando de ella? —le preguntó.

Pero Blair no tuvo tiempo para responder, pues la puerta se abrió de golpe, dando paso a Ossian, seguido de una mujer de avanzada edad que portaba una cesta con diferentes botes y plantas.

—¿Sabéis qué veneno ha podido ingerir?

Blair negó con la cabeza y se levantó para darle paso. Se colocó al lado de sus hombres y los tres miraron a Freya, que tenía el rostro tan ceniciento que todos pensaron lo peor.

La mujer tragó saliva y comprobó que la joven aún respiraba. Después, la obligó a abrir la boca, acercó la nariz a ella e inspiró profundamente. Frunció el ceño y torció la cabeza.

—A pesar del olor a whisky puedo intuir el olor del veneno.

—¿Y qué demonios es?

—Han utilizado veneno de narciso.

Leathan frunció el ceño.

—¿Te refieres a la planta?

La curandera asintió.

—Concretamente a la flor. Es venenosa si se ingiere de determinada forma, pero si se ataja el veneno no es mortal.

Blair enarcó una ceja.

—Pues atájalo, por Dios, en lugar de estar de cháchara.

El fervor y malestar con el que habló Blair hizo que la curandera lo mirara fijamente. Y

después, en completo silencio, se giró hacia Freya y tomó una de las hierbas que llevaba en su cesta. Con la jarra que había sobre la mesita, llenó un vaso de agua y mezcló no una sino tres tipos de hierbas que los guerreros desconocían. Y cuando el color del agua cambió ligeramente de color, a uno más amarillento, miró a Leathan.

—¿Serías tan amable de levantarla un poco para obligarla a tomar este té?

El guerrero miró a Blair, dudoso, pues pensaba que se lo pediría al laird, al que apenas volvió a mirar.

Con paso firme, Leathan bordeó la cama hasta el otro lado donde se encontraba la mujer. Con cuidado, pasó las manos por debajo de la espalda y la nuca de Freya, que gimió de nuevo, aunque lo hizo tan débil que el guerrero miró de reojo a Blair, temeroso de su reacción si Freya no despertaba.

—Con esto debería ser más que suficiente. Si el veneno no ha pasado a su sangre, lo desechará del cuerpo y tal vez mañana despierte, pero ahora debemos dejarla descansar.

Leathan asintió y volvió a dejarla contra la cama con gesto más serio de lo normal. Después se levantó de la cama y vio cómo la curandera metía las cosas de nuevo en su cesta y se dirigía hacia la puerta.

—¿No vas a quedarte para ver cómo pasa la noche? —le espetó Blair.

La mujer paró justo al lado de la puerta y se giró lentamente hacia él. Cuando el laird sintió sobre él el peso de su mirada, se dijo que debía obligarse a calmar sus nervios.

—Pensaba que eso lo haríais vos, mi señor, puesto que sois vos quien la necesitáis. No yo.

Blair frunció el ceño.

—Mañana a primera hora me pasaré a verla. Estoy segura de que, para entonces, habrá despertado.

Los tres asintieron en silencio y cuando se quedaron solos de nuevo, el silencio los rodeó. Freya apenas se movía en la cama y, por primera vez en los últimos minutos, parecía estar completamente relajada, como si el dolor hubiera desaparecido y no la consumiera por dentro.

Leathan levantó entonces la mirada a Blair y suspiró.

—Antes te he hecho una pregunta y no me has respondido. ¿Te has enamorado de ella?

El laird dio un respingo, como si fuera la primera vez que se enfrentaba a esa pregunta. Le sostuvo la mirada a su amigo y después miró de soslayo a Ossian, que también esperaba una respuesta.

—Jamás te he visto tan furioso —admitió este último—. Parecías estar a punto de comerte a la curandera.

—No es amor… —lo cortó de mala gana—. Me atrae, sí. Pero no sé lo que es el amor.

—Y aun así la necesitas… —intervino Leathan.

Blair meditó sus palabras y asintió.

—Me trajo el collar de mi bisabuela y es la primogénita de aquel al que llaman “Oso”. Claro que la necesito. Sin ella no ganaremos la guerra a mi primo.

Leathan suspiró.

—Pero te gusta su presencia… —insistió—. Has ido a buscarla cuando ella miraba las

estrellas.

Blair se revolvió, incómodo.

—Ya basta. No me gusta tener conversaciones de ese estilo.

Sus amigos asintieron y lo dejaron solo.

En ese momento, Blair suspiró largamente, como si hubiera contenido el aliento durante horas. Con gesto realmente cansado se acercó a la cama y se sentó sobre ella sin apartar la mirada de Freya. La joven parecía haber recuperado algo de su color y ya no mostraba esa piel cenicienta, más propia de un muerto que de una persona viva.

El guerrero se pasó las manos por las sienes. Desde que estaba al mando del clan todo se había puesto patas arriba. Su vida había cambiado radicalmente y tenía la sensación de estar a lomos de un caballo desbocado que no pararía hasta estrellarse contra alguna pared de piedra. Y desde que esa muchacha apareció en su vida tenía la sensación de que ese caballo era ella y que lo llevaba con rapidez de un lado a otro, haciéndolo vacilar, poniéndolo en peligro, haciendo que al mismo tiempo amara estar con ella para aprender más cosas, que deseara abrazarla para evitar caer al abismo. Todo. Lo necesitaba todo de ella, y al mismo tiempo, tenía la sensación de que no necesitaba nada, que estaba bien así y que de un momento a otro ese caballo desbocado pararía sin llegar a estrellarse. Pero ¿cómo podría hacerlo parar?

Todo lo que tenía lo había conseguido él solo, sin ayuda de nadie. Él había sido quien había hecho que su vida cambiara. Él era quien había aceptado el mando del clan en solitario tras la muerte de su padre. Él era quien llevaba a cabo la guerra contra su primo… Todo solo. Y, sin embargo, la necesitaba. ¿Por qué? Maldijo a aquellas mujeres, cuya identidad desconocía, que se habían atrevido a predecir el final de la guerra. Malditas fueran ellas y toda su descendencia por ponerlo en el aprieto de necesitar la ayuda de alguien. Iba a vencer. Sin duda, pero esa victoria ya no solo estaría en sus manos, sino en las de mucha más gente. Y lo peor de todo era que tendría que abrirse al amor para vencer, un amor que nunca había sentido por nadie, un amor que siempre pensó que dividía y empequeñecía a las personas, que los hacía débiles frente a sus enemigos, pero que, en este caso, los fortalecería tanto que podría acabar con Broc.

Blair acarició la mano de Freya mientras que con la otra frotaba lentamente su rostro. Le dolía terriblemente la cabeza. Había sido un día realmente largo, y no solo por el ataque de los hombres de su primo, sino por todo el trabajo que habían tenido que realizar para poner en orden un pueblo que había estado a punto de ser destruido. Una sonrisa cansada se dibujó en sus labios. Desde la lejanía había visto cómo Freya también trabajaba por levantar el pueblo de nuevo y cómo se había ganado el respeto de muchas mujeres y hombres, incluidos sus guerreros.

Había escuchado sobre ella palabras realmente asombrosas que le habían hinchado el pecho de orgullo, pues era hacia él hacia quien la joven tenía unos sentimientos profundos. Era a él a quien deseaba y era a él a quien iba a ayudar, aunque ella aún no lo sabía.

Blair suspiró y se miró la ropa. Aún no se había lavado ni cambiado la ropa y supuso que tal vez era por eso por lo que lo observaba la gente del pueblo, pues era un recordatorio de lo que había sucedido. Por ello, y al ver que Freya estaba tranquila en ese momento y no parecía correr peligro, se levantó de la cama, depositó un beso suave en su frente y salió al salón de la casa para tomar un baño.

Desconocía quiénes eran los habitantes de ese lugar y al ver que no había acudido nadie para dormir, pensó que tal vez habían decidido acostarse en la casa de algún conocido para cederle su

casa al laird. No había pedido permiso para entrar, violando la intimidad de aquella familia, así que se recordó mentalmente que al día siguiente le pediría a Leathan que les diera algo de dinero a los habitantes de esa casa por cedérsela a pesar de no habérselo pedido.

Mientras él mismo preparaba el agua en la tina que encontró junto a la chimenea y que calentó en calderos junto al fuego, Blair se desnudó y se metió en la bañera. Al instante, sus doloridos músculos se quejaron, pero al cabo de unos minutos comenzaron a relajarse, haciendo que el guerrero dejara escapar un suspiro de alivio. Hacía tanto tiempo que no se dejaba caer de esa manera en una bañera que había olvidado lo bien que se sentía su cuerpo tras un baño relajante. Desde que había tomado el mando del clan y la guerra con su primo había dado comienzo se había bañado rápidamente en el río.

—Esto va a acabar pronto, Broc —susurró Blair con los ojos fijos sobre el cuello—. No voy a permitir que me arrebates lo que es mío. Jamás fue tuyo y jamás pensaron dártelo…

Una rabia profunda, retadora y lacerante emergió en su mirada. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera por salvar a los suyos, por proteger a su clan de un demonio como él, y nadie, ni siquiera su primo, iba a arrebatarle nada.

Desde allí podía escuchar el sonido de los tambores que habían comenzado a sonar en medio de la plaza para festejar esa pequeña victoria contra su primo. Y esos mismos tambores parecieron sonar en lo más profundo de su pecho, elevando su ánimo, haciendo que surgiera algo primitivo dentro de él, como si en su corazón habitara una bestia que pugnaba por salir. Una bestia que ya había dejado salir en más de una ocasión y a pesar de que había intentado enterrarla, finalmente pretendía emerger de nuevo para acabar con todo aquel que se pusiera en su camino. Él era un guerrero, el líder de un clan e iba a ser el hombre que derrotara a una bestia peor que la suya. Una bestia que intentaba reclamar lo que era suyo, y que nunca se lo permitiría.

—Nunca vencerás, primo —susurró de nuevo cerrando los ojos y dejando caer la cabeza contra la bañera—. Aunque tenga que jugar sucio para ello…

Estaba segura de que se le habían desecho las entrañas dentro del cuerpo, pues así era como lo había sentido. Jamás en toda su vida había padecido semejante dolor recorriendo su cuerpo. Lo que había comenzado como un sentimiento extraño en su estómago se había convertido en algo terrorífico. Había sentido miedo, sí, pero era un miedo tan profundo que ni siquiera se asemejaba a lo que el guerrero de Broc MacNab le había hecho sentir ese mismo día. Ni siquiera el hecho de haber viajado en el tiempo o cuando los hombres de Blair la atraparon con el collar. No podía compararlo con nada que ella hubiera vivido. Sentía como si la muerte se abriera paso en su cuerpo poco a poco, haciendo daño en cada uno de sus órganos, en cada centímetro de su carne, de sus músculos, de sus tendones.

Parecía que miles de cristales recorrían su cuerpo y abrían pequeñas heridas que sabía que no iba a poder sanar, aunque tuviera ante sí al mejor médico del mundo. Nada. Había escuchado la voz de Blair como un eco lejano, acompañado de algunos de sus hombres, cuyas voces no había reconocido por culpa del dolor. Pero sabía que se habían acercado a ella y su cuerpo había dejado de sentir el suelo bajo ella.

El viento de la noche le había dado en la cara, serenando un poco su alma, pero cuando el veneno se abrió paso en sus entrañas solo podía sentir dolor. Ni un solo instante de tregua, sino que golpeaba sus sentidos con fuerza. Y cuando se dio cuenta de que iba a morir, sintió aún más terror. No volvería a ver el rostro de sus padres, no sabría qué había sucedido con ellos, ni

siquiera volvería a pelear con sus hermanas o hablar con Tom; no volvería a ver el rostro inmaculado y hermoso de Blair… Nada. Todo quedaría atrás después de su muerte y ella no dejaría un legado que pudieran recordar.

Iba a morir. Y cuando sintió esa muerte cercana, Freya puso sus dedos en garras, o al menos los sintió así, y luchó contra ella misma, contra ese maldito veneno que corría por su sangre y que intentaba llevársela a un lugar de oscuridad para sepultarla para siempre. Freya gritó, pero no sabía si había sido su propia garganta la que había lanzado ese grito de dolor y miedo. Rogó pidiendo clemencia, algo más de tiempo. Sacudió su cuerpo intentado trepar por una pared invisible y emerger de nuevo a la superficie, a la vida.

Cuando escuchó la voz de Blair, lo llamó, aunque desconocía si él podía escucharla, ya que sabía que este se encontraba lejos de ella. Sus dedos seguían arañando la pared y cuando estaba a punto de rendirse y dejar que la oscuridad se la llevara, Freya vio un halo de luz arriba, algo que llamó su atención y la hizo seguir subiendo. Y cuando por fin lo alcanzó, sus ojos se abrieron de golpe.

Su cuerpo se sacudió en un sobresalto y miró a su alrededor a pesar de que la luz del nuevo día atravesaba sus ojos como punzones. Tardó unos segundos en acostumbrar sus ojos a esa luz, por lo que los cerró un segundo y los frotó para humedecerlos ligeramente. En el momento en el que sintió preparada, los abrió de nuevo y ya sí pudo centrar su atención en todo lo que la rodeaba.

No sabía dónde se encontraba, pero estaba segura de que se trataba de una de las casas del poblado que habían reparado, pues era muy parecida a otras en las que había entrado para colocar muebles nuevos. Aunque la habitación era muy pequeña y con escasos adornos, se trataba de un dormitorio muy acogedor, con lo básico para poder vivir.

No sin cierta dificultad, Freya apoyó las manos en el colchón y se incorporó ligeramente. Se encontraba completamente sola y se preguntó si tal vez Blair había decidido marcharse al castillo y la había dejado allí.

Un intenso mareo la obligó a apoyar la cabeza contra la pared e hizo varias respiraciones para intentar calmarse. Tras unos minutos, todo a su alrededor pareció calmarse poco a poco, pudiendo abrir de nuevo los ojos. Se incorporó aún más, y aunque la debilidad amenazaba con hacerla caer de nuevo contra la cama, Freya se obligó a apartar las sábanas. Necesitaba saber si se había quedado sola allí o Blair seguía en el poblado hasta que ella se sintiera mejor.

Aunque había estado arropada y la chimenea estaba encendida, Freya tenía frío y temblaba ligeramente, pero poco o nada tenía que ver con lo mal que se había sentido el día anterior cuando comenzó a notar los efectos de lo que, estaba segura, era veneno. Se preguntó, mientras miraba por la ventana, quién le habría puesto ese veneno en la copa o si tal vez más de una persona se había sentido mal, como ella. Recordó que Leathan le había ofrecido el vaso, pero en sus ojos no había visto un resquicio de sombra o deseo de matarla. Además, era el segundo al mando de Blair y no tenía motivo alguno para hacerle daño.

Con la mente llena de pensamientos y las piernas temblorosas, Freya se aproximó a la puerta. Desde allí no escuchaba si había alguien más en la casa, por lo que acudió al salón, encontrándolo completamente vacío. Con un suspiro y sin dejar de apoyarse en la pared, se dirigió hacia la puerta de salida, pero antes de que pudiera alcanzarla, esta se abrió de golpe, dejando entrar a Blair y una mujer que desconocía. El guerrero dio un respingo al verla allí parada en medio del salón y, cuando pudo reaccionar, se acercó casi volando hasta ella.

—Pero ¿qué demonios haces levantada, Freya? —exclamó con preocupación en su voz—. Aún

estás débil.

La joven se dejó envolver entre sus brazos y cuando dejó de sentir el suelo bajo sus pies, se aferró con fuerza a los hombros del guerrero, que la había levantado en volandas y la llevada de nuevo hacia la cama.

Freya no pudo evitar darse cuenta de la mirada preocupada de la mujer y creyó que lo que le había pasado era aún más grave de lo que pensaba. La joven le sonrió a Blair cuando la depositó de nuevo sobre las sábanas, y cuando este le devolvió el gesto, se sintió algo más tranquila.

—Mi nombre es Miryam y soy la curandera de este pueblo. Ayer estuviste a punto de dejar este mundo. ¿Cómo te encuentras hoy, muchacha? —le preguntó aquella mujer.

Freya sintió una punzada de miedo tras escucharla. Si ella no hubiera llegado... no quería imaginar lo que habría pasado.

—Un poco débil y mareada, pero mucho mejor.

Miryam se acercó a ella y apretó su estómago para comprobar si tenía dolor o algún bulto.

—¿Te duele?

—Solo un poco.

La mujer asintió y sacó las mismas hierbas del día anterior. Le volvió a preparar el brebaje bajo la atenta mirada de Blair y de Freya. El guerrero se mantuvo en una esquina de la habitación, lejos de la mujer, cuya mirada no le gustaba. Pero Freya se dio cuenta de que la incomodidad era mutua, pues parecían estar enfadados entre ellos.

—Tómate esto de nuevo y, si mañana estás bien, podrás levantarte y hacer una vida normal.

Freya asintió y tomó el brebaje entre sus manos. A pesar de ser un té, el olor del mismo era un poco extraño, pero aun así se lo bebió. No obstante, no pudo evitar hacer una mueca de asco.

—Lo sé, sabe raro, pero es eficiente —dijo la mujer al ver su gesto—. Me gustaría poder verla a solas…

Miryam miró a su espalda, hacia Blair, que observaba todo en silencio, y a pesar de que en su rostro se mostraba cierta reticencia, acabó marchándose.

—Da un grito si me necesitas —le pidió a Freya.

Miryam sonrió.

—No voy a atacarla, laird.

Los ojos de Blair relampaguearon y las dejó solas, cerrando la puerta tras de sí.

Freya dirigió su mirada entonces hacia la mujer, que en ese momento se la veía más cansada que unos minutos antes.

—¿Ocurre algo grave? —le preguntó la joven sin poder soportar el silencio.

Miryam levantó la mirada hacia ella y la clavó en sus ojos.

—Supongo que en tu tiempo es más fácil curar un envenenamiento… —le soltó de golpe.

El corazón de Freya se sobresaltó y tragó saliva visiblemente conmocionada por sus palabras.

—No sé de qué me hablas…

Miryam sonrió.

—Muchacha, puedes confiar en mí. No creas que voy a contarlo a nadie. De hecho, soy la menos indicada para ello, pues las curanderas tenemos un pie en la tumba desde el momento en el que decidimos dedicar nuestra vida a esto.

Freya se incorporó más en la cama y la miró fijamente.

—¿Cómo has sabido que no soy de este tiempo?

Los ojos de Miryam se entrecerraron cuando la mujer sonrió ampliamente.

—Porque yo soy una de las dos mujeres que invocaron un poder ancestral para traerte a este lugar y a este tiempo.

Freya se pegó aún más contra el cabecero de la cama, incapaz de creerla. Y en ese momento, un vago recuerdo de su mente acudió a ella como un torrente. En medio de la fiesta que Blair había organizado por y para ella vio el rostro de una mujer en la cara de la mujer que tocaba el tambor. Se había sentido muy atraída por ese sonido desde que lo escuchó, pero de un momento a otro, ese rostro desapareció. Y ahora estaba asombrada al descubrir que era el mismo que el de Miryam.

—¿Y por qué lo hiciste? —exclamó con el tono de voz enfadado—. ¿Tú sabes el miedo que he pasado? No es mi tiempo, no conozco a nadie, no son mis costumbres y, para colmo, estoy en medio de una maldita guerra.

—Una guerra que tú vas a detener para que el laird elegido por Dios se quede con la jefatura del clan.

—Ya tenéis un laird. Y muy bueno.

Miryam asintió.

—Y tal vez sea él de quien estemos hablando, pero hay otro hombre que lo reclama. Eres tú quien debe decidir qué laird se queda con el clan después de todo lo que veas, vivas y descubras. Ese poder está en tus manos.

Freya resopló.

—Elijo a Blair. Él me ha mostrado clemencia, amabilidad, caballerosidad, me ha salvado… Broc ha demostrado ser un maldito demonio que ha perdido la cabeza por el ansia de poder.

Miryam sonrió y alargó una mano para acariciar su rostro. Freya estuvo a punto de apartar la cara, pues se sentía enfadada con ella.

—El tiempo lo dirá. Y tu corazón hablará.

La mujer se levantó y recogió sus cosas.

—Eres la luz de este clan. Eres la guerrera de la luz.

—Soy una persona normal, no una guerrera —la cortó.

Miryam colgó de su hombro la cesta y la miró con una sonrisa.

—Si estás aquí es por algo. El destino te eligió porque eres la mujer perfecta para acabar con esta guerra. Ya has visto lo que los demonios son capaces de hacer. Sé que lograrás encontrar la manera de pararlo. El destino te ayudará. El colgante brilló, ¿verdad?

Freya la miró, asombrada.

—¿Cómo lo sabes?

Miryam asintió.

—Eres la guerrera de la luz. Intenta que las sombras nunca te atrapen. Y ten cuidado, lo de ayer es el primero de tres.

Freya abrió la boca para decir algo más, pero Miryam alcanzó la puerta antes de que pudiera hablar, dejándola sola de nuevo. Y lo peor de todo era que, en lugar de haber resuelto sus dudas respecto a su viaje en el tiempo, había añadido aún más sobre ello. Frunció el ceño. Así que estaba allí con una especie de misión… Pero ¿cuál? A pesar de que ella le había respondido respecto a que prefería a Blair como laird, parecía que había algo más en todo aquello y el intenso dolor de cabeza que se le formó no ayudaba a que pudiera aclarar sus dudas.

La entrada de Blair en el dormitorio la sobresaltó e intentó componer una sonrisa, la misma que este mostraba.

—Espero que Miryam no haya sido impertinente…

La joven negó con la cabeza.

—Claro que no. ¿Cuándo regresamos al castillo?

El guerrero sonrió ante la avidez que mostraban sus ojos.

—Mañana. Regresaremos mañana.

CAPÍTULO 10

A primera hora del día siguiente, tal y como Blair le había prometido, todos se pusieron en marcha en cuanto las primeras luces del día asomaban por el horizonte. Se habían entretenido un día más del que en un principio esperaban, por lo que Blair, tras comprobar que Freya estuviera bien, ordenó partir cuanto antes.

—Si te sientes mal, por favor, dímelo e iremos más despacio.

Freya observó el rostro de Blair y al verlo preocupado, sonrió. La verdad es que seguía sintiéndose terriblemente cansada y con tantas dudas en la mente que a cada segundo creía ver enemigos por todas partes. No obstante, se sentía con el ánimo suficiente como para partir en ese viaje.

Desde el día anterior no había vuelto a ver a la curandera, por lo que no había tenido oportunidad alguna de hablar con ella de nuevo e intentar que pudiera resolverle alguna de las muchas dudas que cruzaban por su mente. ¿Guerrera de luz? ¿Qué demonios quería decir con eso? Ella no era una guerrera, ni pretendía serlo. Lo único que deseaba era regresar a su casa después de esa maldita experiencia e intentar olvidar lo que había vivido y sentido. Pero ¿cómo era posible que esa mujer supiera lo del collar? Le había dicho que ella lo había enviado al futuro y a pesar de las cinceladas que le dio como respuestas, ella seguía necesitando saber para qué la había llevado allí.

A medida que se fueron alejando del pueblo e internándose en el bosque, praderas, colinas y demás, Freya apenas podía hablar. En su cabeza le daba mil y una vueltas a la poca información que le había dejado caer, y aun así no lograba encontrar nada parecido a una respuesta coherente. Para ella, y gran parte del clan, Blair era el laird, y así debía seguir siendo. Era un buen hombre, preocupado por los suyos, que llevaba bien la jefatura del clan a pesar de las condiciones tan malas que le ponía su primo por delante. Era caballeroso, amable, respetuoso… Nada que ver con Broc MacNab. Su primo había demostrado ser un hombre despiadado y sanguinario que no pensaba en las consecuencias de sus actos. Entonces, ¿ella qué debía hacer? Estaba todo donde debía estar. Por ello, se planteó la cuestión de que el destino tal vez la había llevado allí para ver cómo acababan con Broc.

Un largo suspiro escapado de su boca llamó la atención de Blair.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas parar?

Freya lo miró y vio preocupación en su rostro. Apenas le había hablado durante todo el viaje, pero sabía que no quería hacerlo para evitar incomodarla o que tal vez al verse obligada a responder se hiciera daño. Por ello, sonrió y negó con la cabeza.

—No, estoy bien. ¿Y tú? Estás muy callado desde lo sucedido el otro día.

Freya vio cómo el guerrero rechinaba los dientes.

—Bueno… no he podido hacer nada para evitar otro ataque. Esto se nos está yendo de las manos.

—¿Y si vas a su castillo y los atacáis?

Blair resopló.

—Significaría iniciar una guerra aún más cruel. No puedo hacerle eso a mi pueblo.

Freya se enfadó.

—Maldito cabrón. Tu primo merece morir.

Blair la miró sorprendido, aunque al cabo de unos segundos esbozó una sonrisa.

—Vaya, tienes que llevarme a dónde te enseñaron a hablar así. Me encanta escucharte.

Freya sonrió y a pesar de que sabía que lo que había pensado en responder sería peligroso, no pudo contenerse por más tiempo, sobre todo, después de lo que le había contado Miryam.

—Si te digo la verdad, ¿prometes no tomarme por loca?

Blair sonrió y asintió.

—No creo que me vaya a sorprender saber si has vivido en la calle o en un barrio bajo.

Freya lanzó una carcajada y miró a su alrededor. Los guerreros de Blair estaban inmersos en sus propias conversaciones, además de que cabalgaban ligeramente alejados de ellos, por lo que, si bajaba la voz, no la escucharían.

—No es eso. Ojalá pudiera contestar esas palabras. Al menos así no sonaría tan loca la verdad.

—¿Y cuál es tu verdad, Freya Wallace?

La joven levantó la mirada de nuevo hacia él, con el corazón latiendo fuertemente contra su pecho. Respiró hondo y, finalmente, decidió hablar.

—Hablo así y visto de esta forma tan rara para vosotros porque yo no soy de este tiempo, Blair MacNab. El collar que te pertenece lo encontré en el futuro. Yo vengo del año 2024 y allí las cosas son muy diferentes a como son aquí.

Y al escuchar su silencio, continuó.

—Entiendo un poco vuestras costumbres porque soy historiadora. —Quiso obviar el hecho de que precisamente estaba estudiando la guerra de ese clan—. Yo… lo siento. Sé que esta información es un poco rara.

Con el ceño fruncido, Blair detuvo su caballo y miró a sus hombres.

—Seguid el camino. Ahora os alcanzamos…

Cuando asintieron y los dejaron solos, Blair volvió a mirar nuevamente a la joven.

—¿Es cierto eso que cuentas? —Su voz tenía un tono tan sorprendido que temió que la dejara allí por miedo.

—Sí. No sé cómo ha podido suceder —Tampoco quiso contarle lo que la curandera le había dicho—, pero he viajado en el tiempo. Solo quiero regresar a mi hogar de nuevo. No quiero causar problemas ni que me los causen, pero necesito regresar, Blair. Esto es una locura…

El guerrero acercó su caballo al de la joven y le tomó la mano con suavidad. La apretó levemente y le dedicó una sonrisa.

—La verdad es que podría decir que me sorprende lo que dices, pero tus palabras solo confirman el hecho de que pensaba que venías de un lugar extraño. Tu ropa, tu forma de hablar… Todo en ti me decía que venías de otro sitio diferente. A mí no me interesa de dónde, pues lo único importante es lo que hay en tu corazón. Y yo…

Blair suspiró.

—No sé cómo decirte esto… —se rio con incomodidad—. Ya habíamos hablado sobre lo que sentíamos y lo que significaba para nosotros.

—Lo sé —lo cortó al creer que iba a decir otra cosa—. Cuando regrese a mi tiempo, todo esto se olvidará.

Blair negó.

—¿Y si no quiero olvidarlo, Freya?

En el rostro de la joven se dibujó una expresión de duda.

—¿A qué te refieres?

El guerrero suspiró y se bajó del caballo para rodearlo y tenderle la mano con intención de que desmontara de su yegua.

—Ese no es lugar para hablar de algo así.

Ambos se apartaron de los animales y Blair miró alrededor del valle que atravesaban en ese momento.

—Yo… me gustaría que te quedaras, Freya. En este tiempo. En estas tierras. Conmigo.

El corazón de la joven comenzó a latir con tanta fuerza que temió que el sonido le impidiera escuchar bien a Blair.

—Cuando vi que caías al suelo, envenenada, sentí que mi mundo se resquebrajaba. Que nada de lo que había vivido valía realmente la pena. Ya lo sentí cuando el guerrero de mi primo estuvo a punto de matarte, pero ahí pude llegar a tiempo y hacer algo por ti. Pero yo no sabía cómo ayudarte cuando te envenenaron. Y por Dios que cuando descubra quién ha sido, lo mataré con mis propias manos. Quería gritar, quería golpear algo, quería correr, pero, sobre todo, quería estar a tu lado. Ya sé que te estoy ofreciendo algo que tal vez tú no quieres, pero me gustaría que te quedaras conmigo. Yo… siento algo demasiado fuerte por ti, Freya.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas, pues había tenía tanto miedo de separarse de él y regresar a su tiempo que el hecho de pensar que no volvería a verlo le rompía el alma en pedazos. Era una locura. Una auténtica y maldita locura. No podía enamorarse de alguien en pocos días, y tal vez no era amor, pero era cierto que su corazón le pedía a gritos que viviera esa aventura, que se dejara llevar, que lo amara libremente. Y ahora que se había abierto a él y le había contado su verdad, saber que no la rechazaba solo hacía que lo deseara más.

Nunca había conocido a alguien en tan poco tiempo. Tal vez en el futuro todo fluía más lento por los trabajos y las incontables distracciones que había a su alrededor y que hacía que no fuera consciente de la realidad de las personas. Pero en esa época no había internet, no había trabajo, no había ni siquiera familia. Eran Blair y ella, y tal vez por eso habían logrado forjar algo de lo que no eran conscientes hasta ese momento.

—No sé si puedo prometer amor del que esperas, Freya —interrumpió Blair sus pensamientos — porque esto tiene que ir despacio. Pero sí me gustaría cortejarte. No sé si lo decís así en tu tiempo.

Freya lanzó una carcajada y negó.

—En el futuro no cortejamos. Si nos queremos acostar con alguien, directamente lo hacemos.

Blair le devolvió a sonrisa.

—Bueno, a mí me gustaría hacerlo más despacio, como lo hacemos aquí.

Freya asintió.

—Nunca sabremos lo que podría haber pasado si no lo intentamos, ¿no?

Un intenso nerviosismo azotó su cuerpo. Estaban prometiéndose una relación. No sabía cuánto podría durar, tal vez toda una vida, tal vez se cansarían en unos días, semanas o meses… No lo sabía, pero lo que sí tenía claro era que su corazón parecía brillar en ese momento.

—¿Alguna vez has sentido que conocías a una persona desde hace tiempo? —preguntó Blair acercándose a ella.

La joven asintió y cerró los ojos cuando el guerrero puso una mano sobre su mejilla, acariciándola con el pulgar.

—Me ocurre lo mismo.

—Entonces no podemos dejar a un lado lo que sentimos. Nos merecemos una oportunidad —susurró.

Freya asintió y abrió sus labios cuando Blair acortó la poca distancia que los separaba y unió los labios de ambos. La joven sintió que estaba en el lugar correcto, con la persona adecuada. No deseaba nada más en ese instante, tan solo disfrutar del momento. Su madre habría puesto el grito en el cielo al conocer de su nueva relación y saber que iba tan deprisa, pero estaba segura de sus sentimientos, y no podía engañarse a sí misma.

Un carraspeo cercano a ellos sobresaltó a Blair, que se apartó de golpe y llevó una mano a la empuñadura de la espada.

—Lamento interrumpir —la voz goteante de sorna de Leathan llegó hasta sus oídos—. Pero estamos a punto de llegar al castillo.

Blair carraspeó y asintió.

—Ya nos ponemos en marcha.

Freya sintió que se sonrojaba bajo la atenta mirada pícara de Leathan, por lo que le mostró su dedo corazón al tiempo que fruncía el ceño, gesto que no supo interpretar el guerrero, pues en esa época aún no sabían lo que eso significaba. Y cuando Blair se alejó para montar su caballo, Freya lo tomó del brazo y, con una sonrisa, le dio un beso rápido.

Ambos montaron y en cuestión de segundos habían alcanzado al resto del grupo.

Como si se hubiera quitado un gran peso de encima, Freya vio de una manera diferente el castillo de Blair. El ánimo en su piel parecía haber vuelto y se sentía renovada, feliz, con ansias por conocer su futuro, por luchar contra Broc. Tenía la sensación de que una valentía había renacido en ella. Quería salvar a Blair. Quería salvar a esa gente y quería salvar al clan de las garras de ese malnacido de Broc MacNab.

A partir de ese día, las semanas pasaron más rápido, como si no fuera consciente de ellas. Su relación con Blair marchaba bien, aunque el guerrero, tras comunicarle que quería ir despacio y cortejarla, aún no la había llevado a su cama, provocando que su deseo aumentara a cada instante.

Y cuando los ataques de Broc parecieron acrecentarse y acercarse más al castillo, Blair estaba más ocupado, por lo que no podía pasar tanto tiempo con ella. Y al encontrarse a sí misma de brazos cruzados en el pasillo y sin saber qué hacer, recordó algo que vino a su mente tiempo atrás, el mismo día que había viajado en el tiempo.

Durante esas cuatro semanas había recorrido todo el castillo. Unas veces lo había hecho con Blair y otras, sola. Pero había un lugar que el guerrero le había pedido que no se acercara por la peligrosidad. Al parecer, esa zona era más antigua y no parecía tener algunas vigas sueltas y tablones rotos, por lo que hasta ese momento no se había aventurado a acercarse a pesar de la prohibición. Sin embargo, ese día en el que se sentía aburrida se acordó y se dijo que esa zona era la misma donde en el futuro había creído escuchar la voz de su padre.

No se dio cuenta de que había empezado a moverse hasta que se cruzó con varias sirvientas y la saludaron con una inclinación. Era algo que no le gustaba, pues ella era igual a las sirvientas, pero no podía prohibirles que lo hicieran, ya que era su costumbre y no quería cambiarla.

Con un suspiro y mirando atrás, Freya se internó en el pasillo cada vez más oscuro. Su corazón latía con fuerza, pues estaba haciendo algo que no debía. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Estaba muy diferente a como ella lo había visto en un futuro, por lo que tal vez era cierto que esa parte del castillo estaba demasiado vieja y derruida. Y cuando sus ojos vieron la puerta en cuestión, se quedó quieta en medio del pasillo.

Freya tragó saliva, incapaz de moverse. No obstante, al cabo de unos segundos de silencio, dio un paso. Y luego otro. Y otro. Y cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, una voz que pareció atronadora le hizo dar un brinco hacia atrás.

—La curiosidad a veces puede ser peligrosa…

Freya miró a un lado y a otro hasta que, de entre las sombras, apareció el cuerpo de Leathan. El guerrero tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la observaba fijamente con una sonrisa en los labios.

—Pensaba que Blair te había advertido de los peligros de esta zona…

Freya asintió.

—Sí, pero tampoco está tan mal como me dijo.

Leathan dejó escapar una risa.

—Ya… pero no deja de ser una orden del laird.

—No es mi laird. No soy una MacNab —respondió.

—Pero eres su pareja por lo que tengo entendido… Y por mucho que te resulte tentador no cumplir una orden de un laird o de una pareja, ahí podrías descubrir cosas que te volverían loca.

Freya frunció el ceño y miró hacia la puerta.

—¿Qué hay ahí abajo?

Leathan sonrió, aproximándose a ella.

—Una bestia… Un demonio… Un secreto… Quién sabe.

La joven resopló.

—Venga ya, Leathan. No seas tan enigmático.

El guerrero sonrió.

—Forma parte de mi encanto natural, muchacha. ¿Por qué no te vas a dar una vuelta por el pueblo en lugar de fisgonear donde no debes? Hay un mercadillo.

Freya le sostuvo la mirada hasta que descubrió que no podría ganar ese asalto al guerrero, así que resopló y se alejó de él sin tan siquiera despedirse, lo cual provocó la risa del mismo, que la

siguió hasta que se perdió por el pasillo y salió de la fortaleza.

Ese día, para su sorpresa, resplandecía el sol en lo más alto del cielo. Una sonrisa se dibujó en sus labios, pues lo últimos días había estado nublado y había caído una ligera llovizna. Antes de dar un paso más, miró hacia atrás, pues tenía la sensación de que alguien le soplaba en la nuca, como si quisieran decirle que la vigilaban. Y al creer que Leathan la habría seguido, abrió la boca para decir algo, pero no había nadie.

Con paso decidido y rápido, pues quería salir de allí, cruzó el patio del castillo y salió por el portón, que estaba abierto en ese momento para recibir un carro lleno de viandas para los próximos días.

Con un suspiro, Freya se dirigió hacia el centro del pueblo. Recorrió con lentitud cada palmo, admirando la belleza de ese lugar. A pesar de que intentaran destruir todo aquello, la gente de allí hacía lo posible por seguir viviendo, por seguir su vida mientras Broc intentaba aniquilarla.

Dejó que su mente se centrara en el hecho de conocer más las costumbres de ese tiempo y lugar, pues, como historiadora, ese pueblo y ese mercadillo eran como una gominola para un niño.

Con una sonrisa, se internó entre las calles del pueblo, perdiéndose y pasando desapercibida entre ellos, pues vestía con uno de los vestidos de la hermana de Blair, así que nadie la miraría como una desconocida y forastera.

—¿Buscáis tela para un vestido nuevo?

La voz de una mujer llamó su atención y Freya negó cuando vio que se la mostraba para que le diera el visto bueno y se la comprara. En ese momento fue consciente de que no tenía dinero, de que, aunque quisiera, no podría comprar nada, pues no poseía absolutamente nada en ese tiempo.

Freya recorrió todos y cada uno de los puestos. Algunos, por lo que pudo escuchar, eran de personas del pueblo mientras que otros formaban parte de forasteros que vivían acudiendo de un pueblo a otro para vender sus productos. La joven se maravilló al ver un puesto donde vendían diferentes plantas curativas que solían cultivarse en el sur. En otros, cepillos de pelo, espejos pequeños y numerosos artículos para la higiene personal que lograron maravillarla, pues esos objetos los había visto en museos, y no tan bien conservados como los que tenía ante sí.

Su espíritu investigador e historiador le hizo maldecir en silencio por no haberse llevado unos papeles en los que describir todo lo que iba viendo.

Freya apenas era consciente del paso del tiempo y con todo lo que sus ojos estaban viendo, no recordaba volver al castillo. Sin embargo, en un momento dado, descubrió que varias personas en el pueblo la observaban con ojos que lograron arrancarle un escalofrío. Con gesto más serio, Freya se internó por otras calles hasta que salió del pueblo, pero no se había dado cuenta de que estaba en el otro lado, por lo que debía rodear el pueblo o atravesarlo de nuevo para llegar al castillo. Todo lo que habían visto sus ojos provocó que su mente estuviera en otra parte, así que se encontraba ligeramente distraída. Y en el instante en el que retomó la marcha para alejarse rumbo al castillo, varias personas le salieron al paso.

Freya se dio cuenta de que eran los mismos que la habían mirado de forma extraña en el mercadillo. Se trataban de tres hombres y dos mujeres que la observaban de una manera tan extraña que dio un paso atrás.

—Es una pena que sobrevivieras al veneno.

Aquellas palabras dejaron que sus pies se quedaran petrificados. Su intención de escapar de ellos por otro camino de repente había quedado en suspenso tras escuchar a la mujer, que lanzaba dardos con su mirada verde.

—¿Perdón? —preguntó Freya, incrédula—. ¿Fuisteis vosotros?

Uno de los hombres sonrió y dio un paso hacia ella, haciendo que se tensara de golpe.

—No exactamente. Pero sí tenemos curiosidad por saber si eres capaz de sobrevivir a las tres pruebas.

Freya frunció el ceño y apretó los puños. En ese instante, recordó a la curandera Miryam y su última frase: esa era la primera de tres… En su día se preguntó ¿tres qué?, pero ahora acababan de confirmarle que eran tres pruebas.

—¿Y esas pruebas para qué sirven? —preguntó sin saber realmente si deseaba saberlo.

—Son las pruebas de la profecía.

—Pero ¿qué puta profecía? —exclamó al ver que no querían decirle nada a pesar de tener más información que ella.

—Para saber si eres la mujer a la que espera el clan.

Freya negó con la cabeza.

—Estáis locos. Todos —dijo temblando mientras caminaba hacia atrás.

Pero cuando se giró para escapar de ellos, que se acercaban a ella, se chocó contra alguien más. Era un hombre que parecía pertenecer a ese mismo grupo de personas. Freya abrió la boca para pedir ayuda, pero todo resuello quedó bloqueado cuando un puñetazo se clavó en su estómago.

La joven intentó escapar igualmente, pero se vio rodeada de aquellas personas que golpeaban su cuerpo como si de un saco de grano se tratara. Freya gritó, pero no lo hizo tan fuerte como pensaba, por lo que nadie acudió en su ayuda. Y cuando perdió el conocimiento, fue como una liberación para ella, pues el dolor que sentía le hizo creer que de esa supuesta “prueba” no escaparía viva.

Blair acudió por la tarde al castillo. Había estado reunido con los líderes de algunos pueblos para ponerlos en alerta debido a los continuos ataques de Broc. Había dejado al mando del castillo a Leathan, por lo que fue al primero al que vio nada más llegar. Se sentía terriblemente cansado y su cuerpo le pedía incesantemente un baño caliente y un buen descanso, pero tenía más asuntos que atender.

—¿Cómo ha ido todo?

Leathan sonrió y se encogió de hombros.

—Muy bien. Eres un quejica, Blair. Llevar el clan no es tan difícil.

El aludido enarcó una ceja.

—Sobre todo si mato a todo aquel que me insulta y pone en duda mi palabra.

Leathan soltó una carcajada y levantó las manos en son de paz.

—¿Y a ti cómo te ha ido?

—Bien. Todo el mundo está preparado, aunque si atacan por la noche, poco podrán hacer…

Leathan torció la cabeza.

—Lo sé… —Miró hacia el portón—. ¿Habéis cruzado por el pueblo?

Blair asintió.

—Sí, quería comprar algunas cosas para el castillo.

Su amigo frunció el ceño y arrugó el rostro.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—Esta mañana le sugerí a Freya que saliera a dar una vuelta por el mercado. Intentó entrar en las mazmorras, así que le dije que no se metiera en un lugar peligroso y saliera de aquí. Pero no ha vuelto.

Blair siseó.

—No puede ser verdad… —dijo cuando una idea cruzó por su mente—. La profecía…

Leathan asintió imperceptiblemente.

—Eso temo.

—¡Maldita sea! ¡A los caballos! ¡Freya ha desaparecido!

Blair fue el primero en salir a través del portón. A pesar de que el pueblo estaba cerca, prefirió ir con los caballos para buscarla más deprisa. Tras esto, señaló a un grupo de sus hombres hacia un lado del pueblo. Otro grupo fue directamente hacia el centro y él, junto con otros dos, cabalgaron al otro lado del pueblo.

Su corazón latía deprisa, temiendo que la joven estuviera muerta cuando la encontraran o que tal vez su primo hubiera hecho de las suyas y la hubiera secuestrado. Pero no. Cuando giró en una esquina y vio un bulto tirado en el suelo y con el rostro ensangrentado, se dio cuenta de que Freya seguía allí, pero malherida.

CAPÍTULO 11

Azuzó al caballo para que fuera más deprisa y en cuestión de segundos dio un salto para agacharse junto a ella.

—¡Freya! —vociferó—. ¡Freya!

Blair la giró lentamente, bajo la atenta mirada de dos de sus hombres. Temeroso de que estuviera muerta, el guerrero acercó el oído a boca y escuchó cómo exhalaba el aire de su pecho, eso sí, con cierta dificultad.

—Freya, ¿puedes oírme?

—¿Quién ha podido hacer algo así? —preguntó el guerrero más cercano a él.

—No lo sé, pero espero que esté lejos ya de aquí porque como lo encuentre… le arrancaré la piel a tiras. —Blair miró el cuerpo de la joven en busca de alguna herida sangrante, pero lo único que le sangraba era una herida en la cabeza, la nariz y el labio. Por lo demás, eran magulladuras —. Debemos llevarla al castillo. Ayudadme.

El laird la tomó entre sus brazos y se la tendió a uno de sus hombres. Después, montó en su caballo y le hizo una señal para que volviera a entregársela. Con sumo cuidado, la colocó delante de él en el caballo y, a paso lento, inició la marcha de regreso al castillo.

—Vosotros avisad a los demás de que ya la hemos encontrado. Después, cabalgad por los alrededores y en el pueblo para preguntar si alguien ha visto algo.

Sus hombres asintieron y lo dejaron solo.

Sus manos aferraban el cuerpo de Freya con cierto temblor. Temía que pudiera morir tras haber estado Dios sabía cuánto tiempo allí tirada. Su corazón latía tan deprisa que estaba a punto de ponerse a vociferar órdenes a diestro y siniestro para hacerle pagar a alguien su frustración. Pero debía serenarse.

Blair maldijo entre dientes. En ese momento, recordó la profecía y rechinó los dientes, deseando que fuera Freya la mujer a la que esperaban. Semanas atrás, Leathan había seguido hasta el bosque a una mujer con un comportamiento sospechoso. Según le dijo, no había podido ver su rostro debido a que lo llevaba tapado, pero sí descubrió que llevaba el collar entre sus manos. Le contó todo lo que había visto y escuchado en el ritual, por lo que desde entonces sabía que la mujer que lo salvaría de su primo tendría que pasar por tres pruebas. Y esa era la segunda. Tan solo esperaba que la vida le diera una oportunidad más para que pudiera ayudarlo en su cometido.

Blair agachó la mirada hacia ella y apoyó la barbilla en su cabeza. Deseó poder tener los conocimientos necesarios para salvarla o poder llevarle allí la sanación que ella tuviera en el futuro. Pero solo podía dejar que el destino decidiera en su nombre.

—Aguanta, Freya. No dejes que ellos ganen.

Cuando cruzó las puertas de su castillo, Blair miró al cielo.

—Déjala a mi lado, por favor —murmuró.

Blair vio cómo Leathan corría hacia él con el rostro descompuesto.

—¿Qué ha ocurrido?

—Le han dado una paliza…

Su amigo tendió los brazos para tomar a la joven mientras el laird desmontaba y le tendía las riendas al mozo de cuadras.

—¿Crees que es grave?

Blair volvió a tomarla entre sus fuertes brazos.

—No lo sé. Creo que no tanto. Tiene muchos golpes y espero que su nariz no esté rota.

—Llamaré a Claire para que la examine. Antes la he visto dirigirse a su estancia para curar a la cocinera, que se ha quemado en el brazo.

Blair asintió y corrió con Freya hacia su dormitorio. Atravesó el hall y las escaleras como una exhalación y como si la joven apenas pesara nada entre sus brazos y cuando la depositó sobre su cama, no pudo evitar acordarse de la noche en que fue envenenada. A medida que habían pasado las semanas, había descubierto que los sentimientos de la joven se habían incrementado por él, pues era como un libro abierto incapaz de ocultar lo que sentía.

Él le había pedido ir despacio, y a pesar de que su cuerpo ardía en deseos de poseerla una y otra vez hasta hacerle perder el sentido, se dijo que era mejor tomarse las cosas con lentitud y no precipitarlas, pues temía que Freya lo abandonara una vez hubiera conseguido acostarse con él. Y no podía ser así. No antes de… Blair resopló.

Desde que era tan solo un niño había desarrollado una increíble y creciente inseguridad en sí mismo, algo de lo que no había hablado antes con nadie, ni siquiera con su madre cuando estaba viva. Sentía que no podía hacerlo, pues no era lo que se esperaba de él, como si ese temor tuviera que quedar encerrado en su corazón y nadie quisiera escucharlo. Pero durante años había estado seguro de que nadie lo había querido, que no formaba parte más que de un juego al que se había visto abocado a jugar, un juego que era la vida y que en ocasiones podía con él. Y ahora tenía miedo de que Freya cambiara de opinión respecto a él si la hacía suya, tal y como su bisabuelo había cambiado de idea años atrás…

Blair cerró los ojos un instante y sacudió la cabeza. Freya iba a vivir. Ella iba a volver a abrir sus ojos e iba a sonreír de nuevo.

El sonido de la puerta al abrirse llamó su atención. Leathan, junto con Claire, entraron en la habitación casi corriendo. La curandera voló hasta la cama e hizo un primer examen a la joven tan solo con su mirada.

—Juraría que su nariz no está rota, aunque su labio sí… —Miró más arriba—. Y también la ceja izquierda.

La mujer alargó una mano y desató los cordones del vestido de la joven hasta que liberó su cuerpo y la dejó con la camisola. También la desanudó y miró las magulladuras de su cuerpo.

—Tampoco parece tener las costillas rotas. Es como si hubieran sabido dónde golpear para no matarla, aunque sí para hacerle el daño suficiente.

—¿Y todo eso lo sabes sin apenas tocar? —preguntó Leathan con incredulidad.

Claire giró la cabeza hacia él.

—Estoy a punto de cumplir sesenta años, muchacho impertinente. Llevo toda la vida en esto… Creo que sé cuándo llevo razón y cuándo no.

Leathan miró a Blair, suspirando. Siempre había pensado que esa mujer estaba mal de la cabeza y a veces la encontraba mirándolo de reojo, como si intentara entrar en sus pensamientos,

logrando ponerle el vello de punta.

—Cúrala, por favor —le pidió Blair sin apartar la mirada de Freya.

Claire les pidió que se marcharan y la dejaran sola con ella, por lo que ambos guerreros salieron de la habitación.

—¿Crees que tu primo ha podido enviar a alguien para que lo haga?

—Si han llegado tan cerca del castillo es porque nadie los ha reconocido o tal vez han pensado que se trataban de mercaderes. Y estoy seguro de que no se trata de sus guerreros, pues los habríamos reconocido desde lejos.

—El cabrón de Thomas sabe esconderse bien.

Blair negó con la cabeza.

—No creo que Broc haya enviado a su mejor guerrero. No. Les he pedido a los demás que peinen la zona en busca de alguien desconocido y sospechoso. Y como lo encuentren…

—No habrá piedad… —acabó Leathan por él mirándolo con el ceño fruncido—. ¿Qué sientes por ella?

—Ya me has hecho esa pregunta antes.

Su amigo sonrió y se apoyó en la pared de piedra.

—Y diste rodeos para no responderme.

—Los mismos que daré ahora. No es de tu incumbencia.

—Lo es si esa muchacha se va a convertir en la esposa no solo de mi mejor amigo, sino de mi laird.

Blair resopló.

—La estoy cortejando. Solo voy a decirte eso.

Leathan sonrió.

—¿Y si muere?

—No va a morir. Es una mujer fuerte.

—Ya sabes lo que dice la profecía…

—No habrá una tercera oportunidad —dijo con vehemencia apartando la mirada de él.

Blair comenzó a caminar de un lado a otro del pasillo.

—¿Qué has pensado hacer?

—Creo que voy a ir a pedir ayuda a nuestros antiguos aliados. Sé que nuestras relaciones han ido enfriándose con el paso del tiempo, sobre todo, desde que mi bisabuelo dejó este mundo. Pensaba que podríamos ganar esta guerra sin ayuda, pero después de esto… Creo que lo mejor será que pidamos su ayuda.

—Eso no hará que Freya esté libre de peligro.

Blair negó con la cabeza.

—No si sigue en este castillo mientras dure la guerra.

Leathan lo miró sin comprender.

—Al sur, cerca del límite de nuestras tierras está la casa que perteneció a mi madre y su familia. Allí estaría fuera de peligro porque mi primo no ha sido capaz de llegar tan al sur.

—¿La piensas alejar de ti? ¿Estás seguro? —preguntó Leathan con el corazón encogido por la preocupación.

—Es lo mejor que puedo hacer por protegerla. Allí no la buscará nadie y cuando todo esto acabe, iré a buscarla. Ganaremos la guerra, Leathan. Ella es la mujer de la profecía y debemos protegerla del enemigo. Freya nos ayudará a ganar y acabar con mi primo.

Su amigo lo sopesó y asintió lentamente.

—Y cuando todo acabe y vayas a buscarla… ¿Qué harás? ¿La amarás como ella parece que te ama a ti o la devolverás a… su hogar?

Blair lo miró con el ceño fruncido.

—Este ahora es su hogar —aseveró con fuerza—. Se quedará conmigo.

Freya maldijo en silencio cuando se dio cuenta de que esa misma situación ya la había vivido, aunque de diferente forma. La última vez había sido debido a un envenenamiento, mientras que ahora parecía que un elefante la había pisoteado varias veces. O al menos era así como se sentía.

Habría deseado no despertar todavía y permanecer en la suave y deliciosa inconsciencia, ya que sus sienes palpitaban a pesar de no haberse movido ni un solo centímetro en la cama. Por ello, obligándose a despertar del todo, Freya abrió los ojos poco a poco hasta que estos se acostumbraron a la luz del día. Por el tipo de luz, dedujo que el día estaba despuntando y a pesar de la intensidad de la misma que entraba por el balcón de su habitación, el cielo amenazaba lluvia.

La joven suspiró largamente. Y al hacerlo, arrugó el rostro, pues el dolor que le produjo ese movimiento en sus costillas fue demasiado penetrante. Con cuidado, movió las manos y las levantó para mirarlas. Estuvo a punto de lanzar otro suspiro al ver que podía mover los dedos libremente y sin dolor. Y sus antebrazos apenas mostraban unos rasguños que sanarían en cuestión de días.

Tras esto, intentó mover los pies, no sin cierto miedo a descubrir que no sentía nada, pero cuando sus dedos se movieron bajo las sábanas, estuvo a punto de echarse a llorar de alivio. No quería ni imaginar lo que supondría romperse una pierna o un brazo en esa época. Aguantando el dolor de sus costillas, Freya encogió las piernas y apartó las sábanas. Estas estaban desnudas, por lo que pudo averiguar si tenía moratones, y no pudo evitar torcer el gesto al verlos.

Enseguida llevó las manos al rostro y gimió de dolor cuando tocó y descubrió que estaba ligeramente hinchado en las mejillas y el ojo derecho.

—Maldita sea… Seguro que parezco un monstruo… —murmuró para sí.

No sin cierta dificultad, apoyó las manos en el colchón y se incorporó. Su costado se quejó, pero no estaba dispuesta a quedarse tumbada después de que ciertas personas quisieran verla muerta. Estaba comenzando a hartarse. Su ya de por sí poca paciencia estaba llegando a su límite y estaba a punto de coger ella misma una espada y lanzar mandobles a diestro y siniestro contra quien fuera, especialmente contra los hombres de Broc MacNab. Había aceptado casi sin rechistar el hecho de haber viajado en el tiempo, había hecho todo lo posible por adaptarse a sus costumbres, había ayudado en el poblado atacado semanas atrás, había permanecido en silencio

tras su envenenamiento a pesar de las dudas que surcaban su mente, había ayudado en el castillo… Todo eso y más, y a pesar de eso, el maldito destino seguía poniéndole trabas. Pero ya no eran simples trabas con las que lidiar como pudiera, ya eran intentos de asesinato que, de haberse llevado a cabo en el futuro, habría ido a la policía al instante. Pero ¿qué debía hacer en el pasado? Allí no había policías que pudieran ayudarla. Allí se encontraba ella sola y a pesar de que Blair la había salvado en varias ocasiones, sentía que era ella misma la que tenía que salvarse y poner fin a todo aquello, a esa maldita guerra. Pero ¿cómo?

Freya resopló y se dejó caer un instante contra el cabecero de la cama. Cerró los ojos mientras el dolor lacerante de sus costillas se calmaba y cuando por fin volvió a sentirse con fuerzas, los abrió de nuevo. De mala gana, miró a un lado y otro del dormitorio y localizó enseguida, justo encima del baúl de la esquina, su mochila. Le sorprendió que nadie en esa época le hiciera cuestiones por ella o su contenido y se preguntó si tal vez en su ausencia o inconsciencia la habían abierto. De todas formas, solo encontrarían la ropa de más que había echado cuando salió de su casa y, lo peor de todo, un libro que había cogido del castillo de Broc. No obstante, la mochila estaba en la misma posición en la que ella la había dejado.

En ese instante, sintió de nuevo, como días y semanas atrás, la sensación de que había alguien más en la habitación. La joven miró a un lado y otro, pero no había nadie. Estaba completamente sola, aunque esa sensación se sostuvo hasta varios minutos después. Freya frunció el ceño e intentó levantarse. Después de la paliza en el pueblo veía enemigos por todas partes. Si la gente de Broc se había colado tan fácilmente allí estaba segura de que los guerreros podrían entrar en el castillo en cualquier momento y conquistarlo. Y aunque sabía que Broc sería vencido, no podía evitar preocuparse por su seguridad y la de Blair.

Cuando puso sus pies en el suelo, el frío del mismo le causó un escalofrío, pero no le importó, pues hizo acopio de todas sus fuerzas y se levantó. Un gemido escapó de sus labios, justo en el momento en el que la puerta se abrió de golpe.

—Pero ¿qué haces?

La voz preocupada de Blair llenó el espacio y cuando giró la cabeza en su dirección, descubrió que el guerrero ya estaba junto a ella y la obligaba a sentarse de nuevo.

—¿Acaso quieres caerte por un mareo y hacerte más daño?

Freya levantó la mirada hacia él, que se sentó junto a ella en la cama. Levantó una mano y acarició su mejilla. Su escasa barba le raspó ligeramente la palma, pero le gustó.

—¿Por qué eres así conmigo? Yo siempre he creído que los guerreros erais hombres salvajes y sin sentimientos que no os preocupabais tanto, y menos por mí.

Blair sonrió y atrapó su mano entre sus dedos.

—¿Así es como nos veis en el futuro? Vaya… La verdad es que en parte tenéis razón, pero yo no quiero ser una persona sin alma ni sentimientos. Me preocupa mi gente y, sobre todo, me preocupas tú. Estos dos días en los que no has abierto los ojos…

Freya se sorprendió.

—¿Dos días?

Blair asintió.

—He venido a verte cada hora, pero no te movías y temía que no despertaras más. Yo… esto que tenemos, Freya... No sé cómo explicarlo, pero no quiero que acabe nunca, y menos con mi

primo en medio.

El pulgar de Blair acariciaba su mano con ternura.

—Haré lo imposible por protegerte.

—¿Incluso de la profecía? —no pudo evitar preguntar.

El rostro de Blair se tornó pálido de repente.

—¿La conoces? —preguntó con cautela.

Freya resopló.

—La gente que me atacó dijo que había una profecía y que tenía que sobrevivir a tres pruebas para saber si era la mujer que el clan esperaba.

Freya vio cómo Blair tragaba con fuerza.

—Que el clan espera ¿para qué? ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—¿Solo te contaron eso?

La joven asintió.

—¿Hay más?

—Se supone que eres la mujer que nos ayudará a vencer a mi primo. No sé cómo, la verdad. Pero yo supongo que será tu presencia. De todas formas, no te preocupes por ello. No habrá una tercera prueba.

La joven frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Antes te he dicho que haría lo imposible por protegerte, y así será. En el sur hay una casa que perteneció a mi madre antes de casarse. Ahora está vacía, y podrás vivir ahí hasta que las cosas con mi primo acaben de una vez por todas. La tensión está creciendo en el clan. Me lo acaba de confirmar Leathan.

Freya frunció el ceño.

—Pero… yo no quiero separarme de ti, Blair. Sé que aquí en el castillo estaré segura.

—Pero para estar segura, tendrías que estar encerrada. Si ellos quieren intentar matarte otra vez, puede que yo no esté cerca para protegerte. Voy a viajar hasta las tierras de nuestros antiguos aliados a pedir ayuda. Ya he visto que esto no puedo solucionarlo solo, así que pediré que vengan a luchar contra Broc.

El corazón de Freya se aceleró de golpe y apretó su mano.

—Yo quiero estar contigo, Blair —murmuró con lágrimas en los ojos.

No podía imaginar qué podría pasar si la alejaban de él. Además, ella tampoco estaba tan habituada a esa época. ¿Cómo demonios iba a sobrevivir ella sola alejada del castillo sin ayuda de alguien?

—Leathan te acompañará —respondió Blair a sus preguntas como si hubiera leído sus pensamientos—. Es el hombre en el que deposito toda mi confianza, así que es el mejor para ayudarte.

Freya suspiró.

—¿Por qué simplemente no puedo quedarme aquí? Sé que vas a ganar —le dijo—. En el futuro es así como se conoce todo. Ganarás a tu primo y no tenemos nada que temer.

Blair sonrió tristemente.

—¿Y en el futuro se conocen cuántas bajas habrá de un bando y de otro?

Freya puso los ojos en blanco.

—No, pero…

—¿Y si en la información que tenéis en el futuro tú también contabas como una más? No sabemos si la batalla será en el castillo o en otro lugar. Y si te quedas aquí, podrías morir. En el sur, Leathan conocerá las noticias. Y si caigo en batalla, hará lo que sea para llevarte a tu tiempo.

—¿Y cuando veas que no mueres, sino que vences? —preguntó la joven—. ¿También me llevará al futuro?

Blair dejó escapar una risa suave antes de acortar la distancia y besarla. Lo hizo con ternura, temeroso de hacerle más daño en el rostro. Las mejillas de Freya protestaron cuando esta se movió para responder a su beso, pero no le importó. Después de esa información necesitaba sentirlo junto a ella; besarlo para confirmar que estaba a su lado y que, a pesar de todo, ahí seguiría estando para ella.

Sus manos se aferraron a los músculos tensos de su cuello y se quedaron ahí, esperando a que él intentara alejarse para atraerlo más hacia ella.

—Después del final de la guerra, haremos una celebración que hará temblar los cimientos de Escocia —murmuró Blair contra su boca.

Freya asintió con lágrimas en los ojos. El corazón le había empezado a doler desde el momento en el que escuchó que Blair intentaba alejarla. Se había acostumbrado demasiado rápido a estar junto a él, a su presencia, a su voz… A todo. Y ahora no sabía cómo podría sobrevivir sin él. Y en ese momento se dio cuenta de que se estaba enamorando de él, que ya no era simplemente deseo carnal de sentirlo desnudo a su lado, sino que iba más allá de eso.

—¿Sabes algo…? —le dijo en un susurro con las mejillas rosadas por la vergüenza—. Creo que me estoy enamorando de ti, Blair.

El guerrero sonrió y le tomó el rostro con ternura para besarla. Fue un beso lento en el que Freya por fin pudo olvidar el dolor de su cuerpo y de su mente después de todo lo que había vivido en tan poco tiempo. Blair le hizo olvidar todo lo malo: el miedo, la frustración, la desconfianza, el desconcierto… para dar paso a lo que ella era en realidad y parecía haber olvidado desde que estaba en ese tiempo: la rebeldía y valentía que ya le había dejado claro al comisario que llevaba el tema de sus padres; una Freya valiente que no se achantaba para escalar una pared de piedra; una mujer que siempre había tenido las cosas claras y que nada ni nadie podrían hacerla cambiar de opinión… Una Freya diferente. Renovada.

La joven le devolvió el beso con las mismas promesas de protección en él, como si eso pudiera hacer algo por salvarlo de la inminente batalla que iba a suceder, imprimiendo en ese beso todo lo que sentía por él, deseando y pidiendo al destino estar con él para siempre.

CAPÍTULO 12

Una semana después, el cuerpo de Freya se había recuperado por completo de los golpes. Por fin pudo salir del dormitorio al que Blair casi la había obligado a confinarse para evitar que le hicieran más daño o que ella misma lo hiciera cayéndose por las escaleras o cortándose con un cuchillo. La tensión casi podía palparse en el dormitorio antes de salir, pero mucho más cuando Freya puso un pie fuera de él. La joven se vistió con sus propias ropas, cansada de vestidos y faldas largas que lo único que hacían era entorpecer sus movimientos.

Con energía renovada, la joven puso rumbo al piso inferior y a pesar de que solo había pasado una semana, tenía la sensación de que todo estaba diferente a como lo recordaba. Pero no era así. Sabía que era su mente la que lo veía así, pues tan solo había salido de la cama para asomarse al balcón.

Esa última semana había estado lloviendo con intensidad, provocando que su mente pensara que el cielo descargaba sobre el castillo toda su rabia ante lo que estaba por venir. La joven había leído a ratos el libro que cogió de las ruinas del castillo de Broc para intentar sacar algo más de información sobre lo que iba a pasar, pero no había nada que ella no supiera o imaginara. Y tras eso, decidió guardarlo en lo más profundo del baúl para que nadie más lo viera. En varias ocasiones había pensado enseñárselo a Blair, pero no quería que lo condicionara el hecho de conocer cosas del futuro. Por ello, decidió guardarlo donde nadie lo encontrara.

Para su sorpresa, Leathan la había visitado en varias ocasiones, haciendo que sus carcajadas se escucharan en el pasillo. Su amistad se había reforzado y a su lado se sentía realmente bien. Más de una vez le había pedido perdón por hacer que se perdiera la batalla que iba a llegar debido a que tendría que cuidar de ella en la casa de la madre de Blair.

—Da igual, muchacha —le dijo restando importancia—. Otras batallas vendrán. Además, siempre puedo meterme en líos allí donde vamos a estar.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Freya mientras bajaba las escaleras al recordar aquella conversación con Leathan. En ese momento, cuando llegó al piso inferior, se dio cuenta de que todo estaba demasiado tranquilo. Sabía que la hora del desayuno ya había terminado y que los guerreros se habían ido a sus quehaceres. Por ello, levantó la mirada y observó todo a su alrededor.

No estaba segura de cuánto tiempo iba a estar fuera, pero sabía que lo iba a echar terriblemente de menos. El día anterior, Blair había estado en su dormitorio y le había confirmado una fecha para enviarla a la casa de su madre y que así estuviera en un lugar seguro. Y serían dos días después.

Blair había retrasado su viaje a las tierras de sus aliados para evitar alejarse de ella antes de tiempo, así que saldría de viaje dos días después de su partida.

Apenas le habían informado de cómo estaban las cosas en el clan respecto a Broc, por lo que no sabía si habían seguido atacando y tal vez habían muerto más personas.

Intentando no pensar en ese momento en su peor enemigo y el de todo el clan MacNab, Freya se dirigió a las cocinas. Había hecho amistad con una de las sirvientas, que durante toda la semana que había estado en la cama le había llevado las comidas, así que quería pasar más tiempo con ella antes de tener que despedirse.

—Hola, Alexandra.

La sirvienta se giró cuando la vio y le dedicó una amplia sonrisa.

—¡Señorita! No sabéis lo que me alegro de veros. Ya tenéis bien vuestro rostro.

Freya asintió y le dio un abrazo. No había querido mirarse al espejo desde que había despertado, pero sabía que había estado al borde de la desfiguración. Y ese, aparte de la petición de Blair, fue lo que la convenció para estar encerrada, pues le daba vergüenza que la vieran con el rostro hinchado.

—¿Habéis venido porque necesitáis algo?

Freya se contuvo de rodar los ojos. Le había pedido una y mil veces que la tuteara, pues no llegaba a acostumbrarse a esa diferencia de clases, no obstante, sabía que era una batalla perdida, e intentó ignorar ese tratamiento.

—No. He salido por primera vez del dormitorio y me ha sorprendido ver todo tan silencioso.

Alexandra sonrió mientras sus manos seguían preparando ingredientes para la comida del mediodía.

—Sí, es que los guerreros están entrenando en el patio. Estos últimos días están trabajando más de lo normal. Cuando no entrenan, refuerzan la muralla y preparan a los hombres del pueblo para saber defenderse. Ellos no entrarían en batalla, pero al menos si los hombres de ese demonio aparecen a medianoche, sabrán defender sus vidas y las de sus familias. Mi propio padre ha aprendido.

Freya asintió y se sentó en una de las sillas más cercanas. Aunque se sentía bien y recuperada, aún quedaba en ella cierta pesadez y cansancio que, seguramente, desaparecería a lo largo del día, cuando su cuerpo volviera a moverse como antes.

—Me parece una idea estupenda, pero ¿por qué las mujeres no lo aprendéis también?

Alexandra se sonrojó y lanzó una carcajada.

—¿Las mujeres? Solo servimos, señorita.

Freya resopló.

—Hace siglos, las mujeres también luchaban. Y, de hecho, dudo mucho que ninguna mujer escocesa sepa usar una espada.

—Es un mundo de hombres, señorita.

Freya negó en rotundo.

—También lo es de mujeres. Y si Broc MacNab ataca tanto a hombres como a mujeres, deberíais aprender.

Alexandra negó con la cabeza.

—Ojalá, señorita, pero mi padre me echaría de casa si me atrevo a tocar una espada o un *sgian dubh*.

Freya apretó con fuerza los nudillos.

—Qué asco de siglo… —murmuró para sí.

Alexandra siguió adelante con su trabajo hasta que, finalmente, sus manos se quedaron quietas y la miró con una sonrisa.

—No os he ofrecido nada. Nos acaba de llegar un vino que dicen que es excelente. ¿Queréis

probarlo?

Freya sonrió.

—¿No es demasiado temprano?

Alexandra se encogió de hombros.

—Ahora mismo estamos solas. Además, hoy la mañana ha amanecido asombrosamente fría para este tiempo. Nadie va a matarnos por tomar un poco.

Al ver el entusiasmo en la sirvienta, Freya no quiso negarle ese pequeño disfrute, por lo que acabó asintiendo y aceptando el sorbo de ese vino recién llegado.

Alexandra preparó dos vasos pequeños, los llevó con ella a la despensa, donde estaban las barricas. Los llenó ahí y le tendió uno a Freya cuando estuvo de nuevo frente a la joven.

—Es la primera vez que hago esto. No se lo digáis al señor…

Freya rio.

—Si se lo contara, también tendría conocimiento de que yo intento vaciar sus barricas mientras los demás trabajan. Será nuestro secreto.

La sirvienta asintió y, tras tomar un pequeño sorbo, siguió con su trabajo. Freya lo probó y un pequeño gemido de placer escapó de su garganta mientras miraba el vaso.

—Vaya… Es la primera vez que pruebo un vino como este… ¿De dónde es?

Alexandra sonrió.

—Lo hacen en el sur, en un pueblo de la frontera con Inglaterra.

—Pues es una pena que estén tan lejos para darles mi enhorabuena. Está increíble.

Alexandra sonrió y comenzó a cortar cebolla.

—Se lo diré al arriero cuando vuelva el mes que viene.

Freya se terminó el contenido de su vaso y se levantó de su asiento.

—Bueno, será mejor que me vaya. No quiero entretenerte demasiado, Alexandra. Ha sido un placer compartir contigo este momento.

La sirvienta asintió y le sonrió.

—Para mí también, señorita. Me alegro de que os haya gustado el vino.

La joven salió de las cocinas y se preguntó en qué podía emplear el tiempo. Si los guerreros se encontraban en el patio, no quería interrumpirlos, pero tampoco deseaba quedarse en el interior del castillo, ya que sentía que después de una semana se le echaban las paredes encima.

Con un suspiro, Freya recorrió lentamente los pasillos y se detuvo a admirar varias de las pinturas que, en las semanas anteriores, por falta de tiempo o de interés no había observado. Parecían ser pinturas realizadas desde el interior de un alma desgarrada, pues las de ese pasillo mostraban escenas de batallas que desconocía y cuyos trazos eran demoledores.

En otros pasillos encontró pinturas tal vez de los antiguos moradores de ese castillo, antepasados de Blair y el demonio de Broc que habían llevado la jefatura del clan MacNab desde un punto de vista pacífico, nada que ver con lo que esas gentes estaban experimentando ahora.

Freya dejó escapar un largo suspiro cuando llegó a la altura de la escalera. Desde hacía un par de minutos su cuerpo estaba sintiendo algo extraño en su interior. La joven tragó saliva con

fuerza mientras se abanicaba con la mano, intentando aplacar el intenso y poderoso calor que parecía querer hacerla arder en ese momento. Y no pudo evitar una expresión de desconcierto pues desde allí podía notar el aire fresco que entraba por la puerta abierta del castillo. Escuchaba el sonido de las espadas de los guerreros mientras entrenaban y también casi podía oír el batir de las alas de los pájaros. De repente, sus sentidos parecían haberse abierto al mundo y a pesar de lo que estaba empezando a sentir en lo más profundo de su entrepierna, tenía miedo.

Las manos de Freya se apoyaron en la baranda de la escalera antes de que su frente descansara sobre ellas. Sus dedos aferraron con fuerza una de las formas que hacía el balaustre y respiró hondo para intentar calmarse. No tenía ni idea de lo que le estaba pasando, pero de repente su corazón latía a un ritmo demasiado acelerado y sus mejillas estaban tan candentes que estaba segura de que arderían en cualquier momento.

A pesar de que sus pulmones intentaban recuperar el ritmo sereno de su respiración, esta pareció acelerarse más y más, y cuando estaba a punto de pedir ayuda por temor a que le estuviera dando un ataque al corazón, todo el calor que atenazaba el cuerpo de Freya se instauró en una sola zona de su cuerpo.

—Maldita sea… —murmuró en medio del pasillo—. Era un puto afrodisiaco…

Freya masculló otra maldición cuando se dio cuenta de que el vino que Alexandra le había preparado era un potente afrodisiaco. No estaba segura de que la sirvienta lo supiera, pues ella misma también se había servido un vaso, pero no la había visto bebérselo. Sin embargo, ella se lo había bebido entero, y lo peor de todo era que no podía caminar sin resistirse a llevar su mano a la entrepierna.

Y en ese momento de indecisión, la imagen de Blair llegó a su mente. Los músculos del guerrero la primera vez que lo vio entrenar, cuando lo vio sin camisa en varias ocasiones, al verlo luchar con fiereza… Todas esas imágenes se repetían en su mente, provocando que el calor de su cuerpo fuera en aumento. Y al recordar que iba a alejarse de él durante Dios sabía cuánto tiempo, se dijo que no podría irse sin haberlo sentido contra su cuerpo.

—Al diablo con todo… —masculló separándose de la baranda y dirigiéndose hacia el despacho del guerrero.

El roce de sus leggins contra su piel le molestaba, al igual que la tela que cubría sus pechos. Ni siquiera el aire frío que la envolvió cuando cruzó delante de la puerta abierta logró calmar su sed. Llevaba semanas deseándolo, pero su relación apenas había ido más allá de unos cuantos besos y caricias. Pero ahora lo que sentía era realmente abrumador. Y caliente.

Lanzando un resoplo, Freya giró en la esquina del pasillo y casi voló hasta la puerta del despacho del guerrero, la cual abrió de golpe, sin llamar. Vio cómo Blair daba un respingo y dejaba sobre la mesa algo que no logró alcanzar a ver, pues sus ojos estaban únicamente puestos sobre él, que se levantó con el rostro preocupado.

—Freya, ¿pasa algo?

La joven entró sin responder y cerró tras ella para después quitarse la chaqueta de cuero. No sabía cómo ni por qué, pero el vino había hecho que se desinhibiera totalmente, dejando a un lado cualquier rastro de prudencia.

—Sí, que te deseo, Blair —murmuró casi con desesperación—. Eso es lo que pasa…

El guerrero rodeó la mesa sin apartar la mirada de ella, que comenzaba a quitarse la camiseta.

—En un cortejo, esto no llega hasta después de la boda… —murmuró Blair apretando con fuerza los puños, intentando contener el deseo de tocarla.

—Yo lo deseo ahora… Y después también…

La tensión en el ambiente era más que palpable. Los cuerpos de ambos parecieron reaccionar antes que sus mentes y comenzaron a acercarse lentamente mientras sus miradas no paraban de encontrarse en cada momento.

—Tal vez deberíamos ir a un dormitorio… —sugirió Blair levantando las manos para aferrarla de la cintura.

Freya negó con la cabeza.

—Quiero que me poseas aquí, guerrero —ronroneó con el cuerpo ardiendo de deseo.

Las manos de la joven comenzaron a acariciar el cuerpo de Blair con devoción, explorando zonas nuevas que no se había atrevido a explorar en los días anteriores. En ese instante, sus labios se encontraron en un beso profundo y hambriento. Sus lenguas se entrelazaron en un baile tan desenfrenado y salvaje que hasta la propia Freya calificó de escandaloso en su mente.

Poco a poco, las prendas de ambos empezaron a caer al suelo, mostrando los cuerpos desnudos de uno y otro, que deseaban tocar cada palmo de piel del otro, ansiosos por fundirse y ser solo uno.

El despacho estaba iluminado por la luz que entraba en ese momento por la ventana, por lo que pudieron ver lo suficiente cuando se separaron para mirar sus cuerpos desnudos, sin vergüenza. Blair miró a los ojos de Freya y vio impreso en ellos el deseo por sentirlo dentro de ella y a pesar de decirse que debía resistirse, no pudo ganar la batalla contra las manos de la joven, que fueron directamente hacia su miembro.

Blair soltó un gemido de placer cuando los dedos de la joven lo rodearon y comenzaron a moverse suavemente sobre él. Freya lo empujó suavemente contra la mesa de su despacho y Blair se dejó hacer. La boca de Freya descendió hacia su amplio y musculoso pecho, al que le dedicó infinidad de besos antes de descender por su vientre.

—Freya… —intentó quejarse Blair casi sin resuello.

El cálido aliento de la joven lo envolvió antes de que la joven introdujera su miembro en su boca. La cabeza de Blair cayó hacia atrás al tiempo que dejaba escapar un rugido de su garganta. Cuando la lengua de la joven rozó su parte más sensible sintió como si la habitación comenzara a girar, mareándolo y pidiendo más. Inconscientemente, llevó una mano a su pelo, luchando consigo mismo para evitar acercarla más a él, pues en caso de hacerlo, acabaría demasiado pronto.

Con ojos suplicantes, Blair le pidió en silencio que volviera a ponerse en pie.

—Te deseo tanto, Freya…

Con un movimiento rápido, la giró y la apoyó contra la mesa. Levantó sus piernas y la ayudó a enroscarlas alrededor de su cadera. Con el cuerpo más ardiente que nunca, Freya arqueó la espalda, clara incitación para que tomara posesión de su cuerpo cuanto antes, pero Blair tenía otros planes.

El guerrero llevó su mano hacia el pecho de la joven, justo en el centro. Subió y bajó su mano hasta su ombligo antes de posarlas en ambos pechos. Freya gimió y volvió a arquear la espalda.

—Blair… —suplicó aferrándose con fuerza a la mesa.

El guerrero agachó la cabeza y mordisqueó uno de sus pechos antes de dedicarle el mismo cariño al otro, arrancándole gemidos que llenaron el silencio a su alrededor.

Después, acarició su cuerpo de nuevo, delineando todas y cada una de sus curvas mientras sus ojos la devoraban lentamente.

—Eres mía, Freya —susurró—. Solo mía.

La joven abrió la boca para responder, pero solo escapó un gemido cuando el dedo pulgar del guerrero llegó a su entrepierna. Freya sintió que estaba a punto de caerse de la mesa, pero sabía que Blair la mantenía bien sujeta y firme contra su cuerpo.

Las caricias del guerrero se hicieron más intensas, incendiando todo su cuerpo a medida que la acariciaba en el centro. Freya perdió el contacto con la realidad cuando el placer apareció de la zona más remota de su cuerpo, concentrándose en su entrepierna, donde Blair acariciaba lentamente, llevándola a un intenso placer que acabó en un fuerte gemido.

Al instante, Freya sintió contra su cuerpo la desnudez de Blair. Abrió los ojos y lo observó con un deseo irracional. Sus labios volvieron a encontrarse en un beso urgente y hambriento mientras sus manos exploraban cada centímetro de sus muslos. Freya llevó las suyas a los hombros del guerrero y se aferró a él con fuerza cuando Blair unió sus cuerpos por fin en uno solo.

Los alientos de ambos se unieron y fundieron al igual que sus intimidades mientras gemían y bebían cada quejido que el otro dejaba escapar. Las manos de Blair apretaban su trasero con avidez y lujuria y frenaban el movimiento de su carne cada vez que esta se movía cuando la penetraba. Freya sentía cómo sus pezones rasgaban la piel del pecho de Blair en el momento en el que cada acometida la elevaba. Estaba totalmente entregada a él y a un deseo tan profundo que jamás había experimentado. No sabía si era el vino o tal vez era el deseo que había intentado frenar desde que había visto a Blair por primera vez, pero ahora que por fin lo tenía dentro de ella se sentía llena, plena… Feliz.

Los susurros y los gemidos de ambos fueron a más cuando la pasión desenfrenada los llevó a un éxtasis que estuvo a punto de hacer que rompieran la mesa del despacho, mientras ambos buscaban saciar la sed y el deseo ardiente de sus cuerpos.

Cuando Freya sintió contra la piel de sus muslos el calor abrasador de la semilla de Blair, apretó con fuerza sus hombros, pues le pareció tan apasionante que estuvo a punto de volver a excitar su cuerpo.

Ambos unieron sus labios de nuevo mientras sus respiraciones volvían a ser acompasadas y tranquilas. Blair fue el primero en romper esa unión para apoyar la frente en la de la joven al tiempo que sonreía.

—Desconocía que fueras tan ardiente…

Freya sonrió y dejó caer sus piernas al suelo.

—Supongo que hay cosas de mí que aún no sabes.

—Pues esto me gusta… —ronroneó antes de darle un beso rápido y separarse de ella.

Ambos tomaron sus ropas del suelo y comenzaron a vestirse antes de que alguien más entrara sin llamar en el despacho y los sorprendiera de esa guisa. Freya le dio la espalda al guerrero mientras buscaba su sujetador y este, aprovechando esa visión de su cuerpo desnudo, le dio una palmada en las nalgas. En el momento en el que la joven se giró hacia él con una sonrisa, Blair se

encogió de hombros.

—Tenía una buena visión y no he podido resistirme.

—¿No podrías cambiar de opinión respecto a lo de enviarme fuera?

Blair suspiró mientras se ponía la camisa.

—Lo que acaba de suceder precisamente me ha confirmado que debo hacerlo. No quiero que te hagan daño, Freya.

El guerrero levantó una mano y acarició su mejilla con ternura mientras le sonreía.

—Si mi primo se entera de lo nuestro, irá a por ti. Te atrapará y te usará para destruirme. Y no deseo eso.

Freya acabó suspirando y asintió.

—Está bien. Pero si la cosa se pone fea, avisadnos para que Leathan venga a ayudar.

—Tranquila, lo haremos.

Freya acabó de vestirse y ajustó sus botas antes de acercarse a la ventana a mirar a través de ella. Los guerreros de Blair estaban entrenando duramente, por lo que no debía temer nada.

Cuando los brazos del guerrero la abrazaron por detrás, esbozó una sonrisa. Tenía la sensación de sentirse como en casa. A pesar de que durante toda su vida había hecho cosas que le gustaban y nadie la había obligado a nada; a pesar de que estudiaba y trabajaba en lo que le gustaba, Freya jamás se había sentido tan a gusto en un lugar. Y lo que más le sorprendía era que esa tranquilidad y sosiego los había encontrado en un lugar que desconocía, un tiempo que no era el suyo y un hombre que jamás creyó que llegaría a conocer tan en profundidad.

Desde hacía semanas pensaba que el destino se había burlado de ella y la había llevado hasta allí para alejarla de la seguridad y tranquilidad de su vida, pero ahora entendía que ese era realmente su destino, estar allí, ayudar en lo que pudiera y restaurar la paz entre los MacNab. De repente, entendía las palabras de Miryam, la curandera que la había atendido cuando fue envenenada. Ella debía ayudar al verdadero laird de ese clan, que no era otro que Blair. Era una persona honesta y preocupada por su gente que vivía una situación indeseada y desesperada.

El guerrero le dio un beso en la nuca antes de separarse de ella.

—Tengo que resolver algunas cuestiones antes de que acabe el día. He pensado en escribir una carta a mis antiguos aliados para que nos ayuden y que esta llegue antes que yo, así ganaremos tiempo.

Freya asintió y se acercó a él, que se había sentado ya tras la mesa.

—Es una buena idea. Ojalá y no se nieguen a ayudar.

—No les conviene. Si mi primo nos vence, estoy seguro de que sería capaz de declararles la guerra. Y saben cómo es.

—Sí, tal vez el miedo les haga reaccionar para ayudarte.

Freya sonrió, pero sus labios se quedaron congelados al ver algo sobre la mesa de Blair. Su gesto se tornó serio, como si se hubiera quedado petrificada y no pudiera reaccionar. El guerrero siguió su mirada y descubrió que estaba puesta sobre el colgante que él mismo había sostenido entre sus manos antes de que la joven irrumpiera en el despacho.

—¿Estás bien, Freya?

La joven dio un respingo y lo miró, asombrada.

—¿Cómo es posible que tengas eso?

Freya alargó una mano y tomó el colgante entre sus manos.

—Por todos los demonios del infierno… —murmuró—. Yo misma hice este collar cuando tenía diez años, Blair.

El ceño del guerrero se frunció de golpe y la miró, sin comprender.

—Yo misma le regalé este collar a mi madre. Se lo hice cuando estábamos de vacaciones.

La joven palpó entre sus manos las conchas con las que lo había hecho y estuvo a punto de esbozar una sonrisa cuando sus hermanas le recriminaron que el cordón con el que las había unido era tan antiguo que le haría roces en el cuello a su madre. Aún recordaba ese día como si hubiera pasado hacía relativamente poco.

—Mi madre solía ponérselo cada vez que se iba de viaje porque cuando se lo regalé le dije que le daría suerte. Y lo llevaba puesto el mismo día que desapareció. ¿Por qué lo tienes tú?

Blair se levantó de su silla y alargó la mano para intentar coger el collar, pero Freya lo apartó de él. El guerrero vio las lágrimas en los ojos de la joven.

—Creo que el destino se ríe de nosotros, Freya. Ese mismo colgante se lo hice a mi propia madre cuando yo también era pequeño. Ella me llevó a la playa que hay cerca de aquí porque las cosas con mi padre estaban un poco tensas. Me dejó que corriera por la playa y recogiera todas las conchas que quisiera. Después le hice ese collar. Lo encontré cuando murió. A veces, cuando me siento superado por las circunstancias, lo observo y me da fuerzas.

Freya lo miraba como si no pudiera comprender lo que estaba pasando.

—Entonces, ¿es tuyo?

—Bueno… de mi difunta madre. Pero sí. Lamento haber hecho que recuerdes a la tuya. No era mi intención.

Freya miró de nuevo el colgante y dudó unos instantes. Se dijo las mismas palabras de Blair. El destino se estaba riendo de ellos. ¿Cómo era posible que ambos hubieran hecho lo mismo, pero en épocas diferentes?

—Parece que estuviéramos hechos el uno para el otro, Freya —dijo Blair como si le hubiera leído el pensamiento.

La joven asintió y volvió a dejar, no sin cierta dificultad, el collar sobre la mesa. El corazón se le había acelerado al verlo y necesitaba recuperarse de nuevo. Habría jurado ante quien fuera que ese colgante era de su madre, y se sintió mal por haberse dejado llevar por su deseo hacia Blair y haberse olvidado, en parte, de la desaparición de sus padres. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Sus hermanas habrían seguido con la investigación? Tal vez estaban ya en casa y ahora ellos la buscaban a ella…

Sus ojos se llenaron de lágrimas y, antes de que Blair pudiera decir algo más, Freya salió del despacho corriendo. ¿Por qué demonios había olvidado tan pronto a sus padres? ¿Y si estaban muertos? No. No podía ser así. Estaban vivos. Ella había escuchado el grito fantasmagórico de su padre. Pero no tuvo tiempo de saber si se habían quedado encerrados en algún lugar de las ruinas del castillo de Blair en el futuro. Así que deseó que todo aquello acabara pronto para poder volver al futuro y salvarlos.

CAPÍTULO 13

El día por fin había llegado. Freya preparó su propia mochila para marcharse de allí. A pesar de que más de una sirvienta le había pedido que se llevara algún vestido del baúl de la hermana de Blair, Freya se había negado a ello. Ella misma lavó su propia ropa y la secó junto a la chimenea para llevársela. Con sus leggins iba a cabalgar mejor y, si tenían algún problema en el camino o al llegar allí, podría defenderse mejor con unos pantalones que con un vestido pesado que apenas le dejaría mover las piernas.

El libro que contenía información de Broc y que había tomado de las ruinas del castillo del guerrero acabó entre las llamas de la chimenea. Freya no quería arriesgarse a que alguien más lo descubriera en el fondo del baúl y la acusaran de espionaje o algo parecido. Y solo se apartó del fuego cuando vio que las llamas habían acabado con el libro y lo redujeron a cenizas.

La joven miró a su alrededor y guardó en su mente el recuerdo de la que había sido su habitación desde que la llevaron al castillo. No podía creer cómo era posible que se hubiera encariñado tanto con todo: la gente, las costumbres, el castillo, Blair… Todo se había vuelto parte de su vida, y aunque siempre había escuchado que había que soltar para seguir adelante, algo allí parecía querer retenerla. Y ese alguien la esperaba en el patio mientras hablaba seriamente con Leathan.

Con un largo suspiro, Freya salió de allí. Le temblaban las manos a pesar de haberse repetido una y mil veces que, tal y como Blair decía, era lo mejor para todos. Y ella no quería ser un estorbo en caso de que se produjera un ataque por parte del primo de Blair. Bajó las escaleras con lentitud, como si estuviera acercándose a un patíbulo. Miró por última vez esos cuadros, deseando poder verlos de nuevo en pocos días, y cuando salió al exterior, con la mochila al hombro, dirigió su mirada al cielo.

El día había amanecido ligeramente lluvioso, por lo que torció el gesto al descubrir que iban a calarse hasta los huesos. Cerró la cremallera de su chaqueta y sonrió cuando una sirvienta se cruzó con ella y miró hacia esa cremallera que aún en ese tiempo no habían inventado. Pero ya estaba acostumbrada a esas miradas, así que dio un paso hacia el frente, y después otro para acercarse a Blair y Leathan, que la esperaban con un Ossian tan malhumorado como siempre.

—Se te nota en la cara la ilusión que te hace viajar conmigo, muchacha —fue lo primero que le dijo un irónico Leathan.

Freya no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Espero que Blair te haya permitido llevarte uno de los toneles de whisky. Si no lo ha hecho, será un infierno aguantarte.

Leathan lanzó una carcajada, ganándose una mirada de su primo.

—Tened cuidado, por favor.

Su primo asintió y le dio una palmada en el hombro. Desde su posición, la joven se dio cuenta de que la mirada que ambos se dedicaban parecía decir más que sus palabras. Tuvo la sensación, durante unos segundos, de que estaban despidiéndose para siempre, pero cuando se separaron con su habitual frialdad, todo pareció fruto de su imaginación.

Mientras tanto, Blair no podía apartar su mirada de Freya, que lo observaba tímidamente. La preparación del viaje y los nuevos ataques al clan habían hecho que apenas pudieran estar juntos desde lo sucedido en el despacho del joven y Freya habría querido pasar un momento más de

intimidad con él antes de marcharse.

Ossian y Leathan los miraron y se alejaron para darles intimidad, y cuando se encontraron solos, Blair levantó una mano para acariciar su mejilla.

—Lamento el inconveniente del otro día con el collar de mi madre.

Freya sonrió y se encogió de hombros.

—Soy yo quien tiene que lamentarlo. Creo que mi reacción fue excedida. Lo he pasado tan mal con la desaparición de mis padres que me volví un poco loca.

Blair sonrió y acortó la distancia para besarla.

—Le he confiado tu vida a Leathan. Sé que hará lo imposible para que estés bien, pero si hay algún problema envíame una carta para pedir ayuda. Como sea. Iré a por ti.

Freya asintió.

—Solo serán unos días. Tal vez poco más de una semana.

La joven se enterró entre sus brazos y lo estrechó contra ella.

—Voy a echarte mucho de menos.

Blair sonrió y acarició su pelo.

—Yo también. Tendremos muchas cosas que contarnos cuando todo esto acabe.

En ese instante, se escuchó el carraspeo de Leathan, que estaba deseando marcharse ya, antes de que la lluvia arreciara más. Por ello, Blair sacó de su bota una daga y le tendió la empuñadura. Freya frunció el ceño, sin comprender.

—Espero que jamás te haga falta, pero quiero dártela para que la uses si es necesario.

—Pero ya llevo a Leathan para ello.

Blair sonrió de lado.

—Por si necesita una ayuda… No te separes de ella. Y no dudes en usarla para protegerte.

Freya dudó un instante, pero acabó aceptándola. Tampoco sería tan difícil. Hacía tiempo que no practicaba esgrima, y jamás había usado una daga, pero se dijo que tal vez no era tanta la diferencia entre un arma y otra. Y si estaba en peligro, la usaría para defenderse y ayudar a Leathan.

—Te la devolveré cuando regrese.

—De acuerdo —susurró Blair.

Freya la guardó en el cinturón de su cadera, que le había regalado Alexandra el día anterior cuando le pidió perdón por lo del vino, pues desconocía sus efectos. Ya preparada, Freya besó fugazmente a Blair y se encaminó hacia su yegua. La joven montó con soltura, pues desde que Blair le enseñó, había vuelto a montar en varias ocasiones y ya se sentía más segura sobre el animal.

Leathan ya montaba su caballo y miró a Blair.

—Si hay novedades o necesitas mi ayuda, no dudes en avisarme. No me dejes fuera, amigo.

Blair sonrió y le dio una palmada en la pierna al ver la preocupación en su rostro.

—Qué sentimental eres.

Su amigo sonrió.

—¿Algo más que decirle a tu amada o podemos marcharnos?

Freya sintió que se sonrojaba ante el tono con el que habló, por lo que miró hacia otro lado.

—Ya está todo dicho. Tened cuidado, sobre todo por el paso del desfiladero.

Freya frunció el ceño y los miró.

—¿El paso del desfiladero?

Blair asintió.

—Sí, está como a dos horas de aquí. De camino a la casa de mi madre hay un pequeño desfiladero en el lado izquierdo del camino. Es peligroso, pero no pasa nada. Son solo unos metros…

Freya asintió y le tomó la mano de nuevo.

—Ten cuidado.

Blair sonrió.

—Sabes que lo tendré.

El guerrero apretó con fuerza el muslo de la joven y dio unos pasos atrás para dejar que se fueran. Desde su posición vio cómo cruzaban el portón y este se cerraba unos minutos después.

Freya dio un respingo cuando escuchó el portazo que dio la madera y se obligó a mirar al frente. Sentía un terrible vacío en su pecho, pero se repitió una vez más que era lo mejor que podían hacer. Y cuando aceleró su paso para ponerse a la misma altura que Leathan, este la miró de soslayo con una sonrisa y le dijo:

—Espero que estés preparada para el viaje… Aguantarme no es fácil…

Estaba segura de que ya habían pasado las dos horas que Blair le dijo que tardarían en llegar al desfiladero, pero aún se encontraban en un terreno llano y sin la protección que daban los árboles de un bosque.

Leathan se había mantenido sorprendentemente callado durante esas horas, y Freya no quería molestarlo, pues sabía que el guerrero estaba pendiente de todo lo que pasaba a su alrededor por temor a ser sorprendidos por los hombres de Broc. No obstante, recordó que Blair le afirmó que su primo no había llegado a esa zona del clan y no había atacado esos poblados, pues sería un gran riesgo para sus hombres debido a la cercanía de los guerreros de Blair.

Freya dejó escapar un suspiro y se dedicó a admirar las tierras a su alrededor. El color verde de los campos parecía brillar aún más gracias a la suave lluvia que caía ese día, pero que los había calado hasta los huesos a pesar de llevar sobre sus hombros una capa. La suya se la había prestado Leathan, que insistió en que esa chaqueta (o ropa endemoniada, como él solía decir) no iba a evitar que se quedara congelada por la lluvia fría. Y en realidad así era. A pesar del cuero, Freya temblaba a ratos bajo la capa, y aunque se arrebujaba bajo ella, no pudo evitar que las piernas se le mojaran del todo. Cuánta falta le hacía en ese momento su coche… Se preguntó si lo habrían encontrado en el futuro o se había quedado en el pasado y alguien lo había visto… No tenía ni idea de cómo funcionaba ese cambio de tiempo, pero lo que sí sabía es que estaba viviendo la mayor y mejor aventura de su vida. Aunque le habría gustado evitar el peligro.

—Eres muy aburrida como compañera de viaje…

La voz de Leathan la sacó de sus pensamientos y la obligó a levantar la mirada hacia él. La joven enarcó una ceja y lo señaló con la cabeza.

—¿Me dices a mí? Pero ¿tú te has escuchado estas dos horas? Ah, no, que estabas demasiado pendiente acariciando la empuñadura de tu espada.

El guerrero sonrió de lado.

—Blair me ha pedido que cuide de ti. ¿Qué clase de guerrero sería si no sobrevives a un simple viaje a mi lado?

—No sobreviviré igualmente al aburrimiento…

Leathan se carcajeó.

—Creo que nunca te lo he dicho, pero me gustas.

Freya arqueó una ceja.

—No en ese sentido, por Dios… Me pareces graciosa, interesante, culta, valiente, decidida… Y muchas cosas más que no diré para perjuicio de tu ego. —Freya sonrió—. Y me sorprende que, teniendo en cuenta de dónde vienes, te hayas adaptado y hayas sobrevivido entre nosotros.

La joven frunció el ceño.

—¿Sabes de dónde vengo?

—Me lo dijo Blair —se disculpó con una sonrisa—. Y aunque me parece algo… increíble, entendí muchas cosas.

—¿Cómo qué…?

Leathan sonrió.

—Como tu maldita y extraña forma de vestir. Pareces un hombre. Pero me gusta. No eres como las demás mujeres.

—Y también entendí por qué hablabas así…

Freya rio.

—Hablo mucho peor, pero me obligué a adaptarme un poco a vuestra forma de hablar. Un poco antigua para mí…

—¿Se habla de nuestra guerra en el futuro?

Freya se encogió de hombros.

—Bueno, hay quien no la conoce, pero en mi caso, la escuché desde pequeña. Mi padre siempre me la contaba y eso fue lo que me animó a estudiar Historia y especializarme en Historia Escocesa.

Leathan frunció el ceño.

—¿Estudiar? ¿Acaso has ido a un lugar para ello?

—Sí, a la universidad. En el futuro se nos permite estudiar a las mujeres y trabajar en lugares que ahora os haría llevaros las manos a la cabeza.

Leathan se quedó pensativo con media sonrisa pintada en los labios, mientras Freya comenzó a reír suavemente.

—¿Te ríes de mí porque no llego a comprenderte?

Freya negó con la cabeza.

—No. Me río porque en pocos minutos me has hecho más preguntas sobre el futuro que el propio Blair.

—Bueno, será porque soy más curioso…

La joven asintió y siguió el dedo de Leathan, que señalaba al frente.

—Hemos llegado al desfiladero. Aunque el camino mida alrededor de cuatro metros, no te fíes. Iré primero y tú detrás. Ten cuidado, no me gustaría que te partieras el cuello.

Freya asintió en silencio. Su corazón comenzó a latir con fuerza, temerosa de hacer algo que encabritara a la yegua y ambas cayeran por el terraplén. Cuando se internaron en este, Leathan se mantuvo en silencio, y ella también, pendiente en todo momento de cada paso que daba el guerrero para seguirlo al milímetro.

El canto de los pájaros los envolvió; el aire que corría entre los árboles que los rodeaban despeinó sus cabellos mojados y aunque Freya sentía la capa sobre sus hombros, tenía la sensación de estar desnuda en ese lugar, como si miles de ojos los estuvieran observando.

A su derecha, se elevaba un pequeño cerro por el que no podría escapar, aunque quisiera; y por la izquierda, un terraplén más pequeño del que había imaginado en su mente, pero tan peligroso como pensaba. Numerosas piedras que parecían estar colocadas a propósito podrían hacer que te rompieras más de un hueso si chocabas contra ella. Y cuando se dio cuenta de que sus ojos estaban más pendientes del terraplén que del camino, se obligó a centrar su mirada al frente, a la espalda de Leathan, que en ese momento se puso tan tensa que creyó que le ocurría algo.

Freya abrió la boca para preguntar, pero el guerrero levantó la mano y detuvo su caballo, obligándola a hacer lo mismo para evitar chocarse. La joven sintió cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba y, si Leathan pensaba en lo mismo, sabía que los estaban vigilando.

Segundos después, el guerrero desenvainó su espada y miró hacia la derecha, justo donde la pendiente caía hacia ellos, pero ella no vio nada. No obstante, un silbido desconocido parecía acercarse a ellos a toda velocidad hasta que el gruñido de dolor de Leathan llegó a sus oídos.

Freya dio un respingo y cuando abrió la boca para preguntarle qué pasaba, lo vio caer del caballo con una flecha clavada en el hombro.

—¡Leathan! —gritó con auténtico pánico.

El caballo del guerrero se alzó sobre sus patas traseras y se perdió el camino adelante, dejando a su dueño malherido en el sueño. Leathan gemía de dolor al tiempo que se arrastraba hacia su espada.

En ese mismo instante, en el que Freya se bajaba de la yegua para correr hacia él, de entre los árboles surgieron gritos de varios guerreros que salieron a su encuentro.

—¡Leathan! —volvió a gritar la joven cuando estaba a punto de alcanzarlo.

—¡Corre, Freya! —vociferó el guerrero tirando la flecha al suelo y aferrando su espada mientras se giraba por completo hacia los atacantes.

La joven negó con la cabeza y sacó la daga de su cinturón. Freya dio un paso hacia Leathan para ponerse a su lado, pero uno de los atacantes se puso en su camino. Saltó desde la última piedra y le cortó el paso. Desde allí, la joven pudo ver que Leathan luchaba contra otros dos

guerreros.

—Hola, preciosa…

Freya lo miró y dio un paso atrás, haciendo lo posible para que la mano con la que sostenía la daga no temblara. Intentó recordarlo, pero desconocía su rostro y, a diferencia de los que los habían atacado en otras ocasiones, ellos vestían con ropas que mostraban los colores del clan MacNab.

—¿Por qué no os marcháis y nos dejáis seguir?

El guerrero dio un paso hacia ella, acercándola más al desfiladero. Freya intentó no mirar hacia atrás, pues temía sucumbir ante el miedo. El hombre negó con la cabeza al tiempo que chasqueaba la lengua.

—Nos marcharemos después de saciar nuestra curiosidad.

Freya frunció el ceño e intentó apartar con la mano las gotas de lluvia que mojaban su rostro. Con dedos temblorosos, desató el nudo de su capa y la dejó caer al suelo. Con ella sobre sus hombros sentía que sus movimientos se frenaban, y cuando estuvo libre, lo apuntó con la daga. Ese movimiento hizo que el hombre comenzara a reír.

Desde allí, Freya vio que Leathan daba fin a la vida de uno de los guerreros, aunque tuvo la sensación de que de entre los árboles aparecían más sombras que se dirigían corriendo hacia ellos. Sin embargo, tuvo que centrarse en el hombre que había delante.

—Quiero saber si es cierto que eres la mujer que sobrevivirá a una tercera prueba.

—Estoy harta de vuestras malditas pruebas. Esto es la vida real, no un programa de televisión —vociferó aun sabiendo que no la entenderían.

El hombre sonrió ampliamente y, con un movimiento demasiado rápido, acortó la distancia que los separaba y le dijo:

—Adiós, preciosa…

Freya sintió las manos del guerrero demasiado fuertes contra sus hombros. Y al instante, cuando de repente sus pies dejaron de estar sobre el suelo, dejó escapar un grito de auténtico pavor. La daga de Blair se escurrió de sus manos y las gotas de lluvia parecían caer sobre su rostro con más fuerza cuando su cuerpo chocó por primera vez contra el suelo del desfiladero. La lluvia había provocado que la tierra estuviera demasiado fangosa, algo que ayudó bastante a que comenzara a deslizarse a través de este mientras intentaba esquivar las piedras.

Freya creyó escuchar el grito desesperado de Leathan cuando la vio caer, pero segundos después dejó de ver lo que sucedía en el camino. La joven intentó aferrarse a alguna de las raíces de los árboles que sobresalían de la tierra, pero tenía las manos tan mojadas y llenas de tierra que apenas podía sostenerse unos segundos antes de volver a deslizarse por el terraplén. Lágrimas de frustración acudieron a sus ojos mientras gritaba. El camino comenzaba a quedarse demasiado arriba y el final de su caída comenzaba a verse.

Una piedra le golpeó en la espalda, provocando que se quedara sin aliento momentáneamente. Freya lanzó un grito de dolor al tiempo que se retorcía contra el suelo. Eso frenó en parte su caída, pero no evitó que siguiera deslizándose, golpeándose la cara contra las raíces de los árboles. Sentía cómo todo lo que había en la tierra quería clavarse en su cuerpo, hacerle daño, desgarrarla, matarla… Pero a pesar de eso, una rabia incontenible se apoderaba de ella a medida que caía por los últimos metros que le quedaban.

—¡No! —gritó al ver que al final había una enorme piedra esperándola para golpearla.

Como pudo, se intentó hacer un ovillo de lana, pero eso no evitó que la velocidad con la que caía la hiciera chocar con fuerza, arrancándole el poco aliento y las fuerzas que le quedaban, provocando que la oscuridad la envolviera por completo y dejara de sentir el dolor que laceraba su cuerpo.

Un gemido de dolor escapó de su garganta antes que tomara conciencia de nuevo y pudiera recordar lo que había sucedido. Freya intentó mover una pierna y volvió a gemir de nuevo cuando su espalda protestó. Temía haberse roto algo y encontrarse en medio de la nada, desprotegida.

Las gotas de lluvia caían suaves por su rostro, ayudando a su mente a despertar. El recuerdo del terror vivido cuando el guerrero la empujó y mientras caía por el desfiladero hicieron que abriera de nuevo los ojos. El cielo estaba encapotado y demasiado oscuro, amenazando aún más lluvia. Se preguntó cuánto tiempo había estado inconsciente, pero al no saber dónde se encontraba el sol, no podía orientarse.

Su mirada se dirigió hacia arriba. Desde allí no podía ver el camino donde había dejado a un Leathan malherido y luchando contra los atacantes. Se preguntó si su mirada la había engañado cuando creyó ver que entre los árboles aparecían más guerreros. Y ese recuerdo, unido al silencio que había a su alrededor, fue el que la obligó a moverse. Temió que hubieran matado a Leathan e intentaran bajar el desfiladero por alguna zona para comprobar si estaba muerta. Por ello, giró lentamente sobre sí misma apretando los dientes y se puso en pie como pudo.

Le alegró ver que tan solo estaba magullada, pero ningún hueso roto. Sus brazos sangraban ligeramente por los cortes que le habían hecho las raíces de los árboles, al igual que sus piernas. Freya necesitó apoyarse contra un árbol cercano, pues se sentía terriblemente mareada.

Volvió a mirar a su alrededor y suspiró al saber que estaba completamente sola. Al menos los guerreros de Broc aún no la habían encontrado, pero algo le decía que iban a bajar como fuera. Por ello, debía ponerse en marcha de nuevo. No estaba segura de cómo podría llegar al castillo de Blair, pues desde allí tendría que dar un gran rodeo hasta subir el desfiladero.

La joven frunció el ceño cuando sintió que algo corría por su sien y su mejilla y abrió los ojos desmesuradamente al ver que era sangre que salía de una herida junto a la raíz de su cabello.

—Mierda…

A medida que pasaban los minutos, fue llenándose de energía y ánimo para poder incorporarse de nuevo y hacer algo. No podía quedarse allí parada, pues no sabía cuándo se le iba a echar la noche encima.

Y en ese momento, en el que recordó el terror vivido mientras era empujada hacia el desfiladero, una poderosa rabia emergía de lo más profundo de sus entrañas. Era la misma rabia que había sentido al ver que el comisario apenas movilizaba a los policías para que buscaran a sus padres; la misma rabia cuando sus hermanas la culpaban a ella de lo sucedido; la misma que sintió cuando años atrás estuvieron a punto de denegarle la beca para estudiar historia; la misma que recorrió su cuerpo cuando descubrió que sus propias amigas la engañaban y se reían de ella a sus espaldas. Una terrible rabia que le encogió el corazón, pero que le pareció necesaria para ese momento. Estaba cansada. Llevaba semanas aguantando y sobreviviendo en un tiempo que no era el suyo, en un lugar que no era su hogar, a unas pruebas que no entendía y de las que estaba

más que harta.

Freya apretó los dientes cuando se incorporó y dejó de apoyarse contra el árbol. La joven puso los brazos en jarras, haciendo caso omiso al escozor de sus heridas.

—Me tenéis hasta los cojones… —murmuró entre dientes.

Y apretando los puños, la joven miró hacia su derecha y comenzó a caminar. No sabía cuánto tiempo tardaría, pero estaba segura de que llegaría al castillo de Blair nuevamente, aunque fuera lo último que hiciera.

—Broc MacNab —susurró a medida que sus pies obedecían sus órdenes a pesar del dolor de su cuerpo—, juro que pienso acabar contigo, igual que tú quieres acabar conmigo.

Con el paso de los minutos, Freya notaba cómo la rabia hacía arder su cuerpo y la animaba a seguir. Si pensaban que iba a dejarse vencer fácilmente y que sería una damisela en apuros estaban muy equivocados. Ella era Freya Wallace, una guerrera de otro tiempo dispuesta a acabar con aquellos que pretendían destruir al clan MacNab. Miryam le había dicho que sería ella la que debía hacer que terminara la guerra, así que, si debía luchar al lado de Blair, lo haría. Siempre se había declarado en contra de la guerra, pero el destino la había lanzado allí sin su permiso, por eso debía luchar para defenderse y ayudar a vencer al hombre que debía gobernar el clan MacNab.

Los minutos pasaban y el desfiladero no llegaba a su fin. No había nada que indicara que había algún tipo de subida para retomar el camino que Leathan y ella habían llevado hasta allí. Nada. Y cuando perdió la esperanza de poder llegar al castillo antes del anochecer, una pared de piedra se alzó ante ella.

Los pies de Freya pararon de golpe y miró hacia arriba. Creyó escuchar en su mente la voz irónica de su amigo Tom, que la animaba a hacerlo, la instaba a escalar aquella pared de piedra, pues de otra forma, estaba condenada a dar un gran rodeo para llegar a su destino. El cuerpo ya no le dolía tanto, pero temía caer y morir. Ella había hecho escalada siempre con un arnés y con seguridad. Pero eso… Eso era algo muy diferente.

—No puedo… —susurró cerrando los ojos unos instantes.

Durante unos momentos, el silencio fue lo único que hubo a su alrededor. Ni el canto de los pájaros, ni el sonido de la lluvia, ni el riachuelo que corría cerca de allí podía escucharlo, tan solo los latidos rápidos de su corazón. Freya apoyó la frente contra la piedra más cercana, temerosa de subir, escurrirse y caer al vacío. Pero fue aquella rabia que sentía en su interior la que la animó a hacerlo. Buscó en lo más profundo de su interior para encontrarla y cuando esta emergió de nuevo, abrió los ojos de golpe y miró hacia arriba. La rabia al pensar en Broc MacNab, en todo lo que había hecho y todo lo que estaba por venir.

—Si creías que no iba a moverme del suelo —murmuró pensando en Broc—, te informo que me he levantado más fuerte. Tú me has metido en esta maldita guerra, pero soy yo quien va a ganarla. Te lo juro, Broc MacNab.

Y tras tomar una respiración profunda, Freya se aferró con fuerza a las piedras, puso un pie sobre ellas y comenzó a escalar.

CAPÍTULO 14

Freya miraba el nivel de la pared de piedra desde arriba sin poder creer que había sido capaz de escalarla. Un escalofrío recorrió su espalda al ser aún más consciente de que podía haberse matado en caso de fallar, pero se sentía tan orgullosa de sí misma que no podía dejar de sonreír. Tom se sentiría muy eufórico por ella si pudiera contárselo.

Con un largo suspiro y serenando de nuevo los latidos de su corazón, Freya miró a un lado y otro y descubrió que el camino por el que habían cabalgado Leathan y ella estaba muy cerca de allí, por lo que no se había desviado tanto. Dio gracias al cielo por haber ido fijándose en cada tramo del camino, pues así podría regresar al castillo con facilidad y sin perderse. Lo único que le preocupaba era el hecho de tener que hacerlo a pie y con el peligro de los guerreros de Broc cerca de allí. Pero podía hacerlo. Había escalado una pared de piedra sin protección. Caminar hasta el castillo era fácil.

Se preguntó cómo estaría Leathan y dudó sobre si regresar hasta el lugar donde los habían atacado para descubrir si había muerto o tal vez había podido regresar al castillo. Sin embargo, se dijo que tardaría al menos una hora en hacerlo, por lo que no podía perder más tiempo. Cuanto llegara al castillo, le pediría a Blair que enviara a Ossian o algún otro guerrero en su busca.

Y sin perder más tiempo, Freya estiró los brazos por encima de su cuerpo para relajar los músculos de los brazos, pues hacía tanto tiempo que no escalaba que ahora estaba resentida. Lamentó no tener algo de comida con lo que coger fuerzas, por lo que se dijo que debía empezar a caminar para llegar al castillo antes de comenzar a perder la energía. Aún le dolía terriblemente el cuerpo, pero la rabia seguía fluyendo en su sangre, así que se vio impulsada hacia el camino, agradeciendo al menos que la herida de la frente dejara de sangrar.

Y con el ansia de vengarse de Broc MacNab por todo el daño que había hecho a su alrededor, Freya deshizo el camino hasta el castillo del laird, incapaz de creer que iba a volver a ver a Blair antes de lo que jamás habría pensado.

Los dedos del guerrero danzaron con rabia contenida sobre la mesa de madera de roble de su despacho mientras miraba fijamente al hombre que había frente a él. Habían tenido que adelantar los planes que tenían en mente desde hacía tiempo, y ahora…

Suspiró largamente mientras se dejaba caer contra el respaldo de la silla sin dejar de mover los dedos. Estaba nervioso, iracundo, pero, sobre todo, cansado. Broc llevó una mano a su sien y la masajeó lentamente mientras cerraba los ojos unos instantes. A pesar de tener poco más de veintiún años tenía la sensación de que había envejecido demasiado en los últimos años. Pero ahora la solución estaba cerca de él.

—¿Estás seguro de lo que dices?

Su voz era una mezcla de varios sentimientos: furia, fogosidad, misterio, ardor…, algo en lo que él jamás había reparado, pero sí sabía que cuando sus enemigos lo escuchaban hablar, corrían en dirección contraria.

Thomas se dejó caer contra la silla que había al otro lado de la mesa con gesto cansado al tiempo que asentía.

—Cuando todo ha terminado, hemos bajado por el terraplén para comprobar si estaba muerta. Y allí no había nadie.

—Tal vez se la ha llevado algún animal salvaje.

Thomas enarcó una ceja.

—Habría sangre… La tierra estaba removida por la caída de la muchacha y sí hemos visto algunas gotas de sangre, pero nada llamativo. Lógicamente, estaría herida, pero no lo suficiente como para morir. Si se ha podido levantar es porque estaba bien. Y hemos tardado poco más de una hora en encontrar un lugar seguro por el que descender y llegar hasta allí.

—¿No habéis mirado alrededor?

—¿Por quién me tomas, Broc? —bromeó Thomas—. Claro que lo hemos hecho, pero no había nadie. Ha tenido tiempo de alejarse. Supongo que ha pensado que bajaríamos a comprobar si estaba allí y tendría miedo de que la matáramos. Seguramente se levantó y se marchó rumbo de nuevo al castillo del desgraciado de tu primo.

Broc resopló y se cruzó de brazos mientras inspiraba profundamente.

—Ha sobrevivido… —murmuró al cabo de unos segundos.

Thomas sonrió ampliamente.

—Sí, es ella. No mucha gente sobreviviría a una caída como esa, como tú bien sabes...

Broc se quedó meditativo durante unos segundos.

—Supongo que ahora todo queda en sus manos. Así lo decía la profecía.

Thomas torció la cabeza.

—Me temo que así es. Y ya sabes de qué lado está.

Broc puso cara de asco.

—¿Crees que estará enamorada de él?

Thomas lanzó una carcajada.

—¿De Blair? —resopló con cara de desagrado—. Si es así, tiene muy mal gusto esa muchacha.

Broc apoyó los codos en la mesa. Después de descubrir que esa era la joven que todo el clan había estado buscando durante tiempo, se sentía terriblemente nervioso. El guerrero se retorció las manos, pensativo.

—Si está del lado de mi primo y enamorada de él, ya sabes que será Blair quien gane esta guerra.

—Tal vez eso de la profecía es una tontería, Broc.

El aludido enarcó una ceja.

—Por lo que sabemos, ha devuelto a Blair ese maldito colgante y ha superado las tres pruebas.

—Pero eso no quiere decir que ella vaya a provocar nuestra ruina.

Broc tragó saliva y miró fijamente a su mejor amigo.

—Tú la viste una vez. Vuelve a decirme cómo era.

Thomas sonrió ampliamente y se relamió los labios al recordarla.

—Muy guapa… Eso sí. Era bastante alta y muy… —El guerrero señaló su pecho—… exuberante. Tenía el rostro con forma ovalada y aunque estaba aterrada, mostraba dulzura. Sus ojos eran verdes y muy expresivos… Mucho. Tenía las mejillas rosadas, no sé si por el frío, la

rabia o el miedo. Y sus labios…

Thomas miró a Broc sin saber cómo expresar las ansias que sintió en ese momento por besarla. Y al ver la expresión de su rostro, lanzó una fuerte carcajada.

—¿No estarás tocándote bajo la mesa conmigo delante?

Broc lo miró con mala cara y le enseñó los dientes en una clara amenaza.

—Sigue… —gruñó.

—Digamos que la muchacha tenía unos labios que incitaba a besarlos. Y luego estaba esa forma de vestir tan extraña. Desde luego viene de muy lejos y a la vez tan cerca…

Broc asintió y apretó los puños contra la mesa. Era ella. Sin lugar a dudas, era ella. Era la mujer con la que soñaba cada maldita noche desde hacía años; la que lo perseguía en sueños…

Broc carraspeó y volvió a dejarse caer contra el respaldo de la silla.

—Pues si es ella, dime qué es lo que debemos hacer. No nos hace un gran favor si está del lado de tu primo.

Broc negó con la cabeza y miró a Thomas.

—Tienes razón. No debe estar con él.

Su amigo se levantó de la silla y apoyó las muñecas contra la mesa.

—¿Cuáles son tus órdenes?

—Tenemos que ir a por ella.

A pesar de que sabía que estaba relativamente cerca del castillo, pues así lo recordaba, Freya estaba a punto de desfallecer en el camino. Sus pies hacía horas que se estaban quejando de un intenso dolor, su cuerpo también protestaba, pero lo peor de todo era que no podía soportar el rugido de su estómago, que pedía comida a cualquier precio.

Freya bebió agua de un riachuelo por el que cruzó. Sabía que la noche llegaría en escasas dos horas, por lo que debería ponerse en marcha cuanto antes, pero se encontraba tan a gusto y descansando ahí de rodillas con las manos metidas en el agua… No se había dado ni un solo descanso en todo el día, y estaba segura de que ese tramo lo habían recorrido en tan solo media hora a caballo. ¿Cuánto tardaría en llegar a pie?

En otras circunstancias habría podido caminar más deprisa, pero el dolor de su cuerpo le impedía poder hacerlo a otra velocidad.

Freya se puso en pie de nuevo gimiendo de dolor. Estaba terriblemente cansada y necesitaba darse un baño antes de tirarse sobre la cama y dormir hasta que su cuerpo descansara, aunque fueran días enteros acostada y sin salir.

Con un largo suspiro, se puso en marcha de nuevo y continuó su camino mientras seguía maldiciendo una y otra vez a Broc MacNab. Jamás pensó que llegaría a odiarlo tanto y, durante todo el trayecto, se golpeó mentalmente a sí misma por haber decidido hacer su trabajo de especialización sobre esa maldita guerra. Si hubiera investigado otra cosa, no estaría metida en ese tremendo lío.

Y mientras su mente navegaba una y otra vez de su vida a sus padres desaparecidos y a Broc MacNab, el castillo de Blair apareció frente a ella. Freya estuvo a punto de dejarse llevar por la

emoción y llorar de alivio, pero continuó caminando con las pocas fuerzas que le quedaban hasta que por fin se detuvo frente al enorme portón.

Desde abajo vio los rostros sorprendidos y preocupados de los guerreros, que comenzaron a abrir el portón para dejarla entrar. Y cuando hubo el suficiente hueco para pasar a través de él, Freya lo cruzó. Lo primero que vio la joven nada más levantar la mirada hacia el centro del patio fue a la yegua sobre la que había montado y al caballo de Leathan, que parecía estar aún muy nervioso. Y fue en ese momento cuando se preguntó si tal vez este había sobrevivido y había podido llegar sano y salvo al castillo, pero no había rastro de él. Lo cual la preocupó.

Lo segundo en lo que centró su atención fue en Blair y Ossian, que corrieron hacia ella en cuanto la vieron pasar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el laird abrazándola en cuanto estuvo frente a ella.

Freya se dejó mecer entre sus brazos, donde podría haberse dejado caer para que la levantara del suelo y la llevara a un lugar donde poder descansar, pero se obligó a seguir firme y en pie. No podía mostrar debilidad. Ya no. La rabia era lo único que la hacía permanecer en pie, además del deseo de venganza hacia Broc MacNab por todo lo que le había hecho pasar y sus malditas pruebas.

La joven se separó lentamente de Blair y soportó su mirada inquisidora durante unos segundos, hasta que encontró la suficiente fuerza para hablar.

—Nos atacaron justo cuando cruzábamos por el desfiladero.

Blair asentía mientras miraba la ropa rota de la joven y las magulladuras de sus brazos y piernas, eso sin contar con las heridas de su rostro, que en ese momento palpitaban de escozor debido al sudor por la caminata.

—Leathan luchó contra dos guerreros y solo sé que pudo matar a uno de ellos. No me dio tiempo a ver si pudo vencer al otro.

—¿Corriste? —preguntó Blair.

Freya negó.

—Leathan me pidió que lo hiciera, pero no podía dejarlo allí solo. Había un guerrero más y él… me empujó contra el desfiladero. Dijo que quería comprobar si sobreviviría también a esa prueba.

Blair maldijo en voz baja y la atrajo de nuevo para abrazarla.

—¿Leathan ha vuelto con los caballos?

Freya escuchó maldecir a Ossian al tiempo que daba una patada a una piedra cercana, lo cual le confirmó la respuesta que menos esperaba escuchar. Blair se separó de ella y la miró a los ojos al tiempo que negaba.

—No. Han llegado hace una hora. Al verlos, hemos sabido que algo había ido mal, y he enviado a varios guerreros para que os buscaran.

Freya cerró los ojos unos momentos.

—No sé si Leathan ha sobrevivido, Ossian —le dijo al guerrero con lágrimas en los ojos—. Antes de caer por el desfiladero creí ver más guerreros entre los árboles…

Ossian tragó saliva y asintió con su habitual seriedad, un carácter muy diferente al de su primo.

—Seguro que encontrarán su cuerpo —dijo con cierta dificultad— y lo traerán para enterrarlo.

Freya asintió sin poder contener las lágrimas, unas lágrimas que el propio Blair limpió con su dedo pulgar.

—No quiero imaginar por lo que habrás pasado. Ese desfiladero es muy peligroso.

—Sí, aún no puedo creer que esté viva —terció con voz aún asustada al recordar el momento en el que empezó a caer.

Blair la besó fugazmente.

—Ve a tu habitación. Ordenaré que te lleven una bañera y comida. Descansa. Después de esto, lo mereces.

Freya estuvo a punto de quejarse, pues deseaba estar más tiempo con él, pero el plan que Blair le indicó era tan tentador que solo pudo asentir y dirigirse hacia la yegua para coger su mochila, que seguía enganchada en la montura. Después, con ella a la espalda, subió los pocos escalones de entrada y casi voló hasta su habitación. Necesitaba sentirse segura de nuevo, dejar a un lado la tensión y centrarse en sanar el dolor de su cuerpo y de su alma. Aún podía recordar la mirada de terror de Leathan la última vez que la miró antes de seguir luchando. El guerrero sabía que iba a morir, y el hecho de saber que era por salvarla a ella solo hacía que Freya se sintiera aún peor por la pérdida.

Cuando la joven entró en su habitación, dejó la mochila tirada a un lado de la puerta y arrastró los pies hasta la cama. Se dejó caer sobre ella, prometiéndose que solo serían unos minutos, hasta que le llevaran la bañera con agua y pudiera cambiarse de ropa, pero incluso antes de poder llegar a quitarse las botas, la cabeza de Freya dio contra el colchón, cerró los ojos y se durmió profundamente.

Sabía que alguien la estaba observando mientras dormía, pero el cansancio no la dejaba abrir los ojos. Sabía que había pasado tiempo, pues la luz ya no le daba directamente en los ojos, por lo que seguramente era de noche. Una segunda respiración, calmada y silenciosa, se acercaba a ella, escudándose en el sonido que hacía el fuego de la chimenea al crepitar. Freya ordenó a sus músculos que se movieran, que reaccionaran de alguna manera a aquella intrusión, pero no podía. Le dolía todo el cuerpo.

Pero cuando un peso más se sentó junto a ella en la cama, reaccionó y casi saltó de la cama, temerosa de que los hombres de Broc hubieran ido hasta allí para rematarla. Al instante, sintió unas fuertes garras en sus muñecas. Y a pesar de haber abierto los ojos, aún no podía enfocarlos bien debido a la oscuridad en la que estaba sumida la habitación.

—¡Suéltame! —vociferó.

—Soy yo, Blair…

La voz del guerrero logró un efecto calmante de golpe. Freya dejó de mover las manos y centró su mirada en la sombra que había junto a ella en la cama. Debido a sus movimientos, la joven se había caído de nuevo sobre el colchón, arrastrando con ella a Blair, que la miraba a través de la oscuridad con ojos preocupados.

Enseguida la soltó y solo se dedicó a mirarla, aunque alargó una mano para acariciar su mejilla.

—Lo siento, no quería asustarte. Es que hace rato que llegaron mis hombres y me han confirmado que no han encontrado el cuerpo de Leathan por ningún lado. Quería que lo supieras.

Freya lo miró.

—¿Crees que lo tiraron también por el desfiladero?

Blair torció la cabeza.

—Es lo más probable.

La joven resopló y miró hacia otro lado con lágrimas en los ojos. Después, rodó sobre sí misma y acercó el rostro al protector pecho de Blair, que la acogió con sumo gusto.

—No te imaginas el dolor que siento, Freya. Era mi mejor amigo. El mejor guerrero que había en mis filas.

La joven dejó escapar un sollozo y aferró con fuerza la ropa de Blair antes de perderse entre los pliegues de esta para llorar con auténtica amargura.

—Lo siento, Blair. No pude hacer nada. Y he perdido tu daga…

El guerrero la estrechó contra él y la abrazó en silencio mientras acariciaba su espalda con suavidad. Al cabo de unos minutos depositó un beso en la nuca de la joven.

—Lo material puede reponerse, Freya. Si te hubiera perdido… me habría vuelto loco…

El guerrero la besó tiernamente. La joven lo recibió de buena gana. Había pasado tanto miedo que necesitaba sentirse segura, y solo podía conseguirlo entre sus brazos. Por ello, posó sus manos en su pecho y lo acarició, dejándose llevar por la maraña de sentimientos que había en su corazón y su alma.

—Quiero que me poseas, Blair.

—Podría hacerte daño —se quejó el guerrero en un susurro.

Freya negó con la cabeza.

—Me lo harías si no me tocas de nuevo.

Y mirándola a los ojos, comprobó su determinación y deseo. Asintió y la tumbó con suavidad contra la cama antes de cubrirla con su cuerpo. Él también la deseaba, pues su miembro estaba ya dispuesto para ello. Lentamente, la despojó de la ropa, disfrutando de cada centímetro de su piel que iba quedándose desnuda. Blair masculló una maldición cuando vio cada herida en su piel, y por ello bajó la cabeza hacia ellas y las besó lentamente, dedicándoles el tiempo necesario, como si así pudiera curarlas en cuestión de segundos.

Freya sintió de nuevo cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, pues estaba descubriendo la debilidad de Blair, algo que no mucha gente habría visto a lo largo de muchos años.

Las manos de la joven se detuvieron en su camisa, la cual cayó a los pies de la cama en cuestión de segundos, al igual que el kilt, dejando a Blair completamente desnudo y arrodillado en la cama, mostrando todo su poder mientras la miraba como si quisiera devorarla poco a poco.

—Por favor, Blair… —murmuró.

La joven lo vio tragar saliva antes de cubrirla de nuevo con su cuerpo. El guerrero la besó y, poco a poco, fue introduciéndose en su cuerpo, haciéndola suya de nuevo, sintiendo cada centímetro de su intimidad como la primera vez, logrando arrancarle un gemido cuando todo su ser estuvo dentro de ella.

Blair apoyó las manos a ambos lados de la cabeza de Freya y bajó la cabeza para besarla al tiempo que salía unos centímetros de su cuerpo para volver a llenarla, comenzando una danza

que llenó el dormitorio de sus gemidos. Blair mordisqueó el cuello de la joven mientras esta arqueaba la espalda, en busca de más placer. Freya quería olvidar todo el daño sufrido a lo largo de ese aciago día. Deseaba, aunque fuera durante unos minutos, centrarse en su vida, en su placer, en sentirse viva de nuevo, en saber que tenía una oportunidad más en la vida para hacer bien las cosas. Y cuando alcanzó el orgasmo gritó con fuerza. Gritos que el propio Blair recogió entre sus labios mientras se derramaba en su interior.

Freya recogió entre sus brazos los temblores del cuerpo del guerrero, que segundos después se dejó caer en el colchón intentando recuperar el aliento.

—Espero no haberte hecho daño…

Freya sonrió y negó con la cabeza.

—Gracias, Blair. Por todo.

El guerrero sonrió y se colocó entre las sábanas mientras señalaba la bañera.

—Me gustaría ver cómo te bañas.

La joven sonrió pícaramente y se levantó de la cama, mostrando su cuerpo desnudo sin una pizca de vergüenza. Con paso lento, para disfrute de Blair, se dirigió hacia la bañera y se metió en ella, lanzando un suspiro de placer cuando el agua, aún caliente, la cubrió por completo. Desde la posición en la que estaba podía ver con claridad al guerrero, que la observaba con una sonrisa, borrando cualquier rastro de dolor y pena de su corazón.

Dejando que la mirara, frotó con cuidado sus brazos y piernas, hasta lavarse todo el cuerpo y sacar de él la suciedad, la sangre reseca y el barro que la había cubierto a medida que caía por el desnivel.

—Mañana saldré con mis hombres al mediodía hacia las tierras de mis antiguos aliados —susurró Blair, como si no quisiera molestarla mientras se bañaba.

Freya levantó la cabeza hacia él y asintió. Sabía que necesitaban ayuda, y cuanto antes la pidieran, antes podrían acabar con Broc.

—El desgraciado de tu primo tiene que pagar por todo.

Blair asintió y a pesar de la distancia, Freya vio cómo un rayo de luz cruzaba por los ojos del guerrero, que sonrió fugazmente al escuchar sus palabras.

—Pero antes de que te vayas… —comenzó Freya levantándose de la bañera para acudir de nuevo a la cama—, quiero volver a sentirte dentro de mí.

CAPÍTULO 15

Numerosos ojos estaban pendientes de todos y cada uno de los movimientos que había alrededor del castillo desde que el primer rayo de luz apareció en el horizonte. Se habían escondido muy bien a lo largo de toda la franja de árboles que rodeaba la fortaleza, por lo que estaban seguros de que nadie lograría verlos.

Descubrieron que el movimiento en el pueblo ese día era relativamente tranquilo. Apenas había trasiego de gente por los caminos, y les alegró saber que no habría mercado ese día, ya que corrían peligro de que alguien fuera al bosque y los descubriera.

Thomas estaba al mando de la misión de ese día. Broc se había quedado en el castillo para defenderlo en caso de ataque mientras ellos viajaban hasta allí, así que ese día tenían que acabarlo con una buena fiesta tras la victoria que iban a conseguir. No admitía otra posibilidad en su mente.

Tras haber trazado un plan junto a Broc desde el día anterior, habían cabalgado a lo largo de toda la noche para estar allí a primera hora del día. Sabían que ese día Blair saldría del castillo al mediodía, por lo que aprovecharían el momento en el que él ya estuviera lejos de allí para atacar su querido y preciado castillo con la intención de llevarse con ellos a la joven que había en su interior.

Broc le había pedido que se llevara a gran parte de sus guerreros, pues, aunque Blair viajaría con algunos de ellos, sabía que su primo dejaría una buena cantidad de sus hombres allí para proteger la fortaleza y aquella mujer. Por ello, Thomas estaba al mando de casi una cincuentena de guerreros dispuestos a derramar su sangre para que su señor destronara al laird que ahora ostentaba el cargo. Guerreros a los que conocía desde que eran apenas unos infantes y habían aprendido a luchar a escondidas de sus padres con la intención de seguir a Broc cuando este fuera laird del clan.

—Parece que todo está demasiado tranquilo, ¿no?

Thomas se giró hacia Farlan, que adelantaba a los demás guerreros agachados para ponerse justo a su lado. Los ojos marrones del guerrero miraron hacia las dos obsidianas que él tenía por ojos, y acabó sonriéndole.

—Claro. Y debemos guardar las fuerzas para esta noche. Van a quedarse de piedra cuando nos vean llegar.

Farlan asintió sonriendo ampliamente y con chulería. El guerrero se acomodó con la espalda apoyada contra un árbol y miró hacia el cielo.

—Thomas, ¿recuerdas cuando éramos pequeños y soñábamos con servir al laird?

El aludido lo miró de nuevo y se sentó a su lado con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Claro que lo recuerdo. Y ese momento está cada vez más cerca.

—Es Broc quien debe estar ahí, no Blair —dijo con convicción—. Es muy injusto todo lo que ha pasado, pero Blair lo pagará con su vida.

Farlan asintió y suspiró, cerrando los ojos sin darse cuenta de que la mirada de Thomas estaba aún puesta sobre él. Este último tenía la sensación de que compartía el peso de Broc sobre sus hombros, pues conocía a todos esos guerreros desde que tenía uso de razón, y si alguno de ellos se quedara a medio camino, muerto, no podrá perdonárselo jamás. Además, en ese caso, con

Farlan, habían compartido muchísimas cosas a lo largo de sus veintitrés años, pues ambos habían sufrido el maltrato de sus padres, que los golpeaban por la mera diversión de hacerlo.

Thomas lanzó un suspiro y se giró de nuevo hacia el castillo para vigilar.

A medida que pasaban las horas, la actividad en el castillo se incrementó. Desde su posición, donde podía ver parte del portón por el que entraba y salía todo el mundo, Thomas advirtió que este comenzaba a abrirse, pero no solo un poco, sino completamente para dejar salir a un buen contingente de hombres.

Con una sonrisa en los labios y sus ojos obsidiana brillando por la emoción al verlo salir, tal y como ellos sabían, Thomas simuló el canto de un pájaro para llamar la atención de los demás. Estos se pusieron en guardia y dirigieron sus miradas hacia el castillo.

—Ya se va el desgraciado… —murmuró el guerrero a Farlan, que seguía sentado a su lado.

Desde allí pudieron ver cómo el grupo de hombres, con Blair a la cabeza, ponía rumbo al norte para pedir ayuda a sus antiguos aliados. Una parte de los guerreros que quedaba en el castillo se encaramó a la muralla para verlos partir, y entre ellos, la joven por la que ellos estaban allí.

—¿Es ella?

Thoma sonrió y asintió.

—Sí. Jamás olvidaría a alguien como ella.

Farlan sonrió irónicamente.

—Es guapa, ¿eh?

Thomas rio para sí.

—Sí, pero no es nuestro problema si es guapa o no.

—Ya… No me gustaría estar en su pellejo…

—A mí tampoco —murmuró Thomas.

—¿Y ahora qué?

—Esperaremos a que llegue la noche. La oscuridad nos ayudará a acercarnos al castillo sin ser vistos. Y, con un poco de suerte, podremos empezar a escalar su muralla antes de que puedan dar la voz de alarma. Si lo hiciéramos de día, Blair estaría aún demasiado cerca del castillo y podrían cabalgar hacia aquí antes de que nos dé tiempo a volver con Broc. Además, nos verían en cuanto abandonáramos la seguridad que nos proporcionan los árboles.

Farlan asintió.

—Está bien. Esta noche tendremos fiesta.

—La mejor de las fiestas, amigo.

Freya suspiró largamente después de haber tenido que soportar, con infinita incomodidad, a Ossian durante toda la cena. Desde que el día anterior llegara al castillo con la noticia de que habían sido atacados, Ossian se encontraba extraño, sobre todo, con ella. Tenía la sensación de que, por una parte, la evitaba; por otra, parecía buscarla para indicarle con la mirada que estaba enfadado con ella, como si tuviera la culpa de haber sido atacados y no haber defendido a Leathan como debía. Y bastante mal se sentía ella como para tener que aguantar esas miradas que no paraba de enviarle desde que Blair había salido del castillo a mediodía.

En la cena había decidido sentarse junto a los demás guerreros del clan en lugar de cenar sola en la mesa principal. De este modo, iría conociendo aún más a los guerreros cuyos nombres todavía desconocía y con los que se había cruzado en más de una ocasión desde que estaba en ese tiempo.

Y cuando la cena terminó, Freya se disculpó con los demás y decidió subir a su dormitorio para descansar. El cuerpo aún le dolía un poco por la caída y tenía agujetas por haber escalado aquella pared de piedra sin ningún tipo de sujeción. Pero una sonrisa se dibujó en sus labios cuando recordó que parte de ese cansancio se lo debía también a Blair, con quien había compartido una noche maravillosa que tardaría mucho tiempo en olvidar.

Y ahora, tras haber subido a su dormitorio para descansar, Freya se sintió mejor que en la última hora y media. A pesar de que durante la cena los guerreros parecían divertirse, podía leer en sus rostros la tensión generada por la falta de Blair y Leathan.

La joven se dirigió hacia el enorme balcón y miró a través de la oscuridad. Se preguntó cómo estaría Blair, aunque, por lo que él mismo le había comentado, cabalgarían a toda velocidad para llegar cuanto antes a las tierras de sus aliados, y al día siguiente, tal vez antes del anochecer, estarían de regreso. Sin embargo, algo dentro de ella no podía evitar sentir cierto desasosiego, aunque supuso que se debía aún a la pérdida de Leathan.

Quitándose toda la ropa, y dejando que el calor de la chimenea envolviera su cuerpo desnudo, Freya paseó de un lado a otro hasta que finalmente se dejó caer sobre las sábanas. Un bostezo le indicó que estaba más cansada de lo que quería reconocer, por lo que se arropó y se dejó mecer por el sonido del fuego mientras crepitaba lentamente.

Desde un primer momento, un sueño inquieto la abordó. No dejaba de dar vueltas y vueltas en la cama mientras una terrible y oscura pesadilla amenazaba su vida en sueños. Apenas podía ver nada más que penumbras, pero sabía que entre ellas había rostros oscuros y sombras que parecían querer atraparla en cualquier momento.

Un gemido escapó de su garganta cuando sintió verdadero terror ante la imagen de unos ojos negros que la miraban a través de una espesa bruma y que la llamaban con una poderosa, oscura y penetrante voz que parecía adormecer sus sentidos, provocando que el peligro fuera aún mayor.

Y fue en ese instante, en el momento en el que los ojos pudieron vencer a la bruma, cuando Freya escuchó gritos de auténtico pánico. En sueños, miró a un lado y a otro intentando discernir de dónde procedían, pues pensaba que estaba sola en su pesadilla. Sin embargo, cuando no vio a nadie y los gritos se hicieron más reales, la mente adormecida de Freya se dio cuenta de que no procedían del sueño, sino de una realidad en la que estaba sucediendo algo terrible.

Sus ojos se abrieron de golpe cuando pudo controlar su sueño y se obligó a despertar. La joven se incorporó de golpe en la cama y miró a un lado y otro, esperando ver aparecer a alguien más en su dormitorio. Sin embargo, estaba completamente sola.

Un nuevo grito, que parecía ser de una sirvienta, se escuchó en el piso inferior. Esta parecía haber visto algo verdaderamente terrorífico como para vociferar de aquella manera. Al instante, apartó las sábanas de una patada y corrió hacia el balcón de su dormitorio, pero apenas pudo ver más allá de varios guerreros corriendo de un lado a otro.

—¿Qué demonios ocurre? —murmuró.

Se giró hacia su ropa y volvió a ponerse la misma del día anterior que había dejado sobre el baúl. Se puso sus botas negras y la chaqueta de cuero. Como pudo, trenzó su pelo deprisa para

evitar que le molestara y justo cuando abría la puerta para salir, un nuevo grito rompió el silencio en el que había estado sumido el castillo, sobresaltándola.

Corrió hacia las escaleras y comenzó a bajarlas casi volando y en el momento en el que vio a una sirvienta corriendo con una cacerola llena de agua hirviendo, supo lo que estaba ocurriendo.

—¿Nos atacan? —preguntó cuando vio a Alexandra corriendo hacia las cocinas de nuevo.

—¡Sí, señorita! ¡Los hombres de Broc!

Freya sintió un escalofrío recorrer toda su espalda. Los maldijo mentalmente, pues estaba segura de que alguien les había contado que Blair estaría fuera del castillo y habían esperado a que estuvieran descansando para atacarlos.

Freya corrió hacia el patio sin saber qué iba a encontrarse. La misma rabia que se había apoderado de ella tras el último ataque a Leathan y ella corría ahora por sus venas, obligando al miedo y la razón a quedarse a un lado para luchar contra ellos. No tenía daga o espada, pero sí dos manos con las que lanzar las piedras que habían preparado los guerreros apostados en la muralla y que ahora lanzaban hacia el exterior en medio de aquella oscuridad.

Freya miró a su alrededor y vio cómo los sirvientes corrían con agua hirviendo, otros con más piedras mientras que otros lo hacían en dirección contraria para escapar de los guerreros sanguinarios que había al otro lado de la muralla. Debido a la oscuridad, Freya no podía distinguir los rostros de los guerreros, así que desconocía dónde se encontraba Ossian. Por ello, corrió hacia la parte de la muralla que estaba más cerca de ella. La joven subió las escaleras deprisa.

—¡Finn! —gritó al ver a uno de los guerreros que había cenado cerca de ella—. ¿Qué ocurre?

—¡Los hombres de Broc!

Con cuidado, Freya se aproximó al borde de la almena y, en medio de la oscuridad, vio cómo varias sombras negras portaban una escalera larga que comenzaban a inclinar para apoyarla contra el muro.

—Mierda… —maldijo la joven.

Después buscó con la mirada a Finn, el cual estaba tomando otra piedra entre sus manos para lanzarla hacia el exterior.

—¿Crees que pueden llegar a escalar la muralla y penetrar en el castillo?

El guerrero resopló.

—No sabemos cuántos son. La oscuridad nos lo impide, y, para colmo, ellos no llevan antorchas. Han sabido moverse en la penumbra. Uno de nosotros ha salido por una puerta trasera para avisar a Blair del ataque. Si dura toda la noche, tal vez los demás hayan llegado para el amanecer.

Freya rezó para que así fuera y para que al menos pudieran aguantar hasta el día siguiente. Con gesto duro, la joven se giró hacia el montón de piedras que había al lado de las escaleras de la muralla, tomó una entre sus manos y volvió a asomarse por el borde de la almena. Al instante, Freya sintió que se quedaba petrificada ante aquella mirada aún más negra que la noche. Lo recordaría, aunque hubiesen pasado años desde la primera y última vez que lo vio.

Una exclamación de sorpresa escapó de su garganta al reconocerlo, llamando la atención del guerrero que ya subía por la escalera de madera. Este levantó la cabeza y se quedó

completamente quieto al verla. Una sonrisa ladina se dibujó en sus labios, provocando que el corazón de Freya estuviera a punto de explotar de auténtico terror.

—Nos volvemos a encontrar, preciosa… —vociferó el guerrero entre el griterío de alrededor.

—Thomas… —recordaba y recordaría su nombre eternamente. El nombre de uno de los sabuesos del diablo.

Como si hubiera leído sus labios, el guerrero sonrió y siguió escalando, haciendo que Freya reaccionara al verlo cada vez más alto en la muralla. A su alrededor no había ni un solo guerrero más, por lo que ella sola levantó la enorme piedra entre sus manos y se la lanzó con intención de darle directamente en la cabeza. Sin embargo, Thomas, que no le quitaba la mirada de encima, logró aferrarse a la escalera con una sola mano y se apartó de la dirección que llevaba la piedra, logrando esquivarla con facilidad. Y después de eso, continuó escalando como si nada.

—¡Mierda!

En un solo segundo, Freya sintió tal cantidad de sentimientos que estuvo a punto de quedarse petrificada al no saber cómo gestionarlos, no obstante, la rabia pudo más y el recuerdo de Leathan, aún latente en su memoria, hizo que sus pies volvieran a moverse de nuevo hacia el montón de piedras. Estaba dispuesta a vengarlo como fuera, así que volvió a coger una piedra entre sus manos y se giró hacia el mismo lugar donde había visto al segundo al mando de Broc MacNab.

Sin embargo, no llegó muy lejos, pues cuando solo había dado un paso, sintió una fuerte garra en su brazo que le giró de golpe, haciéndola chocar contra un amplio pecho. Freya estuvo a punto de gritar al creer que se trataba de un guerrero de Broc, pero se contuvo al reconocer el rostro de Ossian en medio de aquel caos.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí, muchacha?

—¡Ayudar! ¡Por su maldita culpa he estado a punto de morir tres veces!

—¡Vuelve a tu dormitorio antes de provocar que Blair me corte las pelotas por dejarte estar aquí! —vociferó empujándola hacia las escaleras.

Freya se soltó de su mano y lo encaró.

—¡Leathan está muerto por su maldita culpa! —vociferó sabiendo que iba a dar en el clavo—. No voy a quedarme de brazos cruzados.

Ossian acortó la distancia con ella y la tomó de la mandíbula con fuerza.

—Leathan era mi primo. Seré yo quien vengue su muerte, así que vuelve ahora a tu dormitorio, coge algo con lo que poder defenderte y reza para que acabemos con ellos antes del alba.

Freya abrió la boca para replicar, pero en ese momento, Thomas llegó a lo más alto de la muralla y se subió a una de las almenas para rugir con fuerza. Tanto Ossian como Freya giraron la cabeza en su dirección.

En ese instante, Thomas desenvainó su espada y señaló con ella a Freya, clavando también su mirada en la de la joven.

—No me mires así, preciosa, que hemos venido a por ti —vociferó.

El corazón de Freya comenzó a latir con tanta fuerza que sintió verdadero dolor en el pecho. Y cuando Ossian la empujó hacia las escaleras, no opuso resistencia.

—¡Corre! —gritó el guerrero.

Y justo en el momento en el que Ossian desenvainaba la espada y Thomas daba un salto desde la almena, Freya se giró en dirección al castillo. Bajó las escaleras de dos en dos sin mirar atrás, pues temía ver cómo Thomas mataba a Ossian y tenía que vivir con una muerte más en su conciencia.

Cuando cruzó la mitad del patio, giró la cabeza hacia su izquierda, allá donde varios guerreros de Broc habían cruzado ya la muralla y luchaban contra los pocos hombres que Blair había dejado en el castillo. La joven dejó escapar una maldición y apretó los puños con fuerza. Desconocía cuántos era, pero estaba segura de que los superaban en número, pues había logrado ver la seguridad con la que Thomas escalaba por la muralla.

Lanzando un rugido, Freya se puso de nuevo en marcha hacia el interior del castillo. Su corazón estaba en un puño, sobre todo, después de escuchar que habían venido a por ella. ¿Por qué demonios habían querido matarla y ahora se la querían llevar? Tal vez pretendían matarla con sus propias manos o entregársela a Broc para que él mismo lo hiciera en su castillo.

—Blair, regresa —murmuró cuando estuvo a salvo entre los muros del castillo.

Ya no había sirvientes en los pasillos, porque seguramente se habían marchado a sus dormitorios para intentar esconderse o tal vez habían escapado por alguna puerta escondida o trasera, como el guerrero que había salido para avisar a Blair del ataque.

A medida que Freya corría hacia su dormitorio pensó en los habitantes del pueblo. Temía que los hubieran atacado antes de llegar al castillo, y si tal vez los matarían a pesar de encontrarse en sus casas durmiendo tranquilamente y sin meterse con nadie.

La joven tragó saliva e intentó serenarse cuando llegó al piso superior. El silencio dentro del castillo era tan ensordecedor que le puso el vello de punta. Desde allí se escuchaban los gritos y el sonido de las espadas, pero dentro de los fuertes muros apenas se escuchaba nada, ni una respiración, ni una voz, ni un susurro… Nada. Y recordó lo que había sentido semanas atrás cuando visitó las ruinas del mismo. Esa sensación que la había acompañado desde el primer momento en el que puso un pie en ese castillo ahora emergía de nuevo en su corazón, llenándolo de zozobra.

Con paso rápido, Freya se dirigió hacia su dormitorio y cerró tras ella dando un sonoro portazo que pareció retumbar en el pasillo vacío. En ese momento, se dio cuenta de que estaba a punto de comenzar a hiperventilar, la rabia había descendido ligeramente en sus venas y ahora volvía a sentir miedo. El recuerdo de esos ojos obsidiana de Thomas volvía una y otra vez a su mente, haciendo que sus manos temblaran de miedo.

Corrió hacia el balcón y lo abrió para observar todo desde allí. Multitud de antorchas se habían encendido alrededor de todo el patio para que los guerreros pudieran ver con claridad quiénes eran sus enemigos y quiénes sus propios hermanos o amigos. La joven entrecerró los ojos e intentó distinguir la cabeza de Ossian en algún lado, pero todo estaba sumido en el caos.

Gritos de dolor llenaban el patio, pero no parecía haber muertos de ningún bando, algo que en parte hizo que la joven suspirara aliviada. No obstante, el alivio le duró poco, pues un segundo después el enorme portón de madera se abrió para dar paso a los guerreros de Broc que estaban aún al otro lado.

—Pero ¿cómo demonios lo han conseguido? —preguntó en voz alta.

Freya dejó escapar un gemido de preocupación. Numerosas sombras se abrían paso con la espada en la mano a través del patio. Y la joven supo que los guerreros de Blair estaban perdidos,

pues acababa de confirmar que estaban en total y absoluta minoría.

Freya tragó saliva y dio un paso atrás, incapaz de ver aquella carnicería frente a ella y no poder hacer nada por ayudarlos. Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero un grito cerca de ella la sobresaltó, obligándola a dejar el llanto para más tarde.

Freya volvió a correr al interior del dormitorio y se acercó lentamente a la puerta. El sonido de una espada contra otra y el siguiente grito de un sirviente, cuya voz reconoció al instante, le indicó que los hombres de Broc habían accedido al castillo.

—Esto no está pasando… —murmuró sin poder creerlo—. Esto es una maldita pesadilla. ¡Despierta!

Sin embargo, sabía que no lo era, algo que le indicó el sonido de unas botas subiendo las escaleras con prisa. Freya estaba segura de que esas botas no pertenecían a algún guerrero del castillo, por lo que miró a su alrededor y tomó un jarrón entre sus manos. En completo silencio, la joven se escondió detrás de la puerta con el jarrón en alto.

Un segundo después, la puerta del dormitorio de Blair se abrió tras una sonora patada. Freya estuvo a punto de lanzar un grito de terror, pero logró contenerlo. Su respiración se aceleró, lo cual hizo que aferrara el jarrón con más fuerza. Tras escuchar un rugido de rabia, otra puerta se abrió con la misma fuerza. Y poco a poco, sabía que quien fuera que estaba fuera en el pasillo se estaba acercando peligrosamente a ella.

Freya levantó aún más el jarrón y, tras lo que pareció una eternidad, la puerta de su dormitorio se abrió también con una patada. Por suerte, Freya puso el pie para que la puerta rebotara en él antes de que le diera de lleno en la cara. Su corazón latía apresuradamente, y se mantuvo en silencio durante un tiempo que pareció toda una Era. Esperaba que el guerrero que había a menos de un metro de ella siguiera su camino, como había hecho en las otras habitaciones, sin embargo, Freya escuchó cómo este daba un paso hacia el interior del dormitorio, y luego otro. Y otro más, hasta que apareció en su campo de visión.

Freya estuvo a punto de dejar caer el jarrón al suelo y salir corriendo al reconocerlo, pero volvió a sentir en su interior la rabia. Frente a ella, de espaldas, se encontraba Thomas, y se preguntó qué habría pasado con Ossian. La joven dudó un instante, pero, dándose ánimo a ella misma, dio un paso hacia él por su espalda y le rompió el jarrón en la cabeza esperando que cayera inconsciente a sus pies. Sin embargo, pasaron unos segundos de espera hasta que Freya se dio cuenta de que el guerrero se había quedado quieto, como si lo hubiera rozado un soplo de aire.

Tragando saliva con fuerza e incapaz de echar a correr en contra, Freya dio un paso atrás hasta que su espalda chocó de nuevo contra la pared y, lentamente, tan lentamente que estuvo a punto de sacarla de quicio, Thomas comenzó a darse la vuelta hacia ella.

Una sonrisa ladina se dibujó en sus labios al verla y sus ojos se entrecerraron para observarla en silencio, provocando que la tensión de la joven fuera en aumento. Después, dio un paso hacia ella, que siseó.

—Vaya… vaya…

Freya frunció el ceño al ver que el guerrero estaba como si nada hubiera pasado en lugar de tener una brecha abierta en la cabeza, sangrando e inconsciente en el suelo:

—¿Cómo es posible…?

—¿… que no me hayas matado con ese jarrón? —terminó por ella—. Dicen que tengo la cabeza tan dura como una piedra.

Freya se arrastró por la pared para intentar alejarse de él, que se aproximaba cada vez más a ella.

—¿Qué queréis?

Thomas dejó escapar una risa.

—A ti.

La joven negó con la cabeza.

—No pienso irme con vosotros.

Thomas se encogió de hombros con la sonrisa aún en sus labios.

—No he pedido tu opinión.

Y en el momento en el que Thomas se lanzó a por ella, Freya supo que iba a morir.

CAPÍTULO 16

Freya hacía todo lo posible para que Thomas se desestabilizara y cayera al suelo, ya que solo así podría escapar de él. Cuando la joven lo vio ir hacia ella, intentó rodearlo y escapar, pero este tiró de su brazo y la subió a su hombro con facilidad. Y ahora que bajaban las escaleras Freya no dejaba de mover las piernas intentando darle una fuerte patada que pudiera hacer que la soltara, pero ni eso ni los puñetazos a su espalda funcionaban. Parecía como si Thomas estuviera hecho de una pasta diferente y nada lo hería.

—Suéltame, maldito gilipollas —vociferó la joven con auténtica rabia, ganándose una palmada en las nalgas.

—Cuida esa boca, preciosa…

El guerrero caminaba con ella al hombro por el pasillo cuando vio que una sirvienta salía de una de las habitaciones y lanzaba un grito al verlo. Thomas sonrió y aferró con fuerza su espada, dispuesto a usarla contra quien quisiera ponerse en su camino. Sin embargo, nadie más se cruzó con él hasta que salió de nuevo al patio. Este estaba sumido en el auténtico caos. Sus amigos aún luchaban sin un rasguño tal y como habían planeado. Este consistía en que él entraría dentro del castillo para buscar a la joven mientras los demás entretenían a los guerreros de Blair, intentando no matar a ninguno de ellos a no ser que fuera necesario. Broc había sido muy claro respecto a esto último. Nada de muertes. Y así debía ser. Él mismo había escapado de la espada de uno de ellos dándole un fuerte empujón que lo envió lejos para que él pudiera escabullirse entre los demás y entrar en el castillo.

—¡Bájame ya! —exigió la joven al darse cuenta de su titubeo mientras observaba el patio.

Con una sonrisa, Thomas la dejó caer contra el suelo y la observó desde su posición. Cuando Freya intentó escapar, el guerrero la tomó del brazo y la acercó a él. La miró fijamente y en esa cercanía la joven casi pudo vislumbrar el cielo lleno de estrellas que simulaban los ojos del guerrero, por lo que parpadeó y descubrió que solo se trataba de la diversión reflejada en ellos.

—Mira, tengo la suficiente paciencia como para no matarte hasta que lleguemos al castillo de mi señor, así que espero que no tientes a la suerte y me ayudes a atravesar el patio antes de dar la orden de retirarnos y evitar que matemos a todos.

—¡Son ellos los que os matarán a todos! —exclamó.

Thomas sonrió y torció la cabeza para mirarla.

—Me gusta ese carácter, preciosa —ronroneó.

Pero a Freya no le gustaron sus palabras y lo abofeteó antes de girarse e intentar escapar de nuevo en dirección contraria, pero Thomas fue más rápido y la aferró del brazo con fuerza.

—Ya has despertado a la bestia, preciosa… —susurró contra su oído.

Freya tiró de su brazo, pero los dedos de Thomas se aferraban a ella como garras y tiró de ella hacia el enorme portón de madera que seguía abierto. Y antes de llegar al lugar donde todos luchaban, Thomas volvió a cargarla sobre su hombro atravesando la lucha como si él no tuviera nada que ver. Los guerreros a su alrededor los miraban de reojo, pero nadie se atrevía a acercarse, pues estaban concentrados en su propia pelea.

Y cuando Thomas logró llegar al portón y atravesarlo, se giró de nuevo hacia el interior y silbó con fuerza.

—¡Retirada! —vociferó con voz atronadora que logró recorrer el patio al completo.

Y en cuestión de minutos, las peleas comenzaron a cesar en la fortaleza, al igual que los gritos y el sonido de las espadas. Tras él, y ocultándose entre las sombras del bosque, la cincuentena de hombres que habían viajado hasta allí para sacar a la joven de las garras del laird MacNab suspiró largamente al comprobar que su misión había sido fructuosa.

Thomas soltó entonces a Freya, que intentó empujarlo fuertemente, aunque fue ella la que se impulsó hacia atrás mientras él se quedaba completamente parado en el sitio. Los ojos verdes de la joven parecían soltar chispas a cada segundo que mantenía la mirada fija sobre el guerrero, como si quisiera saltar sobre él para degollarlo.

La luna brillante en el firmamento hacía que pudieran verse las caras cuando lograba penetrar entre las ramas de los árboles, por lo que Freya miró largamente a un lado y a otro al tiempo que su corazón latía aceleradamente, queriendo regresar por donde habían venido. Sin embargo, era tal la frustración y la rabia que había en su interior que dio un paso más hacia Thomas e intentó abofetearlo de nuevo, aunque este levantó la mano y logró sujetarla a tiempo, mirándola con el odio reflejado en sus ojos negros.

—Prueba a hacerlo de nuevo y cualquier orden de Broc respecto a ti no tendrá valor para mí —dijo con voz profunda y peligrosa.

Freya le sostuvo la mirada en silencio y supo que Thomas estaría dispuesto a matarla si volvía a hacerlo. El miedo volvió a hacerle temblar a pesar de su decisión de mostrarse valiente y decidida entre ellos. Los había visto luchar y había visto a más de uno temblar ante la idea de cruzárselos. Sabía que si se pasaba podría acabar con la garganta rajada en cualquier camino, así que tragó saliva, se soltó de su garra y dio un paso atrás.

Freya vio que uno de los guerreros se acercaba a ellos y le daba una palmada en la espalda a Thomas, que giró la cabeza hacia él.

—Tiene carácter, ¿eh, Thomas? —bromeó antes de guiñarle un ojo a la joven.

—Sí, lo tengo —habló antes que el guerrero—. No hace falta que habléis de mí como si no estuviera.

Varios guerreros a su alrededor silbaron, divertidos, y se alejaron de ellos al tiempo que Thomas se cruzaba de brazos mirándola fijamente:

—Tienes dos opciones: venir con nosotros por las buenas y hacernos el camino más fácil.

—¿Y la otra? —lo cortó rápidamente.

Thomas sonrió de lado y dio un paso más hacia ella, quedándose a pocos centímetros de la joven, que se sintió ligeramente intimidada por su estatura.

—Venir con nosotros por las malas, con las manos atadas y mi puñal en tu garganta —respondió regodeándose en cada una de sus palabras—. ¿Qué eliges?

Freya tragó saliva, sobre todo, cuando vio que el guerrero llevaba la mano directamente a la empuñadura de su daga. No obstante, lo miró con auténtico asco, imprimiendo en su mirada todo el odio que sentía por él y toda su compañía. Y en el momento en el que vio que uno de los guerreros le pasaba una cuerda a Thomas, Freya dio un paso atrás y asintió:

—Está bien. Iré por las buenas.

Freya habría dado una de sus manos para borrarle la sonrisa de satisfacción y victoria que

dibujó Thomas en sus labios.

—Entonces, vámonos —fue su respuesta.

El guerrero tan solo tuvo que alargar la mano para aferrarla del brazo y empujarla hacia los caballos, donde ya los esperaban los demás.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —preguntó con voz queda.

Thomas se limitó a mirarla de reojo, pero no respondió, provocando que la joven lanzara una maldición en voz baja que le hizo sonreír.

—Cabalgarás conmigo.

Freya frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

La mirada de Thomas brilló de diversión y señaló hacia uno de los guerreros, que para Freya era más parecido a un oso que a una persona normal y corriente.

—Si quieres, puedes cabalgar con Colin…

La joven se estremeció al pensar en que ese hombre pudiera pasar las manos por su cintura, por lo que negó con la cabeza.

—Así me gusta… —sonrió Thomas.

El guerrero alargó una mano para ayudarla a subir, pero Freya simuló no verla y montó con cierta dificultad, pues el caballo era demasiado alto para ella. No fue consciente de la sonrisa que se dibujó en la cara de Thomas mientras montaba tras ella. Pasó las manos por su cintura para aferrar las riendas y suspiró largamente. El camino de regreso al castillo iba a ser un completo incordio con ella delante de él, pero no tenía más remedio. Después miró a su alrededor, y al ver que todos estaban preparados para partir de nuevo hacia su hogar, silbó y comenzaron a cabalgar.

Al ver que el castillo de Blair se quedaba en la lejanía y ella se marchaba a un lugar hostil, Freya sintió que volvía a flaquear. Las piernas y las manos le temblaron, temerosa de acabar muerta antes de haber empezado a vivir la vida, especialmente con Blair, con quien se sentía más a gusto cada día que pasaba. Había descubierto a un hombre increíble y no quería perderlo. No obstante, se dijo que debía mantenerse fuerte, pues cabalgaba a un destino muy diferente al que había conocido. Iban directamente a la boca del infierno, y allí vivía nada más y nada menos que el peor de los demonios. Si tenía que enfrentarse a él ahora que el destino quería ponerlo en su camino, lo haría. No dejaría que la pisoteara, no se mostraría débil. Sería valiente, no solo por ella, sino por todas aquellas personas a las que habían matado por conseguir el poder.

Freya frunció el ceño cuando su espalda volvió a chocar contra el amplio pecho de Thomas. La joven intentó mantenerse erguida, pero como si lo hiciera a propósito, el caballo trastabilló y volvió a impulsarla hacia atrás, haciendo que resoplara con fuerza. Muy cerca de su oído escuchó la suave risa de Thomas y a pesar de la advertencia del guerrero cuando intentó abofetearlo de nuevo, estuvo a punto de patearlo.

A medida que cabalgaban en medio de la noche, le sorprendió la capacidad de los guerreros para ver en la oscuridad. Ella apenas podía ver nada a pesar de la suave luz de la luna, por lo que se rindió la décima vez que entrecerró los ojos para intentar ver el camino.

Intentó pensar en otra cosa que no fuera en Broc MacNab, pero es que este había intentado matarla en tres ocasiones y ahora se le presentaba la oportunidad de enfrentarse a él y matarlo. Y

no iba a desaprovecharla. Por ello, si no lograba escapar antes de llegar al castillo, se enfrentaría a él.

Desconocía cuánto tiempo llevaban a caballo cuando sus ojos comenzaron a cerrarse por el cansancio. La noche anterior apenas había dormido, y su cuerpo aún seguía dolorido por la caía en el desfiladero, así que cuando sintió que estaba comenzando a quedarse dormida, se pellizcó varias veces, logrando mantenerse despierta durante un largo rato. No obstante, poco después, sus ojos comenzaron de nuevo a cerrarse. Y sabía que en cuanto se dejara vencer por el sueño, no habría marcha atrás y despertaría cuando llegaran al castillo de Broc.

Es por eso por lo que carraspeó y se enderezó de nuevo justo en el momento en el que escuchó el primer trueno demasiado cerca de ellos. Freya miró al cielo y descubrió que se había encapotado demasiado rápido, aunque no olía el particular olor a tierra mojada que solía desprenderse cuando iba a desatarse una tormenta. Un nuevo trueno resonó encima de ellos, provocando que diera un respingo y a pesar de no desear su cercanía, Freya agradeció que Thomas estuviera a centímetros de ella. Y aunque habría jurado una y mil veces que pretendían hacerle daño, tuvo la ligera sensación de que Thomas la estrechaba más contra él después de sentir su estremecimiento.

—Estamos llegando —susurró el guerrero unos minutos después—. Y ya casi está amaneciendo.

Freya solo giró ligeramente la cabeza, pero no respondió. Levantó la mirada hacia el este y comprobó, para su sorpresa, que la noche había pasado demasiado rápido para ella. ¿Cómo era posible que ya estuviera a punto de amanecer si creía que habían salido del castillo hacía apenas un par de horas? Pero no era así. Sabía que habían cabalgado durante más tiempo, y ahora que estaban a punto de llegar iba a perder la única oportunidad que tenía de poder escapar. Por eso, Freya carraspeó y giró más la cabeza, encontrándose con la mirada de Thomas demasiado cerca de ella.

—Necesito… —carraspeó, incómoda—. Parar un momento.

—¿Para qué? —preguntó el guerrero enarcando una ceja.

Freya resopló.

—¿Tú qué crees? No puedo aguantar más. No hemos parado en toda la noche y necesito… aliviarme.

Thomas puso los ojos en blanco y resopló antes de silbar para llamar la atención de los demás, que lo miraron al instante.

—Pararemos un par de minutos —les informó.

Las miradas de todos los guerreros se dirigieron directamente hacia ella, que no pudo evitar sonrojarse. ¿Serían capaces de descubrir que pretendía escaparse? Freya bajó la cabeza y se abrazó a sí misma mientras Thomas bajaba del caballo. Le tendió una mano para ayudarla a desmontar y cuando sus pies estuvieron de nuevo en el suelo, no pudo evitar gemir de dolor por la postura a lo largo de toda la noche.

Freya estiró el cuerpo y se alejó unos metros, seguida no solo por la mirada de Thomas, sino por el sonido de los truenos sobre sus cabezas, aunque al menos agradeció que solo fuera una tormenta eléctrica.

—No se te ve muy cómodo con ella, amigo… —se burló Farlan cerca de él.

Al instante, Thomas apartó la mirada de la joven y la clavó en su amigo, con el que inició una conversación.

Mientras tanto, Freya sonrió al ver que la mirada del guerrero ya no estaba sobre ella. Sin perder tiempo y aprovechando la oscuridad aún reinante y los truenos sobre ellos, la joven corrió sin rumbo, alguno, pues no sabía dónde estaban ni cómo era el lugar, por lo que corrió sin mirar atrás.

Cuando supo que se había alejado demasiado, paró un instante para recuperar el aliento. Desde allí no los escuchaba, así que no sabía si la estaban siguiendo. Cuando logró recuperarse, corrió unos metros más, pero un río se cruzó en su camino. Freya paró de golpe, justo antes de caer al agua. Maldijo en voz baja y se dio media vuelta para buscar un lugar por donde poder atravesarlo o desviarse del camino sin que pudieran verla, pero en el momento en el que se giró, apareció un caballo que estuvo a punto de pisotearla de no ser por la rapidez con la que pudo moverse.

—¿Te has perdido, preciosa? —La voz de Thomas estuvo a punto de hacerla temblar de miedo.

—Mierda… —murmuró apretando los puños.

A pesar de la oscuridad, Freya vio cómo el guerrero desmontaba de un salto y se interponía entre el caballo, el camino y la joven con la espada en la mano. Esta tragó saliva al creer que iba a matarla y la dejaría allí tirada.

—¡Apártate! —le gritó la joven—. No pienso ir con vosotros.

Thomas entrecerró los ojos y la apuntó con la espada.

—Pensaba que querías venir por las buenas…

—¡No quiero ir con vosotros! Ni por las buenas ni por las malas. Ya sé cómo sois y cómo os las gastáis. He visto el daño que habéis hecho en este clan, y te aseguro que no tengo ganas de ver cómo es vuestro maldito grupito por dentro.

—¿Grupito? —murmuró Thomas con una sonrisa oculta—. Me parece que te equivocas en todo, muchacha. Vendrás con nosotros y descubrirás la verdad de toda esta maldita guerra. Y espero que con ello cambies de opinión.

Freya negó con la cabeza y dio un paso hacia el camino, pero Thomas interpuso la espada, parándola en seco.

—Vuelvo a darte la misma oportunidad que hace horas. O vienes por las buenas o tendrás que venir maniatada… Y te aseguro que mi paciencia se agota antes cuando estoy cansado.

Freya dudó, pero ahora que había logrado alejarse del grupo no quería volver, aunque Thomas la hubiera descubierto. La joven negó con la cabeza e intentó rodearlo para correr en otra dirección, pero el guerrero fue más rápido y logró apresarla por la cintura, elevándola del suelo al tiempo que Freya lanzaba un rugido de rabia y pataleaba para sacarse sus manos de encima.

Thomas la empujó hacia el caballo, de cuya alforja sacó una cuerda y le ató las manos con facilidad a pesar de su resistencia.

—Maldito guerrero del demonio. ¡Suéltame, joder!

Thomas sonrió y tiró de la cuerda para acercarla a él, quedando su rostro a centímetros de él. La joven sintió su aliento en el rostro y cada célula de él rezumaba peligro, al igual que la tormenta eléctrica sobre sus cabezas.

—Tienes suerte de que Broc quiera que llegues viva y sin un rasguño, preciosa. Si no, tendría que usar mi daga contra ti por tener una lengua demasiado sucia. ¿Dónde has aprendido a hablar así?

Freya intentó soltarse, sin éxito.

—Toda mi vida he escuchado a salvajes como tú.

Thomas sonrió y, durante unos segundos, su mirada se desvió hacia sus labios. Freya abrió los ojos desmesuradamente, haciendo que la sonrisa del guerrero fuera aún mayor. Y cuando creyó que iba a besarla, la empujó hacia el caballo, obligándola a montar.

Al cabo de unos minutos, ya estaban de nuevo junto al resto del grupo, que le dirigió una mirada cargada de odio por haberlos hecho esperar. No obstante, Freya irguió el mentón y los retó con la mirada. ¿Qué esperaban, que se lo pusiera todo fácil? Ni hablar. Y el resto del camino intentó quitarse las cuerdas de varias formas, pero solo logró hacer que Thomas riera tras ella.

—¿Por qué te caemos tan mal? —preguntó el guerrero cuando los demás volvieron a sus conversaciones.

Freya rio y negó con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar el odio que sentía por ellos.

—No nos conoces… —murmuró el guerrero cerca de su oído.

Freya se giró tan rápido en el caballo que estuvo a punto de caerse de no ser porque la mano de Thomas en su cintura se lo impidió.

—La verdad es que no me importaría cortarte ese adorno que tienes entre las piernas para echárselo a los cerdos —respondió.

Para su sorpresa, Thomas lanzó una carcajada, haciendo que su rostro dejara de tener, momentáneamente, ese gesto tan adusto y endemoniado que lo caracterizaba. Había esperado una maldición, una amenaza, incluso una bofetada, pero ¿una carcajada? Freya se golpeó mentalmente y negó con la cabeza, girándose de nuevo hacia adelante, por lo que no vio cuando Thomas se acercó de nuevo a su oído.

—No me importaría que me lo tocaras, pero para otra cosa… —murmuró.

Freya se estremeció y le espetó.

—Qué asco…

La carcajada de Thomas fue lo último que escuchó antes de que todos se sumieran en un auténtico silencio.

Era tal y como lo recordaba, aunque, lógicamente, no eran ruinas. Cuando ya había amanecido, el castillo de Broc MacNab apareció frente a ellos. La muralla que lo rodeaba no existía en el futuro y ahora estaba totalmente reconstruido, pero recordaba a la perfección lo que había visto de él.

Un hormigueo de nerviosismo paseó por sus piernas hasta su cabeza. Nuevamente, volvía a sorprenderse de estar en el pasado, pudiendo vivir en primera persona lo que pasó, pero jamás creyó que fuera a conocer al demonio que escondían aquellas paredes tan bonitas. Y tal y como pensó en el futuro, ahora sentía lo mismo: misterio. Como si ese castillo guardara algo más, información desconocida, personas extrañas, entre otras cosas. Y no solo era la niebla con la que

el día había amanecido, sino que cada piedra del castillo rezumaba misterio, cada una de las tres plantas, cada una de las torres que guardaba las esquinas del castillo… Todo en él parecía gritar secretos. Y no pudo evitar que un escalofrío recorriera su columna vertebral.

Freya elevó la barbilla, mostrando orgullo y rebeldía, algo que se había obligado a sentir para evitar temblar como una niña pequeña cuando el enorme portón de madera se abrió para darles paso.

La joven tragó saliva y le sostuvo la mirada a los guerreros que había apostados en la muralla y que le habían dirigido sus miradas en el momento en el que lograron distinguirla a través de la niebla. A pesar de que su insolencia era más que evidente en su rostro, por dentro Freya sentía que estaba a punto de echarse a llorar. Apretó los puños con fuerza y se resistió con todo su ser a dejarse llevar por el abanico de malos pensamientos que cruzaban por su mente. Si iban a matarla, iba a mostrar valor desde el principio hasta el final, y si creían que iba a suplicar por su vida, estaban muy equivocados.

Freya escuchó a uno de los guerreros indicar a Thomas dónde se encontraba Broc y en el momento en el que desmontó del caballo y el guerrero le cortó las cuerdas, la joven supo que ya no había escapatoria posible y que el diablo que vivía entre las paredes de esa fortaleza iba a acabar con ella.

Thomas aferró del brazo a la joven y la empujó hacia el interior del castillo mientras los demás guerreros desmontaban y desensillaban los caballos. Freya respiró hondo largamente, disfrutando del último aliento fresco antes de entrar en la fortaleza, temerosa de no salir con vida nunca más de ahí. Y justo en ese momento, una joven estuvo a punto de chocar contra ella.

Freya abrió los ojos desmesuradamente al ver el increíble parecido con Blair. La joven, alta, de cabello rubio oscuro y ojos azules la miró con una sonrisa realmente amable y sincera, y después, sin mediar palabra alguna, siguió su camino. Freya estuvo a punto de girar la cabeza en su dirección por la sorpresa que le produjo el increíble parecido con el laird del clan, pero Thomas la empujó hacia el interior del castillo.

A diferencia de lo que había sentido en el futuro, una bocanada de calor la inundó cuando puso un pie dentro. Y a pesar de lo que había creído, Freya tuvo una extraña sensación de familiaridad y acogimiento. Al contrario de lo que esperaba, la decoración del castillo era demasiado rica: cuadros y telares lujosos decoraban los pasillos, además de unas enormes y poderosas armaduras con espada que había en varios nichos a lo largo del pasillo. Increíbles lámparas de hierro forjado decoraban y caían del techo para iluminar las oscuras noches. En cada esquina del pasillo había una pequeña estatua que le recordaba a las diferentes figuras de la antigüedad griega.

Sus cejas se arquearon, sorprendida, ante semejante decoración. ¿De verdad ese era el mismo castillo que había visto en el futuro? Nada tenía que ver. Y desde luego, se parecía poco al de Blair, algo más frío que este.

—¿Cuándo pensáis matarme? —preguntó por segunda vez la joven desde que la habían secuestrado.

Las palabras de Freya casi habían salido sin pensar, obligándose a reaccionar y apartar de la expresión de su rostro la sorpresa que sentía.

Thomas la miró de reojo al escucharla.

—Estás equivocada, preciosa. No estás aquí para morir.

Freya resopló. Esas palabras no lograban calmar sus nervios, pero estuvo a punto de creerle.

—Broc te contará todo.

Broc MacNab… La sola mención de su nombre le ponía el vello de punta. Freya respiró hondo y supo que estaba más cerca de lo que creía cuando los pasos de Thomas fueron haciéndose más lentos hasta parar frente a una puerta.

El corazón de Freya latía tan fuerte como el sonido que hicieron los nudillos de Thomas contra aquella enorme y sólida puerta. La joven apretó los puños alrededor de su cuerpo, como si así pudiera hacer algo para evitar ese maldito encuentro. Sus piernas parecieron volverse gelatina cuando escuchó una voz en el interior del despacho y en el momento en el que Thomas abrió la puerta, Freya no pudo evitar dejar escapar una exclamación de auténtico terror.

El guerrero le indicó que entrara, pero al ver la indecisión de la joven, le puso una mano en la espalda y apretó ligeramente. Freya dio un paso, trastabilló, pero logró mantener el equilibrio y cuando la puerta se cerró a su espalda, con Thomas tras ella, se sintió en la boca del lobo.

Justo frente a ella, dándole aún la espalda y apoyado en la repisa de una enorme chimenea, se encontraba el hombre que había sembrado el terror en el clan MacNab. Desde esa posición, Freya lo vio muy alto y tan musculoso que parecía estar a punto de romper la camisa negra que vestía, al igual que los pantalones, también negros, cuyos poderosos muslos los apretaban con fuerza.

Los ojos de la joven recorrieron su enorme figura hasta su pelo negro y alborotado, tan salvaje como él, que brillaba como el azabache gracias a las llamas de la chimenea. Y en el momento en el que Freya se preguntó cómo sería su rostro, Broc dejó caer los brazos de la repisa y se giró lentamente hacia la joven, arrancándole el aliento de tal manera que creyó que la persona que había frente a ella no era de este mundo.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 17

Esos ojos negros dictaron su sentencia. Lo sabía desde el primer momento en que lo vio…

Inconscientemente, Freya dio un paso hacia atrás, demasiado afectada por la increíble belleza de ese hombre. Su corazón latió aún más deprisa y sus pulmones amenazaron con hacerla hiperventilar. ¿Cómo era posible que un hombre de semejante perfección hiciera todo el daño que había hecho a su propia gente?

Un rostro cuadrado y serio se acercó unos pasos a ella, como si quisiera amedrentarla, pero sus ojos… esos ojos tan calculadores y tan negros como la noche la observaban fijamente y parecían mostrar una expresión de curiosidad y… ¿cortesía? No, no podía ser. Freya estaba segura de que solo intentaba mostrarse así para que ella bajara la guardia y la atacaran cuando menos lo esperaba. Por ello, se dijo que debía mantenerse fría y distante. Pero esa nariz recta y perfecta, la pequeña cicatriz de su ceja y esos labios escondidos bajo la barba de varios días la hacían temblar. Y no precisamente de miedo.

Freya sintió que la mente se le quedaba en blanco. Y dio un paso atrás cuando vio que Broc se acercaba aún más a ella. Lo que su penetrante mirada le hacía sentir era indescriptible, pues se sentía demasiado desnuda bajo ella, como si Broc MacNab tuviera la capacidad de leer su interior, como si la conociera desde siempre y supiera lo que pensaba de él. De repente, quiso darse la vuelta, empujar a Thomas de su camino y salir corriendo hasta que sus piernas por fin pudieran convertirse en gelatina y cayera al suelo por la impresión que le supuso conocer a Broc MacNab. Desde que se había cruzado con Blair se dijo que jamás había visto a un hombre tan atractivo, pero Broc… era un atractivo salvaje, brutal, bárbaro… Tanto que todo su ser vibró. Y cuando lo escuchó hablar, estuvo a punto de desmayarse por la impresión:

—¿Tú eres Freya Wallace, la hija del "Oso"?

La joven supo que si respondía en palabras iba a tartamudear, sintiéndose mal consigo misma por mostrar esa debilidad. Pero tampoco quería quedarse callada, por ello, haciendo acopio de la valentía que le quedaba, le preguntó:

—¿Acaso nos conocemos?

Broc estuvo a punto de sonreír cuando vio cómo levantaba la barbilla con orgullo, mirándolo fijamente y retándolo a decir algo en contra que pudiera herirla. Sí, era ella, sin duda. Y entonces no pudo esconder por más tiempo la sonrisa. Sus pasos la llevaron junto a ella y la observó, quedándose parado justo frente a ella, a menos de un metro de distancia. Y a pesar del orgullo, Broc descubrió una pequeña duda en su decisión, ya que sabía que su cercanía y miradas aterraban a cualquiera.

—Se podría decir que sí —murmuró él con voz enronquecida.

Freya tragó saliva. ¿Acaso sabría que ella era historiadora y que estudiaba la guerra que él había empezado con su primo?

—Espero que mis hombres te hayan tratado bien en el camino…

La joven no pudo evitar enarcar una ceja ante sus palabras.

—Dudo mucho que eso te importe realmente, Broc MacNab.

El guerrero sonrió de lado.

—Ya veo que me conoces.

—¿Hay alguien que no lo haga? —preguntó retóricamente—. ¿Para qué demonios me habéis traído aquí?

Freya señaló con el pulgar hacia atrás, a Thomas.

—Este de aquí dice que no me vais a matar.

Thomas enarcó una ceja.

—¿Este? —preguntó con tono burlón—. Me llamo Thomas.

Freya se encogió de hombros.

—Lo sé —respondió la joven girando levemente la cabeza hacia él.

—¿Y por qué no me has llamado por mi nombre?

—Tú me dices preciosa todo el rato.

Thomas rio.

—¿Y no lo eres? Pensaba que te gustaba.

Freya resopló y puso los brazos en jarras.

—Me alegra ver que os lleváis bien —murmuró Broc con un asomo de sonrisa.

La joven se le quedó mirando. ¿Sería consciente de lo guapo que era cuando sonreía? Ya lo era cuando estaba serio, pero esa sonrisa… Derretiría las piernas de cualquier mujer con la que se cruzara en el camino.

—Espero que eso me lo repitas cuando lo mate… —se obligó a responder la joven.

La sonrisa de Broc aumentó, mostrando una dentadura perfecta.

—Eres justo como soñaba —ronroneó mirándola a los ojos.

La boca de Freya se abrió de golpe. Se acababa de quedar de piedra. ¿Qué habría querido decir con eso? Y tal vez la duda se reflejó en su rostro, pues Broc carraspeó inmediatamente y parpadeó, como si en ese instante fuera consciente de lo que había dicho.

El guerrero dio un paso atrás y su rostro se ensombreció.

—Ya sé que tienes muchas dudas, pero si estás aquí es porque queremos salvarte de mi primo.

Freya enarcó una ceja y después dejó escapar una risotada.

—¿Salvarme de Blair? Es de ti de quien me tienen que salvar —le espetó—. Ya he visto de lo que eres capaz.

Broc torció la cabeza y chasqueó la lengua.

—Estás equivocada. Solo has escuchado una parte de la historia.

La barbilla de la joven se elevó aún más, retadora.

—¿Y cuál es la tuya?

—Lo sabrás, pero primero tienes que descansar.

Freya frunció el ceño.

—¿Qué? ¡Merezco una explicación de por qué me habéis sacado del único lugar seguro que había en estas tierras para traerme aquí!

La joven apretó los puños al escuchar la suave risa de Thomas a su espalda.

—La tendrás. Lo juro, pero…

—¡No quiero descansar! —lo cortó.

Broc dio un paso más hacia ella, volviendo a acortar la distancia. Y en el momento en el que su aroma lo envolvió, estuvo a punto de alejarse para evitar cerrar los ojos y aspirarlo con fuerza.

—Thomas te llevará a tu habitación.

Freya abrió la boca para quejarse una vez más, pero Broc se alejó entonces de ella sin apartar la mirada de sus ojos mientras Thomas la aferraba del brazo y tiraba de la joven con suavidad hacia la puerta. Sus palabras quedaron atascadas en la garganta y no apartó la mirada de él hasta que la puerta se cerró.

En el momento en el que Broc se quedó solo, soltó todo el aire contenido de sus pulmones. El guerrero se llevó una mano al pecho y volvió a inspirar de nuevo, pues necesitaba calmar el temblor que todo su cuerpo experimentaba desde que la joven había entrado en su despacho.

Con pasos lentos, se acercó al borde de la mesa y se dejó caer sobre ella. Conocerla, verla por fin frente a él había supuesto un verdadero respiro, pero también un verdadero suplicio. Esto último porque no podía tocarla como tantas y tantas noches había deseado, como llevaba años soñando. Pero al fin podía respirar con tranquilidad, ya que Freya estaba en su castillo, alejada de su primo y del daño que pudiera sufrir en su compañía. Sabía que le iba a costar horrores convencerla de la verdad, de lo que él había vivido desde hacía años, pero estaba seguro de que con la ayuda de sus hombres lo iba a conseguir. Debía conseguirlo porque, de no ser así, no podría vivir si Freya regresaba junto a Blair. Según le habían contado, parecía que habían entablado primero una gran amistad para después empezar lo que podría ser una relación amorosa, pero no podía permitirlo. Y no solo por la profecía. Eso le daba igual. Sino por él mismo, por el bien de su propio corazón.

Broc jamás pensó que conocerla podría desestabilizarlo tanto. Después de meses y meses soñando con ella por fin estaba junto a él. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Por fin estaba a salvo.

El guerrero se levantó del borde de la mesa y se acercó a la ventana. El joven se apoyó entonces contra la jamba de la misma y su sonrisa se amplió al recordar la primera vez que la vio. En el mismo filo que había entre la vida y la muerte, fue ella la que lo sacó del infierno y lo llevó de nuevo a la vida. Sus ojos, su sonrisa, su dulce voz… todo en ella lo había traído a la luz. Su guerrera de la luz.

Broc cerró los ojos unos instantes y dejó que el tiempo pasara mientras su corazón, su mente y su alma parecían calmarse nuevamente. Habría dado lo que fuera por estar un momento con ella a solas, contarle toda la verdad de golpe y, después, cuando todo estuviera sobre la mesa, hacerla suya. Pero no podía ser así. Debía ir con cuidado, despacio, contándole lo que había pasado cuando estuviera descansada, pues con el orgullo que le había demostrado y la rebeldía que denotaban sus ojos se habría lanzado contra él para matarlo. Y necesitaba que lo creyera. Sí, debía hacerlo.

El viento soplaba contra la ventana, como si se hubiera levantado de golpe para demostrarle su fuerza y lo que estaba por venir. Sabía que los próximos días iban a ser una tortura con ella allí hasta que lograra convencerla de la verdad, pero estaba seguro de que iba a funcionar.

Unos nudillos contra la puerta hicieron que despegara sus ojos de lo que había más allá de la

ventana. La dirigió hacia la puerta y, sin moverse, le dio paso.

Tras la puerta apareció la cabeza sonriente de Thomas, que dejó escapar el aire lentamente al tiempo que daba una palmada.

—Por fin aquí de nuevo…

Broc sonrió despreocupadamente y se sentó sobre el alféizar sin dejar de mirarlo.

—¿Estaba más tranquila?

Thomas torció la cabeza.

—Bueno… todo lo tranquila que se puede estar al pensar que estás en un lugar enemigo, rodeada de gente que crees que va a matarte en cualquier momento y que el hombre al que crees amar está lejos de aquí. Eso sin contar con la rabia que le ha dado que no le cuentes ahora la verdad.

Broc asintió lentamente.

—¿Después de haber sido secuestrado por alguien que crees que es un demonio tú estarías lo suficientemente calmado como para escuchar la verdad?

Thomas se carcajeó y negó.

—La verdad es que no, pero no parecemos tan endemoniados, ¿no? —preguntó mirándose las ropas.

Broc dejó escapar una risa.

—Supongo que ella sí lo cree porque en el castillo de mi primo todo el mundo viste con los colores del clan. Nosotros vestimos de negro.

Thomas enarcó una ceja.

—Ella también lo hace. Sus ropas no eran precisamente de color rosa… Y viste pantalón —le dijo como si Broc no hubiera reparado en ello—. Es muy rara.

—Es de su tiempo, no del nuestro.

—Pero no deja de ser rara —se quejó el joven dejándose caer contra una silla—. Y habla como un demonio. ¿De verdad nos considera tan malos cuando es ella la que habla como salida del Averno? La tenías que haber escuchado…

Broc le dedicó una amplia sonrisa.

—Me alegra ver que te gusta tanto como para llegar a considerarla una amiga.

Thomas resopló y simuló un escalofrío.

—Yo no estaría tan seguro. ¿Sabes qué me ha dicho? Que me quería cortar mi querido miembro y echárselo a los cerdos. ¿De verdad piensas que voy a ser amigo de alguien así?

—Totalmente…

Thomas puso los ojos en blanco.

—Estás loco.

—Y tú también. Os habéis metido en el castillo de mi primo y la habéis traído. No te imaginas lo orgulloso que estoy de todos vosotros. No tendré el tiempo suficiente en esta vida para agradeceros esto.

Thomas movió una mano, restándole importancia, aunque su pecho se hinchó de orgullo ante sus palabras.

—¿Cómo fue el ataque?

—Bueno, más fácil de lo que pensábamos. ¿Sabes que tu querida Freya me tiró una piedra mientras escalaba por la escalera? Estuvo a punto de darme. Tiene agallas.

Broc sonrió de lado y se sentó en la silla que había a su lado.

—¿Y después? ¿Pudiste cogerla entonces?

Thomas negó.

—No, despareció. Tuve que luchar y herir a algunos. Tal y como habías pedido, ninguno murió. O al menos no entonces. No sé si lo habrán hecho después de las heridas, pero nuestra intención no era matarlos. En cuanto me pude deshacer de varios, fui en su busca.

Thomas sonrió al recordar el momento.

—Estaba en su dormitorio, tal y como dijiste. Y ¿sabes qué hizo? Me rompió un jarrón en la cabeza.

Broc dejó escapar una risa.

—No veo sangre…

—Ya sabes que yo tengo la piel muy dura, pero ella tuvo la valentía de hacerlo. La admiro, pero nunca se lo digas. El regreso al castillo ha sido tranquilo, aunque ha intentado escaparse.

Broc asintió seriamente mientras su segundo al mando lo miraba con fijeza.

—¿Es como la imaginabas?

El guerrero sonrió un poco.

—Es aún mejor.

Broc dejó escapar un suspiro sin saber cómo poner en palabras lo que sentía.

—No puedes imaginar lo que he sentido al verla… Ella me salvó, Thomas. Cuando estaba a punto de morir por la fiebre, fue su rostro el que vi en sueños. Me dijo su nombre y me juró que iba a salvarme. No lo entendí entonces, pero después de soñar con ella todas y cada una de las noches desde ese día solo puedo decir que algo dentro de mí palpita cuando la veo, pero jamás puedo tocarla. Supongo que nunca he podido hacerlo porque ella estaba en otro tiempo.

—Ahora está en este. Y en nuestro castillo. Y conociendo a tu primo, no creo que va a aventurarse a venir aquí mañana. Ni siquiera por ella arriesgaría a sus hombres.

Broc asintió, aunque suspiró amargamente.

—Pero es a él a quien ama. Ya lo sabes.

Thomas apoyó los codos en las rodillas.

—Mira, yo sé quién eres tú y quién es tu maldito primo. Y cuanto esa muchacha descubra quién es él de verdad, lo odiará. Además, también podrías decirle lo de sus…

—¡No! Esa es la única información que no quiero desvelar aún. Al menos no hasta que él esté bien de las heridas y pueda afirmarlo.

Thomas asintió.

—Está bien. Se hará como tú quieras.

—¿A quién has dejado como guardián en su puerta? —quiso saber al cabo de unos segundos.

Thomas sonrió.

—A Mungo, que por cierto ha jurado matarme lentamente por obligarlo a ser su niñera.

Broc sonrió.

—Estad atentos. Intentará huir.

CAPÍTULO 18

Lo había mirado con auténtico odio cuando Thomas salió de su dormitorio, especialmente cuando el guerrero le dedicó una sonrisa y una mirada burlonas al tiempo que hacía una reverencia demasiado exagerada, que logró enfurecerla aún más. No quería descansar. No lo necesitaba. Lo que más deseaba en ese momento era saber el motivo por el que se habían arriesgado a penetrar en el castillo de Blair para secuestrarla. Decían que no iban a matarla, y aunque seguía teniendo sus dudas, Freya sabía en lo más profundo de su alma que no iban a hacerlo. Podrían haberle hecho daño tras secuestrarla, violarla, golpearla… pero se habían limitado a tratarla bien, aunque la miraran de forma extraña.

La joven suspiró largamente y dejó de observar la puerta para girarse hacia el resto del dormitorio. Una exclamación de sorpresa se escapó de su garganta cuando vio la increíble decoración del mismo. Al igual que el resto del castillo, esa estancia estaba ricamente decorada.

En el centro de la misma, lo que más resaltaba era la enorme cama con dosel rojo que parecía rellenar casi toda la habitación. La madera de la misma poseía unos retorneados impresionantes que habrían hecho las delicias de todos sus profesores de la universidad. Una sonrisa se dibujó en sus labios al recordarlos.

A los pies de la cama, un par de sillones con una pequeña mesa de café en medio de ellos parecían incitarla a sentarse, pero le dolía tanto el trasero que prefirió quedarse de pie y seguir admirando la belleza de la estancia.

Un enorme espejo colgaba de la pared, justo al lado de la mesita de noche del lado derecho de la cama, sobre la que había una jofaina y una toalla. En esa misma zona, una enorme chimenea calentaba el lugar, proporcionando un sentimiento acogedor que logró calmar en parte el nerviosismo de la joven. Sobre la chimenea, el escudo de los MacNab relucía con orgullo cada vez que las llamas de la fogata se reflejaban sobre él.

Varios candelabros se repartían a lo largo de las paredes. Ahora se encontraban apagados, pero estaba segura de que podría encender las velas que contenían cuando llegara la noche.

En la parte izquierda de la habitación, había varios baúles y Freya tuvo la tentación de acercarse a ellos para comprobar si contenían ropa. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que, efectivamente, estaban repletos de ropa muy parecida a la suya, tal y como vestían el resto de personas de ese castillo.

Pero lo que más llamó su atención fue la enorme bañera que había justo debajo de la amplia ventana. Freya estaba segura de que ahí podrían caber perfectamente dos personas. Era la primera vez que veía una de esa magnitud, ya que en esa época solían ser más bien pequeñas. De hecho, en el castillo de Blair se había bañado en una que era muchísimo más reducida que esa.

La joven se acercó para admirarla de cerca y observar qué era lo que se veía a través de la ventana. Le sorprendió descubrir que ese dormitorio se alzaba justo frente al patio principal. Desde allí vio a algunos de los guerreros que la habían secuestrado y llevado hasta allí y vio cómo bromeaban y reían entre ellos en un ambiente que distaba mucho del que esperaba, incluso muy diferente al que había visto en el castillo de Blair, donde los guerreros eran más comedidos y serios.

Al cabo de un rato, Freya se dijo que no estaba dispuesta a aceptar la orden de Broc sobre descansar, por lo que se dirigió hacia la puerta y la abrió. La joven estuvo a punto de chocar

contra una mole de músculos que tapaba la salida. Este se giró hacia ella y descubrió que se trataba de uno de los guerreros del clan.

—¿Qué haces aquí?

El guerrero la miró con mala cara y gruñó, enseñando los dientes, como si se tratara de una bestia, haciendo que la joven frunciera el ceño y estuviera a punto de dar un paso hacia atrás.

—Me han encomendado la increíble labor de ejercer de niñera.

—Yo no necesito niñera —se quejó Freya.

El guerrero frunció el ceño y llevó, disimuladamente, la mano hacia la empuñadura de la espada.

—Y yo no quiero serlo, pero así son las cosas.

El hombre se giró de nuevo para darle la espalda, pero la voz de Freya lo detuvo.

—¿Podrías apartarte? Quiero salir.

Escuchó un resoplo antes de soportar de nuevo aquella mirada enfurecida.

—Mira, muchacha. Tengo la paciencia suficiente como para aguantar medio minuto y ya se me ha acabado. No quiero estar aquí. Prefiero estar con mis compañeros entrenando o tomando una buena copa de whisky, así que no me toques los… las narices, y déjame en paz. No vas a salir de aquí mientras las órdenes de Broc sean estas.

Freya apretó los puños y lo miró, furiosa.

—¿Hace falta ser tan desagradable?

—Lo siento. No sabía que estaba hablando con una señorita de la corte… —fue su seca respuesta.

—Desgraciado…

El guerrero sonrió ligeramente.

—Deberías ser más original con los insultos. Me han dicho cosas peores…

—Gilipollas —le espetó mirándolo a los ojos.

Freya vio cómo el hombre se giraba hacia ella con el rostro impasible.

—Jamás he escuchado esa palabra.

La joven sonrió y se encogió de hombros.

—Como desconozco tu nombre, tal vez te llamaré siempre así.

El guerrero le devolvió la sonrisa.

—Mungo. Ese es mi nombre, señorita Wallace —Freya intentó obviar la ironía con la que pronunció su apellido.

Sin saber qué más decir, la joven dio un paso atrás y le cerró la puerta en las narices, provocando la risa del guerrero. Freya se sentía cansada, hambrienta y enfadada. Pensó en Blair y en cómo podía estar sintiéndose en ese momento, pues seguramente ya sabría lo que había pasado. Deseó que hiciera acopio de todos sus hombres para marchar hacia allí, derribar ese castillo y rescatarla de las garras del demonio que había sembrado el terror en el clan, pero mientras tanto, se dijo, debía sobrevivir.

En ese momento, alguien llamó a la puerta y pensó que se trataba de Mungo, pero cuando esta se abrió, descubrió que se trataban de varias sirvientas. Le sorprendió ver que ellas sí vestían los colores del clan MacNab, al contrario que el resto de personas en ese castillo, y las cuatro llevaban sendas jarras con las que se dirigieron hacia la bañera.

—Nos ha pedido el señor que las traigamos para que podáis daros un baño.

—Qué considerado —susurró mientras las veía de caminar a un lado y otro de la bañera para comprobar que todo estuviera en orden.

Una de ellas, la que primero entró en la habitación, caminó hacia los baúles y los abrió, mostrándole la misma ropa que ya había visto con anterioridad.

—El señor también nos ha pedido que os digamos que estas ropas son para vos. Las mandó hacer expresamente para que os sintáis cómoda con ellas en lugar de un vestido.

Freya no pudo evitar enarcar una ceja.

—¿Acaso tu señor sabía cómo visto y que yo iba a estar aquí?

La sirvienta boqueó varias veces sin saber qué decir. Después carraspeó y volvió a hablar:

—Solo quería que supierais que estas ropas no las ha usado nadie anteriormente. Son vuestras.

—¿De verdad piensa tu señor que puede comprar mi afecto con ropa? Si es así, no me conoce.

Todas las sirvientas se miraron entre sí.

—Solo quiere que estéis cómoda entre nosotros.

Freya frunció el ceño.

—Yo ya estaba cómoda en el castillo del laird. El verdadero laird…

La sirvienta asintió en silencio y le hizo un gesto a las demás sirvientas para que se marcharan. Y ella, tras una última mirada y un cabeceo en señal de respeto, se marchó detrás de ellas.

Freya se sintió un poco mal por el tono con el que le había hablado a la mujer. Sabía que había pagado con ella su frustración, pero era tanta la necesidad que sentía de escapar de allí y gritar que no estaba segura de que su fuerza de voluntad fuera tan grande como para callar cuando debía hacerlo y evitar meterse en problemas con esa gente.

Tras un largo suspiro, la joven se quitó la ropa y se metió en la bañera. Aunque odiaba darle la razón a Broc, estaba tremendamente cansada y quería dormir un rato. Sus músculos protestaron cuando se metió en la bañera, pero pronto se relajaron. El olor a lavanda era espectacular y llenó muy pronto la estancia. La joven se lavó el pelo y cuando se sintió realmente limpia, salió de la bañera y caminó directamente hacia la chimenea para secarse el cabello. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro mientras posaba su mirada en el fuego de la chimenea. A pesar de que llevaba semanas en ese tiempo, no podía evitar creer aún que estaba en un sueño y que todo eso no era real, pero el miedo que había pasado sí era real, tanto como el hermoso rostro del guerrero que había conocido abajo y que siempre creyó que sería tan horrible como su carácter.

Al cabo de unos minutos, cuando su pelo se secó por completo, Freya se levantó y dejó la toalla a un lado. Completamente desnuda, se dirigió hacia la cama, retiró las sábanas y se metió en ella para descansar. Se dijo que sería solo un momento, un par de horas, pero estaba tan terriblemente cansada que cuando se quedó dormida no sabía que lo haría durante horas.

Cuando el día estaba a punto de acabar, su propio gemido la hizo brincar en la cama. Freya estaba teniendo una pesadilla en la que volvía a caer por el desfiladero mientras escuchaba los

gritos de Leathan, que estaba siendo asesinado por los hombres de Broc. La joven gritó, como si así pudiera salvarlo de alguna manera, pero no pudo hacer nada. Su cuerpo cayó y cayó de nuevo y arrastraba la tierra a su paso, tal y como ocurrió. Su cuerpo sobre la cama se movía de un lado a otro, dando patadas que lograron desarropar su cuerpo desnudo, pero ella no podía despertar. Estaba tan inmersa en esa pesadilla que lo vivía todo nuevamente, como la primera vez, sin ser consciente de que había gritado en la realidad.

Aún podía revivir el último momento en el que dejó de resbalar por la pendiente y su cuerpo dio de lleno contra la roca, sin embargo, en ese sueño no había perdido el conocimiento, sino que se había roto las piernas. Gritó nuevamente cuando vio que el hueso salía por una de ellas y no podía hacer nada, además de que no había nadie que pudiera ayudarla. Pero en ese momento, justo cuando dio un último grito, escuchó una voz suave que le pedía calma. La joven giró la cabeza en varias direcciones buscando el origen de esa voz y a pesar de estar dormida, sintió cómo alguien se sentaba a su lado, la arropaba nuevamente y le susurraba palabras de aliento en el oído mientras acariciaba su cabeza con un amor que jamás había sentido.

Y poco a poco, su corazón fue calmándose, la pesadilla comenzó a desaparecer y reemplazó esas imágenes por otras más agradables, más bonitas, hasta que su interior se relajó de nuevo y la mano que acariciaba su cabeza desapareció; la voz también lo hizo y el peso a su lado en la cama se evaporó, como si nunca hubiera existido. Pero lo que sí era cierto era que había logrado calmarse para poder descansar un par de horas más.

Le sorprendió ver que no había luz tras la ventana cuando finalmente abrió los ojos y miró a través de ella. No podía creer que se había hecho de noche, pues su intención era dormir apenas unas horas para recuperarse, pero había pasado todo el día en la cama.

Freya se desperezó lentamente, sintiendo su cuerpo aún un poco entumecido por la pesadilla que había tenido y que ahora recordaba una vez más. La joven entornó los ojos al recordar también aquella voz suave que había escuchado en la pesadilla. Esta le había hablado con calma, como si nada ocurriera de verdad, y había logrado encontrar el sueño reparador que realmente necesitaba.

Se preguntó qué habría sido esa voz. Si era real o no, pero agradeció mentalmente por ella, pues había podido descansar. Con un gemido perezoso, Freya apartó las sábanas y sintió un escalofrío al ver que se había quedado dormida completamente desnuda. Se incorporó y miró hacia los baúles. Deseó poder tener ropa suya suficiente como para poder rechazar la que le había preparado Broc, pero la única que había llevado estaba sucia, así que, con cierta indecisión caminó hacia el primer baúl y lo abrió. Sus labios dibujaron una sonrisa irónica, pues toda la ropa era completamente negra. Y aunque ella también solía vestir con otros colores, el negro era su favorito. Se puso una camiseta cómoda, unos pantalones anchos y sus propias botas. Aunque ya era de noche y seguramente habrían cenado en el castillo, ella no tenía pensado quedarse allí.

Ahora que estaba completamente recuperada del cansancio y comía algo gracias a la bandeja que habían dejado sobre la mesita al lado de los sillones, Freya se dirigió hacia la puerta de su dormitorio y apoyó la cabeza en ella para intentar escuchar lo que había fuera de allí. Comprobó que seguía teniendo un guardia en la puerta, aunque desconocía si se trataba del mismo guerrero.

Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras masticaba el último bocado de manzana y se dirigió a la ventana. La joven sorteó la bañera y abrió, como pudo, los goznes. La oscuridad reinaba en el castillo y desde allí no podía ver con claridad a los guardias apostados en la

muralla, por lo que seguramente ellos tampoco podrían verla a ella.

—No pienso quedarme aquí contigo, Broc MacNab —susurró mirando hacia abajo para comprobar la altura.

Después dirigió sus ojos hacia los lados de la ventana y comprobó, con satisfacción, que la piedra era perfecta para descender por la pared. No obstante, no quería jugarse el cuello como hizo en el desfiladero, por lo que volvió a meter la cabeza en el dormitorio y posó sus ojos sobre las sábanas. Estas parecían ser de buena calidad, así que corrió hacia ellas y deshizo la cama. Ató unas sábanas a otras y después anudó uno de los lados a la pata más cercana de la bañera. Con una sonrisa, se dijo que tenía la largura suficiente como para llegar hasta abajo. Por ello, dejó caer las sábanas hacia el exterior.

Tras esto, Freya sacó las piernas por la ventana y después el cuerpo. Apoyando los pies en varios salientes de las piedras, se aferró a las sábanas y rezó para que aguantaran su peso. Y comenzó a descender.

Intentando hacer el menor ruido posible, la joven bajaba poco a poco; sin prisa, pero sin pausa mientras en su mente trazaba un plan para poder escapar de la parte que sería más complicada: cruzar la muralla. Sabía que había guardias y que tal vez algunos sirvientes estaban todavía despiertos, pero era la mejor oportunidad para escapar, pues estaba descansada y había comido lo suficiente para no desfallecer mientras regresaba junto a Blair.

Freya contuvo una exclamación de satisfacción cuando sus pies tocaron el suelo y se frotaba las manos para descargar el dolor. La joven miró hacia arriba una última vez y dejó escapar una risa suave, victoriosa. Una parte de su plan había acabado, así que ahora debía continuar con la más difícil.

Se giró para echar a correr hacia un lugar donde protegerse de posibles miradas y estuvo a punto de caer al suelo cuando chocó contra algo que logró arrancarle una exclamación de dolor y sorpresa. Y cuando creyó que iba a perder el equilibrio, unas fuertes manos sujetaron sus brazos y la ayudaron a recuperar el equilibrio.

Su corazón saltó al saber que se trataba de una persona y temió que en ese momento usaran una daga contra ella.

Freya levantó el mentón con orgullo, pero su expresión se congeló cuando descubrió que la persona contra la que había chocado no era ni más ni menos que Broc. De su garganta escapó una exclamación y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Sin embargo, la daga que tanto esperaba jamás llegó a clavarse en su corazón. Al contrario, una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del guerrero.

—Thomas me ha avisado hace un rato de que una de las yeguas está a punto de parir y hay problemas —comenzó diciendo—. Desconocía que tú también querías venir con nosotros…

Freya boqueó varias veces. ¿Ir a las caballerizas a ver un parto? ¡Lo que quería era escapar! Y él lo sabía. ¿Por qué demonios había dicho eso? La joven carraspeó sin saber qué responder, aunque no hizo falta, ya que fue el propio Broc el que siguió hablando.

—Supongo que es por eso por lo que has salido por la ventana… —sugirió con tono de voz neutro señalando las sábanas colgadas.

Freya se giró y las miró apretando las manos. Volvió a dirigir sus ojos hacia Broc y asintió.

—Claro, me hace mucha ilusión verlo…

Broc sonrió ante la mentira descarada de la joven, pero prefirió no insistir. En cambio, señaló el camino hacia las caballerizas y dejó que ella fuera primero. Tras una mirada dudosa, Freya comenzó a caminar, aunque sin dejar de mirar de reojo al guerrero, que, en cuestión de segundos, se colocó a su lado.

—Espero que hayas podido descansar… —dijo cuando quedaba una veintena de metros para llegar a las caballerizas.

Freya frunció el ceño y lo encaró.

—No hace falta que finjas y te intentes mostrar amable. Ya sé lo que hay en tu corazón.

Broc dejó de caminar y clavó su mirada en la joven.

—¿Y qué hay en mi corazón?

Freya dio un paso hacia él y quedó a pocos centímetros de su rostro. La luna dio de lleno en aquellos ojos negros y la joven dudó.

—Maldad —acabó diciendo—. Una maldad que es capaz de arrasar con un clan entero.

Broc torció la cabeza y chasqueó la lengua.

—No soy yo quien intenta acabar con el clan, Freya…

El tono que empleó para decir su nombre hizo que le temblaran las piernas, por lo que dio un paso hacia atrás.

—No mientas. Lo sé todo.

Broc sonrió tristemente y asintió.

—Ya veo que mi primo ha hecho un gran trabajo, pero mañana a primera hora te contaré la verdad. Mi verdad y la de todo el clan.

—Mentiras… Contarás mentiras.

Broc se encogió de hombros y volvió a señalar el camino. Los pocos metros que les quedaban los hicieron en completo silencio. Una pequeña luz al fondo de las caballerizas fue lo único que ambos encontraron cuando entraron en las mismas, y Freya renegó por no tener electricidad para ver mejor.

Broc se adelantó a ella y casi voló hasta donde estaba Thomas, que la miró con una expresión de sorpresa. Sin embargo, Freya intentó disimular. Vio que el guerrero estaba arrodillado junto a una yegua que parecía estar sufriendo. La joven tragó saliva sin saber qué hacer, y dado que no deseaba molestar, se colocó a un lado y apoyó la espalda contra una de las cuadras.

Broc se agachó al otro lado de Thomas mientras en su rostro se dibujó una expresión de preocupación.

—Está sufriendo mucho, Broc —dijo su segundo al mando con un tono que distaba mucho de los que había empleado desde que lo conocía—. Vamos a perder a ambos.

Broc levantó la cabeza y negó con ella.

—No mientras yo esté aquí para evitarlo, Thomas.

—El potro está mal colocado. Hace un rato he intentado que se moviera para facilitar su salida, pero parece que se niega.

Freya se sintió inútil en ese momento. Le habría gustado hacer lo que fuera por ayudar a la

yegua y su potro, pero desconocía qué se hacía en esos casos. Jamás había visto cómo nacía un animal de esas características, así que solo pudo apretarse contra las cuadras y rezar para que todo saliera bien.

Y fue en ese momento cuando de repente creyó que había un espejismo frente a ella y el Broc del que tanto había oído hablar no existía realmente. El que había frente a sí apoyó una oreja contra el vientre de la yegua y comenzó a acariciarla lentamente. Thomas cambió de postura para intentar sacar de nuevo al potro y esperó instrucciones de su señor.

Broc comenzó a hablar muy lento y suave al tiempo que hacía círculos con la mano en el vientre de la yegua. Su voz sonaba diferente, sobre todo ahora que hablaba en gaélico. Freya no estaba segura de lo que estaba diciendo, ya que tenía el idioma un poco olvidado, pero dijera lo que dijera, estaba segura de que se trataba de algo dulce para que el cuerpo del animal se relajara y todo fuera bien.

Un nudo se instaló en la garganta de Freya cuando vio que Thomas metía las manos en la yegua y su expresión cambiaba a una forzada mientras movía lentamente al potro. La joven no era consciente de que estaba apretando con fuerza los puños hasta que sintió que sus uñas estaban a punto de rasgar la carne de su palma. Durante unos segundos que parecieron una eternidad, Freya contuvo el aliento, incapaz de hacer ruido al respirar para evitar hacer algo que impidiera que el potro naciera bien y la yegua pudiera sobrevivir.

Sus ojos estaban fijos sobre Broc, que seguía hablando tranquilamente. Su mano, tan grande como él, seguía describiendo círculos, y a pesar de todo lo que había vivido con Blair, sus más bajos instintos se preguntaron cómo podría sentirse una mujer con aquellas poderosas manos en su cuerpo.

Al darse cuenta de sus pensamientos, Freya sacudió la cabeza. Y lo hizo con tanto ímpetu que Broc la miró de reojo sin dejar de hablarle suave a la yegua.

La joven dio un respingo cuando escuchó el gemido de Thomas cerca de ella, seguido de una expresión victoriosa. El guerrero sacó las manos y esperó al tiempo que la yegua empujaba al potro fuera de su cuerpo con sorprendente facilidad. Los ojos de Freya se abrieron desmesuradamente al ver que, milagrosamente, ambos animales habían sobrevivido y dejó escapar un suspiro de alivio al ver las sonrisas de ambos guerreros.

Durante unos segundos, Broc acarició un poco más a la yegua y después le dio un par de palmadas antes de ponerse en pie. Su sonrisa ocupaba gran parte de su rostro, por lo que Freya era incapaz de apartar la mirada de él. ¿Cómo era posible que un hombre que se preocupaba por el nacimiento de un animal después saliera de su castillo a matar gente de forma tan despiadada?

Broc lanzó un suspiro de alivio cerca de ella y después la observó.

—¿Estás bien? Parece que has visto un fantasma —le preguntó a la joven, que estaba tan pálida que parecía estar a punto de desmayarse.

No obstante, Freya sabía que no era por haber presenciado un nacimiento, sino por el carácter cambiante de Broc. La joven tragó saliva y asintió.

—Sí —comenzó diciendo desviando la mirada hacia Thomas, que ahora se lavaba las manos —. Es solo que… Me ha sorprendido ver cómo has tratado a la yegua.

Broc sonrió y entrecerró los ojos.

—¿Y cómo creías que iba a tratarla?

Freya desvió la mirada. ¿Cómo iba a decirle la verdad? No obstante, al ver que ambos hombres esperaban su respuesta, se armó de valor y dijo:

—Creí que ibas a rajarla y matarla para que dejara de sufrir.

Thomas lanzó una carcajada, que intentó disimular tras un ataque de tos para después darle la espalda y simular que estaba haciendo algo interesante. Por su parte, Broc se le quedó mirando con auténtico interés.

—Qué te habrán contado de mí para que pienses eso… —murmuró sin apartar la mirada de sus ojos.

—Ya sabía cómo eras antes de que tu primo me contara más sobre lo que habías hecho.

Broc negó con la cabeza, más serio que antes.

—Lamento que hayas escuchado todas esas mentiras sobre mí, guerrera de la luz.

Las cejas de Freya se alzaron al mismo tiempo.

—¿Por qué me has llamado eso? Hubo una mujer que me nombró así.

El guerrero sonrió.

—Es tarde. Debes descansar.

Freya lanzó un reniego.

—¡Ya he descansado, por Dios!

—Mañana te lo contaré. Deseo que mis hombres estén delante y muchos de ellos ya están descansando.

La joven resopló.

—Eres tú quien debe contármelo, no ellos.

—Te acompañaré a tu dormitorio. Y espero que no vuelvas a intentar escapar porque tal vez mi primo intente matarte.

Freya frunció el ceño.

—Eres tú quien ya ha intentado matarme.

—Otra mentira más que añadir a la larga lista de Blair.

Freya estuvo a punto de negarse, pero sabía que ese no era el mejor momento para ello, por lo que dejó escapar el aire y se giró para marcharse sin ser consciente de la mirada de circunstancias que se dirigieron ambos guerreros.

Broc la siguió al instante y puso una mano con suavidad en su espalda, y de no ser por ello, se habría apartado o le habría dado un manotazo para que no la tocara. El guerrero la condujo en silencio hacia el interior del castillo y cuando comenzaron a subir las escaleras, Broc rompió por fin el silencio.

—Sé que no vas a creerme, pero mi intención no es hacerte daño, Freya. —Otra vez esa forma peculiar de pronunciar su nombre—. Si estás aquí es porque quería salvarte de mi primo. Hoy no lo entiendes, pero sé que mañana lo harás. Sé que me odias, y no puedo evitar que lo hagas, pero te juro por mi vida y por mi honor que nunca he pretendido hacerte daño, Freya.

La joven dudó. Quería creerle, pero había escuchado tanto de él… que le costaba horrores hacerlo.

Con el ceño fruncido y parados en mitad del pasillo, Broc levantó una mano y acarició la mejilla de Freya. Esta dio un respingo, y su mente gritó que se alejara de él, que era el demonio personificado, pero algo dentro de ella la obligó a permanecer quieta. Para su sorpresa, la mano de Broc era demasiado caliente, casi suave de no ser por los callos en sus nudillos, pero no quería hacerle daño. Esos ojos negros parecían gritar lo contrario, y cuando Broc tomó la palabra de nuevo, se quedó petrificada.

—Hubo un tiempo en el que en las noches más oscuras de mi existencia fueron tus ojos los que iluminaron mi alma, Freya.

La joven boqueó varias veces sin saber qué decir, y cuando encontró la valentía suficiente para hablar, Broc rompió el hechizo y comenzó a caminar de nuevo hacia el dormitorio de la joven.

Mungo abrió los ojos desmesuradamente al ver a Freya allí fuera e inconscientemente miró hacia la puerta cerrada.

—Pero ¿cómo…?

—Salió por la ventana —explicó Broc con una sonrisa—. Pero estoy seguro de que nuestra invitada no volverá a hacerlo. ¿Verdad? Si escapa, jamás descubrirá lo que tanto desea conocer.

Freya rechinó los dientes, pero acabó asintiendo, haciendo que la sonrisa de Broc fuera más grande y sincera. Y cuando se metió en el dormitorio, suspiró largamente. Acababa de ver algo que la había trastocado por completo. Un demonio comportándose como un ángel salvador; un hombre que supuestamente la habría matado al verla intentando escapar; un hombre que jamás acariciaría a una mujer sin después matarla… En tan solo unas horas Broc MacNab había puesto patas arriba sus pensamientos e ideas sobre él sin haberse molestado en intentar convencerla de nada, tan solo con hechos. Y lo peor de todo era que ella misma sentía el peso de la duda sobre su espalda.

CAPÍTULO 19

Después de una noche en la que las pesadillas habían vuelto a hacer de las suyas, Freya apartó las sábanas de mala gana y se incorporó en la cama. Estaba de mal humor. Tras su intento infructuoso de fuga y el lado no tan oscuro que había descubierto de Broc, se sentía más enfadada que nunca. Tenía la sensación de que todo el mundo le ocultaba cosas, pero ellos sabían todo de ella. Y si había viajado en el tiempo por algo en concreto, como le había dicho la curandera, para que el verdadero laird esté en el poder, debía saber toda la verdad, aunque seguía pensando que el mejor era Blair. Y así debía seguir siendo.

Con un suspiro, Freya se puso en pie y se vistió deprisa, se hizo una trenza en el pelo y se lavó la cara con el agua de la jofaina. Abrió un poco la ventana para respirar el aire puro de la mañana y cerró los ojos un instante. Necesitaba tener la mente preparada y dispuesta para escuchar todo lo que tenía que escuchar. Algo le decía que Broc haría lo que fuera para ponerla en contra de Blair, pero ella lo defendería de sus mentiras.

Estaba segura de que todo el mundo estaría ya en el salón para desayunar, pero ella no tenía hambre. Y si tenía que hacer lo que fuera para que por fin le contaran la verdad, lo haría. Con decisión, la joven salió del dormitorio y bajó las preciosas escaleras con la barandilla retorneada, haciendo dibujos de cardos escoceses, aunque estaba tan pensativa que no los vio. Ni siquiera se dio cuenta de que no había nadie en la puerta de su dormitorio cuando salió, al contrario que el día anterior.

No tenía ni idea de dónde se encontraba el gran salón, pero siguió el alboroto que podría escucharse casi desde el patio. Y cuando por fin estuvo frente a las puertas, abrió estas de golpe, haciéndolas chocar contra la pared. No le importó que las miradas de los allí presentes se posaran sobre ella, ni que poco a poco las conversaciones dejaran paso al silencio mientras ella caminaba lentamente hacia la mesa principal y con la mirada puesta sobre Broc.

Le sorprendió ver que la mujer con la que se había cruzado el día anterior estaba sentada en la mesa principal junto a Broc. ¿Sería acaso una amante? ¿Su esposa? Por lo que tenía entendido, estaba soltero y jamás había pasado a la historia algún romance, pero ya no tenía nada claro de lo que había estudiado en el futuro. Freya vio la sonrisa amable y relajada de la joven y apretó los puños con fuerza, molesta. ¿Por qué demonios tenía que fastidiarla tanto el hecho de que tal vez Broc tenía una pareja?

Freya sacudió la cabeza, centrando su atención en el guerrero. En las mesas de enfrente, varios guerreros conocidos la miraban pasar en silencio y justo paró cuando llegó al lado de Thomas, que estaba sentado en el extremo de la mesa más cercano a Broc y la miraba fijamente, sorprendido por aquella irrupción.

Freya respiró hondo y apretó aún más los puños antes de dirigirse al señor del castillo. Y si después de eso la mataban, recibiría la muerte con gusto, ya que no podía soportar más esas intrigas contra ella.

—Ayer dijiste que hoy me contarías todo —dijo elevando la voz—. Ya ha llegado el momento…

Broc dejó la cuchara con la que estaba comiendo sus gachas de avena y se levantó de la silla, rodeó la mesa y se apoyó contra ella en lugar de acercarse a Freya, ya que no quería ponerla más nerviosa con su presencia. Ese día estaba de mal humor, pues apenas había podido dormir nada

después de haberse cruzado con ella durante la noche. Y habría dado una de sus manos por haber podido seguir acariciando su rostro.

El guerrero carraspeó y se cruzó de brazos.

—Creo que no es el lugar idóneo para…

—¡Sí, lo es! —exclamó la joven, cortándolo—. Ayer tampoco lo era porque no estaba el resto de tus hombres. Ahora sí están. Así que adelante. No pienso moverme ni dejar que ninguno de vosotros salga de este salón sin que antes me hayáis contado todo.

Thomas enarcó una ceja ante aquella amenaza. El guerrero estuvo a punto de esbozar una sonrisa por la valentía o insensatez de la joven. Estaba en un salón lleno de guerreros entrenados para matar y, aun así, los amenazaba a la cara. Desde luego, esa muchacha no podía gustarle más.

Miró de reojo a Broc, que observaba con atención cada movimiento de la joven, aunque esta se encontraba totalmente parada en medio del salón y sin intención de hacer nada contra ellos. Al menos de momento.

Broc acabó suspirando y miró hacia atrás, justo donde estaba la extraña mujer que lo acompañaba. Esta se levantó e hizo el mismo recorrido que Broc, apoyándose contra la mesa, a su lado. Vestía como los demás guerreros, como si ella fuera una más y su pelo rubio contrastaba con el color negro de su ropa.

—Lo quiero saber todo —siguió diciendo la joven volviendo a mirar a Broc.

El guerrero se mantuvo en silencio durante unos segundos que parecieron eternos, pero que Freya quiso darle para que pusiera en orden sus pensamientos. Todo era silencio a su alrededor y todos y cada uno de sus hombres escuchaban atentamente.

—Blair y yo crecimos juntos en el castillo de mi bisabuelo, que es donde él reside. Mi abuelo murió a temprana edad y mi bisabuelo quiso que sus nietos vivieran en el castillo con él, al menos hasta que estos fueran mayores y decidieran marcharse. Mi familia tal vez estuvo allí demasiado tiempo, pero mi padre estaba construyendo este castillo para mi madre y no teníamos otro lugar al que ir. Así que Blair y yo siempre jugábamos, nos metíamos en líos, salíamos a cabalgar juntos… Éramos como hermanos porque lo compartíamos todo. Y, por supuesto, conocíamos todos los secretos del otro. O al menos eso pensaba yo…

Una expresión de tristeza se dibujó en los ojos de Broc, pero Freya se dijo que era una artimaña para engañarla. No obstante, prefirió callar y lo dejó continuar.

—Cuando este castillo estuvo terminado, mi familia y yo nos vinimos a vivir y mi relación con Blair se enfrió un poco, aunque seguíamos escribiéndonos. Poco tiempo después de estar aquí, llegó una carta de mi bisabuelo. Se encontraba enfermo y demasiado mayor como para seguir al frente y había decidido dejar el clan en manos de mi padre a pesar de que no era el primogénito. Decía que mi tío Ruairi llevaba una vida de excesos y no tenía la capacidad suficiente como para llevar un clan.

Broc tomó aire. Recordar todo aquello no le hacía demasiado bien, sin embargo, sabía que debía contarlo todo para que Freya pudiera entender el porqué del inicio de aquella maldita guerra entre Blair y él.

—En esa carta, nos explicaba que se lo había comentado a mi tío y que no le había hecho demasiada ilusión saber que había sido relegado por su hermano. De hecho, mi tío siempre había

demostrado su ego ante quien fuera. Y ahora mi bisabuelo le daba donde más dolía al no cederle a él la jefatura del clan. En esa misma carta, nos pedía que fuéramos al castillo para hablar y explicar las cosas para que mi padre y mi tío no echaran por tierra su relación.

Broc tragó saliva y Freya vio cómo apretaba los puños alrededor de sus propios brazos, como si quisiera darse calor a sí mismo tras recordar todo aquello. No obstante, una parte de ella no quería creerlo. La jefatura de un clan solía hacerse entre los primogénitos, por lo que no le parecía normal que su bisabuelo decidiera dársela al padre de Broc, así que comenzó a negar con la cabeza.

—Eso no puede ser. ¿Por qué querría tu bisabuelo pasar por encima de su nieto primogénito?

—Mi padre siempre demostró tener más talento para tratar con la gente, para las cuentas… para todo. Mientras tanto, mi tío se dedicaba a emborracharse y gastarse el dinero en juegos absurdos. ¿De verdad crees que alguien así podría haber llevado un clan? Lo habría enviado a la ruina el primer año de su mandato.

A pesar de su explicación, Freya siguió negando con la cabeza.

—Aún sigo conservando la carta escrita del puño y letra de mi bisabuelo, Freya. Podría enseñártela cuando quisieras. Para él, el siguiente laird sería mi padre. Es por ello por lo que intento recuperar lo que por ley sería suyo.

—Eso no explica esta guerra.

Broc frunció el ceño.

—¿No? ¿Y la muerte de mis padres y mis hermanas?

—Un accidente.

El guerrero resopló.

—Claro, eso es lo que Blair te ha contado, ¿verdad?

La joven tragó saliva mientras a su alrededor numerosos murmullos se levantaron en su contra durante unos segundos.

—Mi tío era un hombre cuya mente estaba embotada por el alcohol, pero la de mi primo no, Freya.

Broc suspiró y cerró los ojos.

—Cuando mi bisabuelo nos convocó, mis padres, mis hermanas y yo marchamos en un carruaje hacia su castillo. Había llovido mucho y tuvimos que hacer un recorrido diferente porque se había desbordado un río unos días antes. Cruzamos por un desfiladero que tú conoces muy bien y de repente alguien nos asaltó. Y en lugar de atacarnos con espadas para darnos una muerte rápida, entre todos volcaron el carruaje con nosotros dentro. Comenzamos a caer por el desfiladero dando vueltas. Lo último que recuerdo son los gritos de mis padres y mis hermanas antes de que yo saliera despedido del carruaje. Eso fue lo que me salvó la vida. Los demás… murieron.

Los ojos de Broc estaban fijos sobre ella, que tragó saliva ante la muerte cruel que tuvieron. Ella misma había caído por ese desfiladero, así que se dijo que tuvo suerte de no haber muerto como la familia de Broc.

—Jamás pude volver a verlos. Los enterraron mientras yo me recuperaba en el castillo de mi bisabuelo. Estuve más de un mes sin despertar y cuando lo hice, descubrí sus muertes y… que mi

bisabuelo había decidido nombrar laird a mi tío Ruairi porque estaban seguros de que yo no iba a sobrevivir.

—Eso no explica tampoco la guerra —intercedió la joven—. Al final, fue decisión de tu bisabuelo el hecho de que fuera tu tío y no tú el laird.

Broc sonrió con tristeza.

—Cuando por fin pude levantarme de la cama —continuó sin responder—, salí del dormitorio para dar un paseo. Era de noche y todo estaba tranquilo. Necesitaba salir de allí antes de volverme loco, así que caminé por los pasillos apoyándome en la pared. El destino quiso que fuera a parar a una escalera oculta que solía usar el servicio. Me animé a bajarla, pero a medio camino escuché un murmullo justo en el último peldaño de la misma. Eran las voces de mi tío Ruairi y de mi primo Blair. Ambos hablaban de lo bien que había salido el plan para matar a mis padres y mis hermanas, y que tenían que matarme a mí para evitar que el linaje de mi padre siguiera vivo y pudiera reclamar la jefatura del clan.

Broc rechinó los dientes.

—Mi propio tío y mi primo… La persona a la que yo había considerado un hermano conspiraba para matarme… En ese momento estuve a punto de bajar las escaleras e intentar matarlos, pero sabía que no tenía las fuerzas suficientes para ello. Por eso, subí las escaleras y fui directamente a mi dormitorio. Me vestí como pude y salí del castillo por una puerta escondida que lleva al bosque. No podía dejar que me envenenaran la comida, me mataran a medianoche mientras dormía o que simularan un ataque. Acababa de descubrir que la muerte de mi familia había sido provocada para quedarse con el clan, así que me dije que debía sobrevivir para vengarlos.

Las piernas de Freya comenzaron a temblar. Los ojos de Broc parecían estar diciendo la verdad. Su dolor se reflejaba en cada poro de su piel, en cada movimiento, en la expresión de su rostro… En todo. Y, aun así, no podía creer que Blair tuviera la sangre fría como para matar a sus tíos y primos por conseguir el poder. La historia que contaba Broc cambiaba las tornas por completo. Hasta entonces, siempre había escuchado que Broc había iniciado la guerra por el ansia de poder, pero ahora… era al contrario. Freya suspiró y se masajeó las sienes. Todas las miradas estaban puestas sobre ella, en su reacción, que dio un paso atrás, incapaz de seguir escuchando esa historia.

—Has dicho que querías escuchar todo… —dijo Broc, como si hubiera leído sus pensamientos.

—¡Pero no esto! Me estás contando una historia que cambia por completo las tornas.

—Te estoy contando la verdad, Freya. Al día siguiente de haber escapado del castillo, mi bisabuelo murió, y no precisamente por su extraña enfermedad.

—No puede ser… —murmuró la joven.

—Pero ese mismo día no solo murió mi bisabuelo, también lo hicieron mi tío Ruairi y mi tía Alba, los padres de Blair.

Freya abrió los ojos desmesuradamente y clavó su mirada en él, incrédula.

—Murieron envenenados en la cena —le explicó—, mientras hablaban sobre el entierro de mi bisabuelo. Y mi primo, que estaba a su lado, apenas se inmutó cuando cayeron al suelo totalmente morados por el veneno.

Freya tragó saliva.

—¿También murió su hermana? —preguntó en un hilo de voz.

En ese momento, la joven que había al lado de Broc sonrió tristemente y dejó escapar una risa irónica.

—Podría decirse que sí… —respondió con voz melódica—. Pero gracias al cielo olí el veneno antes de beber de mi copa…

El corazón de Freya comenzó a latir con fuerza.

—¿Eres la hermana de Blair?

La joven asintió.

—Sí, soy Edith.

Freya negó con la cabeza.

—Pero tú… estás muerta.

Edith arqueó ambas cejas.

—¿Él… te ha confirmado que estoy muerta?

Freya intentó recordar el momento en el que Blair le habló de su hermana y negó con la cabeza.

—No. Me dijo que tuvo una hermana, pero nunca llegué a preguntar qué pasó. Me prestó tus vestidos.

Edith sonrió de lado.

—Qué considerado… Supongo que se le haría muy difícil explicar que había intentado envenenarme…

—Tal vez no fue él.

—Tenía su mirada clavada en mí mientras llevaba el vaso a mi boca. Y cuando vio que no bebí, se puso lívido.

Freya tragó saliva. No podía ser… Blair era un hombre caballeroso, amable, normal… No un despiadado asesino capaz de quitarse del medio a su familia para conseguir ser el laird del clan. Y entonces recordó que le confesó que él no había sido entrenado para ser laird. Algo muy diferente de Broc, cuyo cuerpo parecía que había comenzado a entrenarlo desde que apenas era un niño.

—Pero Blair… él es bueno —murmuró Freya.

Broc resopló.

—¿Bueno? Alguien como él no puede ser bueno. Dice que yo inicié la guerra para conseguir el poder y que quiero acabar con todo el clan, y no es cierto. Yo solo quiero recuperar lo que debió ser de mi padre.

—¿Y por eso matas? —preguntó Freya con fiereza.

La expresión de Broc se volvió ininteligible.

—¿Matar?

—Has atacado infinidad de pueblos.

Broc negó con la cabeza y se alejó de la mesa para acercarse a ella, que dio un paso atrás.

—Eso no es así, muchacha —dijo Mungo cerca de ella.

Pero Freya no miró al guerrero que había estado apostado en la puerta de su dormitorio, sino que mantenía la vista clavada en Broc, que se acercaba a ella lentamente, con el peligro reflejado en los ojos.

—Es el propio Blair quien envía mercenarios que se hacen pasar por nosotros. Mi gente y yo solo hemos atacado a sus hombres, a guerreros, no pueblos y gente inocente.

La joven dejó escapar una risa nerviosa. Todo aquello la superaba más de lo que había pensado en cualquier momento. Esa historia era demasiado inverosímil incluso para que Broc la hubiera contado. No podía creer que alguien tuviera la sangre fría de matar a su propia familia.

—Pero sí atacasteis el pueblo que estábamos reparando tras un ataque vuestro. Yo estaba allí.

Broc dejó escapar una risa.

—Las órdenes eran atacar a los guerreros de Blair. El día anterior fue el propio Blair quien envió a esos mercenarios. Y después se llevaría los honores de haberlo reparado mientras a mí me culpaba…

—Pero ¡cómo una persona va a atacarse a sí misma! ¡Es de locos! —exclamó la joven llevándose las manos a la cabeza.

—Es que mi hermano ha perdido el juicio —murmuró Edith desde su posición, sin moverse—. Siempre ha querido escalar en la familia. Y si para ello ha tenido que matar, lo ha hecho.

Freya suspiró largamente y se sentó en una silla que había vacía justo al lado de Thomas, que la miraba de brazos cruzados. La joven se tapó el rostro con las manos, conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. ¿Cómo iba a ser Blair alguien tan horrible? No podía ser.

—Uno de tus hombres intentó matarme en el poblado… —dijo lentamente volviendo a levantar la vista.

Broc se había acercado a ella y estaba de pie frente a la joven.

—Por lo que sé, el propio Blair lo mató. Creo que es en lo único en lo que estoy de acuerdo con él. Ordené que jamás te hicieran daño.

Freya apretó los dientes. ¿Es que Broc tenía respuestas para todo? La joven tragó saliva mientras ponía en orden toda la información que le habían dado y todos sus propios pensamientos respecto a eso. Lentamente, recorrió con la mirada los ojos de todos los guerreros allí presentes, hasta posarla sobre Edith. La joven, hermana de Blair, le había parecido tan exacta físicamente a su hermano que, si se cortara el pelo, podría hacerse pasar por él. ¿De verdad había intentado envenenarla? Y después miró a Broc. No quería imaginar cómo se había sentido al descubrir que el que había considerado su hermano lo había traicionado de la manera más ruin. Y lo peor de todo era que justo después mataría al único hombre con el que había conspirado para quitárselo de encima también. Maldijo mentalmente aquella historia. ¿Por qué demonios algo así no había llegado al futuro? ¿Por qué la historia ponía en el lado equivocado a Broc? Negó con la cabeza. Aún quedaba mucha información por saber.

Volvió a levantarse y encaró a Broc.

—¿Y qué hay de la maldita profecía? ¿Me vas a contar todo?

—Dos curanderas del clan se reunieron en un círculo de piedras para hacer un hechizo. Por lo

que sabemos, lo hicieron para que la guerra terminara. Una de ellas robó el collar de mi bisabuela y lo enviaron al futuro. —Broc sonrió cuando Freya abrió los ojos al ver que nadie se sorprendía por esa información suya—. Después, tuvieron una visión sobre ti. Dijeron que la hija primogénita del "Oso" sería la que salvaría al clan de la destrucción y pondría en su lugar al laird que los astros habían decidido. Y que, para ello, debías pasar tres pruebas, además de enamorarte de ese laird.

Freya enarcó una ceja.

—¿Enamorada?

Broc asintió con seriedad.

—¿Así que me has traído aquí porque sabes que estoy enamorada de tu primo y temes que acabemos contigo?

—Blair te quería a su lado como fuera. Si te enamorabas de él, ganaría. Pero ¿de verdad crees que está enamorado de ti?

—Por supuesto —respondió la joven con confianza.

A su alrededor se levantaron murmullos de risas, que acabaron cuando Broc clavó sus miradas en ellos.

—Blair no sería capaz de enamorarse de nadie, más que de sí mismo.

Freya resopló.

—Entonces ¿me has traído aquí para salvarme de Blair o para que me enamore de ti y así te ayudo a ponerte donde quieres estar?

Broc la miró con rudeza.

—Yo no voy a obligar a nadie a enamorarse de mí. Tampoco pretendo que tú me ames. No soy así… Eres libre de entregar tu corazón a quien desees. Y si es a Blair, adelante, pero él no te ama. Te ha utilizado y ha hecho lo imposible para que te enamores de él y dependas exclusivamente de su persona. Pero si decides amarlo, al menos está bien que sepas a qué clase de persona le das tu corazón.

—Blair ha sido cordial conmigo… —lo defendió, aunque con menos ímpetu que antes.

—¿Y solo por eso lo amas? —Broc dio un paso más hacia ella, quedando tan cerca que la nariz de ambos estuvo a punto de unirse—. Deberías valorar algo más tus sentimientos.

Freya levantó ambas manos para empujarlo.

—Pero ¿de qué vas? —gritó, enfadada—. ¡No eres nadie para juzgarme!

—No lo hago… —respondió con voz suave—. ¿Él te ha dicho que te ama?

Freya dudó.

—Directamente no —respondió con sinceridad—. Pero sus actos…

—Sus actos son desesperados por vencer y quitarse de encima al único que puede contar la verdad —dijo Edith con suavidad—. Freya, ¿de verdad crees que yo estaría aquí con Broc si mi vida corriera peligro? Soy hermana de su enemigo… ¡Mi propio hermano intentó matarme!

Freya resopló y se alejó de ellos, caminando de un lado a otro intentando serenarse.

—Eso no es cierto —murmuró más para sí que para el resto—. Esto no está pasando.

Su corazón comenzaba a resquebrajarse poco a poco tras conocer una versión de Blair que distaba mucho de lo que ella había visto. Pero era cierto que cada vez que ella le había referido sus sentimientos, Blair jamás le había confesado lo mismo por ella de una forma directa. Se limitaba a sonreír, como si de un trofeo se tratara.

—Ya sé que esto es muy difícil de aceptar, Freya —dijo Broc con voz suave acercándose a ella y tomándola de los brazos para que lo mirara—. Pero es la verdad.

Freya clavó la mirada en aquella oscuridad de sus ojos y vio el sufrimiento en ellos, un sufrimiento que arrastraba durante años.

—Yo no soy el villano en esta historia. Soy el que ha sido traicionado por mi propio primo.

Las lágrimas salieron despedidas de los ojos de Freya, recorrieron sus mejillas y fueron a parar entre sus ropas, algo que hizo que Broc tragara saliva con fuerza y arrugara la frente.

—Entonces el villano es Blair y yo estoy aquí porque me querías salvar de él y no para que me enamore de ti y te ayude a vencer.

Broc asintió.

—Lo que más deseo es protegerte.

—¿Y por qué demonios quisisteis matarme? —El guerrero frunció el ceño—. Estuvisteis a punto de hacerlo tres veces con esas tres malditas pruebas.

Broc la soltó y llevó la mirada hacia sus hombres.

—Yo ya sabía desde el primer momento quién eras… Y no envié a nadie para que intentara matarte.

—Entonces ¿quién lo ha intentado? —preguntó con cierto miedo de conocer la respuesta.

Broc respiró hondo antes de responder.

—Blair.

Aquella afirmación, hecha desde lo más profundo del alma de Broc hizo que todo su cuerpo comenzara a temblar. Le estaba costando mucho entender toda aquella información, pues tendría que cambiar todo lo que durante las últimas semanas había visto, pero eso… Eso sería lo más complicado de entender. No era posible.

—Él… —su voz se perdió sin poder acabar la frase.

—Blair es el único que dudaba de que fueras tú realmente. Thomas te describió a la perfección aquella primera vez que os visteis cuando Ossian y los demás te encontraron con el collar. Y yo ya sabía que sí eras tú. No me hacían falta las pruebas.

Freya lo miró y dio un paso hacia él.

—¿Por qué estabas tan seguro de que yo era la elegida?

—Porque apareces en mis sueños desde hace años —sentenció con voz firme y ligeramente sonrojado por tener que confesarlo ante sus hombres.

Broc levantó las manos y acarició las mejillas mojadas por las lágrimas de Freya, que lo miraba con los ojos muy abiertos ante aquella afirmación.

—Desde el momento en el que mi primo intentó matarme, apareciste en medio de toda esa oscuridad y me tendiste la mano para evitar que cayera en el infierno. Me dijiste que eras la guerrera de la luz y venías para salvarme. Me diste aliento; me diste vida y me diste la promesa

de que todo iba a estar en su lugar.

Freya boqueó sin saber qué decir. Las lágrimas chocaban con las manos de Broc, pero no le importó, ya que siguió sin moverse, acariciando sus mejillas con el pulgar. No quería darle miedo. Tampoco que lo odiara. Pero sí quería contar la verdad. Su verdad.

—Pero yo no he hecho nada… —susurró mirándolo a los ojos.

Broc sonrió.

—Es tu rostro el que he visto durante años, Freya. Tú eres mi guerrera de luz. Tú me has traído a la vida muchas veces. Estaba solo, ahogándome en mi propia oscuridad. Pero de repente llegaste tú, iluminando mi camino. Y lo que más he deseado durante estos años de guerra y oscuridad era verte frente a mí y devolverte la luz que tú misma me has dado. Así que por eso te merecías la verdad. La auténtica verdad de todo esto. Ese era el motivo por el que deseaba que mis hombres estuvieran también en esta reunión. Ellos saben la verdad. Han visto la carta de mi bisabuelo y conocen bien a Blair.

Las manos de Broc cayeron de sus mejillas y, de repente, Freya sintió que el frío se apoderaba de ella. ¿Cómo era posible que ese simple contacto hubiera calentado hasta lo más profundo de su alma? Jamás se había sentido tan llena como en ese momento, por un roce de sus manos.

No sabía qué decir, ni tampoco qué pensar. Necesitaba darle vueltas a todo lo que había escuchado, a toda la información que había trastocado lo poco que sabía de esa guerra. Siempre le habían dicho que en los clanes había intrigas, pero jamás creyó que pudiera darse semejante traición. Tenía el corazón destrozado al conocer al verdadero Blair, pero aún quedaba algo más por decir.

Broc llevó la mirada por encima de su hombro, justo a la espalda de la joven y suspiró largamente.

—Aún hay algo más que no sabes, Freya.

La joven tragó saliva.

—¿El qué?

—Tus padres desaparecieron en tu tiempo, ¿verdad?

El corazón de la joven se detuvo de golpe. Comenzó a respirar de forma acelerada; sus manos temblaban con fuerza y dio un paso atrás mientras sus oídos pitaban como si hubiera escuchado una explosión. Creía que estaba a punto de desmayarse cuando su cabeza comenzó a asentir.

—¿Cómo demonios sabes eso? —preguntó en un hilo de voz.

—Blair los tiene encerrados en las mazmorras de su castillo —le explicó—. ¿Alguna vez te ha prohibido entrar en ellas?

La joven asintió, volviendo a llorar.

—Pero tú no has estado allí para verlos. ¿Quién te lo ha contado?

Broc volvió a mirar a la espalda de la joven hasta que una voz pareció tronar en todo el salón.

—He sido yo.

CAPÍTULO 20

No podía ser…

Todo el cuerpo de Freya comenzó a temblar al escucharlo. Lentamente, apartó la mirada de Broc y comenzó a girarse hacia el lugar de donde provenía la voz. Y cuando sus ojos se cruzaron con los de ese hombre, soltó todo el aire contenido.

—No es posible —murmuró aclarándose la vista una y mil veces.

Freya apartó las lágrimas de su rostro de un manotazo, ya que temía que lo que veían sus ojos fuera una alucinación. ¿Era cierto lo que estaba viendo? El guerrero sonrió con cierta timidez a pesar de que en sus ojos podía leerse la picaresca que lo caracterizaba y que jamás pensó que volvería a apreciar.

Leathan se acercó a ella lentamente, cojeando, con heridas aún por curar en su rostro, pero con una seguridad arrolladora. No era una aparición. Era real. Leathan estaba vivo. Un escalofrío recorrió su espalda mientras lo observaba. Apenas se movía, ya que temía que, al hacerlo, el guerrero desapareciera de nuevo. Su amigo. Así lo había considerado. Aunque a veces se comportaba con ella con rudeza, desde el primer instante le había dedicado una sonrisa sincera. Y después de haber escuchado toda la historia de Blair, Freya estaba segura de que Leathan era lo único sincero que había vivido. Y días atrás creyó que lo había perdido para siempre.

Con lágrimas en los ojos, Freya se lanzó a sus brazos cuando el guerrero llegó a su altura aún con la sonrisa en los labios. Aunque este se tensó, también levantó sus brazos y la estrechó entre ellos con un gemido, pues la joven lo apretaba con demasiada fuerza.

—Lo siento, Leathan. No quería hacerte daño —murmuró separándose de él para mirarlo de cerca—. Estás vivo.

El guerrero dejó escapar una carcajada.

—Eso creo… No sabía que te caía tan bien…

Freya sonrió ampliamente por primera vez desde que estaba en ese castillo y, después de mucho tiempo, soltó un suspiro de alivio.

—No sabes cuánto me alegro.

El guerrero asintió cortésmente y caminó unos metros más, hasta colocarse al lado de Broc, que no apartaba la mirada de aquella sonrisa que aún se reflejaba en los labios de la joven.

—¿Qué fue lo que pasó, Leathan?

El guerrero torció el gesto y se apoyó sobre la pierna que no estaba herida. Su sonrisa se borró ligeramente.

—Me temo que Blair descubrió hacia dónde se inclinaba mi lealtad —explicó.

Freya frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó sorprendida mirándolos alternativamente.

—Estoy con Broc, muchacha. Siempre lo he estado. Y Blair lo descubrió cuando intenté que parara con esas malditas pruebas, pero se volvió en mi contra. Lo que no creía era que aprovecharía nuestro viaje para intentar matarme.

Freya dio un paso hacia él.

—¿Por qué nunca me dijiste la verdad sobre él?

—Porque Blair ya se estaba encargando de envenenarte y yo no tenía órdenes de Broc para hacer lo contrario. Tan solo me pidió que te protegiera.

Freya desvió la mirada hacia Broc, que se veía claramente incómodo.

—Todo empezó a torcerse cuando Blair envenenó la jarra con la que llené tu copa aquella noche en el poblado. Si hubiera sabido que estaba envenenada la habría tirado. Me quejé inconscientemente en voz alta y él descubrió que no estaba de acuerdo con sus métodos. Por eso, me envió contigo a la casa de su madre. Había pensado hacer la última prueba en el desfiladero, pero lo que yo no sabía era que enviaría mercenarios para atacarme a mí también. Descubrí que quería matarme demasiado tarde, cuando ya me habían herido y vi que a ti te empujaban por el desnivel. Estaba seguro de que morirías porque la familia de Broc también murió allí. Es un lugar repleto de peligro. Y cuando pensaba que iba a morir, apareció Thomas con los demás.

Leathan señaló con la cabeza al segundo al mando de Broc y Freya lo miró. Este le guiñó un ojo con gesto divertido antes de beber todo el contenido de su copa.

La joven recordó el momento en el que caía por el desfiladero. En ese momento creyó ver que alguien más salía de entre los árboles, pero había creído que se trataban de más hombres para matar a Leathan, no para salvarlo.

—Estos días he estado malherido y apenas podía moverme de la cama, pero anoche me dijo Broc que hoy te contaría la verdad de toda esta maldita guerra. Y he pensado que tal vez yo podría ayudar a que cambies tu actitud respecto a Blair. Sé que es difícil. Yo he estado allí mientras él iba tejiendo su tela de araña en tu cabeza para que pensaras que Broc era el mismísimo demonio.

—Tú tampoco hablabas bien de él —lo acusó señalando al aludido.

Broc sonrió y miró de reojo a Leathan.

—Eran sus propias órdenes —respondió señalando con la cabeza también a Broc—. Si me callaba o lo defendía, Blair me descubriría. Mucha gente sabe la verdad porque Laith MacNab, el bisabuelo de ambos, se encargó de contarle a mucha gente su intención de nombrar laird a Thane, no a su nieto primogénito. Y mucha gente en el clan vio un poco raro ese accidente justo antes de que fuera nombrado jefe.

—¿Y por qué no hacen nada?

—Por miedo —respondió Broc con los brazos cruzados sobre el pecho—. Muchos saben que es el propio Blair el que envía mercenarios para atacarlos y temen ser asesinados si se ponen de nuestro lado.

—Pero sois muchos —dijo la joven señalando a su alrededor—. Si todos os ponéis de acuerdo para atacarlo, podríais acabar con él.

Thomas sonrió al tiempo que Leathan dejaba escapar una risa.

—Hace un rato lo defendías y ahora hablas de matarlo…

Freya carraspeó, incómoda.

—No sé qué pensar. Ni siquiera me has contado lo de mis padres.

Leathan suspiró.

—Ese es un tema delicado…

—Merezco escucharlo.

El guerrero asintió.

—Lamento no haberte dicho lo de tus padres —comenzó diciendo—. Sabía que estabas sufriendo por ellos, pero era mejor no contar nada. Si lo hubieras sabido mientras estabas allí, ¿qué habrías hecho?

Freya resopló.

—Salvarlos.

Leathan asintió.

—Sabía que dirías eso, muchacha. Y ahora estarías muerta.

Un escalofrío recorrió a Freya, que miró a Broc y vio cómo este asentía con seriedad.

—Una mañana hubo una terrible tormenta muy fuerte justo sobre en el castillo y las tierras de alrededor. Apenas pudimos salir ese día fuera del castillo, tan solo los que estábamos ese día haciendo guardia en la muralla pudimos ver lo que pasó. Una luz extraña apareció en medio del bosque. Nos miramos sin comprender. Y al cabo de unos minutos, de entre los árboles aparecieron dos figuras extrañas. Corrían hacia nosotros con el rostro desencajado y, al vernos, empezaron a gritar cosas que no entendíamos. Les abrimos las puertas justo en el momento en el que Blair salía del castillo para comprobar que todo estuviera bien.

Leathan chasqueó la lengua.

—Maldita casualidad. Tu padre presentó a su esposa y se presentó él. Cuando dijo su nombre, el cielo pareció abrirse para Blair, que los observó de arriba abajo. Al escuchar el apellido Wallace, Blair enseguida preguntó si él era el "Oso" y tu padre puso cara de circunstancias. Preguntó si se conocían de algo, pero Blair no respondió. Directamente, dio la orden de apresarlos y encerrarlos en las mazmorras. Pensaba que teniéndolos a ellos no haría falta su hija, pero con el paso de los días preguntaba por su primogénita. Nos dijo cómo te llamabas, así que por eso Blair fingió sorprenderse tanto al escuchar tu nombre por primera vez. Instantáneamente, trazó un plan para hacer que te enamoraras de él, como decía la profecía, y así vencer a Broc. Teniendo a la hija del "Oso" y al propio "Oso" en su poder estaba seguro de que vencería.

Freya suspiró. Le dolía terriblemente la cabeza y se masajeó las sienes para intentar que el dolor no se extendiera. Recordó el momento en el que vio el collar de su madre en la mesa del despacho de Blair y a pesar de tener la seguridad de que era suyo, dejó que las palabras del guerrero la convencieran. Ahí llegaba su ceguera.

—Sé que no debo hacer esto, pero creo que es lo mejor que podría hacer por mi verdadero laird, muchacha. Ahora sabes la verdad. Por favor, ayúdanos a que Broc recupere lo que es suyo.

La joven los miró, desesperada.

—Pero yo no sé cómo puedo ayudaros. No sé nada sobre guerras, Leathan. ¡Esa profecía es una mierda! Al menos podrían haber visto la manera en la que podría ayudar...

Leathan sonrió.

—¿Sabes que fui yo quien las vio hacer el ritual?

Los ojos de Freya se abrieron desmesuradamente.

—¿Y por qué demonios no las paraste?

—Porque estaba seguro de que era lo mejor. Y aún lo sigo creyendo.

Broc dio un paso hacia ella, llamando la atención sobre él.

—Yo no pido la ayuda solo para mi gente y para mí. Piensa en tus padres. Ellos están en manos de Blair y no sabemos por cuánto tiempo los mantendrá vivos.

Freya se agobió y resopló, poniendo los brazos en jarras y paseando de un lado a otro sin saber qué hacer.

—Esto es demasiado —susurró apretando los ojos—. Esto es demasiado…

Jamás habría imaginado, ni en sus peores pesadillas, que sus padres estaban tan cerca y a la vez tan lejos. Ahora entendía por qué había escuchado a su padre gritar cuando estaba en las ruinas. Realmente estaba allí, pero en otro tiempo. Y tal vez había sido el collar el que le había permitido escucharlo, para hacerle saber que necesitaban su ayuda. Pero ¿qué podía hacer?

—No hace falta que respondas ahora —dijo Broc acercándose más a ella y quedándose parado a solo un metro de la joven—. No quiero obligarte a nada. Quédate entre nosotros y tal vez así encontraremos la forma de sacar a tus padres de allí.

Freya lo miró temblorosa. Jamás en su vida había necesitado un abrazo tanto como en ese momento. Y de no ser porque aún dudaba de Broc, se habría lanzado a sus brazos para llorar. Estaba desesperada, se le había roto el corazón, había descubierto demasiada información negativa en poco tiempo y aún necesitaba procesar todo, y ahora debía cambiar las tornas y ver a Blair como el villano en esa guerra y no como al verdadero laird. Desde que la curandera le había dicho que debía elegir al laird que habían designado los astros siempre supo que era Blair, pero ahora… ¡Había intentado matarla y tenía secuestrados a sus padres!

Freya suspiró largamente y asintió.

—Quiero que sepas que te consideramos como una más de nosotros, Freya. No estás secuestrada y tienes libertad de movimientos en el castillo.

—¿Y si quiero salir?

Broc frunció el ceño.

—Aquí me tienes para acompañarte.

Freya murmuró un simple “gracias” y se giró para marcharse. Tenía la sensación de que le faltaba el aire dentro de ese salón. El silencio la acompañó hasta que estuvo fuera de allí y cuando cerró la puerta tras de sí, necesitó apoyarse un instante en la pared de enfrente mientras cerraba los ojos con fuerza y sollozaba. Casi podía escuchar cómo se resquebrajaba aún más su corazón. Se sentía como una tonta, así que se golpeó mentalmente por haberse dejado embaucar por las mentiras y el buen trato de Blair. Los últimos dos meses habían sido los más terribles de su vida y, con la pérdida de sus padres, tenía la necesidad de sentirse amada y querida, importante para alguien. Y Blair apareció en el momento exacto para aprovecharse de ello y tratarla como a una muñeca, un maldito títere con el que poder mover los hilos a su antojo. Y ella había caído como una tonta.

Freya se obligó a alejarse del salón, caminando lentamente a través de los pasillos hasta llegar a la salida del castillo. El ligero aguacero le dio de lleno en el rostro, confundiendo lágrimas con gotas de lluvia. Su pecho subía y bajaba con urgencia a medida que los sollozos se hicieron más

profundos, salidos de su alma. Y a pesar de que algo dentro de ella quería negarse a la realidad, sabía que Broc tenía razón. Ahora entendía demasiadas cosas, incluso las palabras misteriosas de la curandera cuando le habló de la profecía: *Si estás aquí es por algo. El destino te eligió porque eres la mujer perfecta para acabar con esta guerra. Ya has visto lo que los demonios son capaces de hacer. Sé que lograrás encontrar la manera de pararlo. El destino te ayudará.*

Pero ahora entendía a qué clase de demonio se refería. No era a Broc, sino a Blair. Este había sido capaz de envenenar la bebida para intentar matarla y comprobar si era la elegida. ¿De verdad su maldad llegaba a ese extremo? Sí, había matado a sus propios padres…

Freya recordó el momento en el que contó a Blair que ella era del futuro. Parecía haberse mostrado sorprendido, pero en ningún momento hizo referencia o preguntas para interesarse por ello, como si lo hubiera aceptado a la perfección. Y ahora sabía que no era por eso, sino que él ya lo sabía y no le importaba conocer nada más.

La joven apretó los puños con fuerza, enfadada consigo misma. ¿Cómo era posible que estuviera tan ciega que no había visto las verdaderas intenciones de Blair? Siempre había presumido de ver de lejos a alguien como él, pero había estado tan mal respecto al tema de sus padres que aceptó ese cariño sin dudar del guerrero.

Con un resoplo, Freya se dirigió hacia uno de los laterales del patio. No quería ver a nadie, ni que nadie la viera en ese estado. Deseaba estar completamente sola. Por ello, fue detrás de un gran montón de paja y se dejó caer contra el suelo. No le importó que el barro manchara su ropa, ni que la lluvia la mojara continuamente. Quería desaparecer. Volver atrás en el tiempo justo en el momento en el que sus padres iban a salir de viaje para poder pararlos. O tal vez incluso antes, cuando decidió estudiar la historia de esa guerra.

—Sé cómo te puedes sentir —dijo una voz melódica cerca de ella.

Freya levantó la mirada y vio a Edith de pie apoyada contra la paja, aunque a cierta distancia para darle su propio espacio.

—Cada día tengo pesadillas con el rostro morado de mis padres. No te imaginas lo que sentí al ver cómo caían hacia atrás con los ojos muy abiertos, pidiendo ayuda con voz muda. Y ver cómo mi hermano, justo frente a mí, apenas se movía de su asiento, fingiendo estar petrificado. Al igual que nunca voy a olvidar su mirada cuando descubrí que mi bebida también tenía veneno.

—¿Y cómo has logrado seguir viviendo después de eso? —le preguntó hipando por el llanto.

Edith suspiró y se sentó junto a ella. Su pelo rubio estaba casi mojado por completo debido a la lluvia, pero tampoco le importó calarse hasta los huesos.

—Mi primo me ha ayudado mucho.

—No me imagino a Broc ejerciendo de psicólogo.

Edith frunció el ceño.

—¿De qué? —preguntó sin entender.

Freya se encogió de hombros.

—No lo veo muy hablador.

Edith sonrió ampliamente.

—Eso lo dices porque no lo conoces. Broc no es como has escuchado. Es un hombre maravilloso, y estoy segura de que estos días lograrás ver el corazón que hay dentro de él.

Siempre fue un niño muy bueno y respetuoso, y cuando creció, eso aumentó. Tan solo es más serio desde el accidente de sus padres. Saber que el que consideras tu hermano te ha traicionado duele a cualquiera y le hace cambiar.

—¿Quieres que me enamore de él y por eso me hablas así?

Edith sonrió y negó con la cabeza, sacudiendo varios mechones de su pelo que comenzaban a pegarse a su cuello.

—La profecía no tiene por qué cumplirse, Freya. Puedes ayudar sin necesidad de enamorarte de nadie. Eres libre de decidir qué hacer con tu corazón. Una profecía no puede obligarte a nada, y menos con los sentimientos de por medio. Te hablo así de Broc porque he visto cómo lo miras. El odio aún está en tus ojos y él no lo merece. Arriesgó la vida de sus mejores hombres para que te sacaran del castillo de mi hermano. Podrían haber muerto y, sin embargo, lucharon para traerte aquí y alejarte de un hombre que había intentado matarte. E hizo lo posible por salvar a Leathan. Él nos informó de los planes de Blair y por eso envió a Thomas y a otros tan solo para vigilar vuestro viaje, no para interferir.

Freya suspiró y apoyó la cabeza contra una alpaca de paja mientras ordenaba sus pensamientos. Y cuando uno en especial cruzó por su mente, miró de nuevo a Edith.

—¿Es cierto eso de que sueña conmigo?

La joven asintió.

—Cuando ocurrió el accidente y despertó, yo estaba a su lado. Y fue lo primero que me contó. Dijo que había visto a una mujer de luz que lo había sacado de la oscuridad. Te describió. Y él sabía que eras tú desde el principio. Ha querido salvarte a toda costa, Freya. Y sé que haría lo que fuera para salvarte de nuevo. Aunque eran solo sueños, Broc nos los ha contado, y no puedes imaginar la forma con la que lo hacía. Y sé que, si se lo pidieras, Broc sería capaz de abandonar esta guerra y perder la jefatura que realmente le pertenece. Tendría el valor de rendirse y vivir una vida ajena al clan, únicamente para garantizar tu bienestar y tu seguridad.

Las lágrimas acudieron a sus ojos de nuevo mientras escuchaba a Edith.

—Tú lo salvaste en sus sueños. Y él sería capaz de derribar el mundo para que tú estés a salvo en él.

—Hablas como si él ya estuviera enamorado de mí —Freya tuvo dificultad para pronunciar aquellas palabras.

Edith sonrió.

—¿Sabes? Broc siempre ha defendido sus ideales, por muy delirantes que fueran. Y si para ello ha tenido que mostrarse ante los demás como un demonio, no le ha importado. Prefería perder su reputación a perderte a ti. Él sabía que tú aparecerías tarde o temprano. Y tú has sido uno de los motivos por los que ha mantenido esta guerra en pie. ¿Eso quiere decir que esté enamorado? Tal vez… pero no soy yo quien debe decirlo.

CAPÍTULO 21

La noche llegó tan rápido que Freya se preguntó cómo era posible que las horas hubieran pasado casi sin enterarse. Durante todo el día estuvo con Edith, conociéndola mejor, hablando de su pasado, de su vida antes de que todo cambiara, y descubrió en ella a una potente amiga y aliada. Sus ojos azules eran verdaderos, auténticos… Y Freya sabía que no le mentía, lo cual hizo que poco a poco, su visión sobre Broc y todos los guerreros que habitaban allí comenzara a cambiar, aunque no del todo. Desde que sabía que había sido engañada por Blair, todos sus sentidos estaban en alerta, esperando que alguien en ese castillo saltara sobre ella para matarla cuando menos lo esperara. Pero todo parecía en orden. La miraban con respeto y, a veces, le dedicaban miradas irónicas, como si esperaran que en cualquier momento hiciera algo en contra de todos. Pero no era así, estaba tan sorprendida y rota que no sería capaz de hacerle daño a nadie en ese momento.

Su corazón seguía latiendo, pero ahora lo hacía como en sentido inverso. No estaba dispuesta a dejarse llevar por otro sentimiento que no fuera el de salvar a sus padres. No sabía qué demonios había pasado para que ellos viajaran en el tiempo. Supuso que las curanderas habían abierto una especie de portal para llevar el collar a su tiempo, que fue justo cuando sus padres desaparecieron, según le había contado Edith, y tal vez por ello habían llegado hasta allí. No tenía ni idea, y estaba segura de que nadie podría explicarle la verdad.

Por ello, mientras entraba en el castillo completamente sola, dejando atrás la oscuridad de la noche, Freya se preguntó qué debía hacer.

—Señorita, la cena ya está lista en el salón… —dijo una sirvienta interrumpiendo sus pensamientos.

Freya asintió de forma casi imperceptible. Apenas había reparado en la mujer cuando se cruzó con ella, pero sus palabras resonaron una y otra vez en su mente. No había vuelto a entrar en el gran salón desde esa mañana. Incluso apenas había comido una manzana robada de las cocinas al mediodía, pues sentía el estómago cerrado desde que le contaron toda la verdad. ¿Cómo podría presentarse ahora en el gran salón como si no hubiera pasado nada? Su corazón se sobresaltó al pensar en volver a ver a Broc.

Esa mañana lo había dejado sin decir una palabra más, pues creía que había escuchado suficiente, así que ahora, ¿cómo iba a encararlo? Sin embargo, se dijo que no podía esconderse eternamente y que tenía que enfrentarse al mundo. Por ello, se armó de valor y puso rumbo al salón intentando que las manos dejaran de temblarle.

Cuando estuvo frente a la puerta, la abrió con menos entusiasmo que esa misma mañana, intentando pasar desapercibida. Y cuando cerró la puerta tras de sí, no pudo evitar sentir sobre ella el peso de las miradas de los guerreros. Esta vez, las conversaciones no se apagaron, ni giraron todas las cabezas al mismo tiempo hacia ella, sino que eran miradas fugaces que intentaban aparentar calma, como si nada hubiera pasado.

Freya vio que en la mesa principal estaban sentados Edith y Broc, que mantenían una conversación en voz baja hasta que la joven apareció en el salón y la mirada del guerrero se posó sobre ella. Las manos de Freya entonces comenzaron a sudar bajo la influencia de aquella mirada oscura. Intentó apartar la mirada, pero se sentía como en un embrujo del que no era capaz de salir. Sus pies caminaron hacia delante de forma inconsciente, como si fueran atraídos por Broc y no pudiera pensar por sí misma. Pero en el momento en el que cruzó por delante de Leathan y

Thomas, que estaban sentados con otros guerreros del clan, Freya vio que había una silla vacía, logró reaccionar a tiempo y en lugar de dirigirse hacia el lugar libre que había al lado de Broc, se sentó junto a Leathan, que la miró sorprendida.

—Al final voy a pensar que quien te gustaba en el castillo del laird era yo y no Blair… —susurró antes de llevarse una cucharada a la boca.

Freya sonrió, nerviosa.

—Más quisieras...

Leathan le guiñó un ojo bajo la atenta mirada de Thomas, que los observaba con una ceja enarcada, especialmente a Leathan, que se encogió de hombros, como si hubieran mantenido una conversación entre ellos y esa fuera su respuesta.

—No te pongas celoso, Thomas —acabó diciendo Leathan—. Tú también encontrarás a alguien que desee aguantar tus miradas iracundas.

Sus palabras hicieron reír a carcajadas a Freya, que notó cómo la tensión parecía marcharse de su lado, algo que siempre había conseguido Leathan desde que lo conocía.

—Lamento el destino de esa mujer —no pudo evitar pinchar la joven. Thomas se lo había hecho pasar mal desde que lo había visto por primera vez, mostrándose ante ella como la reencarnación de un demonio. Por eso, quería hacerle pagar por ello.

Leathan se carcajeó también, provocando que la expresión en el rostro de Thomas fuera aún más oscura.

—¿Cómo es que nunca te han roto los dientes, amigo? —acabó diciendo lentamente.

Leathan levantó las manos y señaló con la cabeza a Freya.

—Esta vez ha sido ella, no yo.

Thomas giró los ojos hacia ella, que le guiñó un ojo al tiempo que levantaba la barbilla con orgullo, retándolo a que le dijera algo también a ella. Sin embargo, entrecerró los ojos y llevó la cuchara a la boca sin apartar la mirada de la joven. Pero Freya ya no sentía miedo ante sus miradas oscuras, por lo que sonrió y comenzó a llenarse un plato de comida como si no le importara que la observara con atención.

Pero la mirada de Thomas no era la única, sino que Broc seguía mirándola, esta vez anonadado tras haber escuchado su carcajada. Desde donde se encontraba, le había parecido que ese sonido era el más bonito que había escuchado últimamente, y lo peor de todo era que no estaba dedicado a él. Pero no le importó. La vio algo más recuperada de la impresión que le causó saber la verdad esa mañana, y eso era lo que él deseaba, que estuviera bien, pero a pesar de eso, no podía evitar sentir celos de sus propios guerreros al ver cómo compartían tiempo y risas con ella.

—Tranquilo, dale tiempo —le pidió Edith a su lado.

Broc giró la cabeza en su dirección y resopló.

—Es muy duro, prima —susurró—. Llevo años esperándola. Y ahora parece más lejana que nunca.

La mano de Edith se posó sobre la suya y la apretó con cariño.

—Lo sé, pero entiéndela. Ha pasado por demasiadas cosas en muy poco tiempo. Primero desaparecen sus padres, después ella misma viaja al pasado, se encuentra con mi hermano, cree que se ha enamorado de él y que tú eres un demonio. Después la sacamos del único lugar que

cree que es seguro, la traemos aquí, le contamos la verdad y descubre que las palabras de amor de mi hermano eran una mentira. ¿Cómo quieres que se comporte después de eso? Aún tiene que cambiar su visión sobre ti, pero sé que ha comenzado.

Broc suspiró y torció la cabeza.

—No estoy tan seguro.

—Yo sí. He pasado casi todo el día con ella y he visto un gran cambio, pero sé que aún le cuesta confiar. La han engañado, Broc. Es normal que ahora se muestre reacia a acercarse a ti. Tiene miedo de que tú también la engañes y la uses contra Blair.

Broc apretó los puños.

—Yo no voy a engañarla, Edith. Yo…

El guerrero cerró los ojos.

—Yo la amo —susurró—. Me entregó su luz para salvarme; me sonrió en mis momentos más oscuros; me habló en sueños. Y así logré enamorarme de ella. Tal vez es un maldito espejismo.

Edith negó con la cabeza.

—Hazme caso, primo. Dale tiempo. Es una mujer con un gran corazón. Y sin duda hace honor a ese apodo: la guerrera de la luz. Además, guarda demasiado rencor hacia Blair como para intentar marcharse de tu lado.

—Pero es que casi ni me ha mirado…

Edith sonrió.

—No ha dejado de hacerlo desde que entró.

—Debería haberse sentado aquí.

—Piensa que conoce demasiado bien a Leathan. Ahora mismo es con él con quien más segura se siente. Algo me dice que se acercará más a ti. Ya lo verás.

Broc suspiró e intentó desviar la mirada, pero continuamente, sus ojos buscaban a Freya para saber cómo se encontraba, si necesitaba algo, si intentaban hacerle daño o propasarse. Pero en cada momento la joven estaba bien, sonreía, parecía cada vez más relajada y más tranquila. Y al menos él pudo respirar con normalidad al ver que no parecía dispuesta a escapar del castillo una vez más para ir en busca de sus padres. Pues si se exponía ante el peligro de Blair, estaba seguro de que sería capaz de derrumbar el castillo de su primo para salvarla, aunque tuviera que destruirse también él mismo para ello.

Freya no podía dejar de dar vueltas en la cama. Estaba demasiado nerviosa como para poder dormir, así que apartó las sábanas de una patada y se levantó. El camisón que había encontrado en el fondo de uno de los baúles ondeó cuando se acercó a la ventana para admirar la noche. Media sonrisa se dibujó en sus labios al ver que la noche estaba despejada y podían verse infinidad de estrellas en el inmenso firmamento.

El sonido de un tronco al partirse en la chimenea encendida la sobresaltó. Seguía sin acostumbrarse a esos sonidos, pues en su casa no habían tenido chimenea, por lo que eran pocas las veces que escuchaba el crepitar del fuego.

Freya lanzó un suspiro y se apoyó contra la jamba de la ventana. Durante todo el día había

pensado en Broc y… ese desgraciado que la había usado como una marioneta. No quería ni pensar en su nombre. La noche anterior se dijo que seguramente iría a por ella para rescatarla, pero no había habido movimientos en las tierras de Broc desde que ella estaba allí, lo que le confirmó que, para Blair, ella no era más que un juguete. Pero no solo eso, mientras se desvestía en ese dormitorio, no había tenido la sensación que sí experimentó en el castillo de Blair. Desde el primer día, estaba segura de que alguien la observaba, como si hubiera algún agujero por el que mirar a través de él para adivinar cada movimiento de la joven. Sin embargo, allí no había tenido la sensación de estar siendo observada. Al contrario, se sentía libre, que podía moverse sin necesidad de dar explicaciones. Y eso que solo llevaba un par de días.

Lanzando un gruñido de rabia, Freya se incorporó y se dirigió hacia la puerta. No podía estar un minuto más entre aquellas paredes que parecían querer atraparla. Quería respirar. Lo necesitaba.

Cerró la puerta tras de sí y miró a un lado y otro del largo pasillo. El castillo de Broc era aún más grande que el del laird, y a pesar de que había estado en varios lugares con Edith, aún no conocía muy bien cada pasillo. Por ello, al no tener sueño, se dijo que daría un paseo por todos lados hasta que lograra aprenderse todo. Al cruzar por la puerta de un dormitorio, se preguntó si Broc estaría detrás de uno de ellos, al igual que también se preguntó qué diría si la viera allí en medio del pasillo de madrugada. ¿Creería que tenía planeado hacer algo contra ellos? ¿La verían como una enemiga a pesar de todo? ¿Y si pensaban que estaba del lado de Blair y dudaban de ella? Freya frunció el ceño ante aquella perspectiva. Ella aún no había dicho nada sobre lo ocurrido, y pensó que tal vez los guerreros y el propio Broc creían que seguía enamorada de Blair. Pero no era así. No podía ser tan ciega respecto a las verdades que le habían contado. Y, desde luego, menos aún al conocer que había secuestrado a sus padres.

Durante la cena, Leathan le había hablado de ellos, de lo que comían y el trato recibido. Y aunque intentó calmarla asegurándole que estaban más o menos bien, o todo lo bien que se puede estar encerrado en una mazmorra, Freya no podía evitar pensar en ellos a cada momento mientras odiaba aún más al mentiroso traicionero de Blair.

En ese momento, seguida por el silencio que manaba de cada piedra del castillo, Freya se sintió fuera de lugar, como si todo lo que estaba viviendo no fuera real y no tuviera nada que ver con ella. Nunca había creído en la magia, ni siquiera en la druídica, pero se había visto obligada a cambiar tantas veces de pensamiento en los últimos tiempos que ya no sabía ni qué creer.

Al llegar al final del pasillo vio unas escaleras de caracol que llamaron su atención. La joven intentó asomarse, pero no vio nada, aunque la suave brisa que bajaba por las escaleras le confirmó que estas tal vez subían a lo alto de la torre. Con la sonrisa de un niño que sabía que estaba haciendo algo malo, Freya comenzó a subir las escaleras, no sin antes mirar al otro lado del pasillo para comprobar que estaba sola. Algo le dijo que cualquiera pondría el grito en el cielo al verla allí, pero no le importó. Quería hacer algo por sí misma, sin ser coaccionada por nadie. Y ahora deseaba subir a lo más alto de la torre.

Un paso tras otro la llevaron al lugar que buscaba. El viento allí soplaba con más fuerza. A pesar de que desde su ventana había comprobado que estaban ante una de las pocas noches tranquilas que había vivido desde que estaba en ese tiempo. La brisa levantaba los pliegues de su camisón, odiándolo por no tener puesto su pijama, más caliente y cómodo que ese trozo de tela que volaba dejando sus piernas desnudas frente al viento.

Un intenso olor a tierra mojada la recibió y durante unos instantes disfrutó de ese rico aroma.

Freya dio unos pasos para alejarse de las escaleras de subida. Y debido a la oscuridad tanteó primero con el pie para evitar dar un traspié y caer al vacío. Y cuando al cabo de unos momentos abrió los ojos de nuevo, se dio cuenta de que se habían acostumbrado a la oscuridad. No obstante, la luna alumbraba ligeramente todo en ese instante, el mismo en el que Freya fue consciente de que no estaba sola.

Broc sabía que esa noche no iba a poder dormir. Y tampoco quería hacerlo. Su corazón parecía latir más acelerado de lo normal al tiempo que su mente rondaba una y otra vez alrededor de Freya. Desde que la había visto aparecer en el castillo pudo respirar tranquilo, pues por fin estaba a salvo. Y creyó que podría lidiar con el temor de perderla, de que no lo considerara un buen hombre, de que no estuviera de su lado. Y, sin embargo, esa noche no podía dejar de sentir tanto miedo como el día en el que tuvo que abandonar el castillo de su bisabuelo por temor a que su tío y su primo volvieran a intentar matarlo. Se trataba de un pánico terrible a que Freya lo mirara como si de un monstruo se tratara, y todo lo que había hecho por salvarla no sirviera de nada.

Broc respiró hondo. Su prima Edith le había pedido que se calmara y que le diera tiempo a Freya para que se adaptara a ese nuevo revés en su vida. Lo haría. Le daría espacio. Le daría tiempo. Le daría lo que fuera necesario, pero no podía dejar de rezar para que no lo apartara de su lado.

Su sonrisa… Aquella carcajada que había dejado escapar durante la cena le llenó el alma de luz, como hacía en sus sueños.

Broc cruzó los brazos sobre su pecho y suspiró mirando hacia el cielo. Esa noche parecía ser especial, pues las estrellas brillaban con fuerza, como si quisieran pedirle que tuviera paciencia, que todo iba a salir bien. Y no pudo evitar preguntarse si su familia vivía en alguna de esas estrellas. Cuando era pequeño, su madre siempre le decía que los muertos se iban a vivir al cielo, a las estrellas, y que siempre brillaban para que los vivos supieran que estaban bien. Pero ¿estarían bien sus padres y sus hermanas después de haber sido asesinados? ¿Sus almas descansarían a pesar de haber fallado él tantas veces y no haber conseguido aún el mandato del clan? ¿Qué pensaría su padre de él? Lo peores años de su vida los había pasado solo, sin la presencia de alguien a su lado que le diera una palmada en la espalda y le dijera que lo estaba haciendo bien; nadie que le sonriera y le diera ánimos para seguir adelante; nadie que lo abrazara... Había tenido que vivir todo solo. Una guerra solo. Y aunque sus hombres estaban con él, no era lo mismo.

Broc suspiró nuevamente y dejó que el viento despeinara su cabello justo en el momento en el que la escuchó. No. La sintió. Sus pies parecían no haber pisado el suelo de las escaleras y el de la torre cuando emergió, pero después de tantos años conociéndola, sabía que era ella. Y así se lo confirmó su olor, que el viento llevó hasta él.

Entonces, Broc esbozó una sonrisa sin apenas moverse y sin girar la cabeza.

—Qué fácil sería empujarme y dejar que cayera desde esta altura, ¿verdad?

Casi pudo sentir su respingo cuando lo escuchó hablar. Y fue en ese momento cuando decidió girarse para mirarla. La luz de la luna le permitió ver su sombra, que se acercó lentamente a él, como si fuera ella la que tuviera miedo de ser arrojada desde esa altura. La joven llegó hasta él y paró cerca de las almenas a una distancia prudente no solo del borde, sino también de Broc.

—Yo no he pensado eso…

La sonrisa del guerrero se hizo más amplia, sobre todo cuando vio lo bonita que estaba con el pelo revuelto por el viento y el camisón que dejaba entrever la curvatura de su cuerpo, especialmente, cuando la tela se levantaba y mostraba sus piernas desnudas. Broc tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no acercarse a ella y tocarla, ya que no quería asustarla.

—No podía dormir —explicó la joven al cabo de unos segundos de silencio.

Broc asintió sin dejar de observarla, pues ella tampoco apartaba la mirada, así que se dedicó a admirar su rebelde y poderosa belleza.

—Yo tampoco —admitió.

Freya señaló hacia las escaleras.

—No quiero molestarte. Si quieres, puedo marcharme…

Broc negó al instante con la cabeza. ¿Cómo iba a querer que se marchara el objeto de su anhelo, aquella que le quitaba el sueño?

—No. Aprecio tu compañía.

Freya asintió y miró hacia el cielo al tiempo que suspiraba.

—Hace una noche preciosa.

—Sí, preciosa —murmuró Broc, aunque sin referirse a la noche.

Ambos se sumieron en un silencio incómodo en el que ni uno ni otro sabían qué decir, hasta que por fin Freya rompió el hielo.

—Lamento haberme ido esta mañana y haber estado desaparecida durante el día. Es que… tenía que pensar.

Broc la miró de nuevo y se encogió de hombros.

—Tranquila. Sabía que estabas con Edith, a salvo. Es normal necesitar ese espacio para pensar, Freya.

¿Por qué demonios su nombre sonaba tan extraño entre sus labios?, se preguntó la joven. Cada vez que lo pronunciaba, la joven tenía la sensación de que lo susurraba, de que salía de una profundidad misteriosa en su garganta, como si más que una palabra pronunciada de cierta manera, fuera una caricia. Así lo sentía.

—Ya sé que todo lo que ha pasado es demasiado fuerte como para entenderlo tan deprisa. Lamento si te he presionado.

Freya negó con la cabeza.

—No lo has hecho. Es solo que sé que queríais mostrarme la verdad y hacerme ver que yo misma estaba equivocada respecto a él, pero necesitaba mi tiempo para aceptarlo. Y quería hacerlo sola. Había visto tanta bondad y palabras verdaderas que no era capaz de entender que no eran ciertas, sino una máscara. ¿De verdad una persona es capaz de hacer todo ese daño a su propia familia?

—Nadie sabe lo que pasa por la mente de las personas que se comportan así —terció Broc—, pero sí sabemos lo que debemos hacer para protegernos de ellas.

—Os ha hecho mucho daño… A Edith y a ti.

Broc la miró y asintió.

—Ni mis padres ni mis hermanas merecían morir así. Estoy seguro de que mi padre le habría cedido con gusto la jefatura del clan para salvar a su familia si se lo hubiera pedido. Era un gran hombre.

Freya dudó.

—¿Los echas de menos?

Broc sonrió.

—¿Y tú a los tuyos?

Freya asintió.

—Al menos tú tienes la esperanza de rescatarlos —le dijo el guerrero—. Los míos están en mi recuerdo.

—Lo siento.

Broc asintió y volvió a mirar al frente en silencio.

—Mi padre soñaba con que mi madre disfrutara de las vistas que ofrece esta torre cuando es de día… —relató con voz contenida—. La hizo tan alta solo para ella.

—Seguro que la amaba mucho…

Broc asintió y apretó la mandíbula, regañándose a sí mismo por mostrar una parte de su alma que debía estar escondida.

Freya se giró hacia él y clavó su mirada en sus ojos.

—Quiero ir a rescatar a mis padres.

Broc giró la cabeza en su dirección como movido por un resorte.

—No —se negó en rotundo.

La joven resopló.

—¡Son mis padres!

—Lo sé, pero es tu vida la que pondrías en peligro.

—¿Y qué más da? —se quejó—. No soy nadie. Ni siquiera es mi tiempo. Aquí no tengo nada.

Me tienes a mí, estuvo a punto de gritar Broc mientras apretaba los puños con fuerza y daba un paso atrás para mirarla desde una distancia en la que no tuviera la imperiosa necesidad de besarla.

—Tu vida es igual de importante que la de las demás personas que están a mi cargo.

—Yo no soy uno de tus hombres —replicó la joven al tiempo que sentía un escalofrío por verlo tan lejos.

Broc suspiró y volvió a dar no solo un paso hacia ella, sino tres, quedándose a solo un palmo de su rostro.

—Tienes razón. No eres uno de ellos. Eres algo más… —murmuró con voz enronquecida.

Y antes de que Freya pudiera decir algo más, Broc se encaminó hacia las escaleras y la dejó completamente sola en la torre.

Al instante, y sin saber por qué, Freya sintió un vacío enorme en el centro de su pecho. ¿Qué

habría querido decir Broc con esas palabras? Ella no era nadie. Era cierto. Ese castillo no era suyo, no tenía a su familia allí, era una maldita extraña. Incluso sus costumbres eran diferentes y algunas no lograba entenderlas por la diferencia de época.

Desde el primer momento en el que lo vio en su despacho tras llegar al castillo, Broc le había provocado unos sentimientos encontrados. Por un lado, lo había odiado por todo el daño que había hecho. Después, había descubierto que todo era una artimaña de Blair, y, por otro lado… por otro lado, no estaba segura de que querer saber lo que sentía. Si alguien le preguntara qué sintió al verlo, le diría que fue como un puñetazo en el estómago, como un empujón y una caída al suelo, como morir y revivir al mismo tiempo… Pero no quería cometer el mismo error que con Blair.

Freya no quería volver a fijarse en un hombre, no después del dolor que le provocó la traición de Blair. Se lo debía a ella misma, a su corazón y a su alma. Estaba rota, como cuando conoció al laird. Pero ahora había aprendido la lección, y no podía fijarse en Broc.

Freya suspiró largamente y miró al cielo estrellado.

—Dame una señal sobre lo que tengo que hacer… —murmuró—. Estoy perdida.

Y en ese momento, como si hubiera sido escuchada, vio una estrella fugaz rompiendo la oscuridad del universo. Y con una sonrisa triste, Freya abandonó también la torre.

CAPÍTULO 22

Cuando regresó a su dormitorio, por fin pudo conciliar el sueño. No sabía por qué, pero el hecho de haber hablado un rato tranquilamente con Broc y sin nadie alrededor que pudiera escucharlos la había relajado y logró dormirse. Pero no fue un sueño reparador y tranquilizador lo que tuvo, sino una pesadilla. Pero no una cualquiera, sino una que ya había olvidado por completo, pues en cuanto su sueño comenzó, supo que ya había soñado con aquello tiempo atrás.

Tres años antes tuvo una de las peores pesadillas que jamás había soñado nunca. Tardó varios días en olvidarla, y necesitó contarle a su madre lo que sucedía, pues creía ver aquel rostro en todas partes. Y, sin embargo, con el paso del tiempo había logrado olvidar el sueño y el rostro. Pero ahora… Volvía de nuevo.

Freya caminaba por un valle tranquilamente. El tiempo en ese sueño era el ideal. No hacía ni frío ni calor. El cielo estaba despejado de nubes y el sol daba de lleno en su rostro, provocando que pudiera disfrutar de ese momento como hacía tiempo que no había sentido. Los pájaros cantaban suavemente, revoloteando de un lado para otro sin prisas, deleitándola con su canto y su tranquilidad. Sin embargo, el día pareció torcerse en cuestión de minutos cuando el sonido de algo al estrellarse llamó poderosamente su atención.

Freya se sobresaltó y corrió hacia el lugar de donde provenía el ruido. Enseguida, en la lejanía vio cómo caía un carruaje y un cuerpo salía despedido de él. Los gritos fueron desgarradores, pero estaban demasiado lejos como para poder ayudar. Igualmente, Freya corrió y corrió para intentar salvarlos, pero los gritos cesaron antes de que el carruaje pudiera llegar al fondo del terraplén. En ese momento, unos gritos más arriba del carruaje rompieron el silencio formado alrededor cuando este paró.

El miedo impidió a Freya que se acercara al carruaje, así que corrió hacia arriba en busca de la persona que había salido despedida. Lo encontró muy cerca y gritaba y gritaba sin parar. Parecía tener el cuerpo destrozado y se encontraba bocabajo. La joven intentó moverlo, pero el chico gritó con fuerza. Y justo cuando logró aferrar su rostro para mirarlo a la cara, la escena cambió de lugar. De repente, lo vio llorando, gritando y lamentándose sin poder moverse de una enorme cama con dosel.

Y entonces pudo verle la cara. Sus ojos se abrieron desmesuradamente al reconocer a Broc. Años atrás, la primera vez que soñó con eso no lo había reconocido, pero ahora sí. Se trataba de un Broc más joven, casi un adolescente. Y gemía de dolor en una cama del castillo donde ahora estaba Blair. Algo dentro de ella tiró de su cuerpo y se acercó a la cama. A pesar de que en ese momento parecía no reparar en su presencia, Freya puso una mano en su rostro y Broc la miró de una forma extraña. De sus dedos salieron halos de luz que dieron de lleno en las mejillas del chico, logrando sosegar su ánimo y sus gritos. Este la miró como si estuviera frente a una diosa que lo sacaba de esa oscuridad y ese dolor.

La mano de Freya tembló ligeramente y se apartó, asustada por lo que sintió, pero aún más asustada cuando descubrió que de su cadera colgaba una espada y una daga antiguas. De repente, como si de un terremoto se tratara, el suelo comenzó a temblar, el chico gritó de nuevo por el dolor y ella empezó a brillar. Sus manos desprendían una gran esfera de luz que iluminaban toda la habitación mientras seguía escuchando gritar al joven Broc.

Y de repente, se despertó, asustada. Enseguida recordó ese mismo sueño que había tenido años atrás. Lo había olvidado por completo y ahora resurgía de lo más profundo de su mente para

recordarle que ella también había conocido a Broc antes de ese momento en ese mismo tiempo. Ella o su espíritu o lo que fuera vio el accidente que había sufrido la familia de Broc años atrás. Y lo había olvidado.

Freya se apoyó contra el cabecero de la cama y dejó caer la cabeza contra la fría pared intentando contener las lágrimas. Su propia madre le había pedido que lo olvidara, que solo era un sueño, pero no. Era algo más. Ahora entendía el significado de "guerrera de la luz". De sus manos había salido una luz blanca que parecía haber calmado el dolor de Broc. Y ahora también entendía por qué decía Broc que la había visto en sus sueños. Era cierto. No solo lo vio él, sino que ella también había estado ahí en ese momento. Pero lo que más entendía ahora era lo que debía hacer. Había visto una daga y una espada colgando de su cadera. Era una guerrera. Y como tal, debía luchar para restaurar el poder en su lugar, donde debía estar, en las manos donde tenía que estar: en las de Broc.

El miedo hizo que se le hiciera un nudo en la garganta. Debía enfrentarse a un destino que no estaba segura de cómo sería, pero sabía que tenía que ayudar a esa gente, sobre todo a ese joven que había salido despedido del carruaje. No había logrado llegar a tiempo para rescatar a su familia, pero sí haría lo que fuera para ayudarlo a él.

Un fuerte sentimiento de poder parecía recorrer su cuerpo. Estaba decidida a ello. Tan solo esperaba que todo acabara de la mejor manera posible.

Con la intención de hablar con Broc esa misma mañana, Freya se levantó después de no haber podido volver a dormir tras su pesadilla. Se vistió con otra de las ropas que encontró en el baúl y que tanto se asemejaban a sus propias ropas del futuro. Se hizo una trenza en el pelo y se dirigió a las escaleras.

Freya las bajó saltando de dos en dos y con la mente puesta en Broc, aunque sin saber muy bien qué decir para expresar lo que tenía en mente. Y a pesar de que no tenía ni idea de dónde podía estar el guerrero, estaba segura de que se encontraría con sus hombres en el patio, ya que desde allí escuchaba el sonido de las espadas al entrechocar entre sí.

Cuando llegó a la puerta, Freya se apoyó contra la jamba de la misma y los observó. Efectivamente, los guerreros del castillo estaban entrenando y Broc estaba justo en el centro de ellos, sujetando su espada y cruzándola con aquellos que se lanzaban contra él. A pesar de que sus hombres parecían ser unos guerreros increíbles, Broc no se quedaba atrás. Estaba claro que había nacido para ello, al contrario que Blair, que, aunque daba muestras de ser un hombre curtido en batallas, no poseía el porte de Broc a la hora de luchar. Y eso se notaba a leguas.

Freya no podía apartar la mirada del guerrero, cuyo rostro estaba tan concentrado que no había reparado aún en ella. Sus brazos se movían por encima de su cabeza y describían arcos perfectos antes de estrellarse contra la espada de cualquiera de sus compañeros. Estaba segura de que lo miraba embobada. Después del sueño de esa misma noche, no podía evitar mirar a Broc de una manera diferente. Lo había visto como tal vez sus hombres jamás lo habían conocido. Tendido en una cama, con varios años menos que ahora y gritando de auténtico terror y dolor.

El Broc de ahora no parecía temblar ante nadie, ni siquiera ante la visión de un posible dolor. Parecía ser invencible, como si ningún dolor quisiera cruzarse en su camino. Pero el Broc de antes era muy diferente. Era más niño, menos experimentado y menos aterrador que ahora. La había mirado con el dolor reflejado en sus ojos y aunque no había hablado, sí había podido escuchar su miedo, sus palabras no pronunciadas en las que le pedía su ayuda; una ayuda que ella

no sabía cómo dársela. Y a pesar de eso, lo había socorrido. Su intención real había sido sacarlo de ese dolor a pesar de no conocerlo de nada, pero sí había visto lo que le había pasado y su corazón no podría seguir si no lo ayudaba. Por ello, y tal vez solo por eso, había logrado sacar de su cuerpo esa luz para calmarlo. Y lo había conseguido.

Freya suspiró y se preguntó si debería contarle al guerrero que lo había visto en sueños. Que tal y como él había confesado, ella también lo había conocido tiempo atrás, cuando soñó aquello por primera vez, y que ahora el destino quería recordarle para que no olvidara que ya lo había ayudado en una ocasión. Aunque esto era muy diferente, ahora que conocía toda la verdad temía no saber qué hacer para acabar con Blair.

Su corazón sintió una punzada de dolor ante el recuerdo de ese guerrero. Mientras miraba a los que tenía frente a ella, Freya llevó a su mente los recuerdos que había forjado junto a Blair, y a pesar de que había entendido la realidad, aún no lograba entender cómo era posible que una persona pudiera albergar tanto odio en su corazón como para acabar con gran parte de su familia y tener la sangre fría de culpar a Broc de todo eso.

Al cabo de unos minutos, cuando su corazón volvió a calmarse por el dolor que le producía el recuerdo de Blair, Freya vio que el portón se abría y daba paso a un guerrero que ya había visto entre los muros de ese castillo. Este se acercó casi volando hacia Broc, que cortó el entrenamiento para acercarse a él.

Freya frunció el ceño al ver que ese guerrero parecía contarle algo grave a su señor, que unió tanto su entrecejo que borró cualquier rastro de piel entre ceja y ceja. La joven estuvo a punto de dar un paso hacia ellos, pero se mantuvo en la puerta y vio cómo Broc paraba el entrenamiento y les pedía a varios de sus hombres que ensillaran sus caballos.

En ese momento, la joven dejó de apoyarse contra las frías piedras para caminar hacia Broc. No quería que se marchara antes de que ella le hubiera comunicado la decisión tomada tras esa noche de pesadillas, sin embargo, cuando se acercó a él, este se giró hacia ella con el rostro aún grave.

—¿Ocurre algo? —no pudo evitar preguntar la joven.

Broc negó con la cabeza.

—Me gustaría hablar contigo… —siguió diciendo.

Broc suspiró.

—Me temo que tendrá que esperar hasta la noche. Ahora tengo que salir.

Freya abrió la boca para responder, pero uno de los guerreros de Broc, cuyo nombre creía recordar que era Farlan, pasó tan deprisa con el caballo y tan cerca de ella que tuvo que lanzarse hacia atrás para evitar ser arrollada por él, que se alejó sin pedir disculpas. Y en el momento en el que Freya volvió a mirar a Broc, se dio cuenta de que este ya montaba sobre su caballo y le dirigía una última mirada antes de cabalgar junto a sus hombres.

Freya chasqueó la lengua, contrariada, y regresó al castillo mientras el enorme portón se cerraba tras la marcha de los guerreros.

Freya pensaba que Broc y sus hombres regresarían justo al mediodía para comer, pero las puertas del castillo estuvieron completamente cerradas. Al igual que el resto de la tarde, cuyos habitantes parecieron ponerse nerviosos.

A pesar de que le había preguntado a Edith qué ocurría, la joven le dijo que no tenía ni idea de lo que podía haber pasado, pero que seguramente tendría que ver con su hermano. Freya dudó un instante de su palabra, pero al ver que sus ojos reflejaban la verdad, no quiso insistir.

El resto de la tarde la pasó completamente sola, dándole vueltas a lo que había soñado y decidido, pero algo dentro de ella aún seguía dudando sobre si era la mejor opción que podía elegir. Incluso llegó a pensar que ahora que Broc no se encontraba en el castillo podría escapar e ir a buscar a sus padres al castillo de Blair, fingiendo haber sido maltratada por Broc para evitar represalias del laird. Sin embargo, sabía que no podía hacer nada por salvarlos, pues ella sola solo conseguiría meterse en problemas.

—No estoy seguro de que sea algo bueno aquello que recorre tus pensamientos desde esta mañana…

La voz de Leathan la sobresaltó mientras se llenaba un vaso de agua en medio de las cocinas. Había pasado por allí hacía rato, y al ver que estaban completamente vacías decidió meterse en ellas para beber agua fresca y así calmar su ansiedad.

—Y bebes solo agua… Eso sí es raro.

Una sonrisa escapó de sus labios y se giró en su dirección.

—Te recuerdo que siempre has sido tú el que me ha incitado a beber whisky. Yo no suelo beber…

El guerrero le guiñó un ojo y se acercó a ella cojeando. Desde el día anterior, Leathan parecía haber mejorado y su cojera era menos pronunciada, por lo que la joven deseó que su recuperación fuera completa y en poco tiempo.

—¿Qué te sucede para estar aquí sola? —le preguntó dejándose caer en la silla de al lado.

Freya suspiró y se encogió de hombros.

—Tengo la cabeza hecha un lío.

—¿Sigues pensando en si ayudar a Broc es lo mejor?

La joven dudó.

—No. Sobre eso tengo una decisión. O al menos la tenía esta mañana, pero como me he pasado gran parte del día sola, afloran mis miedos…

Leathan se sirvió una copa de la jarra más próxima a él.

—¿Miedo, tú? No te creo. Has dormido junto a un hombre que ha acabado con gran parte de su familia. Si has hecho eso sin miedo, eres capaz de lo que sea.

Freya esbozó una sonrisa.

—¿Cómo demonios lo haces? Siempre consigues hacerme sentir mejor.

Leathan se encogió de hombros.

—Es que soy un encanto, pero aún no te has dado cuenta.

El guerrero la observó con una sonrisa.

—Esta mañana estaba mirando el entrenamiento y te vi en la puerta del castillo. ¿Qué pensabas?

Freya apartó la mirada de sus ojos y suspiró.

—Bueno, me creía capaz de enfrentarme a Blair y aceptar ayudar a Broc.

—¿Y ya no?

—Tengo muchas dudas —respondió sin querer admitir que había soñado con el guerrero—. Y ni siquiera sé cómo puedo ayudar, la verdad. Es todo tan complicado… Quiero salvar a mis padres, pero no sé cómo hacerlo. No quiero fallar.

—No vas a fallar, muchacha.

—¡Pero todo el mundo espera que haga algo y no sé qué debo hacer!

Leathan bebió el contenido de su copa de un solo trago antes de responder. Se inclinó hacia ella y puso una mano en su hombro.

—Solo un corazón noble como el tuyo puede encontrar respuesta en las estrellas. Sé que harás lo correcto, muchacha.

Freya torció el gesto, incapaz de creer sus palabras a pesar de que sabía en su interior que las decía con toda la fe puesta en ella. La joven lo miró con lágrimas en los ojos.

—Esta mañana, Broc se marchó con sus hombres. ¿Ha hecho algo Blair?

Leathan suspiró.

—No sé si debo ser yo quien te responda a ello… Me acerqué a ellos cuando se marcharon y Mungo me dijo que lo hacían porque Blair había atacado otro de los pueblos del clan con la intención de culpar a Broc de ello. Y han marchado para intentar averiguar algo porque parece ser que han actuado de otra manera.

Freya arrugó la frente.

—¿De otra manera? ¿A qué te refieres?

Leathan se levantó de la silla para marcharse, con la intención de no responder a su pregunta.

—Leathan… —insistió.

El guerrero se volvió hacia ella y dejó escapar un suspiro.

—Ha aniquilado a todas las mujeres y niños del pueblo mientras sus maridos, padres, hermanos e hijos estaban atados mirando…

Freya creyó que iba a desmayarse por la crueldad de sus palabras.

—¿Qué? —preguntó levantándose de la silla.

—Hemos descubierto que sus antiguos aliados no han querido ayudarlo contra nosotros, algo que me alivia bastante, la verdad, así que imagino que está furioso ante la perspectiva de estar solo. Y sé que es un aviso de lo que piensa hacer a partir de ahora. Sabe que Broc te tiene aquí y quiere conseguirte de nuevo como sea.

—Pero esto tiene que acabar…

Leathan asintió con tristeza.

—Ojalá sea pronto.

Y se marchó, dejándola sola en las cocinas. Freya se dejó caer de nuevo contra la silla, pues sus piernas apenas podían sostenerla. Era incapaz de imaginar cómo habían sido los últimos instantes de vida de esas mujeres y niños, y un escalofrío recorrió su cuerpo, erizando su piel y reafirmando los pensamientos que habían cruzado por su mente.

Sin duda, Blair estaba loco. Había perdido por completo el juicio y ahora que sabía que ella estaba junto a Broc, estaba segura de que se imaginaba que le habrían contado la verdad. Pero no podía permitir que siguiera matando impunemente.

La joven bebió su agua y se marchó de allí con la esperanza de que Broc regresara cuanto antes. Aquella información que le había dado Leathan era lo que esperaba para impulsarse y darse ánimos para seguir. Y si tenía que convertirse en una guerrera, así sería.

Había estado esperando a Broc durante un par de horas más antes de quedarse dormida sentada en la jamba de la ventana de su dormitorio. La noche era demasiado cerrada y el sonido del crepitar del fuego de su dormitorio había servido para relajarla y provocar que se quedara dormida.

El silencio en el castillo y la información que tenía en mente hacían que la noche fuera más abrumadora que nunca y Freya se había arrebujado bajo una manta para esperarlo. Se dijo que no había tiempo que perder y que no podían dejar que Blair siguiera haciendo de las suyas. Era difícil, sí. Y duro, muy duro. Cambiar su percepción sobre él y pasar de creer que era un hombre maravilloso a un potente y malvado villano era lo más difícil que había hecho en toda su vida. Pero ya no había marcha atrás. No. Ahora era tiempo de mover ficha y cambiar las tornas.

Pero a pesar de su valentía, arrojo y resolución de su mente, Freya no había podido aguantar más la espera y había caído rendida al sueño. Y solo cuando escuchó el sonido de los cascos de los caballos logró salir de ese sopor para mirar a través de la ventana. A pesar de la oscuridad reinante en el patio, las antorchas que todos portaban le confirmaron que Broc había regresado, pues uno de los rostros que logró ver a través del cristal era el del guerrero.

Vio cómo este penetraba en el castillo, seguido de Thomas, mientras los demás se quedaban en el patio y se esparcían por este para marcharse a descansar.

Freya desconocía qué hora era, pero estaba segura de que pasaría más de la medianoche. Y durante varios minutos se preguntó si tal vez debería dejar pasar esa noche y avisar a Broc sobre su decisión. Sin embargo, se dijo que no podía esperar, que tenía que empezar enseguida, y cuanto antes lo avisara, antes podrían empezar a llevar a cabo su plan contra Blair y salvar a sus padres.

Por ello, lavando su rostro con agua para poder apartar los restos de sueño de su mente, Freya se puso en marcha. Miró su ropa y su cabello, que no estaba despeinado, y se encaminó hacia el piso inferior para buscar a Broc, tal y como había hecho esa misma mañana.

La joven sentía que las manos le temblaban casi de forma incontrolable, así que respiró hondo para intentar calmarse. Sus pies bajaron las escaleras de forma mecánica, casi sin sentir la presión bajo la suela de sus zapatos. Y cuando llegó al piso inferior, se preguntó a dónde habría ido Broc. Se dijo que no habían llegado a tiempo para la cena, por lo que supuso que tal vez estaría en el salón tomando algo antes de acostarse. Sin embargo, tras comprobarlo, allí no había nadie.

Torciendo la nariz hacia un lado mientras pensaba, Freya se dijo que lo mejor era ir habitación por habitación, buscándolo. Y así hizo, abrió todas y cada una de las puertas donde creía que tal vez podría estar, y cuando llegó al último de los pequeños salones, la joven se quedó paralizada ante aquella visión.

Nada más abrir la puerta, sin haber llamado previamente, escuchó gemidos. Frunciendo el

ceño, Freya abrió la puerta y deseó haber salido corriendo antes de ver lo que había en el centro del salón. Una de las sirvientas gemía de forma casi desesperada mientras era penetrada por Thomas, que apenas se había desvestido, sino que simplemente había bajado ligeramente sus pantalones, mostrando sus nalgas a Freya, que intentó olvidar ese momento al instante.

Fue la exclamación de sorpresa lo que hizo que Thomas se sobresaltara y girara la cabeza en su dirección, esbozando una sonrisa pícara. Su risa fue lo que hizo reaccionar a Freya, que dio un paso atrás con la mirada fija en el suelo y con la clara intención de marcharse.

—Si quieres unirte, preciosa…

A pesar de que no estaba mirando, Freya era consciente de que ninguno de ellos se había movido de su postura, ni siquiera para intentar taparse, por lo que respondió sin mirarlo.

—No, gracias, prefiero arrancarme los ojos. Estoy buscando a tu señor…

Y como si estuviera burlándose de ella, Thomas volvió a penetrar a la sirvienta, que gimió fuertemente. Lanzando un resoplo, Freya volvió a intentar marcharse, pero la voz de Thomas le indicó lo que necesitaba.

—Está en la sala de armas… —fue su respuesta.

Cerrando la puerta de golpe, Freya escuchó la risa del guerrero tras ella y un nuevo gemido de la sirvienta hizo que se alejara de ese salón con la esperanza de olvidar algún día lo que acababa de ver y escuchar.

Cuando llegó a la esquina, miró a un lado y otro del pasillo. No estaba segura de dónde estaba la sala de armas, ya que no se había recorrido por completo el castillo. A pesar de ser una persona tremendamente curiosa, se sorprendió al descubrir que no conocía todo, pero había estado tan metida en sus pensamientos y en toda la información que tuvo que retener que no se había percatado de eso hasta ese momento. Así que se dirigió hacia los pasillos que aún no había recorrido y que en ese momento le dieron escalofríos.

Al igual que el resto del castillo, esa zona tenía la misma rica decoración. Las armaduras de adorno a un lado y otro del pasillo parecían indicar hacia dónde tenía que ir, así que siguió su recorrido.

La luz allí pareció hacerse más tenue, como si las antorchas del pasillo no tuvieran la suficiente fuerza para alumbrar todo el recorrido, pero Freya siguió adelante. Cuando terminó de recorrer esa parte del pasillo, vio que una de las puertas estaba entreabierta. Con sumo cuidado e intentando no hacer ruido, la joven se acercó lentamente. Desde allí casi podía escuchar los resuellos de la persona que había en esa estancia.

Temerosa de que se encontrara a Broc en una situación parecida a la que había encontrado a Thomas, Freya paró en seco y miró hacia atrás, preguntándose si era mejor marcharse y regresar sobre sus pasos. Sin embargo, negó con la cabeza casi imperceptiblemente y siguió adelante.

La joven paró junto a la puerta y asomó la cabeza. Después abrió un poco más y observó en silencio. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y se quedó completamente embobada ante esa inmensa sala. Jamás habría imaginado que una sala de armas podría ser tan amplia. No estaba segura, pero algo le decía que ese lugar medía algo más de veinte metros de largo y casi diez de ancho. A lo largo de la pared, la decoración no tenía nada que ver con el resto del castillo, sino que numerosas armas de varias maneras y tamaños colgaban de un hierro que ocupaba gran parte de la largura de la sala. Al otro lado, hachas, arcos, flechas, dianas, dagas y otras armas

reposaban esperando a ser usadas por alguien.

Aquel, sin duda, era el paraíso del guerrero. En medio de la sala, tal vez colocado por el propio Broc, se encontraba una especie de muñeco de madera al que ahora el guerrero le daba patadas y golpes, como si de un enemigo real se tratara. Broc se había quitado la camisa y tan solo vestía con sus pantalones negros. Desde la distancia, Freya pudo ver que su espalda estaba sudorosa y los brazos casi le temblaban del esfuerzo que estaba realizando, y tal vez del cansancio acumulado, pues era realmente tarde.

Las antorchas de la pared lo iluminaban, provocando que Freya no pudiera apartar la mirada de él a pesar de que su mente le gritaba que le hablara, que dijera algo antes de que la descubriera admirando su cuerpo. Sin embargo, cuando abrió la boca para saludar, fue la voz del propio Broc la que rompió el silencio:

—Pensaba que me odiabas tanto que no querrías mirarme.

CAPÍTULO 23

Freya dio un respingo y estuvo a punto de girarse tras ser descubierta. La joven cerró los ojos unos instantes y apretó los puños, armándose de valor para responder algo cuanto antes, pues temía que, si no lo hacía, Broc se reiría de ella.

—Yo no te odio…

El guerrero dejó su postura de ataque para girarse y mirarla. Aquella era la primera vez que volvía a hablar con ella desde que se encontraran casualmente en la torre, ya que lo de esa mañana no contaba en absoluto. Y a pesar de que no había podido dejar de pensar en ella durante todo el día, sentía que hacía demasiado tiempo que no la veía ni disfrutaba de su presencia.

En los ojos de la joven vio cansancio, pero también determinación, y por eso, se acercó lentamente a ella, que entró aún más en la sala de armas.

—Lamento no haber podido atenderte esta mañana —dijo llevando las manos a la espalda al tiempo que abría ligeramente las piernas y la miraba en esa postura—. Pero tenía que marcharme.

—No pasa nada. ¿Ha ido todo bien?

Broc se encogió de hombros.

—Ha ido todo lo bien que podemos esperar de mi primo.

—Leathan me ha contado lo que ha pasado.

Broc asintió.

—¿Sigues pensando de igual forma sobre Blair?

—No. Ya he aceptado que no es lo que creía.

El guerrero valoró sus palabras durante unos segundos sin apartar la mirada negra de aquellos ojos verdes que lo observaban con cierto temor reflejado en su iris.

—¿Me buscabas por algo?

Freya dio un paso hacia él, dejando atrás la puerta de salida. El silencio era tan abrumador que las manos comenzaron a temblarle. Estar sola con Broc en ese lugar donde solo había armas, con su torso completamente desnudo y sintiendo una atracción que parecía aumentar a cada segundo hacía que se pusiera tremendamente nerviosa.

—Sí… Yo… quería decirte que he estado pensando una y otra vez en todo el daño que ha hecho Blair. Me ha costado mucho entenderlo y aceptarlo, pero sé que no ha actuado como debería, y la verdad es que yo tampoco, porque es cierto que he llegado a odiarte por el daño que pensaba que ibas derramando por el clan.

Broc no hizo movimiento alguno que indicara lo que estaba pensando en ese momento, así que Freya continuó.

—Pero no te odio, Broc. Os he estado observando a todos y he visto que, aunque sois muy… serios —El guerrero esbozó media sonrisa al escucharla—, sois personas con unos valores muy fuertes. Lamento haber pensado esas cosas tan horribles de ti, Broc.

El guerrero dejó su postura y se acercó a ella lentamente sin dejar de mirarla.

—Me alegra escuchar esas palabras porque no podía vivir pensando que me odiabas.

Freya sintió que sus manos temblaban aún más ante su cercanía.

—Yo… anoche soñé contigo —dijo de golpe y sin pensar realmente en lo que estaba diciendo.

En los ojos de Broc se reflejó la sorpresa y Freya se golpeó mentalmente por haber contado lo que debía haberse guardado para ella.

—Era una pesadilla que tuve hace años y que había olvidado, pero eras tú. Soñé que te ayudaba cuando estabas convaleciente por el accidente que tuviste con tu familia. Y no sé cómo ni por qué, pero sé que te ayudé.

Broc esbozó media sonrisa.

—Así es como te veía en sueños…

Freya asintió.

—Y sé que quiero seguir ayudando, Broc. Quiero que todo esto acabe cuanto antes. Quiero salvar a mis padres, a toda esa gente inocente del clan, a este castillo… Quiero salvarte también a ti, Broc. No quiero que sufras más.

Freya vio cómo el guerrero tragaba saliva visiblemente y daba un paso más hacia ella. Su fuerte pecho chocó con el de la joven, que no se movió del sitio, como si tuviera los pies pegados al suelo.

—¿Estás segura de ello?

Freya asintió.

—Sí. Creo que nunca he estado tan segura de algo. Ya es hora de que esta guerra acabe y el verdadero laird presida el clan. Ya es hora de que la paz llegue a estas tierras y de que tu familia sea vengada, Broc. Acepto ayudarte. No sé qué es lo que realmente debo hacer, pero quiero hacerlo.

Broc la miró largamente mientras sopesaba sus palabras, logrando hacer que apretara los puños para evitar mostrar su nerviosismo. Y cuando estaba segura de que no iba a contestarle, el guerrero abrió la boca para hacerlo:

—En mis sueños siempre aparecías como una guerrera.

Freya asintió.

—Pero aún no lo eres…

La joven negó esta vez, provocando que el guerrero esbozara una sonrisa fugaz.

—Entonces eso tiene fácil solución… Si quieres ayudarme, primero debes convertirte en una guerrera: saber manejar la espada con destreza, aprender a luchar cuerpo a cuerpo, usar el arco y la flecha, las dagas… Quiero tener la seguridad de que, si caes en manos de Blair nuevamente, sabrás defenderte. Y si quieres salvar a tus padres, tendrás que saber luchar. Blair no te lo pondrá fácil.

—Lo sé… —susurró la joven.

—Entonces, ¿estás dispuesta a que yo mismo sea quien te enseñe?

Inconscientemente, la mirada de Freya recorrió su torso. Y acabó asintiendo. Por fin estaba aceptando su destino. Y si para ello debía aprender a ser realmente una guerrera, intentaría no fallar a nadie, ni siquiera a sí misma.

—No será fácil…

La joven estuvo a punto de dar un paso atrás al sentir de repente cómo la fuerza manaba de él, sin embargo, misteriosamente logró mantenerse quieta.

—No me importa —admitió Freya en un susurro, como si temiera que alguien más la escuchara—. Quiero ser esa guerrera. Ya encontraré la luz que hay en mi interior…

Broc asintió y sonrió.

—Entonces mañana a primera hora comenzaremos a entrenar aquí.

—De acuerdo, pero no quiero tratos de favor.

Broc dejó escapar una sonrisa.

—Tranquila. Te trataré como una más de mis guerreros… Espero que no te arrepientas el primer día.

Y con una sonrisa misteriosa, Broc se alejó de ella para seguir entrenando contra aquel muñeco de madera. Y con el cuerpo todavía temblando por la emoción y el nerviosismo, Freya se giró y se marchó.

El día aún no había llegado cuando Broc ya estaba preparado y listo para dar comienzo con los entrenamientos de Freya. Una sonrisa apareció en sus labios al recordar el momento en el que la joven le afirmó que quería ayudarlo. Sabía que por una parte lo hacía para salvar a sus padres de las garras de Blair, pero en el corazón también tenía claro que lo hacía por él, por ayudarlo, porque había descubierto la máscara de su primo y quería tal vez vengarse por la humillación que le supuso descubrir que realmente no la quería y todo había sido un juego para él.

Desde que Freya se encontraba en el castillo había dejado de soñar con ella. Por primera vez en años, la joven no aparecía en sus sueños y no estaba seguro de que eso fuera una buena o una mala señal. Lo que sí tenía claro era que la deseaba y amaba más que nunca. No sabía cómo había sucedido, pero Freya había logrado que se enamorara de ella sin conocerla, sin tenerla presente y sin poder tocarla. Y ahora que estaba en carne y hueso tenía que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para mantenerse lejos y no asustarla, pues si esta se alejaba de él, no estaba seguro de poder seguir sin ella. Freya había estado en sus sueños en sus peores momentos, cuando sintió más miedo en toda su vida, cuando más necesitaba una mano amiga. Y ahora ella lo necesitaba para entrenar, para aprender a defenderse, para aprender a luchar. Y sería entonces cuando intentaría acercarse más a Freya. Su corazón no la amaba por lo que pudiera decir la profecía. A él no le importaban esas cosas, ni siquiera estaba obsesionado por la guerra. Tan solo la quería a ella. Había aguantado lo suficiente como para esperar a que ella apareciese. No podía dejar pasar esta oportunidad.

Broc anudó el cordón de su camisa y se miró al espejo. Recogió su pelo atrás en una pequeña coleta para evitar que este le molestara durante el entrenamiento. Iba a ser duro, pero si quería resultados en poco tiempo, así debía ser. Y estaba seguro de que Freya tenía la fortaleza suficiente como para aguantarlo.

Broc fue hacia la jofaina y echó agua en la palangana para lavarse la cara y las manos mientras en el horizonte querían aparecer las primeras luces del alba. Después se secó y, tras dirigir una mirada al espejo y ver el brillo en sus ojos negros, salió del dormitorio.

Una amplia y divertida sonrisa se dibujó en sus labios al ver que Thomas ya lo estaba esperando, y no con las manos vacías.

—¿Crees que nos matará después de esto? —preguntó su amigo levantando un cubo de agua y una sonrisa pintada en la cara.

Broc se tragó la carcajada para evitar llamar la atención de Freya, que seguramente seguía durmiendo.

—Sí, tal vez después de esto prefiera irse de nuevo con Blair e idear un plan para matarnos.

Thomas rio suavemente.

—Bueno, siempre hemos recibido así a nuestros nuevos guerreros. Si ella quiere ser una de nosotros, tiene que pasar por lo mismo.

Broc asintió y señaló el pasillo adelante con la cabeza.

—Vamos…

Ambos guerreros caminaron los pocos metros que separaban el dormitorio de Broc del de Freya en completo silencio para evitar despertarla, si es que no se había levantado ya. Broc fue el que llevó la mano al pasador y abrió despacio. Empujó ligeramente la puerta y cuando comprobó que la joven seguía en la cama, durmiendo, miró de reojo a Thomas y asintió.

El guerrero abrió la puerta por completo y ambos se dirigieron hacia el centro de la estancia. Mientras Thomas miraba a su alrededor con curiosidad, Broc no podía apartar la mirada de aquella mujer que aún descansaba, sumida por el sueño, en el centro de la cama. Broc dibujó sus facciones en su mente y deseó tener la suficiente confianza como para sentarse a su lado y despertarla con una caricia. No obstante, se conformó con mirarla desde los pies de la cama y las manos atrás, en la espalda, como si temiera no poder aguantar sus ansias de tocarla.

Freya dormía arropada hasta el cuello, aunque con su brazo izquierdo apoyado contra la almohada y la cabeza ligeramente girada hacia ese lugar, ajena a lo que la esperaba a los pies de la cama.

Cuando Thomas le dio una palmada en la espalda, Broc se sobresaltó, pues se había quedado embobado mirándola. Giró la cabeza en su dirección y vio cómo sonreía.

—Prefiero que seas tú quien haga los honores, amigo —dijo el guerrero—. Ayer ya me vio el culo y no quiero enfadarla más.

Con una sonrisa, Broc tomó el cubo entre sus manos y miró de nuevo a Freya. Sabía que iba a enfadarse. Y mucho. Pero Broc, sin apartar la mirada de ella, levantó el cubo y lanzó su contenido a la cara de la joven sin borrar su sonrisa.

Tal y como esperaban, Freya se despertó de golpe. Esta abrió los ojos y se incorporó, temerosa de estar siendo atacada, pero cuando escuchó las risas de los guerreros y logró apartar de sus ojos el agua, enfocó la mirada y los miró con auténtico odio.

Thomas se carcajeaba sin vergüenza alguna mientras que Broc intentaba esconder su sonrisa maliciosa y el cubo a su espalda.

—Pero ¿qué demonios hacéis? ¿Estáis locos? —vociferó la joven apartando las sábanas mojadas de su cuerpo y mostrando más carne de la que debería.

Durante la noche, se le había subido el camisón y dejaba a las vistas sus muslos desnudos, a los que Thomas intentó no mirar, pero que capturaron por completo la atención de Broc, que se quedó embelesado mirándolos.

—¿Así me devuelves que quiera ayudarte?

La voz de Freya lo sacó de su ensimismamiento y Broc logró reaccionar, mirándola a los ojos. En ellos vio reflejado el odio, pero se encogió de hombros con una sonrisa.

—No, así es como trato a mis hombres que no están antes que yo en el entrenamiento —respondió con voz más dura de lo que debería para evitar que ella notara su deseo.

Freya frunció el ceño y miró hacia la ventana, por donde podían verse ya los primeros rayos de luz en el horizonte. *Maldita sea*, pensó, se había quedado dormida. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía las piernas desnudas, pues la mirada de Broc volvió a descender de forma rápida hacia ellas. La joven bajó el camisón y los miró nuevamente con odio profundo.

—En cinco minutos te quiero en la sala de armas —dijo Broc con seriedad.

A su lado, Thomas sonrió pícaramente.

—O si quieres, hoy podemos entrenar en la cama, preciosa… —ronroneó el guerrero—. Puedo enseñarte muchas cosas.

Al instante, la mano de Broc lo golpeó en el hombro, haciéndolo gruñir.

—Bueno, Broc también puede enseñarte muchas cosas…

El aludido lo aferró de la ropa y lo empujó contra la puerta al tiempo que Freya reaccionaba y le lanzaba la almohada, que ni siquiera lo rozó, lo que provocó su risa.

Cuando la puerta se cerró tras los guerreros, Freya suspiró y se sentó en la cama. Las sábanas estaban mojadas por completo, por lo que habría que cambiarlas. Levantó una mano y tocó su pelo, también mojado, al igual que su rostro, que goteaba sobre el camisón.

La joven tocó sus sienes y suspiró largamente. Apenas había podido conciliar el sueño durante la noche al pensar en tener que pasar más tiempo con Broc para aprender a luchar. Y ahora que por fin había logrado dormirse, la despertaban con agua.

—Salvajes… —murmuró mientras se levantaba de la cama.

Con el pelo todavía goteando, Freya se quitó el camisón y lo dejó tirado en el suelo. No podía perder el tiempo, ya que tenía tan solo cinco minutos para llegar a la sala de armas. Y no quería decepcionar a Broc el primer día.

Con prisas, la joven se vistió y lavó su rostro, lo secó, apenas se peinó y casi voló hasta el piso inferior. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero estaba segura de que aún le sobraban al menos unos segundos de los cinco minutos. Freya corrió hasta la sala de armas, cuya puerta abrió de golpe, haciéndola chocar contra la puerta.

Mientras recuperaba el aliento, Freya miró al frente, a Broc y Thomas, que la miraron sorprendidos. En los ojos de Broc pudo ver la aceptación y cerró la puerta a su espalda.

Freya intentó que sus ojos no se dirigieran hacia el pecho de ambos hombres, que se habían desvestido y mostraban sus músculos en todo su esplendor, aunque el pecho de Broc era aún más imponente que el de su segundo al mando.

—Casi llegas tarde… —murmuró Broc, llamando su atención y obligándola a apartar la mirada de sus cuerpos—. Me dijiste que no querías tratos de favor.

Freya frunció el ceño y lo miró iracunda al tiempo que se aproximaba al centro de la sala, donde ellos estaban.

—No hacía falta tirarme un cubo de agua… —se quejó.

Thomas dejó escapar una risa.

—¿Tal vez prefieres mejor un cubo de excrementos?

Freya lo fulminó con la mirada.

—Se me están quitando las ganas de ayudaros a acabar con Blair.

Thomas torció la cabeza.

—Olvidas a tus padres…

Freya entornó los ojos.

—¿Siempre tienes respuesta para todo?

—Siempre, preciosa…

La joven resopló, enfadada y señaló el pecho de ambos.

—¿Hace falta que estéis sin camisa?

Broc esbozó una sonrisa.

—Solemos entrenar sin ella. ¿Te molesta?

Thomas sonrió a su lado y se cruzó de brazos.

—Tal vez tú también quieras quitártela… —sugirió mordiéndose el labio inferior.

Freya volvió a mirarlo malhumorada y lo señaló al tiempo que volvía sus ojos hacia Broc.

—¿Hace falta que él esté?

Thomas silbó y rio. Broc asintió, divertido.

—Él me ayudará a explicarte ciertos movimientos.

—Qué bien… —murmuró la joven, ganándose un guiño de Thomas.

Broc obvió las miradas que ambos se lanzaban y se dirigió hacia uno de los extremos de la amplia sala para coger una de las pequeñas cuerdas que había en el suelo, junto a una armadura. El guerrero tomó la cuerda entre sus manos y se dirigió directamente hacia Freya.

—Primera lección del día —comenzó diciendo—: jamás dejes tu pelo suelto para luchar. Alguien podría utilizarlo para desestabilizarte y acercarte a él.

Freya se quedó en el sitio, sin moverse, cuando Broc llegó junto a ella, la rodeó y se puso a su espalda. La joven lo miró de reojo y cuando vio que levantaba las manos hacia su pelo, intentó que no se notara el nerviosismo que le produjo sentir sobre ella sus poderosas manos. El guerrero tomó varios mechones de su pelo y le hizo una trenza a su espalda que ató con el pedazo de cuerda que había cogido del suelo.

La joven tembló cuando los dedos de Broc rozaron su cuello. Tuvo la ligera impresión de que el guerrero se detenía más tiempo del necesario en ese lugar, aunque pronto apartó los dedos, dejando una sensación de vacío que intentó que no se reflejara en su cara, ya que Thomas no apartaba su mirada de ella.

Cuando terminó, Broc carraspeó para alejar los pensamientos que habían acudido a su mente mientras pensaba en lo que podría hacer con ella y una cama, y se puso al lado de su segundo al mando.

—Bueno, quiero que aprendas todo lo que puedas sobre la lucha cuerpo a cuerpo, la espada, la

daga, el tiro con arco y, si podemos, con el hacha… También lo intercalaremos con otros aprendizajes importantes que ya veremos.

Freya enarcó una ceja, sorprendida e incapaz de creer que podría aprender todo sobre eso.

—¿Qué sabes sobre la lucha cuerpo a cuerpo? —le preguntó el guerrero.

Freya arrugó la frente y suspiró mientras ponía los brazos en jarras.

—Que lo importante es que pegar primero y evitar que te peguen.

Thomas escondió una sonrisa tras su mano mientras Broc sonreía ampliamente.

—Vamos a hacer una demostración.

El guerrero dio un paso al frente, acercándose a ella de nuevo.

—Golpéame —le ordenó.

Freya intentó que las manos no le temblaran.

—¿Perdón?

Broc puso los puños delante de su rostro para defenderse al tiempo que flexionaba las rodillas en posición defensiva.

—Vamos, golpéame, Freya.

Mirando a Thomas, que le hizo un gesto para animarla a hacerlo mientras se alejaba de ellos, Freya dio un paso al frente y a pesar de que no tenía ni idea de cómo golpearlo, apretó los puños con fuerza e intentó darle un puñetazo, que Broc logró esquivar con extrema facilidad, al tiempo que alargaba las manos hacia la joven y tomaba fácilmente sus muñecas.

Freya sintió la presión en sus muñecas y gimió de dolor cuando intentó soltarse, pues Broc la aferraba con fuerza extrema.

—Debes hacer algo para intentar soltarte, Freya —dijo Broc mirándola a los ojos al ver su desesperación por liberarse—. Blair no se dejará vencer fácilmente.

Durante unos segundos, la joven se quedó mirando fijamente a los ojos de Broc, que intentaban darle aliento para que intentara hacer algo y así desasirse de él. Por ello, levantó su pierna derecha y le dio una patada.

—Buen golpe, pero no ha hecho que te suelte —la animó el guerrero.

Al verla dudar de nuevo, Broc tiró de sus muñecas y la acercó a él. Soltó una de ellas y con la otra, rodeó su cuerpo y la puso de espaldas a él sin dejar de aferrarla.

—Si yo fuera Blair, ahora mismo ya estarías muerta.

Frustrada, Freya gruñó e intentó soltarse, pero en esa posición era mucho más complicado, especialmente al sentir el poderoso pecho desnudo de Broc contra su espalda. Un segundo después, este la soltó y dejó que se alejara de él para recuperar el aliento. Broc apenas mostraba signos de estar cansado mientras que ella no dejaba de resollar.

Freya recompuso su ropa, obligándose a serenar sus pensamientos y cuando Broc se alejó de ella en dirección a Thomas, este torció la cabeza.

—Tenemos mucho trabajo por delante.

—Pero también tenemos todo un día para empezar a trabajar —sentenció Broc.

CAPÍTULO 24

Freya gruñó con una mezcla de dolor y rabia cuando su cuerpo chocó una vez más contra el frío suelo de la sala de armas. Estaba segura de que al día siguiente todo su cuerpo sería de color morado por los golpes recibidos. E intentando que su orgullo no se magullara demasiado, se levantó más rápidamente que la última vez.

—¿No podemos parar unos minutos?

Broc enarcó una ceja.

—¿Parar? Llevamos tan solo dos horas de entrenamiento.

Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente.

—¿Dos horas? ¿Y acaso queréis matarme el primer día?

—Eres una exagerada, preciosa —intervino Thomas retorciendo sus manos, preparándose para el siguiente golpe.

Freya resopló, enfadada, y volvió a levantar sus puños, colocándolos como Broc le había indicado. Tenía la sensación de que ese simple movimiento era lo único que había aprendido en ese tiempo. Sin embargo, podía recordar a la perfección cómo debía moverse para esquivar los golpes que Broc le daba en ese momento. Freya lo miró a los ojos y movió la cabeza a la izquierda y derecha, sorteando los puñetazos que el guerrero intentaba propinarle. Y al ver cómo este sonreía ampliamente, Freya se dijo que al menos eso había logrado aprenderlo.

—Muy bien. Eres buena alumna… —la felicitó incorporándose para relajar un poco el cuerpo.

Inconscientemente, Broc llevó una mano a la barbilla de la joven y la acarició al tiempo que le habló, pero se dio cuenta enseguida de lo que había hecho y dio un par de pasos hacia atrás.

La joven no estaba segura de por qué, pero deseaba sentir de nuevo sus dedos en ella. Aquella mirada, a pesar de tener un abismo en su iris, le hacía sentir como en casa, como si ese lugar le perteneciera y hubiera crecido allí. Y a pesar de que no era así, Broc no le había demostrado lo contrario en ningún momento, pues todo lo que decía o hacía demostraba la familiaridad con la que la trataba, como si la conociera desde siempre. Aunque realmente era así.

—Tienes un buen manejo de los puños, así que vamos a introducir las piernas.

—No estoy segura de que sea lo mejor… ¿Y si lo dejamos para mañana?

Broc enarcó una ceja.

—¿Ya te estás rindiendo?

—¡No! Pero necesito parar unos minutos. Ni siquiera hemos comido o bebido nada.

Broc se cruzó de brazos y suspiró.

—Está bien. Pararemos unos minutos, pero primero quiero que aprendas otros movimientos. Y esta tarde entrenaremos los golpes con las piernas.

Freya chasqueó la lengua, pero aceptó.

—Uno de los ataques más fáciles contra una mujer, y que Blair seguramente te haría, sería llevarte las manos al cuello.

La joven sintió un escalofrío al pensarlo.

—¿Sabes qué tendrías que hacer si sucediera?

—¿Darle una patada?

Broc sonrió y negó.

—No.

Y antes de darle tiempo a pensar en otra opción, el guerrero se lanzó contra ella. Primero comenzó con varios de los movimientos que ya habían aprendido. Freya logró esquivarlos a duras penas, pues sentía tanta presión en los músculos de la espalda que sabía que necesitaba parar un momento, no obstante, continuó sin detenerse. Y en un movimiento estratégico, Broc logró girar sobre sí mismo y alargó la mano para aferrarla del cuello.

Y a pesar de que el guerrero no ejercía presión sobre ella, Freya sintió terror. ¿Y si en el futuro se veía en una situación similar? Broc la empujó contra la pared más cercana y simuló apretar con más fuerza su cuello. Inconscientemente, Freya llevó las manos hacia la muñeca de Broc, pero a pesar de la fuerza que ejercieron sobre ella, no logró apartarlo.

—Así no vas a conseguir nada, Freya —murmuró Broc acercando su rostro al de ella—. ¿Qué harías?

Freya levantó la pierna para intentar darle una patada en la entrepierna, pero Broc apartó el cuerpo a tiempo. Sin embargo, sus dedos seguían alrededor de su cuello.

—Si te encuentras en esta situación, debes golpear el cuello de tu enemigo. Justo aquí —Con la mano libre, Broc se señaló el cuello—. Ese golpe hará que te suelte, y cuando lo haga, golpéalo con fuerza en el rostro. No pienses el movimiento, solo golpea.

Freya asintió como pudo.

—Prueba a hacerlo. Golpéame.

Y a pesar de que Freya no quería hacerle daño, hizo lo que le dijo. Primero golpeó con su puño en la garganta de Broc, que lanzó un quejido de dolor. Y sin darle tiempo a recuperarse, la joven lo golpeó en la mejilla con todas sus fuerzas, arrancándole una exclamación.

—Vaya… ¿Estás segura de que no sabías pelear o es que me odias tanto que quieres matarme antes de terminar el entrenamiento?

Con una sonrisa satisfactoria, Freya se alejó de él y se frotó los nudillos.

—Es para devolverte el dolor de estas dos horas.

Broc sonrió.

—Sí, supongo que lo merezco —terció frotándose la mejilla—. Tienes estas horas libres hasta después del almuerzo. Esta tarde repetiremos varias veces estos movimientos hasta que los aprendas bien, y empezaremos con las piernas.

—De acuerdo. No es tan difícil como creía.

Thomas entonces rio.

—No cantes victoria tan deprisa. Esto es solo el comienzo y Broc está siendo demasiado condescendiente contigo.

Broc sonrió y guardó las manos en los bolsillos.

—Cuando aprendas los movimientos, los entrenamientos adquirirán tintes de lucha real —siguió Thomas—, así que prepara ese culito para recibir golpes. Yo no voy a ser tan bueno

contigo.

Freya resopló y salió de la sala sin responderle. Estaba tan cansada que prefería callarse y guardar energías para otro momento.

Cuando se quedaron solos, Thomas le dio una palmada en la espalda a Broc.

—Tienes una gran alumna, amigo.

Broc asintió con la mirada aún puesta sobre el hueco que había dejado la joven en la sala.

—Sí, aprende rápido. Estoy seguro de que, si Blair nos da tiempo como hasta ahora, Freya aprenderá a luchar y lograremos vencerlo.

Thomas lo miró fijamente y sonrió.

—¿Y tú? ¿Ya te ha vencido la muchacha? Se te cae la baba con ella.

Broc resopló y lo empujó.

—Se te nota demasiado que te gusta.

Broc puso los ojos en blanco.

—Eso es porque tú ya me conoces —respondió con voz queda—. Ella no se ha dado cuenta.

Thomas rio.

—Pues yo sí me he dado cuenta de cómo se ha sonrojado cuando le has recogido el pelo.

Broc lo miró por encima de su hombro mientras ordenaba de nuevo la sala.

—Te habrá parecido…

—No. Sé lo que he visto. Sé que se ha llevado una gran decepción con Blair.

—Y precisamente por eso jamás se fijará en mí —lo cortó Broc—. No querrá saber nada de los hombres.

—Tú le estás demostrando que eres diferente. Y siempre puedes ir a su dormitorio durante la noche…

El guerrero suspiró largamente y se encogió de hombros.

—No voy a forzarla a hacer algo que no desea. Yo no soy así. Pensaría que la quiero por la profecía. Y no es así. El tiempo lo dirá, Thomas.

Freya lanzó un gemido de dolor cuando sus huesos dieron contra el suelo por enésima vez. Estaba segura de que se había roto las costillas cuando logró recuperar el aliento, pero al ver que podía levantarse con facilidad, se dijo que harían falta unos golpes más para acabar con ella.

La joven giró sobre sí misma para alejarse de Broc, que volvía a lanzarse contra ella nuevamente.

Hacía ya casi tres horas que, tras el almuerzo, habían vuelto a entrenar y Freya tenía la sensación de que la comida aún se encontraba en su garganta y estaba a punto de expulsarla. Pero no le daría esa satisfacción a Thomas, que miraba el entrenamiento con una sonrisa. Ni siquiera se quejaba de que estaba a punto de desfallecer de nuevo a cada movimiento, pues sus músculos no hacían más que quejarse de ese entrenamiento al que no estaba acostumbrada.

Ya había visto la sonrisa irónica en sus ojos, y no estaba dispuesta a que se riera de ella otra

vez.

Freya se puso en pie y logró esquivar a tiempo un golpe de puño de Broc mientas movía sus pies con los nuevos movimientos que le habían enseñado respecto a las piernas. La joven levantó una de ellas y logró dar de lleno en el costado de Broc, que gruñó de dolor, provocando una sonrisa de Freya.

Sin embargo, la satisfacción le duró menos de lo que esperaba, ya que segundos después, Broc logró aferrar uno de sus brazos, giró sobre sí mismo y la levantó del suelo por encima de su hombro, haciéndola girar en el aire y cayendo de espaldas contra la fría piedra.

Freya sintió que había perdido el aliento por completo. Tosió con fuerza mientras giraba sobre sí misma lentamente, incapaz de ponerse en pie.

—No debes dar nada por sentado, Freya —gruñó Broc a su lado—. El hecho de que me hayas golpeado no quiere decir que lleves ventaja. Tu oponente siempre puede engañarte y vencerte con alguna artimaña.

Freya tosió un par de veces más antes de sentarse en el suelo y mirarlo. Broc se había agachado junto a ella y la miraba con los codos apoyados en sus fuertes muslos. Y durante unos segundos creyó que estaban completamente solos en la sala. No sabía si era del golpe o tal vez porque se había vuelto loca, pero se quedó embobada en su mirada y sintió la poderosa atracción que manaba de su pecho desnudo, deseando poder pasar sus dedos entre el escaso bello que lo cubría.

Freya asintió y, con su ayuda, se puso en pie. Antes de alejarse de ella, Broc vio cómo la joven apretaba los dientes con fuerza e intentaba disimular el dolor de su costado. Por ello, suspiró y le dijo:

—Creo que por hoy es suficiente. En los próximos días vamos a intentar aprender todo lo posible sobre la pelea cuerpo a cuerpo antes de saltar a otro tipo de entrenamiento.

—¿Y si pasamos directamente a la espada?

Broc la miró largamente, y a pesar de no poder leer sus pensamientos, actuó como si supiera lo que pasaba por su mente.

—Tus padres están bien. Podremos salvarlos a tiempo.

Freya tragó saliva.

—No sé si Blair logrará mantenerlos con vida antes de que podamos ir a por ellos. Quiero aprender todo cuanto antes.

Broc sonrió y puso las manos en sus hombros.

—Créeme. Si supiera que Blair tiene pensado hacerles daño, iríamos a por ellos. Aprender a luchar requiere de tiempo. Lo haremos lo más deprisa que podamos, pero tienes que aprenderlo bien. Te juro que iremos a por ellos.

Freya lo miró largamente, perdiéndose de nuevo en su mirada, y acabó cediendo.

—Está bien. Será como tú digas.

Broc se apartó entonces de ella y asintió.

—Descansa.

Durante los cinco días siguientes, Freya tuvo la sensación de que se le iban a caer los brazos en cualquier momento. Con el paso de los días, todos sus músculos comenzaron a protestar por la cantidad de ejercicio al que estaban siendo sometidos, pero Freya quería aprender rápido, y Broc no le daba tregua. Ni siquiera en ese momento en el que estaban a punto de saltársele las lágrimas.

Freya gimió cuando Broc apretó con más fuerza su brazo y lo retorció a su espalda.

—¿Qué harías en un momento así? —le preguntó el guerrero—. ¿Cómo liberarías tu brazo?

Freya rechinó los dientes, incapaz de encontrar una respuesta a esa pregunta mientras Thomas parecía divertirse a tan solo un par de metros de ellos.

—¡No lo sé! —vociferó.

Thomas puso los ojos en blanco.

—Tienes un brazo libre, úsalo.

Freya frunció el ceño y su mente trabajó a gran velocidad para pensar algo rápido. Al instante, probó lo primero que se le ocurrió. Empleando toda su fuerza, la joven apretó el puño libre y lo llevó hacia atrás para golpear a Broc en su entrepierna. Cuando lo escuchó gruñir y aflojó el amarre de su brazo derecho, Freya levantó su pierna derecha y lo golpeó en el pie. Y para seguir, la joven se giró con rapidez y le asestó un fuerte puñetazo en la mejilla que logró tirarlo hacia atrás.

Broc trastabilló, pero logró recuperarse a tiempo antes de caer al suelo. Cerca de él escuchó la risa de Thomas y una palmada de aprobación a Freya por ese movimiento. Cuando levantó la mirada, la posó sobre la joven que se masajeaba el brazo magullado mirándolo con una mezcla de dolor y orgullo por haber podido liberarse. Broc aprovechó ese momento para acariciar su mejilla e intentar recuperarse del golpe en su entrepierna, que, aunque no había sido del todo fuerte, sí le dolía.

—Me alegra saber que conoces la zona más sensible de un hombre —dijo Thomas con la diversión reflejada en la voz—. La aplicas en muchos de tus movimientos.

Freya sonrió levemente y se encogió de hombros.

—Cuando no sé qué hacer, empleo ese golpe maestro.

Broc sonrió y se acercó a ella. Le dio una palmada cariñosa en el hombro, pero al escucharla gemir de dolor y moverse, incómoda, supo que le había retorcido demasiado el brazo.

—¿Te duele?

La joven intentó disimular.

—No, estoy bien.

Broc la observó detenidamente, pero descubrió que apretaba demasiado los dientes y los puños, por lo que suspiró largamente y le dijo:

—Creo que hemos terminado por hoy. Mañana empezaremos a practicar con el arco. Le pediré a Farlan que nos haga una demostración. Es el mejor arquero que tenemos en el castillo.

Freya asintió y disimuló como pudo el alivio que le produjo saber que al menos al día siguiente no tendrían que luchar cuerpo a cuerpo, pues ese día no solo se había ganado un nuevo dolor en el hombro, sino un puñetazo en la mandíbula que el propio Broc le propinó sin querer después de que la joven no se moviera todo lo deprisa que debía. Y aún le dolía bastante.

—Perdona por el golpe —se disculpó el guerrero, como si le hubiera leído el pensamiento.

Freya frotó su mandíbula con suavidad y acabó encogiéndose de hombros.

—Te perdono solo porque creo que no me has desfigurado la cara. Si no, te las verías conmigo… He aprendido mucho… —bromeó la joven enseñándole los puños.

Broc esbozó una sonrisa y la vio marchar. Y sus ojos siguieron puestos en la puerta incluso cuando Freya hubo desaparecido por el pasillo. No fue hasta que Thomas le dio una palmada en la espalda que desvió la mirada hacia él.

—No sé si son cosas mías o vuestra relación ha mejorado bastante en estos días.

Broc sonrió y asintió.

—La tuya con ella también.

Thomas le devolvió el gesto pícaramente.

—Sí, pero no tanto. Yo sigo riéndome de ella cada vez que falla. Tú no. La apoyas, le enseñas todo lo que sabes, le tiendes la mano para que se levante del sueño… Y ella se ha dado cuenta de eso. Tendría que estar ciega como para no verlo. La veo más relajada a tu lado. Y ya no está en guardia como el primer día.

Broc suspiró.

—Sí, pero, de todas formas, eso no quiere decir nada; tan solo que no me teme.

—Bueno… de ahí a darse cuenta de que eres el único hombre que se ha enamorado de ella antes de conocerla hay solo un paso.

Broc sonrió y le dio un suave empujón a su amigo, que rio a carcajadas.

—Ella lo verá.

Thomas se despidió de él y lo dejó solo en la sala de armas. Broc recogió todo y suspiró largamente. A pesar de que era cierto que estaban más cerca, no podía evitar que toda su alma se encogía al sentirla lejos, al no poder abrazarla, al no poder tocarla ni besarla…

Estaba seguro de que sus hermanas se reirían de él al verlo tan enamorado de una mujer que no lo miraba como a un hombre cualquiera, sino como un medio para poder llegar a sus padres y liberarlos del yugo de Blair. Y eso le dolía.

Broc se agachó junto a la cuerda que había sujetado el pelo de la joven y que en los últimos movimientos había volado, dejando su pelo suelo. El guerrero lo apretó entre sus dedos y recordó el momento en el que el primer día de entrenamiento le hizo una trenza. A pesar de tratarse de un simple gesto sin importancia, le pareció tan íntimo que había podido sentir cómo su entrepierna se excitaba solo de pensar en enterrar su rostro entre sus mechones mientras acariciaba su cuerpo desnudo.

Freya acababa de darse un baño y se vistió con el camisón con la intención de meterse en la cama y dormir hasta que el nuevo día entrara de nuevo o tal vez hasta que su cuerpo dejara de protestar a cada movimiento suyo.

Desde que habían comenzado los entrenamientos, Freya dejó de bajar a cenar y le pidió a una de las sirvientas que le llevara algo de comer a su dormitorio, pues si tenía que bajar de nuevo al salón, la tendrían que subir en brazos por el cansancio. Y ahora, mientras masticaba un trozo de

fruta de la bandeja y miraba la oscuridad de la noche a través de su ventana, Freya no pudo evitar pensar en el dueño de ese lugar.

Había descubierto no solo que Broc era el mejor guerrero que había conocido nunca, sino que también era una persona con un corazón noble. Sabía que detrás de aquella fachada se escondía un hombre que había sufrido lo indecible durante años y que solo pretendía hacer honor a su familia asesinada. Pero no solo eso. Broc podría haberse aprovechado de ella durante esa semana, pero no. Había decidido mostrarle todo lo que sabía para convertirla en una guerrera capaz de defenderse por sí misma y que no tuviera la necesidad de ser protegida por nadie. Al contrario que Blair, que le había dejado claro en más de una ocasión que él estaba ahí para defenderla, por lo que no le hacía falta aprender nada.

Freya sabía que Broc podría pensar de ella que utilizaría esos conocimientos que él mismo le estaba dando para ponerse en su contra y traicionarlo, pero, aun así, no demostraba ningún rastro de esos pensamientos. Al contrario, siempre le daba más. Y ella no estaba segura de cómo poder devolverle todo el favor que le estaba haciendo.

A pesar de que se había metido en el papel de guerrero durante esos días con ella, Freya había visto el orgullo reflejado en sus ojos a cada pequeño paso que ella daba y era el mejor maestro que había tenido jamás, mostrando una paciencia digna de estudio. Y no pudo evitar sonrojarse al darse cuenta de que lo peor de esos días no era el ejercicio, sino el hecho de haber sentido demasiado cerca de ella su poderoso cuerpo, su cálido aliento, su voz… Todo en él rezumaba una increíble fuerza que jamás había visto en cualquier otra persona que hubiera conocido, ni siquiera en Blair.

Broc era un hombre seguro de sí mismo y de su gente, de sus planes, de sus ideales, incluso seguro de que ella lograría convertirse en una gran guerrera, algo en lo que ella era la primera en dudar. Pero Broc no. Él la animaba a seguir, tiraba de su mano cuando las fuerzas amenazaban con fallarle y parecía guiarla como un faro en la oscuridad. Y eso hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. Broc era la primera persona que conocía que creía en ella desde el principio, sin tan siquiera conocerla.

Freya parpadeó varias veces antes de que las lágrimas retornaran al lugar de donde habían salido. Se acercó a la bandeja y dejó caer los restos de fruta que le habían sobrado. Estaba tan cansada que no quería comer más, tan solo relajarse y dormir. Sin embargo, en el momento en el que caminaba hacia la cama mientras se quitaba los escarpines, alguien llamó a su puerta.

—¿Sí?

La persona que había detrás abrió la puerta y entró en el dormitorio. Freya no pudo evitar reflejar la sorpresa en sus ojos al ver allí a Broc con la camisa desabrochada y despeinado, como si acabara de darse un baño y se hubiera vestido con prisa.

—¿Pasa algo?

Freya creyó ver que en el rostro del guerrero se dibujaba una sonrisa tímida al tiempo que levantaba un bote con algo parecido a una crema.

—No, es solo que no puedo dejar de pensar en hoy te he hecho daño en el entrenamiento y quería ponerle remedio.

Freya creyó que iba a atragantarse con su propia saliva, sobre todo, cuando vio que Broc cerraba la puerta tras él y ambos se quedaban a solas en el dormitorio.

—No te preocupes. No es nada —logró decir al cabo de unos segundos.

Broc señaló su mandíbula.

—Se te ha hinchado un poco y se ha oscurecido la zona.

Freya levantó la mano para llevarla a la mandíbula y no pudo evitar una exclamación de dolor. Había intentado olvidar el daño en ese lugar y en el hombro, pero sabía que, si no hacía algo, podría ir a peor.

—Este es un remedio de árnica que me enseñó mi padre durante nuestros primeros entrenamientos. Es muy buena para el dolor.

Freya asintió.

—De acuerdo, déjala sobre la mesita y ahora me la extiendo yo. Seguro que tú tienes muchas cosas que hacer…

Broc negó con la cabeza.

—No. Yo te he golpeado y yo seré quien lo cure —afirmó con seguridad.

Las manos de Freya temblaron ante la idea de que la tocara, pero al no ser capaz de encontrar más palabras para negarse, acabó asintiendo.

—¿Cómo está tu hombro?

Freya quiso decir que ya estaba bien para evitar que lo tocara, pero a un simple movimiento, su rostro en arrugó, demostrando que no estaba del todo bien.

—Bueno, aún me duele.

Broc asintió con seriedad y señaló la cama, provocando que la joven estuviera a punto de dar un respingo por el nerviosismo que le producía estar a solas con él y con una cama tan cerca de ellos. ¿Por qué demonios se tenía que alterar tanto en su presencia? Era un hombre como cualquier otro que hubiera conocido. Bueno, como cualquiera no. Era excepcional. E increíble.

—Siéntate.

La orden, dada con naturalidad y amabilidad, sonó tan contundente en su garganta que Freya tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para evitar caerse ante él, pues sus piernas parecían haberse convertido en gelatina.

Con cierta dificultad, Freya se dirigió a la cama y se sentó en el borde. Al instante, Broc se dirigió hacia ella y se sentó a su lado, tan cerca que el olor a lavanda del guerrero llegó a su nariz, y la golpeó aún más fuerte que un puño.

En silencio, Freya miró las manos de Broc, que abrieron el bote con facilidad. De él subió un aroma suave, no del todo agradable, pues le recordó ligeramente al olor del tabaco, aunque no tan fuerte. Su color, ligeramente amarronado, le hizo arrugar la frente y se preguntó si era él quien hacía esa crema o tal vez era alguna curandera del clan.

—¿Qué hace exactamente este ungüento? —le preguntó para romper el silencio.

Broc levantó la mirada y la clavó en sus ojos verdes.

—Debería bajar esa inflamación y calmar el dolor.

Freya asintió y dejó que Broc metiera un par de dedos en el bote y lo llevara hasta su mandíbula. La joven intentó disimular su nerviosismo y apretó con fuerza sus puños contra sus rodillas, como si así pudiera evitar cualquier sentimiento que pudiera producirle el tacto del guerrero.

—Lamento haberte golpeado —le dijo antes de posar sus dedos en la hinchazón—. No era mi intención hacerte daño.

La joven se sorprendió por la suavidad con la que Broc extendía aquella extraña crema y frotaba con delicadeza hasta que la piel terminó de absorberla. Después, repitió el mismo patrón de nuevo en ese lugar, como si temiera alejarse de ella con tanta rapidez. Y esta vez más despacio, el guerrero la extendió sin poder apartar sus ojos de ella. Freya se sintió como metida en una especie de embrujo del que no podía apartarse, ni siquiera cuando los dedos de Broc se quedaron quietos y sostenían su barbilla con delicadeza. La joven sabía que debía decir algo, pero estaba tan petrificada que apenas podía moverse, mucho menos hablar.

Sentía muy cerca de ella el aliento del guerrero y cuando vio cómo este se relamía el labio muy despacio, se dijo que debía reaccionar. Freya se obligó a parpadear y se alejó unos milímetros.

—Me duele menos. Gracias —murmuró.

Broc, que aún parecía estar envuelto en ese embrujo, se limitó a asentir y llevó la mirada hacia el bote.

—Me queda el hombro…

Freya boqueó varias veces, intentando pedirle que se marchara antes de que ella cometiera el mayor de los errores, pero no pudo decir nada. Al contrario, asintió y, con dedos visiblemente temblorosos, desanudó el camisón y apartó la tela, dejando al desnudo su hombro.

—Te has ensañado esta tarde… —bromeó intentando aparentar una calma que no sentía.

La rigidez de su cuerpo fue en aumento y casi podía palparse en el resto del dormitorio, sobre todo, cuando Broc metió de nuevo los dedos en el bote y extendió la crema en su hombro. Intentó no temblar, aunque no pudo evitarlo, y giró la cabeza en otra dirección para que sus sentimientos no fueran tan evidentes.

—Supongo que me vencen las ganas de enseñarte todo… —respondió con calma sin darse cuenta del doble sentido de lo que había dicho.

Las mejillas de Freya se sonrojaron y carraspeó al tiempo que Broc era consciente de lo que había dicho.

—De enseñarte todo lo que sé… —se corrigió.

—Sí, sí, me lo imaginaba… —respondió la joven.

En ese momento, Broc levantó la mirada hacia ella y vio su sonrojo.

—¿Por qué…? —se aclaró la garganta—. ¿Por qué estás tan tensa?

Porque tú me pones así, quiso responderle, sin embargo, se encogió de hombros, haciendo que los dedos de Broc bajaran por su brazo y rozaran más piel de la que deberían, robándole por completo el aliento y la cordura.

Sin pensar en lo que estaba haciendo, Freya clavó su mirada en la negrura de sus ojos y se acercó a él lentamente, que se mantuvo en el sitio, completamente quieto y esperando su siguiente movimiento. Y cuando Freya vio que de nuevo el guerrero se relamía lentamente, acortó la poca distancia que los separaba y unió sus labios a los de Broc.

Cuando no hubo más que aliento entre ellos, Freya sintió como si una poderosa corriente eléctrica se deslizara entre sus labios, recorriera su cuerpo y volviera a salir por su boca, obligándola a besarlo con más profundidad. Broc intentó mantener una quietud que le costaba

horrores contener. Deseaba atraerla hacia él, besarla hasta la saciedad, tumbarla sobre la cama y hacerla suya durante toda la noche. Sin embargo, no quería asustarla y la besó con ternura. Llevaba años deseando ese momento y a pesar de que ambos parecían estar tensos, era aún más increíble de lo que había imaginado.

La mano del guerrero subió hasta la nuca de la joven cuando creyó que Freya pretendía alejarse de él y romper ese momento. Giró un poco más la cabeza para hacer más profundo ese beso y gimió cuando la lengua de la joven bailó dentro de su propia boca, buscando la suya.

Broc estuvo a punto de tirar el bote al suelo para aferrar su rostro con ambas manos, pues lo soltó sobre sus piernas y la atrajo más hacia él al tiempo que mordía levemente el labio inferior de Freya, que gimió. Las manos de la joven fueron directamente hacia su pecho y enredó los dedos en el cordón que llevaba desatado, dejando entrever su pecho.

Broc sintió cómo su cuerpo reaccionaba a ese contacto con ella. Y cuando creyó que iba a perder contra su propia lucha interna, Freya se alejó de él y se levantó de la cama totalmente nerviosa.

—Lo siento… —se disculpó—. No quería… Bueno, sí quería, pero…

Las palabras se le enredaban en la lengua, incapaz de hablar, pero Broc se levantó de la cama y sonrió, mostrando el abultamiento en su pantalón que hizo sonrojar aún más a Freya.

—Yo no lo siento —afirmó dirigiéndose a la puerta—. Yo habría seguido hasta hacerte mía.

CAPÍTULO 25

Freya gimió de forma lastimera cuando los primeros rayos de luz aparecieron en el horizonte, y se tapó como pudo con la almohada, como si así pudiera olvidar lo sucedido la noche anterior. ¿Cómo demonios iba a mirar a Broc a la cara después de haber perdido por completo la cordura y haberse atrevido a besarlo? Y lo peor de todo no era lo que ella había hecho, sino que él había respondido a su beso con el mismo ímpetu. Se estaba volviendo loca. Sí, tenía que ser eso. Ella no era una persona dada a fijar su mirada en un hombre y dos semanas después en otro. No era así y siempre juró que jamás lo sería. Sin embargo, Broc poseía una fuerza que la atraía de forma irremediable.

Freya lanzó un resoplo y apartó toda la ropa que la cubría mientras recordaba cómo su entrepierna había palpitado casi dolorida por la necesidad de ser acariciada por Broc. La joven tiró el camisón a un lado y movió el hombro intentando pensar en otra cosa que no fuera en Broc, y sonrió al comprobar que no le dolía. Casi corrió hacia el espejo y cuando vio que la hinchazón de su mandíbula había desaparecido, solo pudo agradecer mentalmente a Broc por ese ungüento.

Broc… Otra vez él. Mientras se vestía y peinaba con una trenza en su espalda, Freya pensó en que al menos ese día no sobrecargaría tanto sus músculos, ya que el tiro con arco era más suave que la lucha cuerpo a cuerpo.

Y cuando estuvo lista, salió en busca de los guerreros. Jamás imaginó que disfrutaría tanto aprendiendo la lucha de esa época. Y se dijo que poco o nada tenía que ver con la esgrima que ella había practicado, y estaba segura de que tan solo le serviría el juego de pies una vez se iniciaran en el arte de la espada.

Pero en ese momento, centró sus pensamientos en ese día, no en el futuro. No podía permitirse pensar en otra cosa que no fuera en aprender a luchar cuanto antes para ir a liberar a sus padres. Y lanzó un pensamiento hacia ellos para intentar que les llegara con el viento.

—Ojalá estéis bien… —susurró bajando las escaleras.

Se preguntó si tal vez Blair les habría hecho pagar de alguna manera el hecho de que ahora estuviera en manos de Broc, pero algo le dijo que no, que seguían aguantando hasta que fueran liberados.

Cuando Freya abrió la puerta de la sala de armas, los tres guerreros estaban ya dispuestos a comenzar con el entrenamiento.

—Vaya, estaba empezando a pensar que debíamos despertarte con un cubo de excrementos… —bromeó Thomas.

Freya lo miró con una sonrisa irónica. Desde que lo conocía, su percepción sobre él había cambiado por completo. La primera vez que lo vio sintió pavor ante la idea de que la matara, pero ahora había descubierto que se había formado una mala idea sobre él y que era tan bondadoso como Broc a pesar de molestarse en intentar mostrar de él una imagen salvaje y feroz. Y contra todo pronóstico, lo consideraba un amigo.

—Mejor deberías decir que quieres entrar en mi dormitorio para verme desnuda… No para despertarme.

Thomas lanzó una carcajada, pero levantó las manos en señal de paz cuando Broc le envió una mirada cargada de ironía.

—Me sorprende ver que aún conserves los brazos, muchacha —fue lo primero que le dijo Farlan—, sobre todo, sabiendo que es Broc quien te enseña a luchar.

Freya torció la cabeza.

—No creas lo que ves. Estoy molida por dentro.

El guerrero sonrió y levantó su propio arco. No se había dado cuenta, pero los ojos de Freya se dirigieron hacia la espalda de Farlan, donde colgaba un carcaj con varias flechas esperando ser disparadas.

—Creo que deberíamos empezar por comprobar cómo está tu puntería…

Freya asintió y a pesar de la vergüenza que sentía al tener allí a Broc, la joven levantó la mirada hacia él y descubrió que la observaba fijamente, como si intentara entrar en sus pensamientos, y en ese momento, se sonrojó. Los labios del guerrero le habían parecido demasiado calientes, algo que deseó poder probar de nuevo. Sin embargo, carraspeó y se obligó a fijar su mirada en Farlan, que, ajeno a lo que pensaba, colocaba la diana en la esquina más lejana de la sala.

—He traído este arco más pequeño para ti —La voz ronca de Broc la sobresaltó, pues creía que no iba a hablarle ese día—. Es el que mi padre le hizo a una de mis hermanas.

Los ojos de Freya se abrieron desmesuradamente.

—¿En serio? No puedo aceptar algo así… —se negó a cogerlo.

Sin embargo, Broc insistió, tendiéndoselo.

—Desde que murieron, soy yo quien decido a quién regalar sus cosas. Y quiero que su arco sea tuyo.

Dudando, Freya lo miró y descubrió que era realmente precioso. La madera estaba muy bien trabajada, haciendo un dibujo florar a lo largo de todo el arco. Sin lugar a dudas, era el arco más bonito que había visto en toda su vida. Finalmente, alargó la mano y lo tomó. Sus dedos rozaron la mano de Broc, y volvió a sentir lo mismo que el momento en el que lo besó.

—Bueno, comencemos —intervino Farlan tendiéndole un carcaj con flechas.

—No estoy segura de que logre ser una experta con el arco. Nunca he tenido puntería…

El guerrero sonrió al tiempo que Broc y Thomas se alejaban de ellos para mirar bien la toma de contacto.

—Eso lo veremos ahora… Lo primero que debes saber es que tienes que aferrarlo con fuerza. Aunque sientas que la presión del arco va a partirte el brazo, no lo sueltes. Y desde luego, mucho menos la flecha hasta que no apuntes a tu objetivo. Y si no quieres matar a alguien, no lo apuntes. Se te puede soltar la flecha sin querer y matarlo. Lo digo ahora por mí…

Farlan le guiñó un ojo y se puso en posición. El guerrero tomó una de las flechas de su carcaj y cargó el arco. Al instante, apuntó contra la lejana diana y dio en el clavo.

Freya silbó y torció la cabeza.

—Mi flecha no creo que se le acerque…

—Prueba —la animó Farlan apartándose.

La joven tomó una de las flechas del carcaj que se había colgado en la espalda. Respiró hondo y la colocó en el arco de la misma manera que había visto a Farlan, aunque tardó unos segundos

más en tenerlo listo. Después, haciendo caso omiso al dolor de sus músculos, Freya tensó el arco al tiempo que lo levantaba. Tenía las rodillas ligeramente dobladas y los pies separados para mantener el equilibrio. Respiró hondo varias veces y cerró un ojo para intentar apuntar bien.

—No sueltes la flecha hasta que no estés segura de tu objetivo —dijo Farlan con suavidad.

La joven llenó sus pulmones de nuevo y, reteniendo el aire, soltó la flecha. Como si esta tuviera vida propia y no estuviera de acuerdo con el objetivo que ella se había marcado, voló por encima de la diana y terminó clavándose en el centro del pecho del muñeco de madera contra el que había estado luchando Broc días antes.

Freya soltó el aire de sus pulmones lentamente, consciente de que había fallado de forma casi humillante. Cerca de ella, Broc y Thomas se mantuvieron callados, esperando a que fuera Farlan quien rompiera el silencio.

—Bueno… —comenzó diciendo lentamente—. No está mal… Realmente le has dado al pecho del muñeco.

Freya lo miró enarcando una ceja.

—Se supone que he apuntado al lado de tu flecha…

El guerrero intentó mantener la expresión seria, pero Thomas y Broc se lo pusieron difícil, ya que rieron por lo bajo, ganándose una mirada furibunda de la joven.

—Si os vais a reír de mi puntería, me voy… —los amenazó.

Sonriendo, Farlan se acercó a ella.

—Has dudado con el brazo que sostiene el arco, Freya —le explicó en tono conciliador—. Eso ha hecho que, en el momento de soltar la flecha, esta se haya desviado hacia arriba. Pero no pasa nada. Es la primera vez que disparas, y aquí estamos para aprender.

Freya asintió y les dedicó una mirada malhumorada a Broc y Thomas. Este último le guiñó un ojo mientras que Broc se atusaba la barba mientras se mordía el labio inferior al tiempo que la miraba de arriba abajo. ¿Por qué demonios tenía esa maldita manía que lo hacía irresistible? ¿Y qué demonios estaría pensando mirándola de esa manera? Freya sacudió la cabeza y se obligó a escuchar las indicaciones de Farlan, que le explicaba todo con suma paciencia, un carácter que jamás habría esperado por su parte.

Ambos pasaron el resto del día, salvo al mediodía, entrenando con el arco. A medida que pasaba el día, Freya iba habituándose más y más al manejo de esa arma y poco a poco fue mejorando su puntería. Farlan le daba consejos muy buenos para evitar que la flecha se le fuera hacia arriba o al lado y ella, que estaba hambrienta por aprender, los bebía todos. Y cuando al finalizar el día Freya movió el brazo con gesto dolorido, Farlan sonrió. Se encontraban solos en la sala de armas, pues Broc y Thomas habían decidido marcharse para comprobar que todo estuviera en orden en sus tierras.

—Creo que es suficiente por hoy. Si no, mañana no podrás mover el brazo.

Freya sonrió y asintió.

—Sí, por favor. No puedo más.

El guerrero la miró mientras apoyaba el arco en el suelo y ella hacía estiramientos para desentumecer los músculos de su espalda y brazos.

—Quería darte las gracias en nombre de todos los guerreros de Broc.

Aquellas palabras la dejaron de piedra. Freya dejó de estirar y lo miró fijamente.

—¿Por qué?

—Porque es muy importante para nosotros lo que estás haciendo. Podrías fingir que te importamos, pero quedarte quieta y no ayudarnos. Y, por el contrario, estás haciendo lo posible por aprender a luchar en el menor tiempo posible. No te importa quedar dolorida al final del día y, por lo que me ha dicho Thomas, te estás tomando muy en serio la lucha cuerpo a cuerpo.

—Bueno, no solo lo hago por vosotros, la verdad —admitió—. También quiero salvar a mis padres.

Farlan sonrió y negó con la cabeza.

—No todas las mujeres deciden mancharse las manos para salvar a los suyos. Otras prefieren que los guerreros hagan su trabajo. Tú quieres hacerlo y ser parte activa en esto, Freya. Tienes un buen corazón, muchacha. El fuego y la luz moran en ti. Podrás ser mejor o peor arquera, pero tienes corazón de guerrera. Si fuiste elegida para esto, no fue casualidad, sino porque el destino sabía que serías la mejor.

Con lágrimas en los ojos, Freya se lanzó a sus brazos.

—Gracias. Está siendo muy duro. No te imaginas el bien que me han hecho tus palabras.

Con el cuerpo totalmente tenso, Farlan rodeó su cintura y la estrechó contra él, sin embargo, la soltó pronto, pues no quería ni imaginar lo que diría Broc si lo viera en esa tesitura.

—Intenta no contarle a Broc que me has abrazado… Quiero seguir conservando mis brazos…

Freya sonrió y asintió.

—Gracias.

Farlan le sonrió fugazmente y se alejó de ella para recoger las flechas que estaban clavadas en la diana o bien habían acabado clavadas por encima de esta. La joven dejó el arco en una esquina para entrenar otro día y, tras despedirse, se marchó.

Aún sentía el corazón encogido por las palabras de Farlan. No podía creer que estuviera descubriendo el corazoncito en cada uno de los guerreros de Broc. Hasta ahora le habían dedicado buenas palabras y le habían demostrado que la aceptaban entre ellos como a una más. Y por primera vez en su vida sentía que por fin encajaba en un lugar sin la necesidad de caerles bien. Siempre había hecho lo que fuera por encajar, por caer bien a los demás, pero al haber empezado con ellos de esa forma tan abrupta y pensando que eran el enemigo, su amistad había surgido de una manera muy diferente. Y tal vez por eso se sentía parte de aquel grupo.

Dos días después, Freya no había vuelto a ver a Broc. No estaba segura de que todo estuviera tranquilo en sus tierras, por lo que había preguntado a Farlan en más de una ocasión, pero este apenas le daba información. Tan solo le dijo en repetidas ocasiones que estaban vigilando los movimientos de Blair para impedir que los atacara por sorpresa. Pero no acababa de creerlo.

Durante esos dos días, había practicado el tiro con arco con Farlan y este por fin le dio la enhorabuena cuando dio por primera vez en la diana.

—¡Vaya! ¡Muy bien!

Una sonrisa se dibujó en los labios de la joven, pues estaba cansada de practicar todo el día y

por fin había logrado mejorar.

—Bueno, no cantes victoria tan deprisa, Farlan —le pidió—. Tal vez ha sido suerte, nada más.

El guerrero se encogió de hombros y pasó una mano por su pelo moreno. Sus ojos marrones brillaron de picardía.

—Prueba de nuevo y lo veremos…

Freya asintió y tensó de nuevo el arco. El brazo le tembló por el cansancio, pero se dijo que en medio de una batalla no había cansancio posible y debería seguir adelante. Por ello, respiró hondo, se mantuvo quieta y soltó. La flecha acabó justo al lado de la anterior.

—¿Suerte? No lo creo… —dijo el guerrero con la voz tomada por la risa—. Has mejorado mucho.

Freya sujetó el arco contra su pecho y sonrió ampliamente. No podía creer que hubiera mejorado tanto en tan poco tiempo, pero estaba realmente orgullosa de sí misma. Jamás había tenido puntería, pero Farlan era un maestro buenísimo que le había enseñado todos sus trucos para que aprendiera cuanto antes. Y no podía estar más feliz por ello. Su pecho se llenó de orgullo y le tendió el carcaj cuando se lo pidió para descansar.

—Por hoy ya hemos terminado. Puedes marcharte.

—¿Cuándo volverá Broc?

Farlan suspiró.

—No lo sé. Cuando se marcharon, no dijeron cuándo regresarían. ¿Por qué? ¿Lo necesitas para algo?

Al instante, Freya negó con la cabeza.

—No, no —se apresuró a decir—. Es solo que me parece extraño que duerman al raso. Podrían venir aquí y marcharse al amanecer.

—Broc es así. Y quiere que haya seguridad en el castillo.

Freya asintió y vio cómo Farlan se dirigía hacia la puerta, aunque se giró hacia ella para esperarla.

—¿No vienes a cenar?

Freya dudó.

—No tengo hambre. Me gustaría quedarme aquí para entrenar la lucha cuerpo a cuerpo con el muñeco.

Farlan sonrió.

—¿No estás cansada?

—La verdad es que sí, pero no quiero que se me olvide lo aprendido.

—Está bien. Será como desees… Ten cuidado.

Freya asintió y suspiró cuando la puerta se cerró tras el guerrero. Lo que más le apetecía en ese instante era subir a su dormitorio para descansar, pero si Broc era capaz de estar varios días al raso vigilando sus tierras en busca de alguna señal de ataque de Blair, ella también podía seguir luchando hasta que su cuerpo cayera extenuado por el cansancio.

Antes de comenzar, la joven se dirigió hacia una pequeña mesa donde había agua. Se llenó un

vaso y lo bebió lentamente disfrutando de la belleza de esa sala, con sus increíbles y enormes ventanas con vidrieras. Hasta ese momento no había tenido un instante en el que poder concentrarse en los dibujos que formaban las vidrieras, pero una sonrisa se dibujó en sus labios cuando vio que en las tres ventanas había tres guerreros. Uno de ellos sostenía una espada; otro tenía un arco y el tercero, una daga en cada mano. Eran dibujos realmente preciosos, sin duda realizados con el buen gusto que había demostrado tener el padre de Broc.

Durante varios minutos, Freya se sentó en el suelo y admiró las espadas y todas las armas a su alrededor. Desde que era pequeña odiaba la guerra. Siempre había sentido miedo al pensar en vivir una de cerca, pero jamás creyó que sería una de las piezas clave en esa guerra. Y se dio cuenta de que a pesar de que había pasado poco tiempo desde que estaba en ese castillo, seguía sin saber qué tenía que hacer. Aunque tenía la sensación de que su alma, escondida en algún lugar recóndito de su corazón, sentía algo especial cuando luchaba, cuando tomaba el arco entre sus manos y disparaba, cuando cerraba los puños y se lanzaba contra Broc o Thomas…

Freya suspiró y se levantó del suelo cuando se dio cuenta de que llevaba más de una hora sentada y mirando todo a su alrededor. Sus músculos se quejaron al levantarse y se obligó a reunir toda su fuerza de voluntad para mantenerse en pie en lugar de girarse y correr hacia su dormitorio para dormir.

La joven colocó el muñeco de madera en el centro y, tras mirarlo durante unos segundos, levantó los puños en posición de defensa y ataque. Recordó todos y cada uno de los golpes que Broc le había explicado y los usó contra el muñeco, que crujía ligeramente cada vez que lo golpeaba.

Y cada vez que sabía que había errado en uno de los golpes y dejaba algún flanco de su cuerpo al descubierto, chasqueaba la lengua, paraba un segundo y seguía adelante.

El tiempo fue pasando sin que se diera cuenta de ello. Ni siquiera fue consciente de que el castillo poco a poco se fue quedando en silencio y de que era a única en él que aún seguía despierta. Tampoco se dio cuenta del momento en el que la puerta de la sala de armas se abrió lentamente.

Freya estaba tan concentrada en el muñeco que tenía frente a ella y en los movimientos que realizaba contra él que no era consciente de la mirada negra que la observaba desde la jamba de la puerta con media sonrisa dibujada en los labios. La joven golpeaba al muñeco tanto con los puños como con los pies. Lo pateaba de un lado, de otro, moviéndolo, amenazando con tirarlo al suelo. Y cuando su lado derecho quedó expuesto en uno de los golpes, una voz ronca la interrumpió, sobresaltándola:

—Tu enemigo podría clavarte una daga en tu costado derecho ahora mismo.

Freya dio un salto a un lado y se giró hacia la puerta con los puños aún en alto, como si temiera ser atacada en ese instante. Sin embargo, dejó caer los brazos cuando vio que la persona que le había hablado era Broc y no un enemigo real.

El guerrero estaba apoyado contra la jamba de la puerta y la miraba con la cabeza ligeramente inclinada hacia la izquierda, por lo que solo veía el lado derecho de su rostro.

—¡Broc! —exclamó antes de mirar al muñeco—. Yo… he terminado mi entrenamiento con Farlan y he creído conveniente quedarme a entrenar.

El guerrero sonrió y asintió.

—Me lo ha contado cuando nos ha visto llegar. De hecho, ha sido él quien me ha dicho que estabas aún aquí.

—Espero que no te moleste… —dijo con cuidado. Hacía tantos días que no lo veía que ahora se sentía de nuevo extraña frente a él.

Broc negó con la cabeza y dejó su postura para acercarse a ella.

—Pero déjame decirte que sigues dejando libre tu flanco derec…

—¡Tu frente! —lo cortó la joven cuando vio su rostro completo.

El lado izquierdo de su cabeza goteaba sangre aún fresca y acortó la distancia con él para mirarlo de cerca.

—Esto no es nada —dijo con voz suave.

Freya frunció el ceño.

—¿Cómo que no? ¡Tienes una herida en la frente!

La joven tomó su rostro entre sus manos y lo observó, aunque con la poca luz de las antorchas apenas podía ver con claridad.

—¿Cómo te la has hecho?

Broc suspiró e intentó no dejarse llevar por el tacto de la joven contra su piel, pues a pesar de que le sujetaba la barbilla y tenía la barba de por medio, podía sentir claramente su piel.

—Una escaramuza… Había varios hombres de Blair cerca del castillo.

Freya se estremeció al escucharlo, pero logró recomponerse a tiempo. Si Blair se estaba acercando al castillo tal vez era porque estaba planeando atacar cuanto antes.

—¿Los habéis matado?

Broc negó.

—Han escapado. Pero han logrado herir a mi caballo y me ha tirado al suelo.

—Pues hay que curarla…

Broc negó.

—No es nada…

Freya puso los ojos en blanco y los brazos en jarras.

—Broc MacNab, esa herida hay que limpiarla y curarla —empezó diciendo con tono de madre preocupada—. Así que no me enfurezcas y vamos ahora mismo a las cocinas para ello.

El guerrero estuvo a punto de negarse nuevamente, pero a una mirada de la joven, sonrió y asintió.

—Está bien, pero solo porque creo que temo tu furia más que a la de mi primo…

Freya esbozó una sonrisa triunfante y lo tomó del brazo con familiaridad para arrastrarlo a las cocinas. Broc se dejó llevar, disfrutando de ese pequeño momento de intimidad con ella. Era la primera vez en días que la veía y a pesar de encontrarla realmente cansada, pues su rostro así lo demostraba, la notaba más hermosa que nunca. Durante los minutos en los que la estuvo observando en la sala mientras entrenaba, la vio diferente. Tenía la sensación de que se aproximaba a ser la guerrera que él había visto en sus sueños, como si toda ella rezumara fuerza por cada poro de su piel. Y nadie más que él se alegraba de que al fin hubiera encontrado ese

poder que habitaba en ella.

—Estos días he estado preocupada —dijo la joven interrumpiendo sus pensamientos mientras entraban en las cocinas y lo soltaba.

Broc sintió un gran vacío al ver que se alejaba para preparar lo necesario para curar su herida y él se dirigió hacia una de las sillas para sentarse. Se sentía tremendamente cansado, pero Freya parecía darle fuerza y ánimo con su sola presencia.

—¿Por qué? —le preguntó cuando se dejó caer contra la silla.

—Porque Farlan me daba largas y no respondía con la verdad. Creía que habíais marchado a luchar y no habíais dicho nada.

Broc clavó su mirada en ella.

—¿Y de verdad eso te preocupaba?

La joven frunció el ceño mientras dejaba una botella de whisky sobre la mesa y doblaba un paño para mojarlo en agua y limpiar la zona.

—Pues claro que sí —admitió ya con más vergüenza—. Me habéis tratado mucho mejor de lo que esperaba. Me estáis enseñando a luchar y… bueno… sois mis amigos, ¿no?

Broc asintió y apretó los puños cuando la joven se quedó de pie entre sus fuertes piernas limpiando su rostro. El guerrero se dijo que tan solo necesitaba cerrar las piernas para que la joven se quedara atrapada y no pudiera moverse. Solo así podría acariciarla y besarla, como días atrás.

—¿Y solo por eso te has preocupado o por algo más? —preguntó con la voz ronca por el deseo.

Freya intentó hacer caso omiso a ese tono y siguió limpiándolo, mostrándose fría… si es que podía. ¿Por qué demonios tenía que ser tan guapo, atractivo y condenadamente sexy? Apretó el paño con fuerza y lo hundió en el balde con agua una vez más. Esa noche necesitaría un baño de agua fría. Lo más fría posible.

—Yo… no quiero que Blair os haga más daño del que ya os ha hecho.

Broc asintió en silencio, sin embargo, Freya sintió cómo las manos del guerrero se aproximaban a sus piernas y se maldijo a sí misma. ¿Por qué no se había colocado detrás de él o a su lado para curarlo en lugar de entre sus piernas? ¿En qué demonios había estado pensando? Lo había hecho con total naturalidad, sin pensar en nada más que en curarlo, pero ahora que lo veía desde otra perspectiva tenía la sensación de que se había equivocado, pues notaba la fuerza que rezumaba de él. Y a pesar de que su cabeza deseaba lo contrario, su cuerpo clamaba por sentir ese frenesí.

Freya tragó saliva ruidosamente e intentó centrarse en la herida. Broc siseó cuando el paño mojado en el whisky se posó sobre la herida de su frente.

—No hemos hablado aún del beso del otro día —ronroneó Broc al cabo de unos segundos.

El respingo que dio la joven ante la mención de ese momento estuvo a punto de hacerla tirar el paño al suelo y correr lo más lejos posible de las cocinas. Su rostro se tornó tan rojo como la sangre que había retirado del rostro del guerrero y cuando estuvo a punto de dar un paso atrás para intentar poner distancia, los dedos de Broc lograron alcanzar la parte anterior de sus muslos, sobresaltándola.

Los ojos de Freya se posaron sobre los de Broc, que la miraba de forma penetrante, más que nunca, como si fuera capaz de entrar en su mente, en su corazón y su alma. Y en parte la joven supo que podría hacerlo si así lo deseaba.

Inconscientemente, Broc se mordió el labio inferior y Freya llevó su mirada hacia allí, dejando escapar un suspiro apenas audible, pero sí lo suficiente para él. Se había prometido darle espacio en varias ocasiones, pero después de esos días sin verla no podía resistirse. Ya no. La deseaba. Y lo hacía con tanta intensidad que su sangre parecía hervir dentro de él, anhelándola.

—¿Y qué hay que hablar? —susurró la joven, obligándose a hablar.

—De lo mucho que me gustó… —ronroneó el guerrero—. De lo mucho que te deseo desde el primer momento en que te vi. De lo mucho que tú también me deseas…

Las manos de la joven cayeron a los hombros de Broc, incapaz de seguir manteniéndolas en alto para curarlo, e inconscientemente apretó la ropa del guerrero entre sus puños. El paño cayó a un lado, pero ninguno de ellos se dio cuenta de ello, pues parecían estar en una especie de encantamiento que les impedía moverse y ser conscientes de todo lo demás.

—Yo nunca he dicho que te deseo… —murmuró la joven.

Broc sonrió de lado.

—Si no lo hicieras, no dejarías que acaricie tus muslos…

Freya estuvo a punto de dejar escapar un suspiro de placer, pues los dedos de Broc subían y bajaban lentamente por sus muslos, incitándola, provocándola… La joven cerró los ojos un instante, el suficiente para dejarle claro a Broc que sí lo deseaba y tan solo estaba conteniéndose.

—Dime que no me deseas y me apartaré de ti para siempre —murmuró el guerrero.

Freya quiso gritarlo, pues sabía que era lo más conveniente, lo que no le traería problemas, lo que no heriría su corazón. No obstante, como si las palabras no pudieran salir de su garganta, la joven apretó los hombros del guerrero.

Y cuando los dedos de Broc subieron aún más por la parte anterior de sus muslos, rozando la parte más alta de estos, Freya suspiró.

—Sí, te deseo.

Y aunque fue solo un susurro, fue lo suficientemente alto para que Broc lo escuchara y dejara escapar un rugido que bien podría haberse dejado escuchar en todo el castillo.

CAPÍTULO 26

Como si de una fiera se tratara, Broc se levantó de la silla y la aferró de las nalgas para levantarla del suelo. Freya dejó escapar un gemido y se aferró a sus hombros con fuerza.

Los labios de ambos se encontraron y chocaron con verdadero anhelo. Sus corazones comenzaron a latir mucho más rápido que antes, como si una especie de conexión sintiera la atracción mutua que los envuelve. Broc la besó de forma suave al principio, para después pasar a ser tan ardiente como su sangre, desatando una explosión de sentimientos y emociones entre ellos.

El guerrero la llevó hacia la mesa, tirando todo lo que había sobre ella, incluida la botella de whisky, que se estrelló conta el suelo, haciéndose añicos. Pero no les importó, ni siquiera lo escucharon. En ese instante, cuando las manos del guerrero quedaron libres y su cuerpo quedó entre las piernas de Freya, las elevó para comenzar a desabrochar la camisa de la joven, aunque era tanto el deseo que esta suscitaba en él que acabó arrancando los botones de cuajo.

Freya gimió cuando las manos de Broc acabaron acariciando su espalda desnuda, su cintura, su vientre… Toda ella estaba expuesta ante él, deseosa de que tocara cada centímetro de su cuerpo. La joven sentía su mente como en una especie de nube de la que le era imposible escapar. Todo a su alrededor comenzó a dar vueltas, mareándola, y tuvo que aferrarse aún más a Broc para evitar caer contra la mesa sobre la que estaba sentada. Sus manos recorrieron también los hombros del guerrero hasta llegar a la cuerda que ataba la parte alta de su camisa negra. Cuando lo logró, levantó la tela para quitársela, y Broc se apartó lo justo de ella para mirarla a los ojos y ver el deseo reflejado en su iris mientras recorría su pecho con su mirada.

Freya se mordió el labio con anhelo y levantó las manos de nuevo para acariciarlo. Era la primera vez que tocaba un pecho de aquellas características. El cuerpo del guerrero parecía estar tallado en piedra, pues era tan duro y a la vez tan suave que no parecía ser de este mundo. Broc la seguía con la mirada, llevando sus ojos hacia las manos de la joven, disfrutando del placer de ella mientras lo acariciaba y sintiendo cómo su propio cuerpo parecía estar a punto de estallar de placer.

Después, levantó su negra mirada hacia ella y Freya tuvo la sensación de que frente a ella no había un hombre, sino una bestia que parecía habitar en su interior. Como si de un lobo se tratara, Broc respiraba con fuerza, gruñendo cuando la joven lo acariciaba en la zona sensible del vientre. Y cuando apoyó las manos a ambos lados de las caderas de Freya y su rostro quedó a tan solo unos milímetros de esta, le dijo:

—Tal vez debería llevarte a mi cama…

Freya negó en rotundo y apretó las piernas alrededor de la cadera de Broc para evitar que se moviera.

—No. Házmelo aquí.

—Pero…

Freya puso un dedo en sus labios y contoneó su cadera contra la de él.

—No. He dicho que me poseas aquí, guerrero.

Lanzando un gruñido, Broc volvió a besarla y llevó las manos hacia sus pechos. Freya gimió cuando sintió cómo pellizcaba sus pezones y dejó caer la cabeza hacia atrás, mientras necesitó

del apoyo de sus manos contra la mesa. Con una sonrisa fiera, Broc besó sus mejillas y descendió hasta su cuello, al tiempo que apretaba su cuerpo contra el de ella, obligándola a abrazarlo para sentirlo igual. El guerrero mordisqueó su cuello y dejó una marca impresa en él. Sonrió aún más cuando una de las manos de Freya fue directa hacia su cabello y lo aferró con fuerza, apretándolo contra ella y bajando su cabeza hacia sus pechos.

—Eres preciosa… —susurró antes de capturar uno de sus pezones con sus labios.

El guerrero lo lamió con auténtica devoción, arrancándole gemidos de placer mientras ella restregaba las caderas nuevamente contra él. Todo el vello de su cuerpo se erizó cuando Broc se apartó ligeramente de ella y sopló sobre su pecho, provocándole una corriente de aire frío en todo su ser que, en lugar de templar su deseo, hizo que aumentara aún más.

—Broc… —exclamó Freya obligándolo a levantar la cabeza hacia ella para besarlo.

Sin embargo, Broc negó con la cabeza y logró zafarse de sus dedos cuando la joven intentó aferrarlo de nuevo. Las manos del guerrero fueron directas hacia el pantalón de la joven, que estuvo a punto de rasgarlo como su camisa. No obstante, lo desanudó y lo bajó, tirándolo lo más lejos posible de ellos. Él hizo lo mismo con el suyo propio mientras besaba el vientre de la joven, que se dejó caer contra la mesa, apoyando el codo en ella al tiempo que su cabeza caía hacia atrás y las fuerzas parecían abandonarla.

Cuando el guerrero estuvo completamente desnudo ante ella, la miró largamente. Estaba realmente preciosa. Tenía las mejillas sonrojadas por el deseo; los ojos entrecerrados, esperando más; los puños apretados contra la mesa, como si no pudiera aguantar más. Y tocando su cuerpo de arriba abajo, hasta el vientre, Broc sonrió.

—Por favor… —gimió la joven elevando las caderas.

Broc sonrió y volvió a negar con la cabeza.

—He esperado demasiado este momento, Freya. Pienso devorar cada parte de tu cuerpo…

Freya lo miró.

—Ya lo has hecho…

—No, aún me queda una parte…

Freya vio cómo Broc se arrodillaba ante ella y aferraba con fuerza sus caderas para apretarla contra la mesa. Desde esa posición, el guerrero la miró largamente. Su mirada parecía ser aún más oscura que de costumbre, y cuando la diversión se reflejó en sus ojos, Freya clamó una oración al cielo para que la ayudaran a soportar esa penitencia.

Un grito escapó de su garganta cuando los labios de Broc succionaron la parte más íntima de su cuerpo. Freya intentó escapar de ese inmenso placer, pero el guerrero la mantenía tan fuertemente apretada contra la mesa que apenas pudo moverse más que para abrir las piernas y dejar que el placer la invadiera por completo. Una descarga eléctrica recorrió su cuerpo hasta posarse en su mente, provocando que dejara de ver todo a su alrededor y solo pudiera centrarse en el intenso y poderoso placer que recorría el epicentro de su ser.

El guerrero succionaba con fuerza, demostrándole que era el mejor pedazo que se había llevado jamás a la boca al tiempo que uno de sus dedos penetraron en ella, provocándola aún más. La espalda de la joven chocó contra la mesa, haciendo que esta crujiera bajo su peso, pero apenas lo escuchó. Sentía todo su cuerpo ardiendo en llamas mientras gemía con fuerza. Su espalda se arqueó al mismo tiempo que Freya elevaba las manos hacia sus propios pechos y se

aferraba a ellos como si fueran su tabla de salvación mientras un intenso placer la recorrió de nuevo en un penetrante y acelerado orgasmo que Broc recibió en su boca como si de un gran manjar se tratara.

La respiración de la joven era acelerada y antes de darle un respiro para recuperarse, Broc se incorporó y acarició su vientre con una mano mientras que con la otra conducía su miembro hacia la entrepierna de Freya. En ese momento, justo antes de penetrarla, Broc llevó la mano hacia la espalda de la joven y la incorporó para besarla. Quería ver en sus ojos nuevamente el deseo y cuando se separó de ella y la observó, la penetró con fuerza, arrancando un gemido de su garganta.

Los ojos de Freya se abrieron desmesuradamente al sentirse llena de él. Desde los pocos centímetros que los separaban lo observó y vio cómo se retiraba nuevamente.

—Más fuerte, guerrero —susurró ardientemente.

Y mordiéndose el labio, Broc obedeció y la penetró con más fuerza. Freya apretó las manos en sus hombros cuando sintió que el guerrero llegaba a lo más profundo de su ser, aumentando su placer hasta un límite que ella jamás pensó que podría llegar.

—¿Así? —le preguntó contra sus labios.

—Más fuerte.

Y obediente, Broc lo hizo como le ordenaba, logrando que el cuerpo de la joven se levantara y volviera a caer de nuevo, rebotando contra la mesa, que gimió peligrosamente bajo ella.

—Así, guerrero —gimió antes de besarlo.

Broc gruñó cuando sintió los cálidos labios de Freya sobre los suyos y volvió a penetrarla una y otra vez con más fuerza si cabe, logrando llevarla a un nuevo orgasmo que hizo temblar todo su cuerpo. Podía sentir contra su cintura las piernas temblorosas de la joven y cuando creyó que no iba a aguantar mucho más, él mismo explotó dentro de ella, aferrándose a su cadera mientras su cuerpo también vibraba ante el mayor placer de su vida. No supo cuánto tiempo bombeó su semilla en el interior de la joven, pero jamás había sentido algo tan fuerte como aquello.

Cuando su cuerpo por fin dejó de temblar, se separó ligeramente de ella y la miró a los ojos. En aquellas esmeraldas se vio él mismo reflejado, y no pudo evitar sonreír como nunca. Freya tenía el pelo ligeramente pegado a las sienes y su cuerpo aún temblaba tanto que no pudo evitar acercarse de nuevo a ella y besarla fugazmente. El guerrero acarició su rostro, apartando los mechones a un lado y estrechándola entre sus brazos con ternura.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó en voz baja.

Freya negó con la cabeza, apoyándola después en el hueco de su hombro y aspirando su aroma.

Ambos se mantuvieron en silencio durante unos segundos. Broc sonreía mientras la abrazaba, incapaz de creer que pudiera sentir tanta felicidad como en ese momento.

—Llévame a la cama, por favor —susurró Freya contra su cuello.

Broc asintió y la tomó entre sus brazos, consciente de que sus piernas aún temblaban. El guerrero pateó su camisa, tirada en el suelo, y dejando toda la ropa tirada, salió de las cocinas rumbo al piso superior. Caminó completamente desnudo por el pasillo, llevando a Freya también desnuda, pero a sabiendas de que todo el mundo estaba durmiendo, no le importó caminar de esa guisa.

La suave luz de las antorchas los acompañó en silencio hacia su destino, y cuando Broc pasó por delante de su dormitorio rumbo al de Freya, la joven levantó la cabeza y negó:

—No, al tuyo…

Broc paró en medio del pasillo.

—¿Estás segura?

—Sí… Si tú también quieres…

El guerrero sonrió de lado.

—Llevo demasiado tiempo queriendo escuchar eso… Claro que sí quiero.

Casi abrió la puerta de una patada, y la cerró con tanta fuerza que el sonido se escuchó en todo el pasillo, pero no le importó despertar a sus hombres. Por primera vez en mucho tiempo, Broc se sentía como en casa. Por fin parecía haber encontrado su lugar en el mundo. Freya tenía la capacidad de llenar el espacio del castillo que antes había estado vacío para él.

Se dirigió hacia la cama y la depositó allí. La joven aún mantenía los ojos entrecerrados y la expresión de su rostro era de auténtico cansancio. En ese momento, cuando él se retiró ligeramente para admirar su cuerpo desnudo, Freya sonrió por primera vez y sus ojos parecieron lucir como dos luceros en medio de la noche.

Y a pesar de las reticencias de su cuerpo, Broc se acercó a la chimenea para alentar el fuego, pues no quería que el dormitorio se quedara frío durante la noche. Sin perder tiempo, regresó a la cama y esbozó una sonrisa. Freya se había dormido en tan solo unos segundos y su respiración era tan lenta que supo que había caído en un sueño tan profundo del que no despertaría en toda la noche.

Broc la cubrió con las sábanas y se sentó en la cama, a su lado. Deseaba tumbarse para abrazarla, pero primero tenía la imperiosa necesidad de admirarla. Hacía tantos años que aparecía en sus sueños que estaba seguro de conocerla casi mejor que ella. Le había mostrado su bondad, su carácter fuerte y la luz de su alma. Freya había aparecido en su vida como un libro abierto. Y ahora que estaba en carne y hueso junto a él sentía que la amaba desde el primer día. Desde ese momento en el que escuchó su voz por primera vez pidiéndole que regresara de las sombras. Ella era su luz. Y sabía que así seguiría siendo durante el resto de su vida. Deseaba que ella se enamorara de él tanto como él la amaba. No sabía si lo de esa noche significaría algo para ella, pero para él era lo mejor que le había pasado en la vida.

Alargó la mano y acarició su hermoso rostro mientras sonreía. Después bajó sus dedos por el brazo de Freya, disfrutando del suave tacto de su piel.

—Si estás aquí gracias a esta maldita guerra, empezaré a bendecirla porque ha hecho que por fin haya un rayo de luz en mi vida —susurró—. Y si para que te quedes junto a mí tuviera que sacrificar todo lo que he conseguido, todo lo que poseo, incluso todo lo que soy, no me importaría quedarme completamente desnudo ante mis propios enemigos.

Sus dedos ascendieron de nuevo por su brazo.

—Puedo soportar ser el más odiado del clan por todo esto, pero jamás podría aguantar ver cómo esta guerra te lastima…

Con el corazón en la garganta, Broc se tumbó a su lado e inconscientemente, como si ya lo hubiera hecho muchas veces anteriormente, su cuerpo buscó a la joven y la abrazó deseando que esa noche fuera la primera de muchas. Y a pesar de que se sentía tan excitado, Broc sabía que esa

noche dormiría tranquilo por primera vez en muchos años.

Estaba realmente cómoda. Jamás en su vida había dormido sobre un colchón tan cómodo ni tan caliente como en ese momento. No sabía ni dónde estaba cuando abrió un ojo y vio el fuego de la chimenea. Tardó varios segundos en reconocerla y recordar que le había pedido a Broc que la llevara a su dormitorio. No podía creer la desinhibición que había tenido la noche anterior. Freya se sonrojó al recordar todo lo que habían hecho en las cocinas, y su corazón saltó al recordar que las ropas se habían quedado allí y seguramente las verían las sirvientas cuando se levantaran y comenzaran a trabajar.

Sin querer moverse, aún no, Freya admiró la rica decoración del dormitorio de Broc, que era muy parecida a la suya y al resto del castillo. Sin lugar a dudas, se notaba que su padre había sabido manejar su herencia, al igual que él, que la había hecho aún mayor.

La joven se movió ligeramente y fue cuando sintió que el poderoso brazo de Broc estaba puesto sobre su cintura y se dejaba caer de una forma tan relajada que Freya supo que estaba completamente dormido. Contra su espalda podía sentir la piel desnuda del pecho del guerrero y su suave vello le hacía cosquillas cada vez que Broc respiraba.

Con una sonrisa en los labios, Freya giró la cabeza en su dirección y lo miró mientras dormía. Con sumo cuidado, giró el cuerpo hacia él y escondió las manos en su pecho, enredando sus dedos en su vello. Nunca se había sentido tan segura como en ese instante. Tenía la sensación de que fuera de esos muros podía estar quemándose el mundo, pero allí estaban seguros.

Sonrió todavía más al ver que Broc dormía casi como un niño. Nada quedaba de la expresión que el guerrero solía mostrar ante todos, incluida ella, mucho más seria, fría y calculadora. Broc dormía tranquilamente, con el rostro relajado, incluso en sus labios parecía haber como una especie de sonrisa. Ahora se parecía más a ese joven que había visto en su sueño y no el guerrero letal en el que se había convertido.

La joven cerró los ojos nuevamente, dejándose mecer por el suave sonido del fuego de la chimenea y en cuestión de minutos, había vuelto a dormirse.

Algo suave le soplaba en el cuello cada pocos segundos y no estaba seguro de qué era. Broc se despertó de golpe y abrió los ojos, mirando a su lado. Al instante, estuvo a punto de golpearse a sí mismo por haber sido tan tonto. Estaba tan acostumbrado a dormir solo que no recordaba que Freya se encontraba a su lado.

En algún momento de la noche, la joven se había girado y se había apoyado en su pecho, escondiendo la cara en el hueco de su cuello. Y eso era lo que hacía que su respiración le hiciera cosquillas bajo la oreja. Inconscientemente, la estrechó contra su pecho y la acarició, deseando poder estar así el resto del día, la siguiente noche y toda su vida.

Una sonrisa se dibujó en sus labios y disfrutó de ese momento, temeroso de que cuando la joven despertara olvidara lo que había pasado y se mostrara con él como antes, pues no estaba seguro de poder soportar su lejanía otra vez ahora que la distancia había desaparecido entre ellos.

Cuando su mano recorría la columna de la joven, esta se movió ligeramente, haciendo que Broc temblara ante la idea de que despertara y lo rechazara. Sin embargo, siguió durmiendo, aún más abrazada a él si cabe. Broc esbozó una sonrisa y aspiró largamente su aroma. La primera vez que la había visto en sus sueños creyó que se trataba de una diosa antigua que venía a por él para

llevárselo a la muerte. Pero le había demostrado que podía haber bondad en las personas. Y poco a poco, con ese corazón tan noble que sintió de ella, fue enamorándose, deseando incluso que llegara la noche para volver a verla. Y así durante años, en los que esperaba y esperaba a que por fin apareciera allí en carne y hueso, pues algo le decía que sí, que aparecería para salvarlo y ayudarlo de alguna manera.

Broc respiró hondo y pensó en Blair. Sabía que este le había hecho mucho daño a Freya y temía que en parte la joven no quisiera abrirse a él por temor a que él le hiciera lo mismo que su primo. Maldijo mentalmente la profecía. De no ser por esta, tal vez podría tener una mínima oportunidad de estar con ella si Freya sentía algo por él. Se dijo que si se había encamado con él no era por nada, sino que realmente sentía algo, aunque solo fuera atracción. Y eso le dio una esperanza a la que agarrarse. Él respetaría cualquier decisión que tomara, incluso si le dijera que pensaba marcharse y volver a su tiempo. No obstante, no podía evitar que una parte de él temiera ese momento.

Con sumo cuidado, Broc apartó el brazo de Freya de su pecho y logró escurrirse bajo ella para levantarse. El día ya había comenzado y debía abandonar la cama. Sin embargo, tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para no dejarse caer de nuevo y abrazarla antes de hacerla suya otra vez. La joven apenas se movió más que para colocarse de nuevo y gimió cuando las sábanas rozaron su cuerpo desnudo.

Broc sonrió al escucharla y no dejó de observarla mientras se vestía cerca de ella. No se sentía capaz de apartar la mirada. Freya era tan hermosa como había soñado y a pesar de que sabía que ella aún no encontraba la luz de su interior, él no se atrevía a decirle que esa luz se reflejaba en sus preciosos ojos verdes, y que no debía buscarla, pues ella misma era la luz. Ya no necesitaba nada más en el mundo para vencer, puesto que Broc sentía que solo una mirada de Freya sería suficiente para llenarlo de valor y fuerza para vencer cualquier batalla a la que se viera abocado a luchar.

Tras lavar su rostro, secarlo con un paño, y peinarlo, Broc se acercó de nuevo a la cama, apoyó una rodilla en el suave y mullido colchón y depositó un beso en la sien de Freya, deteniéndose más tiempo del necesario, ya que le resultaba demasiado difícil apartarse de ella. Tras esto, se retiró levemente y la miró con una sonrisa antes de incorporarse y marcharse apretando los puños para contener sus ansias de quedarse a su lado.

Broc cerró con cuidado la puerta y bajó las escaleras deprisa. No estaba seguro de que las sirvientas se hubieran levantado ya, por lo que tenía que ir a las cocinas cuanto antes para recoger la ropa que ambos habían tirado por cada rincón cuando hicieron el amor.

El castillo estaba aún demasiado silencioso, así que casi voló hasta las cocinas. No se encontró con nadie por el camino y cuando llegó a estas, abrió la puerta de golpe. El sonido de un plato al chocar contra el suelo fue lo que lo recibió.

—¡Mi señor! —exclamó una de las sirvientas más jóvenes—. Qué raro veros por aquí. ¿Necesitáis algo?

Broc la miró, asombrado, y carraspeó, incómodo. Con disimulo, miró a un lado y otro de las cocinas, pero allí no había rastro de su ropa ni de la de Freya. Poniendo una mano sobre la empuñadura de su espada relajadamente, Broc la miró.

—¿Has visto algo por el suelo cuando has llegado? —preguntó intentando mostrar indiferencia.

La sirvienta se mostró extrañada, y negó con la cabeza.

—No he visto nada, mi señor. Estaba todo como lo dejamos anoche. ¿Habéis perdido algo?

Broc frunció el ceño, provocando que la joven diera un paso atrás creyendo que habían hecho algo malo. Sin embargo, el guerrero negó con la cabeza.

—No, no. Está todo en orden. Gracias.

Y sin más, se giró y salió de las cocinas con el rostro demudado. Estaba seguro de que habían dejado la ropa allí porque tomó a Freya entre sus brazos y no se había molestado en quitarla para evitar que la vieran. Entonces ¿dónde demonios estaba la maldita ropa?

—¡Broc!

La voz de Thomas hizo que parara en medio del pasillo. Se giró hacia su amigo y lo vio llegar con una amplia sonrisa en los labios.

—No esperaba que te levantaras tan temprano, amigo.

Broc enarcó una ceja.

—Si no me equivoco, soy el que siempre se levanta primero.

—No lo digo por eso… —En la voz del guerrero podía notarse a leguas la diversión—. Sino por Freya…

Broc lo miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

Thomas rodó los ojos, poniéndolos en blanco.

—A que pensaba que te quedarías un rato más con ella en la cama…

Una sonrisa pícara apareció en sus labios.

—Ya puedes darme las gracias eternamente de que haya sido yo y no otro el que ha encontrado vuestra ropa en la cocina —le explicó.

Broc resopló.

—¿Así que has sido tú? Le he dado un susto a la sirvienta cuando me ha visto llegar.

Thomas lanzó una carcajada y le dio una palmada en la espalda.

—¿Y dónde te has dejado a Freya, amigo? ¿De verdad has dejado sola a esa muchacha en la cama?

—No he querido despertarla.

Thomas enarcó una ceja.

—¿Y por qué no te has quedado con ella?

Broc dudó y comenzó a caminar de nuevo por el pasillo.

—No me he atrevido a quedarme por temor a que, al despertar, viera el arrepentimiento reflejado en sus ojos.

—¿Lo dices en serio? ¿Desde cuándo has tenido miedo de que una mujer se arrepintiera de haberse acostado contigo?

—Desde que la mujer con la que te has acostado es la única a la que has amado en toda tu vida —sentenció—. Y que no se te ocurra decirle nada de la ropa.

Thomas fingió sentirse herido.

—No…

Broc se acercó a él y lo señaló con el dedo en una clara amenaza.

—Lo digo en serio.

—Yo también —respondió Thomas aguantando la risa.

Broc suspiró y negó con la cabeza.

—Vamos a desayunar. No quiero tener que aguantarte con el estómago vacío.

—Claro… Freya te habrá dejado hambriento… —comentó como si nada.

Broc lo miró de reojo y entrecerró los ojos.

—Al final voy a tener que matarte…

Freya gimió largamente mientras se desperezaba en la cama. Jamás en toda su vida había dormido tanto y tan bien como esa noche. Sentía que su cuerpo estaba aún lánguido y perezoso, pero se obligó a que poco a poco comenzara a despertar. Y fue en ese momento cuando todos los recuerdos acudieron a su mente.

Freya abrió los ojos de golpe y miró a un lado y a otro de la cama y de la habitación, encontrándose completamente sola. Agradeció que Broc se hubiera levantado antes que ella, ya que después de lo de la noche anterior no sabría cómo mirarlo. Se había dejado llevar como nunca por su deseo. Ni siquiera cuando estuvo con Blair fue capaz de sentir tanto como con Broc. No quería compararlos, pero no podía evitarlo. Una parte de ella se sentía terriblemente mal por haber estado con ambos. De hecho, sabía que toda su vida se arrepentiría de haberse acostado con alguien como Blair. Pero no pudo evitar preguntarse qué pensaría Broc de ella ahora que también se había acostado con él. No quería que tuviera una imagen errónea de ella y a pesar de ese pensamiento, Freya deseó volver a repetir aquella noche.

Broc era el mejor amante que había tenido jamás. Le había demostrado que, a pesar de ser un rudo guerrero, podía ser el hombre más generoso y amable en la intimidad. Su corazón palpitó de deseo de nuevo y apretó con fuerza las piernas desnudas bajo las sábanas ante el recuerdo de Broc entre ellas llevando a cabo su orden de que lo hiciera más fuerte.

Sus mejillas se sonrojaron. ¿En qué momento de su vida se había vuelto tan descarada? Jamás había sido así. Nunca se había dejado llevar por ese deseo tan desenfrenado ni se había acostado con dos hombres tan diferentes en tan poco tiempo. ¿Estaría mal? ¿Tal vez el destino la castigaría por ser tan desvergonzada? ¿Qué pensaría Broc de ella al saber que no solo había estado con él, sino también con su primo? Esa era la pregunta que más daño le hacía. ¿Y si creía que ella era poco más que una prostituta?

El desasosiego ante la respuesta a esa pregunta se instaló en su pecho, amainando el deseo por Broc. No sabía qué le estaba pasando, pero desde que había visto a Broc por primera vez tenía la impresión de conocerlo de toda la vida, como si sus almas estuvieran destinadas a estar juntas, a ayudarse, a sentirse, a amarse… Con él no tenía la sensación de miedo que había sentido con anterioridad. Al contrario, junto a Broc se sentía a gusto, bien, protegida y más fuerte que nunca, ya que él era el único que se había molestado realmente en enseñarla a luchar.

Freya suspiró y retiro las sábanas de su cuerpo. Maldijo cuando se dio cuenta de que se había

dejado su ropa en las cocinas y que allí, en el dormitorio de Broc, no tenía nada que ponerse.

No pudo evitar mirar hacia el lugar que seguramente habría ocupado Broc, y el simple hecho de imaginarlo allí le hizo arder de deseo.

Lanzando un suspiro, la joven se encaminó completamente desnuda hacia la puerta. Abrió esta lentamente, temerosa de encontrar a alguien en el pasillo. Y cuando descubrió que estaba vacío, corrió como nunca hacia su propio dormitorio.

Sus mejillas totalmente rojas por la vergüenza fueron lo primero que vio reflejado en el espejo cuando penetró en la estancia. La joven lanzó un suspiro al sentirse segura y libre de posibles miradas indiscretas. Rezó para que nadie la hubiera visto correr desnuda, pues pasaría el mayor bochorno de su vida.

Con prisa, se vistió y trenzó su pelo. Y sin perder tiempo, se encaminó hacia el piso inferior para desayunar y encontrarse de nuevo con Broc, al que no sabía cómo mirarlo después de todo.

CAPÍTULO 27

A pesar de que nadie la miró cuando entró en el gran salón para desayunar, Freya no podía evitar sentirse abrumada por toda la gente, la misma de siempre, que había allí. Tenía la sensación, aunque solo eran imaginaciones, de que todo el mundo tenía la atención puesta en ella. Sin embargo, no era así. Las conversaciones continuaron su curso, los platos seguían sonando cuando las cucharas chocaban contra ellos, y nadie le prestó la más mínima atención. Pero Freya no podía evitar sentirse extraña.

No obstante, cuando fijó su mirada al frente, se dijo que tal vez esa sensación se debía a la penetrante mirada que Broc tenía puesta sobre ella. Freya sabía que una simple mirada suya valía por mil hombres, ya que el guerrero tenía esa especialidad en su mirada, que parecía traspasar cualquiera de sus barreras hasta descubrir qué demonios estaba pensando.

Edith y Thomas estaban sentados al lado de Broc, aunque este último, al verla llegar, se levantó y se sentó en una silla más apartado de su señor, pero sin abandonar la mesa principal.

Intentando no trastabillar consigo misma por el nerviosismo, Freya llegó a la mesa principal y se sentó al lado de Broc, que la recibió con una sonrisa. La joven se la devolvió con el rostro tan rojo que deseó haberse dejado el pelo suelto para poder esconderse entre los mechones del mismo.

—¿Has dormido bien?

La voz de Broc estuvo a punto de hacer que se atragantara con su propia saliva.

—Sí, gracias. Tu colchón es más cómodo que el mío.

El guerrero sonrió, y ese simple gesto hizo que la atención de Freya se dirigiera a sus labios. Acabó carraspeando y miró hacia su plato vacío.

—¿Y tú, has dormido bien o te… ha molestado mi presencia?

Se golpeó a sí misma por haber hecho esa pregunta. ¿Y si la respuesta no le gustaba? Freya levantó la mirada y lo observó. Broc tenía toda la atención puesta en ella y supo que estaba conteniéndose cuando vio cómo apretaba los puños con tal fuerza que los tenía completamente blancos.

—He dormido mejor que en toda mi vida —admitió con voz ronca.

Freya sonrió tímidamente y volvió a carraspear. ¿Por qué demonios se le tenía que secar la boca tantas veces frente a él? ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente atractivo y guapo?

—Será mejor que desayunes. Hoy empezaremos a entrenar con la espada.

Freya asintió y volvió a mirarlo. De repente, sintió como si todo el mundo a su alrededor desapareciera, deseando estar con él a solas de nuevo y poder tocarlo con total libertad. Sin embargo, la voz de Thomas, a su lado, llamó su atención, despertándola de su ensueño.

—Y dime, preciosa… —comenzó diciendo, ocultando una sonrisa en la comisura de sus labios —, ¿esta mañana al vestirte no has echado de menos tu ropa?

Al tener su atención completamente sobre Thomas, Freya no vio cómo Broc miraba furibundo a su amigo y le hacía una señal con el dedo en su cuello, amenazando con cortárselo.

La joven sintió cómo sus mejillas se teñían de rojo y todo su cuerpo estallaba en llamas por la vergüenza. No supo qué decir, y Thomas tampoco le dio opción a responder, ya que comenzó a

reírse al ver la expresión de su rostro.

—No le veo la gracia, Thomas —gruñó Broc a su lado.

Freya giró la cabeza en su dirección y descubrió que también estaba ligeramente avergonzado, tal vez también iracundo y la negrura de sus ojos estaba teñida de una clara señal de venganza.

El aludido se tragó la risa y los miró.

—Lo siento, no lo he podido evitar…

—Lo que no vas a poder evitar es una guardia en la muralla durante todo el día.

El rostro del guerrero perdió toda la diversión.

—No lo dirás en serio, Broc… Pensaba que iríamos a entrenar con ella.

Broc arqueó una ceja y lo miró, divertido, ante su venganza.

—Iremos Freya y yo. Tú te quedarás en el castillo.

Freya frunció el ceño.

—¿No entrenaremos en la sala de armas?

Broc negó con la cabeza y le guiñó un ojo.

—Creo que es mejor entrenar fuera que dentro. Además, hace un día estupendo.

—Así podré hablar contigo —susurró Freya mirándolo a los ojos.

Broc se quedó quieto, intentando adivinar sus pensamientos, temeroso de que la joven le pidiera que se alejara de ella. Sin embargo, en su iris verde vio tranquilidad y algo de bochorno, pero nada más. El guerrero asintió y todos continuaron con su desayuno hasta que la voz melódica de Edith rompió el silencio en la mesa.

—Me han dicho que te estás convirtiendo en una buena guerrera, Freya.

La joven se inclinó en la mesa para evitar el cuerpo de Broc, que se interponía entre ella y Edith, y le dedicó una sonrisa.

—Sí, deberías entrenar con nosotros. Estoy aprendiendo mucho.

La joven rubia asintió, aunque después torció la cabeza.

—Cuando llegué aquí, entrenaba también, hasta que decidí que no podría enfrentarme a mi hermano. Te admiro por el hecho de que no te importe desafiarlo después de todo.

—Cuando alguien hace tanto daño, debe pagarlo. Y en esta época la justicia se la toma uno por su mano.

Una hora después, Broc y Freya salían por el portón de madera de la muralla bajo la atenta mirada iracunda de Thomas, al que Broc le dedicó una sonrisa divertida antes de que el portón se cerrara de nuevo.

—¿Tan terrible es hacer una guardia? —le preguntó Freya al mirar a Thomas de reojo.

Broc la miró con la diversión aún reflejada en sus ojos.

—Es muy aburrida, sobre todo para Thomas, que prefiere ir a la guerra antes que quedarse parado todo el día vigilando.

Freya dejó escapar una carcajada.

—Vaya… entonces sí que es un buen castigo por tener la lengua tan suelta.

Broc le guiñó un ojo y señaló hacia adelante para seguir un pequeño sendero que los llevaba hacia el bosque. Solo en ese momento, Freya se dio cuenta de que hacía demasiados días que no había salido del castillo. Tampoco había tenido la necesidad de hacerlo. Había estado tan concentrada en sus entrenamientos que no se había acordado de salir de los muros del castillo. Y se dijo que no sería del todo seguro hacerlo en esos días hasta que Blair fuera destruido.

—Lamento que Thomas te haya hecho pasar por ese mal trago… —se disculpó—. Al parecer llegó a la cocina antes que las sirvientas y recogió toda la ropa.

Freya se encogió de hombros.

—No pasa nada. Me divierte más el hecho de ver la expresión que tenía mientras salíamos.

La joven miró atrás con una sonrisa y sus labios se curvaron aún más cuando descubrió que Thomas los seguía con la mirada, aún enfadado. Broc siguió su mirada y lanzó una risa al ver la expresión de su amigo.

—Se le pasará…

El guerrero esperó unos segundos antes de seguir hablando.

—Antes has dicho que querías hablar conmigo… —dijo tragando saliva con fuerza.

Freya asintió y se retorció las manos a medida que seguían avanzando.

—Sí, yo… no sé cómo empezar. —Esbozó una sonrisa tímida.

Broc suspiró y la miró.

—Entonces te propongo algo… ¿Qué te parece si me lo cuentas esta noche mientras cenamos tú y yo solos en uno de los pequeños salones?

Freya dudó.

—¿Sin nadie más?

Broc asintió con el gesto hierático para evitar que la joven pudiera ver en ansia que tenía por volver a estar con ella a solas.

—Está bien —aceptó con una sonrisa.

El guerrero sonrió y puso una mano en su espalda llevándola hasta un pequeño claro donde una cascada preciosa les dio la bienvenida. El lugar parecía ser el escenario perfecto para comenzar a practicar con la espada y mientras Freya dirigía su mirada hacia esas aguas cristalinas que parecían llamarla insistentemente por su belleza, Broc sacaba de su cinto una de las dos espadas que había llevado con él. El guerrero miró la espalda de la joven y de repente se sintió nervioso. Tanto que estuvo a punto de volver a envainar esa espada y marcharse. Sin embargo, se mantuvo en el sitio y carraspeó para llamar su atención.

—Freya. Esta espada es para ti.

La joven se giró hacia él y observó el arma, algo más pequeña que la que llevaba él, pero lo suficientemente larga para poder llamarla espada y no daga. La empuñadura estaba hecha de un material parecido al oro, ya que relucía como este y en la punta, una gema engarzada de color rubí le hizo levantar la mirada hacia el guerrero.

—¿Quieres que practique con ella? Es demasiado bonita como para romperla.

Broc sonrió y negó con la cabeza.

—No solo quiero que entrenes con ella. Es un regalo.

—Pero ¡ya me regalaste el arco!

—Esto es diferente. Dicen que es mejor que tu arma sea un regalo. Así te dará suerte.

Broc se la tendió, pero Freya dudó.

—Creo que no estoy segura de aceptarla.

—El herrero la ha hecho especialmente para ti —le explicó—. Le pedí que la forjara el mismo día que me marché con mis hombres.

Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente.

—¿Lo dices en serio?

Broc asintió con una amplia sonrisa.

—Si no la aceptas, la espada que uses no te dará suerte. Esta sí.

Freya sonrió y la tomó entre sus manos con cuidado. Sus dedos rozaron los de Broc, haciendo que ambos se miraran a los ojos, incapaces de decir nada más.

—Es preciosa, Broc. Yo… no tengo dinero para hacerte un regalo, y tú ya me has hecho dos.

El guerrero dejó escapar una risa.

—No te he hecho el regalo esperando que me lo devuelvas. Y, por supuesto, si quieres dinero, solo tienes que pedirlo.

Freya asintió y sonrió tímidamente. Volvió a mirar la espada y se maravilló observándola. Era la más bonita que había tenido la suerte de ver jamás. Ni en sus más profundos deseos respecto a sus estudios pensó que podría tener entre sus manos un arma de esas características, y mucho menos que le perteneciera. La espada era mucho más ligera que una espada normal, por lo que podría manejarla con facilidad. Sí era más pesada que la que solía usar en sus clases de esgrima, aunque estaba segura de que poco le valdrían sus clases en esa época.

—¿Sabes? En el futuro aprendí a usar una espada muy diferente a esta. Bueno… aprender, aprender… Me defendía.

Broc elevó ambas cejas, sorprendido.

—¿Sí? ¿Las seguís usando?

Freya dejó escapar una carcajada y a Broc le pareció tan genuina que estuvo a punto de quedarse quieto, totalmente embobado por esa sonrisa.

—No. Es como una afición, un divertimento. En el futuro la gente no se toma la justicia por su mano.

Broc se cruzó de brazos y la miró seriamente, totalmente interesado.

—¿Y cómo os vengáis de las personas que os hacen daño?

Freya torció la cabeza.

—Bueno… en general no nos vengamos. El mundo es más… civilizado entonces que ahora. En el futuro sigue habiendo guerras, pero solo en unos puntos del mundo. En Escocia ya no. Cuando tenemos un problema con alguien, nos roban o matan… lo que hacemos es acudir a la policía.

Broc entrecerró los ojos, sin comprender.

—¿Qué es eso?

—Bueno, una parte de la sociedad decide estudiar las normas de convivencia para "obligar" a los demás a llevarlas a la práctica. Si alguien se las salta, como robar, matar o normas de circulación, la policía los detiene y los mete en prisión.

—Eso último sí lo he entendido.

Freya sonrió y se sentó en una piedra cercana, con Broc a su lado, demasiado pensativo.

—Entonces, esos policías, ¿son como guerreros?

—Podría decirse que sí. Llevan armas, pero muy diferentes a estas. En poco tiempo se empezará a usar la pólvora. Con ella podrán hacer armas de fuego y con un simple disparo podrás matar a alguien desde una gran distancia. Es parecido a un arco, pero en lugar de una flecha, disparas una bala. Es muy pequeña, pero puede hacer mucho daño.

Broc silbó.

—¿Y qué más cosas hay en el futuro?

Freya sonrió y resopló.

—Ha cambiado mucho el mundo… Por ejemplo, ya no vamos en caballos, sino en coches. Para ir de un lugar a otro usamos coches o motocicletas, camiones, incluso aviones por el cielo.

Los ojos de Broc se abrieron desmesuradamente.

—¿Viajáis por el cielo?

Freya le puso una mano en el hombro. Tuvo la sensación de que de repente se encontraba frente a un niño que estaba descubriendo el mundo. Para hacerle ver el futuro tendría que darle muchas explicaciones, y al ver su verdadero interés, se abrió a contarle lo que fuera.

—Sí, son como unos pájaros enormes hechos con hierro que pueden volar. Transportan a muchas personas. Y los demás, los coches, motos y tal, van por el suelo. Se mueven gracias a un motor y son mucho más cómodos que un caballo. Te lo aseguro.

Una sonrisa verdadera apareció en los labios de Broc.

—Vaya… sí que cambia el mundo… Hay algo que no sé de ti. Sabíamos que vendrías del futuro, pero no de qué año.

Freya enarcó las cejas.

—¿No lo sabíais? Pensaba que, al no haberme preguntado, sí lo sabíais.

Broc negó.

—Yo vengo del 2024.

Los ojos de Broc se abrieron de golpe y se levantó como movido por un resorte. El guerrero la miró como si de repente le hubieran salido dos cabezas y dejó escapar el aire poco a poco.

—¡Eso son muchos años!

Freya se encogió de hombros.

—Sí. Demasiados…

—Pero, entonces… Debe de ser muy difícil para ti vivir con nosotros, ¿no?

—Bueno… Me ha costado mucho, pero tenía ciertas nociones gracias a mi trabajo y estudios.

Antes de llegar aquí, trabajaba y estudiaba en la Universidad de Glasgow. La universidad es como una institución en la que puedes formarte para trabajar. Yo estudiaba Historia. Y, bueno, reconozco que me estaba especializando en la guerra del clan MacNab.

Broc se quedó paralizado ante aquella revelación. Apenas habían tenido información sobre ella, tan solo que vendría del futuro. Y a pesar de haberla visto en sueños, Broc jamás descubrió nada más de su vida.

—¿Estudiabas nuestra guerra? Eso quiere decir que ya nos conocías…

Freya asintió.

—¿Y qué se contaba en el futuro de nosotros?

La joven dejó escapar un silbido.

—Bueno… lo que ya se sabe ahora. Que Blair es una gran persona y tú… Ya sabes.

La expresión de Broc se oscureció.

—Pero pienso cambiar eso. No voy a permitir que la historia te trate tan mal.

Broc levantó la mirada hacia ella y asintió, agradecido. Sin embargo, no pudo evitar hacer una pregunta.

—¿Y cómo acaba la guerra?

Freya siseó.

—No sé si debo contártelo.

—Gana él, ¿verdad?

—Supuestamente ganó, pero en el futuro no se cuenta nada de la profecía. No me ha dado mucho tiempo a pensarlo, pero creo que el destino me ha traído aquí para cambiar las tornas y ayudarte a vencer. Y eso pienso hacer, Broc. No voy a dejar que Blair te mate. Jamás.

Freya se levantó de la piedra y se acercó a él.

—Mereces vivir y ganar. Él no. Mereces tener una segunda oportunidad para poder vivir lo que tu familia no pudo. Y te juro por mi vida que voy a ayudarte.

Broc suspiró y asintió. El guerrero elevó las manos hacia su rostro y, sin poder evitarlo, la besó. Fue un beso casto, rápido, en el que apenas rozó sus labios, pero tan lleno de sentimiento y pasión que Freya pudo sentir todo el batiburrillo de emociones que había en la cabeza de Broc en ese momento.

—Gracias. No te imaginas lo que significa para mí que, a pesar de que esta época es muy complicada para ti, quieras ayudar en lugar de huir. Y, sobre todo, para mí tiene más valor que lo hagas después de saber que has escuchado hablar mal de mí.

Sin poder contenerse, Freya lo abrazó y escondió su rostro en el hueco de su hombro. Habían mantenido una larga conversación que le había llenado el alma, como si se tratara de dos amigos o conocidos. Y había sido tan bonita que estuvo a punto de comenzar a llorar. Su corazón parecía llamarlo, pronunciar el nombre del guerrero cada vez que lo veía, como si se llenara de amor en cada instante, pero temía sentir, temía que fuera más fuerte de lo que podía imaginar.

—Gracias a ti, Broc, por ser así —acabó diciendo.

Freya vio cómo los ojos del guerrero quisieron llenarse de lágrimas, que enseguida logró esconder. Broc la soltó y se giró al tiempo que desenvainaba la espada.

—Bueno, creo que, si queremos que aprendas a usar la espada, hay que comenzar.

Freya asintió y volvió a coger su espada entre sus manos.

—Hace tiempo empecé a dar clases de esgrima.

Broc frunció el ceño.

—¿Clases de qué?

Freya rio suavemente.

—De esgrima. Es una espada más pequeña y, desde luego, nada tiene que ver con el uso que le dais vosotros, como te he comentado antes. Pero tal vez puede que me sirvan las normas de posición de los pies. Y podremos saltarnos esa parte…

—Está bien. Colócate como te enseñaron.

Freya se apresuró a poner los pies en posición y comenzó a moverse como solían hacer en clases de esgrima. Vio que al principio Broc asentía, pero después torció la cabeza.

—Esa posición es más o menos correcta, aunque no tienes que colocarte completamente de perfil porque, si lo haces, estarás desprotegiendo el otro lado de tu cuerpo. Para luchar con estas espadas es mejor mantenerte de frente y con los pies bien fijos al suelo. Esos movimientos que has hecho hacia adelante y detrás con la mano atrás para lo único que te servirán será para desequilibrarte y quitarte el arma. Debes aferrar la empuñadura con ambas manos.

Broc se puso en posición para mostrárselo y después le pidió que lo imitara. Freya aferró la espada con ambas manos e intentó imitarlo. No obstante, Broc se acercó enseguida para corregir la postura de sus brazos.

—Tienes que elevarlos más. Por lo que me has enseñado antes, practicabais de una manera relajada. Pero aquí lucharemos de verdad. Entonces, tienes que levantar un poco más los brazos para poder dar una buena estocada.

Cuando Freya sintió los calientes dedos de Broc en sus brazos, a pesar de llevar la camisa, creyó que le había quemado la piel, ya que notó cómo estos abrasaban la tela de su ropa y después su carne.

—Estoy enamorado de ti desde la primera vez que te vi en mis sueños… —susurró de forma inaudible.

La joven giró la cabeza en su dirección para mirarlo a los ojos. Broc estaba demasiado cerca de ella, pegado a su espalda, y la forma en la que la tocaba le pareció demasiado íntima, como un simple roce que nada tenía que ver con lo que estaban haciendo. El viento parecía haber arrastrado unas palabras que no logró discernir en un principio, pero que parece que las llevó de nuevo a sus oídos, haciéndole creer que él estaba enamorado de ella.

—¿Qué has dicho?

—Nada —susurró Broc.

El guerrero desvió la mirada hacia abajo cuando sintió sobre él los ojos verdes de la joven. Tragó saliva ruidosamente e, inconscientemente, se mordió el labio, llamando poderosamente la atención de Freya.

—¿Por qué haces eso? —fue más un suspiro que una pregunta.

—¿El qué?

—Morderte el labio…

Broc frunció el ceño.

—No hago eso.

Freya arqueó ambas cejas, pero no se movió de esa postura, incapaz de hacerlo, para alejarse de él, ya que su calor la envolvía y la mecía como un niño.

—Sí que lo haces.

—Será de forma inconsciente. ¿Te molesta?

Freya parpadeó, como si en ese instante se diera cuenta de la conversación que tenían.

—No, no… Me gusta.

Broc sonrió.

—Entonces tendré que hacerlo más veces… —ronroneó acercándose a sus labios y quedándose parado a unos milímetros de ellos.

Nerviosa, Freya se giró de nuevo hacia la espada y elevó más los brazos, tal y como le pedía, perdiéndose la amplia sonrisa que Broc esbozó en el instante en el que se separaba de ella para mirarla de lejos.

A partir de ese momento, ambos comenzaron a practicar de una forma lenta, realizando movimientos que le serían útiles para luchar con la espada, describiendo arcos, estocadas y muchas formas más con las que poder defenderse en caso de un ataque con la espada. Y fue entonces cuando Freya se dio cuenta de que sus clases de esgrima no le servirían de nada para luchar, ya que había practicado un pasatiempo, nada más. En esa época debía usar la espada para sobrevivir y a pesar de que parecía fácil, Freya sabía que aún le quedaba un largo camino por aprender.

CAPÍTULO 28

Hacía ya un rato que Freya había terminado de darse un baño. Se había arreglado con un precioso vestido que Edith le regaló, se dejó el pelo suelto a la espalda y se miró en el espejo; todo ello sin dejar de gemir por la protesta de cada uno de los músculos de sus brazos. Habían estado entrenando en el claro del bosque durante todo el día, incluso uno de los guerreros tuvo que llevarles una cesta con comida para evitar que murieran de hambre. Broc le había demostrado ser un maestro bastante exigente, sobre todo, en el manejo de la espada, pues los días anteriores al menos le había dado unos minutos de descanso entre pelea y pelea.

Sin embargo, ese día Freya descubrió que Broc quería enseñarle lo mejor posible el arte de la espada, ya que estaba segura de que esa sería el arma que terminaría usando finalmente. Además, reconoció en silencio que era el arma con la que más segura se sentía entre sus manos. Con el arco había mejorado mucho, pero había algo en él que no lograba gustarle. Por el contrario, la espada era un arma más letal, más cercana… Era un instrumento que parecía ser la continuación de su brazo, como si la espada y ella fueran una sola. Y se sintió a gusto en todo momento.

Broc le informó de que en los días posteriores practicarían un poco más con la espada antes de combinar las diferentes formas de lucha y defensa que habían practicado los días anteriores.

Pero a pesar de que su mente no podía dejar de pensar en aprender cuanto antes a luchar, Freya se obligó a mantener la cabeza en la cena de esa noche. No sabía por qué, pero se sentía realmente nerviosa. Y se dijo que tal vez no debió de aceptar la invitación de Broc para cenar a solas con él. La joven sonrió mientras se miraba en el espejo. Durante unos segundos, tuvo la sensación de que se sentía de nuevo en el futuro y había quedado con un chico para tener una cita romántica, aunque una parte de ella sabía que tenía que hablar con él de todo lo que había pasado entre ellos para dejar las cosas claras. No obstante, ¿ella misma tenía las cosas claras? Creía que sí, pero cada vez que Broc se cruzaba en su camino todo parecía trastocarse, como si su vida, sus pensamientos y todo lo que ella era se pusiera patas arriba y la obligara a replantearse todo de nuevo.

Freya pasó una mano por el vestido que Edith le había prestado con la intención de salir de ese bucle de pensamientos. Era realmente precioso. Y sonrió al pensar que claramente podría pasar por un vestido de su propia época, salvo por las mangas tan abullonadas. Era una prenda de color perla con bordados de varios pájaros repartidos por la falda. En los bajos de la misma, un ribete de color amarillo contrastaba con el color de sus ojos. El corte del corpiño era muy favorecedor, al igual que el escote en forma de corazón. Las mangas, demasiado abullonadas para su gusto, le daban un toque sofisticado para esa época, y se dijo que estaba perfecta para acudir a cenar con Broc. Aunque no pudo evitar que le asaltaran las dudas: ¿y si Broc no la veía hermosa? ¿Y si estaba demasiado arreglada? Ella estaba acostumbrada a que la vieran con pantalón, por eso temía no gustarle a Broc.

—Eso no tiene que preocuparte —se dijo mirándose al espejo.

Miró entonces hacia la ventana. El día hacía más de una hora que había llegado a su fin y seguramente Broc ya la estaría esperando en el salón donde una de las sirvientas le había indicado que el guerrero la esperaría.

Por ello, intentando no perder más el tiempo, Freya se dirigió hacia la puerta y abandonó el dormitorio. Las manos le temblaban a medida que avanzaba y se obligó a mantenerlas pegadas al costado para evitar que alguien se diera cuenta de eso.

Cuando estaba a punto de terminar de bajar las escaleras, escuchó una exclamación de sorpresa y levantó la mirada justo cuando puso un pie en el piso inferior. Y esbozó una sonrisa al ver cómo se le caía la espada a Leathan de entre las manos. Hacía varios días que no veía a su amigo, pues este seguía recuperándose de la cojera. Y por lo que le habían contado, entrenaba solo para evitar que los demás lo vieran por temor a que alguno se burlara de él por su condición. Sin embargo, en ese momento no lo vio cojear tanto como los días anteriores.

La espada de este cayó a sus pies y se quedó completamente quieto, algo que le sucedió también a Farlan, que caminaba justo detrás de él para alcanzarlo e ir a cenar juntos. Ambos se quedaron de piedra y Freya dejó escapar una sonrisa nerviosa.

—No sé si me miráis así porque estoy fea o porque realmente os gusta…

Leathan, que fue el primero en reaccionar, pasó por encima de su espada y dio un par de pasos hacia ella.

—¿Eres la misma muchacha que conocemos?

La joven rio.

—Me temo que sí.

—Pues desconocía que debajo de esa ropa que sueles usar, hubiera semejante belleza…

—Así que normalmente soy fea y ahora no…

Leathan sacudió la cabeza.

—¡No! Ya te había visto en vestidos en el castillo de Blair, pero esto… Estás preciosa.

Freya sonrió en agradecimiento y se retorció las manos, mirando entonces a Farlan.

—¿Broc te ha visto? —preguntó el mejor arquero del clan.

—Aún no.

Farlan sonrió.

—Una pena que no podamos estar presentes cuando se desmaye al verte llegar… —bromeó.

Freya puso los ojos en blanco y los rodeó.

—Entonces no voy a perder el tiempo y haré que se desmaye cuanto antes.

Leathan se carcajeó.

—¡Espero que después nos cuentes los detalles! —vociferó cuando la joven comenzó a alejarse de ellos.

La sonrisa de Freya aumentó a medida que se aproximaba al pequeño salón. Sus nervios habían desaparecido, pues Leathan siempre conseguía calmarla. ¿Cómo demonios lo haría? Freya sacudió la cabeza y retocó su pelo cuando estuvo frente a la puerta. Tragó saliva con fuerza y llamó.

La voz de Broc se escuchó desde el otro lado y Freya abrió la puerta al instante.

El guerrero llevaba poco más de diez minutos esperándola, ligeramente nervioso. En varias ocasiones se golpeó mentalmente en la cabeza por haber dispuesto todo de esa forma. Había pedido a las sirvientas que llevaran varios candelabros con velas para encenderlas a lo largo de toda la habitación, colocando finalmente uno de ellos en el centro de la mesa donde habían preparado dos platos y cubiertos. Siempre vio a su padre preparar algo así para su madre cada

año cuando llegaba el cumpleaños de esta. Y había aprendido de él que para que una dama se fijara en ti debía ser respetuoso con ella. Durante ese día únicamente se había mostrado como su instructor, pero ahora era un hombre cualquiera. Era Broc MacNab. Y estaba perdidamente enamorado de Freya.

Cuando hubo terminado de colocar todo, esperó junto a la chimenea y cuadró los hombros mientras veía su reflejo en el otro lado de la habitación. Broc sonrió y miró sus ropas. Era la primera vez en mucho tiempo que volvía a vestir el kilt con los colores de los MacNab, y a pesar de que lo había usado con anterioridad, no podía evitar sentirse extraño en su propia piel. Prefería vestir de negro, con sus pantalones, más cómodo que con el kilt, pero esa noche pensó que la ocasión requería que se presentara ante Freya como un escocés más.

Cuando escuchó los nudillos de la joven contra la puerta, volvió a cuadrar los hombros, puso las manos atrás en la espalda y le pidió que entrara. Pero lo que no sabía, ni estaba preparado para ello, era que Freya se presentaría ante él exponiendo semejante belleza, que logró dejarlo sin aliento.

No supo en qué momento su boca se abrió por la impresión, pero cuando la puerta levantó una ligera brisa al cerrarse tras ella, se dio cuenta y logró cerrarla. ¿Cómo podía ser tan hermosa y desprender tanta luz por esos preciosos ojos? Reconocía el vestido. Se lo había visto a Edith una sola vez desde que estaba en el castillo, pero sin duda le quedaba mucho mejor a Freya, pues resaltaba su belleza de una forma en la que no lograba encontrar palabras para describirla.

Broc se obligó a carraspear y parpadear, al mismo tiempo que se movía de la chimenea para acercarse a ella.

—Buenas noches —susurró la joven—. Espero no llegar demasiado tarde.

Broc negó con la cabeza.

—Llegas en el momento perfecto —respondió él, incapaz de apartar la mirada de su rostro—. Estás arrebatadora…

El guerrero vio cómo sus mejillas se teñían de carmín y sonrió tontamente. De repente, se sentía como un adolescente que, por primera vez en su vida, estaba frente a una mujer hermosa.

—¿Nos sentamos? —preguntó señalando la mesa.

Freya asintió y no pudo evitar sorprenderse cuando Broc le señaló la silla y esperó a que ella se aproximara a ella para acercarla. Una sonrisa melancólica se dibujó en sus labios al recordar todas las veces que su padre hacía ese gesto con su madre. Y después se dirigió hacia la silla que había enfrente para sentarse en ella.

—Está todo muy bonito, Broc. Gracias.

Freya señaló a su alrededor con una sonrisa y apoyó de nuevo los brazos en la mesa. Estaba aún más nerviosa que antes, pues era la primera vez que veía a Broc vestido con el kilt y parecía ser una persona muy diferente a la que había visto ese mismo día mientras entrenaban. Broc se comportaba como un guerrero cuando tenía que hacerlo, y cuando bajaba la espada y la envainaba, parecía ser un caballero; pero un caballero real. No como Blair, que fingía todo. Cada movimiento de Broc irradiaba verdad. Y eso se notaba a leguas.

—Esta mañana dijiste que querías hablar conmigo. ¿Prefieres hacerlo ahora o después de la cena?

Freya dejó escapar una risa nerviosa.

—Mejor ahora para poder cenar tranquilamente…

Broc asintió y esperó a que comenzara a hablar.

—No sé cómo decirte esto, pero no quiero que pienses que soy una mujer desvergonzada.

—¿Por qué habría de pensar eso? —la cortó, sorprendido por la forma en la que había comenzado la conversación.

—Porque… bueno, creo que de todos es sabido que antes de llegar aquí tuve o creí tener una relación con tu primo Blair… —Broc asintió seriamente—. Yo… Nunca he… ah, mierda, qué difícil es.

Freya respiró hondo.

—Yo nunca he sido una persona que se vaya a la cama con el primero que pasa. Siempre lo he hecho con alguien con quien tenía afinidad y cierta confianza. Y con tu primo pensaba que tenía algo más. Ahora sé, después de pensarlo mucho, que mis sentimientos hacia él eran demasiado superficiales porque han desaparecido muy pronto. Yo creía algo y pensaba que era mutuo. Descubrir que no era así me ha hecho mucho daño.

—Lo sé…

Freya lo miró de reojo. Sentía que iba a arder de vergüenza, ya que no quería que Broc pensara que los estaba comparando a ambos, pero tenía que poner las cosas sobre la mesa y ya vería lo que hacía.

—Tú… lo que pasó ayer era porque realmente me atraes. No quiero que pienses que lo he hecho por venganza hacia tu primo, porque no me interesas o porque simplemente quería pasar un buen rato. No es así. Desde que te conozco tengo la sensación de que ya te conocía de antes, como si toda la vida hubiéramos estado juntos y nos hemos vuelto a reencontrar. Siento cosas hacia ti, Broc. No puedo negarlo, pero también tengo miedo.

El guerrero levantó la mirada hacia ella y la observó, pensativo.

—¿Miedo de mí? ¿De que te haga lo mismo que Blair?

Freya se apresuró a negar con la cabeza.

—¡No! —exclamó—. Miedo de que esto no sea más que una ilusión y no podamos estar juntos y, por supuesto, miedo de sentir. Yo no soy de aquí y no sé si voy a desaparecer de la misma forma en que llegué aquí. Tengo miedo de iniciar algo y que no pueda ser… No podría soportarlo. Y también tengo miedo de estar equivocada y que mis sentimientos no sean realmente los que yo creo que son. Puede que solo esté triste o necesitada de cariño y no quiero hacerte el mismo daño que tu primo me hizo a mí.

Broc suspiró y apretó la mandíbula, pensativo.

—Que ayer nos acostáramos no quiere decir que tengamos que casarnos mañana, Freya —comenzó diciendo—. No quiero que te sientas presionada a nada conmigo. Yo no voy a obligarte a que me quieras o sientas algo por mí. Ya te dije el primer día que eres completamente libre de sentir y hacer lo que deseas. No voy a ponerte correas, Freya. Tu felicidad y tu libertad son las dos cosas que más me importan de ti.

La joven tragó saliva.

—¿Y si mañana quisiera encamarme con Thomas?

Casi pudo sentir la tensión de Broc cuando pronunció aquellas palabras.

—Tendría que aceptarlo. Solo quiero que seas feliz.

Freya sopesó sus palabras. Si esa noche estaba dispuesta a hablar con sinceridad, no se dejaría nada en el tintero. Y esperaba que él tampoco.

—¿Por qué te interesa tanto mi felicidad?

Broc sonrió y bajó ligeramente la cabeza, aunque sin dejar de mirarla.

—Esta mañana mientras entrenábamos… ¿Qué crees que susurré?

—Que me amas…

—Desde la primera vez que te vi en mis sueños —acabó él por ella clavando sus ojos en los de la joven.

Broc chasqueó la lengua y se levantó para acercarse a ella. Cuando llegó a la altura de Freya, le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Esta lo vio suspirar, como si tuviera que armarse de valor para algo.

—Ya sé que es algo que parece extraño, Freya, pero es así —le habló mirándola a los ojos—. Te he dicho en varias ocasiones que tú me sacaste de la oscuridad que en la que caí cuando sufrí el accidente y mi familia murió. Yo ni siquiera sabía el horror en el que se había convertido mi vida, hasta que desperté. Y fueron tus ojos, tu luz, lo que me dio fuerzas para abandonar el castillo del laird en busca de un lugar seguro. Estaba solo, Freya. Estaba solo, pero sabía que estabas a mi lado. Así me lo hacías saber cada noche cuando acudías a curar mi alma. Mis heridas físicas fueron desapareciendo con el tiempo, pero no las de mi mente y mi corazón.

El labio inferior de Broc tembló ligeramente.

—Ya te he dicho que tú tienes libertad para hacer lo que quieras, pero yo no puedo evitar sentir lo que siento por ti. Te convertiste en mi faro, y así ha sido siendo hasta ahora que realmente estás aquí. Desde ese momento, mis días se iluminaron y siento mi cuerpo con una fuerza que no había sentido jamás. Eres la única persona ante la que me arrodillaría, Freya, porque eres la única que ha alejado a los demonios que querían hacerme perder la cabeza.

—Broc… —susurró la joven con lágrimas en los ojos.

Pero el guerrero le puso un dedo en los labios. Había comenzado a hablar, y no quería que lo interrumpiera, pues temía perder la valentía que lo había llevado a expresar sus sentimientos.

—No quiero que con esto te sientas obligada a sentir algo por mí, pero si tuviera el don de que pudieras mirarte de la misma forma en que te miro yo, podrías entender lo especial que eres para mí. Siento que me ahogo si tú no estás conmigo. Siento que todo pierde el sentido. Y siento que hasta las estrellas se apagan y el cielo llora si no puedo tocarte. Y aunque tú no sientas lo mismo que yo, incluso aunque sientas odio o indiferencia por mí, lucharé para vencer esta maldita guerra y tener una mínima posibilidad de amarte, porque, aunque sea muy pequeña, hará que pueda morir en paz.

Para cuando terminó de hablar, las lágrimas de Freya rodaban por sus mejillas y caían sobre el precioso vestido. Las manos le temblaban de forma incontrolable, al igual que el resto del cuerpo, como si tuviera frío de repente, como si le hubieran dado una mala noticia. Pero ella no sentía que fuera una maña noticia. Al contrario, le parecía espectacular que Broc se hubiera abierto de esa manera. Simplemente, no se lo esperaba. Jamás habría esperado semejante declaración por su parte, por parte de un hombre al que muchos consideraban un demonio, pero que ella había podido ver el verdadero trasfondo de su corazón.

Con media sonrisa, Broc levantó los dedos e intentó limpiar sus lágrimas.

—No llores, por favor.

Tenía que decirle algo. Sus palabras habían hecho que su corazón latiera a un ritmo que jamás había sentido. De hecho, tenía la sensación de que era la primera vez que latía algo dentro de ella, como si esas palabras hubieran calado demasiado hondo en su alma.

—Yo… siento cosas por ti, Broc…

—No hace falta que me des una respuesta hoy, Freya —la cortó—. Sé lo que el miedo es capaz de hacernos sentir. Pero elijas lo que elijas, hazlo con el corazón desde la libertad, no desde el miedo. No puedo prometerte que no voy a fallar, pero sí que voy a amarte hasta el último día de mi vida.

Freya asintió y lo miró a los ojos mientras los suyos comenzaban a secarse de tantas lágrimas. Y durante unos momentos, tuvo la sensación de ver la parte más vulnerable del guerrero. Se había abierto en canal y ella no era capaz de decir nada por culpa del miedo.

—¿Por qué eres así?

Broc frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Perfecto —afirmó con seguridad.

El guerrero dejó escapar una risa y se encogió de hombros.

—Supongo que tuve al mejor maestro, que fue mi padre. Tenías que haberlo visto con mi madre…

Freya elevó una mano hacia su rostro y lo acarició mientras Broc se mantenía quieto para evitar asustarla. La joven sentía que cada centímetro de su piel era conocido por ella. Y en parte así era. Lo había visto en sueños años atrás. Había visto su parte más vulnerable, su dolor, su miedo, la bondad de su corazón… Lo había visto absolutamente todo. Y aunque había escuchado cosas horrorosas sobre él, nada tenían que ver con la realidad. Broc era un gran hombre.

—Dame un tiempo para poder alejar el miedo de mis propios sentimientos —le pidió.

El guerrero le sonrió.

—Te concedo todo el tiempo del mundo si así lo deseas. Aunque déjame decirte una cosa…

Una sonrisa pícara se dibujó en sus labios.

—Yo ya sé que estás enamorada de mí. Solo tienes que darte cuenta.

La tensión en el salón pareció menguar de golpe. Freya dio un paso atrás y rio suavemente.

—Arrogante…

Y como si hubieran estado esperando a que terminaran de hablar, las sirvientas entraron en el salón con la cena. Ambos volvieron a tomar asiento en sus respectivas sillas y disfrutaron de una velada repleta de miradas y sonrisas silenciosas.

Aunque no querían reconocerlo, ambos intentaron alargar la cena todo lo que pudieron, comiendo despacio, hablando mucho con tranquilidad, sin prisas… Hasta que, pasadas más de dos horas, dieron por finalizada la velada.

Freya se sentía increíblemente a gusto con él e incluso había aprendido mucho sobre cómo había sido su vida desde niño hasta que su familia sufrió el accidente y cambió para siempre.

Y ahora que la acompañaba a su dormitorio, Freya no quería que la noche acabara ahí. Por eso, lo miró con una sonrisa y le dijo:

—¿Qué te parece si subimos a la torre y vemos las estrellas? Hace una noche preciosa.

Freya temió que Broc se negara y le pidiera que se fuera a descansar. Sin embargo, para su sorpresa, el guerrero aceptó y ambos se encaminaron hacia las escaleras que los llevarían a la parte más alta de la torre. *Tal vez no deberías sentir tanto miedo*, se dijo Freya mentalmente mientras miraba de reojo a Broc, que subía tras ella. La expresión de su rostro había cambiado desde la primera vez que lo vio, mucho más serio y distante. Ahora el guerrero parecía ser una persona diferente, mucho más cercano y sociable. Y ni en sus más increíbles sueños había imaginado que podría ser así.

Cuando llegaron a la parte más alta, una suave brisa los recibió. Ya quedaba menos para que el verano llegara y el tiempo en Escocia había mejorado muchísimo. Atrás parecían haber quedado las lluvias torrenciales, la nieve y el invierno, aunque el olor a humedad seguía flotando en el ambiente, pues en esa época del año solía lloviznar cuando menos lo esperaban.

A su lado, Broc se cruzó de brazos y levantó la mirada. Vio algo triste en él, melancólico, como si la noche no hubiera ido como él esperaba, pues seguramente le habría gustado escuchar de sus labios que también lo amaba. Y mientras Freya elevaba su mirada hacia las estrellas, se preguntó seriamente qué era lo que sentía. No podía seguir dando vueltas al hecho de que su alma sentía que ya lo conocía. Eso ya lo sabía, pero había algo más. Había un sentimiento demasiado profundo en ella; un sentimiento que parecía atravesar cada poro de su piel, cada partícula, cada capa… Un sentimiento que lograba llegar a lugares que desconocía. Ni siquiera lo había sentido con Blair. Lo que sentía por Broc era más visceral, más rudo, más salvaje. Era una conexión especial. Y temía nombrarlo con lo que realmente era: amor.

Freya tragó saliva y desvió su mirada de las estrellas hacia Broc.

—Hay algo que me gustaría saber.

El guerrero la miró y asintió.

—¿No te importa que haya tenido… algo con Blair?

Broc no tardó en responder.

—Lo que me importa es lo que eras antes y después de él, lo que has conseguido, todo por lo que has luchado, la guerrera en la que te has convertido. Eso es lo verdaderamente importante. Lo de Blair es una experiencia más que te ha hecho enriquecerte y aprender.

Broc le sonrió.

—¿Sabes algo? Antes has dicho que soy perfecto, pero yo no me considero como tal. Tengo muchísimos defectos, pero soy fiel a lo que siento. Y pienso que si el destino te puso en mis sueños es porque tenía un plan. Y yo lo acepto, sea cual sea.

Freya asintió y como si tuviera frío de repente, se acercó más a él y pasó su brazo por el de Broc para después apoyar la cabeza en su hombro, disfrutando de ese momento como si fuera una relación normal de dos personas que se estaban conociendo.

Y al cabo de unos minutos en los que el silencio los envolvió, decidieron regresar a sus

habitaciones.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Freya al pensar en algo, y cuando Broc se dio cuenta de ello, arqueó ambas cejas:

—En el futuro, cuando dos personas van a cenar juntos se dice que han tenido una cita.

—¿Sí? Así que hemos tenido una cita…

Freya sonrió y asintió justo cuando llegaron a la puerta de su dormitorio. No quería que la noche acabara. Había sido un día increíble a su lado y, aunque sabía que al día siguiente debían entrenar, Freya no quería que ese momento llegara a su fin. Ambos se habían sincerado sobre sus sentimientos, y a pesar de que no le había dicho que lo amaba por temor a sí misma y a sufrir, Freya quería demostrarle que no le era indiferente.

—¿Y qué pasa en una cita?

—Que cuando el chico acompaña a la chica a su casa, le da un beso de despedida —respondió dejando claras sus intenciones.

Broc sonrió, mordiéndose el labio, y un segundo después la estaba besando. Fue un beso lento, tierno, lleno de esperanzas e ilusiones por parte de ambos, aunque también de miedo, de no ser quien el otro quería que fuera, de no estar a la altura, de terminar sufriendo en algún momento de lo que fuera que tuvieran.

Las manos de Broc se posaron en su cuello, atrayéndola hacia él mientras seguía besándola, disfrutando de la suavidad y el calor de sus labios. Freya se entregó por completo a él, armándose de valor ante lo que corría por sus venas y acababa latiendo en lo más profundo de su corazón.

Y cuando al cabo de unos segundos Broc rompió el beso y la miró, Freya estuvo a punto de pedirle más. Pero logró contenerse y le sonrió.

—Ha sido la cita perfecta.

El guerrero sonrió y dio un paso atrás.

—Es divertido aprender cosas de tu época.

Freya asintió y recordó con cierta tristeza que Blair nunca le había preguntado nada del futuro. Al contrario que Broc, que le había hecho infinidad de preguntas. Y ese era otro punto a tener en cuenta, ya que demostraba el verdadero interés del guerrero en aprender de ella. Si no estuviera realmente interesado, haría lo mismo que Blair.

La joven sacudió la cabeza de forma imperceptible, pues se sentía mal por compararlos. Sabía que no estaba bien hacerlo, pero no podía evitarlo, ya que era una forma de asegurarse que las palabras de Broc eran ciertas.

—Bueno, me voy a la cama —dijo el guerrero al cabo de unos segundos—. Descansa.

Freya asintió y apretó los puños cuando sintió que su cuerpo gritaba para que se quedara con ella, que le diera calor, que volviera a hacerla sentir en una nube. Sin embargo, abrió la puerta de su dormitorio y entró en él. Hasta ahora, Broc estaba cumpliendo con su palabra. Le estaba dando el tiempo suficiente para que pusiera en orden sus pensamientos y decidiera si sentía algo por él o no. Y eso hizo que algo se agitara en su interior.

Freya cerró la puerta de su dormitorio detrás de ella y se apoyó contra esta. Durante unos minutos solo pudo escuchar el crepitar del fuego, aunque poco a poco, en su cabeza pareció

escuchar el sonido de unos tambores, los mismos que había escuchado cuando se encontraba en el castillo de Blair y algo se agitaba, animándola a hacer algo, como si algo le dijera que estaba allí por un motivo. Y ese motivo no era solo ayudar a Broc. Eso lo sabía.

Los latidos de su corazón se unieron al ritmo del tambor que había en su interior. De repente, las manos comenzaron a sudarle, como si un extraño fuego ardiera en las palmas. Freya bajó la cabeza hacia ellas y las vio normales, aunque algo más rojas de lo normal. El tambor comenzó a ser más fuerte y cerró los ojos un instante. Y en ese estado extraño volvió a ver a Broc, a ese joven que había sufrido por la pérdida de sus padres. Ella tenía de nuevo las manos llenas de luz y se acercaba a él para ponerlas en el corazón. Y en ese momento comprendió el motivo por el que estaba allí. No solo lo ayudaría a ganar la guerra, sino también a salvar su alma. En esa visión había algo en la palma de su mano; llevaba un colgante suyo. No era ostentoso, sino que se trataba de un colgante simple de una pequeña espada que le había llamado la atención tiempo atrás en una feria medieval y que ahora recordaba que era exactamente igual que la espada que Broc le había regalado, pero que ella misma se había dejado en la mochila que se había quedado en el castillo de Blair cuando Thomas la secuestró. Y en esa visión, Freya se lo entregaba a Broc: *Esto te salvará*, creyó escuchar que le decía. Este lo tomó entre sus manos y lo miró. Y en ese momento, Freya abrió los ojos respirando con fuerza. El sonido de ese tambor dejó de sonar y tan solo el fuego rompía el silencio generado en su habitación.

Freya miró a un lado y a otro de la estancia y llenó sus pulmones lentamente para intentar calmarse. ¿Cómo demonios había hecho eso? Ella jamás había tenido visiones, ni había vivido algo extraño. Pero había visto un colgante suyo en sus manos llenas de luz. Y en el momento en el que se apartó de la puerta, escuchó que algo caía al suelo, junto a ella.

Freya dio un respingo y miró hacia abajo. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y dio un paso atrás, incapaz de creer lo que estaba viendo. El mismo colgante, ese que había dejado en su mochila en el castillo de Blair, descansaba en el suelo y parecía brillar más que nunca.

—Pero ¿cómo ha llegado esto aquí? —preguntó en voz alta.

Freya se agachó y lo tomó entre sus manos. Parecía quemar, por lo que lo pasó de una mano a otra hasta que se acostumbró a su temperatura. La joven frunció el ceño y le dio la vuelta. Sin lugar a dudas, era el mismo colgante que ella tenía, incluso olía a su perfume. Pero ¿cómo había llegado hasta allí? Más de una vez había pensado en su mochila y en todas las cosas perdidas, y se había repetido hasta la saciedad que Blair seguramente las habría quemado, aunque el colgante ahora le confirmaba que no.

La joven lo apretó entre sus dedos. Ahora tenía las cosas claras. En los ojos de Broc había visto la verdad, y no podía fallarle. Por eso, abrió de nuevo la puerta de su dormitorio y se encaminó hacia el del guerrero.

Freya llamó suavemente y cuando Broc le dio paso y entró, lo vio apoyado en la repisa de la chimenea con la ropa aún puesta. Su corazón comenzó a latir con fuerza y boqueó varias veces.

—¿Estás bien, Freya?

La joven asintió y se acercó a él apretando con fuerza el colgante en su mano derecha.

—Yo… bueno, tú me has hecho dos regalos desde que estoy aquí, Broc. Yo no tenía nada para regalarte, y de hecho tal vez esto te parezca una tontería porque no es tan caro como lo que tú me has regalado…

Freya levantó la mano y le tendió el colgante.

—Este colgante es mío. La suerte, el destino o la magia quiso en su día que lo comprara y es exactamente igual a la espada que me has regalado.

Broc entornó los ojos y lo tomó entre sus manos. Al rozar los dedos de la joven se dio cuenta de que tenían una temperatura demasiado alta, sin embargo, no le dio importancia.

—Siempre fue mi colgante favorito. Y creía que lo había perdido para siempre cuando Thomas me trajo aquí porque me lo dejé en mi mochila… mi alforja —se corrigió—. Pero ahora ha aparecido a mis pies. No sé cómo, pero ha aparecido de golpe, y quiero que sea tuyo.

—Pero es tu colgante, Freya… —susurró el guerrero.

—Y ahora es tuyo porque con él no solo te entrego una pieza de joyería, también quiero entregarte mi corazón.

Los ojos de Broc se levantaron de golpe, como si ella lo hubiera zarandeado. La miró largamente y vio que sus mejillas estaban teñidas de rojo, haciendo que su rostro fuera aún más hermoso y adorable. Su nerviosismo era más que evidente y se retorcía las manos, avergonzada.

—He tenido muchas dudas, Broc. Pero ya no. No puedo seguir negando lo que siento por ti, lo que he sentido cada vez que has aparecido en mi mente, porque sé que han sido muchas veces. Ahora entiendo por qué tenía la sensación de conocerte de antes. Te he visto muchas veces, pero las había olvidado. Lo lamento. No debí olvidarlas. Y haré lo que esté en mi mano para hacerte feliz.

Freya dio un paso hacia él, acercándose aún más. Vio que la sorpresa se reflejaba en los ojos del guerrero, que aferraba el collar como si fuera su mayor tabla de salvación. Levantó una mano y lo tomó para abrirlo y ponerlo ella misma en su cuello. Un sorprendido Broc agachó ligeramente la cabeza para ponerse a su altura y cuando Freya lo cerró, aferró el colgante que había ahora en su pecho.

—Broc, la luz que has visto no es solo mi propia luz, sino la nuestra. Ahora entiendo que nuestras almas están conectadas de alguna manera, como si antes de pisar la Tierra hubiéramos hecho un pacto entre nosotros. Nuestra luz se unió el día que el destino decidió volver a encontrarnos. Tu camino es mi camino. Tu alma es mi alma. Tu vida es la mía. Y tu amor es mi amor.

Freya tocó la barba que cubría su rostro. Era tan atractivo que no estaba segura de estar a la altura, pero sabía que lo amaba por encima de todo. Ahora sí lo entendía. Y sabía también que él la amaba. Y si tenían un trabajo que hacer, sería de la mano.

—No sé si el destino dejará que nos amemos libremente, pero sí te digo que lucharé contra la muerte para no separarme jamás de ti, Broc.

El guerrero acortó la distancia con ella y aferró su rostro para besarlo. No necesitaba escuchar nada más que eso. Algo se agitó en su corazón. Lo amaba. Le acababa de confesar que lo amaba. Y él se sentía el hombre más dichoso sobre la Tierra.

El beso nada tenía que ver con la ternura que ambos habían demostrado en el pasillo minutos antes. Ahora eran la pasión y la necesidad los que habían tomado ventaja sobre todo lo demás. Broc logró quitarle con facilidad el vestido, dejando que cayera a sus pies y Freya se mostrara ante él completamente desnuda. Cuando las manos de la joven fueron a su ropa, él mismo guio sus dedos para que lograra desanudar todas sus prendas, incluido el kilt que se había puesto

especialmente para la ocasión.

Cuando ambos estuvieron desnudos, sus manos buscaron todos y cada uno de los recovecos de su cuerpo para acariciarlo con devoción. La necesidad los acuciaba y Freya gimió cuando los dedos del guerrero acudieron a la zona baja de su vientre hasta llegar a su entrepierna. Allí se detuvo y la acarició lentamente, arrancándole gemidos y haciendo que sus piernas temblaran hasta tal punto que estuvo a punto de caer al suelo de no ser porque la aferró de la cintura.

Freya tiró de él para acercarlo a la cama, pero Broc negó con la cabeza y una sonrisa pícara en los labios.

—Broc… —gimió la joven con deseo.

El guerrero atrajo su cintura hacia él y la miró a los ojos, ardiendo de deseo.

—¿Qué quieres de mí? —susurró contra sus labios.

—Quiero que me hagas tuya —murmuró casi sin aliento.

Broc sonrió aún más, incapaz de contenerse, pues su miembro palpitaba con un apetito tan ávido que apenas podía parar.

—Mía… —ronroneó—. Completamente mía…

Y besándola una vez más, en lugar de conducirla hacia la cama, se dirigió hacia la chimenea, arrancándole gemidos a cada paso que daban. Cuando estuvo frente a esta, Broc dejó de besarla y la observó con la mirada más negra que nunca, como si hubiera dejado salir al demonio que llevaba dentro.

—Date la vuelta, Freya —dijo con voz ronca.

Sin apartar la mirada de él, Freya obedeció y lo miró por encima de su hombro, ardiendo en deseo por la mirada con la que el guerrero recorrió su cuerpo.

Broc levantó una mano y, con los dedos, recorrió su cuerpo desde la base de su cuello, pasando por su columna vertebral hasta acabar en sus nalgas, donde se detuvo largamente, pasando los dedos de una a otra, hasta que la obligó a abrir un poco más las piernas.

—Mía… —volvió a susurrar.

La respiración de Freya se hizo más intensa. Le parecía el momento más erótico que había vivido en toda su vida. Apenas podía ver con claridad a Broc, tan solo su sonrisa pícara la seguía a todas partes. Y cuando Broc se arrodilló tras ella se preguntó qué iba a hacer.

Todo su ser vibró cuando sintió la lengua del guerrero entre sus piernas. Freya gimió tan alto que estaba segura de que la escucharían desde otras habitaciones, pero no le importó. Su cuerpo se inclinó hacia adelante, obligándose a aferrarse a la repisa de la chimenea, y abrió aún más sus piernas. Así de pie, dejó que Broc la devorara, imprimiendo en cada lamida una clara amenaza de lo que le esperaba ahora que se había declarado a él y le había confesado que lo amaba.

La cabeza de Freya cayó hacia adelante cuando el guerrero introdujo de sus dedos en su húmeda intimidad. La joven amenazó con rasgar la repisa de la chimenea con sus uñas, pues no era capaz de aguantar todo el placer que le estaba regalando. Y cuando su interior explotó, lanzó un gemido que llenó el espacio del dormitorio. El propio Broc recogió con su boca cada latido de su ser hasta que por fin paró y le dio unos segundos de tregua.

Freya estuvo a punto de apartarse de la chimenea y girarse hacia él, pero las manos de Broc se posaron sobre sus caderas, obligándola a mantenerse en su lugar.

—No, quiero que te quedes quieta. Completamente quieta —dijo lentamente.

—Broc… —gimió la joven cuando sintió contra sus nalgas el miembro duro del guerrero.

Las manos de este se mantuvieron en sus caderas, quietas, deseosas de más… Sin embargo, el deseo hizo que volviera a recorrer su espalda con los dedos, erizando su piel, alargando un momento que parecía ser la peor tortura a la que habían sometido a la joven. Y con una sonrisa, llevó las manos hacia los antebrazos de Freya, que aún estaba ligeramente inclinada hacia la chimenea.

—Quiero que no te muevas —ronroneó contra su oído—, y, sobre todo, que no te sueltes de la repisa.

Freya dejó escapar un suspiro y cerró los ojos.

—Pero, Broc… —se quejó, queriendo tocarlo.

—Shh… —susurró nuevamente, llevando las manos a su cadera—. Agárrate fuerte y no te sueltes.

Y sin darle opción a quejarse, Broc la penetró con fuerza, arrancando un fuerte gemido de su garganta. Freya calvó los dedos en la repisa y fijó su mirada nublada en el fuego que había frente a ella. Pero era aún peor el fuego que sentía en su interior. Creía arder en cada vena, arteria, cada poro de su piel. Y cuando Broc la penetró de nuevo y su cuerpo amenazó con caer sobre el fuego, se aferró con todas sus fuerzas a la chimenea con sus brazos temblorosos mientras gemía de placer con cada embestida.

Una mano de Broc acarició su espalda hasta acabar aferrando uno de sus pechos. En ese instante, la joven giró la cabeza en su dirección y al ver cómo el guerrero se mordía el labio inferior con fuerza, como siempre solía hacer, sintió que algo dentro de ella explotaba de nuevo, haciéndola gritar aún más fuerte que antes.

—Broc… —vociferó mientras el orgasmo la taladraba una y otra vez.

Este se quedó quieto un segundo en su interior y le pidió que se incorporara. En el momento en el que la espalda de Freya dio contra su pecho y sintió su respiración agitada y sus brazos lánguidos, Broc sonrió y besó la base de su cuello.

—¿Ya estás cansada? —ronroneó contra su oído.

—No… Quiero más.

—Lo tomaré como una orden…

Broc salió de su interior y la giró hacia él. Vio que las piernas de la joven apenas la sostenían, por lo que la aferró de las nalgas y la elevó contra él. Freya pasó las piernas alrededor de su cadera y se dejó llevar hacia la cama. Cuando la depositó sobre ella y se irguió, mirándola a los ojos, Freya sintió que era la mujer más afortunada del mundo, pues descubrió la forma en la que el guerrero la miraba, y supo que para él era realmente importante, ya que sus ojos brillaban de una manera especial.

Broc la cubrió con su cuerpo y Freya gimió, deseando que la penetrara hasta lo más profundo de su ser. Y cuando se sintió llena de nuevo, su espalda se arqueó de placer. Las uñas de la joven arañaron la espalda del guerrero, que gruñó, disfrutando de ese suave escozor. Escondió el rostro en el hueco de su cuello y aspiró su aroma. La amaba tanto que estaría dispuesto a lo que fuera por ella, incluso a ponerse de rodillas ante su peor enemigo. Y en ese momento, Broc comenzó a temblar de placer hasta que acabó derramándose en su interior al tiempo que Freya gritaba su

nombre.

CAPÍTULO 29

Tres días después habían entrenado lo suficiente con la espada como para que Broc decidiera que era momento de que Freya se enfrentara a lo que podría ser una batalla real. Le había sorprendido muchísimo el progreso de la joven durante esos tres días, ya que la noche anterior llegó a pensar que Freya ya sabía manejar la espada de antes y les había mentido a todos.

Había logrado aprender infinidad de movimientos en poco tiempo, tácticas de ataque y defensa, incluso le había enseñado qué hacer en caso de perder la espada y no poder recuperarla en unos minutos, ya que debían pensar en todas las posibilidades.

Durante esos tres días, el castillo se había convertido en un lugar de jolgorio, puesto que deseaban celebrar que Freya y él estaban juntos y aunque no se habían casado, sí habían celebrado una pequeña fiesta, casi obligados por sus hombres, que estaban felices de verlo tan dichoso por primera vez en mucho tiempo.

Pero esa fiesta había terminado el día anterior y ahora debían entrenar. Durante la fiesta, le había pedido a Thomas, Leathan y Farlan que acudieran con ellos al claro del bosque para entrenar y simular una batalla. Así podrían ver cómo se desenvolvía Freya en una situación real. Sus hombres habían aceptado al instante, ya que sabían que el momento clave estaba llegando.

Y ahí se encontraban en ese momento, en el claro mientras colocaban varias dianas desperdigadas y ellos mismos se preparaban para luchar. Broc esbozó una sonrisa al ver que la cojera de Leathan era casi nula. Le había costado mucho recuperarse e incluso hubo un momento en el que llegó a pensar que no podría volver a ser el guerrero que era, pero Leathan se había aplicado durante el último mes para recuperarse del todo.

Por su parte, Thomas estaba más contento de lo normal. Sabía que era el que más se alegraba por él, ya que era el que más había escuchado hablar de Freya, y aunque su amigo no había dejado de burlarse tanto de la joven como de él, sabía que lo hacía con el corazón en la mano.

Farlan, por su parte, había dado todo de él para que esta aprendiera el manejo del arco. Siempre lo había considerado el mejor arquero del clan y se lo había demostrado en varias ocasiones. Además, sabía que había hecho amistad con Freya, por lo que era el mejor guerrero para completar el entrenamiento de la que esperaba que algún día fuera su esposa.

Suya… Ya no recordaba cuántas veces lo había pronunciado, pero cada vez que se enterraba en ella no dejaba de repetirlo. Esos últimos tres días habían sido los mejores de su vida. Había derribado todas las barreras de la joven, que se mostraba ante él con total libertad, por lo que había descubierto muchas partes de ella que desconocía y que habían hecho que la amara aún más. Sus propias barreras también habían caído a sus pies, pero en ese momento no era su amante, era su instructor, y a pesar de que la miraba con anhelo y como miraría un lobo a su presa, debía centrarse y comenzar a luchar.

—Bueno, hemos preparado esto para ver cómo podrías desenvolverte en una batalla real. Hemos dejado tu arco en el otro lado del claro, así que imagina que ya has luchado un rato y lo has perdido. Tienes que llegar a él para volver a tomarlo y seguir luchando. Si pierdes la espada por el camino, tendrás que usar los puños, pero intenta escapar en todo momento.

Freya asintió. Dejó de mirarlo como un hombre y comenzó a verlo como un guerrero; un guerrero que no se había quitado el colgante que le regaló en ningún momento. Miró a su alrededor y grabó en su mente todo lo que le había dicho Broc.

—Así que habéis preparado una gymkana.

Los cuatro hombres se miraron entre sí.

—¿Una qué? —preguntó Thomas.

—Cada día hablas más raro, muchacha —se quejó Leathan apoyándose en la empuñadura de su espada.

Freya sonrió.

—Es un conjunto de pruebas de destreza, habilidad o fuerza. Lo suelen hacer en los colegios…

Leathan enarcó una ceja.

—Los niños suelen ir a un lugar a aprender… Bah, de ahí saldrá otra explicación y nunca terminaré.

Farlan se rio dándole una palmada en la espalda a Leathan.

—Deberías ir tú al futuro a ver qué opinan de ti.

El aludido lo miró de reojo.

—Al menos yo soy más atractivo que tú. Se enamorarían de mí enseguida.

Freya lanzó una carcajada, al igual que Broc, que negó con la cabeza.

—Vamos a comenzar, por favor —les pidió el guerrero desenvainando la espada y alargando la mano para pedirle a Freya la suya—. Lo haremos más difícil. Tiraré tu espada al otro lado y tendrás que empezar a luchar con los puños para llegar a ella.

Thomas sonrió de lado.

—Intentaremos no golpearte en esa linda carita…

Freya hizo un gesto obsceno que estuvo a punto de hacer que los ojos de Thomas salieran de sus órbitas, pero que hizo que los demás rieran. Y cuando se vio completamente desarmada y sola frente a ellos. Tragó saliva. Los rostros de los cuatro guerreros se tornaron serios, poco quedaba ya de las bromas de unos segundos antes. Freya intentó recordar todos y cada uno de los movimientos que le habían enseñado, y a una señal de Broc, todos se lanzaron contra ella.

Broc la rodeó y se colocó justo detrás de ella, amenazando con ser el primero en atacar, Leathan y Farlan se quedaron ligeramente rezagados, por lo que no tenía que preocuparse por ellos en ese momento. Thomas entrecerró los ojos y dio un par de pasos rápidos hacia ella, levantando la pierna y golpeándola con ella en el centro del cuerpo. Enseguida, la joven se vio impulsada hacia atrás, donde ya la esperaba Broc para inmovilizarla por la espalda. Sus fuertes brazos la rodearon al tiempo que Thomas se acercaba a ella para golpearla de nuevo.

Freya lanzó un rugido de rabia y aprovechó que Broc la aferraba por la espalda para apoyar su peso en él y levantar ambas piernas. En el mismo momento en el que el segundo al mando del castillo levantaba los puños para golpearla, Freya le propinó un par de patadas en el pecho que lograron hacerlo caer de espaldas a dos metros de ella. Sin perder tiempo, la joven volvió a poner los pies en la tierra y levantó los brazos para agarrar con fuerza el cuello de Broc. Imprimiendo toda la fuerza que tenía en el cuerpo, logró levantar el cuerpo del guerrero por encima de su hombro. Se dobló sobre sí misma y lanzó a Broc al suelo, sorprendiéndose de sí misma al descubrir la fuerza que había en su interior.

Con gesto anonadado, Leathan se lanzó contra ella en ese momento, pero Freya levantó una

pierna, giró sobre sí misma y logró golpearlo en la mandíbula. El guerrero lanzó un gemido de dolor antes de caer al suelo en el momento en el que Farlan intentaba propinar un puñetazo a Freya. No obstante, esta bloqueó el golpe con el codo y le asestó un puñetazo en el pecho antes de mover rápidamente la mano, girar sobre sí misma y retorcer la muñeca de Farlan a su espalda. Cuando este gruñó de dolor, vio que los demás ya estaban levantándose del suelo, por lo que lo soltó y corrió hacia el primer objeto que le habían arrebatado: la espada.

La primera parte del entrenamiento la había superado con creces, mucho mejor de lo que había esperado, pero ahora se centró en lo siguiente. Los demás desenvainaron las espadas y Broc fue el primero que se lanzó contra ella. A pesar de que era un simple juego, Freya no podía evitar sentirse mal ante la idea de hacerle daño al hombre al que amaba, pero este mostraba su rostro concentrado y dando muestras de que no la veía como una mujer cualquiera, sino como una enemiga.

Freya logró parar con maestría el espadazo del guerrero, aunque lo hizo con tanta fuerza que los músculos de sus brazos se quejaron. Dio un paso hacia atrás y giró la muñeca sobre sí misma antes de parar un nuevo golpe de Thomas. A partir de ahí, los cuatro guerreros parecían ponerse de acuerdo respecto a cuál de ellos sería el siguiente en atacar, pero Freya lograba detener cada uno de los golpes con facilidad.

—¡Solo paras, no atacas, Freya! —vociferó Broc tras otra embestida más.

El guerrero tenía razón. Lo único que iban a conseguir sería hacerla desfallecer, por lo que tenía que ordenar su mente para ser ella la que tomara la iniciativa y atacara de una vez por todas. Y un segundo después, cuando logró tomar el aliento suficiente para seguir, Freya fue la primera en atacar. Y a pesar de que lograba hacer cada movimiento con facilidad, no pudo parar con facilidad una estocada de Leathan, que le abrió una pequeña herida en el brazo.

Freya gritó de dolor, pero no paró ni un segundo, logrando ser ella la que abriera una herida en el costado del mismo. Enseguida se lanzó contra Thomas, al que, tras girar sobre sí misma, logró abrir también una pequeña herida. La joven hacía lo posible para no herirlos demasiado, pero si querían simular una batalla de verdad, debía haber derramamiento de sangre.

Y dos minutos después, antes de que perdiera el aliento, Freya logró deshacerse de Broc y Farlan, a los que también hirió, ganando unos pequeños segundos de ventaja. Segundos que aprovechó para correr hacia el arco, del que no tenía flechas, pero lo tomó con fuerza y, arrodillada, al tiempo que se giraba hacia atrás, lo tensaba, apuntando a Farlan.

—Si tuviera una flecha, ahora estarías muerto —dijo recuperando el resuello.

El guerrero se detuvo y levantó las manos con una sonrisa mientras los demás la miraban con cara de estupefacción. Fue Thomas el primero que comenzó a aplaudir, seguido de Leathan, que la observaban con una sonrisa. En poco más de quince minutos había logrado reducirlos, herirlos y, si hubiera tenido una flecha, habría podido matarlos.

Freya se puso en pie y observó a Broc, que la miraba con una mezcla de sorpresa y orgullo.

—Creo que nunca he conocido a nadie que sea capaz de aprender a luchar en tan poco tiempo —le dijo—. Enhorabuena, guerrera.

La joven sonrió y aferró el arco con fuerza, estrechándolo contra ella, totalmente emocionada. Ni siquiera era consciente de lo que había hecho, ni de lo que había conseguido, pero al ver los rostros de los guerreros y los aplausos que rompieron el silencio del bosque, supo que había logrado algo demasiado grande.

Recuperando poco a poco una respiración más lenta, Freya se acercó a Broc con una sonrisa. Este no dejaba de observarla y cuando dio un paso hacia ella, la expresión de su rostro cambió de repente, tornándose roja y dolorida, provocando que su sonrisa se desvaneciera.

—¿Qué pasa? —vociferó la joven tomándolo entre sus brazos al ver que caía impulsado hacia adelante—. ¡Broc!

Cerca de ella, el gruñido de dolor de Farlan rompió también el silencio a su alrededor. Con miedo, la joven dirigió la mirada hacia él y vio que también caía al suelo con una flecha clavada en su hombro. Al dirigir su mirada a Broc, descubrió que de la espalda de este sobresalía otra flecha. Freya lanzó un grito de horror.

—¡Nos atacan! —vociferó Thomas—. Freya, ayuda a Farlan.

Enseguida, Leathan y Thomas corrieron hacia Broc, que tenían más fuerza para ayudarlo a caminar. Freya corrió entonces hacia Farlan, que gemía de dolor con una rodilla clavada en el suelo.

—¿Puedes caminar?

El guerrero asintió y, con la ayuda de la joven, logró ponerse en pie. Una flecha más cayó cerca de ellos, horrorizando a Freya, que miró hacia atrás, al límite del claro, pero no vio absolutamente nada que llamara su atención. Desde luego, los hombres de Blair habían sabido esconderse para evitar ser descubiertos.

Comenzaron a caminar como pudieron, con el brazo de Farlan alrededor de su hombro. Freya tomó su mano y pasó el brazo por su cintura para que el peso del guerrero cayera ligeramente sobre ella. Y cuando su mirada se centró en el frente, estuvo a punto de lanzar otro grito, horrorizada. Broc era ayudado por Leathan y Thomas a caminar. Iban por delante de ellos, a cierta distancia, pero la sangre que chorreaba por su espalda hizo que su vello se pusiera de punta.

—Vamos, aguanta, Farlan —le dijo al guerrero, aunque también era como algo que se decía a sí misma para evitar dejarse llevar por la desesperación.

Otra flecha volvió a caer cerca de ellos, y a esa las siguieron otras tantas, aunque ninguna lograba darles. Freya no estaba segura de si solo habían pretendido herir a Broc y Farlan y ahora fallaban la puntería o solo querían advertirles. Pero lo que sí tenía claro era que la flecha había penetrado bastante tanto en la herida que mostraba Broc en su espalda como en la de Farlan, cuyo rostro se contraía a cada paso por el dolor. Justo antes de salir del bosque y dejarse ver ante los guardias del castillo, Freya sintió un dolor punzante en su costado y, segura de que se trataba de sus músculos, que se quejaban por el peso de Farlan, no le dio importancia. La sangre del guerrero comenzó a manchar su ropa y cada pocos metros le susurraba palabras de aliento para que siguiera adelante, pues ya estaban llegando.

Cuando los guardias de la muralla vieron que habían sido atacados, abrieron el portón en cuestión de segundos. Entre varios de ellos, ayudaron a Leathan y Thomas para llevar a Broc cuanto antes a sus aposentos, mientras que otros acudieron en ayuda de Freya, que cuando se vio libre de Farlan, corrió tras los guerreros que llevaban a Broc.

Descubrió que este estaba a punto de perder la conciencia y Freya temió que la herida fuera más profunda y peligrosa de lo que parecía en un principio.

—¡Llamad a la curandera! —vociferó alguien, cuyo rostro no logró discernir en medio del

pasillo del castillo.

Thomas también gritó órdenes a las sirvientas para que llevaran todo lo necesario al dormitorio de Broc para poder limpiar y curar la herida mientras llegaba la curandera.

La joven los siguió retorciéndose las manos tras dejar el arco tirado a un lado de la enorme puerta de entrada. Ya iría a por él cuando todo hubiera pasado.

Se le hizo eterno el camino desde que entraron en la fortaleza hasta el dormitorio de Broc a pesar de que este era el primero que había nada más subir las escaleras. Leathan abrió la puerta de una patada y entraron deprisa. En cuestión de segundos, Broc estaba bocabajo en la cama, con la cabeza girada hacia la derecha y con Thomas rasgando su camisa para ver cómo de profunda estaba clavada la flecha.

—Broc… —susurró Freya acercándose a la cama.

En el momento en el que vio sus ojos, cerrados tras perder la consciencia, la joven estuvo a punto de gritar por él. Si estuvieran en el futuro, la curación sería más fácil y rápida que en ese momento. Y sabía que ahí existía la posibilidad de que la fiebre se lo llevara.

—No está la curandera… —dijo una de las sirvientas desde la puerta.

Leathan maldijo en voz baja y miró a Thomas, que gruñó por lo bajo mientras se remangaba la camisa.

—Entonces lo haremos nosotros… —sentenció.

Freya dejó escapar una exclamación.

—¿Sabéis hacerlo?

Leathan la miró con una ceja enarcada.

—Qué poca fe tienes en nosotros, muchacha. Lo hemos hecho muchas veces, pero la cicatriz será más visible…

—Mientras le salvéis la vida, no importa la cicatriz —le respondió.

Leathan asintió y miró hacia las sirvientas cuando llevaron todo lo necesario en ese momento. Cerca de ellos, el grito de Farlan rompió el silencio en el pasillo, señal inequívoca de que le habían sacado la flecha del hombro.

Freya se estremeció ante el momento que le quedaba a Broc por pasar, aunque agradeció que hubiera perdido la consciencia. Vio cómo Leathan y Thomas se colocaban a un lado y otro de Broc y el segundo llevaba las manos hacia la flecha para sacarla. En ese instante, Freya sintió que todo daba vueltas a su alrededor, aflojando sus rodillas y amenazando con desmayarse. La joven necesitó apoyar una mano en la pared de piedra, pues no quería ser una persona más de la que estar pendiente. Tal vez fue la sangre, el olor a esta, el hecho de que era Broc quien estaba herido… No lo sabía, pero sentía que estaba a punto de desfallecer.

La joven respiró hondo varias veces hasta lograr calmar el gruñido de su estómago, que quería vomitar lo que había desayunado esa mañana. Y tan solo se sobresaltó en el momento en el que Thomas tiró fuerte de la flecha y esta salió de la espalda de Broc, salpicando sangre a un lado y otro de las sábanas. Unas sábanas donde esa misma noche habían hecho el amor hasta bien tarde y donde habían dormido abrazados como una sola persona. Y ahora estaban manchadas con su sangre…

Los ojos se le llenaron de lágrimas y acudió a la cama para tomar la flácida mano de Broc en

un intento por darle fuerzas, pero este apenas se movió. Ni siquiera gruñó cuando Leathan y Thomas tocaban su herida para limpiarla y curarla. Y eso hizo que el corazón de Freya se llenara aún más de rencor por Blair.

—La sangre no deja de salir… —La voz de Thomas sonó realmente preocupada.

—¿A qué te refieres? —preguntó Freya.

Ambos guerreros apretaban paños contra la herida, pero estos se mancharon de sangre en cuestión de segundos.

—Que no hay manera de parar la salida de la sangre, maldita sea —la desesperación era latente en él, que por primera vez no sabía qué hacer.

—Si sigue así, se va a desangrar… —gruñó Leathan.

El corazón de Freya se paró durante unos momentos. ¿Cómo que iba a desangrarse? No era posible. La joven miró el rostro de Broc y descubrió que bajo la barba estaba realmente pálido, más que nunca. Y algo dentro de ella se agitó con la misma desesperación que Thomas.

Volvió a azotarla un mareo, que la sentó de nuevo sobre el colchón, pero su determinación era más fuerte que cualquier otro sentimiento. No podía dejarse llevar por el miedo, y entonces se dio cuenta de lo que tenía que hacer. En los peores y más dramáticos momentos en la vida de Broc, ella había estado ahí; lo había acompañado, lo había sacado de la oscuridad, pero, sobre todo, lo había sanado. Recordó la luz que había en sus manos y, apartando a Leathan con desesperación, respiró hondo y puso las manos en la espalda del guerrero.

El propio Thomas se apartó, mirándola como si fuera la primera vez que reparaba en su presencia. La joven hizo caso omiso a la mirada que le dirigieron ambos guerreros, que pensaban que se había vuelto loca. Sin embargo, ella hizo lo que creía que tenía que hacer. Freya cerró los ojos y afianzó sus manos en la espalda de Broc. El amor que sentía por él hizo que algo extraño brotara de lo más profundo de su corazón y de su alma. Deseó con todas sus fuerzas que se recuperara, que volviera a abrir los ojos y, mientras tanto, dejó de escuchar las respiraciones agitadas de los guerreros a su alrededor para dar paso a los tambores que siempre solía escuchar en sus momentos más extraños. Unos tambores que comenzaron a sonar más fuertes que nunca y que hicieron que le quemaran las palmas de las manos. Todo a su alrededor dejó de existir, como si hubieran quedado en la habitación únicamente Broc y ella.

En ese extraño estado, Freya creyó escuchar la voz de Broc, desesperada, llamándola como hacía años cuando estaba herido. Un extraño y poderoso calor recorrió su cuerpo hasta la punta de los dedos de su mano, y cuando creyó que iba a arder con ese calor, todo quedó de nuevo en silencio. Freya siguió con los ojos cerrados, hasta que la maldición de Thomas la obligó a abrirlos.

—Qué demonios…

Freya levantó la mirada hacia él y descubrió que tanto Thomas como Leathan miraban asombrados la espalda de Broc, allí donde ella aún tenía puestas las manos. La joven bajó la mirada y descubrió, con sorpresa y estupefacción que la herida estaba cerrada y tan solo la sangre aún fresca en sus manos dejaba muestras de que algo había pasado.

—Pero ¿cómo…?

Freya se incorporó y se quedó de pie, mirándose las manos. Cuando tuvo los ojos cerrados había visto luz, pero nada más. ¿Acaso era magia? No tenía respuesta para eso, y esperaba que

los guerreros no le preguntaran cómo lo había hecho.

—Has logrado curarlo, muchacha —murmuró Leathan casi sin voz.

—¿Cómo demonios has hecho eso?

Freya se encogió de hombros y volvió a apoyarse contra la pared, incapaz de mantenerse de pie. Lo que fuera que había hecho con Broc la había dejado sin fuerzas y estaba a punto de caer al suelo.

—No lo sé…

Thomas la observaba con admiración, hasta que una sonrisa de agradecimiento apareció en sus labios.

—Gracias por salvarlo.

Freya asintió y les pidió que movieran a Broc para ponerlo bocarriba. En cuestión de segundos, habían obedecido y a una petición más suya, los dejaron solos.

—Volveremos en media hora a ver si ha despertado.

Freya asintió y se acercó a la jofaina más cercana para lavarse las manos. Cuando estuvieron limpias, se acercó de nuevo a la cama. La joven se sentó en la cama, pero el mareo que sentía la hizo deslizarse hasta el suelo. No quería tumbarse al lado de Broc para evitar hacerle daño. Pero sí tomó su mano y la estrechó con fuerza. Después apoyó la cabeza en su brazo y respiró hondo para intentar calmar ese intenso mareo que hacía que todo a su alrededor diera vueltas. Pensó que tal vez lo que había hecho le había dejado sin fuerzas y durante unos segundos pensó en si tal vez podría hacer lo mismo con Farlan cuando recuperara su energía.

—Abre los ojos, Broc —susurró mirándolo.

La tez del guerrero parecía haberse recuperado en parte y no se mostraba tan pálido como antes, pero aun así Freya no podía estar tranquila. Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero no eran lágrimas de pena, sino de rabia. Ellos estaban tranquilamente entrenando, sin pensar en Blair en ningún momento y él parecía estar más cerca de ellos de lo que jamás había estado. Seguía en su empeño por acabar con Broc, pero mientras ella estuviera allí, jamás iba a dejar que el hombre al que amaba sufriera por culpa de su primo. No podía creer lo que había conseguido al poner sus manos sobre su espalda y deseó que con ese simple gesto pudiera acabar con esa maldita guerra. Sabía que Broc no vivía obsesionado por ser el laird, pero sí sabía que estaba dispuesto a hacer lo que fuera por honrar la memoria de su familia, y también por vengarla.

Y así, mientras lo miraba, Freya se quedó dormida.

Lo último que recordaba era que había sido herido en la espalda con una flecha. El dolor que había sentido cuando esta se clavó en él le había arrebatado el aliento. Y lo primero en lo que pensó fue en salvar a Freya, pero sabía que la flecha se le había clavado en un lugar delicado, por lo que perdió la consciencia en poco tiempo. Recordaba que había sido llevado casi en volandas por sus hombres mientras Freya sujetaba a Farlan y después… no sabía si habían regresado al castillo. De hecho, en ese momento no sabía siquiera si estaba vivo.

Broc tragó saliva y sintió la garganta seca. Intentó moverse de alguna manera, esperando sentir el lacerante olor de su espalda, pero tan solo un pequeño hormigueo lo recorrió de arriba abajo, como si no tuviera absolutamente nada en el cuerpo. ¿Acaso había muerto y por eso no sentía dolor? Al contrario, tenía la sensación de que estaba tranquilo, acalorado y, por primera vez en

su vida, descansado, como si hubiera dormido horas. ¿Acaso había pasado mucho tiempo desde que lo hirieron?

Broc se obligó a abrir los ojos, pues odiaba cuando el silencio se hacía a su alrededor y apenas podía escuchar nada más que su respiración. Lo primero que vio fue que era de día, pero no estaba seguro de si seguía siendo el mismo día o tal vez era otro diferente. Descubrió que estaba completamente solo y ni siquiera lo envolvía una venda por la herida.

Con el ceño fruncido, Broc intentó moverse, pero descubrió que algo sostenía su mano. Cuando bajó la mirada vio que las sábanas estaban manchadas de sangre, al igual que su ropa, por lo que dedujo que no había pasado mucho tiempo desde que había sido herido. El guerrero esbozó una sonrisa al ver que Freya le sujetaba con fuerza la mano y que estaba sentada en el suelo con la cabeza apoyada en la cama. Sus manos y su ropa estaban también manchadas de sangre, tal vez de Farlan o la de él cuando intentó cogerlo para evitar que cayera.

Había pasado demasiado miedo por ella. El terror lo había invadido al pensar que tal vez podrían matarlos a los cuatro y secuestrarla. No quería ni imaginar lo que sería de ella en manos de Blair nuevamente.

El guerrero soltó un suspiro y movió la espalda, comprobando que apenas le dolía.

—Pero ¿qué demonios ha pasado?

Broc llevó su mano libre a la zona donde lo habían herido, pero no había nada, como si se hubiera curado milagrosamente en cuestión de minutos. Y fue en ese momento cuando la puerta del dormitorio se abrió, dejando pasar a Thomas y Leathan, que le sonrieron al verlo despierto.

—Vaya, amigo. Nos has dado un susto de muerte —dijeron hablando flojo al ver que Freya se había dormido al otro lado de la cama.

—Pero ¿y mi herida?

Leathan sonrió y señaló con la cabeza a Freya.

—Me parece que hay alguien que la ha curado en un minuto y ha desaparecido por completo.

Thomas torció la cabeza.

—Ha salido una luz blanca de sus manos y la herida se ha cerrado. No sé cómo demonios lo ha conseguido, pero te ha salvado la vida, amigo. Tu herida tenía mala pinta. No dejabas de sangrar.

Broc volvió a mirarla y sonrió.

—La verdad es que me siento demasiado bien.

Leathan dejó escapar una risa.

—No como ella, que se ha quedado sin fuerzas… Muchacha, tu querido amante ha despertado…

Y al ver que Freya no respondía, Leathan sonrió aún más y bordeó la cama para acercarse a ella mientras Broc se incorporaba más y soltaba su mano. Pero la sonrisa de Leathan se quedó petrificada cuando vio el charco de sangre que había junto a Freya.

—Pero ¿qué…?

Leathan levantó la mirada, completamente horrorizado.

—¡Ayúdame, Thomas!

El segundo al mando corrió hacia él y dejó escapar una exclamación al ver la sangre.

—¿Estaba herida? ¡No ha dicho nada!

En el rostro de Broc se dibujó una expresión de auténtico terror. Como pudo, se levantó de la cama, y, encontrando fuerzas de donde no sabía que tenía, levantó a Freya sin su ayuda y la posó sobre la cama.

—¿Por qué se lo ha callado, maldición? —bramó Broc al tiempo que Thomas rasgaba la camisa de la joven.

Fue entonces cuando repararon en la herida de su costado. La cantidad de sangre impedía ver con claridad la profundidad de la misma, pero a pesar del hormigueo de su espalda y la debilidad que sentía al estar de pie, Broc les señaló los paños y el agua que aún habían quedado limpios.

—Hay que curarla cuanto antes. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que la habéis dejado sola?

Thomas y Leathan se miraron entre sí.

—Una media hora…

Broc renegó.

—Lo suficiente para desangrarse, maldita sea. ¡Freya! —la llamó, desesperado—. No me dejes ahora, Freya.

Las manos de Broc se movían deprisa. Primero limpió la herida y después vertió un chorro de whisky sobre ella, provocando que la joven gimiera e intentara alejarse de él. Pero Broc logró sujetarla.

—Vamos, Freya. Tienes que aguantar…

El rostro de la joven se veía demasiado pálido por la sangre perdida y Broc rezó para que ella se aferrara a ese destino que había decidido unirlos. No podían separarse. Aún no. Era demasiado pronto para eso, pues apenas habían comenzado a amarse.

—Thomas, lleva tu daga al fuego. Debemos cauterizar la herida para que deje de sangrar cuanto antes.

El guerrero dudó.

—La cicatriz será demasiado fea…

—La peor cicatriz es la que dejará su recuerdo si muere —gruñó Broc—. Hazlo.

Thomas asintió y mantuvo la daga en el fuego el tiempo necesario para que se pusiera al rojo vivo. Tras esto, la llevó con cuidado a las manos de Broc. Este la tomó y, pidiendo perdón mentalmente, la posó sobre la piel de Freya. La joven gritó con fuerza y se movió, pero Leathan sujetó sus hombros contra el colchón para impedir que se sacudiera y se hiciera más daño. Este arrugó el rostro cuando las uñas de la joven se clavaron en su muslo, pero no dijo nada. Y cuando Broc apartó la daga de su costado, Freya se dejó caer contra la cama con gesto cansado y aún más pálida, pero con una herida que había dejado de sangrar.

Leathan entonces la soltó y se incorporó. Descubrió que el rostro de Broc estaba perlado en sudor. Desconocía si era por el esfuerzo que le suponía estar levantado o tal vez por el miedo que tenía por Freya.

—Thomas, hay un bote en ese cajón con un emplasto amarillento. Cógelo y pásamelo.

El guerrero obedeció y se lo pasó. Broc hizo un guiño asqueado al olerlo, pero a pesar de eso,

sabía que ese emplasto curaría con más rapidez la herida de la joven.

—Aún me sigue sorprendiendo todo lo que aprendiste de tu madre… —murmuró Thomas.

Broc sonrió ligeramente mientras extendía esa especie de crema.

—Conocía muchísimo sobre las plantas y cuando supo que yo sería laird algún día, me quiso enseñar a curar mis propias heridas o moretones —le dijo—. Era muy sabia.

Cuando terminó, cerró el bote con cara asqueada por el olor y se puso en pie, gimiendo ligeramente ante la debilidad que sentía.

—¿Sabemos algo sobre el ataque?

—¿No prefieres descansar, Broc? —preguntó Thomas.

El aludido negó con la cabeza.

—Blair ha herido a la mujer que amo, y ese es solo el principio de la agonía más larga, dolorosa y espantosa que jamás haya imaginado.

—Lo pagará caro, Broc —le aseguró Leathan.

El joven asintió y apretó los puños mientras miraba a Freya, que ya respiraba con normalidad sobre la cama.

—Blair se ha atrevido a tocar a la única persona que ha logrado encerrar los demonios que surgieron cuando intentaron matarme. Espero que mi enemigo esté preparado para luchar contra ellos, porque vienen con más fuerza que nunca —susurró entre dientes.

CAPÍTULO 30

Dos días después del ataque, Freya seguía sin abrir los ojos. Broc estaba a punto de reunir a todos sus hombres y marchar al castillo de Blair para arrasar con todo a su paso. Sin embargo, no quería dejarla sola. La joven había comenzado a tener fiebre justo la noche en la que los atacaron y desde entonces, aunque no había sido demasiado alta, seguía sin despertar.

La curandera llegó el día anterior y examinó a todos los que habían sido heridos, quedándose asombrada por lo ocurrido con la herida de Broc, que apenas era una cicatriz en su espalda. Farlan estaba mejor. Seguía con su hombro vendado y le habían recomenzado no mover demasiado el brazo, aunque hacía oídos sordos y poco a poco comenzó a moverlo.

Tras examinar a Freya, la curandera dijo que la pérdida de sangre era muy peligrosa, pero que Broc había hecho un buen trabajo al cauterizar la herida, pues no había vuelto a sangrar. Y aunque le iba a quedar una cicatriz grande y arrugada, al menos seguía con vida. De momento… La curandera le dijo que cabía la posibilidad de que muriera, aunque no le quitó la esperanza.

—Dadle caldo que tenga muchos ingredientes. Eso la hará coger fuerzas y luchar contra la fiebre —le dijo el día anterior la última vez que acudió a verla.

Y desde entonces habían probado infinidad de formas para que pudiera tomar un tazón, pero solo lograban que tomara un par de sorbos. *Algo es algo*, se decía Broc cada vez que tenía que dejar de nuevo el tazón sobre la mesita.

En ese momento, se encontraba solo en el dormitorio, aunque sus amigos no lo habían dejado ni un instante, temerosos de que hiciera una tontería y marchara él solo contra Blair. Pero no iba a irse. Se quedaría junto a Freya el tiempo que hiciera falta. Justo antes del ataque les había demostrado que era una gran guerrera que no solo había aprendido muy rápido, sino que poseía en ella una fuerza capaz de igualarse a la de cualquier guerrero de ese castillo.

Desde la noche en la que había tenido la cita, como ella decía, y por fin se habían abierto a mostrar sus sentimientos no habían querido apartarse el uno del otro. Por fin parecía que su vida volvía a estabilizarse, pero siempre acudía Blair a romperlo todo. Su primo siempre tenía que demostrar su fuerza y las ansias que tenía de arrebatarle todo: su familia, su clan, su gente… Todo. Pero no. Estaba vez no estaba dispuesto a dejarse vencer. Freya le daba fuerzas. No sabía cómo lo conseguía, pero la joven lograba sacar de él el ánimo que muchas veces flaqueaba en su interior. Y no podía fallarle.

Broc se levantó del sillón donde tres noches atrás habían hecho el amor de forma ardiente y se tumbó en la cama, junto a ella. Abrazó a Freya con cuidado de no lastimarla y acercó la cara a su cuello. Olía a lavanda. Él mismo la había lavado con sumo cuidado para limpiar los restos de sangre, tanto suya como de Farlan. Le había puesto un camisón limpio y había hecho lo posible para que no pareciera estar a punto de morir. Su rostro parecía haber tomado algo más de color y sus mejillas estaban rosadas, tal vez por la fiebre, aunque esta había remitido ligeramente y tan solo quedaban restos de ella.

—Lucha contra ella, Freya —susurró con voz suplicante—. Eres una mujer fuerte.

Broc respiró hondo y dejó escapar el aire lentamente antes de besar su mejilla suavemente.

—Te amo. Te amo. Te amo —le repitió una y otra vez.

Cuando sus ojos comenzaron a picar y lágrimas salieron de ellos, Broc llevó una mano a la mejilla, tocándola, incapaz de creer que estuviera llorando. Era la primera vez en años que

lloraba, que dejaba que los sentimientos más tristes de su corazón salieran de él y una vez empezó, no pudo dejar de llorar.

El guerrero lo hizo a su lado, aferrándola con fuerza, suplicando al cielo para que parara la fiebre y abriera de nuevo sus ojos, que lo mirara, incluso que se riera de él, que bromeara… Quería verla saltar, luchar, hablar… Todo. Lo quería todo con ella.

—Es una pena que solo tengamos una oportunidad para amarnos, Freya, porque si me dieran a elegir, uniría esta existencia con la del más allá para poder amarte no solo en esta vida, sino también en la siguiente —comenzó a decirle cuando pudo recuperar su voz tras el llanto—. Quédate a mi lado, Freya.

Y así, con el paso de las horas, Broc acabó quedándose dormido.

Cuatro días después, el ánimo en el castillo había cambiado por completo. Freya despertó la misma noche que Broc había llorado igual que un niño y poco a poco la fiebre había abandonado su cuerpo. Y a pesar de que ya se encontraba mejor y había recuperado sus fuerzas, Broc aún se negaba a que saliera de la cama.

—¿Eres consciente de que has estado a punto de morir?

—¿Y tú eres consciente de que vas a morir si no me dejas salir de aquí? —exclamó la joven mientras se calzaba las botas a pesar de la negación del guerrero a que abandonara el dormitorio.

Broc renegó entre dientes y la miró. Su rostro había vuelto a tomar color; el rosado de sus mejillas se debía a la viveza de su cuerpo, los mechones de su pelo ya no se pegaban a su cuello por la fiebre y su voz… Maldita sea, nadie más que él era consciente del bien que le hacía escuchar su voz, aunque tuviera un tono bélico. E inconscientemente, Broc comenzó a sonreír.

—¿Te estás riendo de mí, guerrero?

Este negó con la cabeza y dejó escapar una risa suave.

—Sonrío porque te amo.

Freya levantó la mirada de su bota y la clavó en él. Desde que había despertado, Broc no se había separado de ella; la había cuidado, alimentado, aseado e incluso cuando se atrevió a hacerlo, la había besado, demostrándole lo mal que lo había pasado al creer que la perdía. Lo entendía. Ella misma había pasado un momento de terror al creer que Broc iba a desangrarse, pero el destino que los había unido les había dado una nueva oportunidad.

Freya se levantó de la cama y se acercó a él, que estaba cerca de la ventana, para abrazarlo.

—Eres un poco pesado, pero te amo tanto que lo voy a dejar pasar…

Broc le sonrió y la estrechó contra su pecho.

—Espero que tengas fuerzas suficientes para aguantar todo el día porque como te vea desfallecer una sola vez, pienso encerrarte en el dormitorio para siempre… completamente desnuda y lista para mí.

Freya sonrió y arrugó la cara.

—Es una opción muy… seductora e interesante, pero si me quedo encerrada, te ataré a la cama y serás mi esclavo.

Broc ronroneó y besó la punta de su nariz.

—Me gusta más esa opción… Sí.

Las manos del guerrero bajaron hasta sus nalgas. Desde que había despertado, tuvo que contener sus ansias por hacerla suya por temor a hacerle daño, pero tenía tantas ganas de demostrarle lo que la amaba y lo que había sufrido por ella que ni siquiera el alivio manual había logrado bajar su calentura.

Inconscientemente, Broc se mordió el labio y apretó con fuerza sus nalgas.

—Se me ocurre una cosa… Si estás bien para salir de aquí, estás bien también para otras cosas…

Y metiendo su mano por el pantalón de la joven y llevándolo a la intimidad de esta, tocó su parte más húmeda. Freya lanzó una exclamación e intentó buscar aún más sus dedos cuando Broc los retiró y los sacó de su pantalón. Sin apartar la mirada de sus ojos, el guerrero lamió los jugos que habían quedado impregnados en sus dedos y gimió de placer al sentir su sabor.

—Tus hombres nos estaban esperando para darte una carta… —susurró la joven simulando que se marchaba hacia la puerta.

Pero Broc fue más rápido y la atrajo hacia sí, haciendo chocar su espalda contra su fuerte pecho con cuidado.

—Ellos pueden esperar… Yo no.

Freya sonrió y se giró entre sus brazos.

—Has dicho que la opción de atarte a la cama y ser mi esclavo te parecía una buena idea…

Broc asintió sin poder apartar la mirada de aquellos ojos que el destino le había regalado en su camino.

Freya dejó escapar una risa nerviosa y se deshizo de su abrazo para ir hacia uno de los baúles. Sacó uno de los cintos que el guerrero tenía de repuesto y le señaló la cama con la cabeza.

—Vamos a comprobar si es verdad, guerrero.

Con una sonrisa pícara, Broc se dirigió hacia la cama al tiempo que se desabrochaba la camisa y se la quitaba, mostrando su amplio pecho, del que la joven apenas podía apartar la mirada. Dirigiendo sus ojos a ella, el guerrero bajó sus pantalones y se los quitó, mostrándose completamente desnudo.

Con movimientos gatunos, Broc se acostó en la cama, se colocó en el centro bocarriba y la miró con una sonrisa de autosuficiencia.

—¿Te gusta así? —le preguntó.

Sin aliento ante el atractivo de Broc, Freya negó con la cabeza.

—Te falta algo, guerrero… —dijo acercándose lentamente hacia la cama.

La joven comenzó a gatear sobre el colchón desde los pies del mismo. Sin apartar la mirada de aquellos ojos negros, Freya intentó no hacer un gesto de dolor, pues sintió una pequeña punzada en el costado. Cuando llegó a la altura de su cadera, la joven abrió las piernas y las colocó a ambos lados del cuerpo de Broc. En el momento en el que este levantó las manos para tocar su cuerpo, Freya negó con una pícara sonrisa y aferró las muñecas del guerrero para levantarlas sobre su cabeza. Con el cinto, las ató al palo de madera que cruzaba en el cabecero de la cama y se sostenía en el dosel. Cuando lo tuvo atado, sonrió ampliamente y tocó su pecho lentamente mientras era devorada por la mirada de Broc.

—Creo que ya me estoy arrepintiendo de aceptar porque no puedo tocarte —murmuró el guerrero.

Freya dejó escapar una risa y se puso de pie en la cama, entre las piernas del guerrero, que estaban ligeramente abiertas. Con movimientos sensuales, la joven comenzó a desnudarse. Se quitó primero la camisa y la ropa interior, dejando libres sus pechos respingones. Vio cómo Broc se mordía el labio y devoraba su cuerpo con la mirada, prometiendo con sus ojos hacerle lo mismo a ella.

Acariciando su propio cuerpo, las manos de Freya bajaron hasta su pantalón, que bajó poco a poco, enloqueciendo a Broc, cuyo miembro palpitaba de deseo. Este gimió cuando el cuerpo de Freya quedó desnudo por completo. El guerrero estuvo a punto de chasquear la lengua al ver la fea cicatriz que tenía en su costado, pero para él era algo hermoso, pues significaba la vida que aún seguía palpitando en el cuerpo de esa mujer a la que tanto amaba.

Freya se puso de rodillas entre las piernas de Broc nuevamente. Acarició sus fuertes muslos, subiendo y bajando.

—No sabes lo que estás haciendo, Freya… —murmuró con voz ronca.

La aludida asintió y sonrió ampliamente.

—Te estoy volviendo loco… Lo sé —fue su respuesta.

Lentamente y sin apartar la mirada de sus ojos, Freya bajó la cabeza y besó su musculoso vientre, sintiendo la dureza de este. Y cuando los ojos de Broc se cerraron y su cabeza cayó hacia atrás por el deseo y la frustración de no poder tocarla, Freya bajó un poco más y lamió su miembro lentamente para después devorarlo con intensidad. El gemido que escapó de la garganta de Broc retumbó entre las paredes del dormitorio y se aferró con fuerza al cabecero de la cama, incapaz de sostener la mirada a aquella visión que había entre sus muslos.

—Freya… —gimió cuando elevó sus caderas hacia ella—. Para…

La desesperación en su voz fue demasiado para la joven, que levantó la cabeza y lo miró con una sonrisa de satisfacción. Sin perder tiempo, puso sus rodillas a ambos lados de su cadera y guio el miembro del guerrero hacia su cuerpo. Un gemido escapó de la garganta de ambos cuando se sintió llena. Las manos de la joven fueron a parar al pecho del guerrero, donde se apoyó para levantar lentamente las caderas y volver a bajar, esta vez con más fuerza.

—Pienso hacerte pagar esto con creces, Freya… —la amenazó después de intentar quitarse dos veces el cinto que ataba sus muñecas.

Riendo, la joven movió sus caderas en círculos al tiempo que arañaba ligeramente su pecho.

—Querías que te demostrara que estoy bien…

Poco a poco, la joven aumentó la velocidad, haciéndolo gemir, provocando que se aferraba con más fuerza aún al barrote de madera. Y cuando sus gritos se hicieron más fuertes, ambos terminaron al mismo tiempo.

Quieta sobre él, Freya intentó recuperar el aliento y lo miró con una sonrisa.

—Reconoce que has disfrutado como nunca.

Broc entrecerró los ojos y tiró una vez más de sus muñecas, haciendo que el cinto se apretara más contra él.

—Disfrutaré más cuando te tenga atada y te devore hasta tal punto que te desmayes… —la

amenazó.

Con la boca hecha agua por esa promesa, Freya se incorporó y lo desató, poniéndose bien lejos de sus manos cuando estas intentaron atraparla para tumbarla contra la cama. Riendo, Freya le guiñó un ojo al tiempo que el guerrero gruñía como un lobo.

—Ya suplicarás… ya… —le dijo levantándose de la cama para vestirse de nuevo.

Freya fue la primera en terminar de vestirse con el cuerpo aún palpitante. Lo observó mientras Broc se vestía y cuando se calzó las botas, ambos salieron del dormitorio rumbo al despacho del guerrero, donde seguramente ya los esperaban sus hombres.

Unos minutos después, Broc, Freya, Thomas y Leathan estaban reunidos en el despacho del primero. Y en el momento en el que Freya vio los rostros serios de los dos guerreros de Broc, supo que había algo que andaba mal.

—Supongo que no hay buenas noticias…

Thomas negó con la cabeza.

—Bueno, en realidad no sabemos si son buenas o malas… —terció Leathan extendiéndole una misiva—. Ha llegado esto, pero no lo hemos leído.

Thomas enarcó una ceja.

—La ha traído un hombre de Blair… ¿De verdad crees que son buenas noticias?

El aludido sonrió y miró a Broc y Freya.

—Ha estado a punto de morir cuando me ha visto vivo y sonriente entre vosotros.

—¿Pensaba que habías muerto? —preguntó Freya.

—Eso parece… Al parecer, no le contaron nada sobre mí cuando nos atacaron en el claro del bosque. Ha estado a punto de volver por donde había venido sin entregarnos la carta.

Thomas sonrió.

—Teníais que haber visto cómo lo apuntaba Farlan con el arco. Aún le duele el hombro, pero ha estado a punto de soltar la flecha para matarlo.

—Sí, se ha librado por la bandera blanca que traía…

Broc resopló y miró la carta entre sus manos que contenía el lacre de su primo, el lacre del laird. El guerrero tuvo la sensación de que ese simple papel quemaba entre sus manos, y estuvo a punto de dejarlo sobre la mesa para leerlo en otro momento, pero los rostros tanto de sus hombres como el de Freya le indicaron que estaban impacientes por conocer el contenido de esa carta.

Por ello, respiró hondo, rompió el lacre y la abrió.

Hola, querido primo.

¿Cómo estás de tu herida? ¿O tal vez has muerto? Yo estoy bien. De hecho, desde hace varios días hay tres cosas que me alegran sobremanera. La primera de ellas es saber que mis hombres te hirieron lo suficiente como para que pudieras desangrarte y morir, quitándome a mí el trabajo de tener que hacerlo. La segunda es saber que mi querido amigo y segundo al mando está vivo. Una pena que no acabara muerto como esperaba… Maldito traidor. Pero no importa, así podré matarlo con mis propias manos…

Leathan resopló, cortándolo.

—Desgraciado…

—La tercera cosa que me hace feliz es saber que mi querida Freya está viva y parece ser que se ha convertido en una magnífica guerrera, así podremos entrenar entre nosotros cuando vuelva a estar aquí en el castillo. Porque volverá a estar conmigo, que es donde tiene que estar. Así que, si mi querida Freya está leyendo también esta carta, debo decirte que pretendo hacer contigo lo que yo desee una vez vuelva a tenerte entre mis manos.

La joven se estremeció al escuchar la clara amenaza implícita en sus palabras. Tragó saliva fuertemente, llamando la atención de Broc, que levantó la cabeza hacia ella y rechinó los dientes.

—No voy a dejar que te haga daño, Freya. Y mis hombres tampoco lo dejarán.

La joven asintió, no muy convencida. Era la primera vez que sufría en sus propias carnes la maldad de Blair, esa persona a la que había estado a punto de entregarle su corazón. Sin embargo, se obligó a centrarse en lo que ponía en el resto de la carta y que Broc continuó leyendo:

—Pero centrémonos en lo que nos interesa. Supongo que mi querido amigo Leathan ya os ha contado que tengo en mi poder a los padres de Freya. Lástima que tengan que morir. Me he entretenido bastante golpeando a su padre… Así que, querido primo, tienes dos días para entregarme de nuevo a Freya. Si no lo haces, mataré a sus padres.

Freya dejó escapar una exclamación de sorpresa e ira al mismo tiempo. Se giró hacia la ventana, dándoles la espalda y apretando con fuerza el cinto que colgaba de su cadera.

—Hijo de la grandísima puta —murmuró.

Broc se levantó al tiempo que suspiraba y dejaba caer sobre la mesa la carta. Se aproximó a Freya y la abrazó por la espalda.

—No voy a permitir que les haga daño a tus padres. Y, por supuesto, no voy a entregarte.

—¡Pero tenemos que hacer algo, Broc! ¡Quiere matarlos! Y después de todo lo que ha escuchado sobre él, estoy segura de que piensa hacerlo. Mató a sus propios padres… No tiene corazón ni piedad.

—Lo sé.

Broc la soltó y la giró para mirarla a la cara. Thomas y Leathan se acercaron también a ellos y la miraron.

—Estamos contigo, muchacha —dijo el segundo.

—No vamos a dejar que Blair haga que la sonrisa se borre de esa carita preciosa… —sentenció Thomas mirándola a los ojos.

Freya asintió y después miró a Broc, que no la soltó en ningún momento.

—Si hemos estado entrenando es para este momento. Voy a reunir a mis hombres y saldremos mañana al amanecer.

La joven arrugó el rostro.

—¿Mañana? ¿Y si Blair decide matarlos antes? No podemos esperar a mañana, Broc. Tus hombres están en el castillo. Salgamos ya.

El guerrero chasqueó la lengua.

—Debemos preparar provisiones. Nos ha dado dos días. Sé cómo es mi primo y sé que si los

mata antes, no conseguirá lo que quiere. Debemos hacerle creer que vamos a entregarte de verdad.

Freya resopló y se alejó de él con las manos en el rostro.

—¿Y si llegamos antes y entramos en el castillo a escondidas? No espera que entremos por alguna puerta escondida.

Broc negó con la cabeza al instante y la mirada horrorizada.

—Eso es una locura. Mi primo tiene el castillo lleno de hombres y alguno de ellos nos vería. Nos matarían en cuestión de minutos. No voy a arriesgar la vida de ninguno de los míos.

—¡Joder, Broc, son mis padres! ¡Los busqué infinidad de veces en mi época! ¡Incluso me enfrenté a los policías por encontrarlos!

—¿Los qué? —preguntó Leathan.

Freya resopló, pero no respondió.

—Yo misma entraré y los sacaré.

Broc entrecerró los ojos y negó al instante.

—Ni se te ocurra hacer semejante locura, Freya. No pienso permitir que vayas directamente a la boca del lobo. ¿Tienes idea de lo que Blair puede hacerte si vuelve a tenerte en sus manos? Ya has leído la carta… Eso no, Freya…

—El muy engreído sigue pensando que te necesita a su lado por lo que decía la profecía —dijo Thomas—. Y obsesionarse con ello solo lo llevará a cometer un error que nos dará la victoria a nosotros.

—Sí, pero no debemos precipitarnos —terció Broc.

—Pero mis padres…

El dolor y el miedo se reflejaron en el rostro de Broc, que logró enternecer a la joven. Esta suspiró y se dejó abrazar por el guerrero. Los brazos de este temblaban ante la idea de perderla.

—Los salvaremos —le aseguró mientras le acariciaba el pelo—. Te lo juro por mi honor, Freya.

La joven asintió, pero seguía sin estar convencida por completo. Esta se separó ligeramente de él para mirarlo a los ojos. No podía quedarse allí parada mientras sus padres sufrían a manos de ese malnacido. Y aunque partieran al día siguiente, sabía que Blair podría torturar una vez más a su padre o Dios sabía qué podría hacerle a su madre.

Freya miró a los tres y grabó sus rostros en su memoria. Desde que estaba allí en ese castillo había aprendido el verdadero valor de la amistad, del compañerismo, de la lealtad y del amor. Y eso jamás lo olvidaría, allá donde fuera. Pero esta vez eran sus padres quienes la necesitaban. Se había sentido terriblemente mal consigo misma desde que desaparecieron. Y tan solo se había dado una pequeña tregua mientras aprendía a luchar para salvarlos. Había sufrido en sus carnes el reproche de sus hermanas, las malas palabras de los policías, y ahora que tenía la oportunidad de ser ella quien los salvara, haría lo que fuera. Y si tenía que sacrificarse por ellos. Lo haría. Tan solo esperaba que Broc no la odiara por ello.

—¿Qué piensas?

El guerrero la miraba fijamente, sabedor de que estaba tramando algo, pero acabó negando con

la cabeza antes de mirarlo nuevamente. Con él había conocido cosas de ella que desconocía; había aprendido a amar; había aprendido a luchar; había aprendido a sanar… Para ella, Broc lo era todo. Pero sabía que ahora era su momento y debía avanzar sola ese tramo del camino.

—Solo pensaba en mis padres.

Broc asintió, aunque sin dejar de mirarla. Al cabo de unos segundos, rompió el contacto visual y se dirigió a sus hombres.

—Informad a los demás de los planes. Empezad a preparar todo para nuestra marcha.

Thomas y Leathan asintieron y los dejaron solos.

—Espero que no se te haya ocurrido la genial idea de escaparte del castillo e ir tú sola… —comenzó diciendo Broc cuando se quedaron solos.

La expresión de sorpresa en el rostro de Freya fue lo que le confirmó que era cierto lo que había descubierto en sus ojos.

—¡Por favor, Freya! ¿De verdad crees que podrías engañar la seguridad de Blair en su castillo? ¡Estará más preparado que nunca!

Broc lanzó un gruñido y la miró a los ojos.

—Freya, es la mayor locura que podrías cometer. Sé que estás preparada para luchar, pero no tú sola contra un ejército de hombres. Ni siquiera yo podría sobrevivir a eso. Blair te violaría y te obligaría a mirar cómo asesina a tus padres. ¡Los matará igualmente! No le importan nada. Ni siquiera tú le importas. Solo quiere usarte por la maldita profecía. Es lo único que lo obsesiona. Ganar a cualquier precio.

Broc acortó la distancia y puso las manos en el rostro de Freya, que había comenzado a llorar.

—Son mis padres, Broc…

El guerrero suspiró y la besó tiernamente.

—Lo sé. Yo también habría hecho locuras por salvar a los míos. Pero lo que has pensado es ir directamente al patíbulo. ¿Y si nosotros no podemos entrar en el castillo y salvaros?

Freya suspiró.

—Entonces no intentes salvarnos…

Los ojos de Broc se abrieron desmesuradamente.

—Freya, te amo. ¿Cómo puedes pedirme que no intente salvarte?

La joven refunfuñó. Sí, era terca. Siempre se lo habían dicho, incluso lo vio en los ojos del policía la última vez que fue a hablar con ellos. Era demasiado testaruda y sabía que podía enfrentarse a la muerte. Pero era aún peor enfrentarse al recuerdo de unos padres muertos a los que ella podía haber salvado.

—Ah, maldita sea, Broc —exclamó, enfadada.

Sabía que incluso su madre le regañaría por exponerse a semejante peligro. Pero los reproches de sus hermanas habían calado demasiado hondo en su corazón. No podía fallarse ahora.

—Pensaba que nunca me darías una orden y que sería libre.

Broc torció la cabeza.

—Y eres libre, Freya —intentó hablar con calma—, pero esta vez te hablo como líder. Eres mi

guerrera y, como tal, tengo la obligación de protegerte.

—¿Es tu última palabra?

Broc suspiró largamente.

—Sí. Puedes ir con los demás a preparar todo para mañana.

Y tras dirigirle una última mirada iracunda, Freya se marchó del despacho hecha una furia. Sentía que toda su sangre hervía en sus venas y estaba realmente enfadada con Broc por no salir en ese momento de allí. Siempre lo había visto como un gran líder ante los demás, pero ahora que ella le pedía su ayuda para salvar a sus padres de la amenaza implícita de Blair, tenía la sensación de que se quedaba de brazos cruzados. Sabía que Leathan le diría que había que tener cabeza antes de enfrentarse a un Blair que estaba cada vez más loco, pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de su padre siendo golpeado por el laird.

—Maldita sea…

Con paso acelerado, Freya caminó por el pasillo sin rumbo fijo. Una idea cruzaba por su mente y nadie se la quitaría, ni el propio miedo a la muerte, ni el posible rechazo que recibiría de Broc por desobedecer sus órdenes como líder, ni los demás cuando la miraran de lado por ponerse en peligro ella y tal vez a ellos también. Pero sus padres le habían dado la vida, estaban allí porque ella misma les regaló ese viaje y sería ella quien los salvaría.

Freya giró por una de las esquinas y se dirigió hacia los dormitorios de las sirvientas. Estaba segura de que nadie pasaría por allí en ese instante, así que cuando llegó a ese pasillo, miró a un lado y a otro y entró en el primer dormitorio que vio. Sin perder tiempo, la joven se dirigió hacia el baúl y buscó entre la ropa de las sirvientas. Sabía que, si ella se ponía alguno de los vestidos que había en sus baúles, sería reconocida al instante. Por eso, tomó las prendas que parecían ser más viejas: una falda, una camisa blanca y un chaleco. Además, al ver una capa ligeramente raída, también la cogió, ya que con ella podría tapar su cabeza y hacerse pasar por una de las sirvientas.

Freya se vistió con toda esa ropa allí mismo, sin quitarse la suya propia, ya que con los pantalones sería más fácil luchar, y se colgó la capa a los hombros. Tenía que salir de allí cuanto antes, ya que estaba segura de que Broc no iba a creer que obedeciera a la primera, tal y como pasó la primera noche tras su llegada al castillo.

Con esa ropa puesta sobre sus hombros, Freya salió del dormitorio y caminó hacia el exterior del castillo. Recorrió gran parte de los pasillos, vacíos y salió al exterior con el corazón latiendo desbocado. La capucha tapaba su rostro y agradeció que esa mañana el día estuviera ligeramente lluvioso, ya que así no llamaría tanto la atención de los guerreros por taparse. Se dirigió hacia las caballerizas, justo hacia el lugar donde solían estar los caballos o las yeguas que usaban las sirvientas para ir al pueblo más cercano a comprar. Ensilló el primer caballo que vio y tiró de las riendas para salir de allí. Le sorprendió que los hombres de Broc aún no hubieran ensillado sus caballos, pero lo que más la asombró fue que pocos eran los que estaban en el patio en ese momento.

No estaba segura de que fuera a funcionar su plan, ni quería imaginar la cara de Broc cuando se diera cuenta de la treta, pero Freya tiraba de las riendas hacia el gran portón y tan solo paró cuando le dieron el alto. Intentó que las manos no le temblaran y se arrebujó más bajo la capa, simulando tener frío por la lluvia.

—Tengo que ir a comprar víveres —dijo modificando la voz para evitar que la reconocieran.

Y a pesar de esperar que le pidieran que se descubriera el rostro, el guerrero, cuyo nombre desconocía, abrió el portón y la dejó salir. Aguantando las ganas por cantar victoria, Freya se alejó y, cuando estuvo lo suficientemente lejos de la puerta, levantó ligeramente sus faldas y montó, poniendo rumbo hacia el castillo de Blair.

Broc salió corriendo del castillo en el preciso momento en el que el enorme portón se cerraba tras la salida de Freya.

—¡No! —vociferó.

El guardia dio un respingo al escucharlo y no llegó a terminar de cerrar el portón. Se giró hacia Broc en el momento en el que el guerrero dejaba escapar una maldición.

—¿Quién era la persona que ha salido?

La llovizna mojó sus ropas, pero no le importó. Había visto la determinación en los ojos de Freya y estaba seguro de que no cumpliría sus órdenes y que haría lo que fuera por salir de allí. Tras esperar unos minutos en su despacho para tranquilizar sus nervios, Broc fue a buscarla con la intención de decirle que había cambiado de planes y que partirían en dos horas, pero al no encontrarla ni en su dormitorio, ni en las cocinas ni en ningún otro lugar, se preguntó, horrorizado, si estaría en las caballerizas esperando un momento propicio para escapar. Y al ver, desde un ventanal, cómo alguien encapuchado salía de allí, estuvo seguro de que se trataba de Freya.

—Era una de las sirvientas.

—¿Seguro? —vociferó Broc.

El guerrero dudó.

—Sus ropas…

Broc lanzó un rugido.

—¿Le has visto la cara?

El guardia negó con la cabeza, haciendo que Broc apretara el puño con fuerza. Y temeroso de ser el centro de su ira, el guardia dio un paso atrás. No estaba seguro de tener que hacer la pregunta, pero la curiosidad pudo más con él:

—¿Quién era?

Broc levantó la cabeza hacia él y lo miró iracundo.

—Freya —sentenció con un grito girándose hacia el castillo para convocar al resto de sus hombres y marchar antes de que la joven hiciera la mayor locura de su vida.

CAPÍTULO 31

Freya no miró ni un solo segundo hacia atrás después de abandonar el castillo de Broc. Estaba segura de que el guerrero ya se había dado cuenta de que había escapado, pues la conocía mejor que nadie. Y estaba segura de que jamás iba a perdonarla por abandonarlo para jugarse la vida, pero sabía que era lo que debía hacer por sus padres. Tan solo esperaba que algún día Broc la entendiera y pudiera perdonarla.

El corazón de la joven se encogió al pensar en que tal vez el guerrero la expulsaría de su lado cuando todo eso acabara, si es que ella salía viva de allí. Pero en ese momento se dijo que debía centrarse en lo que tenía que hacer. Cualquiera que supiera lo que estaba haciendo la calificaría de descerebrada, ausencia de disciplina e incluso testaruda, obstinada, terca… e infinidad de adjetivos que a ella no le importaban, pues eran sus padres los que estaban en peligro.

Se sorprendió al no sentir dolor en su cuerpo. Temía que, al cabalgar a toda prisa, su costado se resentiría después de la herida que había sufrido, pero se encontraba en perfectas condiciones. Incluso el ligero mareo con el que se había levantado tras pasar varios días comiendo pocas cantidades y la pérdida de sangre había desaparecido por completo, dejándole únicamente el deseo de venganza y de luchar por los que amaba. Y si de paso podría cortarle el cuello a Blair, lo haría, así le evitaría a Broc tener que hacerlo.

Apenas fue consciente del paso de las horas, y creyendo que había pasado tan solo un par de horas, Freya se encontró de repente muy cerca del castillo de Blair. Una expresión de sorpresa se dibujó en sus ojos al darse cuenta de que había logrado acordarse del camino a la perfección y había podido llegar sin tan siquiera parar a comer algo al mediodía. No sabía cómo era posible que las horas hubieran pasado tan deprisa y cuando miró hacia el cielo, se dio cuenta de que el sol había caminado deprisa y estaba a punto de esconderse en el horizonte. Probablemente, le quedaba apenas una hora para que el día llegara a su fin, por lo que decidió que lo mejor era esperar a que la noche se posara sobre el castillo y así poder entrar sin ser vista.

Desde su posición, Freya desmontó el caballo y lo ató para evitar que la dejara allí tirada. Después, tomó algo de comida de una alforja que había robado en las caballerizas justo antes de salir del castillo y, mientras comía el trozo de queso, se agachó y miró el castillo de Blair desde la distancia.

Se preguntó si Broc habría salido ya del castillo en su busca y se encontraban de camino. Y si así era, le habría gustado saber cuánto tiempo tardarían en llegar, ya que no quería verse sorprendida antes de que llegara la noche y echaran al perder el plan que había ideado en su mente. No era el mejor del mundo, lo sabía, pero sí el único que podría funcionar llegado el momento, cuando pudiera escalar la muralla y penetrar en el castillo.

Desde donde se encontraba, Freya observó la muralla y contó todos y cada uno de los guerreros que había apostados en ella. Se movió entre los arbustos para intentar adivinar si estaban repartidos a lo largo de toda la muralla, y esbozó una sonrisa al comprobar que no, que la parte trasera, al estar cerca de un lugar rocoso y de difícil acceso a un contingente de guerreros no estaba siendo vigilado. El alivio recorrió su cuerpo. Jamás se había preocupado por descubrir cómo, dónde y quién solía vigilar la muralla cuando llegó al castillo, por lo que no tenía ni idea de cómo penetraría en él cuando salió de los límites de Broc.

Sin embargo, ahora sí sabía que podría escalar por esa zona rocosa de la fortaleza. Era cierto que ningún guerrero de ese tiempo podría escalar por ahí, pero una escaladora del s. XXI,

acostumbrada a trepar por zonas más complicadas, podría hacerlo sin problema. No había vuelto a escalar desde que cayó por el terraplén, pero sabía que podía hacerlo. El entrenamiento duro con Broc había fortalecido aún más sus brazos, así que tenía fuerza de sobra para poder hacerlo.

El resto de su plan consistía en entrar al castillo por la puerta de la cocina y recorrer los pasillos a tientas si hacía falta hasta llegar a la puerta que una vez Leathan le prohibió abrir y que, de haberla dejado hacerlo y haber sacado de allí a sus padres, no tendría que haber escapado de Broc para poder salvarlos.

Y mientras la noche caía sobre las tierras MacNab, Freya rezaba para que todo saliera bien y no tuviera problemas para sacar a sus padres. Y fue en ese momento cuando se dio cuenta de que no había pensado en lo que haría cuando salvara a sus padres.

—Mierda… —masculló cuando se preguntó por dónde iban a escapar.

Recordó que Broc le dijo, el día que le contó todo, que había podido escapar del castillo a través de una puerta que daba al bosque. Supuso que tal vez sería complicado encontrar esa puerta, pero haría lo que fuera por hallarla. Y si debía amenazar a alguna sirvienta con la punta de su espada, lo haría.

Cuando por fin cayó la noche y todo a su alrededor de volvió negro, Freya salió de su escondite. Se quitó la capa y la ropa que había robado a una sirvienta de Broc y corrió hacia el castillo. A pesar de que no veía absolutamente nada, había memorizado cada piedra del camino hasta llegar al castillo. Había calculado que eran doscientos metros los que la separaban de la muralla, así que contó cada uno hasta que vio alzarse sobre ella el muro de piedra. Con el corazón latiendo tan deprisa que apenas le dejaba un solo segundo para sentir miedo, Freya se retorció las manos, las arrastró por la tierra para quitarse de las palmas el sudor y comenzó a escalar.

El silencio a su alrededor era demasiado espeluznante, pero tenía la certeza de que allí nadie podría verla. Las piedras a sus pies hacían imposible la escalada de un guerrero, así que no tenían por qué tener guardias en esa zona. En ese momento de escalada, Freya sí se resintió ligeramente de la herida, pero el ánimo fluía dentro de ella; quería salvar a sus padres y el recuerdo de ellos era lo único que la animaba a seguir adelante. La imagen de Broc apareció en su mente justo en el momento en el que logró alcanzar la parte más alta de la muralla. Freya se agarró a la almena y, sin ponerse de pie completamente, miró a un lado y a otro. Cerca de allí escuchaba las conversaciones de los guerreros que estaban de guardia esa noche, por lo que no podía arriesgarse a bajar por las escaleras que solía haber en las murallas. Por ello, llegó hasta el otro lado de la misma y comenzó a descender piedra a piedra, apoyando los pies en lugares seguros y evitando resoplar por el esfuerzo.

Cuando sus pies tocaron el suelo, Freya estuvo a punto de dejar escapar un suspiro de alivio y se escondió tras un carro de heno a la espera de que alguien fuera hacia esa parte del castillo, pero todo siguió su curso, sin que los guerreros la interceptaran.

Se preguntó dónde estaría Blair en ese momento y qué estaría haciendo. La última vez que vio ese castillo se marchó a punto de llorar por temor a no volver a ver a Blair nunca más, y ahora que estaba nuevamente allí para salvar a sus padres, deseó no cruzárselo jamás.

Con pasos silenciosos, pero seguros, Freya corrió hacia las cocinas apretándose tan fuerte como podía contra la pared para evitar que vieran movimientos sospechosos. Inconscientemente, la joven se llevó una mano a la empuñadura de su espada cuando llegó a la puerta de las cocinas. Asomó ligeramente la cabeza, esperando ver a alguien allí, pero supuso que se había retirado

todo el mundo tras la cena. Y aunque no era demasiado tarde como para irse a la cama, seguramente ya nadie estaría trabajando. Abrió la puerta por completo y entró en las cocinas. El olor al guiso hizo que arrugara la nariz al recordar en el momento en el que el propio Blair envenenó a sus padres e intentó hacer lo mismo con su hermana. ¿De verdad era tan importante para él ser laird que se mostraba tan frío ante esas pérdidas?

Freya torció la cabeza y cruzó las cocinas lo más rápido que pudo. El silencio era abrumador dentro del castillo, como si el eco de algo extraño recorriera esa noche cada rincón de la fortaleza.

Tras sentir un escalofrío, Freya abrió la puerta de la cocina que daba al pasillo y después de comprobar que no había nadie, salió de allí. La joven no podía creer la suerte que tenía al descubrir que estaba todo tranquilo. Tal vez demasiado. Pero estaba segura de que todo el mundo estaba descansando para la batalla que iba a librarse cuando Broc acudiera allí a luchar, pues Blair sabía que irían allí tras su carta.

Freya dejó escapar un suspiro y se apretó contra la pared del pasillo con una mano dispuesta sobre la espada para desenvainarla si se presentaba la ocasión, pero todo estaba tranquilo. No encontró a nadie en ningún pasillo, por lo que pudo llegar hasta la puerta prohibida antes de lo que esperaba. Con una sonrisa, la joven estiró una mano para abrirla, pero antes de que sus dedos pudieran tocar la aldaba, alguien pasó una mano por su hombro hasta tapar su boca, le aferró el brazo que ya estaba desenvainando la espada y se lo retorció a la espalda. Al instante, la joven comenzó a agitarse entre los brazos de aquel hombre, temiendo encontrarse a Blair. Esta le dio una patada en la espinilla que logró arrancarle un gruñido de dolor, y eso hizo que se diera cuenta de que no era Blair el que la retenía.

Freya se vio arrastrada hacia uno de los salones más cercanos, donde la obligó a entrar. A pesar de los intentos de la joven por soltarse, todos eran infructuosos. Sin lugar a dudas, la fuerza de ese guerrero era mucho más fuerte que la suya. Y cuando logró pisarlo y ganar terreno, se vio impulsada hacia la pared. El guerrero la giró y volvió a poner una mano sobre su boca.

Al instante, la joven levantó una mano para golpearlo, pero se quedó petrificada al descubrir que el guerrero que la había descubierto era Ossian, el primo ceñudo de Leathan. Su mano quedó suspendida en el aire y tragó saliva. Este respiraba con fuerza y la miraba como siempre solía hacerlo cuando estuvo allí. El odio parecía recorrer cada palmo de su piel, pero en ese momento, y por primera vez desde que lo conocía, el guerrero estuvo a punto de esbozar una sonrisa, aunque logró contenerla a tiempo.

—Estaba apostado en la muralla cuando he visto que aparecía una sombra justo en la parte trasera —comenzó diciendo—. Con la excusa de que me estaba meando he dejado mi puesto y he venido tras de ti.

Freya se removió e intentó soltarse, pero Ossian negó con la cabeza, seriamente.

—No sé si eres consciente de que acabas de hacer la mayor locura de tu vida, muchacha del demonio, pero también acabas de meterme en el peor problema que he tenido jamás.

Ossian apartó la mano de su boca y dio un paso atrás, esperando a que desenvainara la espada, pero Freya se quedó quieta, mirándolo en la semioscuridad, sobre todo, al ver que el guerrero levantaba las manos en señal de paz.

—¿Y por qué has venido tras de mí?

Ossian enarcó una ceja.

—Para evitar que Blair te mate y Broc me mate a mí después.

Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente al tiempo que Ossian lanzaba un suspiro.

—Esta noche, precisamente, hay más guardias porque Blair suponía que ibas a venir sola a salvar a tus padres, así que puedes empezar a agradecerme que haya sido yo y no otro quien te haya visto.

Pero Freya apenas lo escuchó, ya que seguían resonando en su mente las otras palabras del guerrero.

—¿Estás del lado de Broc?

Ossian sonrió por primera vez.

—¿De verdad creías que iba a dejar que el alocado de mi primo Leathan se metiera en esto solo? Dime que está bien, por favor…

Freya vio un relámpago de duda y temor en los ojos de Ossian, por lo que asintió enseguida.

—Sí. Ha estado cojo un tiempo, pero está mucho mejor.

Ossian asintió, agradecido.

—Desde que te fuiste la vida aquí ha sido un infierno. Pensaba que, tras descubrir a mi primo, Blair iba a matarme, pero no. Sorprendentemente, jamás me ha preguntado si yo he participado también de los planes de Broc.

Freya lo miró, perpleja. Era la primera vez que le hablaba de esa manera tan cercana. Bueno, realmente, creía recordar que era la primera vez que le hablaba, simplemente.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —no pudo evitar preguntarle al guerrero.

Ossian torció la cabeza.

—Pegarme a tu sombra. Si Broc se entera de que te he dejado sola, me cortará las pelotas. ¿Cómo has conseguido escapar de sus guardias?

Freya sonrió levemente.

—Tengo mis trucos…

El guerrero negó con la cabeza.

—Sabía que me darías problemas desde que te encontré en el bosque… Si muero esta noche, dile a mi primo que es un maldito cabrón por dejarme aquí solo entre las fieras.

—Vamos a intentar hacer lo posible para evitar que mueras, Oss.

El guerrero le sonrió y asintió.

—Te ayudaré a sacarlos y después os llevaré al pasadizo por el que escapó Broc hace unos años. Lleva directamente al bosque, pero desde ahí podréis escapar.

—¿Y tú?

Ossian se encogió de hombros.

—Yo volveré a mi puesto y seguiré como si nada hubiera pasado.

Freya asintió, agradecida, pero siguió mirándolo con sorpresa.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Que sigo anonadada al saber que estás con Broc. No lo esperaba de ti.

—¿Y qué esperabas de mí?

—No sé. Un insulto, una paliza, que me llevaras ante Blair… Ni siquiera Broc me dijo que estabas de su lado.

Ossian sonrió ampliamente y dio un paso atrás.

—Me alegra saber que soy bueno en mi trabajo. Y en cuanto a Broc, apenas hemos hablado, por seguridad.

Freya dejó escapar una risa, pero miró con cierto reparo hacia la puerta.

—No quiero hacerte perder más tiempo… Pero, ¿qué ocurrió entonces la noche en la que atacaron el castillo? Creí que luchaste contra Thomas.

Ossian negó.

—No. Así lo hicimos creer a todo el mundo, pero lo único que hice fue correr a abrir el portón sin que me viera nadie para dejarlos pasar…

Freya enarcó una ceja, anonadada.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

Ossian sonrió y se frotó las manos.

—No perdamos más tiempo y vayamos a por tus padres…

Freya asintió y respiró hondo para calmarse. Jamás habría creído que el guerrero ceñudo que había conocido estaría del lado de Broc. Durante su estancia en ese castillo le había dejado clara su lealtad al laird, y lo había hecho tan bien que se lo había creído sin problemas.

Ahora ambos se dirigían hacia la puerta y, tras echar una mirada rápida al exterior, Ossian fue el primero en salir de allí. Freya lo siguió, con el susto aún en el cuerpo y la sorpresa reflejada en sus ojos. El silencio seguía recorriendo el pasillo a medida que avanzaron hasta la puerta de las mazmorras. Freya casi podía sentir el latido del corazón de sus padres cerca de allí y cuando Ossian abrió la puerta y una brisa fría y maloliente dio de lleno en su nariz, Freya estuvo a punto de resoplar y maldecir en voz alta, aunque logró contenerse.

Ossian hizo un gesto con la mano para que lo siguiera, ya que la zona estaba despejada. Y en silencio, ambos bajaron lentamente las escaleras. Estas tenían algunos escalones que eran más anchos que otros, por lo que debían bajar despacio y así evitar caerse. Cuando llegaron abajo del todo, la luz de una pequeña antorcha los recibió y les indicó el camino por donde debían ir.

Freya tuvo que contener una arcada ante el sofocante, penetrante y asqueroso olor que desprendía ese lugar, como si jamás hubiera bajado algo de aire limpio a esas mazmorras.

Y cuando Ossian se quedó parado frente a una de las celdas, el corazón de Freya estuvo a punto de pararse de golpe, sobre todo, cuando volvió a escuchar aquella voz que había creído que no oiría jamás.

—¿Esta noche vienes tú a golpearnos?

La voz ronca y mermada de su padre llenó de amor su corazón. Ossian no respondió, por lo que Freya se apresuró a colocarse en su campo de visión.

—¡Papá! —exclamó en voz baja aferrándose a los barrotes de la celda.

Tanto su padre como su madre levantaron la cabeza. Ambos estaban separados el uno del otro, y entonces Freya se dio cuenta de que estaban atados a unas cadenas que sobresalían de la pared.

—¿Freya? —preguntó su madre, incapaz de creer lo que veía.

—¿Eres tú de verdad o es una alucinación fruto de toda esta puta locura?

La joven sonrió. Su padre siempre había tenido la lengua muy suelta y solía expresarse siempre con palabras malsonantes. De ahí que ella también tuviera la boca tan sucia. Hacía tanto tiempo que no los veía que el cambio era más que visible en ellos. Estaban muy demacrados y famélicos. Sus rostros, golpeados, parecían haber perdido la viveza que antaño tenían y sus ojos ya no poseían el brillo intenso que siempre mostraban al verla.

—Soy yo, de verdad. He venido a sacaros. Ya os explicaré más tarde lo que ha ocurrido.

—¿Y él? —preguntó su padre señalando a Ossian.

Freya sonrió y miró al ceñudo guerrero, que estaba tan tenso que la joven estuvo segura de que tenía algo metido por el trasero.

—Me ha ayudado.

—No lo parece… —se quejó su padre.

Ossian resopló y se acercó a las llaves que había colgadas a unos metros de allí.

—Espero que no digáis lo mismo, señor, cuando os saque de aquí…

Freya se apartó de la celda con una sonrisa, pero esta se quedó congelada cuando una voz fría, distante y peligrosa llenó el espacio de las mazmorras como si de un huracán se tratara.

—No sabes cuánto me alegro de verte de nuevo, Freya, amor mío.

La joven se puso tensa, al igual que Ossian, cuyas llaves tintinearon entre sus manos y amenazaron con caer al suelo.

Freya desenvainó la espada al tiempo que se giraba hacia Blair, pero se quedó completamente quieta al ver que de la puerta de la mazmorra bajaban dos arqueros. Uno de ellos apuntaba hacia ella, mientras que el otro lo hacía contra Ossian.

—Si yo fuera tú, querida, tiraría mi espada al suelo… Si es que valoras un poco la vida de mi querido Oss…

Freya tragó saliva. No podría soportar que por su culpa el guerrero fuera herido, aunque también era culpa suya que ahora estuviera metida en ese atolladero. Rechinando los dientes, la joven dejó caer la espada justo a tiempo de evitar que el arquero que había tensado la cuerda disparara contra Oss.

—¡Deja en paz a mi hija, desgraciado! —escuchó que vociferaba su padre.

Blair sonrió y terminó de bajar los tres escalones que le quedaban sin apartar la mirada de Freya.

—Ya sabía que eras un traidor antes de descubrir que tu primo lo era, pero después de lo que pasó con Leathan pensaba que habrías reconsiderado tu lealtad.

Ossian resopló.

—Mi lealtad está con el verdadero laird de estas tierras: aquel al que eligió tu bisabuelo.

—Ese maldito viejo no sabía lo que hacía.

—¿Y tú sí? —lo interrumpió Freya con ira—. Pensaba que eras diferente, que de verdad querías y amabas a tu pueblo, pero ¿cómo vas a amar a tu pueblo si ni siquiera has sabido amar a

tu familia? Me engañaste, al igual que a los demás. Pensaba que tu primo era el verdadero demonio de toda esta maldita guerra, pero eres tú.

Blair resopló y se acercó a ella lentamente, que no se achantó a pesar de que las flechas seguían apuntando a sus corazones.

—Broc es el que de verdad tiene madera para esto. Tú no eres más que un usurpador que no vale para nada.

Cuando Blair estuvo a un metro de ella, hizo un movimiento rápido y le dio una sonora bofetada que hizo que su padre renegara y gritara desde su celda. Pero Freya no mostró debilidad. Sabía a quién se enfrentaba. Y no temía morir.

—Ya veo que mi primo se ha encargado muy bien de ponerte en mi contra.

—Eres tú, con tus acciones, quien me ha puesto en tu contra —respondió cuando recuperó el aliento por el dolor de su mejilla—. Mataste a tus tíos y después envenenaste a tus padres. ¡Por Dios, Blair! ¿De verdad merece la pena convertirse en un monstruo por tener el poder?

—Tú no tienes ni idea de lo que soy.

Freya resopló.

—Tienes razón. No lo sé. Pero lo que sí sé es que vas a perder esta guerra.

Blair arremetió contra ella y la agarró del cuello. Ossian dio un paso hacia ellos para intentar ayudar a Freya, pero la flecha de uno de los arqueros dio de lleno en su antebrazo. El grito de dolor del guerrero resonó con fuerza en las mazmorras.

—¡Dejadlo en paz! —vociferó la joven—. Es a mí a quien querías, ¿verdad? La primogénita del "Oso". Supongo que eso se lo habrás explicado a mi padre.

El aludido resopló y gruñó al ver que no la soltaba.

Blair la atrajo hacia él, y apretó con más fuerza, logrando arrancarle el aliento durante unos segundos. Después su amarre flojeó y la empujó con fuerza hacia la celda justo frente a la de sus padres.

Freya trastabilló y cayó al suelo, pero se levantó con la intención de golpearlo. Sin embargo, Blair ya estaba preparado y le propinó un fuerte puñetazo en la mandíbula que volvió a tirarla al suelo. Y sin darle tiempo, una patada en el costado que le arrancó un grito de dolor. Por dentro, su herida seguía abierta, así que sintió como si esta volviera a abrirse.

Junto a ellos, los dos arqueros obligaban a Ossian a entrar en la misma celda y le pusieron los grilletes que caían del techo. Con un gesto de dolor, el guerrero intentó soltarse, pero tan solo consiguió ganarse un par de golpes.

Freya fue consciente de los gruñidos de Oss, al igual que los gritos de sus padres, que intentaban soltarse de sus cadenas al tiempo que gritaban improperios contra Blair.

—¿Veis lo que me obligáis a hacer? Estáis todos en mi contra…

La voz del laird sonó tan fría que Freya sintió un escalofrío en la espalda. Todo su vello se erizó y supo que para salir de allí tendría demasiado trabajo por delante. Si es que salía viva…

La joven sintió cómo el guerrero tiraba de su pelo y la levantaba del suelo para después empujarla contra la pared. Esta se giró y logró darle una patada tal y como Broc le había enseñado. Si pretendían matarla, ellos se llevarían una parte de los golpes. Con una velocidad incapaz de entender de dónde procedía, Freya giró sobre sí misma y golpeó también en el pecho

a uno de los arqueros, logrando tirarlo al suelo. Y cuando el otro se lanzó contra ella, estaba preparada para golpearlo también, demostrando sus habilidades como guerrera, que lograron sorprender al propio Ossian.

Sin embargo, Blair estaba preparado y cuando se lanzó contra él, este se movió con la misma rapidez y, sabiendo que su costado era su zona débil, imprimó toda la fuerza para golpearla.

Freya sintió que se le escapaba el aliento al instante. Se le nubló la visión durante unos segundos, los suficientes como para que Blair tirara de su pelo y la arrastrara contra la pared para ponerle las cadenas. Después, se incorporó y la miró con desdén.

—No he matado a toda la gente que me sobraba para que ahora llegues tú y lo estropees todo, zorra.

Y a pesar de la situación, Freya dejó escapar una risa.

—Hace un tiempo sí me querías aquí porque pensabas que gracias a mí lograrías vencer. Esa era la parte de la profecía que no me contaste, ¿verdad? Eres un desgraciado, un mentiroso, un asesino, un…

Pero un puñetazo del guerrero logró dejarla inconsciente.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero sabía que el suficiente como para que todo quedara en silencio. Tan solo el llanto de su madre cerca de allí logró animarla a abrir los ojos, temerosa de que Blair hubiera matado a alguien mientras estaba inconsciente.

—Muchacha…

La voz de Ossian la sacó del letargo y levantó la mirada. Sus ojos se abrieron desmesuradamente al ver el trabajo que sí habían hecho mientras ella no era consciente. El rostro del guerrero estaba casi desfigurado. Su cara estaba llena de sangre, el ojo izquierdo estaba ligeramente hinchado, al igual que su mejilla derecha; el labio y la ceja derecha partida. Numerosos golpes que habían abierto heridas y rezó para que en el resto del cuerpo no tuviera nada más.

—¿Qué te han hecho?

Ossian sonrió y torció la cabeza.

—Gentileza del laird MacNab —dijo irónicamente.

—Lo siento mucho, Oss. No debiste venir a ayudarme.

El guerrero se encogió de hombros y Freya maldijo entre dientes y tiró de las cadenas.

—¿Hay alguna forma de salir de aquí?

—Me temo que no. Se han asegurado del amarre. Dime que Broc está cerca…

Freya tragó saliva y resopló.

—No lo sé. Dijo que saldríamos al amanecer, pero supongo que al descubrir que yo me había escapado, saldrían justo después para intentar alcanzarme.

Ossian sopesó sus palabras.

—Entonces, si salieron justo detrás de ti, puede ser que estén cerca. Tal vez han cabalgado sin descanso y a gran velocidad.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Casi toda la noche. Queda menos de una hora para que llegue el nuevo día.

La joven enarcó ambas cejas, sorprendida.

—¿En serio?

Oss asintió y tras esto, Freya miró hacia sus padres. Su madre la miró con lágrimas en los ojos y sintió una pena inmensa por ella. Su padre, por el contrario, sentía rabia. Lo veía en sus ojos. Y sabía que estaba dispuesto a luchar si se daba el caso. Y por ello le sonrió.

—Os he echado de menos —les dijo—. No os imagináis la cara de los policías cuando me veían pasar de nuevo a la comisaría para pedir explicaciones sobre vuestra búsqueda.

Su padre sonrió tristemente.

—Imagina sus caras cuando les digamos que hemos viajado en el tiempo.

Freya le devolvió la misma sonrisa.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué estáis aquí?

Su padre se encogió de hombros.

—Pasábamos cerca de este castillo y decidí venir aquí para intentar llevarte algo con lo que ayudarte en tu investigación. Y cuando nos bajamos del coche y nos aproximamos al bosque, surgió una extraña luz. Nos sentimos aterrados. Fue como si tuviéramos un accidente con el coche y diéramos vueltas. Y de repente, al venir hacia el castillo para coger el coche, nos encontramos con que estaba reconstruido y con gente en su interior. No nos dimos cuenta de lo que había pasado hasta que Blair nos apresó.

Freya resopló y apoyó la cabeza contra la fría pared. No estaba segura de que pudieran volver a su época y, si tenían la oportunidad, ella desde luego intentaría quedarse con Broc, si es que el guerrero no la mataba por haberlo desobedecido.

—Broc vendrá a ayudarnos —les prometió intentando no pensar en lo que podría haber ocurrido—. Ya veréis…

Y en ese momento, el sonido de la puerta de las mazmorras rompió el sonido, acallándolos a todos y esperando ver aparecer a alguien.

El propio Blair fue el que llegó de nuevo. Freya resopló al ver que llevaba su espada colgada en el cinto. Quería agarrarla y clavársela en lo más profundo del corazón y cuando acabara con él, ayudaría a Broc a conseguir el favor de su gente.

El laird sonrió y abrió la puerta de la celda.

—¡Cómo me alegra verte despierta, querida! —exclamó arrastrando las palabras.

Entró y se acercó a ella sin tan siquiera dedicarle una mirada al rostro sangrante de Ossian. Blair se sentó a su lado y apoyó la espalda contra la pared con chulería. Después giró la cabeza en su dirección y sonrió.

—Puedes estar tranquila, querida. Tus padres saben de nuestra relación…

Freya le escupió en la cara, acto que hizo sonreír más a Blair, que se limpió la mejilla y siguió como si nada. La joven dejó escapar un escalofrío. No podía creer lo que veían sus ojos. Se había preparado mentalmente para encontrarse con Blair una vez más y mirarlo con ojos conocedores de la verdad, pero lo que veía superaba sus expectativas. El guerrero tenía la mirada perdida y

perversa, como si realmente disfrutara de ese momento, nada que ver con lo caballeroso que se había mostrado con ella tan solo para ganarse su confianza. ¿Cómo había podido estar tan sumamente ciega? ¿Cómo había sido tan tonta como para no darse cuenta de lo que en realidad era? ¿Por qué se había entregado a él con toda su alma? Ya no sentía nada por él, tan solo odio, pero no podía evitar golpearse mentalmente por haber caído en su trampa.

—Te perdono, querida.

—Deja de llamarme así —lo cortó.

Blair sonrió y levantó una mano para acariciar su mejilla. Y a pesar de que Freya intentó apartar la cara, sus dedos lograron aferrar su barbilla con fuerza para obligarla a mirarlo. El guerrero se puso de rodillas ante ella y la miró con una sonrisa.

—Sé que aún sigues sintiendo algo por mí. Y eso me hará ganar la guerra.

Freya sonrió con asco.

—Claro que sí. Siento odio y asco. Y me temo que eso no es bueno para ti, así que no esperes vencer.

Blair chasqueó la lengua e hizo caso omiso a la voz del padre de Freya, que lo maldecía una y otra vez deseando que soltara a su hija.

—Estás equivocada. Mi primo seguramente te ha encandilado con esa mirada sufriente, su alma rota y la maldita necesidad de cariño que siempre ha mostrado, incluso antes de que sus padres murieran. Pero él nunca ha pensado en el clan, en lo que realmente necesita. Él no sabría llevarlo y sé que internamente me eliges a mí como laird.

—Hace un tiempo así lo hacía porque creía que Broc era el villano de esta historia, pero no es así. Eres tú. Y nada puede justificar todo el daño que has provocado durante estos años, ni las muertes de tus tíos, de tu bisabuelo, de tus propios padres, de toda esa gente a la que has atacado para echar la culpa a Broc… No hay nada que borre ese daño. Pero sí hay quien pueda borrarte a ti de esta historia. Y ese es tu primo.

Blair sonrió de lado y en lugar de responderle la besó. Los ojos de Freya se abrieron muy grandes e intentó apartarse, incluso golpearlo con las cadenas, pero no pudo. Y cuando estaba segura de que iba a vomitar por el asco que le produjo, Blair se apartó de ella.

—Ganaré la guerra, ganaré a mi primo y todos viviréis lo suficiente para verme vencer. Después… seréis ejecutados.

Ossian resopló, pero no lo miró. Freya tampoco. Se limitó a observar a Blair. Su locura parecía no tener límites, pero mientras ella tuviera un aliento de vida, haría lo que fuera para vencer.

—Mi nombre será recordado por la gloria de mi victoria.

—Yo me encargaré de que seas recordado por la serpiente que eres después de que Broc se encargue de matarte.

La mano de Blair dejó su barbilla para descender por su cuello en una suave caricia y cuando amenazó con tocar sus pechos, la voz de uno de sus hombres irrumpió en las mazmorras.

—¡Mi señor!

La expresión de Blair se tornó iracunda por ser interrumpido.

—¿Qué quieres?

—Vuestro primo está a las puertas del castillo.

Y una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios de Freya, borrando la que Blair tenía en los suyos.

CAPÍTULO 32

El padre de Freya rugió de rabia al ver cómo Blair trataba a su hija. El guerrero había soltado una de sus manos y la había atado a la otra muñeca antes de abrir la otra cadera que la sujetaba. Entre varios hombres soltaron también a Ossian y levantaron a ambos, empujándolos hacia la puerta.

—¡Suéltala! —vociferó.

—No te ha hecho nada —suplicó su madre.

—Vuestra querida hija me ayudará a conseguir lo que deseo…

A modo de despedida, Freya levantó la mirada hacia sus padres y les intentó sonreír, mostrando valentía, aunque por dentro realmente lo que sentía era un miedo terrible ante lo que pudiera pasarle a Broc. ¿Qué estaría pensando en ese instante? ¿La odiaría?

—Os sacaré de ahí en cuanto mate a Blair… —juró en voz alta para que la escuchara el aludido.

Este gruñó y cuando Freya dio un paso atrás, Blair la aferró del pelo y estrelló su cabeza contra las rejas de la celda de sus padres, provocando que estos gritaran de pánico.

—¡No!

Freya sintió un dolor punzante en la frente que paralizó su cuerpo momentáneamente. Cerró los ojos intentando recuperarse y los abrió al sentir un hilo de sangre recorrer su sien, su mejilla y perderse por su barbilla, goteando a su ropa.

—Más te vale portarte bien, querida —la amenazó obligándola a mirarlo—. Oh, te has hecho daño… Pobrecita…

Sin darle tiempo a responder, Blair la aferró del brazo con fuerza y la empujó hacia las escaleras. Ossian era llevado por dos hombres y otros dos lo miraban, temerosos de que hiciera algo contra ellos y pudiera soltarse.

Freya miraba su espalda y se dio cuenta de que renqueaba un poco a medida que avanzaba. Su cuerpo, fornido y alto, estaba ligeramente encorvado, tal vez por la paliza que había recibido mientras ella estaba inconsciente. Freya rechinó los dientes, deseando que aquello acabara cuanto antes. La batalla final había llegado y solo deseó que no acabara como las historias contaban en el futuro.

Los dedos de Blair parecían garras en su brazo, pero ese dolor no superaba al de su frente, que hacía latir su cabeza de forma brutal.

Caminaron deprisa sorteando los pasillos hasta llegar a la puerta de salida del castillo. Freya respiró hondo cuando el viento le dio de lleno en la cara. El día había amanecido con una ligera lluvia que caía suave, ajena a lo que iba a suceder en ese lugar, aunque Freya la sintió sobre el rostro como si de una esperanza se tratara. Se vio empujada hacia adelante, concretamente, hacia el enorme portón.

Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente al comprobar que allí en el patio del castillo había más guerreros de lo que esperaba, aunque no eran guerreros normales, ni siquiera parecían ser del clan porque no llevaban los colores en sus ropajes. Al contrario, vestían de forma parecida a Broc y sus hombres, aunque con ropas más andrajosas. Eso le hizo pensar en que tal vez se trataran de mercenarios contratados por Blair; esos mismos mercenarios que

intentaron matarla junto a Leathan en el desfiladero. La joven miró a unos y a otros y calculó que, junto con los guerreros de Blair, habría unos setenta hombres. Su corazón se sobresaltó. ¿Cuántos hombres habría traído Broc?

Sus manos temblaban e intentó quitarse las cuerdas que ataban sus muñecas, pero no pudo. Sentía sobre ella el peso de las miradas de los guerreros, pero ella mantuvo sus ojos fijos en el frente, allá donde seguramente estaba Broc fuera de la muralla. Con los nervios a flor de piel, Freya miró de reojo a Blair, que caminaba a su lado con el rostro más serio de lo normal. Después descubrió que miraba hacia uno de sus guardias en la muralla. La joven siguió su mirada y vio que se trataba de un arquero, que ya tenía la flecha preparada para disparar.

—A una señal mía, dispara.

Freya gruñó e intentó soltarse, lo cual le valió un gran dolor de cabeza, pero no le importó. Blair tiró de su brazo y la acercó a él cuando llegaron frente al portón.

—Estate quieta si no quieres que tu querido Broc muera antes de tiempo.

—Quien va a morir vas a ser tú —ladró la joven.

Blair sonrió y la miró de arriba abajo con auténtico asco.

—Qué pena que alguien tan hermosa como tú tenga que morir… Si tu lealtad hubiera seguido a mi lado, habrías tenido una oportunidad.

—No quiero nada tuyo…

Blair se encogió de hombros.

—Así será…

A una orden del laird, el portón comenzó a abrirse. Sus hombres le hicieron un camino y fue el propio Blair quien primero salió de la seguridad de la muralla, empujando a Freya con él, que miraba fijamente a Broc. La lluvia hacía que su pelo cayera mojado sobre su frente y las ropas de todos estaban ligeramente mojadas por el viaje hasta allí. Sus rostros estaban ligeramente cansados, por lo que se dijo que tal vez habían cabalgado durante toda la noche para llegar a tiempo.

Broc llevó su mirada negra hacia ella y a pesar de que vio pasar un resplandor de preocupación por la sangre que cubría su rostro, también vio un sentimiento más profundo: uno que clamaba venganza, derramamiento de sangre, frustración y enfado. Freya supo que estaba disgustado con ella, y que seguramente jamás la perdonaría por lo que había hecho.

Con lágrimas en los ojos, la joven miró a su alrededor y contó a los hombres de Broc mientras empujaban a Ossian a su lado. Freya se preocupó al ver que parecían ser diez hombres menos que los que había dentro del castillo, y rezó para que ninguno de los hombres de Broc muriera ese día.

—Bienvenido a mi castillo, primo —Blair pronunció cada palabra, pero, sobre todo, enfatizó "mi castillo" para dejarle claro a Broc que él no tenía nada que hacer allí.

Este, que se encontraba a poco menos de diez metros de ellos, se acercó un par más, dejando atrás a sus hombres, pero lo suficientemente cerca para observar a Freya. La rabia lo había consumido a lo largo de toda la noche, temeroso de que al llegar allí fuera demasiado tarde para ella, pero ahora, a pesar de que estaba viva, no podía soportar ver las heridas de su rostro. Precisamente eso era lo que había querido evitar, pero le había salido mal la jugada. Freya había sido más lista que él y había huido de su lado. Le dolía verla allí, quería abrazarla, estrecharla

entre sus brazos para que jamás volviera a escapar de él y así, al mismo tiempo, cuidarla y amarla como merecía.

Sin embargo, se obligó a levantar la mirada hacia su primo. Hacía demasiado tiempo que no lo veía tan de cerca. Había luchado contra sus hombres, pero a Blair no lo había visto. Parecía tener buen aspecto, aunque las bolsas bajo sus ojos indicaban que hacía tiempo que no dormía bien. Se preguntó si tal vez era su conciencia la que hacía que no descansara. Y deseó que así fuera.

Broc dio un paso más, deseaba desenvainar la espada y correr hacia él para matarlo, pero a una señal de su primo, un arquero de la muralla levantó su flecha y lo apuntó con ella, directamente al corazón.

—Me temo que, si te atreves a acercarte más, querido primo, morirás antes de tiempo…

El guerrero frunció el ceño y desvió su mirada hacia Ossian. Había escuchado la exclamación de sorpresa y rabia de Leathan a su lado cuando lo vieron salir y en el momento en el que Oss le dedicó una sonrisa de disculpa en medio de ese rostro ensangrentado, se dio cuenta de que también era una sonrisa de despedida. Broc rechinó los dientes cuando Oss, su amigo de la infancia que siempre había fingido ser una persona seria para intimidar a las personas de su alrededor, volvió a sonreír.

El guerrero tragó saliva y volvió a mirar a Blair.

—¿Por qué no dejas ya de fingir y acabamos con esto? —le preguntó con una voz que parecía salida de lo más profundo del infierno—. Ya va siendo hora de que todo el mundo conozca la clase de laird que tienen. Un laird que, por cierto, no es el legítimo.

Blair rio y chasqueó la lengua.

—Ay, primo… ¿De verdad sigues con lo mismo? ¿No estás cansado de seguir creyendo que esto te pertenece?

—Es que es la verdad. Me he traído la carta que el bisabuelo escribió a mi padre indicándole que sería él y no tu padre quien heredaría la jefatura del clan. Es una pena que no pueda demostrar que fuiste tú quien mató a mis padres y a los tuyos propios.

Algunos de los hombres de Blair, que desconocían la historia, se movieron, nerviosos, y se miraron los unos a los otros.

—Y supongo que ellos tampoco saben que son tus mercenarios quienes atacan los pueblos del clan y no yo…

Blair resopló y movió su mano libre, restándole importancia.

—Eres demasiado imaginativo, primo. Me valgo de los mercenarios para luchar contra ti, para nada más.

Freya resopló.

—¡Sabes que eso es mentira!

Blair la miró de reojo con expresión asqueada, soltó su brazo y la aferró con fuerza del pelo, movimiento que hizo que Broc diera un paso hacia ellos, pero una flecha cortó su paso y paró al instante. Levantó la mirada hacia la muralla y vio sonreír al arquero al tiempo que cargaba de nuevo el arco.

—Tengo algo que ofrecerte, primo —comenzó diciendo Blair—. Como podrás comprobar, somos más hombres que vosotros, y como no quiero un derramamiento de sangre en mis tierras y

tener que enterrar todos vuestros cuerpos, he decidido darte una última oportunidad.

—No la acepto.

—No sabes lo que voy a ofrecerte…

—Ni me interesa —respondió Broc.

Blair sonrió de lado y zarandeó a Freya, tirando tan fuerte de su pelo que esta tenía los ojos cerrados, mostrando una expresión de auténtico dolor, pero sin llegar a gemir.

—Creo que sí te va a interesar… —señaló a Ossian—. Como podrás comprobar, he descubierto que uno de mis hombres había cambiado su lealtad. Si dais marcha atrás y acabas con esto, aceptando que yo soy el laird, dejaré que tu amigo y tu… furcia vivan. Si, por el contrario, deseáis luchar, todos seréis ejecutados.

Durante unos segundos, Broc llegó a dudar. Pensó que tal vez debería dejar todo y vivir una vida plena junto a Freya, si es que ella lo deseaba, junto a sus hombres y tranquilamente en sus tierras, haciendo su propio clan. Pero luego recordó las sonrisas de sus hermanas gemelas, de su padre y, sobre todo, de su madre. Había echado tanto de menos una de sus sonrisas que si ahora se daba la vuelta y se olvidaba de todo, estaba seguro de que el alma de su madre jamás se lo perdonaría. Debía reparar el daño, debía vengarse. Por ellos. Por el rostro ensangrentado de Freya. Por todos los que habían muerto durante esos años de guerra. Y, sobre todo, por el bien de su propia alma.

—Jamás voy a aceptar semejante despropósito, Blair. Esto no te pertenece, y menos aún después de haberlo conseguir con derramamiento de sangre. Si de verdad tienes agallas, lucharás contra mí para conservarlo y, si mueres, esto será mío.

Blair sonrió y se encogió de hombros.

—Tú lo has querido…

El laird miró hacia su derecha, donde estaban los hombres que sujetaban a Ossian. Vio cómo este apretaba la mandíbula y cuadraba los hombros, sabedor de lo que iba a pasar. Vio cómo elevaba su mandíbula y dirigía primero una mirada a Broc y después a Leathan, que apretaba los puños con fuerza. A una señal de Blair, uno de sus hombres, desenvainó una daga y se la clavó en el costado.

El cuerpo de Ossian se arqueó ligeramente al tiempo que dibujaba una mueca de dolor. De su garganta escapó un gruñido y sus manos se apretaron contra las cuerdas que lo sujetaban. Una de las últimas cosas que escuchó el guerrero fue la exclamación horrorizada de Freya, a su lado, y el grito desesperado de Leathan. Y en lugar de la mueca de dolor, en sus labios se dibujó una amplia sonrisa. Había pasado tantos años simulando una seriedad que no le pertenecía, que ahora que la muerte estaba próxima, deseó irse con una sonrisa.

—¡No! —vociferó Leathan, rompiendo la fila y corriendo hacia él.

Broc estuvo a punto de gritarle que se quedara en su lugar, pero se giró demasiado tarde. La impresión al ver morir a Ossian fue demasiado para él, por lo que tardó en reaccionar. Se giró a tiempo para ver cómo una flecha impactaba en el hombro izquierdo de Leathan, que se vio impulsado hacia atrás, cayendo cerca de Broc. Sus hombres comenzaron a ponerse nerviosos, pero cuando Broc se movió para regresar junto a ellos, sintió un pinchazo en el pecho.

—¡Broc!

El grito horrorizado de Freya llenó por completo sus oídos. Al instante, giró la cabeza en su

dirección, aterrado al pensar que iban a matarla a ella en ese instante. Sin embargo, lo primero que vio fue algo que dejó sin habla al resto de guerreros allí presentes. Lo que le había provocado un pinchazo en el pecho no era ni más ni menos que una flecha que se había clavado en… ¿su pecho?

—¡Broc! —volvió a gritar Freya, desesperada.

El guerrero levantó la cabeza en su dirección, preguntándose cómo era posible que a pesar de tener clavada una flecha, no sintiera dolor. Todos a su alrededor se quedaron en silencio, como si se hubiera detenido el tiempo y se hubieran quedado petrificados.

Broc volvió a mirar la flecha clavada, justo bajo su mandíbula y levantó una mano. El guerrero tragó saliva al darse cuenta de que no se había llegado a clavar del todo, sino solo unos milímetros y que el colgante que Freya le había regalado había parado la flecha. Sin embargo, nadie más se había percatado de eso y más de un guerrero comenzó a santiguarse.

—¡Es el demonio! —vociferaron algunos—. ¡No podemos matarlo!

A su espalda, escuchó el gruñido de Thomas, al que le estaba costando mucho mantenerse quieto. Y Broc, a pesar de que le molestaba y escocía el lugar donde le había hecho un pequeño y mísero agujero, rompió la flecha con ambas manos, pero no la desenclavó del colgante para hacerles creer sus propias palabras: que era un demonio al que no podían matar. Eso dio fuerzas a sus hombres, incluso al propio Leathan, que se levantó gruñendo de dolor y con sed de venganza.

En el rostro de Freya estaba reflejado el horror y el pánico al creer que iba a morir, pero esbozando una sonrisa, Broc dio un paso hacia adelante y dijo con seguridad:

—Estás muy equivocado, primo, si crees que una simple flecha puede acabar conmigo.

—Broc… —susurró Freya.

En ese instante, el guerrero desenvainó la espada y miró una última vez el cuerpo de Oss, a los pies de los hombres de su primo, y dio un paso al frente.

—Suelta ahora mismo a Freya.

Blair sonrió y desenvainó también su espada para ponerla justo en el cuello de la joven.

—¿Qué te parece si mejor decido matarla?

Broc entrecerró los ojos al tiempo que todos sus hombres desenvainaban sus espadas tras escuchar a Blair. El guerrero aferró la suya con fuerza y la levantó ligeramente. Cualquiera que lo mirara en ese momento, se había echado a temblar, ya que mostraba una visión de sí mismo que lo hacía parecer recién salido del Averno.

—Querido primo —comenzó diciendo Broc—, ya has visto lo que mi sola presencia o mi nombre ocasiona en la gente. Si puedo causar miedo sin haber hecho nada, imagina lo que puedo provocar si me obligas a cruzar mi espada contra todos vosotros si tan solo te atreves a tocar uno solo de los cabellos de la mujer a la que amo.

—No te la mereces. Ni a ella, ni nada de lo que puedas conseguir. Ni siquiera debería ser tuyo todo lo que posees.

Freya miró a Broc con el miedo reflejado en sus ojos. Este le devolvió la mirada e intentó calmarla de alguna manera. El hecho de haber escuchado que la amaba había calmado en parte lo mal que se sentía por haber escapado, además del temor que corría por sus venas. Sin embargo,

tenía miedo de acabar como Ossian.

—¿Qué te parece si te entregas y dejas que tus hombres vivan? Ya has visto lo que hemos hecho con Ossian…

Y en esos segundos que Blair le concedió para que lo pensara, Broc miró a Freya y le sonrió ligeramente, y en lugar de responderle a su primo, le preguntó a la joven.

—¿Recuerdas el primer día en la sala de armas cuando intenté agarrar tu cuello?

Freya entrecerró los ojos, sin comprender a dónde quería llegar. No obstante, intentó recordar lo que había pasado. Tenía la sensación de que esos días pertenecían a otra vida, como si hiciera demasiado tiempo que había sucedido. Y en el momento en el que recordó lo que había pasado, asintió.

La joven apartó las lágrimas de sus ojos y le dijo:

—Sí, ¿por qué?

—Porque creo que deberías hacer lo mismo que en ese momento.

Pero a pesar de todo el entrenamiento, ver morir a Ossian y todo el dolor que había tenido que pasar habían mermado en parte su valentía. Sin embargo, en los ojos negros de Broc logró recuperarla. Este la miró con una sonrisa más amplia y le dio ánimos. Y a pesar de todo lo que había visto y vivido, Freya notó cómo sus manos empezaban a calentarse de una forma extraña, como si tuviera la palma ardiendo. Y cuando las miró de reojo, sintió una fuerza poderosa en su interior, al mismo tiempo que ese tambor que había escuchado en varias ocasiones comenzaba a latir dentro de ella.

—¡Blair MacNab! —vociferó Freya a pesar de sentir en su cuello el filo de la espada—. El destino me envió aquí para decidir quién era el verdadero laird de este clan. Soy yo quien debe poner en su lugar al legítimo jefe de los MacNab, no tú. ¡Y ese laird es Broc MacNab!

Freya escuchó su gruñido, y antes de darle tiempo a decir o hacer nada, la joven echó hacia atrás la cabeza, golpeándolo en la nariz y obligándolo a apartar la espada de su cuello. Y en ese instante, se desató el caos en el castillo.

Broc corrió hacia ella para ayudarla mientras el resto de sus hombres cruzaban sus espadas contra los hombres de Blair.

—Agarra fuerte tu espada y lucha para imponer la luz, Freya —le pidió Broc cuando cortó las cuerdas de sus muñecas.

Antes de que Blair pudiera moverse, Freya le arrebató su espada al guerrero, que aún la llevaba en el cinto, y se unió a los demás hombres para luchar. En ese instante, la rabia por todo lo que había tenido que sufrir desde que había viajado en el tiempo brotó de cada uno de los poros de su piel, imprimiendo una fuerza en cada golpe que le hizo creer que no le pertenecía, como si alguien más fuerte hubiera agarrado el arma y luchara por ella. Dentro de ella sentía que todo estaba en su lugar, que estaba bien y que no había dolor.

Apenas era consciente de los rostros de los guerreros contra los que luchaba. No quería matarlos, tan solo herirlos para que tuvieran una oportunidad de redimirse y conocer la verdadera historia de Broc, ya que ellos no eran del todo culpables de lo que Blair había estado haciendo con el paso de los años.

En un momento dado, uno de los guerreros le abrió una herida en el brazo, arrancándole una exclamación de dolor, pero Freya no se rindió. Siguió y siguió para ayudar a Broc a vencer. La

joven levantaba la espada para frenar cada estocada, giraba sobre sí misma para alejarse y volvía al ataque y defensa. A su alrededor, todo era un auténtico caos. Gritos de dolor y agonía se extendían por el páramo frente al castillo y dentro del patio de armas cuando los guerreros de Broc lograron penetrar en el interior. Los mercenarios no tenían lealtad hacia nadie, tan solo hacia quien les pagaba. Y si Blair caía, ellos no obtendrían su dinero. Por eso, luchaban con auténtica furia.

Cuando Freya hirió a uno de los hombres de Blair y este cayó al suelo gritando de dolor, la joven vio que uno de los mercenarios se lanzaba contra ella con la espada en alto. La joven logró parar su estocada a tiempo, aunque sintió que todos los huesos de su brazo crujían bajo aquel golpe. Enseguida se repuso y afianzó los pies en el suelo y aferró la espada con fuerza para atacar. No pensaba darle tregua hasta acabar con él.

Había perdido de vista a Broc cuando se alejó de él para luchar junto a los demás. Y no pudo evitar preguntarse dónde estaría, si tal vez se encontraba luchando contra Blair, si lo habían herido, si estaba… No, no podía estar muerto. Esa historia tendría un final diferente al que ella había escuchado durante toda su vida. Ella misma pondría todo su empeño en que la guerra acabara del lado de Broc, que no muriera como decían los escritos y que Blair no se saliera con la suya. Siempre había creído que las malas personas al final obtenían lo que merecían, y ese era el día en el que Blair iba a acabar con su reinado del terror.

—¡Maldita zorra! —exclamó el mercenario cuando logró abrirle una herida en la espalda.

Sin embargo, este no paró y se lanzó contra ella de nuevo. En ese instante, el grito de dolor de alguien conocido llegó hasta ella. Freya logró quitarse del medio al mercenario antes de girarse y ver que Thomas era lanzado al suelo, sangrando. Con horror, comprobó que cerca de él, Leathan, con la flecha aún clavada en el hombro, también era herido. Al igual que Farlan y otros guerreros a los que conocía. Los mercenarios parecían multiplicarse a cada segundo, amenazando con romper la línea de guerreros de Broc y cuando vio que este se encontraba luchando contra Blair y era herido también, Freya sintió una poderosa rabia que logró vencer a cualquier miedo que habitaba en su interior. Si ellos perdían, sus padres también morirían. Y no podía permitirlo. No iba a dejar que un demonio gobernara esas tierras donde había buena gente. No. Se lo debía a los que ya habían muerto. Se lo debía a Oss, que la había ayudado en último momento.

Y con la sensación de que de la punta de su espada salía una luz, Freya siguió luchando. Parando los golpes de su nuevo oponente con una maestría propia de alguien que llevaba luchando con la espada desde hacía años. Sus pies se movían deprisa, su corazón latía a un ritmo acelerado, sus brazos sostenían la espada con fuerza y en su mente seguía sonando el tambor que la había acompañado durante todo ese viaje. Y cuando logró vencer a su oponente, la joven miró de nuevo a su alrededor.

Sin saber por qué, Freya rugió de rabia y, de repente, algo pareció ocurrirles a todos y cada uno de los guerreros de Blair, que se llevaron las manos a la cabeza, como si escucharan algo demasiado fuerte como para poder aguantarlo.

—¡Broc es el verdadero laird de los MacNab! —vociferó la joven con una voz que no parecía salir de ella—. ¡Rendíos ahora si queréis vivir!

Freya tenía la sensación de que la fuerza que crecía en su interior haría que algo allí explotara y enviara a la muerte a los allí presentes. Ella no deseaba eso, por eso, temerosa del destino, volvió a vociferar. Y para su sorpresa, los guerreros de Blair poco a poco comenzaron a rendirse y tirar las armas antes de morir, incluidos los mercenarios, que parecieron temer la magia o lo

que fuera que Freya desprendía de ella.

—¡Broc MacNab es el legítimo laird de este clan! —volvió a rugir.

—¡No le hagáis caso! —bramó Blair levantando su espada de nuevo contra Broc.

Desde su posición, ya más tranquila, aunque con la misma fuerza recorriendo sus venas, Freya miró al hombre al que amaba. Este tenía el rostro totalmente concentrado en cada movimiento de su primo, pero cuando este vio que todos sus hombres acababan por rendirse, intentó vencer a Broc con artimañas que este logró esquivar con facilidad.

Y una de las veces que Blair se agachó para sortear la espada de su primo, uno de sus costados quedó desprotegido, momento que aprovechó Broc para asestarle un golpe con la empuñadura de la espada. Blair cayó al suelo y aunque se arrastró para alejarse de él e intentar levantarse, su primo fue más rápido y le asestó un fuerte golpe en la cabeza que logró arrancarle la conciencia.

Con gesto adusto y respiración acelerada, Broc miró a su inconsciente primo. No quería matarlo. No aún. No cuando Blair tenía cosas que arreglar con alguien más que no era él. A pesar de todo el daño que le había hecho, Broc sabía que debía arrancarle la cabeza de cuajo, pero primero quería hablar con él, preguntarle e intentar entender por qué se había dejado llevar por el ansia de poder.

Broc miró a su alrededor y vio que muchos de sus hombres tenían heridas abiertas en su cuerpo, pero al menos estaban vivos. Vio cómo Leathan corría hacia el cuerpo muerto de Oss y lo abrazaba con fuerza al tiempo que rugía por el dolor. Dolido, Broc necesitó apartar la mirada para no dejarse llevar por el sufrimiento creado por su primo. Se agachó junto a Blair, lo desarmó y ató sus manos a su espalda, imprimiendo en cada nudo toda la fuerza que poseía para evitar que escapara.

—¡Thomas! —llamó a su segundo al mando—. Que nadie se acerque a él y, si despierta, envíalo de nuevo con Morfeo.

Su amigo asintió y apoyó la espada junto a la cabeza de Blair, a quien escupió en la cara.

Broc levantó la mirada y miró a los guerreros que se habían rendido tras los gritos de Freya, que parecían salidos de ultratumba, y después dirigió su mirada a sus hombres.

—Que vengan varias curanderas al castillo para curar las heridas de todo el mundo. Quitadles las armas, dadles agua si lo necesitan y ayudad en lo que sea menester.

Mungo, que estaba cerca de él, se aproximó con el rostro desencajado.

—¿Estás seguro? ¿No crees que es mejor ejecutarlos?

Broc negó con la cabeza.

—¿Qué clase de líder sería si ahora que se han rendido los asesinamos? Yo no soy como Blair. Yo creo que merecen una segunda oportunidad. Y si deciden quedarse con nosotros, serán bienvenidos. Los que deseen irse tienen la puerta abierta.

Sorprendido, Mungo asintió y dio las órdenes a los demás, que comenzaron a retirar las armas que estaban a las vistas y ayudando a los que no podían moverse por sí mismos. Muchos habían caído, pero otros, tal y como Broc había pedido, tendrían una segunda oportunidad, pues habían luchado por alguien a quien ni siquiera conocían realmente.

Mientras tanto, Freya, que se había mantenido al margen, se acercó a Broc lentamente con manos temblorosas. Ya no sentía esa fuerza en su interior, pero tenía la sensación de que estaba a

punto de desfallecer, como si hubiera perdido gran parte de su energía. Ambos se miraron y Freya, después de todo el miedo que había pasado, no pudo aguantar las lágrimas.

—Lo siento, Broc —fue lo primero que le dijo.

Freya tenía miedo de acercarse demasiado a él y sentir su rechazo, pues a leguas veía claramente la rabia que sentía por haber desobedecido. Sin embargo, Broc dio un paso vacilante hacia ella, al tiempo que arrancaba de su colgante la flecha clavada, y después otro, hasta que la estrechó entre sus brazos con fuerza y dejaba escapar el aire contenido de su pecho.

—Por Dios que si llego a perderte habría sido capaz de arrancar piedra por piedra este maldito castillo —susurró contra su pelo.

A Freya le dolía la espalda por la fuerza que imprimía Broc en el abrazo, pero no le importaba. Por fin todo parecía haber acabado. Y de la mejor manera posible para el hombre al que amaba. Desde que había salido de su castillo había temido su rechazo y ahora que estaba entre sus brazos, segura, lo estrechó también con la misma fuerza mientras dejaba que sus lágrimas salieran sin control de sus ojos. Sus hombros se sacudieron al tiempo que escondía el rostro entre su pecho y Broc la acunó con ternura mientras cerraba los ojos.

—No vuelvas a dejarme así, Freya —suplicó con dificultad al sentir él también las lágrimas a punto de salir de sus ojos—. No me dejes…

—Tenía que venir a intentar salvarlos. Había que intentarlo…

Broc asintió levemente.

—Lo sé. Yo organicé una guerra para intentar vengar a los míos… No puedo discutirte nada.

Cuando se hubo calmado un poco, Freya se apartó ligeramente para mirarlo a los ojos. El guerrero le secó las lágrimas con los pulgares mientras observaba su rostro.

—Pero la próxima vez no me dejes así…

La joven sonrió.

—Por cierto, ¿cómo demonios has hecho eso?

Freya frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿No has visto cómo brillaba tu espada? —La joven negó, sorprendida—. Y supongo que tampoco te has dado cuenta de que tu voz se ha escuchado demasiado fuerte… como si algo en tu garganta hiciera que sonara así para que todo el mundo pudiera escucharlo.

Freya dio un paso atrás.

—¿Lo dices en serio?

Broc asintió.

—Además, todos han parado poco a poco, como si los hubieras embrujado…

Freya resopló.

—La magia no existe…

Broc sonrió y la aferró de la cintura para besarla suavemente.

—Recuerda que fue la magia ancestral escocesa la que te trajo aquí. Tal vez tú tienes algo de esa magia dentro de ti…

Freya lo miró a los ojos y sonrió. Se sentía libre, feliz, plena… Amaba a Broc con todas sus fuerzas y verlo vivo hizo que su corazón se expandiera aún más. Y en ese momento, una voz conocida irrumpió en el páramo, sobresaliendo por encima del resto de voces y provocando que el amor de su corazón aumentara aún más.

—¡Freya!

La joven se separó de Broc y se giró. Bearnard y Lili Wallace corrían hacia ellos como podían a pesar de las heridas y moretones de sus rostros. Su madre lloraba de felicidad como nunca lo había hecho. Y su padre aferraba con fuerza el brazo de su madre, temeroso de que cayera al suelo por la emoción. Aún estaban débiles por todo el sufrimiento de esos meses, pero estaban vivos. Habían logrado salvarlos.

Con una sonrisa, Freya abrazó primero a su madre mientras su padre no dejaba de mirar de soslayo a Broc, a quien había reconocido al instante.

—Mamá… —susurró la joven estrechándola suavemente.

Temía hacerle daño en alguna de las heridas que seguramente tendría por el cuerpo, pero su madre parecía haber recuperado parte de su energía al verla bien, aunque ensangrentada y ligeramente herida.

—Tienes que darte un baño enseguida —le susurró antes de separarse.

Freya dejó escapar una carcajada. Su madre siempre había sido una obsesionada con la limpieza de la casa y corporal. Y estaba segura de que había puesto el grito en el cielo cuando la había visto desde la lejanía.

—Te quiero, mamá.

Lili sonrió y asintió, mirando ahora a Broc, de quien se apartó por temor. Habían sufrido bastante durante esos meses y había dejado de confiar en cualquiera que se le acercaba.

Bearnard aprovechó ese momento para abrazar a Freya, que lo recibió entre sus brazos con una amplia sonrisa.

—No te imaginas lo feliz que me hace verte bien, hija. Cuando ese desgraciado nos habló de ti por primera vez y nos dijo que te quería usar para su beneficio, me volví loco. Me alegro de que esté muerto…

Freya chasqueó la lengua y se separó de él.

—Está inconsciente. Aún no está muerto.

—Pues dame esa espada tuya que ya lo remato yo —dijo con rabia.

—Será juzgado y ejecutado, señor Wallace —le aseguró Broc a un par de metros de ellos.

Freya se separó de su padre y miró con una sonrisa a Broc. El guerrero había llevado las manos atrás, había cuadrado sus hombros y carraspeó con incomodidad cuando todas las miradas fueron dirigidas a él. La joven estuvo a punto de echarse a reír cuando descubrió lo nervioso que estaba por tener a sus padres enfrente de él. Y sus ojos negros pasaban de Bearnard a Lili y viceversa.

Después, dio un paso hacia ellos y levantó la mano derecha hacia el padre de Freya.

—Señor Wallace, yo soy Broc MacNab.

Bearnard se la estrechó sin apartar la mirada del guerrero, que estaba cada vez más nervioso.

—Sí, sé quién eres.

—Y supongo que no habrá escuchado buenas historias sobre mí.

Bearnard chasqueó la lengua.

—La verdad es que no.

—Lo imaginaba… Su hija me ha contado muchas cosas.

—Ya me he dado cuenta de que tienes mucha confianza con Freya. Y espero que no vuelva a suceder…

Broc miró a la joven sin saber qué decir. Por primera vez en su vida se sentía terriblemente nervioso, como si no fuera capaz de manejar esa situación. Y la verdad es que no sabía cómo enfrentarse a los padres de la joven para caerles bien. Y cuando vio que la joven rodaba los ojos y miraba a su padre, dejó que fuera ella la que respondiera.

—Venga, papá…

Bearnard dejó escapar una carcajada y le dio una palmada en el hombro a Broc.

—Venga, no te pongas tan serio, hombre. Era una broma.

El guerrero dejó escapar el aire de golpe y sonrió antes de estrechar la mano de Lili, que parecía haberle perdido el miedo poco a poco.

—Es un placer conocerla, señora Wallace.

La mujer asintió y le devolvió la sonrisa.

—Me temo que mi marido es muy bromista.

Broc carraspeó y volvió a cuadrar los hombros.

—No le hagas caso a mi padre… —murmuró Freya.

—Me alegra escuchar eso porque quería pedir la mano de su hija formalmente.

La propia Freya fue la primera que se quedó sin aliento. Lo miró, pero este seguía dirigiendo sus ojos seriamente a Bearnard, que se mostraba sorprendido. Un sentimiento profundo se clavó en su pecho y comenzó a temblar. ¿De verdad acababa de decir lo que creía haber escuchado o solo era fruto de su imaginación? No obstante, la seriedad que mostraba y su porte erguido indicaban que así era. Su padre, por el contrario, la miró a ella y sonrió al ver cómo se sonrojaba y se acercaba a Broc para susurrarle:

—En el futuro, no hacen falta estas cosas…

Broc se encogió de hombros.

—No me importa. Quiero hacerlo…

—Decidiré y aceptaré lo que mi hija desee. Es ella la que tiene que responder si quiere entregarte su mano, muchacho. Es cierto que hemos escuchado historias horrorosas sobre lo sanguinario que eres, pero tus ojos muestran otra cosa. Si mi hija quiere casarse contigo, tiene mi bendición.

Freya sonrió y se giró hacia Broc, que la miraba, expectante.

—Ya sé que tal vez no soy lo que esperabas en tu vida, pero ¿me harías el honor de compartir tu vida conmigo y que yo pueda compartir la mía contigo?

Las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos.

—¿De verdad no estás enfadado por lo de ayer?

Broc sonrió y se encogió de hombros.

—Puedo hacerte pagar por desobedecer las órdenes como guerrera, pero creo que ya sabes cómo son mis castigos.

Freya no pudo evitar sonrojarse hasta límites que hicieron reír a Broc y, finalmente, asintió y se lanzó a sus brazos.

—Claro que quiero casarme contigo.

CAPÍTULO 33

Tras haber puesto en orden el castillo de Blair, donde muchos guerreros, sobre todo mercenarios, prefirieron irse en lugar de servirle a él y otros juraron lealtad al nuevo laird del clan, Broc decidió que era mejor marchar.

—¿De verdad crees que todos estos no se levantarán en armas contra ti cuando se rearmen? —preguntó Thomas mirando a los guerreros a los que habían perdonado la vida y que Broc había decidido dejarlos en ese castillo.

—Ya saben lo que puede pasar si hacen eso. Además, no hemos dejado armas dentro ni dinero. Tan solo se quedan los sirvientes y ellos mientras decidimos el destino de Blair.

—¿Y si estos días nos quedamos aquí? —preguntó Farlan mirando con desconfianza a su espalda.

—No. Blair tiene que ver primero a alguien antes de morir. Por eso quiero llevarlo con nosotros al castillo. Creo que es lo justo.

Leathan gruñó. Ya le habían vendado el brazo, pero el dolor era insoportable, sobre todo, por la pérdida de su primo.

—Lo justo es que le arranquemos la cabeza por todos aquellos a los que ha matado.

Broc le puso una mano en el hombro sano.

—Morirá. De eso no te quepa ninguna duda. Y nos reorganizaremos cuando hayamos acabado con él. Además, tendremos que avisar a los pueblos cuando Blair muera…

Sus hombres asintieron y miraron hacia el carro que habían tomado prestado del castillo y donde habían subido y atado con fuerza al antiguo laird impostor. Este ya había despertado del golpe de Broc, y había comenzado a gruñir. Sonidos extraños salían del pedazo de tela con la que lo habían amordazado y a pesar de intentar soltar sus muñecas atadas a la espalda, no tuvo éxito.

—Si tenemos suerte, podremos llegar a nuestro hogar antes del anochecer —informó a todos elevando la voz—. Debemos partir ahora.

Todos asintieron y se dirigieron hacia sus caballos. Broc miró a Freya, que acompañaba a sus padres hacia otro de los carros, más pequeño, que había en el castillo y donde sabía que viajarían más cómodos hasta llegar a las tierras de Broc.

—¿Tú no vienes con nosotros? —preguntó su madre.

Freya negó.

—Cabalgaré junto a Broc.

—Ten cuidado —le dijo su madre.

La joven sonrió y asintió y caminó hacia el guerrero, que ya la esperaba más tranquilo que antes.

—¿Todo bien? —le preguntó.

Freya asintió y le dio un beso rápido en los labios.

—Mejor de lo que esperaba.

Y mientras montaban en los caballos, Freya le dijo:

—Creía que mis padres estarían más afectados por todo lo pasado y el hecho de haber viajado en el tiempo. Han sufrido mucho a manos de Blair.

—Tranquila, lo pagará.

—¿Qué piensas hacer con él?

—Encerrarlo en las mazmorras y, a pesar de lo que creía, Edith me pidió ser la última persona a la que Blair viera antes de morir.

Freya frunció el ceño.

—Creía que ella no quería volver a verlo.

—Yo también, pero ha cambiado de opinión.

La joven asintió y dirigió su mirada al frente. Todos se habían puesto en marcha de nuevo hacia el que ya consideraba su hogar. No esperaba volver a su tiempo ni tampoco lo deseaba. Estaba segura de que allí tenía lo único que le hacía falta en su vida para vivirla como quería. Y esa persona cabalgaba a su lado. Había descubierto que era feliz a su lado, que lo amaba, que deseaba acostarse y levantarse a su lado, amarlo. Quería reconstruir los pedazos de su propio corazón junto a él, e intentar reunir también los del guerrero, que, mientras Blair aún respirara, estaría incompleto.

El camino hasta el castillo de Broc se le hizo más largo que cuando lo cabalgó al contrario el día anterior, aunque tal vez se debía a los continuos gritos que lanzaba Blair a través de la mordaza. Este se había ganado más de un golpe de los guerreros de Broc, que intentaban contener sus ansias por matarlo.

Y cuando la fortaleza se dibujó en el horizonte, Freya dejó escapar un suspiro de alivio. Necesitaba llegar, lavarse y ponerse ropa limpia. Se sentía tan sumamente sucia que intentaba no hacer caso al olor que desprendía. Era una mezcla de sudor, sangre y polvo que le revolvía el estómago y estaba segura de que pondría el grito en el cielo cuando se mirara por fin en un espejo, pues sabía que no mostraba su mejor aspecto.

—Por fin aquí… —escuchó que susurraba Broc.

Y cuando Freya giró la cabeza hacia él, descubrió que su rostro mostraba una tristeza infinita. Desde un principio, había creído que una vez lograran vencer a Blair, Broc estaría feliz por haber puesto a su primo en su verdadero lugar. Pero no era así. Sus ojos negros ahora parecían haber perdido parte de su viveza y color. No obstante, a pesar de que abrió la boca para preguntarle qué le ocurría, Thomas los interrumpió.

—No sabes lo feliz que me hace llegar. Así dejaré de escuchar los lamentos de ese desgraciado.

La joven lo miró y vio que la sangre que cubría su rostro se había secado y sus ojos negros, a través de ella, lo hacían parecer un demonio salido del infierno. Recordó la primera vez que lo vio y pensó que parecía haber pasado una vida entera desde entonces, en lugar de meses. Habían ocurrido tantas cosas desde ese momento que Freya comenzó a sentir entonces el peso que había tenido que soportar durante ese tiempo. No había creído a la curandera cuando le dijo que de ella dependía todo, pero desde que había comprendido todo lo que tenía que hacer, estaba más segura de sí misma.

Freya dirigió su mirada hacia atrás cuando Thomas y Broc empezaron a hablar de Blair, y les sonrió a sus padres. En sus rostros se leía claramente el cansancio, pero sus ojos brillaban más que la primera vez que los vio en las mazmorras. Pensó en todo lo que habían tenido que pasar hasta verse libres de nuevo.

Y sin pensar en las consecuencias, giró su caballo y se dirigió hacia el carro donde estaba Blair. Este se encontraba tumbado, con las manos atadas a la espalda y esa cuerda fija a las tablas del carro para evitar que se lanzara fuera de este en algún momento. La mordaza no era más que un trapo sucio que estuvo a punto de provocarle una arcada a Freya al verlo. Estaba segura de que tenía tantos gérmenes que, si Blair no moría ejecutado, tal vez dejaría este mundo por alguna infección.

Cuando el antiguo laird levantó la mirada y la posó sobre ella, resopló con rabia. Y Freya, en lugar de sentir lo mismo por él, fue pena lo que recorrió su cuerpo. ¿Cómo era posible que un hombre con unos ojos donde podías ver reflejado el cielo poseyera semejante maldad? Si todo ese empeño lo hubiera dirigido a engrandecer el clan, seguramente se habrían convertido en uno de los mayores de toda Escocia. Pero no. Su maldad lo había llevado a estar solo y ahora lo esperaba una muerte asegurada.

—Habría dado mi vida por ti, Blair —susurró cuando se dio cuenta de que la mirada de Broc estaba puesta sobre ella—. De verdad pensaba que merecías la pena. Jamás pensé que tuvieras tanta maldad en tu corazón.

El guerrero resopló y dio una patada al aire, enfurecido.

—Tuviste la oportunidad de hacer bien las cosas, pero lo has estropeado.

—Furcia —exclamó claramente a pesar de la mordaza.

Freya sonrió con tristeza.

—Ni siquiera con una sentencia de muerte eres capaz de sentir algo puro… Qué pena, Blair. Pudiste ser alguien grande, pero has demostrado lo pequeño que eres.

Y sin quedarse para escuchar lo que intentaba vociferar a través de la mordaza, Freya volvió junto a Broc, que la miró de reojo. No quiso preguntarle qué era lo que habían hablado porque allí todos tenían algo que curar, y, como los demás, ella también merecía ese espacio para sanar su alma en silencio y sola.

En cuestión de minutos, estaban cruzando el umbral del portón. Cada uno de los guerreros dejó las riendas a los varios mozos de cuadras que se acercaron a ellos y después, muchos de ellos se perdieron entre los guerreros que habían quedado en el castillo para protegerlo y así contarles todo lo que había sucedido.

Cuando Broc y Freya desmontaron, el primero la miró largamente. El día estaba llegando a su fin y apenas quedaba luz en el cielo con la que poder ver con claridad sus rostros, pero intentó sonreírle.

—Pide a alguna sirvienta que indique cuál es el dormitorio de tus padres. Después date un baño y descansa.

Freya levantó una mano, incapaz de aguantar esa mirada triste.

—¿Y tú?

Broc señaló hacia Blair, al cual ya lo tenían aferrado entre Thomas, Leathan y Mungo.

—Iré con ellos a las mazmorras.

—Ánimo.

Broc asintió y les hizo un gesto a sus hombres con la cabeza para que lo siguieran. El corazón le latía demasiado deprisa. Estaba nervioso. Más que nunca. Temía hacer algo mal de nuevo y perder contra Blair. Tenía miedo de que urdiera algo para escapar y que él no pudiera proteger a su gente de nuevo.

Durante gran parte del camino no había podido evitar recordar a su familia. Se preguntó qué pensaría de él su padre ahora que había logrado vencerlo y, a pesar de todo, temió no ser lo suficientemente bueno para su padre allá donde estuviera. Ahora el peso del clan estaba sobre sus hombros. Un clan que tal vez se levantaría contra él allá donde creyeran a Blair. Y por eso tenía que encontrar una buena solución y evitar otra guerra interna.

Broc tomó el pasillo hacia las mazmorras al tiempo que la voz de Blair intentaba hacerse paso entre la mordaza. Escuchaba todos y cada uno de sus gritos a través de la tela y sabía que los siguientes momentos serían los más complicados para él.

Bajaron las escaleras y cuando estuvieron frente a una celda, Broc se quedó quieto y dejó que sus hombres metieran a su primo en el interior, lo ataran a las cadenas y quitaran la mordaza.

—¡Os voy a ejecutar a todos! —fue lo primero que vociferó—. Yo soy el laird de este clan.

Broc entró en la celda y miró a sus hombres.

—Dejadme solo con él. Podéis ir a descansar.

Thomas frunció el ceño y chasqueó la lengua.

—Creo que lo mejor es que esperemos fuera.

Broc negó con la cabeza.

—Prefiero que os vayáis…

Thomas volvió a dudar, pero miró a los demás y asintieron.

—Ten cuidado.

—¡Cobardes! —vociferó Blair cuando vio que se marchaban y los dejaban solos.

Broc se mantuvo de pie frente a su primo mientras escuchaba los pasos de sus hombres. Deseaba estar a solas con Blair. Había esperado tanto ese momento que tenía la imperiosa necesidad de hablar con él durante unos instantes, aunque solo recibiera odio por su parte.

Después, cuando escuchó que se cerraba la puerta de la mazmorra, suspiró y caminó por la celda.

—¡Eres un maldito cobarde! —lo insultó Blair.

Broc lo miró de soslayo, pero no respondió en ese instante. Primero tenía que serenar sus nervios para evitar desenvainar la espada y matarlo allí mismo. Y cuando por fin pudo lograrlo gracias al recuerdo del bello rostro de Freya y lo que sentía por ella, se giró hacia él y se acercó.

—Voy a matar a tu querida putita —lo amenazó Blair entre dientes.

Broc se agachó para mirarlo de cerca y, para sorpresa de su primo, se sentó frente a él.

—¿Me vas a dar tu maldita compasión? —se burló.

—¿Sabes algo, Blair? —comenzó diciendo con voz serena—. Cuando pienso en mi infancia,

en todos mis recuerdos estás tú. Y la verdad es que fui realmente feliz. Para mí no eras mi primo, sino mi hermano. Conocías secretos míos que nadie más sabía. Me sentía libre para hablar contigo de lo que fuera, incluso de mis miedos. Y de todas las cosas que podíamos haber sido, jamás creí que pudiéramos llegar a ser enemigos.

Blair bufó y miró a otro lado, simulando un bostezo.

—Me aburres, primo. Siempre fuiste demasiado sentimental…

Broc frunció el ceño.

—¿Sentimental?

—Sí, incluso puede verse a leguas lo que sientes por esa maldita zorra. ¿Ya te has acostado con ella?

Broc apretó los puños, intentando controlar su ira.

—No hables así de Freya.

Blair sonrió y volvió a mirarlo.

—¿Sabes que también se encamó conmigo? No fue gran cosa, pero al menos me entretuvo.

Sin poder aguantarse, Broc le estrelló el puño en el rostro, rompiéndole la nariz y haciendo que soltara un gruñido de dolor.

—Te he dicho que no hables así de Freya… —murmuró entre dientes.

Y a pesar del dolor, el antiguo laird dejó escapar una risotada.

—¿Cómo has llegado a esto, Blair? —le preguntó levantándose del suelo para evitar seguir golpeándolo—. Tenías una familia perfecta. ¿En qué momento decidisteis tu padre y tú acabar con la mía?

—En el momento en el que nuestro querido bisabuelo decidió perder la cabeza y dejar la jefatura del clan en manos de tu padre. ¡Mi padre era el primogénito!

—¡Tu padre era un maldito borracho que perdía enormes cantidades de dinero cada día! Alguien así no puede llevar un clan.

Blair bufó y clavó su mirada en él, que no dejaba de dar vueltas de un lado para otro intentando calmarse.

—¿Y tú sí?

—Yo jamás quise ser laird, pero matasteis a mi padre por ello, y es por ese motivo por el que quise recuperar lo que debió pertenecer a mi familia.

—Alguien tan sentimental como tú no puede llevar un clan. Te preocupas demasiado por todos.

—Se supone que eso es lo que debe hacer un buen jefe.

Blair resopló y sonrió mientras negaba con la cabeza.

—¿Sabes algo, Broc? —Sonrió de lado—. Aún recuerdo cómo estabas cuando te encontramos y toda la sangre que había en el carruaje cuando logramos bajar hasta tu familia. No te imaginas la felicidad que supuso ver que estaban muertos. Después tuvimos que idear un plan para acabar contigo también.

Broc lanzó un rugido y se lanzó contra él, sin embargo, aunque logró aferrarlo de la pechera de

la camisa y levantó su puño, el guerrero se quedó quieto. En ese instante, se dio cuenta de que Blair seguía teniendo el mismo rostro aniñado que cuando eran pequeños. Ese mismo rostro que le recordaba a lo que una vez fueron. El rostro de un niño feliz y sonriente con quien creció y con quien más rio.

—No merece la pena dejarse los nudillos en tu cara. No eres más que una maldita rata.

Blair rio.

—Y fue tan fácil envenenar a mis padres… Una pena que Edith no bebiera también. Se dio cuenta la muy zorra.

—¿Por qué querías matarla a ella?

—Porque podría interponerse entre la jefatura y yo.

Blair lo miró y clavó su mirada azul en la negrura de los ojos de Broc.

—¿Ha muerto ya o ha acabado calentando la cama de alguno de tus hombres?

—No pienso hablarte de Edith, así que no finjas interés.

Ambos se miraron en silencio, cada uno metido entre sus propios pensamientos. Y a pesar del odio que corría por sus venas en ese momento, Broc sintió verdadera pena en ese instante. La vida que lo esperaba se había ido al traste por culpa de la persona que tenía frente a él. Ambos podrían haber tenido una vida diferente, sin guerras, sin odio, sin rencor… Pero el ansia de poder había hecho que esa familia tan bonita se destruyera. Y en ese momento se preguntó si tal vez la vida que viviera con Freya también acabaría mal, pero sacudió la cabeza para apartar ese pensamiento de su mente. Un nudo se posó en su garganta, ahogándolo, haciéndole tanto o más daño del que Blair le había hecho. Su primo podía haber seguido siendo su hermano, su amigo, su confidente, pero había elegido un camino distinto, un camino de odio y dolor, un camino de muerte.

—¿Por qué no me sueltas y acabamos con esto?

Broc soltó un bufido.

—¿Quieres regresar a tu castillo?

—Sabes que la gente está de mi lado.

—No has logrado mentir a todo el mundo. Muchos saben que los ataques son obra tuya, no mía. Y respecto a los demás, el que quiera quedarse en el clan, tendrá su espacio. El que no… puede marcharse.

—¿No vas a matarlos por desobedecer? —se burló.

—Sabes que yo no soy así…

Blair sonrió.

—No… tú eres un perdedor que muestra piedad.

Broc frunció el ceño.

—No soy yo el que está encadenado. Y da gracias por mi piedad. Así tienes unas horas más de vida.

Blair hizo un gesto irónico, pero no le respondió.

—Convertiste a este clan en un lugar de oscuridad, Blair. ¿De verdad no te arrepientes de ello?

El aludido lo miró largamente antes de responder.

—Y tú eres la luz, ¿no? El salvador… —se burló—. No… la luz es tu querida Freya, ¿verdad? Y necesitáis matarme para brillar más…

Broc negó con la cabeza, incapaz de creer el ser monstruoso en el que se había convertido Blair.

—Tú nunca lo entenderás. La oscuridad no puede entender lo que se siente cuando estás en la luz.

—Nadie va a entender esa explicación tan bonita… —dijo en tono irónico.

—Entonces le diré a todo el mundo que para acabar con la maldad en el mundo se necesitan romper las reglas y ser malo también mientras dure la guerra.

—Qué poético, primo…

Broc renegó entre dientes y dio un paso atrás mientras negaba con la cabeza y respiraba hondo.

—Pensaba que hablar contigo podría hacer que te arrepintieras de todo el dolor que has provocado.

Blair levantó la cabeza de golpe, como si lo hubiera golpeado.

—¿Arrepentirme? —vociferó intentando liberarse de las cadenas y mirándolo con todo el odio que sentía impreso en sus ojos—. ¡Me cansé de ser tan bueno como todo el mundo esperaba de mí! ¡Me cansé de que cada vez que hacía algo por alguien, mi padre me pisoteara! ¡Estaba harto de ser el que nadie miraba! ¡Siempre Broc! ¡Siempre mi maldito primo en medio! ¡Siempre eras tú el bueno, el inteligente, el que todo lo hacía bien, maldita sea! ¡Siempre era tu nombre el que estaba en la boca de mi padre! ¡Nunca el mío! ¡Tuve que soportar infinidad de veces sus desprecios porque yo no era como tú! Y cuando lo escuché confabular contra tu familia, decidí unirme para demostrarle que realmente tenía valor. Y después lo maté para demostrarle que él no era nadie y que podía acabar con él.

Cuando Blair terminó de hablar, respiraba aceleradamente. Sus ojos azules estaban llenos de unas lágrimas que rápidamente escondió con un parpadeo. Clavaba su mirada en Broc, que necesitó apoyarse en los barrotes de la celda para evitar caerse. ¿Su primo había hecho todo eso por envidiarlo?

—Yo jamás pensé que tenías menos valor que yo, Blair —susurró entre dientes.

El aludido resopló.

—¿Qué más da eso ahora? Vas a matarme, ¿no? Pues hazlo de una maldita vez y acabemos con esto…

La amargura reflejada en la voz de Blair logró que se instalara un profundo dolor en el pecho de Broc, que se giró y necesitó respirar aire puro para evitar derrumbarse frente a su primo, su enemigo.

El guerrero cerró la puerta de la celda con llave y se marchó de allí en silencio. Sentía que se ahogaba, que las paredes de las mazmorras eran cada vez más estrechas y amenazaban con aplastarlo. Su corazón latía con demasiada fuerza en su pecho, y para cuando logró salir de allí y dirigirse a la torre más alta del castillo, sus mejillas estaban mojadas por las lágrimas.

Freya sintió que algo dentro de ella se sobresaltaba. No sabía qué era, pero sí estaba segura de

que tenía que ver con Broc. Se encontraba descansando en su dormitorio tras darse un baño, cenar con sus padres y mostrarles una pequeña parte del castillo a estos. Pero todos estaban tan cansados que, tras una larga conversación, decidió acompañarlos a su dormitorio para que descansaran. No quería agobiarlos, pero hacía tanto tiempo que habían estado perdidos para ella que quería contarles todo lo vivido durante esos meses de ausencia. Aunque ya tendrían tiempo para hablar.

Y ahora que se encontraba sola en el dormitorio que había sido suyo, Freya tuvo la sensación de que algo andaba mal. Como si algo tirara de ella, se puso una bata para cubrir su camisón del frescor de la noche, Freya salió de su dormitorio y caminó por el solitario pasillo hasta las escaleras que llevaban a la torre más alta del castillo.

Una ligera brisa bajaba por ellas, lo cual le indicó que la puerta de arriba estaba abierta. Freya comenzó a subir las escaleras poco a poco, sintiendo el fresco en sus tobillos desnudos. No obstante, el tiempo no iba a frenarla.

Cuando llegó arriba y salió al exterior, se arrebujó más bajo su bata y tragó saliva al ver la sombra que había cerca de las almenas. Aunque estaba oscuro y no lo veía bien, sabía que se trataba de Broc. Sus altura y musculatura lo delataban.

La joven carraspeó para hacerse notar y evitar asustarlo, pero el guerrero tan solo giró un poco la cabeza para darle a entender que la había escuchado. En silencio, Freya caminó hacia adelante y se colocó a su lado, rozando ambos brazos.

—¿Por qué la vida tiene que ser tan injusta, Freya? —preguntó en un hilo de voz.

La joven giró la cabeza en su dirección y lo miró. La suave luz de la luna le mostró sus mejillas mojadas por lágrimas ya derramadas. Sus ojos intentaban contener otras para evitar que salieran y alargó un brazo para pasarlo por la cintura del guerrero. Este levantó su brazo y lo pasó por sus hombros, atrayéndola hacia él y estrechándola con fuerza.

—¿Qué ha pasado con Blair?

—Que he descubierto el demonio que lleva en su interior. Está enfermo. Enfermo de odio, de envidia, de maldad… No es quien fue.

Broc depositó un beso en su cabeza y apoyó la barbilla en ella.

—Pensaba que cuando todo esto terminara podría sentir paz, pero no es así. No puedo evitar pensar que ese día fallé a mi familia por haber sobrevivido. Debí haber muerto con ellos.

Freya negó.

—Tú no tienes culpa de eso, Broc. Si sobreviviste fue para hacer justicia. Y lo has conseguido. Has logrado atrapar a la persona que comenzó todo esto. Podrás instaurar la paz en el clan.

El guerrero suspiró largamente.

—Cuando esto acabe, pienso poner el cargo de laird a disposición de cualquiera que lo desee. No quiero llegar al poder de forma impuesta. Haremos una votación. Y si la gente quiere que mi familia siga liderando todo esto, aceptaré con gusto. Si no, que sea otro.

Freya sonrió y lo miró a los ojos.

—Eres un hombre muy justo.

—Soy un hombre, a secas.

La mano de Broc subió y bajó varias veces por el brazo de Freya, que se apretó más contra él

para infundirle su amor y confianza.

—Me has salvado la vida hoy, Freya. Otra vez. Tu colgante me ha salvado.

El guerrero llevó su mano libre al cuello y sacó el colgante de entre sus ropas aún manchadas de sangre. La joven levantó la cabeza para mirarlo y enarcó ambas cejas cuando vio que la flecha había doblado ligeramente la pequeña espada que colgaba de su cuello.

—Sentí que iba a salvarte. Por eso decidí regalártelo.

—Es el mejor regalo que me han hecho jamás, Freya —murmuró y la besó suavemente—. Gracias por permanecer a mi lado, aunque las cosas se hayan torcido.

—No se han torcido, se han enderezado.

Broc suspiró.

—Después de hablar con Blair me he sentido tan pequeño… No te imaginas el odio que desprende… —El guerrero contuvo de nuevo las lágrimas—. Habría estado dispuesto a dejarlo libre si hubiera mostrado algo de humildad y arrepentimiento. Pero alguien como él no puede estar libre. Es un peligro.

—Lo sé. No debe de ser fácil decidir la ejecución de una persona.

—No. No lo es.

—Pero sé que cuando lo hagas será por el bien de todos.

Broc asintió y la abrazó bajo la luz de la luna. Necesitaba sentir su cariño, su amor. Sentirse pleno para evitar derrumbarse y caer. Estaba siendo más difícil de lo que pensaba. Creía que la vida lo había endurecido tanto que no le importaría llegar al momento de acabar con Blair. Pero ahora que estaba cerca necesitaba de toda su fuerza para afrontarlo.

—Podría permanecer sentado junto a ti en silencio y sería el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra, Freya. Eres la única persona por la que he estado sobreviviendo estos años de guerra. Sabía que llegaría el momento en el que estaríamos juntos. Y aunque han sido solo unos pocos años, habría esperado el tiempo que hiciera falta para estar junto a ti. Eras mi mayor adicción, aunque fuera solo en sueños. Eras el fuego que recorría mi sangre. Eras mi luz. Pero desde que te conozco, eres mi todo. Gracias, Freya.

La joven levantó la cabeza y lo miró. En ese instante, el duro guerrero que ella conocía parecía haber perdido fuerza en la batalla y se mostraba desnudo frente a ella. No era un guerrero. Era un hombre, como él había dicho. Y como cualquier otra persona, necesitaba amar y ser amado. Y ella lo amaba. Por encima de todo, incluso de ella misma. Y en ese momento, hizo lo que consideraba necesario para mostrárselo.

Lo aferró de la pechera de la camisa y lo arrastró escaleras abajo hacia su dormitorio, donde el resto de la noche se dedicó a demostrarle cuánto lo amaba.

CAPÍTULO 34

El día amaneció especialmente deslumbrante. El sol brillaba en el firmamento con fuerza, intentando iluminar las vidas de las personas que estaban a punto de llevar a cabo una ejecución.

Se vistieron deprisa y se prepararon a conciencia.

—¿Has pensado cómo lo vas a hacer? —le preguntó Freya.

Broc negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Pensaba hablar primero con Thomas sobre cómo ejecutarlo, pero tendrá que ser después de que Edith hable con él.

Freya arqueó las cejas.

—¿Quiere hablar con Blair? Pensaba que solo era verlo una última vez, pero no hablar...

El guerrero asintió.

—Después de que te marcharas, me crucé con ella antes de salir tras de ti. Me pidió que no lo matara, que lo trajera al castillo para verlo una última vez, así que iremos a un salón y podrán encontrarse.

—¿Podremos estar presentes?

—Por supuesto. Jamás pensaría en dejarlos solos. Mientras tanto, si lo deseas, puedes ir a desayunar con tus padres. Querrás estar un tiempo con ellos y reponer fuerzas.

Freya negó con la cabeza.

—No. Quiero estar contigo. Tengo tiempo suficiente para estar con ellos y sé que lo entenderán. Además, quiero acompañar a Edith en esto.

Broc asintió mientras apretaba el cinto en su cadera.

—Entonces acabemos con esto cuanto antes. No puedo esperar más…

Freya asintió y juntos bajaron las escaleras rumbo a uno de los salones cercanos a la puerta de salida del castillo. En el pasillo se cruzaron con Thomas, Leathan y Farlan, que iban hacia las mazmorras para sacar a Blair de allí. Broc los acompañó y le pidió a Freya que se quedara con Edith en el salón.

Una extraña sensación se instaló en su pecho mientras abría la puerta y vio cómo Edith se sentaba en una silla tras la mesa central.

—Diría buenos días, pero creo que no es así… —fue el saludo de Edith—. ¿Cómo van tus heridas?

—Están curándose. ¿Y tú, cómo estás? Es un día difícil.

Edith asintió y atusó la trenza que llevaba hecha hacia el lado izquierdo. Las manos de la joven temblaban visiblemente y bebió un poco de agua de su vaso. Después, preparó un vaso más frente a sí misma, pero Freya sabía que no era para ella, sino para cuando llegara Blair. La joven frunció el ceño y se sentó en el brazo de un sillón cercano. Después, Edith levantó la mirada hacia ella al tiempo que colocaba una jarra entre ambos vasos.

—Nerviosa… No he vuelto a ver a mi hermano desde el día en que tuve que escapar del castillo. Y la última mirada que me dirigió me produjo tal escalofrío que siempre he jurado que no volvería a verlo. Pero después lo he meditado y por eso le pedí a Broc que lo trajera de vuelta.

Vivo. Quería que fuera mi rostro uno de los últimos que viera antes de morir. No será fácil encararlo, pero no puedo seguir sin tener la oportunidad de preguntarle por qué.

Freya asintió. La entendía a la perfección. Sabía que a Broc le había ocurrido lo mismo. Y de haberse tratado de un enemigo que no tenía la misma sangre, lo habrían ejecutado en plena batalla, pero entendía que necesitaran despedirse de alguna manera de él para cerrar ese ciclo y empezar uno nuevo, una vida nueva sin ese sufrimiento.

—Siento que tengas que ver esto, Freya… —dijo Edith mirándola directamente a los ojos.

La aludida frunció el ceño y abrió la boca para decirle algo, pero la puerta del salón se abrió de golpe. El corazón de Freya se sobresaltó y se puso nerviosa, pero se quedó quieta, sentada donde estaba. Desde allí vio pasar a Broc primero y a Blair después. Este tenía las muñecas atadas delante de él y era llevado por los otros tres guerreros, que lo custodiaron hasta la silla, donde lo obligaron a sentarlo antes de alejarse unos pasos, pero alerta a lo que pudiera ocurrir.

Broc se puso al lado de Freya y cruzó los brazos por encima de su pecho, tan serio y quieto que la joven creyó que se había convertido en una estatua.

—Vaya, vaya, hermanita… Te veo bien…

Blair arrastró las palabras y le produjo a Freya tanto asco que tuvo que desviar ligeramente la cabeza.

Edith bebió algo más de agua de su vaso y después tomó la jarra para llenar no solo el suyo, sino también el que había preparado para Blair.

—No puedo decir lo mismo de ti, hermano. Estás horrible.

El guerrero dejó escapar una carcajada antes de tomar el vaso entre sus manos y beber. No le habían dado ni comida ni bebida desde el día anterior y estaba tan seco que se habría bebido el contenido de la jarra por completo. Sin embargo, Edith no bebió, se mantuvo quieta observándolo.

—¿Y a qué debo el honor de tu presencia antes de mi ejecución?

La joven suspiró y apretó los dedos contra la mesa.

—A que deseaba verte una vez más antes de que mueras, Blair, para comprobar por mí misma si tu aspecto era el mismo o te habías convertido en el monstruo que eres.

Blair sonrió de lado.

—Pues ya ves que sigo igual.

—¿Tienes alguna idea de lo que te quería, hermano? Para mí eras mi héroe, la persona sobre la que reflejaba mi vida. Quería ser como tú…

—Aún estás a tiempo.

Edith sonrió levemente y llenó de nuevo el vaso de su hermano.

—Tienes razón, aún estoy a tiempo. ¿Por qué los mataste? ¿Y por qué intentaste matarme a mí?

Blair resopló y tosió ligeramente.

—No erais más que obstáculos en mi camino. Quería ser laird y tenía que matar a quien pudiera arrebatarme esa opción.

—Podías haberlo pedido. El bisabuelo habría estado encantado de haber una votación entre el

tío y tú sin necesidad de matarlo.

Blair volvió a toser.

—Ya sabes que la decisión del bisabuelo estaba tomada. Nadie me habría escuchado.

—Yo sí. Y te habría ayudado a conseguirlo. Pero después intentaste matarme…

Blair sonrió y volvió a beber el agua del vaso. Edith miraba cada gesto, sin moverse, sin intentar beber de su vaso.

—Una pena que el veneno no llegara a tus labios…

—Al contrario que a ti ahora mismo… —respondió Edith sorprendiendo a todos los presentes.

Al lado de Freya, Broc se puso en alerta y miró al vaso que Blair dejaba ahora estupefacto sobre la mesa. Thomas, Leathan y Farlan se mantuvieron en sus puestos, pero totalmente anonadados ante esas palabras.

Freya dudó unos instantes sobre lo que había querido decir, pero cuando escuchó toser una vez más a Blair, supo lo que había pasado.

—Pero ¿qué has hecho, Edith? —preguntó Blair llevándose las manos a la camisa para intentar apartar la cuerda que la ataba.

Su rostro había comenzado a tornarse ligeramente azulado y respiraba con dificultad.

—Antes has dicho que aún tenía tiempo de convertirme en alguien como tú…

Edith tomó su vaso y lo derramó sobre la alfombra del suelo.

—Quien a hierro mata, a hierro muere. Envenenaste a nuestros padres, Blair —siguió diciendo la joven observando toser a su hermano intentando tomar un aire que no parecía querer llegar a sus pulmones—. Intentaste envenenarme a mí. Y has destruido todo lo que yo conocía y el único lugar donde me he sentido feliz y segura. Has envenenado, Blair, y ahora has bebido de tu propio veneno.

Los ojos del antiguo laird se abrieron de forma desmesurada mientras su piel se tornaba totalmente azulada. El guerrero se levantó de golpe de la silla, tirándola a su espalda. Miró a Broc, que se mantuvo impasible, aunque sorprendido por la iniciativa de Edith. Después, miró a los demás, hasta que detuvo su mirada en Freya. Dio un paso hacia ella, estirando las manos hacia la joven, que se puso en pie para mirarlo con cierta dificultad. En su rostro vio el horror de esa muerte lenta y tuvo que desviar la mirada hacia Broc, que se puso ligeramente por delante de ella con la mirada clavada en su agonizante primo.

Segundos después, Blair se desplomaba a sus pies, aún vivo, intentando respirar algo de ese aire que se le había negado de golpe. Pero cuando no pudo más, exhaló su último aliento de vida y murió convulsionando frente a todos.

El silencio fue lo primero que siguió a ese instante, hasta que Edith dio un paso hacia ellos y miró a Broc con frialdad. Su primo dejó escapar un suspiro y le preguntó:

—¿Por qué has hecho eso, Edith?

La joven lo miró con lágrimas en los ojos.

—Porque no podía permitir que un alma tan pura como la tuya viviera con el peso de la muerte de una rata como él a sus espaldas.

Y cuando terminó de hablar comenzó a llorar. Al instante, Broc la encerró entre sus brazos y la

estrechó con fuerza.

—Edith… —susurró—. No me habría importado.

A su lado, Freya también lloraba, mientras los demás guerreros se mostraban incómodos, sin saber qué hacer en ese momento, pero se acercaron a Edith, que seguía abrazando a Broc, y pusieron una mano en su espalda.

—Has demostrado una valentía digna de alguien como tú, Edith —dijo Thomas.

La joven finalmente se intentó secar las mejillas y se giró hacia ellos para abrazarlos. Estos no supieron qué hacer por la sorpresa, por lo que se mantuvieron quietos y la estrecharon contra ellos.

—¿Dónde lo enterramos? —preguntó Farlan.

Broc miró a su primo. Un rictus helado y aterrado se mostraba aún en su rostro, por lo que apartó la mirada de él.

—Fuera de estas tierras. Y tampoco lo quiero en el otro castillo. Será mejor que lo llevemos a las tierras donde su madre tenía una casa.

Leathan resopló, al igual que Freya, que enarcó una ceja.

—Las tierras que casi nos cuestan la vida.

Broc asintió.

—El mayor castigo para Blair sería quedarse apartado del clan. Esas tierras están muy lejos de aquí, así que es lo mejor.

Broc volvió a abrazar a Edith y depositó un beso en su cabeza.

—Gracias, prima.

La joven asintió y miró a Freya.

—Lamento que hayas tenido que ver esto…

—No te preocupes.

A su alrededor, los tres guerreros de Broc aferraron el cuerpo de Blair para sacarlo cuanto antes del castillo. Freya ni siquiera lo miró de reojo, pues quería olvidar para siempre ese rictus de su mente.

Tras besar rápidamente a Freya, Broc salió del salón y siguió a sus hombres hasta el patio. El silencio parecía haberse instalando entre las paredes del castillo, como si el resto de personas ya supieran que allí habían matado a Blair. Y cuando salieron al patio y los demás guerreros descubrieron que el antiguo laird que había sembrado el caos estaba muerto, algunos de ellos llegaron incluso a escupir sobre el cuerpo.

Broc no dijo nada. Dejó que sus hombres, aquellos que habían perdido a alguien a manos de Blair, incluso los que habían perdido todo por apoyar a Broc, lo insultaran, golpearan su cuerpo ya muerto, le escupieran. Sabía que debía dejar que sus corazones se aliviaran un poco de la carga que habían soportado durante años. Y cuando llegaron a una de las carretas, depositaron su cuerpo encima en silencio. Pensó que no había tenido una muerte gloriosa, como solían tener los guerreros en los campos de batalla, pero Blair había demostrado ser un cobarde, y su muerte había estado a su altura.

—Leathan, trae una manta para taparlo.

El guerrero dio un respingo. No se había dado cuenta de que estaba embobado mirando el cuerpo de la persona que había tenido al lado durante tanto tiempo. Blair lo había aceptado como segundo al mando sin saber que era solo una pantomima para estar cerca de él y conocer todos sus movimientos. Y, aun así, sentía una pena terrible tras haberlo visto morir. Nadie merecía una muerte así, ni siquiera Blair. Sin embargo, sabía que el guerrero se lo había ganado por todo el daño que había ido sembrando por todos lados. Blair era el culpable de la muerte de su primo Oss, y jamás podría olvidarlo. Si tan solo hubiera aguantado un día más… aún estaría vivo para celebrar la victoria.

Leathan dio un paso atrás y miró a Broc, asintiendo. Corrió hacia el interior del castillo mientras los demás se miraban entre sí.

—Me temo que la muerte de Blair ha removido los sentimientos de todos… —terció Thomas con los brazos cruzados sobre el pecho.

Broc asintió y miró a Farlan.

—Voy a poner mi cargo a disposición del pueblo. Si alguno desea ser laird es el momento.

Farlan frunció el ceño.

—¿Y por qué vas a hacer eso? Eres el legítimo laird del clan.

Broc se encogió de hombros.

—Ya, pero es un cargo que está manchado de sangre. Yo me presentaré como posible candidato, pero si alguien más del clan lo desea está en su derecho. Lo que más anhelaba era vengar a mis padres. Y creo que ya he cumplido.

Thomas asintió y le dio una palmada en la espalda.

—Estoy contigo, amigo. Te apoyo.

—Yo también —sentenció Farlan—. Y estoy seguro de que los demás también te quieren como líder.

Broc sonrió y miró a su espalda cuando Thomas señaló hacia la salida del castillo. Freya salía entonces por la puerta y lo miraba desde allí con una sonrisa en los labios. La sonrisa más bonita que había visto jamás. Una sonrisa que le recordó a los días felices, sin problemas, los días llenos de amor.

—¿Y ella?

El guerrero sonrió y los miró de nuevo.

—¿Aún no os he dicho que voy a casarme?

EPÍLOGO

Dos meses después…

El jolgorio podía escucharse desde fuera de la muralla. Ese día se había casado el nuevo laird oficial del clan MacNab y todo el mundo quería celebrarlo con ellos. El enorme portón del castillo de Broc estaba abierto desde primera hora de la mañana para recibir a los numerosos invitados, y desde entonces, se había convertido en un continuo trasiego de gente que solo deseaba felicitar a los novios.

Había sido una ceremonia corta, pero intensa, en la que, al terminar, todos habían aplaudido a los nuevos líderes del clan: Broc y Freya. Después de cabalgar de un lado a otro del clan durante esos dos meses, los habitantes del mismo habían creído a Broc y decidieron que fuera él y no otro el que tomara el cargo en el clan. Muchos habían necesitado leer la carta de su bisabuelo para creerlo, pero finalmente habían aceptado, pues entendieron lo que había sucedido. Y al tener a Leathan a su lado, el que había sido el segundo al mando de Blair, habían creído en su palabra al instante.

Poco a poco, todo en el clan fue cambiando. Broc había decidido seguir viviendo en el castillo de sus padres, ya que el oficial del clan le traía demasiados malos recuerdos. Allí había sufrido, había llorado, habían muerto personas a las que amaba y se habían ideado planes que habían cambiado su vida por completo. Sin embargo, en el suyo había sido feliz, y con Freya a su lado sabía que lo sería aún más. Estaba seguro de que con ella podría olvidar lo sucedido con Blair, dejar a un lado su dolor y curar poco a pocos las heridas de su alma.

Su relación con ella había ido a más y mejor durante esos dos meses. Había conocido en profundidad a los padres de la joven. Había salido de caza con Bearnard, habían tenido largas conversaciones con un buen whisky entre las manos, pero, sobre todo, se respetaban.

Broc aún seguía sorprendiéndose de las cosas que Freya le contaba sobre el futuro y a veces había tenido miedo de que echara de menos su verdadera época, su tierra, pero la joven la había asegurado que nunca había sido tan feliz como con él. Y ese día, en el que su esposa estaba resplandeciente cerca de él, no podía parar de mirarla.

Freya bailaba una y otra vez con sus hombres, que no la dejaban ni un instante. Se había ganado no solo la amistad de estos, sino también su respeto. Y era una guerrera más. Durante ese tiempo, se había unido a ellos en los entrenamientos y a pesar de que pensaba que no podría mejorar más, se había convertido en una gran guerrera.

Broc bebió de su whisky una vez más mientras miraba de arriba abajo a Freya. Estaba preciosa con su vestido de novia. Lo había confeccionado una de las sirvientas del castillo, que tenía una mano excepcional para la costura. Y había acertado por completo. Se trataba de un vestido blanco con bordados en color rojos y verdes, los colores del clan MacNab. Las mangas, en lugar de ser abullonadas, como casi todos los vestidos, eran rectas, como Freya prefería, según se llevaban en su época. Y en lugar de cubrir sus hombros, las mangas parecían salir del escote y dejaban al descubierto el cuello de la joven. El escote era, según le había explicado Freya, de palabra de honor, un nombre que le pareció realmente curioso.

Cuando la vio llegar a la capilla, había estado a punto de caerse al suelo por lo preciosa que estaba ese día. Y ahora que bailaba con Leathan y reía a carcajadas, Broc sintió que su pecho se hinchaba de amor por ella. Jamás en su vida habría pensado que una mujer tan especial como ella pondría su mirada sobre él, ya que creía que todas le tendrían miedo por lo que contaban de él.

Pero Freya había sabido ver en él lo que nadie más había logrado ver. Se habían salvado mutuamente y ahora que habían unido sus vidas, deseó que jamás tuvieran que volver a pasar por lo mismo de meses atrás.

Freya sentía sobre ella la mirada penetrante de su ya esposo, pero apenas tenía tiempo para devolvérsela, pues Leathan no la dejaba ni un segundo. Había bailado con el resto de guerreros que se habían acercado a ella para bailar, pero desde que Leathan estaba con ella, ninguno más se había aproximado a ellos. Y sabía que su amigo no la dejaría libre ni un momento.

—Broc va a matarte por monopolizar mi tiempo…

Leathan dejó escapar una carcajada.

—Déjalo sufrir. Él puede disfrutarte el resto de la noche…

Freya rio y giró una vez más al tiempo que saltaba. Desde allí saludó a sus padres, que estaban sentados admirando aquella fiesta que habían montado. Les había costado acostumbrarse un poco a sus hábitos y tradiciones y sabía que a veces echaban de menos su verdadera vida, pero habían podido adaptarse bien al tiempo que se habían recuperado de sus heridas.

En ese momento, el sonido de un tambor conocido llamó la atención de la joven. Los músicos habían comenzado a tocar una pieza diferente. Ese era el mismo sonido que había escuchado en su cabeza una y otra vez, cuando sentía esa magia poderosa, o lo que fuera, dentro de ella. Y cuando miró a la mujer que en ese momento cantaba, paró de golpe.

—Discúlpame un segundo, Leathan.

No podía creerlo. Esa misma mujer la miraba a ella mientras entonaba los cánticos antiguos al ritmo del tambor. Y Freya se sintió tan hipnotizada que no podía moverse mientras a su alrededor todos bailaban. Ese tambor ya no estaba en su mente, era real. Y esa mujer también lo era. No era la primera vez que la veía, pero sí la primera que la escuchaba cantar. ¿Habría sido así su ritual?

—¿Ocurre algo?

La voz de Broc la sobresaltó. Se giró hacia él y señaló a la mujer con disimulo.

—Conozco a esa mujer.

—¿Miryam? Sí, es una de las curanderas del clan. Vive en el pueblo que fue atacado por… Bueno, ya sabes.

—Sí, fue ella la que me curó cuando me envenenaron.

Las cejas de Broc se alzaron, sorprendido.

—¿Y todo bien con ella?

—Creo que sí. Me confesó que fue una de las mujeres que hizo el ritual para atraerme aquí, Broc. Y ese tambor… ¿No parece demasiado envolvente? Como si resonara en tu interior.

El guerrero puso una mano en su cintura al tiempo que negaba.

—No. ¿Quieres acercarte?

Freya asintió y cuando estuvieron frente a Miryam, la mujer dejó de cantar para acercarse a ellos.

—Sabía que elegirías bien.

—Tú lo sabías desde el principio. Sabías la verdad.

Miryam miró a Broc con una sonrisa y asintió.

—Sí, pero no podía contártelo. Debías ser tú quien se diera cuenta. Y me alegro de que así fuera. Enhorabuena.

—Me gustaría preguntarte algo, Myriam —comenzó diciendo la joven. Y cuando la mujer asintió, continuó—. ¿Mis padres se quedarán en esta época o podrán volver a la nuestra?

La curandera sonrió y se encogió de hombros.

—No sabemos por qué ellos viajaron también en el tiempo. El conjuro era solo para atraerte a ti. Tal vez ellos eran una pieza clave en esta contienda que os ayudaría a vencer. No lo sé, al igual que tampoco sé si se quedarán atrapados para siempre o podrán regresar. Disfruta su presencia aquí. Y el tiempo y el destino decidirán.

Freya asintió y dejó escapar el aire contenido.

—Ahora tengo que irme… Los dioses han bendecido esta unión, al igual que las anteriores en la intimidad…

Broc asintió con respeto y miró a la mujer mientras se marchaba. Una sonrisa se dibujó en sus labios y miró a Freya, que parecía no haber entendido.

—¿Qué ha querido decir?

Broc acercó la boca a su oído y, tras morder con suavidad el lóbulo de su oreja, le dijo:

—Que estás embarazada.

Freya giró la cabeza hacia él como movida por un resorte.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

Broc se encogió de hombros, feliz.

—Eso es lo que ha dicho ella. Y me alegro de que hayan bendecido nuestro amor con un hijo.

Broc dejó su vaso en la mesa más cercana y la abrazó por la cintura.

—Mi esposa… Jamás imaginé que sentiría tanto orgullo al decir unas palabras.

—Ni yo en mis sueños habría imaginado que me casaría con un guerrero de otra época.

Broc dejó escapar una carcajada.

—Te amo, guerrero. Jamás he sentido tanta libertad como la que siento contigo.

El laird bajó la cabeza y la besó con suavidad. A su alrededor, todo el mundo era ajeno a lo que ambos hacían y sentían en ese instante. Solo estaban ellos y su amor. Los tambores siguieron tocando mientras Freya elevaba las manos a su cuello y lo besaba con ardiente pasión. Broc la estrechó con fuerza contra él sintiendo cómo su cuerpo despertaba ante la belleza de su esposa y el poderoso amor que sentía hacia ella.

—¿Crees que si nos ausentamos unos minutos se darán cuenta? —le preguntó Freya cuando se separaron.

Broc rio y miró a su alrededor, todavía sin soltarla.

—Creo que no. Están ya demasiado borrachos como para saber dónde están y qué celebran.

Freya rio y se separó de él, tomando su mano y tirando de ella hacia la puerta de salida. Con disimulo, se escaparon de allí entre risas y besos que fueron aumentando de intensidad a medida que se aproximaban a las escaleras.

—Te deseo, Broc —murmuró Freya poniendo las manos del guerrero en su vientre—. Y si es cierto que estoy embarazada, pienso amaros a los dos con toda mi alma.

El guerrero tragó saliva con fuerza. Había estado a punto de dejar que las lágrimas acudieran a sus ojos tras las palabras de la curandera. Un hijo… Un hijo para aumentar su felicidad. Sin lugar a dudas, el destino o la vida estaban por fin de su parte, regalándole una familia para sanar su alma rota años atrás. Y por Dios que pensaba cuidarlos y protegerlos con todo su corazón.

Antes de que Freya pusiera un pie en las escaleras, el guerrero la tomó entre sus brazos y las subió con prisa. Necesitando sentirla desnuda junto a él para demostrarle cuánto la amaba.

Y cuando por fin llegaron a su dormitorio, lo abrió de una patada tan fuerte que no necesitó tocar la puerta para cerrarla. Esta chocó contra la pared y volvió a cerrarse sola. Tras esto, la depositó en la cama y la miró largamente, dibujando en su mente cada instante, cada pestañeo de Freya mientras se quitaba el manto que cruzaba su hombro. Siempre se había sentido incómodo con el kilt, pero desde que era laird se lo ponía de una forma más asidua, habiendo cambiado hacia esa prenda los recuerdos que tenía con ella.

—Doy gracias a los dioses por que estés a mi lado, Freya. Eres realmente hermosa.

La joven se sonrojó y comenzó a desanudar el corpiño.

—Tú eres el mejor hombre que he conocido jamás, Broc. Me has demostrado el valor de muchas cosas importantes.

El guerrero sonrió.

—Pues ahora mismo pienso demostrarte una más…

Freya ya sentía en su cuerpo las invisibles manos de Broc recorriendo su piel, pues cuando se quedó desnuda ante él, este la devoró con los ojos. La joven se colocó en medio de la cama y abrió sus piernas para él mientras lo miraba a los pies de la cama, aún con el kilt puesto sobre su cintura. Su amplio pecho ya estaba desnudo y sabía que su miembro se erguía con firmeza bajo su ropa.

—¿Y qué es eso que me quieres demostrar, guerrero?

Los labios de Broc se curvaron en una amplia sonrisa pícara.

—Lo mucho que te adoro; lo mucho que te deseo; lo mucho que me gusta verte completamente desnuda; lo mucho que me gusta el sabor de tu cuerpo…

Las caderas de Freya se elevaron, mostrándole su propio deseo. Pero Broc, que ya estaba de rodillas junto a ella, negó con la cabeza.

—Quiero escucharte gritar —susurró cubriéndola con su poderoso cuerpo—. Quiero oír mi nombre entre tus labios…

El guerrero mordisqueó uno de sus pezones, arrancándole un gemido. Broc tomó sus muñecas y las llevó por encima de su cabeza, aferrando ambas con una de sus manos.

—Te quiero completamente dispuesta para mí, pero, sobre todo, te quiero totalmente quieta mientras te devoro.

Y como si eso fuera una promesa, Broc agachó la cabeza hacia la intimidad entre sus piernas, demostrándole una vez más hasta dónde era capaz de llegar por hacerla enloquecer. Esos ojos negros habían dictado su sentencia desde el primer momento en que lo vio, y Freya estaba dispuesta a aceptar esa condena para el resto de su vida.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
EPÍLOGO